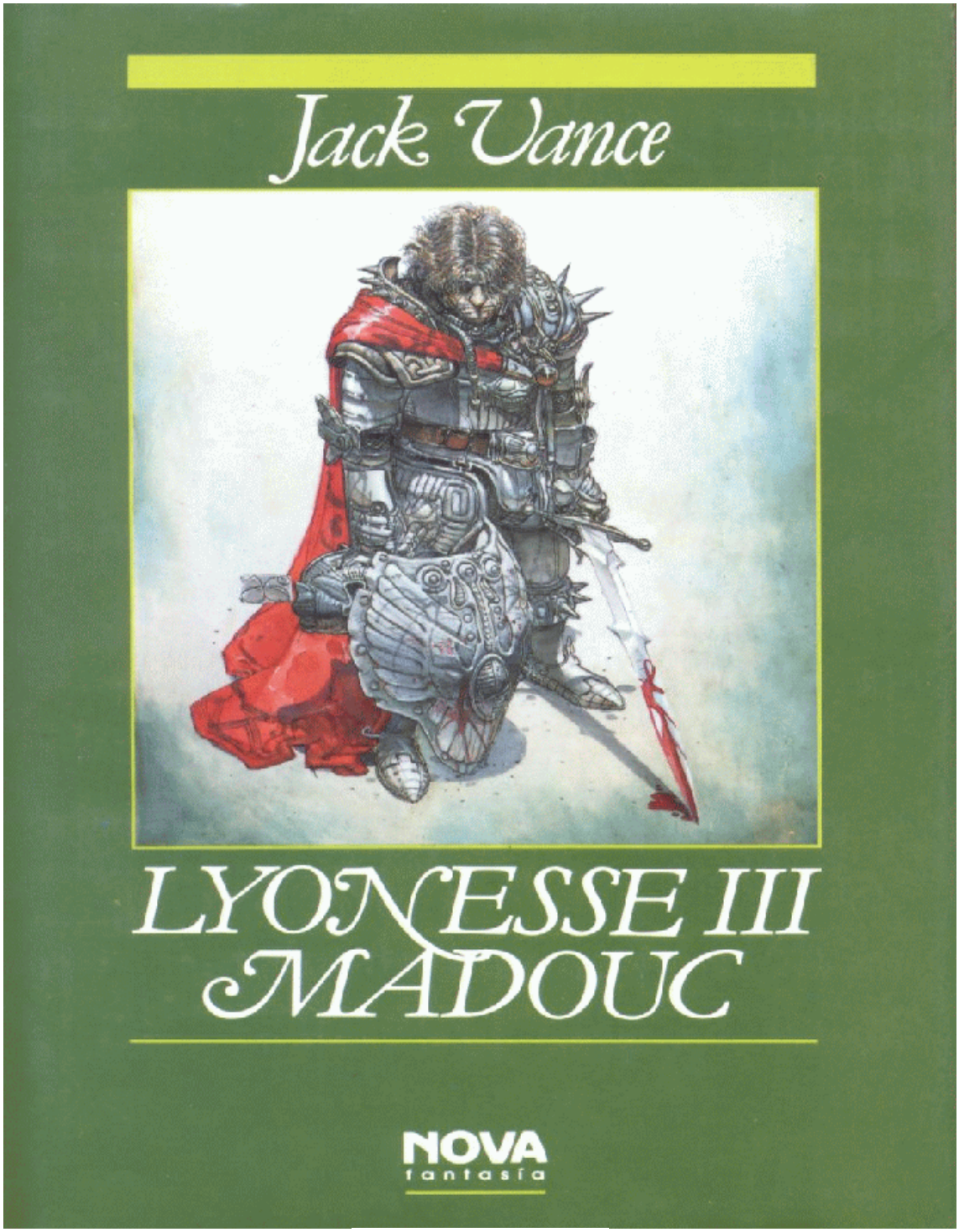
Madouc
Jack Vance



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PRESENTACIÓN

Con LYONESSE III: MADOUC (1989), Jack Vance concluye la ya famosa trilogía sobre las míticas Islas Elder, sobre sus gentes y su mundo mágico. El primer volumen de esta saga épica sobre un mundo fantástico, LYONESSE I: EL JARDÍN DE SULDRUN, se publicó en Estados Unidos en 1983. Pero, en realidad, la idea de escribir esta trilogía constituye uno de los más antiguos y queridos proyectos de Vance. Según él mismo nos cuenta, desde los sueños de la niñez hasta las obras que componen el gran fresco de LYONESSE, la fantasía y el mundo mágico de las Islas Elder han sido una constante en su pensamiento:

> Cuando era un niño, a los nueve o diez años, empecé a escribir relatos de hadas que se desarrollaban en el mismo bosque repleto de magia. Recuerdo haber leído relatos rusos sobre las hadas, así como algo de Howard Pyle, y parecía muy agradable de escribir. Hice además algunos dibujos y mapas, pero era un niño pequeño y nunca terminé esas historias.

Con el tiempo, Vance ha llegado a alcanzar gran reconocimiento como escritor de ciencia ficción y fantasía, pero con toda seguridad nunca ha olvidado sus sueños de niñez ni su interés por los cuentos de hadas, por esos mundos medievales repletos de fantasía y de magia. Mantiene, como muchos, una sorprendente expectación por un mundo escasamente conocido y tan sólo entrevisto a través de sus muchas complejidades.

Tras la escritura de «Los Príncipes Demonios», el propio Vance reconoció que, incluso desde mucho antes, tenía intención de componer una gran saga acerca de la magia. Parece ser que concibió la idea incluso antes de la aparición de LA TIERRA MORIBUNDA en el ya lejano 1950. Y las leyendas de Lyonesse se encontraban inevitablemente ligadas a ese proyecto elaborado durante largos años:

> Quería escribir un gran libro... tres grandes libros. Por lo que yo sé, hasta ahora nadie ha escrito sobre Lyonesse, y me parece que ya es hora de hacerlo. El nombre pertenece a las Islas Elder, mencionadas en las leyendas celtas y bretonas como Hy-Brasill e Ys, y se entronca con las leyendas de Avallon y del ciclo artúrico. Lyonesse es un país en el sur de la isla principal, Hy-Brasill. Hay seis o siete islas grandes y veinte o treinta más pequeñas que las rodean, con una superficie total parecida a la de Irlanda. Es un buen lugar para una bella historia de amor mitológica.

El proyecto ha tomado finalmente la forma de tres libros que, en la traducción al castellano, hemos titulado siguiendo la voluntad de Vance: LYONESSE I: EL JARDÍN DE SULDRUN (NOVA fantasía número 1), LYONESSE II: LA PERLA VERDE (NOVA fantasía número 9) y LYONESSE III: MADOUC (NOVA fantasía número 24), no siempre respetada en su edición en inglés. Con ellos concluye la

trilogía, pero el mismo Vance ha advertido, ya desde la aparición del primer libro, que es muy probable que vuelva a escribir relatos en torno al mundo de las Islas Elder.

Según indican la tradición y las leyendas, las Islas Elder desaparecieron en una gran inundación, pero Vance siempre ha dicho que no deseaba terminar la trilogía con esa catástrofe:

> Me gustan las Islas Elder y la gente que vive en ellas. Si el desastre tiene que ocurrir (el estruendo de la caída de las grandes olas, gritos y alaridos, y todo el mundo ahogándose) va a ocurrir sin mi ayuda. Intentaré evitarlo mientras sea posible. Con un lugar como ése uno puede seguir siempre con historias de amor, relatos de hadas y leyendas.

Y esto es, en definitiva, lo que ofrece LYONESSE: relatos de amor y aventura, historias de magos y poderes, una gran saga fantástica en la que una multitud de personajes se suceden para dar vida a un mundo nuevo.

En sus obras de ciencia ficción, Vance ha destacado siempre por su facilidad para la creación de mundos y sociedades repletos de detalles (sus abundantes notas a pie de página dan prueba de ello) que incrementan al mismo tiempo el exotismo y la veracidad de los entornos imaginados. Es cierto que muchas de sus obras de fantasía se etiquetan más fácilmente como «fantasía heroica» y en ellas domina el aspecto aventurero en unos ambientes exóticos. Pero con LYONESSE Vance ha abordado por fin eso que algunos han empezado a llamar «alta fantasía», en la línea de obras paradigmáticas como EL SEÑOR DE LOS ANILLOS de Tolkien y TERRAMAR de Le-Guin, a las que, a partir de ahora, cabe añadir la trilogía de LYONESSE como una nueva obra «clásica» de la mejor literatura fantástica.

Lyonesse ha significado siempre misterio, magia y encantamientos. Jack Vance ha creado con esta serie una convincente saga épica sobre ese mundo fantástico, sobre la magia y sus practicantes, sobre sus testigos y sus víctimas. La acción transcurre en las míticas Islas Elder (desde las que navegaron hasta Bretaña los antecesores del rey Arturo). Sus magos, hechiceros, brujas, hadas, demonios, trolls y otros sorprendentes personajes son tan reales como los reyes, princesas, caballeros, campesinos y el resto de humanos que pueblan tan vividamente estas páginas. Lyonesse es un mundo mágico cuya descripción nos llega realizada por una mano maestra.

El primer volumen de la serie nos introducía en el fascinante mundo de Lyonesse: sus reinos con sus enfrentamientos y alianzas, sus personajes con sus ambiciones y debilidades, sus historias de amor con sus problemas y satisfacciones. La desgracia de la princesa Suldrun de Lyonesse y sus amores con Aillas de Troicinet son el tema central de la primera parte de la trilogía, pero, poco a poco, el lector va percibiendo el importante papel de los magos, de las hadas y hechiceros y, asimismo, de sus poderes y ambiciones, que son el eje principal del segundo volumen de la serie. En él se nos narra el enfrentamiento entre los magos Murgen y Tamurello, que discurre paralelo al duelo de poder e inteligencia entre los reyes Aillas de Troicinet y el rey Casmir de Lyonesse. Todo ello con la recurrente presencia de la misteriosa Perla Verde cuyo fulgor irradia un influjo inevitablemente maligno.

En LYONESSE III: MADOUC, la diabólica aparición de dos temibles hechiceros amenaza con destruir el poderío de Murgen, mago supremo de las Islas Elder, y la

inundación que nos narra la leyenda pone en peligro el futuro de las islas. Pero el personaje central es ahora Madouc, la presunta bija de Suldrun y Aillas que, en realidad, tiene sangre de hadas en sus venas. El ambicioso rey Casmir de Lyonesse maquina una guerra sangrienta contra el rey Aillas de Troicinet, mientras la princesa Madouc y otros audaces aventureros emprenden diversas búsquedas, todas ellas de naturaleza quimérica: el misterioso linaje de Madouc, la juventud perdida de Trevanet y la fabulosa reliquia del Santo Grial que podría honrar la gran catedral que construye la reina Sollace.

Jack Vance emparenta así el mundo de Lyonesse con la leyenda de la búsqueda del Santo Grial y concluye la ya famosa trilogía con un broche de oro que mereció, con toda justicia, el Premio Mundial de Fantasía de 1990.

La capacidad de Vance para forjar historias y leyendas alcanza, en esta tercera parte de LYONESSE, uno de sus logros más conseguidos al amparo de un brillante estilo narrativo. Abandonando las limitaciones de la narración instrumental de la novela de aventuras narrada a gran ritmo, Vance elige en LYONESSE un deambular sencillo, escueto y preciso por los caminos de la descripción simple, casi ingenua, y siempre repleta de sorprendentes detalles. Vance se sitúa, en cierto modo, como un espectador desinteresado que nos narra de forma casi desapasionada lo que ocurre en su mítico mundo de las Islas Elder, tal vez como un notario que tomase nota de todo lo que ocurre, de forma casi taquigráfica y con un estilo exageradamente desprovisto de barroquismos, dominado por las frases cortas y animado por una gran riqueza de vocabulario. Pero ese estilo es la depuración de la quintaesencia del arte narrativo de Vance y el recurso estilístico con el que enhebrar un sinfín de historias, leyendas y aventuras que dan vida al maravilloso mundo de Lyonesse. Una verdadera gozada.

Me atreveré a decir que, por una vez, no es el primer libro de una trilogía el mejor de los tres; en mi opinión, tanto LA PERLA VERDE como MADOUC se disputan dicho honor. Aunque los expertos que concedieron el Premio Mundial de Fantasía de 1990 han optado por MADOUC y, tras la lectura de este libro, resulta fácil comprender por qué.

MIQUEL BARCELÓ

I

1

Al sur de Cornualles y al norte de Iberia, frente a Aquitania y sobre el golfo de Vizcaya, se hallaban las Islas Elder, que abarcaban desde «El Colmillo de Gwyg», una punta de roca negra a menudo cubierta por las rompientes del Atlántico, hasta Hybras -la «Hy-Brasill» de los primeros cronistas irlandeses-, una isla tan grande como la misma Irlanda.

En Hybras había tres ciudades notables: Avallon, Lyonesse y la antigua Ys[1], así como numerosos pueblos amurallados, viejas y grises aldeas, castillos de muchas torres y mansiones rodeadas de agradables jardines.

Los paisajes de Hybras eran variados. El Teach tac Teach, una cordillera de altos picos y brezales, corría a lo largo de la costa atlántica. En otras partes el paisaje era más suave, con vistas de laderas soleadas, lomas boscosas, prados y ríos. El centro de Hybras estaba ocupado por el legendario Bosque de Tantrevalles, en cuyo interior pocas gentes se aventuraban por temor a los encantamientos. Los pocos leñadores que lo recorrían lo hacían con cautela, parándose a menudo para escuchar. El profundo silencio -a veces interrumpido por el gorjeo de un pájaro- les causaba inquietud, y a menudo se detenían para escuchar de nuevo.

En las profundidades del bosque los colores se hacían más ricos e intensos; las sombras estaban teñidas de índigo o rojo oscuro. Cualquiera podía estar observando desde otro lado del claro, o encaramado en lo alto de un tocón.

Las Islas Elder habían presenciado el paso de muchos pueblos: faresmios, evadnioi de ojos azules, pelasgos con sus sacerdotisas ménades, danaans, lidios, fenicios, etruscos, griegos, celtas de Gaul, ska, llegados desde Noruega a través de Irlanda, romanos, celtas de Irlanda y godos del mar. La presencia de tantos pueblos había dejado un complejo legado: fortalezas en ruinas; tumbas y monumentos funerarios; estelas con crípticas inscripciones: canciones, danzas, giros idiomáticos, fragmentos dialectales, nombres de lugares; ceremonias de propósito olvidado pero de sabor persistente. Había gran variedad de cultos y religiones, aunque en todos los casos una casta de sacerdotes intercedía entre los legos y la divinidad. En Ys, escalones tallados en piedra descendían al templo oceánico de Atlante; cada mes, cuando se oscurecía la luna, los sacerdotes bajaban los escalones a medianoche, para emerger al alba con guirnaldas de flores marinas. En Dascinet, ciertas tribus se guiaban en sus ritos por muescas talladas en piedras sagradas que sólo podían leer los sacerdotes. En Scola, la isla adyacente, los adoradores del dios Nyrene vertían jarras de su propia sangre en cada uno de los cuatro ríos sagrados; los muy devotos a veces se desangraban hasta palidecer. En Troicinet, los rituales de la vida y de la muerte se celebraban en templos dedicados a Gea, la diosa de la tierra. Los celtas habían vagado por toda la

[1] En tiempos primordiales un puente de tierra conectó brevemente las Islas Elder con el continente europeo. Según la leyenda, cuando los primeros cazadores nómadas que llegaron a Hybras cruzaron el Teach tac Teach y miraron hacia la costa del Atlántico, descubrieron la ya existente ciudad de Ys.

extensión de las Islas Elder, dejando no sólo nombres de lugares, sino sacrificios druídicos en bosquecillos sagrados, y la «Marcha de los Árboles» en Beltane. Los sacerdotes etruscos honraban a su andrógina divinidad Votumna con ceremonias repulsivas y a menudo horrendas, mientras que los danaans introdujeron el más sobrio panteón ario. Con los romanos llegaron el culto a Mitra, el cristianismo, el parsismo, la doctrina de Zoroastro y muchas otras sectas similares. Con el tiempo, los monjes irlandeses fundaron un monasterio cristiano[2], la isla Whanish, cerca de Dahaut y Avallon, que al final sufrió el mismo destino que Lindisfarne, en la costa de Gran Bretaña.

Durante muchos años las Islas Elder fueron gobernadas desde el castillo de Haidion, en la ciudad de Lyonesse, hasta que el rey Olam III, hijo de Fafhion Nariz Larga, trasladó la sede del gobierno a Falu Ffail, en Avallon, llevándose el trono sagrado Evandig y la gran mesa Cairbra an Meadhan, «Tabla de Notables»[3] y fuente de todo un ciclo de leyendas.

A la muerte de Olam III las islas entraron en un período turbulento. Los ska, expulsados de Irlanda, se establecieron en la isla Skaghane, donde frustraron todas las tentativas de desalojarlos. Los godos arrasaron la costa de Dahaut, saqueando el monasterio cristiano de la isla Whanish, internándose por el estuario del Camber hasta Rueda Dentada, desde donde amenazaron a la misma Avallon. Unos cuantos notables rivalizaban por el poder, derramando mucha sangre, sembrando pesadumbre y aflicción, agotando la tierra y sin llegar a resultado alguno, con lo cual las Islas Elder se dividieron en once reinos, todos enconados contra los demás.

Audry I, rey de Dahaut, nunca renunció a su pretensión de ejercer la soberanía sobre la totalidad de las islas, basándose en su posesión del trono Evandig. Esta pretensión encontraba feroz oposición por parte del rey Phristan de Lyonesse, el cual insistía en que Evandig y Cairbra an Meadhan le pertenecían por derecho y que Olam III se los había arrebatado. Afirmaba que Audry I era un traidor y un cobarde y al fin los dos reinos se declararon la guerra. En la decisiva batalla de la colina de Orm, ambos bandos sólo lograron desangrarse mutuamente. Phristan y Audry I murieron, y los restos de sus ejércitos se alejaron abatidos del campo ensangrentado.

Audry II fue rey de Dahaut y Casmir I fue el nuevo rey de Lyonesse. Ninguno renunció a las antiguas pretensiones, y la paz entre ambos reinos fue frágil y precaria.

Así transcurrían los años, y la paz era sólo un recuerdo. En el Bosque de Tantrevalles pululaban semihumanos, duendes, ogros y otros seres difíciles de definir, realizando actos malignos que nadie se atrevía a castigar; los magos ya no se molestaban en ocultar su identidad, y los gobernantes les pedían ayuda para asuntos mundanos.

Los magos dedicaban cada vez más tiempo a arteras luchas y ruinosas intrigas, y una buena parte de ellos desapareció. El hechicero Sartzanek fue uno de los más desalmados; había destruido al mago Coddefut por medio de una purulencia, y a Widdefut a través del «Hechizo de la Iluminación Total». En represalia, sus enemigos conspiraron para transformar a Sartzanek en un poste de hierro, el cual clavaron en la

[2] Tiempo después, el rey Phristan de Lyonesse permitió un arzobispado cristiano en Bulmer Skeme, en la costa este de Lyonesse, insistiendo en que ninguna riqueza debía ser exportada a Roma. Tal vez por esa razón la Iglesia recibió poco respaldo del exterior, y el obispo no gozó de gran influencia, ni en Bulmer Skeme ni en Roma.

[3] En años venideros Cairbra an Meadhan serviría de modelo para la Tabla Redonda que ornó la corte del rey Arturo en Camelot.

cima del monte Agón. Tamurello, vástago de Sartzanek, se refugió en su mansión Faroli, en las profundidades del Bosque de Tantrevalles, y allí se protegió por medio de la magia.

Para evitar la repetición de estos episodios, Murgen, el más poderoso de los magos, pronunció su famoso edicto, prohibiendo a éstos servir a gobernantes seculares, pues semejante actividad inevitablemente crearía nuevos conflictos entre los magos, poniendo en peligro a todos ellos.

Dos magos, Snodbeth el Alegre, así llamado por sus campanillas tintineantes, sus cintas y sus jocosas ocurrencias, y Grundle de Shaddarlost, tuvieron la temeridad de ignorar el edicto, y sufrieron severas penas por su atrevimiento. Snodbeth fue clavado dentro de una tina donde lo devoraron un millón de insectos negros; Grundle despertó de su sueño y se encontró en una lúgubre región detrás de la estrella Achernar, entre géiseres de azufre y fumarolas azules; tampoco logró sobrevivir.

Aunque los magos optaron por contenerse, los afanes y conflictos prevalecían por doquier. Los celtas, que se habían establecido pacíficamente en la provincia daut de Fer Aquila, soliviantados por bandas de goidels procedentes de Irlanda, asesinaron a todos los dauts que hallaron a su paso, nombraron rey a un corpulento ladrón de ganado llamado Meorghan el Calvo y llamaron Godelia a esa tierra. Los dauts no pudieron recobrar su provincia perdida.

Pasaron los años. Un día, casi por casualidad, Murgen realizó un descubrimiento que lo consternó tanto que permaneció inmóvil durante varios días, mirando al vacío. Poco a poco recobró la voluntad y al final inició un programa que, de tener éxito, lograría detener el impulso de un destino funesto.

El esfuerzo absorbió las energías de Murgen y eliminó la alegría de su vida.

Para conservar su intimidad, Murgen levantó barreras disuasorias en las inmediaciones de Swer Smod, y apostó a un par de guardianes demoníacos para ahuyentar a los visitantes obstinados; Swer Smod se transformó en un lugar de silencio y desolación.

Murgen acabó por sentir una necesidad de alivio. Por esa razón creó un vástago, para poder vivir dos existencias en tándem.

El vástago, Shimrod, fue creado con gran cuidado, y no era una réplica de Murgen, ni en apariencia ni en temperamento. Quizá las diferencias fueran mayores de lo que Murgen había pretendido, pues el temperamento de Shimrod era a veces superficial, rayano en la frivolidad; una condición que no concordaba con el ánimo reinante en Swer Smod. Aun así, Murgen amaba a su vástago y lo adiestró en las habilidades de la vida y las artes de la magia.

Al fin Shimrod se impacientó y con la bendición de Murgen se marchó alegremente de Swer Smod. Durante un tiempo deambuló por las islas como un vagabundo, a veces aparentando ser un labriego, a menudo como un caballero errante en busca de aventuras románticas.

Shimrod se instaló finalmente en Trilda, una morada en el prado de Lally, a poca distancia del Bosque de Tantrevalles.

Con el tiempo los ska de Skaghane perfeccionaron su aparato militar e invadieron Ulflandia del Norte y del Sur. Fueron derrotados por Aillas, el gallardo y

joven rey de Troicinet, quien luego ocupó el trono de ambas Ulflandias, para gran consternación de Casmir, rey de Lyonesse.

Quedaban menos de doce magos en las Islas Elder. Éstos eran algunos: Baibalides, de la isla de Lamneth; Noumique; Myolander; Triptomologius el Nigromante; Condoit de Conde; Severin Starfinder; Tif del Troagh; y otros, que eran apenas aprendices o iniciados. Los demás habían muerto, de lo cual podía deducirse que la magia podía ser una profesión peligrosa. La bruja Desmei, por razones desconocidas, se había disuelto durante la creación de Faude Carfilhiot y Melancthe. Tamurello también había actuado con imprudencia; ahora, con la apariencia de un esqueleto de comadreja, colgaba dentro de un pequeño globo de vidrio en el gran salón de Swer Smod, en la residencia de Murgen. El esqueleto estaba acurrucado, con el cráneo hundido en la cavidad formada por las ancas erguidas, y dos ojillos negros miraban desde el vidrio, sugiriendo una voluntad casi palpable de causar mal a quien siquiera mirase la botella.

2

La más remota provincia de Dahaut era la Marca, gobernada por Claractus, duque de la Marca y de Fer Aquila. Éste era un título vacío, pues hacía tiempo que los celtas habían incluido el ducado de Fer Aquila en su reino de Godelia.

La Marca era una comarca pobre y escasamente poblada, con una sola ciudad, Blantize. Algunos campesinos cultivaban cebada y criaban ovejas; en algunos castillos ruinosos, una nobleza venida a menos vivía apenas mejor que los campesinos, consolándose en su honor y en su devoción a las doctrinas caballerescas. Comían más gachas que carne; corrientes de aire soplaban por sus salones, haciendo oscilar las llamas de las antorchas; de noche circulaban fantasmas por los corredores, lamentando viejas tragedias.

En el oeste de la Marca había un páramo que albergaba sólo espinos, cardos, juncos y algunos bosquecillos de cipreses negros y achaparrados. Ese páramo, llamado la Llanura de las Sombras, lindaba con el gran bosque por el sur, bordeaba los pantanos de Squigh y al oeste limitaba con el Dann Largo, una escarpa de cien metros de altura y ochenta kilómetros de longitud, más allá de la cual se extendían los brezales de Ulflandia del Norte. La única ruta hasta los brezales era a través de una grieta en el Dann Largo. En tiempos antiguos se había construido una fortaleza en la grieta, cerrando la brecha con bloques de piedra, de modo que la fortaleza se transformó en parte del peñasco. Una puerta daba a la llanura, y encima de una línea de muralla había una terraza o pasarela. Los danaans la habían llamado «Poelitetz la Invulnerable»; nunca había sido tomada mediante un ataque frontal. El rey Aillas de Troicinet había atacado desde la retaguardia, y así había frustrado lo que hubiera sido la incursión más profunda de los ska en Hybras.

Aillas y su hijo Dhrun se encontraban ahora en la muralla, mirando hacia la Llanura de las Sombras. Era cerca del mediodía y el cielo era diáfano y azul; la llanura no mostraba esas sombras de nubes a las que debía su nombre. Aillas y Dhrun eran muy parecidos. Ambos eran esbeltos, de hombros cuadrados, fuertes y ágiles, más membrudos que musculosos. Ambos eran de estatura media, y ambos lucían rasgos claros y limpios, ojos grises y pelo castaño claro. Dhrun era más informal que Aillas, y

revelaba una exuberancia apenas contenida, junto con una alegre elegancia, cualidades que infundían encanto y colorido a su personalidad. Aillas, agobiado por graves responsabilidades, era un poco más envarado y reflexivo que Dhrun. Su rango le exigía ocultar su apasionamiento detrás de una máscara de cortés distanciamiento, hasta tal extremo que ese rasgo se había transformado en costumbre. A menudo actuaba con una templanza adulta para ocultar su audacia, que era casi una exuberancia de valentía. Era un magnífico espadachín; su ingenio llameaba con firme delicadeza, como rayos de sol atravesando las nubes, y en esos momentos de picardía se le transfiguraba el rostro, que por momentos parecía tan juvenil y radiante como el de Dhrun.

Muchas personas, viendo juntos a Aillas y Dhrun, los tomaban por hermanos. Luego, al saber que eran padre e hijo, se intrigaban ante la precoz paternidad de Aillas. En realidad, el pequeño Dhrun se había criado en Thnpsey Shee[4]; había vivido entre las hadas durante ocho, nueve o diez años. No había manera de saberlo. Entretanto, había transcurrido un solo año en el mundo exterior. Por razones de peso, las circunstancias de la infancia de Dhrun se mantenían en secreto, aunque ello alentara especulaciones y curiosidad.

Apoyados en el parapeto, ambos observaban a aquellos con los que iban a encontrarse. Aillas evocó viejos tiempos.

-Nunca me siento cómodo aquí; la angustia parece pender en el aire.

Dhrun miró hacia ambos lados de la terraza, donde la brillante luz del sol parecía inofensiva.

-Es un lugar viejo. Debe de estar impregnado de sufrimiento, el cual pesa sobre el alma.

-¿Entonces también tú lo sientes?

-No demasiado -admitió Dhrun-. Tal vez me falte sensibilidad.

Aillas sonrió, meneó la cabeza.

-La explicación es simple: nunca te trajeron aquí como esclavo. Yo he caminado entre estas piedras con una cadena en el cuello. Siento el peso y oigo el tintineo. Quizá podría hasta recordar dónde apoyé los pies. Estaba en un estado de profunda desesperación.

Dhrun rió con nerviosismo.

-El presente es el presente; el pasado es el pasado. Deberías sentir euforia por haberte desquitado.

Aillas rió de nuevo.

-¡Y la siento! ¡La euforia mezclada con el espanto causa una extraña emoción!

-Sí. Es difícil de imaginar.

Aillas se inclinó nuevamente en el parapeto.

-A menudo me hago preguntas sobre el presente, el pasado y el futuro, y sobre sus diferencias. Jamás he oído una explicación sensata, y el pensamiento me turba más que nunca. -Aillas señaló un lugar de la llanura-. ¿Ves esa loma con chaparrales en las laderas? Los ska me pusieron a cavar un túnel que tenía que llegar hasta esa loma. Una

[4] Palacio donde viven las hadas. (N. del T.)

vez que el túnel se terminara, la cuadrilla sería eliminada para que no se difundiera el secreto. Una noche cavamos hasta la superficie y escapamos, y por eso todavía estoy vivo.

-¿Y alguna vez se terminó el túnel?

-Supongo que sí. Nunca pensé en mirar.

Dhrun señaló la Llanura de las Sombras.

-Vienen jinetes: un grupo de caballeros, a juzgar por el destello del metal.

-No son puntuales -dijo Aillas-. Es significativo.

La columna se acercaba con aplomo y lentitud, una veintena de jinetes. Delante, en un caballo alto y blanco, cabalgaba un heraldo vestido con media armadura. Su caballo estaba cubierto con lienzos rosados y grises; el heraldo enarbolaba un pendón que mostraba tres unicornios blancos sobre campo verde: los emblemas reales de Dahaut. Otros tres heraldos lo seguían de cerca, enarbolando otros estandartes. A cierta distancia cabalgaban tres caballeros. Vestían armadura ligera y capas ondeantes de gran colorido: una negra, una verde oscuro, una azul claro. Los tres iban seguidos por dieciséis hombres armados, cada cual empuñando una lanza con un pendón verde al viento.

-Presentan un gallardo espectáculo, a pesar de la travesía -observó Dhrun.

-Eso han planeado -dijo Aillas-. Lo cual también es significativo.

-¿En qué sentido?

-¡Ah! Esas cosas siempre son más claras retrospectivamente. Por ahora, llegan tarde, pero se han tomado la molestia de hacer una aparición majestuosa. Son señas confusas que alguien más sutil que yo deberá interpretar.

-¿Conoces a esos caballeros?

-El rojo y el gris son los colores del duque Claractus. Lo conozco de oídas. La compañía debe venir del castillo de Cirroc, donde reside Wittes. Él es, evidentemente, el segundo caballero. En cuanto al tercero... -Aillas miró a un costado y llamó a su heraldo Duirdry, que estaba a poca distancia-. ¿ Quién viene en esa columna?

-El primer estandarte pertenece al rey Audry: la columna viene en representación del rey. Luego, veo los estandartes de Claractus, duque de la Marca y de Fer Aquila. Los otros dos son los nobles Wittes de Harne y de Cirroc, y Agwyd de Gyl. Todos son notables de largo linaje y buenas alianzas.

-Ve a la llanura -dijo Aillas-. Recibe a esos hombres con cortesía y pregúntales a qué vienen. Si te responden con respeto, los recibiré de inmediato en el salón. Si son rudos o despectivos, hazlos esperar y tráeme su mensaje.

Duirdry se marchó del parapeto. Poco después salió por la puerta escoltado por dos hombres armados. Los tres montaban caballos negros con sencillos arneses. Duirdry exhibía el estandarte real de Aillas: cinco delfines blancos sobre un campo azul oscuro. Los hombres armados portaban banderas con los emblemas de Troicinet, Dascinet y Ulflandia del Norte y del Sur. Cabalgaron unos cien metros, frenaron los caballos y aguardaron bajo la brillante luz del sol, con la oscura escarpa y la fortaleza a sus espaldas.

La columna daut se detuvo a cincuenta metros. Al cabo de un instante de inmovilidad, el heraldo daut se adelantó en su caballo blanco. Se detuvo frente a Duirdry.

Desde el parapeto, Aillas y Dhrun vieron que el heraldo daut entregaba el mensaje del duque Claractus. Duirdry escuchó, respondió con elegancia, dio media vuelta y regresó a la fortaleza. Al momento se presentó en la terraza con su informe.

-El duque Claractus presenta sus saludos. Habla en nombre del rey Audry, al siguiente efecto: «En vista de las amistosas relaciones existentes entre los reinos de Troicinet y Dahaut, el rey Audry desea que el rey Aillas dé fin a su ocupación de las tierras de Dahaut con la mayor premura y se repliegue hacia las fronteras reconocidas de Ulflandia. De esa manera, el rey Aillas eliminará una fuente de grave preocupación para el rey Audry y asegurará la continuidad de la armonía que ahora existe entre ambos reinos.» El duque Claractus, hablando en su propio nombre, desea que abras las puertas a sus gentes para que ocupen la fortaleza, según su deber y su derecho.

-Regresa -dijo Aillas-. Comunica al duque Claractus que puede entrar en la fortaleza con una escolta de sólo dos personas, y que le otorgaré una audiencia. Después llévalo al salón bajo.

Duirdry partió de nuevo. Aillas y Dhrun descendieron al salón bajo: una cámara pequeña y penumbrosa excavada en la piedra del peñasco. Una pequeña aspillera daba sobre la llanura; un portal conducía a un balcón que dominaba el patio de reunión, detrás de la puerta.

Siguiendo instrucciones de Aillas, Dhrun se apostó en una antesala que quedaba frente al salón; allí esperó a la delegación daut.

El duque Claractus llegó sin demora, acompañado por Wittes y Agwyd. Claractus entró pesadamente en la cámara y se detuvo: un hombre alto y macizo, de pelo negro, barba negra y corta, y severos ojos negros en un rostro tosco. Claractus llevaba un yelmo de acero y una capa de terciopelo verde sobre una cota de malla. Una espada le colgaba del cinto. Wittes y Agwyd lucían atuendos similares.

-Duque -dijo Dhrun-, yo soy Dhrun, príncipe del reino. Tu audiencia con el rey Aillas será informal y por lo tanto no es una ocasión adecuada para portar armas. Podéis quitaros el yelmo y dejar las espadas en la mesa, de acuerdo con los preceptos habituales de la caballería.

El duque Claractus sacudió la cabeza con brusquedad.

-No estamos aquí solicitando una audiencia con el rey Aillas; eso sólo sería adecuado en su propio reino. El rey visita ahora un ducado perteneciente al reino de Dahaut, y yo gobierno ese ducado. Yo soy aquí la máxima autoridad, y el protocolo es diferente. Considero esta ocasión como un parlamento de campaña. Nuestro atuendo es pues apropiado. Condúcenos hasta el rey.

Dhrun meneó la cabeza cortésmente.

-En ese caso, yo llevaré el mensaje al rey Aillas y vosotros podréis regresar a vuestra columna sin más demora. Escucha atentamente, pues éstas son las palabras que deberás comunicar al rey Audry:

»El rey Aillas declara que los ska ocuparon Poelitetz durante diez años. Los ska también controlaban las tierras que rodeaban el Dann Largo. Durante ese período no se toparon con protestas ni represalias del rey Audry, de ti ni de ningún otro daut. Según

las premisas de la ley consuetudinaria que rige los casos de ocupación incuestionada, los ska -con sus actos, y en ausencia de represalias daut- ganaron plenamente la propiedad de Poelitetz y las tierras que rodean el Dann Largo.

»Con el tiempo, el ejército ulflandés, al mando del rey Aillas, derrotó a los ska, los expulsó y tomó su propiedad por la fuerza de las armas. Esta propiedad se anexionó pues al reino de Ulflandia del Norte, con pleno derecho y legalidad. Estos hechos y los precedentes de la historia y la práctica común son irrefutables.

Claractus miró a Dhrun de hito en hito.

-Cacareas demasiado para ser un gallo tan joven.

-Duque, únicamente repito las palabras que me dijo el rey Aillas, y espero no haberte ofendido. Aún queda otro asunto por mencionar.

-¿Cuál?

-El Dann Largo es el límite natural entre Dahaut y Ulflandia del Norte. La fuerza defensiva de Poelitetz no significa nada para Dahaut; no obstante, su valor es inapreciable para los reinos de Ulflandia del Norte y del Sur, en caso de un ataque desde el este.

Claractus soltó una ronca risotada.

-¿Y si los ejércitos atacantes fueran daut? Lamentaríamos sobremanera no haber reclamado nuestro territorio, tal como hacemos ahora.

-Tu pretensión se rechaza -dijo Dhrun cortésmente-. Y añadiré que no nos preocupan los ejércitos daut, por valerosos que sean, sino las fuerzas del rey Casmir de Lyonesse, el cual apenas se digna ocultar sus ambiciones.

-¡Si Casmir se atreve a internarse un solo paso en Dahaut, lo lamentará! -declaró Claractus-. Lo perseguiremos por la Calle Vieja y lo acorralaremos en Cabo Despedida, donde lo haremos trizas, a él y a sus soldados sobrevivientes.

-¡Valientes palabras! -dijo Dhrun-. Se las repetiré a mi padre, para llevarle tranquilidad. Nuestro mensaje para el rey Audry es el siguiente: «Poelitetz y el Dan Largo ahora forman parte de Ulflandia del Norte. No debe temer una agresión desde el oeste, y así podrá consagrar todas sus energías a combatir a los bandidos celtas que le han causado tantas aflicciones en Wysrod».

-Bah -masculló Claractus, sin poder articular una réplica más convincente.

Dhrun hizo una reverencia.

-Habéis oído las palabras del rey Aillas. No hay más que decir, y tenéis mi autorización para marcharos.

El duque Claractus le clavó los ojos, giró sobre los talones, hizo un gesto a sus acompañantes y sin decir palabra salió de la cámara.

Desde la aspillera, Aillas y Dhrun observaron la columna que se alejaba por la Llanura de las Sombras.

-Audry es un hombre lánguido y algo frívolo -dijo Aillas-. Quizá decida que en este caso su honor no está afectado. Eso espero, porque no necesitamos más enemigos. Llegado el caso, tampoco los necesita el rey Audry.

3

Durante las incursiones de los danaans, Avallen había sido una ciudad fortificada junto al estuario del Camber, notable sólo por las torres que se elevaban sobre las murallas.

El poder danaan llegó a su fin; los altos guerreros de ojos castaños que luchaban desnudos salvo por los yelmos de bronce desaparecieron en las brumas de la historia. Las murallas de Avallon se desmoronaron; las enmohecidas torres albergaban sólo murciélagos y búhos, pero Avallon continuó siendo la «Ciudad de las Altas Torres».

Antes del período turbulento, Olam III transformó a Avallon en su capital y mediante grandes gastos hizo de Falu Ffail el palacio más majestuoso de las Islas Elder. Sus sucesores no le fueron a la zaga en este aspecto, y cada cual compitió con su predecesor en la riqueza y esplendor de sus aportes al palacio.

Cuando Audry II llegó al trono, se dedicó a perfeccionar los jardines del palacio. Encargó seis fuentes de diecinueve chorros, cada una de las cuales fue rodeada por un paseo circular con bancos acolchados; bordeó la avenida central con una treintena de ninfas y faunos de mármol; en el extremo había una cúpula sostenida por arcos en la que los músicos tocaban dulcemente desde el alba hasta el ocaso, y a veces hasta más tarde, bajo la luz de la luna. Un jardín de rosas blancas flanqueaba un jardín de rosas rojas; limoneros podados de forma esférica bordeaban los parques cuadrangulares donde el rey Audry gustaba de pasear con sus favoritos.

Falu Ffail era notable no sólo por sus jardines sino por la pompa y la extravagancia de sus celebraciones. Mascaradas, juegos, espectáculos y frivolidades se sucedían uno tras otro, cada cual más exuberante que el anterior. Cortesanos galantes y bellas damas poblaban las salas y galerías, con maravillosas y complejas indumentarias; todos analizaban con cuidado a los demás, preguntándose qué efecto causaría su acicalada imagen. Se dramatizaba y se exageraba cada aspecto de la vida; cada instante era denso como la miel, cargado de significación.

En ninguna parte se hallaba conducta más grácil ni modales más exquisitos que en Falu Ffail. El aire estaba impregnado de conversaciones susurrantes; las damas dejaban una estela de perfume al pasar: jazmín, naranja, sándalo, esencia de rosa. Los amantes se encontraban en salas penumbrosas: citas a veces secretas, a veces ilícitas; muy pocas cosas, sin embargo, escapaban a la atención ajena, y cada incidente -divertido, grotesco, patético o las tres cosas- alimentaba las habladurías.

En Falu Ffail la intriga era la esencia de la vida y de la muerte. Bajo el brillo y el fulgor circulaban oscuras corrientes de pasión y pesadumbre, de envidia y de odio. Había duelos al romper el alba y asesinatos a la luz de las estrellas, misterios y desapariciones, y exilios dictados por el rey cuando las indiscreciones se volvían intolerables.

El gobierno de Audry era benévolo, pues sus decisiones jurídicas eran cuidadosamente preparadas por el canciller Namias. No obstante, sentado en el trono Evandig, con túnica escarlata y corona de oro, Audry parecía la definición misma de la majestad benigna. Sus atributos personales realzaban su aspecto regio. Era alto e imponente, aunque de caderas amplias y vientre fofo. Lustrosos rizos negros le colgaban junto a las pálidas mejillas; un elegante bigote negro le agraciaba el carnoso labio superior. Bajo las expresivas cejas negras, relucían unos ojos húmedos y grandes, algo juntos a pesar de la larga y desdeñosa nariz.

La reina Dafnyd, esposa de Audry, originalmente una princesa de Gales y dos años mayor que Audry, le había dado tres hijos varones y dos mujeres; ahora ya no inflamaba las pasiones de Audry. A Dafnyd le daba igual y no le importaban los amoríos de Audry; ella satisfacía sus propias inclinaciones con un terceto de fornidos lacayos. El rey Audry no aprobaba esa situación, y miraba con mal ceño a los lacayos cuando los veía en la galería.

Cuando reinaba el buen tiempo, Audry solía desayunar en una zona privada del jardín, en el centro de un parque cuadrangular. Los desayunos eran informales, y normalmente Audry era atendido por unos cuantos amigos.

Hacia el final de una de esas ocasiones, Tramador, el senescal de Audry, se aproximó para anunciar la llegada de Claractus, duque de la Marca y de Fer Aquila, quien solicitaba audiencia.

Audry hizo una mueca de fastidio; esas nuevas rara vez le causaban alegría y, peor aún, le exigían horas de tediosas deliberaciones.

Tramador aguardó, sonriendo para sus adentros ante la vacilación del rey Audry. Al fin Audry gruñó con irritación y movió los gruesos dedos blancos.

-Trae a Claractus. Lo veré ahora, y me desharé del asunto.

Tramador dio media vuelta, sorprendido de que el rey Audry actuara con tanta decisión. Cinco minutos después regresó acompañado por el duque Claractus. A juzgar por la tez sucia y la indumentaria cubierta de polvo, Claractus acababa de apearse del caballo.

Claractus se inclinó ante el rey.

-¡Majestad, mis excusas! Descuidé mi elegancia por verte cuanto antes. Anoche dormí en Sotodique Verwiy; madrugué y he cabalgado sin descanso para llegar aquí.

-Aprecio tu celo -dijo Audry-. ¡Si todos me sirvieran tan bien, jamás cesaría de regocijarme! Parece que traes noticias de importancia.

-Tú juzgarás, majestad. ¿Puedo hablar?

Audry señaló una silla.

-¡Siéntate, Claractus! Supongo que conoces a estos caballeros, Huynemer, Archem, Rudo.

Claractus saludó a los tres con una inclinación de cabeza.

-Los vi en mi última visita; disfrutaban de una farsa y los tres iban disfrazados de arlequines, payasos o algo parecido.

-No recuerdo la ocasión -dijo rígidamente Huynemer.

-No importa-dijo Audry-. Cuéntame tus noticias, que espero alegrarán mi ánimo.

Claractus rió ásperamente.

-Si así fuera, majestad, habría cabalgado toda la noche. Mis noticias no son gratas. Conferencié, tal como me ordenaste, con el rey Aillas en la fortaleza Poelitetz. Expresé tu parecer con las palabras exactas. Me respondió con cortesía, pero sin sustancia. No evacuará Poelitetz ni las tierras que circundan el Dan Largo. Afirma que arrebató tales lugares a los ska, los cuales los habían tomado por las armas al reino daut, apropiándoselos. Aillas señala que los ska mantuvieron esta propiedad sin que tus reales

ejércitos los desafiaran. Por consiguiente afirma que el reino de Ulflandia del Norte es ahora el legítimo propietario de la fortaleza.

Audry profirió una sibilante exclamación:

-¡Sarsicante! ¿Tan poco valora mi estima que se atreve a irritarme de este modo? ¡Parece mofarse de mi dignidad y del poderío de nuestras armas!

-¡En absoluto, majestad! Es culpa mía si te di esa impresión. El tono fue cortés y respetuoso, pero Aillas manifestó claramente que no custodia Ulflandia contra Dahaut, sino contra una posible agresión del rey Casmir, cuyos propósitos, según afirma, son conocidos por todos.

-¡Bah! -exclamó Audry-. ¡Eso es rebuscado! ¿Cómo podría Casmir llegar hasta la Llanura de las Sombras sin derrotar previamente a todos los ejércitos de Dahaut?

-El rey Aillas entiende que esa contingencia, aunque remota, es real. En todo caso, enfatiza su primer argumento: que las tierras le pertenecen por derecho de conquista.

-¡Un argumento engañoso e incorrecto! -exclamó desdeñosamente Rudo-. Los límites de Dahaut tienen su fundamento en la tradición. ¡No han cambiado durante siglos!

-¡Exacto! -declaró Archem-. Los ska deben ser considerados intrusos transitorios, nada más.

El rey Audry gesticuló con impaciencia.

-¡Obviamente no es tan fácil! Debo reflexionar sobre el asunto. Entretanto, Claractus, ¿no quieres compartir nuestro desayuno? Tu atuendo no es muy apropiado, pero ninguna persona cabal se atrevería a culparte por ello.

-Gracias, majestad. Comeré con gusto, pues estoy famélico.

La conversación se encauzó hacia temas más agradables, pero los ánimos se habían avinagrado y pronto Huynemer volvió a condenar la conducta provocativa del rey Aillas. Rudo y Archem compartían su punto dé vista, y ambos aconsejaron una enérgica represalia para meter en cintura al «joven advenedizo troicino».

Audry se reclinó en la silla.

-¡Muy bien! Pero me pregunto cómo haremos para escarmentar a Aillas.

-Bien, si varias compañías fuesen despachadas hacia la Marca, dando claros indicios de que nos proponemos recobrar nuestras tierras por la fuerza, Aillas se iría a trinar a otra rama.

El rey Audry se frotó la barbilla.

-Crees que él cedería si mostrásemos resolución.

-¿Se atrevería a desafiar el poderío de Dahaut?

-Supongamos que, por locura o temeridad, se negara a ceder.

-Entonces el duque Claractus golpearía con toda su fuerza para ahuyentar al joven Aillas y sus rapaces ulflandeses, que huirían por los brezales brincando como liebres.

Claractus alzó la mano.

-No deseo tanta gloria. Vosotros habéis ideado la campaña; vosotros estaréis al mando y dirigiréis el ataque.

Huynemer enarcó las cejas y miró a Claractus con frialdad.

-Majestad, presento este plan sólo como una opción que debe ser estudiada, nada más.

Audry se volvió hacia Claractus.

-¿No se considera a Poelitetz inexpugnable?

-Esa es la creencia general.

Rudo gruñó con escepticismo.

-Esa creencia nunca se ha puesto a prueba, aunque ha intimidado a las gentes durante generaciones.

Claractus sonrió hurañamente.

-¿Cómo se ataca un peñasco?

-Se podría derribar el portón con arietes.

-¿Para qué molestarse? A petición vuestra los defensores subirán el rastrillo. Cuando un buen número de nobles caballeros, digamos un centenar, haya entrado en el patio, bajarán el rastrillo y harán trizas a los cautivos.

-¡Entonces hay que escalar el Dann Largo!

-No es fácil escalar una roca mientras los enemigos arrojan piedras desde arriba.

Rudo examinó altaneramente a Claractus.

-¿Sólo nos ofreces desánimo y derrota? El rey ha manifestado sus deseos, pero desechas cada propuesta destinada a alcanzar ese propósito.

-Vuestras ideas son impracticables -declaró Claractus-. No puedo tomarlas en serio.

Archem descargó un puñetazo sobre la mesa.

-¡No obstante, el honor caballeresco exige que respondamos a esa insultante ocupación!

Claractus se volvió hacia el rey Audry.

-¡Eres afortunado, majestad, por contar con paladines tan enérgicos! ¡Son parangones de ferocidad! ¡Deberías enviarlos a luchar contra los celtas de Wysrod, que han sido una molestia tan inquietante!

Huynemer gruñó entre dientes.

-Eso no viene al caso.

Audry suspiró, soplándose el bigote negro.

-Por cierto, nuestras campañas en Wysrod nos han traído poca gloria y menor satisfacción.

-Majestad -dijo Huynemer con vehemencia-, hay grandes dificultades en Wysrod. Esos patanes son como espectros; los perseguimos por ciénagas y montes, los acorralamos; se esfuman en las brumas de Wysrod y luego nos atacan por la espalda, con

gritos y aullidos y descabelladas maldiciones celtas, lo cual confunde a nuestros soldados.

Claractus se echó a reír.

-Deberíais entrenar a vuestros soldados para combatir y no para desfilar. Entonces no temerían las nieblas y las maldiciones.

Huynemer soltó una maldición de su propia cosecha.

-¡Escupitajos infernales y testículos caninos! ¡Esas palabras me disgustan! ¡Jamás se ha cuestionado mi servicio al rey!

-¡Ni el mío! -declaró Rudo-. Los celtas son un fastidio menor que pronto eliminaremos.

El rey Audry batió las palmas para aplacarlos.

-¡Calma! ¡No deseo más rencillas en mi presencia!

El duque Claractus se puso de pie.

-Majestad, he dicho duras verdades que de otra manera no oirías. Ahora, con tu venia, deseo retirarme con el fin de asearme.

-¡Hazlo, buen Claractus! Confío en que comerás con nosotros.

-Con gusto, majestad.

Claractus se marchó. Archem lo siguió con la mirada y luego se volvió con un bufido reprobatorio.

-¡Qué sujeto tan impertinente!

-Sin duda leal, y valiente como un jabalí en celo... -declaró Rudo-. Pero, como la mayoría de los provincianos, es ciego a las perspectivas amplias.

-¡Bah! -rezongó Huynemer-. ¿Sólo provinciano? Me parece rústico, con esa capa tosca y ese vozarrón.

-Parece parte de la misma condición -acotó reflexivamente Rudo-, es como si un defecto generase el otro. -Preguntó con cautela al rey-: ¿Qué opinas, majestad?

Audry no dio una respuesta directa.

-Meditaré sobre el asunto. Tales decisiones no se pueden tomar impulsivamente.

Tramador se acercó al rey Audry. Se agachó para murmurarle al regio oído:

-Majestad, es hora de que te pongas tu atuendo formal.

-¿Para qué? -exclamó Audry.

-Hoy, majestad, debes presidir los juicios.

Audry miró al senescal con pesadumbre.

-¿Estás seguro?

-¡Ciertamente, majestad! Los litigantes ya se están congregando en la cámara externa.

Audry suspiró con mal ceño.

-¡Así que debo habérmelas con la insensatez, la codicia y todo aquello que no me interesa! ¡Tedio e irritación! Tramador, ¿no tienes piedad? Siempre me molestas durante mis pequeños períodos de descanso.

-Lamento la necesidad de hacerlo, majestad.

-¡Ja! Supongo que no hay escapatoria.

-Lamentablemente no, majestad. ¿Usarás el Gran Salón[5] o la Sala Vieja?

Audry reflexionó.

-¿Qué casos debo juzgar?

Tramador extendió un pergamino.

-He aquí una lista, con los análisis y comentarios del escribiente. Hay un salteador al que se debe colgar y un tabernero que aguó el vino, a quien se debe azotar. Fuera de eso, no parece haber nada importante.

-Bien, pues que sea la Sala Vieja. Nunca me siento cómodo en Evandig; parece temblar, como si se me escurriera. Una sensación anómala como mínimo.

-¡Convengo contigo, majestad!

Los juicios siguieron su curso. El rey Audry regresó a sus aposentos, donde sus criados lo vistieron para la tarde. Sin embargo, Audry no salió de sus habitaciones de inmediato. Despidió a sus criados, se desplomó en una silla y meditó sobre los problemas expuestos por el duque Claractus.

El plan de recobrar Poelitetz por la fuerza era absurdo, desde luego. Las hostilidades con el rey Aillas sólo beneficiarían al rey Casmir de Lyonesse.

Audry se levantó, caminó de un lado a otro con la cabeza gacha y las manos entrelazadas a la espalda. En definitiva Aillas sólo había dicho una cruda verdad. Para Dahaut el peligro no estaba en las Ulflandias ni en Troicinet, sino en Lyonesse.

Claractus no sólo había traído noticias desagradables, sino que había señalado algunas realidades ingratas que Audry prefería ignorar. Las tropas daut, con sus vistosos uniformes, presentaban un magnífico espectáculo en los desfiles, pero hasta Audry concedía que su conducta en la batalla merecía ciertas dudas.

Audry suspiró. El remedio de esa situación requería medidas tan drásticas que su mente no tardó en replegarse, como las frondas de una planta sensitiva.

Audry alzó las manos. Todo iría bien. Otra cosa era impensable. ¡Problema ignorado era problema resuelto! Ésa era una filosofía sensata. Un hombre enloquecía si procuraba deshacer todos los entuertos del universo.

Reconfortado, Audry llamó a los criados. Le pusieron un elegante sombrero con una corona ladeada y un penacho escarlata; Audry se sopló los bigotes y abandonó sus aposentos.

4

[5] También llamado Salón de los Héroes, donde se hallaban el trono Evandig y la mesa redonda Cairbra an Meadhan.

El reino de Lyonesse se extendía por el sur de Hybras, desde el golfo de Vizcaya hasta Cabo Despedida, sobre el Océano Atlántico. Desde el castillo de Haidion, en la ciudad de Lyonesse, el rey Casmir gobernaba con mayor rigor que el rey Audry. La corte de Casmir se caracterizaba por un protocolo y un decoro precisos; la pompa, más que la ostentación o el regocijo, definían la atmósfera de Haidion.

La esposa del rey Casmir era la reina Sollace, una mujer corpulenta y lánguida, casi tan alta como Casmir. Llevaba el rubio cabello trenzado sobre la coronilla, y se bañaba en leche para conservar la tez lozana. El hijo y heredero de Casmir era el elegante príncipe Cassander; la familia real también incluía a la princesa Madouc, presunta hija de la princesa Suldrun, muerta trágicamente nueve años atrás.

El castillo de Haidion dominaba la ciudad de Lyonesse desde una colina de poca altura, y desde abajo lucía como una amalgama de pesados bloques de piedra coronada por siete torres de diversos estilos y formas: la Torre de Lapadius[6], la Torre Alta[7], la Torre del Rey, la Torre Oeste, la Torre de los Búhos, la Torre de Palaemon y la Torre Este. La pesada estructura y las torres daban a Haidion un contorno austero pero arcaico y exótico que contrastaba con la delicada fachada de Falu Ffail de Avallon.

Asimismo, la persona del rey Casmir contrastaba con la del rey Audry. Casmir era enérgico y parecía palpitar con sangre fuerte y roja. Su pelo y su barba eran matas de rizos rubios y duros. La tez de Audry era clara como el marfil, y el pelo era renegrido. Casmir era corpulento, de torso y cuello gruesos, con ojos redondos y azules y rostro chato. Audry, alto y de cintura gruesa, era mesurado y grácil.

Ninguna de ambas cortes carecía de comodidades regias; ambos reyes disfrutaban de sus privilegios, pero mientras Audry cultivaba la compañía de sus favoritos de ambos sexos, Casmir no tenía allegados ni amantes. Una vez por semana hacía una visita real a la cámara de la reina Sollace, y allí abrazaba aquel cuerpo macizo, letárgico y blanco. En ocasiones menos formales, aliviaba su fogosidad en el trémulo cuerpo de uno de sus bonitos pajes.

Pero Casmir prefería la compañía de sus espías e informadores. Ellos le permitieron enterarse de la intransigencia de Aillas en Poelitetz casi al mismo tiempo que el rey Audry. La noticia, aunque previsible, irritó a Casmir. Pensaba invadir Dahaut tarde o temprano, destruir los ejércitos daut y consolidar una pronta victoria antes que Aillas pudiera intervenir. Con Aillas atrincherado en Poelitetz, la situación resultaba más difícil, pues Aillas podría contraatacar de inmediato con tropas ulflandesas y la guerra no se decidiría con rapidez. Era preciso eliminar el peligro planteado por la fortaleza Poelitetz.

Eso no era una ocurrencia nueva. Casmir había trabajado largamente para fomentar el descontento entre los barones ulflandeses e incitarlos a una rebelión en gran escala contra el gobierno de aquel rey extranjero. Con esa finalidad había reclutado a Torqual, un ska renegado transformado en delincuente.

La empresa no había arrojado resultados satisfactorios. Torqual era inescrupuloso y astuto, pero carecía de sutileza, lo cual limitaba su utilidad. Con el transcurso de los meses, Casmir se impacientaba cada vez más. ¿Dónde estaban los logros de Torqual? Como respuesta a las órdenes de Casmir, transmitidas por un mensajero, Torqual se limitaba a exigir más oro y plata. Casmir ya había desembolsado

[6] También conocida como Torre Vieja.
[7] También conocida como Eyrie.

grandes sumas, y sospechaba que Torqual podía satisfacer fácilmente sus necesidades por medio de saqueos y depredaciones, ahorrándole gastos innecesarios.

Para conferenciar con sus agentes, Casmir prefería el Salón de los Suspiros, una cámara que estaba encima de la armería. En tiempos antiguos, antes de la construcción del Peinhador, la armería había servido como cámara de tortura, y los prisioneros que aguardaban la atención del verdugo esperaban en el Salón de los Suspiros, donde el oído sensible -se decía- aún podía captar sonidos plañideros.

El Salón de los Suspiros era lúgubre y desnudo, amueblado con un par de bancos de madera, una mesa de roble, dos sillas, una bandeja con un antiguo jarro de madera de haya y cuatro picheles también de madera de haya, a los cuales el rey Casmir se había aficionado.

Una semana después de recibir noticias sobre el problema de Poelitetz, el segundo chambelán, Eschar, notificó a Casmir que el mensajero Robalf aguardaba en el Salón de los Suspiros.

Casmir se dirigió de inmediato hacia la sombría cámara que estaba sobre la armería. En uno de los bancos esperaba Robalf, una persona enjuta de inquietos ojos castaños, pelo castaño y ralo y nariz larga y ganchuda. Llevaba polvorientas vestimentas de fustán marrón y sombrero de fieltro negro de pico alto; cuando entró Casmir, Robalf se levantó de un brinco, se quitó el sombrero e hizo una reverencia.

-¡A tu servicio, majestad!

Casmir lo miró de arriba abajo, asintió bruscamente y se sentó a la mesa.

-Bien, ¿qué noticias traes?

Robalf respondió con voz hueca:

-Señor, he cumplido tus órdenes. No me demoré un solo instante en el camino. ¡Ni siquiera me detuve para aliviar la vejiga!

Casmir se acarició la barbilla.

-Supongo que no habrás realizado esa tarea mientras cabalgabas.

-Majestad, la prisa y el deber nos transforman a todos en héroes.

-Interesante. -Casmir se sirvió vino en uno de los picheles y señaló la segunda silla-. Siéntate, buen Robalf, y cuéntame las noticias con comodidad.

Robalf posó sus flacas asentaderas en el borde de la silla.

-Majestad, me encontré con Torqual en el lugar acordado y, usando tus palabras y hablando con tu regia autoridad, le comuniqué tu orden de venir a la ciudad de Lyonesse. Lo insté a que se preparase al instante, para que juntos cabalgáramos hacia el sur por la Trompada.

-¿Y su respuesta?

-Enigmática. Al principio calló, y pensé que ni siquiera me había oído. Luego pronunció estas palabras: «No iré a la ciudad de Lyonesse.”

»Lo recriminé por ello, citando nuevamente la autoridad del rey. Torqual, finalmente, me entregó un mensaje para ti.

-Vaya -masculló Casmir-. ¿De veras? ¿Y cuál era el mensaje?

-Debo advertirte, sire, que hizo gala de poco tacto y omitió los títulos apropiados.

-No importa. Repite el mensaje. -Casmir bebió del pichel de madera de haya.

-Ante todo, envió sus más amables y fervientes saludos, con la esperanza de que continúes gozando de buena salud. Es decir, dirigió extraños sonidos al viento y así fue como yo interpreté su sentido. Luego declaró que sólo el temor por su vida le impedía una plena e instantánea obediencia a tus instrucciones. Luego requirió fondos en plata u oro, en cantidad adecuada para sus necesidades, que describió como considerables.

Casmir apretó los labios.

-¿Ese es todo el mensaje?

-No, sire. Declaró que lo colmaría de regocijo el reunirse contigo, si tú te dignaras visitar un sitio llamado Cerro de Mook.

Me dio instrucciones para llegar a ese lugar, y las repetiré si lo deseas.

-No por el momento. -Casmir se reclinó en la silla-. Para mis oídos, ese mensaje tiene un sabor de impertinente insolencia. ¿Cuál es tu opinión?

Robalf frunció el ceño y se relamió los labios.

-Majestad, te ofreceré mi sincero análisis, si eso deseas.

-¡Habla, Robalf! Ante todo, valoro la sinceridad.

-Muy bien, majestad. En la conducta de Torqual entreveo no tanto insolencia como indiferencia mezclada con un oscuro sentido del humor. Torqual parece vivir en un mundo donde está a solas con el Destino; donde los demás, tanto tu augusta persona como yo, somos sólo sombras coloreadas, por usar una figura grandilocuente. En síntesis, en vez de complacerse en una deliberada insolencia, Torqual se desinteresa de tu regia sensibilidad. Si deseas tratar con él, debes hacerlo conociendo este hecho. Esa es mi opinión, al menos. -Robalf miró de soslayo a Casmir, cuyo rostro no daba indicio de sus emociones.

Casmir habló al fin, con voz tranquilizadoramente serena.

-¿Se propone obedecerme o no? Eso es lo más importante.

-Torqual es imprevisible -dijo Robalf-. Sospecho que en el futuro no lo hallarás más dócil que en el pasado.

Casmir cabeceó lacónicamente.

-Robalf, has hablado con precisión, y ciertamente has aclarado los misterios que rodean a ese perverso asesino.

-Me alegra servirte, majestad.

Casmir reflexionó un instante y preguntó:

-¿Te relató alguno de sus logros?

-En efecto, pero con cierta renuencia. Habló de la toma del castillo de Glen Gath y de la consiguiente muerte del barón Nols y sus seis hijos; mencionó el incendio de la fortaleza de Maltaing, morada del barón Ban Oc, en cuya ocasión todos fueron consumidos por las llamas. Ambos señores eran servidores acérrimos del rey Aillas.

Casmir gruñó.

-Aillas ha enviado cuatro compañías en persecución de Torqual. Ése es mi último informe. Me pregunto cuánto sobrevivirá Torqual.

-Mucho depende de él mismo -dijo Robalf-. Puede ocultarse en las rocas o en la sierra y evitar que lo encuentren. Pero si sale para realizar incursiones, algún día sufrirá un revés de la suerte. Lo seguirán hasta su guarida y lo arrinconarán.

-Sin duda tienes razón -dijo Casmir. Golpeó la mesa. Eschar entró en la sala.

-¿Majestad?

-Paga a Robalf una bolsa de diez florines de plata, junto con una pesada moneda de oro. Luego alójalo cómodamente en las cercanías.

Robalf inclinó la cabeza.

-Gracias, majestad.

Ambos salieron del Salón de los Suspiros.

Casmir se quedó pensando. Ni la conducta ni las hazañas de Torqual eran satisfactorias. Casmir le había ordenado que enemistara a los barones valiéndose de emboscadas, pistas falsas, rumores y engaños. Sus actos de saqueo, asesinato y rapiña sólo servían para que lo consideraran un bandido salvaje contra quien todos debían unirse, a pesar de antiguas rencillas y sospechas. La conducta de Torqual servía para unir a los barones, no para sembrar discordia.

Casmir emitió un gruñido de insatisfacción. Bebió del pichel y lo dejó bruscamente en la mesa. La fortuna no le sonreía. Torqual, considerado como instrumento político, había resultado antojadizo y probablemente inútil. Debía de estar loco. Aillas se había atrincherado en Poelitetz, frustrando la gran ambición de Casmir. Sin embargo, otra preocupación aún más profunda lo atormentaba: la predicción realizada años atrás por Persilian, el Espejo Mágico. Las palabras nunca cesaban de resonar en la mente de Casmir:

El hijo de Suldrun conseguirá,
antes de haber fenecido,
ocupar su legítimo puesto
en Cairbra an Meadhan.
Si logra ese cometido,
la Mesa Redonda hará suya,
para aflicción de Casmir,
y Evandig será su trono.

Los términos de la profecía habían desconcertado a Casmir desde un principio. Suldrun había alumbrado una sola hija, la princesa Madouc, o eso parecía, y las estrofas de Persilian sonaban descabelladas. Pero Casmir sabía que las cosas nunca eran así, y al final se conoció la verdad y el pesimismo de Casmir quedó justificado. Suldrun había tenido un varón y las hadas de Thripsey Shee se lo habían llevado, cambiándolo por una niña hada a la que no querían. Inadvertidamente, el rey Casmir y la reina Sollace habían criado a esa niña, presentándola al mundo como «princesa Madouc».

La profecía de Persilian era ahora menos paradójica y por tanto más ominosa. Casmir había enviado a sus agentes a buscar al niño, pero en vano: el primogénito de Suldrun no aparecía por ningún lado.

Sentado en el Salón de los Suspiros, aferrando el pichel de madera de haya con su gruesa mano, Casmir se devanaba los sesos con la misma pregunta que había formulado mil veces: «¿Quién es el maldito niño? ¿Cómo se llama? ¿Dónde reside, tan discreto y oculto a mi conocimiento? ¡ Ah, con cuánta prontitud pondría fin a este asunto, si lo supiera!»

Como de costumbre, las preguntas no le trajeron respuestas, y su desconcierto persistió. En cuanto a Madouc, todos la habían aceptado por mucho tiempo como hija de la princesa Suldrun, y ahora no podía repudiarla. Para legitimar su presencia, se había entretejido una romántica historia acerca de un noble caballero, secretas citas de amor en el viejo jardín, juramentos de matrimonio susurrados en el claro de luna, y por último el bebé que se había convertido en la deliciosa princesita, amada por la corte. La historia era tan buena como cualquiera, y por lo demás se correspondía bastante con la verdad, excepto por la identidad del bebé. En cuanto a la identidad del amante de Suldrun, nadie la conocía y a nadie importaba excepto al rey Casmir, que en su furia había arrojado al joven a una mazmorra sin siquiera saber su nombre.

Para Casmir, la princesa Madouc representaba sólo un fastidio. Según el saber tradicional, los niños de las hadas, cuando se alimentaban con comida humana y vivían en un entorno humano, perdían gradualmente su carácter semihumano y se asimilaban al reino de los mortales. Pero también se oían historias acerca de criaturas que nunca cruzaban esa frontera y conservaban su temperamento extraño y desaforado: inconstante, artero, irritable. Casmir se preguntaba cómo sería la princesa Madouc. Ciertamente era diferente de las demás doncellas de la corte, y a veces le causaba perplejidad e inquietud.

A esas alturas Madouc no sabía nada sobre su verdadero origen. Creía ser hija de Suldrun: así se lo habían asegurado, ¿por qué iba a ser de otra manera? Empero, había elementos discordantes en los relatos presentados por la reina Sollace y las damas designadas para instruirla en la etiqueta cortesana, Desdea y Marmone. Madouc recelaba de las dos, pues ambas se proponían cambiarla de un modo u otro, a pesar de su resolución a permanecer tal como era.

Madouc tenía ahora nueve años. Era inquieta y activa, de piernas largas, con un delgado cuerpo de muchacho y el rostro sagaz y bonito de una niña. A veces se ceñía su mata de bucles cobrizos con una cinta negra; en ocasiones los dejaba derramarse sobre la frente y las orejas. Sus ojos eran de un dulce azul celeste y la boca, ancha. Gesticulaba y se movía al compás de sus sentimientos. Se la consideraba díscola y terca; las palabras «caprichosa», «perversa» e «incorregible» se usaban a veces para describir su temperamento.

Cuando Casmir se enteró de los detalles del nacimiento de Madouc, reaccionó con alarma, incredulidad y furia, hasta el extremo de que Madouc lo habría pasado mal si su cuello hubiera estado al alcance del rey. Cuando Casmir se calmó, comprendió que no tenía más opción que encarar la situación con buen semblante; sin duda a los pocos años podría concertar un matrimonio ventajoso para Madouc.

Casmir salió del Salón de los Suspiros y regresó a sus aposentos. Atravesó la elevación de la Torre del Rey, donde el corredor se transformaba en una galería cubierta que dominaba el patio desde una altura de cuatro metros. Cuando llegó al portal que daba a la galería, Casmir se detuvo al ver a Madouc. Estaba en una de las arcadas, erguida de puntillas para atisbar el patio.

Casmir hizo una pausa para observarla, frunciendo el ceño con aquella mezcla de sospecha y de disgusto que a menudo le despertaban Madouc y sus actividades. Notó que en la balaustrada, junto al codo de Madouc, había un cuenco de membrillos podridos, y que ella sostenía uno en la mano. Madouc estiró el brazo hacia atrás y arrojó el membrillo contra un blanco del patio. Miró un instante y retrocedió, muerta de risa.

Casmir se le acercó.

-¿Qué maldad estás tramando?

Madouc se volvió sobresaltada y lo miró atónita, la cabeza hacia atrás, la boca entreabierta. Casmir se asomó. En el patio estaba la dama Desdea, mirando hacia arriba encolerizada, enjugándose fragmentos de membrillo del cuello y del corpiño, el elegante tricornio torcido. Enmudeció de sorpresa al ver al rey Casmir, y por un instante se quedó tiesa. Luego, con una rápida reverencia, se acomodó el sombrero y se apresuró a entrar en el castillo.

Casmir se retiró despacio y miró a Madouc.

-¿Por qué le arrojaste fruta a la dama Desdea?

-Porque Desdea pasó primero, antes que Marmone -dijo Madouc con toda ingenuidad.

-¡No se trata de eso! -exclamó el rey Casmir-. En este momento Desdea cree que yo la manché con fruta podrida.

Madouc asintió con seriedad.

-Tal vez sea mejor. Tomará la reprimenda con mayor seriedad que si viniera misteriosamente de ninguna parte.

-¿De veras? ¿Y cuáles son sus defectos para merecer semejante escarmiento?

Madouc alzó los amplios ojos azules.

-Ante todo, majestad, es insoportablemente molesta y rezonga todo el tiempo. Además, es taimada como un zorro, y espía por las esquinas. También, aunque parezca increíble, insiste en que yo aprenda a hacer una buena costura.

-¡Bah! -masculló Casmir, ya aburrido con el tema-. Es evidente que tu conducta necesita un correctivo. ¡No arrojarás más fruta!

Madouc frunció el ceño y se encogió de hombros.

-La fruta es mejor que otras cosas. Creo que Desdea preferiría fruta.

-Tampoco arrojes otras cosas. Una princesa real expresa su disgusto con mayor gracia.

Madouc reflexionó un instante.

-¿Y si esas cosas cayeran por su propio peso?

-No debes permitir que ninguna sustancia, repugnante, dañina, perniciosa o de ninguna clase, caiga ni se aleje de ti con rumbo a la dama Desdea. ¡En síntesis, desiste de esas actividades!

Madouc frunció la boca con insatisfacción; parecía que el rey Casmir no se rendía ante la lógica ni la persuasión. Madouc no gastó más palabras.

-De acuerdo, majestad.

El rey Casmir echó otro vistazo al patio y continuó su camino. Madouc se demoró un instante y luego siguió al rey por el pasaje.

II

1

Madouc se equivocaba. El episodio del patio había afectado muchísimo a la dama Desdea, pero eso no la indujo a alterar de inmediato su actitud filosófica ni sus métodos de enseñanza. Mientras Desdea apretaba el paso por los oscuros corredores del castillo de Haidion, sentía un gran desconcierto. Se preguntaba: «¿En qué me equivoqué? ¿Cuál fue el error que enfadó de tal modo a Su Majestad? Ante todo, ¿por qué me mostró su disgusto de ese modo tan extravagante? ¿Hay aquí algún simbolismo que no comprendo? ¡Sin duda él ha reconocido la tarea diligente y abnegada que he realizado con la princesa! ¡Esto es rarísimo!"

Desdea llegó al gran salón, y sintió una nueva sospecha. Se paró en seco. «¿Este asunto esconde algo más? ¿Seré víctima de intrigas? ¿Qué otra explicación es posible? O, ay de mí, ¿acaso el rey me encuentra personalmente repulsiva? He de reconocer que mi apariencia es de majestuosidad y refinamiento y que no tengo la risueña y provocativa coquetería que podría exhibir una insignificante jovenzuela, toda maquillaje, perfumes y contoneos. ¡Pero cualquier caballero con discernimiento puede reparar en mi belleza interior, que deriva de la madurez y la nobleza de espíritu!» Realmente, la apariencia de Desdea, tal como ella sospechaba, no era subyugante. Tenía huesos grandes, tobillos largos, pechos chatos y un físico algo enjuto, con un rostro largo y equino y una mata de bucles pajizos que le colgaban a ambos lados de la cara. A pesar de ello, Desdea era una experta en decoro y comprendía los matices más delicados de la etiqueta cortesana. («Cuando una dama recibe los honores de un caballero, no clava los ojos como una garza que acaba de engullir un pez, ni contorsiona el rostro en una fatua sonrisa. En cambio, murmura una frase cortés y muestra una sonrisa cálida pero moderada. Yergue el cuerpo; no se retuerce ni da brincos; no mueve los hombros ni las caderas. Mantiene los codos en contacto con el cuerpo. Cuando inclina la cabeza, puede llevarse la mano a la nuca, si el gesto le parece grácil. En ningún momento mirará al vacío, ni llamará o hará señas a sus amigos, ni escupirá en el suelo ni hará comentarios impertinentes que resulten embarazosos para el caballero.») Desdea jamás había tenido una experiencia como la del patio. Mientras marchaba por el corredor, seguía abrumada por la perplejidad. Llegó a los aposentos de la reina Sollace y recibió autorización para entrar. Encontró a la reina reclinada entre cojines de terciopelo verde, en un gran sofá. La doncella Ermelgart cepillaba la gran melena de cabello claro de Sollace. Ermelgart ya había peinado los mechones más abundantes, usando una crema nutritiva, preparada a base de almendras molidas, calomel y polvo de calcio de hueso de pavo real. Le cepilló el pelo hasta que brilló como seda amarilla, lo enrolló en un par de mechones que luego sujetaría con redes adornadas con cabujones de zafiro.

Para fastidio de la dama Desdea, había otras tres personas en la cámara. Las damas Bortrude y Parthenope bordaban junto a la ventana; al lado de Sollace, púdicamente encaramado en un taburete, estaba el padre Umphred, cuyas nalgas desbordaban del asiento. Usaba una sotana de fustán pardo, con la capucha echada hacia atrás. La tonsura revelaba una coronilla pálida y chata bordeada de pelo color ratón; debajo había unas mejillas blancas y fofas, una nariz rechoncha, unos ojos oscuros y saltones y una boca pequeña y rosada. El padre Umphred era asesor

espiritual de la reina; en la mano regordeta sostenía un fajo de dibujos que describían aspectos de la nueva basílica que se estaba construyendo en el extremo norte del puerto.

Desdea avanzó e intentó hablar, pero la reina la interrumpió con un gesto.

-¡Un momento, Ottile! Como ves, estoy ocupada en asuntos importantes.

Desdea se contuvo, mordiéndose el labio, mientras el padre Umphred exhibía los dibujos provocando en la reina chillidos de entusiasmo. Sollace hizo un solo reproche:

-¡Ojalá pudiéramos construir un edificio de proporciones imponentes, para vergüenza de todos los demás en todo el resto del mundo!

El padre Umphred sonrió.

-¡Querida reina, puedes estar segura! Nada faltará en la Basílica de Sanctissima Sollace, Amada de los Ángeles, en lo concerniente a la santa inspiración que ella encarna.

-¿De veras?

-Sin duda alguna. ¡La devoción jamás se mide por la grosera magnitud! Si así fuera, una bestia salvaje llamaría más la atención en los aposentos celestiales que un pequeño bebé bendecido con el sacramento del bautismo.

-Como siempre, sitúas nuestros pequeños problemas en la perspectiva adecuada.

Desdea ya no pudo contenerse. Cruzó la cámara y se agachó para murmurar al oído de la reina:

-Debo hablar en privado contigo, majestad, de inmediato.

Sollace, enfrascada en los dibujos, hizo un gesto distraído.

-¡Paciencia, por favor! ¡Esta conversación es de suma importancia! -Tocó un dibujo con el dedo-. A pesar de todo, si pudiéramos añadir un atrio aquí, con habitaciones a ambos lados, mejor que enfrente del crucero, el espacio serviría para un par de ábsides menores, cada cual con su altar.

-Querida reina, podríamos seguir este plan si acortáramos la nave en la medida requerida.

-¡Pero no deseo hacerlo! -exclamó la reina con petulancia-. Más aún, deseo alargarla más, y también aumentar esta curva en el extremo del ábside. ¡Ganaríamos espacio para un retablo realmente espléndido!

-La idea es de una excelencia innegable -declaró el padre Umphred-. Aun así, recordemos que los cimientos ya están cavados y están pensados para las dimensiones actuales.

-¿No se pueden extender sólo un poco?

El padre Umphred meneó la cabeza tristemente.

-¡Lamentablemente, estamos limitados por la escasez de fondos! Si hubiera una abundancia sin límites, todo sería posible.

-¡Siempre esa deprimente historia! -protestó la reina Sollace-. ¿Acaso estos albañiles, peones y picapedreros son tan codiciosos que no desean trabajar para la gloria de la Iglesia?

-¡Siempre ha sido así, querida rema! No obstante, rezo todos los días para que el rey, con su magnífica generosidad, nos otorgue lo necesario.

La reina Sollace gimió con melancolía.

-El esplendor de la basílica no es la principal prioridad del rey.

-El rey debería recordar un hecho importante -comentó reflexivamente el padre Umphred-. Una vez que la basílica esté terminada, la marea financiera se invertirá. Vendrán gentes de todas partes para adorar, cantar canciones de alabanza y presentar obsequios de oro y plata, pues de esa manera esperan conquistar la gratitud de un cielo jubiloso.

-Esos obsequios también me traerán júbilo a mí, si así podemos adornar la iglesia con la adecuada riqueza.

-Para ese propósito debemos conseguir buenas reliquias -dijo sabiamente el padre Umphred-. ¡Nada afloja las correas de los talegos como una buena reliquia! ¡El rey debería saberlo! ¡Los peregrinos aumentarán la prosperidad general y, en consecuencia, las arcas del reino! Pensándolo bien, las reliquias son muy beneficiosas.

-¡Oh sí, debemos tener reliquias! -exclamó la reina Sollace-. ¿Dónde se pueden obtener?

El padre Umphred se encogió de hombros.

-No.es fácil, pues muchas de las mejores ya han caído en otras manos. Sin embargo, con perseverancia, es posible conseguirlas: por donación, por compra, capturándolas a los infieles o descubriéndolas en sitios inesperados. Por cierto, es un poco tarde para iniciar la búsqueda.

-Debemos hablar detalladamente sobre esto -dijo la reina Sollace. Y añadió con cierta brusquedad-: ¡Ottile, estás obviamente contrariada! ¿Qué sucede?

-Estoy confundida y desconcertada -dijo Desdea-. Eso es verdad.

-Cuéntanos qué ha ocurrido, y desentrañaremos el misterio juntas.

-Sólo puedo hablar de esto a solas.

La reina Sollace puso cara de afecto.

-Bien, si crees que tales precauciones son necesarias. -Se volvió hacia las damas Bortude y Parthenope-. Parece que esta vez debemos complacer el capricho de la dama Desdea. Podrás atenderme luego, Ermelgart. Agitaré la campanilla cuando esté preparada.

Bortude y Parthenope se marcharon de la sala irguiendo la nariz, junto con la doncella Ermelgart. El padre Umphred titubeó, pero salió al ver que no le pedían que se quedara.

Sin más demora, Desdea refirió el episodio que tanto la preocupaba.

-Era la hora de los ejercicios de dicción de Madouc, que son muy necesarios, pues la princesa canturrea como una rústica del puerto. Recibí en el cuello el impacto de un fruto podrido, arrojado desde arriba con fuerza y precisión. Lamento decir que de inmediato sospeché de la princesa, que es propensa a las travesuras. Sin embargo, al mirar hacia arriba, encontré a su majestad observándome con extraña expresión. Si yo fuera una mujer imaginativa y la persona no hubiera sido el rey, quien desde luego tiene

las mejores razones para todos sus actos, describiría esa expresión como una mueca de triunfo o, con mayor exactitud, de vengativa euforia.

-Sorprendente -dijo la reina Sollace-. ¿Cómo es posible? Estoy tan asombrada como tú. El rey no es hombre amante de travesuras tontas.

-¡Desde luego que no! Aun así... -Desdea miró con fastidio por encima del hombro cuando Marmone entró en la habitación, la cara roja de furia.

Desdea se volvió hacia ella.

-Narcissa, por favor, estoy deliberando con su majestad acerca de un asunto de suma importancia. Ten la amabilidad...

La dama Marmone, tan severa y arrolladora como Desdea, hizo un gesto de enojo.

-¡Tu asunto puede esperar! ¡Lo que debo decir no admite demoras! Hace menos de cinco minutos, cuando cruzaba el patio de la cocina, un membrillo podrido arrojado desde la arcada me dio en la frente.

La reina Sollace soltó un grito gutural.

-¿Una vez más?

-«Una» o «más». ¡Como prefieras! ¡Ocurrió tal como lo describí! El ultraje me dio fuerzas. Subí la escalera deprisa con la esperanza de sorprender al culpable. ¿Ya quién encuentro trotando alegremente por el corredor sino a la princesa Madouc?

-¿Madouc? ¿Madouc? -exclamaron al unísono la reina Sollace y la dama Desdea.

-¿Quién si no? Se me encaró sin remordimientos e incluso me pidió que me apartara para no cerrarle el paso. No obstante, la detuve para preguntarle: «¿Por qué me arrojaste un membrillo?» Y ella respondió, sin inmutarse: «No teniendo a mano nada más apropiado, usé un membrillo, siguiendo el consejo del rey.» Exclamé: «¿Debo entender que su majestad te aconsejó que hicieras semejante cosa? ¿Por qué?» Y ella respondió: «Tal vez opina que tú y Desdea sois inexcusablemente fastidiosas y aburridas en vuestra instrucción.”

-¡Sorprendente! -dijo Desdea-. ¡Estoy pasmada!

Marmone continuó:

-Le dije: «Debido a tu rango, quizá no pueda castigarte como mereces, pero de inmediato comunicaré este ultraje a la reina.» La princesa respondió con un gesto altanero y continuó la marcha. ¿No es extraño?

-¡Extraño pero no excepcional! -exclamó Desdea-. Yo sufrí lo mismo, pero fue el rey Casmir quien arrojó la fruta.

Marmone guardó silencio un instante.

-¡En ese caso -dijo al fin-, estoy totalmente desorientada!

La reina Sollace se incorporó.

-¡Debo llegar al fondo de esta cuestión! Antes de que haya finalizado esta hora, averiguaremos cómo son las cosas.

La reina y sus dos damas, seguidas discretamente por el padre Umphred, encontraron al rey Casmir deliberando con el senescal Mungo y el secretario Pacuin.

Casmir las miró de mal talante y se incorporó pesadamente.

-Querida Sollace, ¿qué es tan urgente como para interrumpir mis deliberaciones?

-Debo hablar contigo en privado -dijo Sollace-. Ten la bondad de despedir a tus asesores, aunque sólo sea por unos instantes.

Casmir, reparando en el ceñudo rostro de Desdea, adivinó el propósito de la visita. Ordenó a Mungo y Pacuin que abandonaran la habitación y señaló con el dedo al padre Umphred.

-Tú también te marchas.

El padre Umphred sonrió afablemente y se largó.

-Venga, ¿cuál es el problema? -preguntó Casmir.

La reina Sollace explicó la situación con un torrente de palabras. El rey Casmir escuchó con muda paciencia.

-Ahora comprenderás mi preocupación -concluyó Sollace-. Esencialmente, nos urge saber por qué arrojaste una fruta a Desdea y luego alentaste a Madouc para que hiciera lo mismo con Marmone.

-Di a Madouc que venga de inmediato -le dijo Casmir a Desdea.

La dama Desdea se marchó y poco después regresó con Madouc, quien entró en la habitación con cierta renuencia.

-Te ordené que no arrojaras más fruta -dijo el rey Casmir con serenidad.

-Ciertamente lo hiciste, majestad, con respeto a Desdea, y también me advertiste que no usara sustancias más ofensivas. Seguí tu consejo al pie de la letra.

-Pero le arrojaste fruta a Marmone. ¿Eso te aconsejé?

-Así lo interpreté, pues no la incluiste en tus instrucciones.

-¡Aja! ¿Acaso esperabas que nombrara a cada individuo del castillo, y enumerase en cada caso las sustancias que no debías arrojar?

Madouc se encogió de hombros.

-Como ves, majestad, cuando hay dudas se cometen errores.

-¿Y tú tenías dudas?

-¡En efecto, majestad! Simplemente, me pareció justo tratar a ambas damas por igual, para que ambas gozaran de las mismas ventajas.

El rey Casmir sonrió y asintió con la cabeza.

-Esas ventajas no las veo muy claras. ¿Puedes explicarlas?

Madouc se miró las manos frunciendo el ceño.

-La explicación podría ser larga y tediosa, y yo incurriría en el mismo defecto que deploro en las damas Desdea y Marmone.

-Haz el esfuerzo, por favor. Si nos aburres, te excusaremos de inmediato.

Madouc escogió las palabras con cuidado.

-Estas damas son gentiles, desde luego, pero cada día su conducta es la misma del día anterior. No conocen el fervor ni la sorpresa, ni experimentan novedades

maravillosas. Me pareció apropiado brindarles una aventura misteriosa, la cual despertaría su curiosidad y reduciría el tedio de su conversación.

-¿Tus motivos, pues, eran totalmente amables y compasivos?

Madouc le dirigió una mirada equívoca.

-Sospeché, desde luego, que al principio no sentirían gratitud y quizá se enfadarían un poco, pero al final estarían encantadas con mi ayuda, pues comprenderían que a veces el mundo es inesperado y extraño, y comenzarían a mirar en torno con jubilosa expectativa.

Desdea y Marmone masculllaron, incrédulas. Casmir sonrió con dureza.

-¿Así que crees haber hecho un favor a estas damas?

-Hice todo lo posible -declaró Madouc-. ¡Recordarán este día hasta el final de sus vidas! ¿Pueden decir lo mismo del día de ayer?

Casmir se volvió hacia Sollace.

-La princesa ha argumentado persuasivamente que tanto Desdea como Marmone se beneficiarán con esos actos, aunque hayan cobrado la forma de una travesura. Sin embargo, el altruismo de la princesa se debe pagar con la misma moneda, y sugiero que le brindéis también un día memorable, con la ayuda de una rama de sauce o una ligera palmeta. Al final, todos sacarán provecho. Desdea y Marmone notarán que sus vidas se han enriquecido, y Madouc aprenderá que debe obedecer no sólo la letra sino el espíritu de una orden real.

Madouc habló con voz ligeramente trémula:

-¡Majestad, todo está muy claro! No es preciso que la rema se extenúe para opinar sobre algo que ya está perfectamente explicado.

El rey Casmir se volvió y habló por encima del hombro:

-Los episodios de esta clase cobran un impulso propio, como ocurre ahora. La reina quizá transpire un poco, pero no sufrirá grandes inconvenientes. Tenéis mi autorización para iros.

La reina Sollace abandonó la habitación con las damas Desdea y Marmone. Madouc se demoró. Sollace se volvió para llamarla.

-Ven, Madouc, y mejora esa expresión. Nada se ganará con caras largas.

Madouc suspiró.

-Bien, no tengo nada mejor que hacer.

El grupo regresó a los aposentos de Sollace. En algún tramo del camino el padre Umphred salió de las sombras para seguirlas.

Sollace se apoltronó en el sofá y llamó a Ermelgart.

-Tráeme tres ramas de retama, fuertes y flexibles. ¡Bien, Madouc! Escúchame. ¿Entiendes que tu travesura nos ha causado consternación a todos?

-Los membrillos eran muy pequeños -dijo Madouc.

-¡No importa! No es un acto digno de una princesa, y mucho menos de una princesa de Lyonesse.

Ermelgart regresó con tres ramas y se las entregó a la reina Sollace. Madouc observaba asombrada y boquiabierta.

Sollace probó las ramas en un cojín y se volvió hacia Madouc.

-¿Tienes algo que decir? ¿Palabras de contrición o humildad?

Madouc, fascinada por el movimiento de las ramas, no atinó a responder, y la reina Sollace, habitualmente parsimoniosa, se irritó.

-¿No sientes remordimiento? ¡Ahora sé por qué te llaman desvergonzada! Pues bien, niña lista, ya veremos. Puedes acercarte.

Madouc se relamió los labios.

-No creo que sea sensato, si voy a recibir una dolorosa tunda.

Sollace la miró asombrada.

-No puedo creer lo que oigo. Padre Umphred, ten la bondad de traerme a la princesa.

El sacerdote apoyó la mano en el hombro de Madouc con toda afabilidad y la obligó a cruzar la habitación. Sollace se echó a Madouc en el regazo, levantó la falda de la princesa y azotó las delgadas piernas. Madouc se quedó floja como un felpudo, sin emitir sonido. La falta de reacción irritó a Sollace; golpeó una y otra vez, y finalmente bajó las bragas de Madouc para zurrarle las nalgas desnudas. El padre Umphred miraba aprobatoriamente, sonriendo y cabeceando al ritmo de los golpes. Madouc callaba. Sollace al fin se aburrió, arrojó las ramas y obligó a Madouc a ponerse en pie. Apretando los labios, Madouc se subió la ropa interior, se acomodó la falda y se dispuso a marcharse.

-No te he dado permiso para irte -advirtió Sollace.

Madouc se detuvo y miró por encima del hombro.

-¿Piensas azotarme de nuevo?

-Ahora no. Siento el brazo cansado y dolorido.

-Entonces has terminado conmigo.

Madouc se marchó, dejando a Sollace boquiabierta.

2

La reina Sollace se sentía molesta por la conducta de Madouc y por su propia reacción, que no le había parecido a la altura de las circunstancias. Durante mucho tiempo había oído rumores sobre la terquedad de Madouc, pero la experiencia directa le había resultado inquietante. Si Madouc debía convertirse en una grácil doncella, adorno de la corte, se requerían medidas correctivas de inmediato.

La reina Sollace comentó el problema con el padre Umphred, quien sugirió que se impartiera educación religiosa a la princesa. La dama Marmone frunció el ceño.

-Eso no resuelve ninguna cuestión práctica, y sería una pérdida de tiempo para todos.

La reina Sollace que era devota, se irritó.

-¿Qué acción recomiendas entonces?

-Ya he estado pensando sobre este asunto. La instrucción debe continuar como antes, quizá con mayor énfasis en la delicadeza del comportamiento. Tal vez sea conveniente que la princesa disponga de un cortejo de nobles doncellas, para que la fuerza del ejemplo le inculque una conducta grácil. De cualquier modo, casi tiene la edad en que deberás brindarle ese cortejo. En mi opinión, cuanto antes mejor.

Sollace asintió con desgana.

-Falta un par de años para esa decisión, pero las circunstancias son especiales. Madouc es una desfachatada e insolente mocosa del bosque, y sin duda necesita una influencia moderadora.

Una semana después llamaron a Madouc al salón matinal, en el segundo nivel de la Torre Este. Allí le presentaron a seis nobles damiselas que actuarían como doncellas de compañía. Madouc, sabiendo que las protestas serían vanas, echó una ojeada a sus nuevas compañeras y no le gustó lo que veía. Las seis doncellas estaban ataviadas con finos atuendos y mostraban una exagerada delicadeza en el porte.

Las seis, tras unas reverencias formales, sometieron a Madouc a su propia inspección, y demostraron tan poco entusiasmo como Madouc. Habían sido informadas de sus deberes, que la mayoría de ellas consideraban fastidiosos. Debían brindar compañía a la princesa, cumplir con sus encargos, llevarle chismes y compartir el tedio de sus lecciones.

A petición de Madouc, las pequeñas damas debían retozar juntas y jugar al tejo, al salto de cuerda, a la pelota, al parpadeo, a las manitas, al gallo, al batallador y a otros pasatiempos similares; juntas tejerían, prepararían lociones aromáticas y polvos, tejerían guirnaldas y aprenderían los pasos de las danzas en boga. Todas recibirían lecciones de lectura y escritura; más importante aún, se les enseñaría decoro, convenciones cortesanas y las inalterables reglas de la precedencia. Las seis doncellas eran:

Devonet del castillo de Folize.

Felice, hija del senescal Mungo.

Ydraint de la noble casa de Damar.

Artwen de la fortaleza Kassie.

Chlodys de Fanistry.

Elissia de Yorn.

Las seis formaban un grupo variado. Todas eran mayores que Madouc, salvo Felice, que tenía la misma edad. Chlodys era grande, rubia y algo desmañada. Elissia era menuda, morena y pulcra. Artwen era enérgica; Felice era tímida, distraída, bonita pero frágil; Devonet era bella. Chlodys e Ydraint eran notablemente púberes; Devonet y Artwen un poco menos; Felice y Elissia, como Madouc, aún estaban en el umbral del cambio.

En teoría, las seis doncellas acompañarían a su adorada princesa a todas partes, charlando jovialmente y compitiendo en el cumplimiento de sus pequeños deberes; recibirían con alegría las alabanzas de la princesa, con humildad sus amables reproches. Las seis formarían una corte en miniatura de damiselas virtuosas y alegres, sobre las cuales la princesa Madouc reinaría serenamente, como una preciosa joya en un marco dorado.

En la práctica la situación era diferente. Desde el principio, Madouc receló de ese nuevo arreglo, considerándolo un estorbo que sólo le limitaría la libertad. Las seis doncellas, por su parte, mostraban poco fervor en el cumplimiento de sus deberes. Consideraban a Madouc rara y excéntrica, enemiga de la elegancia e ingenua hasta la estupidez.

Las condiciones del nacimiento de Madouc, según las entendía la corte, no le daban mucho prestigio, y las doncellas lo comprendieron pronto. Tras unos días de cauta formalidad, las doncellas formaron un grupo cerrado que excluía manifiestamente a Madouc. La cortesía era sólo una descarada farsa; las sugerencias de la princesa se topaban con miradas de indiferencia, y nadie prestaba atención a sus comentarios.

Al principio Madouc sintió desconcierto, luego diversión, luego irritación. Por último decidió que le importaba un rábano y continuó actuando por su cuenta.

El distanciamiento de Madouc aumentó la reprobación de las doncellas, que la encontraban más rara que nunca. El espíritu rector del grupo era Devonet, una doncella delicada y grácil, lozana como una flor, ya experta en las artes de la simpatía. Áureos y lustroso bucles le colgaban sobre los hombros, los ojos eran dorados estanques de inocencia. Devonet era asimismo experta en maquinaciones e intrigas; le bastaba una señal -un dedo arqueado, la cabeza ladeada- para que las doncellas se alejaran de Madouc y se reunieran en otro extremo de la habitación para mirarla por encima del hombro, susurrar y reír. En otras ocasiones la espiaban a hurtadillas y desaparecían cuando Madouc lo advertía.

Madouc suspiraba, se encogía de hombros e ignoraba el ultraje. Una mañana, mientras desayunaba con sus doncellas, Madouc descubrió un ratón muerto en su cuenco de gachas. Arrugó la nariz con repulsión. Mirando en torno, reparó en la disimulada atención de las seis doncellas: obviamente sabían lo que ella iba a encontrar. Chlodys se tapó la boca para contener una risita; la mirada de Devonet era límpida y blanda.

Madouc apartó el cuenco y frunció los labios, pero no dijo nada.

Dos días después -mediante una serie de actos misteriosos y fingiendo sigilo- logró despertar la curiosidad de Devonet, Chlodys y Ydraint, quienes la siguieron subrepticiamente para averiguar la razón de su extraña conducta. Sin duda había un escándalo en puertas, y esa perspectiva les encantaba. Siguieron a Madouc hasta la parte superior de la Torre Alta, y la vieron trepar por una escalerilla hasta una hilera de palomares abandonados. Cuando Madouc bajó la escalerilla y se fue por donde había venido, Devonet, Chlodys y Ydraint salieron de su escondrijo, subieron por la escalerilla, abrieron una trampilla y exploraron cautelosamente los palomares. Se sintieron defraudadas al encontrar sólo polvo, mugre, plumas y mal olor, sin rastro alguno de depravación. Regresaron de mal talante a la trampilla y descubrieron que la escalerilla ya no estaba. El suelo empedrado estaba a cuatro metros.

Al mediodía la ausencia de Devonet, Chlodys y Ydraint causó perplejidad general. Artwen, Elissia y Felice no pudieron brindar ninguna información. Desdea interrogó con severidad a Madouc, quien manifestó el mismo desconcierto.

-Son muy perezosas. Quizás aún estén durmiendo en la cama.

-¡Improbable! -exclamó Desdea-. ¡Esta situación es rarísima!

-En efecto -dijo Madouc-. Sospecho que traman alguna maldad.

Pasó el día, y la noche. En el silencio de la mañana siguiente, una criada que cruzaba el patio oyó un sonido plañidero cuyo origen no pudo identificar de inmediato. Se detuvo a escuchar, y al final concentró su atención en los palomares de la Torre Alta. Se lo comunicó a Boudetta, el ama de llaves, y el misterio se resolvió. Las tres niñas, sucias, asustadas, ateridas y compungidas, fueron rescatadas de su prisión. Histéricamente denunciaron a Madouc y la culparon por sus penurias. («¡Quería que nos muriésemos de hambre!» «¡Hacía frío, y soplaba el viento, y oímos al fantasma!» «¡Tuvimos miedo! ¡Ella lo hizo a propósito!») Desdea y Marmone escucharon con rostro pétreo, pero no sabían qué pensar. La situación era confusa; además, si exponían el caso ante la reina, Madouc quizá presentara sus propias acusaciones, mencionando, por ejemplo, ratones muertos en el potaje.

Por último, se advirtió severamente a Chlodys, Ydraint y Devonet que andar trepando por palomares abandonados no era conducta adecuada para damas de alta alcurnia.

Hasta entonces el episodio de los membrillos podridos -junto con el embarazo del rey Casmir y el castigo de Madouc- había permanecido en secreto. A través de alguna fuente clandestina, la noticia llegó sin embargo a oídos de las alborozadas doncellas. Mientras tejían, Devonet murmuró:

-¡Qué espectáculo, qué espectáculo, cuando zurraron a Madouc!

-¡Pateando y gimiendo, el trasero al aire! -susurró Chlodys, como pasmada ante la idea.

-¿De veras fue así? -inquinó Artwen.

Devonet asintió púdicamente.

-¡De veras! ¿No oísteis los aullidos?

-Todos los oyeron -dijo Ydraint-. Pero nadie sabía de dónde venían.

-Todos lo saben ahora -dijo Chlodys-. ¡Era Madouc, mugiendo como una vaca enferma!

-Princesa Madouc -dijo arteramente Elissia-, ¡estás muy callada! ¿No te agrada nuestra conversación?

-Al contrario. Me divierten vuestras bromas. Alguna vez me las repetiréis.

-¿Cómo? -preguntó Devonet, desconcertada y alerta.

-¿No lo imagináis? Un día me casaré con un gran rey y me sentaré en un trono dorado. En esa ocasión tal vez os lleve a mi corte, para que lancéis esos «aullidos» que parecen tan divertidos.

Las doncellas guardaron un inquieto silencio. Devonet fue la primera en recobrar la compostura. Se echó a reír.

-No es seguro, ni siquiera probable, que te cases con un rey... ¡No tienes linaje! Chlodys, ¿la princesa Madouc tiene linaje?

-Ninguno, pobrecilla.

-¿Qué es «linaje»? -preguntó cándidamente Madouc.

Devonet rió de nuevo.

-¡Algo que tú no tienes! Quizá no debiéramos decírtelo, pero la verdad es la verdad. ¡No tienes padre! Elissia, ¿cómo llamas a una niña que no tiene padre?

-Bastarda.

-Exactamente. Es lamentable, pero Madouc es una bastarda, y nadie querrá desposarla.

Chlodys tiritó exageradamente.

-Me alegro de no ser bastarda.

-Pero os equivocáis -dijo Madouc con voz razonable-. Sí que tengo padre. Murió junto con mi madre, o eso dicen.

-Tal vez esté muerto, tal vez no -dijo Devonet con desdén-. Lo arrojaron a un agujero, y allí está ahora. Era un vagabundo, y nadie se molestó en preguntarle el nombre.

-En cualquier caso -dijo Chlodys-, no tienes linaje y nunca te casarás. Es duro, pero es mejor que lo sepas desde ahora, para que aprendas a afrontarlo.

-En efecto -dijo Ydraint-. Nosotras te lo decimos porque es nuestro deber hacerlo.

Madouc procuró dominar la voz.

-Vuestro deber es decir únicamente la verdad.

-¡Pues eso hacemos! -declaró Devonet.

-¡No lo creo! -replicó Madouc-. ¡Mi padre era un noble caballero, dado que yo soy su hija! ¿Cómo podría ser de otra manera?

Devonet miró a Madouc de arriba abajo. Luego respondió:

-Muy fácilmente.

3

Madouc no sabía con certeza qué quería decir «linaje». Había oído la palabra en un par de ocasiones, pero nunca le habían dicho su significado exacto.

Días antes había ido a los establos para cepillar a su pony Tyfer; dos caballeros que hablaban sobre un caballo mencionaron su «noble linaje». El caballo, un semental negro, estaba muy bien dotado, pero éste no parecía ser el factor determinante, y mucho menos en lo concerniente a Madouc. Estaba claro que Devonet y las demás doncellas no podían esperar que ella alardeara de poseer semejante instrumento.

Era muy desconcertante. Tal vez los caballeros aludían a la calidad de la cola del caballo.

Como antes, y por la misma razón, Madouc rechazó la teoría. Decidió no hacer más especulaciones y realizar preguntas en cuanto tuviera la oportunidad.

Madouc se llevaba bastante bien con el príncipe Cassander, único hijo varón del rey Casmir y la reina Sollace, y heredero forzoso de la corona de Lyonesse. Con los años Cassander se había transformado en una especie de alegre bravucón. Tenía un físico robusto, y bajo unos apretados rizos rubios mostraba una cara redonda de rasgos menudos y rígidos y unos ojos azules y redondos. Del padre había heredado, o aprendido, sus ademanes bruscos y autoritarios; de Sollace había recibido la delicada tez rosada, las manos y pies menudos, y un temperamento más afable y flexible que el del rey Casmir.

Madouc descubrió a Cassander sentado a solas en el naranjal, escribiendo en un pergamino con una pluma. Madouc se quedó mirándolo un instante. ¿Cassander consagraba sus energías a la poesía? ¿A las canciones? ¿Las odas amorosas? Cassander vio a Madouc, dejó la pluma y arrojó el pergamino en una caja.

Madouc se le acercó despacio. Cassander parecía de ánimo jovial y saludó a Madouc con sorna.

-¡Salud a la furia vengadora del castillo, ataviada con dardos y arranques de rayos rojizos! ¿Quién será el próximo en conocer el aguijón de tu espantosa ira? ¿O, con mayor exactitud, el impacto de tus membrillos podridos?

Madouc sonrió y se acomodó en el banco junto a Cassander.

-El rey ha impartido órdenes precisas. Ya no puedo hacer lo que es necesario hacer. -Madouc suspiró-. He decidido obedecer.

-Sabia decisión.

Madouc continuó, con voz meditabunda:

-Sería de esperar que, siendo una princesa, tuviese derecho a arrojar membrillos en cualquier dirección y cuando se me antoje.

-Sería de esperar, pero el acto no se considera decoroso, y el decoro es el principal deber de una princesa.

-¿Qué hay de mi madre, la princesa Suldrun? ¿Era ella decorosa?

Cassander enarcó las cejas y miró de soslayo a Madouc.

-¡Vaya una extraña pregunta! ¿Cómo responder? Con toda franqueza, estoy obligado a decir que no lo era en absoluto.

-¿Porque vivía a solas en un jardín? ¿O porque yo nací cuando ella no se había casado?

-Ninguna de ambas conductas se considera decorosa.

Madouc frunció los labios.

-Quiero saber más sobre ella, pero nadie dice nada. ¿Por qué tanto misterio?

Cassander rió amargamente.

-Hay un misterio porque nadie sabe qué sucedió.

-Dime qué sabes de mi padre.

-Puedo decirte muy poco -declaró Cassander-, porque eso es todo lo que sé. Al parecer era un apuesto vagabundo que encontró a Suldrun en el jardín y sacó partido de la soledad de la princesa.

-Quizás ella se alegró de verlo.

Cassander habló con una mojigatería poco convincente:

-Ella actuó sin decoro, y es lo único que se puede decir de Suldrun. ¡Pero él tuvo una conducta insolente! Se mofó de nuestra dignidad real, y mereció su destino.

Madouc reflexionó.

-Es muy raro. ¿Suldrun se quejó de la conducta de mi padre?

Cassander frunció el ceño.

-¡En absoluto! Parece que la pobrecilla lo amaba. Pero sé poco sobre el asunto, excepto que el sacerdote Umphred fue quien los sorprendió juntos y llevó la noticia al rey.

-Mi pobre padre recibió un terrible castigo -dijo Madouc-. No entiendo la razón.

De nuevo Cassander adoptó un tono virtuoso:

-¡La razón es clara! Era necesario dar a ese tunante una buena lección, y desalentar a quienes tuvieran intenciones parecidas.

Con un repentino temblor en la voz, Madouc preguntó:

-¿Entonces todavía vive?

-Lo dudo.

-¿Dónde está el pozo donde lo arrojaron?

Cassander señaló hacia atrás con el pulgar.

-En las rocas, detrás del Peinhador. La mazmorra está a treinta metros de profundidad, una celda pequeña y oscura en el fondo. Allí se castiga a los malhechores incorregibles y los enemigos del estado.

Madouc miró hacia la colina donde el tejado gris del Peinhador asomaba sobre la Muralla de Zoltra.

-Mi padre no era ninguna de esas cosas.

Cassander se encogió de hombros.

-Eso decidió la justicia real, sin duda correctamente.

-Sin embargo, mi madre era una princesa real. No se habría enamorado de alguien tan sólo porque se asomara por la cerca.

Cassander se encogió de hombros, dando a entender que ese misterio se le escapaba.

-Parece probable, lo admito. Pero quién sabe. Princesa real o no, Suldrun era una muchacha, y las muchachas son mujeres, y las mujeres son tan inconstantes como un capullo de diente de león al viento. Tal es mi experiencia.

-Tal vez mi padre era de alta cuna -reflexionó Madouc-. Nadie se molestó en preguntar.

-Improbable -dijo Cassander-. Era un torpe patán que recibió su merecido. ¿No estás convencida? ¡Es la ley de la naturaleza! Cada persona nace en el lugar que le corresponde y debe observarlo, a menos que el rey lo promueva para recompensar su valor en la guerra. Ningún otro sistema es propio, correcto ni natural.

-¿Y qué hay de mí? -preguntó Madouc con voz turbada-. ¿Dónde está mi «linaje»?

Cassander se echó a reír.

-Quién sabe. Te han otorgado la categoría de princesa real. Eso debería bastar.

Madouc seguía insatisfecha.

-¿A mi padre lo arrojaron al pozo junto con su «linaje»?

Cassander rió.

-Siempre que tuviera uno.

-¿Pero qué es? ¿Algo parecido a una cola? Cassander no pudo contener la hilaridad y la indignada Madouc se puso de pie y se marchó.

4

La familia real de Lyonesse acostumbraba ir a la campiña para participar en una cacería, para complacer el gusto del rey por la cetrería o simplemente para disfrutar de una excursión bucólica. El rey Casmir solía montar en su corcel negro Sheuvan, mientras que Sollace cabalgaba en un manso palafrén blanco o viajaba en el mullido asiento del carruaje real. El príncipe Cassander montaba en su brioso ruano Gildrup; la princesa Madouc correteaba de aquí para allá en su pony manchado, Tyfer.

Madouc advirtió que muchas damas de alto rango profesaban gran afecto por sus caballos y a menudo visitaban los establos para acariciarlos y darles manzanas y golosinas. Madouc empezó a imitarlas, llevando zanahorias y nabos para deleite de Tyfer cuando podía librarse de la vigilancia de las damas Desdea y Marmone y de la compañía de sus seis doncellas.

El palafrenero encargado de cuidar a Tyfer se llamaba Pymfyd. Era un mozo de doce o trece años, rubio, fuerte y voluntarioso, con un semblante honesto y una actitud servicial. Madouc lo convenció de que también lo habían destinado para servirle como asistente personal y escolta cuando fuera necesario. Pymfyd aceptó sin renuencia, pues la designación parecía indicar un avance en la jerarquía.

Una tarde encapotada con olor a lluvia en el aire, Madouc se puso una capa gris con capucha y escapó a los establos. Llamó a Pymfyd, que estaba recogiendo estiércol con el rastrillo.

-¡Ven aquí, Pymfyd! Tengo una tarea que requerirá una hora de mi tiempo, y necesitaré tu ayuda.

-¿Qué clase de tarea, alteza? -preguntó Pymfyd con cautela.

-En su momento sabrás todo lo necesario. Ven. El día es breve y las horas pasan, mientras tú vacilas y divagas.

Pymfyd soltó un gruñido.

-¿Necesitarás a Tyfer?

-Hoy no. -Madouc echó a andar-. Sígueme.

Con gesto altivo, Pymfyd arrojó el rastrillo en la pila de estiércol y siguió a Madouc con pasos desganados.

Madouc avanzó por el sendero que conducía hacia la parte trasera del castillo.

-¿Adonde vamos? -preguntó Pymfyd.

-Pronto lo sabrás.

-Como digas, alteza -gruñó Pymfyd.

El sendero viraba a la izquierda, hacia el Sfer Arct; allí Madouc cogió a la derecha, para escalar la colina por un camino que subía por la ladera pedregosa hacia la mole gris del Peinhador. Pymfyd protestó con voz plañidera, pero Madouc lo ignoró. Continuó el ascenso hacia la muralla norte del Peinhador. Pymfyd, jadeante y temeroso, avanzó con repentina alarma y alcanzó a Madouc.

-Princesa, ¿adonde nos llevas? ¡Hay malhechores agazapados en las mazmorras, detrás de esas murallas!

-Pymfyd, ¿eres un malhechor?

-¡Claro que no!

-¡Entonces no tienes nada que temer!

-¡No creas! A veces los inocentes reciben los golpes más duros.

-Deja de preocuparte, Pymfyd, y en todo caso esperemos lo mejor.

-Alteza, sugiero...

Madouc le clavó su enérgica mirada azul.

-Ni una palabra más, por favor.

Pymfyd alzó los brazos.

-Como tú digas.

Madouc se volvió con dignidad y continuó subiendo junto a las murallas de negra mampostería del Peinhador. Pymfyd la siguió, huraño.

En la esquina del edificio, Madouc se detuvo y escudriñó el terreno. En un extremo del Peinhador, a cincuenta metros, se erguía una recia horca y otras máquinas de siniestro propósito, así como tres postes de hierro para la quema de malandrines y una fosa y una parrilla destinadas al mismo fin. Más cerca, a pocos metros, al fondo de una zona árida, Madouc descubrió lo que había ido a buscar: una pared circular de piedra de medio metro de altura que rodeaba una abertura de un metro y medio de diámetro.

A pesar de los rezongos de Pymfyd, Madouc cruzó el terreno pedregoso hasta la pared circular y escudriñó las negras honduras. Escuchó, pero no oyó nada. Aguzó la voz para que fuera oída en las negras profundidades.

-¡Padre! ¿Me oyes? -Prestó atención, pero no oyó ningún sonido-. Padre, ¿estás ahí? ¡Soy tu hija Madouc!

El alarmado Pymfyd se le acercó.

-¿Qué estás haciendo? Esta conducta no es apropiada, ni para ti ni para mí.

Madouc no le prestó atención. Inclinándose sobre la abertura, gritó de nuevo:

-¿Me oyes? ¡Ha pasado mucho tiempo! ¿Todavía vives? ¡Habla, por favor! ¡Soy tu hija Madouc!

Sólo un profundo silencio le respondió desde la oscuridad.

Pymfyd no estaba dotado con una gran imaginación; no obstante, sospechó que ese silencio no era normal, pues parecía que alguien escuchara conteniendo el aliento. Cogió el brazo de Madouc y susurró con alarma:

-Princesa, en este lugar se huelen los fantasmas. Si escuchas con atención, oirás sus parloteos en la oscuridad.

Madouc ladeó la cabeza y escuchó.

-¡Bah! No oigo a ningún fantasma.

-¡Porque no escuchas con atención! Vámonos, antes de que nos hagan perder el juicio.

-No digas bobadas, Pymfyd. El rey Casmir arrojó a mi padre por este agujero, y debo averiguar si aún vive.

Pymfyd miró por el conducto.

-No hay nada vivo allá abajo. En todo caso, es asunto de la realeza, y no nos concierne.

-¿Cómo que no? ¡Se trata de mi padre!

-No por ello está menos muerto.

Madouc asintió con tristeza.

-Eso me temo. Pero sospecho que dejó alguna inscripción con su nombre y su linaje. Al menos deseo averiguar eso.

Pymfyd sacudió la cabeza enérgicamente.

-No es posible. Vámonos de aquí.

Madouc no le prestó atención.

-¡Mira, Pymfyd! De aquel patíbulo cuelga una soga. Con esa soga te bajaré al fondo de este pozo. La luz será pobre, pero debes mirar bien, para ver qué ocurrió y si queda algún vestigio.

Pymfyd la miró boquiabierto.

-¿He oído bien? -tartamudeó-. ¿Sugieres que yo descienda al pozo? Es una idea descabellada.

-Vamos, Pymfyd, deprisa. Sin duda valoras mi buena opinión. Corre a la horca a buscar la soga.

Se oyó el roce de unos pasos sobre el suelo pedregoso; los dos se volvieron para ver una figura descomunal perfilada contra el cielo gris. Pymfyd aspiró aire; Madouc quedó boquiabierta.

La oscura silueta se adelantó; Madouc reconoció a Zerling, el verdugo mayor. Zerling se detuvo y se plantó con las piernas separadas y los brazos a la espalda.

Madouc sólo había visto a Zerling de lejos, y siempre le había causado escalofríos. Ahora le resultaba imponente; la proximidad no aligeraba el aire intimidatorio de Zerling. Era macizo y musculoso, casi cuadrado. El grueso rostro, con una tez entre roja y pardusca, estaba enmarcado por una mata de pelo negro y una barba negra. Usaba pantalones de cuero negro y un jubón de lona negra; llevaba una gorra redonda de cuero calada hasta las orejas. Miró de hito en hito a los niños.

-¿Para qué venís al lugar donde realizamos nuestra lúgubre faena? No es sitio para vuestros juegos.

Madouc respondió con voz clara y aguda:

-No he venido aquí para jugar.

-¡Ja! -exclamó Zerling-. Sea como fuere, princesa, sugiero que te marches de inmediato.

-¡Aún no! Vine aquí con un propósito.

-¿Y cuál es?

-Quiero saber qué le ocurrió a mi padre.

Zerling contrajo los rasgos en un gesto de perplejidad.

-¿Quién era él? No lo recuerdo.

-Sin duda lo recuerdas. Él amó a mi madre, la princesa Suldrun. Para castigarlo, el rey ordenó que lo arrojaran a este agujero. Si todavía vive, deseo saberlo, para rogar clemencia al rey.

Una risa amarga brotó de las honduras del pecho de Zerling.

-¡Llama por ese pozo cuando gustes, de día o de noche! Jamás oirás un susurro, ni siquiera un suspiro.

-¿Está muerto?

-Lo bajamos hace mucho tiempo -dijo Zerling-. En la oscuridad, la gente no dura demasiado. Es un lugar frío y húmedo, y el reo tiene poco que hacer salvo arrepentirse de sus fechorías.

Madouc miró hacia la mazmorra, la boca entreabierta.

-¿Cómo era? ¿Lo recuerdas?

Zerlmg miró por encima del hombro.

-No me corresponde observar, preguntar ni recordar. Corto cabezas y trajino en la cabria; con todo, cuando regreso de noche a mi hogar soy otro hombre, y ni siquiera mato un pollo para cocerlo.

-Muy bien, pero ¿qué hay de mi padre?

Zerling miró nuevamente por encima del hombro.

-Tal vez no deba decirlo, pero tu padre cometió una atrocidad...

-No lo creo -declaró Madouc-, pues de lo contrario yo no estaría aquí.

Zerling pestañeó.

-Estas preguntas trascienden mi competencia. Concentro mis energías en arrancar entrañas y trabajar en el patíbulo. La justicia real, por definición, es siempre atinada. Admito que en este caso me llamó la atención tanta severidad, cuando habría bastado con cercenarle las orejas y la nariz, y quizás un par de raciones de potro.

-Lo mismo pienso -dijo Madouc-. ¿Hablaste con mi padre?

-No recuerdo ningún diálogo.

-¿Y su nombre?

-Nadie se molestó en preguntar. Olvídate del asunto: es mi mejor consejo.

-Pero quiero conocer mi linaje. Todos tienen uno menos yo.

-¡No hallarás ningún linaje en ese pozo! Así que largaos de aquí, ambos, antes que cuelgue al joven Pymfyd de los pies, para mantener el orden.

-Vamos, alteza -exclamó Pymfyd-. ¡No se puede hacer más!

-¡Pero no hemos hecho nada!

Pymfyd, ya lejos, no respondió.

5

Una brillante mañana Madouc recorrió la galería principal de Haidion y entró en la sala de entrada. Mirando por el portal abierto, vio al príncipe Cassander apoyado en la balaustrada de la terraza. El príncipe contemplaba la ciudad comiendo ciruelas de una fuente de plata. Madouc miró por encima del hombro, corrió por la terraza y se reunió con él.

Cassander la miró de soslayo, primero con indiferencia, luego con sorpresa.

-¡Por las nueve ninfas de Astarté! -exclamó-. ¡He aquí una verdadera maravilla!

-¿Qué es tan maravilloso? -preguntó Madouc-. ¿Que me digne reunirme contigo?

-¡Claro que no! ¡Me refiero a tu atuendo!

Madouc se miró con indiferencia.

Llevaba un discreto vestido blanco con flores verdes y azules bordadas en el dobladillo, y una cinta blanca que le ceñía los bucles cobrizos.

-Está bastante bien, o eso creo.

Cassander habló con voz pomposa:

-Delante de mí no veo a una picara de ojos desorbitados huyendo de una riña, sino a una princesa real dotada de gracia y delicadeza. En verdad, eres casi bonita.

Madouc rió con hosquedad.

-No es mi culpa. Me vistieron contra mi voluntad, preparándome para el cotillón.

-¿Y eso es tan infame?

-No demasiado, ya que no estaré allí.

-¡Aja! Corres grandes peligros. ¡Desdea se quedará tiesa de contrariedad!

-Debe aprender a ser más razonable. Si le apetece bailar, muy bien, no me molesta. Puede girar, saltar, patear y brincar en círculos, mientras no me obligue a hacer lo mismo. ¡Ésa es una conducta razonable!

-¡Pero las cosas no son así! Todos deben aprender a actuar con propiedad. Nadie está exento de ello, ni siquiera yo.

-¿Por qué no estás entonces en el cotillón, sudando y brincando con los demás?

-Ya tuve mi dosis, no temas. Ahora es tu turno.

-No lo toleraré, y esto es lo que Desdea debe meterse en la cabeza.

Cassander rió.

-¡Este motín te supondrá otra zurra!

Madouc irguió la cabeza con desdén.

-¡No importa! No soltaré una queja, y pronto se cansarán de aporrearme.

Cassander rió con brusquedad.

-¡Te equivocas! La semana pasada comenté este tema con Tanchet, el segundo torturador. Afirma que los débiles que al instante chillan, gorgotean y gimen espantosamente son los que llevan mejor suerte, pues el torturador pronto decide que ha realizado bien la faena. ¡Sigue mi consejo! ¡Algunos gritos y un par de espasmos te ahorrarán muchos cosquilleos en la piel!

-Eso merece una reflexión -dijo Madouc.

-O, desde otra perspectiva, podrías tratar de actuar con mansedumbre, para evitar las palizas.

Madouc meneó la cabeza dubitativamente.

-Mi madre, la princesa Suldrun, actuó con mansedumbre, pero no logró escapar a un horrible castigo que no merecía. Ésa es mi opinión.

-Suldrun desobedeció la orden del rey -dijo Cassander con tono mesurado-, y así se acarreó desgracias.

-No obstante, me parece un tratamiento muy cruel para infligir a una hija.

Ese tema inquietaba a Cassander.

-No somos quiénes para cuestionar la justicia real.

Madouc miró a Cassander con frialdad. Él frunció el ceño.

-¿Por qué me miras así?

-Algún día serás rey.

-Es posible... Espero que ese día tarde en llegar. No tengo prisa por gobernar.

-¿Tratarías a una hija de esa manera?

Cassander frunció los labios.

-Haría lo que me pareciera correcto y propio de un rey.

-Y si yo aún fuera soltera, ¿intentarías casarme con un príncipe gordo y maloliente, para hacerme infeliz por el resto de mi vida?

Cassander resopló con fastidio.

-¿Para qué haces preguntas sin sentido? Serás adulta mucho antes de que yo lleve la corona. Algún otro se encargará de concertar tu matrimonio.

-No lo creo -masculló Madouc.

-No oí lo que dijiste.

-No importa. ¿Visitas a menudo el viejo jardín donde murió mi madre?

-Hace años que no voy.

-Llévame ahora.

-¿Ahora? ¿Cuando deberías estar en el cotillón?

-Ningún momento podría ser más apropiado.

Cassander miró hacia el palacio. Al no ver a nadie, agitó la mano con resignación.

-¡Debería mantenerme a distancia de tus delirios! Pero por el momento no tengo nada mejor que hacer. Ven pues, mientras Desdea duerme. No me agradan las quejas y reproches.

-Yo he aprendido la mejor reacción -dijo Madouc sabiamente-. Finjo una estúpida perplejidad, de modo que se agotan dando explicaciones y se olvidan de todo lo demás.

-¡Ah, Madouc, eres taimada! Ven, antes que nos sorprendan.

Los dos tomaron por el camino cubierto que conducía hacia la Muralla de Zoltra, más allá del naranjal, por un pasaje húmedo que atravesaba la muralla hasta la plaza de armas que quedaba frente al Peinhador, un sitio llamado «El Urquial». A la derecha, la muralla viraba bruscamente hacia el sur; en el ángulo, un bosquecillo de alerces y enebros ocultaba una deteriorada poterna de madera negra.

Cassander, que ya empezaba a arrepentirse, atravesó el bosquecillo, maldiciendo las zarzas y el polen de los alerces. Procuró abrir la poterna y protestó ante la resistencia de la ruinosa madera. Apoyó el hombro contra ella y empujó con fuerza; la poterna se abrió con un chirrido de oxidados goznes de hierro. Cassander cabeceó celebrando su victoria contra el obstáculo. Le hizo un gesto a Madouc.

-¡Mira! ¡El jardín secreto!

Los dos estaban en la entrada de un pequeño y angosto valle que descendía hacia una playa con forma de media luna. En otro tiempo el jardín había respetado el clásico estilo arcadio, pero ahora estaba cubierto de árboles y arbustos de toda clase: roble, olivo, laurel, mirto; hortensia, heliotropo, asfódelo, verbena, tomillo púrpura. En el camino de la playa, una amalgama de bloques de mármol y algunas columnas revelaban el asentamiento de una antigua villa romana. La única estructura que

permanecía en pie era una pequeña capilla, ahora cubierta de liquen y con tufo a piedra húmeda.

Cassander señaló la capilla de piedra.

-Allí es donde Suldrun se refugiaba de la intemperie. Pasó muchas noches solitarias en ese pequeño lugar. -Cabeceó con amargura-. Y también algunas noches no tan solitarias, por las que pagó un alto precio en dolor y sufrimiento.

Madouc pestañeó para reprimir las lágrimas y miró hacia otro lado.

-Todo ocurrió hace muchos años -protestó Cassander-. Uno no debe llorar por siempre.

Madouc miró el largo declive del jardín.

-¡Era mi madre, a la que no conocí, y era mi padre, al que arrojaron a un pozo! ¿Cómo puedo olvidar tan fácilmente?

Cassander se encogió de hombros.

-No lo sé. Pero te aseguro que malgastas tus emociones. ¿Deseas ver el resto del jardín?

-Sigamos la senda para ver adonde lleva.

-Va aquí y allá, y finalmente desciende a la playa. Suldrun entretenía sus días pavimentando la senda con guijarros de la playa. Las lluvias han deshecho el sendero. Ha quedado poco de su trabajo... y de su vida.

-Excepto yo.

-¡Excepto tú! Un gran logro, sin duda.

Madouc ignoró aquella broma de mal gusto.

-Desde luego -dijo Cassander reflexivamente-, no te pareces a ella. Evidentemente te pareces a tu padre, quienquiera que haya sido.

-Si mi madre lo amaba -respondió Madouc con vehemencia-, tenía que ser sin duda un hombre de alta cuna y noble temperamento. No obstante, me llaman «bastarda» e insisten en que no tengo linaje.

Cassander frunció el ceño.

-¿Quién comete semejante descortesía?

-Las seis doncellas que me asisten.

Cassander estaba asombrado.

-¿De veras? Parecen tan dulces y bonitas... sobre todo Devonet.

-Ella es la peor. Es una pequeña serpiente.

Cassander ya no se mostraba tan disgustado.

-Bueno, las niñas pueden ser pérfidas en ocasiones. Lamentablemente, son hechos que no se pueden negar. ¿Deseas continuar?

Madouc se detuvo en el sendero.

-¿Suldrun no tenía amigos que la ayudaran?

-Nadie que se atreviera a desafiar al rey. El sacerdote Umphred venía en ocasiones. Decía que deseaba convertirla al cristianismo. Sospecho que deseaba otra cosa, la cual sin duda le fue negada. Tal vez por esta razón la delató ante el rey.

-Así que el sacerdote Umphred fue el traidor.

-Supongo que lo consideró su deber.

Madouc asintió, asimilando la información.

-¿Por qué se quedó? Yo habría saltado la muralla y me habría ido al instante.

-Conociéndote, te creo. Suldrun, por lo que recuerdo, era de naturaleza soñadora y cándida.

-Aun así, no tenía por qué quedarse. ¿No tenía espíritu?

Cassander reflexionó.

-Tal vez siempre abrigó esperanzas de que el rey la perdonara. ¿Y qué le esperaba si huía? No le gustaban la suciedad y el hambre, ni el gélido viento de la noche, ni la certidumbre de una violación.

Madouc desconocía el significado exacto de esa palabra.

-¿Qué significa «violación»?

Cassander se lo explicó con términos pomposos. Madouc apretó los labios.

-¡Qué conducta tan tosca! Si alguien lo intentara conmigo, no lo toleraría un instante, y sin duda tendría muchas cosas que decirle.

-A Suldrun también le disgustaba la idea. Así termina la historia, y sólo quedan recuerdos y la princesa Madouc. ¿Has visto ya bastante de este viejo jardín?

Madouc miró en torno.

-Es un lugar apacible y sobrecogedor. El mundo está lejos. Bajo el claro de luna debe de ser triste, y tan bello como para romperte el corazón. No quiero regresar nunca aquí.

6

Una criada informó a Desdea que Madouc había regresado al castillo en compañía del príncipe Cassander.

Desdea se quedó atónita. Había pensado en reprender a aquella niña díscola y someterla a seis horas punitivas de lecciones de baile. La participación del príncipe Cassander alteraba la situación. Castigar a Madouc implicaría una crítica al príncipe, y Desdea no deseaba correr semejante riesgo. Algún día Cassander sería rey, y los reyes se distinguían por su buena memoria.

Desdea giró sobre los talones y se encaminó hacia los aposentos de la reina, donde halló a Sollace reposando entre sus cojines mientras el padre Umphred le leía un pergamino con sonoros salmos en latín.

Sollace no entendía el significado, pero la voz del padre la relajaba, y entretanto se refrescaba con natillas y miel.

Desdea aguardó con impaciencia a que el padre terminara de leer; luego, en respuesta al gesto inquisitivo de Sollace, refirió la última fechoría de Madouc.

Sollace escuchó sin inmutarse y sin interrumpir su refrigerio.

Desdea habló con creciente apasionamiento:

-¡Estoy desconcertada! En vez de respetar mis instrucciones, Madouc prefirió vagabundear con el príncipe Cassander, desoyendo mi mandato. Si tuviera menor rango, uno sospecharía que la domina un demonio, un ésper u otra entidad maligna. ¡Así de perversa es esa niña!

La reina Sollace no logró enfervorizarse.

-Es un poco rebelde, sin duda.

Desdea elevó el tono de voz.

-¡Estoy perdiendo el juicio! Ni siquiera se digna desafiarme. Simplemente no me presta atención. ¡Es como hablarle al aire!

-Esta tarde le daré una reprimenda -dijo la reina-. O quizá mañana, si decido zurrarla. Por el momento, tengo otros asuntos en mente.

El padre Umphred se aclaró la garganta.

-Alteza, quizá me permitas una sugerencia.

-¡Desde luego! ¡Valoro tus consejos!

El padre Umphred unió las yemas de los dedos.

-La dama Desdea aludió a la posibilidad de una influencia extraña. Considerando la situación, esto me parece improbable... pero no inimaginable, y la Santa Iglesia reconoce tales aflicciones. Como precaución, recomiendo que la princesa Madouc sea bautizada para que adopte la fe cristiana y sea instruida en los preceptos de la ortodoxia. Las rutinas de la devoción, la meditación y la plegaria la persuadirán, con delicadeza pero con severidad, de profesar esas virtudes de obediencia y humildad que tanto anhelamos inculcarle.

La reina Sollace dejó el cuenco vacío.

-La idea es meritoria, pero me pregunto si esta propuesta agradará a la princesa Madouc.

El padre Umphred sonrió.

-Un niño es el último en apreciar lo que es puro y bueno. Si el entorno de Haidion resulta demasiado estimulante para la princesa, podemos enviarla al convento de Bulmer Skeme. La madre superiora es eficaz y rigurosa cuando surge la necesidad.

La reina Sollace se recostó en el diván.

-Consultaremos el asunto con el rey Casmir.

Sollace esperó a que el rey Casmir hubiera cenado y el vino lo hubiera ablandado un poco. Luego, como por casualidad, introdujo el nombre de Madouc en la conversación.

-¿Has oído la última novedad? Madouc no se comporta como yo desearía.

-Bah -gruñó el rey Casmir-. No tiene tanta importancia. Estoy harto de esa constante cantinela.

-No es para tomarlo a la ligera. Con insolencia y deliberación desobedeció las instrucciones de Desdea. El padre Umphred está convencido de que Madouc debería recibir el bautismo e iniciarse en la doctrina cristiana.

-¿Qué? ¿Qué tontería es ésa?

-No es una tontería -dijo Sollace-. Desdea está atormentada por la angustia. Sospecha que Madouc está desquiciada o poseída por un demonio.

-¡Absurdo! Esa niña está llena de energía. -Por diversas razones, Casmir nunca había mencionado a Sollace el origen de Madouc, ni el hecho de que tenía sangre de hadas. Gruñó-: Es un poco rara, quizá, pero sin duda lo superará.

-El padre Umphred cree que Madouc necesita una educación religiosa, y yo estoy de acuerdo.

-¡Eres demasiado complaciente con ese cura! -dijo Casmir con irritación-. Si no se guarda sus opiniones, lo expulsaré de aquí.

-¡Sólo nos preocupa la salvación del alma eterna de Madouc! -dijo envaradamente Sollace.

-Es una criatura lista. Deja que ella se preocupe por su alma.

-Hum -resopló Sollace-. Quien despose a Madouc se llevará muchas sorpresas.

El rey Casmir rió glacialmente.

-En eso dices verdad, y por varias razones. En todo caso, dentro de una semana partiremos hacia Sarns y todo cambiará.

-Desdea tendrá más dificultades que nunca -moqueó Sollace-. Madouc se pondrá salvaje como una liebre.

-Pues Desdea tendrá que cazarla, si desea cumplir con su deber.

-Restas importancia a las dificultades -dijo Sollace-. En cuanto a mí, Sarris ya me aburre bastante, sin necesidad de añadirle problemas.

-El aire del campo te hará bien -dijo Casmir-. Todos lo pasaremos bien en Sarris.

III

1

Todos los veranos el rey Casmir se trasladaba con su servidumbre y su corte a Sarris, una vasta residencia al nordeste de la ciudad de Lyonesse. La finca, situada a orillas del río Glame, en una región de parques ondulantes, era muy agradable. Sarris no alardeaba de elegancia ni de grandeza. La reina Sollace, por lo pronto, consideraba que las comodidades de Sarris eran muy inferiores a las de Haidion, y la describía como «un enorme establo». También deploraba la rústica informalidad que, pese a sus esfuerzos, dominaba la vida de Sarris y que, en su opinión, reducía la dignidad de la corte y volvía perezosa a la servidumbre.

Se hacía poca vida social en Sarris, exceptuando algunos banquetes con los que el rey Casmir agasajaba a algunos nobles locales a quienes Sollace encontraba aburridos. A menudo mencionaba su tedio al rey Casmir: «No me agrada vivir como una campesina, con animales que braman frente a la ventana de mi alcoba y gallos que cacarean antes del alba.» El rey Casmir hacía oídos sordos a tales quejas. Sarris era bastante cómodo para tratar asuntos de estado; allí podía dedicarse a la cetrería o a cazar en los parques y, cuando la cacería se ponía emocionante, llegaban hasta gran distancia, en ocasiones hasta la linde del Bosque de Tantrevalles, que quedaba más al norte.

Sarris también agradaba al resto de la familia real. El príncipe Cassander gozaba de la compañía de sus camaradas; todos los días se divertían cabalgando, navegando en el río o practicando el deporte de las justas, que últimamente estaba en boga. Al anochecer practicaban otra clase de deporte con las alegres muchachas de la localidad, usando la casa abandonada de un guardabosque.

A la princesa Madouc también le agradaba esa mudanza, que al menos la liberaba de la presencia de sus seis doncellas. Su pony Tyfer estaba siempre listo, y todos los días Madouc cabalgaba alegremente por los prados, con Pymfyd como palafrenero. No todo era perfecto; tenía que comportarse de manera acorde con su rango. Sin embargo, Madouc prestaba poca atención a las restricciones impuestas por Desdea, y seguía sus propias inclinaciones.

Finalmente Desdea llevó a Madouc aparte para tener una conversación muy seria.

-Querida mía, es hora de que la realidad entre en tu vida. Debes aceptar que eres la princesa Madouc de Lyonesse, no una moza vulgar sin rango ni responsabilidades.

-De acuerdo, Desdea. Lo tendré en cuenta. ¿Puedo irme?

-Aún no, apenas he empezado. Trato de indicarte que cada uno de tus actos redunda en crédito o descrédito tuyo y de la familia real. Más aún, del reino entero. ¡Es abrumador pensarlo! ¿Lo tienes claro?

-Sí, Desdea. Sin embargo...

-¿Sin embargo qué?

-Nadie parece reparar en mi conducta salvo tú. Así que en realidad tiene poca importancia, y el reino no corre peligro.

-¡Tiene muchísima importancia! -exclamó Desdea-. ¡Los malos hábitos son fáciles de adquirir y difíciles de abandonar! Debes aprender las buenas y gráciles costumbres que te granjearán admiración y respeto.

Madouc asintió dubitativamente.

-No creo que nadie vaya a admirar mis bordados ni a respetar mis pasos de baile.

-No obstante, son habilidades y gracias que debes aprender, y aprender bien. El tiempo pasa, los días vuelan, los meses se vuelven años aunque tú no lo notes. Dentro de poco se hablará de compromisos, y entonces tú y tu conducta seréis sometidos al más riguroso escrutinio y el más severo análisis.

Madouc hizo una mueca de disgusto.

-Si alguien me somete a su escrutinio, no necesitará un gran análisis para saber qué pienso de él.

-Querida mía, ésa no es la actitud atinada.

-No importa, no quiero saber nada de eso. Que busquen sus compromisos en otra parte.

Desdea rió con desdén.

-No hables con tantas ínfulas, pues sin duda cambiarás de parecer. En todo caso, espero que empieces a ensayar una conducta cortés.

-Sería una pérdida de tiempo.

-¿De veras? Piensa en esto: un noble príncipe llega a Lyonesse con la esperanza de encontrar a una princesa púdica y pura, encantadora y delicada. Pregunta: «¿Dónde está la princesa Madouc, quien, espero, será bella, amable y bondadosa?» Por toda respuesta señalan por la ventana y dicen: «Pues allá va.» El príncipe mira por la ventana y te ve correteando, el pelo hecho un revoltijo, con todo el encanto y la gracia de un demonio del infierno. ¿Entonces, qué?

-Si el príncipe es sabio, pedirá su caballo y se marchará en seguida. -Madouc se levantó de un brinco-. ¿Has terminado? En tal caso, me alegraré de irme.

-Vete.

Desdea guardó un rígido silencio durante diez minutos. De pronto se levantó y se dirigió al tocador de la reina. Encontró a Sollace con las manos hundidas en una mezcolanza de tiza en polvo y leche de vencetósigo, con lo cual esperaba mitigar los efectos del agua del campo.

La reina Sollace se volvió hacia ella.

-¡Vaya, Ottile! ¡Qué cara traes! ¿Es desesperación, pesadumbre o un simple retortijón intestinal?

-¡Interpretas mal mis emociones, majestad! Acabo de hablar con la princesa Madouc y debo presentar un informe desalentador.

Sollace suspiró.

-¿Otra vez? Empiezo a sentir apatía cuando mencionan su nombre. Ella está en tus manos. Enséñale decoro y gracilidad, baile y costura. Eso será suficiente. Dentro de pocos años el matrimonio nos librará de ella. Hasta entonces, deberemos ser pacientes con sus extravagancias.

-Si sólo fuera «extravagante», como dices tú, majestad, yo podría habérmelas con ella. En cambio, se ha transformado en una mocosa rústica e insolente. Nada por el río, donde yo no puedo aventurarme; trepa a los árboles y se oculta en el follaje cuando la llamo. Su refugio favorito es el establo, y siempre apesta a caballo. No sé cómo controlarla.

Sollace sacó las manos de la mixtura y decidió que el tratamiento ya era suficiente. Su criada empezó a limpiarle la pasta, y Sollace protestó:

-¡Cuidado, Nelda! ¡Me estás despellejando viva! ¿Crees que estoy hecha de cuero?

-Perdón, majestad. Tendré más cuidado. ¡Tus manos lucen bellísimas ahora!

La reina Sollace asintió de mala gana.

-Por eso soporto estas penurias. ¿Qué decías, Ottile?

-¿Qué haremos con la princesa Madouc?

Sollace la miró con ojos bovinos.

-No entiendo cuál es su falta.

-Es indisciplinada, rebelde y desaliñada. Tiene manchas en la cara y paja en el cabello, si es que esa melena roja y revuelta merece tal denominación. Es descuidada, impúdica, obstinada y revoltosa.

La reina Sollace suspiró una vez más y seleccionó una uva del cuenco que tenía a su lado.

-Comunica mi disgusto a la princesa y dile que sólo quedaré satisfecha cuando se comporte con propiedad.

-Ya lo he hecho diez veces, y es como hablarle al viento.

-Vaya. Sin duda está tan aburrida como yo. Esta vida rústica te saca de quicio. ¿Dónde están las doncellas que tan amablemente la asistían en Haidion? Eran delicadas, dulces y agradables. Sin duda Madouc aprovecharía bien ese ejemplo.

-Eso pensaría yo, en un caso común.

La reina Sollace cogió otra uva.

-Manda a por dos o tres de esas doncellas. Especifica que deben guiar a Madouc de manera gentil y discreta. El tiempo vuela, y ya debemos prepararnos para el futuro.

-¡En efecto, alteza!

-¿Quién era esa doncella rubia, tan simpática y sagaz? Es como yo era a su edad.

-Sin duda te refieres a Devonet, hija del duque Malnoyard Odo, del castillo de Folize.

-Que venga a Sarris, junto con otra. ¿A quién escogeremos?

-Ydraint o Chlodys. Yo diría Chlodys, que es más soportable. Me encargaré de ello de inmediato. Aun así, no esperes milagros.

Una semana después Devonet y Chlodys llegaron a Sarris y recibieron instrucciones de la dama Desdea.

-El aire campestre -explicó con sequedad- ha afectado extrañamente a la princesa Madouc, quizá dándole energías en exceso. Ha descuidado el decoro, y también se ha vuelto caprichosa. Esperamos que saque partido del ejemplo que vosotras le ofreceréis, y quizá de vuestros prudentes consejos.

Devonet y Chlodys fueron a reunirse con Madouc. Al cabo de una larga búsqueda la encontraron encaramada a un cerezo, comiendo unas cerezas rechonchas y rojas.

Madouc no se alegró de verlas.

-Pensé que habríais ido a pasar el verano en vuestras casas. ¿Tan pronto se cansaron de vosotras?

-En absoluto -dijo Devonet con altivez-. Estamos aquí por invitación real.

-La reina cree que necesitas compañía adecuada -añadió Chlodys.

-Ja -dijo Madouc-. Nadie me preguntó qué quería yo.

-Debemos servirte de ejemplo -dijo Devonet-. Para empezar, una dama refinada no desearía que la hallaran encaramada a un árbol.

-Entonces soy una dama refinada -dijo Madouc-, pues no deseaba que me hallaran.

Chlodys miró hacia las ramas.

-¿ Las cerezas están maduras ?

-Bien maduras.

-¿Son sabrosas?

-Muy sabrosas.

-Ya que las tienes a mano, podrías recoger algunas para nosotras.

Madouc escogió un par de cerezas y las arrojó a las manos de Chlodys.

-He aquí algunas picoteadas por los pájaros.

Chlodys miró las cerezas arrugando la nariz.

-¿No hay ninguna mejor?

-Ciertamente. Si subís al árbol, podréis cogerlas.

Devonet irguió la cabeza.

-No quiero ensuciarme la ropa.

-Como gustes.

Devonet y Chlodys se sentaron en la hierba y se pusieron a cuchichear. En ocasiones miraban a Madouc y reían burlonamente.

Madouc bajó entre las ramas y brincó al suelo.

-¿Cuánto tiempo os quedaréis en Sarris?

-Estamos aquí por decisión de la reina -dijo Devonet. Miró a Madouc de arriba abajo y rió incrédula-. ¡Llevas pantalones de hombre!

-Si me hubieras hallado en el árbol sin pantalones, tendrías más motivos para irritarte -replicó fríamente Madouc.

Devonet olisqueó con desdén.

-Ahora que estás en el suelo, ve a cambiarte. Un bonito vestido te sentará mucho mejor.

-No si decido ir a cabalgar con Tyfer.

Devonet parpadeó.

-¡Oh! ¿Y adonde irías?

-A cualquier parte. Tal vez a la orilla del río.

-¿Quién es Tyferl -preguntó Chlodys con delicado énfasis.

Madouc la miró con asombro.

-¡Qué cosas tan raras pasan por tu mente! Tyfer es mi caballo. ¿Qué otra cosa podría ser?

Chlodys rió.

-Lograste confundirme.

Madouc se alejó sin decir palabra.

-¿Adonde vas? -preguntó Devonet.

-Al establo.

Devonet contrajo su bonito rostro.

-No quiero ir al establo. Hagamos otra cosa.

-Podemos sentarnos en el jardín a jugar al avecilla o al salto de la rana -sugirió Chlodys.

-¡Eso parece divertido! -dijo Madouc-. Empezad el juego. Pronto vendré a participar.

-¡Con sólo dos no es divertido! -declaró Chlodys.

-Además -terció Devonet-, Desdea desea que te hagamos compañía.

-Para que aprendas buenos modales -añadió Chlodys.

-De eso se trata, en efecto -dijo Devonet-. Sin linaje, no se puede esperar que aprendas esas cosas de un modo natural, como nosotras.

-Tengo un buen linaje en alguna parte -replicó Madouc-. Estoy segura de ello, y algún día emprenderé la búsqueda... quizá pronto.

Devonet sofocó una risotada.

-¿Emprenderás la búsqueda en el establo?

Madouc le dio la espalda y echó a andar. Devonet y Chlodys la siguieron contrariadas.

-¡Espera! -dijo Chlodys-. Iremos contigo, pero debes comportarte con propiedad.

Más tarde Devonet y Chlodys presentaron su informe a Desdea. Ambas estaban molestas con Madouc, pues no había accedido a ninguno de sus deseos.

-¡Nos mantuvo esperando una eternidad, mientras cepillaba a Tyfer y le trenzaba la crin!

Pero faltaba lo peor. Madouc terminó con Tyfer y se lo llevó, pero no regresó. Las dos muchachas fueron a buscarla. Caminaban por el establo cuando una puerta se abrió de golpe, arrojándolas desde el borde de piedra a los excrementos. Madouc se asomó para preguntarles por qué jugaban en el estiércol. «Esa conducta no es propia de damas -les dijo altivamente-. ¿No tenéis respeto por la decencia?» Desdea deploró el lamentable episodio.

-Debéis tener más cuidado. De todos modos, Madouc no debe pasar tanto tiempo con ese caballo. ¡Mañana me encargaré de ello! Nos dedicaremos a tejer, disfrutando de las tortas de miel y la sangría.

Al anochecer, las tres muchachas cenaron ave fría y budín de cebollas en una agradable habitación que daba sobre el parque. El príncipe Cassander quiso acompañarlas. A una orden suya, el camarero trajo una jarra de vino claro y dulzón. Cassander se reclinó en la silla, bebiendo y explayándose sobre sus teorías y hazañas. Él y sus compañeros pensaban cabalgar al día siguiente hasta Flauhamet una ciudad de la Calle Vieja donde se celebraba una gran feria.

-Habrá justas[8] -dijo Cassander-. Tal vez yo acepte un par de retos, si la competencia es justa. No deseamos medirnos con palurdos y campesinos, eso por descontado.

A pesar de su temprana edad, Devonet siempre estaba dispuesta a valerse de sus encantos:

-¡Has de ser muy valiente para correr semejantes riesgos!

Cassander hizo un gesto expansivo.

-Ésta es una habilidad compleja, integrada por la práctica, el dominio del caballo y la destreza natural. Alardeo de ser bueno. Las tres deberíais venir a Flauhamet, al menos para ver la feria. Entonces, cuando luchemos llevaremos vuestras cintas. ¿Qué os parece?

-Magnífico -dijo Chlodys-. Pero Desdea tiene otros planes para mañana.

-Por la mañana nos sentaremos a bordar en el invernáculo, mientras maese Jocelyn canta al son del laúd. -Devonet miró de soslayo a Madouc-. Por la tarde la reina reunirá a la corte y nosotras asistiremos, como corresponde.

-Bien, debéis hacer lo que Desdea considere apropiado -dijo Cassander-. Tal vez haya otra ocasión antes de que termine el verano.

-¡Eso espero! -dijo Devonet-. ¡Sería fascinante ver cómo derrotas a tus oponentes!

-No es tan fácil -dijo Cassander-. Y quizá los únicos contrincantes sean campesinos montados en caballos de tiro. Ya veremos.

[8] Las justas con armadura completa aún no estaban en boga. En esta época se usaban lanzas acolchadas y las justas rara vez causaban lesiones más graves que una magulladura o un esguince.

2

Temprano por la mañana, cuando el sol todavía enrojecía el horizonte, Madouc se levantó de la cama, se vistió, desayunó potaje e higos en la cocina y corrió hacia el establo. Buscó a Pymfyd y le ordenó que ensillara a Tyfer y su propio caballo.

Pymfyd parpadeó, bostezó y se rascó la cabeza.

-No es divertido ni sensato cabalgar tan temprano.

-¡No intentes pensar, Pymfyd! Ya he tomado las decisiones. Limítate a ensillar los caballos sin demora.

-¿Qué prisa hay? -gruñó Pymfyd-. El día es joven, y el día es largo.

-¿No está claro? Quiero evitar a Devonet y Chlodys. Has oído mis órdenes. Por favor, cúmplelas deprisa.

-Muy bien, alteza. -Pymfyd ensilló lánguidamente los caballos y los sacó del establo-. ¿Adonde piensas ir?

-Por aquí, camino arriba, tal vez hasta la Calle Vieja.

-¿La Calle Vieja? Eso está a mucha distancia. Seis o siete kilómetros.

-No importa. Es un hermoso día y los caballos ansían correr.

-¡Pero no estaremos de vuelta para la cena! ¿Debo sufrir hambre por esta causa?

-¡Vamos, Pymfyd! Hoy tu estómago no es importante.

-Tal vez no para gentes de la realeza, que mordisquean a voluntad tortas de azafrán y callos con miel. Yo soy un tipo vulgar con un vientre vulgar, y ahora tendrás que esperar a que encuentre pan y queso para comer.

-¡Date prisa!

Pymfyd se fue a la carrera y regresó poco después con un saco de paño que sujetó a la parte trasera de la silla.

-¿Estás preparado? -preguntó Madouc-. Pues vámonos de una vez.

3

Recorrieron prados salpicados de margaritas, lupinos, mostaza silvestre y amapolas de un rojo llameante; atravesaron bosquecillos de fresnos y abedules y cabalgaron a la sombra de los macizos robles que bordeaban el camino.

Salieron de la finca real por un portal de piedra y poco después llegaron a la encrucijada donde el camino de Sarris se transformaba en el camino de Fanship.

Madouc y Pymfyd cabalgaron hacia el norte por el camino de Fanship, no sin la renuencia de Pymfyd, que no entendía el interés de Madouc por la Calle Vieja.

-Allí no hay nada que ver salvo el camino, que discurre hacia la derecha y también hacia la izquierda.

-Así es -dijo Madouc-. Continuemos.

La campiña pronto mostró indicios de cultivo: parcelas de centeno y cebada, delimitadas por cercas de piedra, alguna granja. Al cabo de un trecho, el camino ascendía zigzagueando por un suave declive, y en la cima de la elevación se encontraba con la Calle Vieja.

Madouc y Pymfyd frenaron los caballos. Hacia el sur se veía el camino de Fanship hasta la encrucijada y, más allá, los álamos que bordeaban el río Glame, aunque Sarris quedaba oculta por la arboleda.

Como Pymfyd había afirmado, la Calle Vieja continuaba en ambas direcciones, descendiendo y perdiéndose de vista. El camino de Fanship, cruzando la Calle Vieja, se internaba en las oscuras sombras del Bosque de Tantrevalles, que estaba a poca distancia.

En ese momento la Calle Vieja estaba desierta, lo cual despertó las sospechas de Pymfyd. Irguiendo el cuello, miró en ambas direcciones. Madouc preguntó con sorpresa:

-¿Por qué miras con tanta atención, cuando no hay nada que ver?

-Precisamente.

-No comprendo.

-Claro que no -dijo altivamente Pymfyd-. Eres demasiado joven para conocer los males del mundo, que son muchos. También hay mucha perfidia, si uno la busca, e incluso si uno prefiere no buscarla.

Madouc miró hacia el este y hacia el oeste.

-En este momento no veo nada malo ni pérfido.

-Porque la carretera está desierta. A menudo la perfidia salta de improviso, y por eso es tan temible.

-Pymfyd, creo que el miedo te obsesiona.

-Es posible, pues el miedo gobierna el mundo. La liebre teme al zorro, el cual teme al sabueso, el cual teme al perrero, el cual teme a su señor, el cual teme al rey, en cuyos temores no tengo el impudor de pensar.

-¡Pobre Pymfyd! ¡Tu mundo está hecho de temor y espanto! Yo no tengo tiempo para esas emociones.

Pymfyd habló con voz serena:

-Tú eres una princesa y yo no podría llamarte imbécil aunque el pensamiento me cruzara la mente.

Madouc lo miró de soslayo.

-Conque eso es lo que piensas de mí.

-Sólo diré esto: las personas que no tienen miedo de nada mueren pronto.

-Pues sí tengo miedo de algo -dijo Madouc-. Del tejido, de las lecciones de baile de maese Jocelyn, y de un par de cosas que no es preciso mencionar.

-Yo tengo muchos miedos -dijo Pymfyd con orgullo-. De los perros rabiosos, de los leprosos y de las campanillas de los leprosos. De los corceles infernales, las harpías y las brujas; de los jinetes del rayo y de las criaturas que viven en el fondo de los pozos; de los trasgos, demonios y fantasmas que acechan en el cementerio.

-¿Eso es todo? -preguntó Madouc.

-¡De ninguna manera! Temo la gota, la peste y la viruela. Ahora que lo pienso, temo sobremanera el disgusto del rey. Debemos regresar antes de que alguien nos vea tan lejos de Sarris y vaya con el cuento.

-¡No tan pronto! -dijo Madouc-. Cuando sea hora de regresar, te lo indicaré. -Estudió el letrero-. Flauhamet está a sólo seis kilómetros.

-¡Seis o seiscientos! -exclamó el alarmado Pymfyd-. ¿Cuál es la diferencia?

-El príncipe Cassander mencionó la feria de Flauhamet, y dijo que era muy alegre.

-Todas las ferias se parecen -declaró Pymfyd-. Constituyen el refugio favorito de canallas, embaucadores y rateros.

Madouc no le prestó atención.

-Habrá malabaristas, bufones, cantores, bailarines con zancos, mimos y volatineros.

-Esas gentes son de dudosa reputación -gruñó Pymfyd-. Todos lo saben.

-También habrá un torneo. El príncipe Cassander quizá participe, si la competencia le place.

-Bah, lo dudo.

-¿Porqué?

Pymfyd miró el paisaje.

-No es adecuado que yo hable del príncipe Cassander.

-¡Habla! No repetiré tus palabras.

-Dudo de que corra ese riesgo con tantas personas presentes en caso de que lo tumben.

Madouc sonrió.

-Sin duda él es vanidoso. En todo caso, no sólo deseo ver el torneo. Me agradaría deambular entre los puestos.

La cara franca de Pymfyd cobró un aire de obstinación.

-No podemos entrar en el pueblo tan ricamente para codearnos con patanes. ¿Imaginas la reacción de la reina? A ti te reñirían y a mí me apalearían. Debemos regresar, pues avanza el día.

-¡Todavía es temprano! Devonet y Chlodys apenas se están preparando para tejer.

Pymfyd soltó un grito de alarma. Señaló hacia el oeste.

-Se acerca alguien. ¡Son nobles locales y te reconocerán! Vámonos antes de que lleguen.

Madouc suspiró. La lógica de Pymfyd era irrefutable. Sacudiendo las riendas, echó a andar por el camino de Fanship, pero se paró en seco.

-¿Ahora qué? -preguntó Pymfyd.

-Viene un grupo por el camino de Fanship. El del caballo bayo es Cassander, y el que monta el corcel negro es sin duda el rey Casmir.

Pymfyd lanzó un gruñido de desesperación.

-¡Estamos atrapados!

-¡De ningún modo! Cruzaremos la Calle Vieja y nos ocultaremos camino arriba hasta que esté despejado.

-¡Al fin una idea sensata! -masculló Pymfyd-. ¡Deprisa! No hay tiempo que perder. Podemos escondernos detrás de aquellos árboles.

Azuzando los caballos, cruzaron la Calle Vieja y continuaron hacia el norte por la prolongación del camino de Fanship, que pronto se transformó en un simple sendero en el prado. Se aproximaron a una alameda, donde esperaban poder ocultarse.

-¡Huele a humo! -dijo Madouc por encima del hombro.

-Debe ser la choza de un pegujalero -respondió Pymfyd-. Hueles el humo de su hogar.

-No veo ninguna choza.

-Eso no nos incumbe. ¡Pronto, vayamos a la sombra!

Se ocultaron bajo los álamos, donde descubrieron el origen del humo: una fogata en la que un par de vagabundos asaba un conejo. Uno era bajo y ventrudo, con una cara chata y redonda enmarcada por una ensortijada mata de pelo negro y una barba del mismo color. El segundo era alto y delgado como una estaca, de brazos y piernas flacas, con un rostro largo y vacío como la cara de un bacalao. Ambos llevaban vestimentas raídas y costrosos borceguíes. El vagabundo alto se tocaba con un sombrero picudo de fieltro negro; su gordo camarada lucía un sombrero de copa baja y ala muy ancha. Junto a ellos había un par de sacos en los que evidentemente guardaban sus pertenencias. Al ver a Madouc y a Pymfyd se pusieron en pie y consideraron la situación.

Madouc los miró con frialdad y llegó a la conclusión de que nunca había visto un par de sujetos con peor traza.

-¿Qué hacéis vosotros aquí, tan atildados y elegantes? -preguntó el vagabundo gordo y bajo.

-Eso no os concierne -respondió Madouc-. Pymfyd, continuemos. Molestamos a estas personas mientras comen.

-En absoluto -dijo el vagabundo bajo. Se dirigió a su camarada sin apartar los ojos de Madouc y Pymfyd-. Ossip, echa una ojeada al camino. Fíjate quién más viene.

-Todo despejado. Nadie a la vista -informó Ossip.

-Esos caballos son buenos -dijo el sujeto corpulento-. Las sillas y arneses también son de buena calidad.

-¡Mira, Sammikin! La pelirroja lleva un broche de oro.

-¿No es una farsa, Ossip? Algunos llevan oro, y otros no tienen nada.

-¡Es la injusticia de la vida! Si yo tuviera el poder, todos compartirían lo mismo.

-¡He aquí un noble concepto!

Ossip estudió la brida de Tyfer.

-¡Mira eso! Hasta el caballo lleva oro -dijo con viscoso entusiasmo-. ¡Vaya riqueza!

Sammikin chasqueó los dedos.

-¡No puedo sino regocijarme! ¡El sol brilla y nuestra suerte ha cambiado al fin!

-Aun así, debemos esforzarnos, del modo en que sabemos, para salvaguardar nuestra reputación.

-¡Sabias palabras, Ossip!

Los dos avanzaron. Pymfyd se volvió hacia Madouc.

-¡Al galope! -exclamó. Hizo girar su caballo, pero Ossip extendió un brazo y cogió la brida. Pymfyd le pateó la cara, haciéndole pestañear.

-¡Ah, pequeña víbora, has mostrado los dientes! ¡Ay, mi pobre cara! ¡Qué dolor!

Sammikin corrió hacia Madouc, pero ella había azuzado a Tyfer, alejándose unos metros por el camino, donde se detuvo presa de la indecisión.

Sammikin se volvió hacia Ossip, que aún colgaba de la brida del caballo de Pymfyd, a pesar de los golpes y maldiciones del jinete.

Sammikin sorprendió a Pymfyd por detrás, y cogiéndolo por la cintura lo arrojó al suelo. Pymfyd soltó un grito de dolor. Rodando de costado, cogió una rama rota y se levantó para defenderse.

-¡Perros! -Blandió la rama con histérica valentía-. ¡Alimañas! ¡Acercaos si os atrevéis! -Miró por encima del hombro hacia Madouc-. ¡Cabalga, tonta, y apresúrate! ¡Busca ayuda!

Sammikin y Ossip, sin premura, empuñaron sus varas y acorralaron a Pymfyd, el cual se defendió con energía y agilidad hasta que Sammikin le astilló la rama. Sammikin hizo un finta; Ossip alzó la vara y le dio a Pymfyd en el costado de la cabeza, aturdiéndolo. Pymfyd cayó al suelo y Sammikin lo golpeó una y otra vez, mientras Ossip ataba el caballo de Pymfyd a un árbol. Echó a correr hacia Madouc, que al final reaccionó, hizo girar a Tyfer y se lanzó al galope camino arriba.

La cabeza de Pymfyd cayó de lado, y la sangre manó de su boca. Sammikin retrocedió con un gruñido de satisfacción.

-¡Éste ya no contará historias! Ahora vayamos tras la otra.

Madouc, acurrucada sobre la silla, galopó sendero arriba entre las cercas de piedra. Miró hacia atrás. Ossip y Sammikin la seguían al trote. Madouc soltó un aullido y azuzó a Tyfer. Seguiría por el sendero hasta hallar una brecha en una cerca, luego atravesaría las dunas y regresaría a la Calle Vieja.

Detrás venían los vagabundos, Ossip dando largas zancadas, Sammikin meciendo los brazos y contoneándose como una rata gorda. No parecían tener prisa.

Madouc miró a izquierda y derecha. Una zanja llena de agua corría junto al sendero, con un murete de piedra por el otro lado; en el borde anterior, la cerca había cedido ante un seto de espinos. Más adelante el sendero se curvaba atravesando una

brecha en la cerca. Madouc enfiló hacia allí. Frenó consternada al advertir que había entrado en un corral de poca extensión. Miró en torno pero no halló una salida.

Por el camino venían Ossip y Sammikin, jadeando de fatiga. Ossip gritó con voz aflautada:

-¡Pórtate bien ahora! Detén el caballo y actúa con calma. ¡No nos hagas trajinar!

-¡«Tranquila» es la palabra! -exclamó Sammikin-. Pronto habremos terminado y te encontrarás muy tranquila, según dicen.

-¡Eso entiendo yo! -convino Ossip-. Quédate quieta y no grites. ¡No soporto a las niñas lloronas!

Madouc miró desesperadamente a su alrededor, buscando un boquete o un lugar bajo para saltar, pero en balde. Se apeó, y abrazó el pescuezo de Tyfer.

-¡Adiós, querido amigo! ¡Debo abandonarte para salvar la vida! -Corrió hacia el parapeto, trepó y se marchó del corral.

Ossip y Sammikin la llamaron con furia.

-¡Detente! ¡Regresa! ¡Era una broma! ¡No queremos hacerte daño!

Madouc miró hacia atrás atemorizada y corrió con ímpetu hacia la oscuridad del Bosque de Tantrevalles.

Maldiciendo, lamentando tantos esfuerzos y profiriendo terribles amenazas, Sammikin y Ossip saltaron el parapeto y la persiguieron.

En la linde del bosque Madouc se detuvo un instante para recobrar el aliento y apoyarse en el tronco de un roble viejo y nudoso. A poca distancia venían Ossip y Sammikin, que apenas podían correr por la fatiga. Sammikin vio a Madouc junto al árbol, los cobrizos bucles revueltos. Aminoraron la marcha. Sammikin gritó con voz meliflua:

-Ah, querida niña, haces bien al esperarnos. Cuídate del bosque, donde viven los espantajos.

-¡Te comerán viva y escupirán tus huesos! ¡Estás más segura con nosotros! -añadió Ossip.

-¡Ven aquí, pequeña! -exclamó Sammikin-. ¡Retozaremos juntos!

Madouc dio media vuelta y se internó en el bosque. Sammikin y Ossip soltaron gritos de airada frustración.

-¡Regresa, mocosa desmelenada!

-¡Ahora sí que estamos enfadados! ¡Recibirás un severo castigo!

-¡Ah, zorra, chillarás, jadearás, temblarás! No tendremos piedad, pues no la tuviste con nosotros.

Madouc hizo una mueca. Se le revolvía el estómago. ¡Qué lugar tan espantoso podía ser el mundo! ¡Habían matado al pobre Pymfyd, tan bueno y tan valiente! ¡Y Tyfer! ¡Nunca volvería a montarlo! Y si ellos la pillaban, le retorcerían el cuello en el acto, a menos que prefirieran utilizarla para alguna repugnante diversión.

Madouc se detuvo a escuchar. Contuvo el aliento. Los crujidos de las pisadas sobre las hojas muertas sonaban cada vez más cerca.

Madouc describió un ángulo, sorteando una mata de espinos y otra de laureles, esperando desorientar así a sus perseguidores.

El bosque se volvió más tupido; el follaje tapaba el cielo, salvo donde un árbol caído, una protuberancia rocosa o alguna circunstancia inexplicable creaba un claro. Un tronco podrido le cerró el paso; Madouc trepó por él a gatas, esquivó un arbusto de zarzamora, saltó un arroyo que corría entre berros. Se detuvo para mirar atrás y recobrar el aliento. No vio nada alarmante y supuso que había eludido a los salteadores. Contuvo el aliento para escuchar.

Crunch, crunch, cruncb: los sonidos eran débiles y cautos pero parecían acercarse. En efecto, Ossip y Sammikin habían entrevisto el destello del vestido blanco de Madouc en un claro del bosque y seguían tras ella.

Madouc soltó un gemido de frustración. Giró y echó a correr nuevamente, tomando los caminos más tortuosos, bajo las sombras más oscuras. Se escurrió entre unas matas de alisos, vadeó un arroyo lento, cruzó un claro y sorteó un roble caído. Encontró un recoveco entre las raíces, oculto por un banco de dedaleras. Madouc se agazapó bajo las raíces.

Transcurrieron varios minutos. Madouc esperaba sin atreverse a respirar. Oyó pasos. Ossip y Sammikin pasaron por su lado sin descubrirla. Madouc cerró los ojos, temiendo que sintieran el roce de su mirada y se parasen en seco.

Ossip y Sammikin se detuvieron un instante para mirar coléricamente en torno. Sammikin, oyendo un sonido a lo lejos, señaló con el dedo y lanzó un grito gutural. Ambos corrieron hacia las honduras del bosque. El crujido de los pasos se perdió en el silencio.

Madouc permaneció acurrucada en el recoveco. Descubrió que era cálido y confortable. Cerró los párpados, y se adormiló contra su voluntad.

Pasó el tiempo. ¿Cuánto? ¿Cinco minutos? ¿Media hora? Madouc despertó entumecida. Con mucha cautela se dispuso a salir del recoveco. Vaciló. ¿Qué era aquel sonido tan tenue y tintineante? ¿Música?

Escuchó atentamente. El sonido no parecía lejano, pero el follaje de las dedaleras ocultaba su origen.

Madouc se agazapó indecisa. Era una música sencilla y despreocupada, incluso algo frívola, con extraños gorjeos y oscilaciones. Esa música, pensó Madouc, no podía asociarse con una amenaza o algo maligno. Irguió la cabeza y atisbo entre las dedaleras. Sería embarazoso que la descubrieran escondida de una forma tan humillante. Se armó de coraje y se levantó, ordenándose el pelo y sacudiéndose las hojas muertas de la ropa, sin dejar de observar el claro.

A poca distancia, sobre una piedra lisa, estaba sentada una pequeña criatura de rostro fruncido, no mucho mayor que ella, con los ojos color verde mar, la tez y el pelo castaños. Llevaba un traje de tela marrón con rayas azules y rojas, una vistosa gorra azul con un penacho de plumas de mirlo y zapatos largos y puntiagudos. En una mano sostenía una caja de madera de donde sobresalían dos docenas de lengüetas de metal; cuando acariciaba las lengüetas, salía música de la caja.

La criatura reparó en Madouc y dejó de tocar. Preguntó con voz aflautada:

-¿Por qué duermes cuando el día es tan joven? Hay tiempo para dormir durante la vigilia del búho.

-Me dormí porque me quedé dormida -respondió Madouc con su mejor voz.

-Comprendo, o al menos comprendo mejor que antes. ¿Por qué me miras así? ¿Por maravillada admiración, puedo suponer?

Madouc respondió con tacto.

-En parte por admiración, y en parte porque rara vez hablo con hadas.

-Soy un wefkin, no un hada -dijo la criatura con petulancia-. Las diferencias son obvias.

-No para mí. No del todo, al menos.

-Los wefkins son tranquilos y majestuosos por naturaleza; somos filósofos solitarios, como quien dice. Además, somos gentes galantes, orgullosas y apuestas, lo cual induce a fatídicos amoríos con los mortales y con otros semihumanos. Somos seres realmente magníficos.

-Eso es evidente -dijo Madouc-. ¿Y las hadas?

El wefkin gesticuló con desdén.

-Gente inestable, presa de las divagaciones y de los pensamientos confusos. Son criaturas sociales y requieren la compañía de su especie; de lo contrario languidecen. Charlan y parlotean, se pavonean y se acicalan; abrazan pasiones tan fervientes como fugaces. ¡El exceso extravagante es su divisa! Los wefkins son paladines del valor. Las hadas cometen actos de cruel perversidad. ¿Tu madre no te ha explicado estas diferencias?

-Mi madre no me ha explicado nada. Murió hace tiempo.

-¿«Murió»? ¿Cómo es eso?

-Está tan muerta como el gato de Diñan, y no puedo evitar pensar que fue desconsiderado de su parte.

El wefkin movió los ojos verdes y emitió un trino reflexivo con su caja melódica.

-Es una triste noticia, y estoy doblemente sorprendido, pues hablé con ella hace sólo quince días, cuando ella demostró su brío habitual... del cual no te ha negado tu justa dosis, si me permites decirlo.

Madouc meneó la cabeza con perplejidad.

-Debes de confundirme con otra persona.

El wefkin la estudió atentamente.

-¿Acaso no eres Madouc, la bella e inteligente niña ahora aceptada, aunque con cierta desgana, como «real princesa de Lyonesse» por Su Fanfarrona Majestad?

-Soy Madouc, pero mi madre fue la princesa Suldrun.

-¡Te digo que no! Eso son patrañas. Tu verdadera madre es el hada Twisk de Thripsey Shee.

Madouc miró boquiabierta al wefkin.

-¿Cómo lo sabes?

-Es de conocimiento común entre los semihumanos. Créelo o no, como tú desees.

-No cuestiono tus palabras -se apresuró a decir Madouc-. Pero la noticia me sorprende. ¿Y cómo ocurrió?

El wefkin se irguió sobre la piedra. Frotándose la barbilla con sus largos y verdes dedos, analizó a Madouc.

-¡Sí! Te referiré los detalles del caso, pero sólo si lo pides por favor... pues no querría sobresaltarte sin tu autorización expresa. -El wefkin fijó sus grandes ojos verdes en el rostro de Madouc-. ¿Deseas que hable?

-¡Sí, por favor!

-De acuerdo. La princesa Suldrun dio a luz a un varón. El padre era Aillas de Troicinet. El niño es conocido ahora como príncipe Dhrun.

-¡El príncipe Dhrun! ¡Ahora estoy sorprendida de veras! ¿Cómo es posible? ¡Es mucho mayor que yo!

-¡Paciencia! Ya te enterarás de todo. Pues bien, por razones de seguridad, llevaron al bebé a un lugar del bosque. Twisk pasaba por allí y te cambió por el niño rubio, y así son las cosas. Te canjearon. Dhrun vivió en Thripsey Shee un año y un día del tiempo mortal, aunque fueron muchos años según el tiempo de las hadas: siete, ocho o quizá nueve. Nadie lo sabe, porque nadie lleva la cuenta.

Madouc guardó un desconcertado silencio.

-¿Entonces tengo sangre de hadas? -preguntó al fin.

-Has vivido largos años en lugares humanos, comiendo pan humano y bebiendo vino humano. La naturaleza de las hadas es delicada. Quién sabe hasta qué punto ha sido reemplazada por hez humana. Así son las cosas, pero a fin de cuentas la situación no es tan mala. ¿Lo preferirías de otra manera?

Madouc reflexionó.

-No quisiera cambiar mi modo de ser... sea cual fuere. Pero, en todo caso, te agradezco la información.

-¡Ahórrate el agradecimiento! Es sólo un pequeño favor... que apenas cuenta.

-En tal caso, dime quién puede ser mi padre.

El wefkin rió.

-¡Haces la pregunta con delicadeza! Tu padre podría ser tal o cual, incluso alguien que se largó. Debes preguntar a Twisk, tu madre. ¿Te gustaría conocerla?

-Muchísimo.

-Tengo un momento libre. Si me lo solicitas, te enseñaré a hallar a tu madre.

-¡Hazlo, por favor!

-¿Entonces lo solicitas?

-¡Desde luego!

-Accedo a tu solicitud con placer, y nuestra pequeña cuenta no sufrirá gran incremento. Acércate.

Madouc se alejó de las dedaleras y se aproximó al wefkin, quien exudaba un olor resinoso a hierbas aplastadas y agujas de pino, mezcladas con follaje, polen y almizcle.

-¡Observa! -dijo el wefkin pomposamente-. Cojo un hoja de juncia; abro un tajo aquí y otro allá; luego hago esto, y esto. Después soplo una bocanada de aire, con mucha suavidad, y la virtud de la hierba produce una llamada. ¡Escucha! -El wefkin sopló, y la hierba silbó suavemente-. Ahora bien, tú debes imitar este silbido con tus propios dedos.

Madouc se dispuso a hacer el silbido, pero se detuvo ante un pensamiento que la preocupaba.

-¿A qué te refieres cuando hablas de «nuestra pequeña cuenta»?

El wefkin agitó los largos dedos.

-Nada importante. Es sólo una manera de hablar.

Madouc continuó dubitativamente su labor. Se detuvo de nuevo.

-Es sabido que las hadas nunca dan algo por nada. ¿Ocurre lo mismo con los wefkins?

-¡Bah! En transacciones grandes, podría ocurrir. Los wefkins no son gentes codiciosas.

Madouc creyó detectar un tono evasivo.

-Dime, pues, ¿cómo debo pagar por tu consejo?

El wefkin se tiró de la gorra y rió embarazosamente.

-No aceptaré nada importante. Ni plata ni oro ni gemas. Me alegra servir a alguien tan ágil y bonita. Tan sólo por la alegría de la gratitud, puedes besarme la punta de la nariz, y eso saldará nuestra deuda. ¿De acuerdo?

Madouc estudió al wefkin y su nariz larga y puntiaguda, mientras el wefkin hacía gestos tontos e irrelevantes.

-Tomaré este asunto con prudencia. Rara vez beso a extraños, ni en la nariz ni en otras partes.

El wefkin frunció el ceño y subió las rodillas. Al cabo de un instante recobró el semblante amable.

-En ese sentido eres diferente de tu madre. Bien, no importa. Yo sólo pensaba... pero, como he dicho, no importa. ¿Has preparado tu flauta de hierba? Bien hecho. Sopla suavemente, con expresión amable... ¡Ah! Así es. Ahora detente, y aguarda mis instrucciones. Para llamar a tu madre debes soplar la flauta y cantar de este modo:

¡Larí-larí-lará!
Madouc ha hecho una flauta de hierba.
Con soplos suaves y airosos,
llama a Twisk de Thripsey Shee.
¡Larí-larí-lará!
¡La hija llama a la madre!

Holla el viento, cruza el lago,
surca el cielo y ven aquí.
Así canto yo, Madouc.

Madouc, tras un vacilante ensayo, inhaló profundamente para calmarse, sopló una nota suave en la flauta de hierba y repitió la canción.

Nada pareció ocurrir. Madouc miró aquí y allá, luego se volvió hacia el wefkin.

-¿Pronuncié correctamente el encantamiento?

Una voz respondió desde atrás de las dedaleras.

-Diste una buena versión. -Twisk el hada se adelantó: una criatura ágil con una suave cabellera de un azul pálido ceñida por un cordel de zafiros.

-¿De veras eres mi madre? -exclamó la embelesada Madouc.

-Primero lo primero -dijo Twisk-. ¿Cómo acordaste pagar sus servicios a Zocco?

-Él quería que le besara la nariz. Le dije que pediría consejo sobre el asunto.

-¡De acuerdo! -declaró Zocco el wefkin-. En su debido momento otorgaré el consejo correcto, y eso será el final. Ya no necesitamos hablar más del asunto.

-Como soy la madre de Madouc, yo le daré el consejo, y te ahorraré el esfuerzo -dijo Twisk.

-¡No es ningún esfuerzo! ¡Soy diestro y lúcido para pensar!

Twisk no le prestó atención.

-Madouc, he aquí mi consejo: recoge ese terrón de tierra y entrégalo a ese trasgo de ojos saltones, diciendo estas palabras: «Zocco, con esta prenda te reembolso, como pleno honorario y suma total, en el presente y después, desde ahora y para siempre, en este mundo y los demás, y en cada aspecto concebible, por cada servicio que hayas realizado por mí, para mí o en mi nombre, real o imaginario, hasta los límites del tiempo, en todas las direcciones.» -¡Cantinelas, palabrejas y pamplinas! -se mofó Zocco-. Madouc, no prestes atención a esa tonta de pelo azul. Tú y yo ya hemos llegado a un acuerdo.

Twisk se adelantó despacio, y Madouc pudo verla con claridad: una adorable criatura de tez color crema y rasgos de insuperable delicadeza. Los ojos, como los de Madouc, eran maravillosos y soñadores estanques azules donde un hombre sensible bien podía perder el juicio.

-Te mencionaré, porque quizá te interese, que Zocco es célebre por su conducta lujuriosa -le dijo Twisk a Madouc-. Si le besaras la nariz, quedarías sometida a su servicio, y pronto estarías besándole en otra parte, cumpliendo sus órdenes, y quién sabe qué más.

-¡Esto es increíble! -declaró la azorada Madouc-. ¡Zocco parecía tan amable y cortés!

-Es el truco habitual.

Madouc se volvió hacia Zocco.

-Ahora he escuchado un consejo. -Cogió el terrón de tierra-. En vez de besarte la nariz, te ofrezco esta prenda de mi gratitud. -Recitó la frase que Twisk había elaborado, a pesar de los chillidos y gruñidos de Zocco.

Zocco arrojó el terrón con un gesto despectivo.

-¡Estas prendas son inútiles! No puedo comerlas, no tienen sabor. No puedo usarlas, no tienen elegancia. Y no brindan ninguna diversión.

-Silencio, Zocco -dijo Twisk-. Tus quejas son rudas.

-Además de la prenda -dijo dignamente Madouc-, y a pesar de tus horrendos planes, te brindo mi agradecimiento, pues me has reunido con mi madre, y sin duda Twisk siente la misma gratitud.

-¿Qué? -dijo Twisk-. ¡Hacía tiempo que me había olvidado de tu existencia! ¿Para qué me llamaste?

Madouc quedó boquiabierta.

-¡Te llamé porque quería conocer a mi madre! Siempre creí que estaba muerta.

Twisk rió con indulgencia.

-Qué error más absurdo. Desbordo de vitalidad.

-¡Eso veo! Lamento el error, pero me dieron información falsa.

-En efecto. Debes aprender a ser más escéptica. Pero ahora tú ya conoces la verdad y yo he de regresar a Thripsey Shee.

-¡Todavía no! -exclamó Madouc-. ¡Soy tu amada hija, y acabas de encontrarme! Además necesito tu ayuda.

Twisk suspiró.

-Siempre igual. ¿Qué quieres de mí?

-¡Estoy perdida en el bosque! Dos asesinos mataron a Pymfyd y robaron mi caballo Tyfer. Me persiguieron y me dieron un tremendo susto; también a mí querían matarme. Y me llamaron «mozuela enclenque y pelirroja».

Twisk la miró con azoramiento y reprobación.

-¿Y permitiste dócilmente que te insultarán así?

-¡De ninguna manera! Huí a la carrera y me oculté.

-¡Deberías haberles lanzado un enjambre de avispas! ¡O acortarles las piernas para que los pies les quedaran pegados a las nalgas! ¡O transformarlos en erizos!

Madouc rió con embarazo.

-No sé hacer esas cosas.

Twisk suspiró una vez más.

-He descuidado tu educación, es innegable. Bien, no hay tiempo como el presente, así que comenzaremos al instante. -Cogió las manos de Madouc-. ¿Qué sientes?

-Un escozor en todo el cuerpo... ¡Una sensación extrañísima!

Twisk cabeceó y retrocedió.

-Pues bien, pon así el pulgar y el índice. Susurra «Fwip» y dirige la barbilla hacia cualquier estorbo del que desees deshacerte. Puedes practicar con Zocco.

Madouc unió el pulgar y el índice.

-¿Así?

-En efecto.

-¿«Fwip»?

-Correcto.

-¿Y mover la barbilla... así?

Zocco soltó un chillido y saltó a un metro del suelo, agitando los pies en el aire.

-¡Ay, ay, ay! -gritó Zocco-. ¡Bájame!

-Has obrado el hechizo correctamente -dijo Twisk-. ¿Ves que agita los pies como si bailara? El hechizo es conocido como «cosquilleo-salto-de-trasgo».

Madouc separó el índice y el pulgar y Zocco regresó al suelo, los ojos verdes desorbitados.

-¡Ten cuidado con esa travesura!

-Excúsame, Zocco -dijo Madouc con voz contrita-. Creo que moví la barbilla con demasiado ímpetu.

-Eso pensé -dijo Twisk-. Inténtalo de nuevo, con menos fuerza.

En esta ocasión Zocco saltó a medio metro, y sus gritos fueron menos agudos.

-¡Bien hecho! -dijo Twisk-. Tienes un talento natural para esto.

-Me entero demasiado tarde -se lamentó Madouc-. El pobre Pymfyd yace muerto en la zanja, y todo por mi insistencia en ir a la feria de Flauhamet.

Twisk hizo un gesto airoso.

-¿Tú mataste a Pymfyd?

-No, madre.

-Entonces no debes sentir remordimiento.

La angustia de Madouc no se alivió del todo.

-Muy bien, pero Ossip y Sammikin, que asestaron los golpes, tampoco sienten remordimiento. Aporrearon a Pymfyd hasta desangrarlo. Luego me persiguieron y me robaron a Tyfer. Te he conocido y eso me alegra, pero al mismo tiempo siento pena por Pymfyd y Tyfer.

Zocco rió entre dientes.

-¡Típico de una mujer! ¡Cantando con voz de bajo y de falsete al mismo tiempo!

Twisk se volvió hacia Zocco con aire inquisitivo.

-¿Has dicho algo, Zocco?

Zocco se relamió los labios.

-Era sólo un pensamiento ocioso.

-Ya que estás desocupado, quizá puedas castigar los vejámenes que Madouc acaba de describir.

-No veo la razón para complacerte a ti ni a esa mocosa insoportable -dijo Zocco con irritación.

-La opción es tuya -dijo Twisk grácilmente. Se volvió hacia Madouc-. Los wefkins no tienen imaginación. Zocco, por ejemplo, espera un futuro de jubilosa comodidad, sin contratiempos. ¿Verdadero o falso?

-Muy falso.

Zocco se incorporó de un brinco.

-Creo que tengo un momento libre. No estará de más echar un vistazo por la comarca, y tal vez hacer un par de ajustes.

Twisk asintió.

-Por favor, comunica tus hallazgos de inmediato.

Zocco se marchó. Twisk examinó a Madouc de pies a cabeza.

-Ésta es una ocasión interesante. Como te dije, casi había olvidado tu existencia.

-No fue muy simpático de tu parte entregar a tu pequeña y querida hija a cambio de otro niño -dijo envaradamente Madouc.

-Sí y no -dijo Twisk-. No eras tan querida como crees. En realidad eras un fastidio. Dhrun tenía el cabello rubio y un carácter dulce; gorjeaba y reía, mientras tú chillabas y pateabas. Fue un alivio liberarse de ti.

Madouc contuvo la lengua; era evidente que los reproches no servirían de nada.

-Espero haberte dado razones para mudar de opinión -dijo altivamente.

-Pudiste haber salido peor. Al parecer, te he dotado con una rara inteligencia, y tal vez un atisbo de mi extravagante belleza, aunque tu pelo es un asco.

-Eso es porque he estado corriendo aterrada por los bosques y me oculté bajo un tronco podrido. Si lo deseas, puedes darme un peine mágico para que me ordene el cabello con un toque.

-Buena idea -dijo Twisk-. Lo encontrarás bajo la almohada cuando regreses a Sarris.

-¿Debo regresar a Sarris? -preguntó la azorada Madouc.

-¿Adonde si no? -replicó Twisk con impaciencia.

-Podríamos vivir juntas en un bonito castillo de nuestra propiedad, tal vez junto al mar.

-Eso no sería práctico. Estás cómodamente instalada en Sarris. Pero recuérdalo: nadie debe saber de nuestro encuentro... y mucho menos el rey Casmir.

-¿Por qué? Aunque no tenía intenciones de contárselo.

-Es una historia complicada. Él sabe que no eres su nieta, pero, a pesar de sus intentos, jamás logró identificar al verdadero hijo de Suldrun. Si lo supiera (y sería capaz de arrancarte la verdad por la fuerza), enviaría asesinos en su búsqueda, y Dhrun moriría pronto.

Madouc hizo un mueca.

-¿Por qué cometería un acto tan terrible?

-A causa de una predicción relacionada con el primogénito de Suldrun, que le causa pavor. Sólo el sacerdote Umphred sabe el secreto, y lo guarda muy bien, al menos por el momento. Bien, Madouc, aunque ha sido una ocasión interesante...

-¡Aún no! ¡Hay mucho de qué hablar! ¿Nos encontraremos pronto de nuevo?

Twisk se encogió de hombros con indiferencia.

-Yo vivo en un flujo constante; no puedo hacer planes fijos.

-Yo no sé si vivo en un flujo o no -dijo Madouc-. Sólo sé que Devonet y Chlodys me llaman «bastarda» e insisten en que carezco de linaje.

-En cierto sentido dicen la verdad, aunque con cierta grosería.

-Eso sospechaba -dijo reflexivamente Madouc-. Aun así, me gustaría saber el nombre de mi padre y todos los detalles de su personalidad y condición.

Twisk rió.

-Planteas una adivinanza que soy incapaz de resolver.

-¿No recuerdas su nombre? -dijo Madouc, pasmada.

-No.

-¿Ni su rango? ¿Ni su raza? ¿Ni su aspecto?

-El episodio ocurrió hace mucho tiempo. No puedo recordar cada pequeño detalle de mi vida.

-Aun así, ya que era mi padre, debía de ser un caballero de rango, con un largo y fino linaje.

-No recuerdo a semejante individuo.

-Parece, pues, que ni siquiera puedo afirmar que soy una bastarda de alta cuna.

Twisk estaba harta del tema.

-Afirma lo que gustes. Nadie puede desmentirte, ni siquiera yo. En todo caso, bastarda o no, aún se te considera la princesa Madouc de Lyonesse. ¡Una condición envidiable!

Madouc vio un destello verde y azul por el rabillo del ojo.

-Zocco ha regresado.

Zocco comunicó sus hallazgos.

-Ningún cadáver apareció, y consideré que el asunto estaba poco claro. Marchando al este por la Calle Vieja, descubrí a dos pillos a caballo. El gordo Sammikin montaba un bayo alto como la joroba de un camello. Ossip Piernas Largas cabalgaba en un pony manchado, arrastrando los pies por el suelo.

-¡Ay, pobre Tyfer! -exclamó Madouc.

-¿Y cómo resolviste el caso? -preguntó Twisk.

-Los caballos están atados en la dehesa. Los pillos corren por el monte Lanklyn perseguidos por osos.

-Tal vez deberías haber convertido a Sammikin en sapo y a Ossip en salamandra -dijo Twisk-. Por mi parte, ya habría verificado con mayor cuidado la muerte de Pymfyd, aunque sólo fuera para poder presenciar el prodigio de un cadáver ambulante.

-Tal vez no haya muerto -sugirió Madouc.

-Es posible, desde luego -dijo Twisk.

-Si él quería que lo consideraran muerto, debió quedarse donde estaba -gruñó Zocco.

-En efecto -dijo Twisk-. Ahora puedes irte. En el futuro, no intentes más trucos arteros con mi joven e inocente hija.

-Es joven, pero dudo que sea tan inocente -gruñó Zocco-. De cualquier modo, me despido. -Zocco pareció caer de la piedra y desapareció.

-Zocco no es tan malo, para ser un wefkin -dijo Twisk-. Pues bien, el tiempo apremia. Ha sido un placer verte después de tantos años, pero...

-¡Espera! -exclamó Madouc-. ¡Aún no sé nada de mi padre ni de mi linaje!

-Reflexionaré sobre el asunto. Mientras tanto...

-¡Aún no, querida madre! ¡Necesito tu ayuda en otros pequeños asuntos!

-Bien, bien -dijo Twisk-. ¿Cuáles son tus necesidades?

-Quizá Pymfyd esté herido y enfermo. Dame algo para curarlo.

-Eso es sencillo. -Twisk cogió una hoja de laurel y escupió delicadamente en el centro. Plegó la hoja, se la llevó a la frente, la nariz y la barbilla y se la dio a Madouc-. Frota con esto las heridas de Pymfyd, y obtendrás su pronta recuperación. ¿Algo más? En caso contrario...

-¡Hay algo más! ¿Puedo usar el truco del cosquilleo con la dama Desdea? ¡Podría saltar a tal altura como para causar una situación embarazosa, e incluso lastimarse!

-Tienes un corazón tierno -dijo Twisk-. En cuanto al cosquilleo, debes aprender a mesurar la delicadeza del gesto y el impulso de la barbilla. Con la práctica, controlarás la fuerza del salto hasta alcanzar la altura deseada. ¿Qué más?

Madouc caviló.

-Quisiera una vara para hacer transformaciones, un gorro de la invisibilidad, pantuflas ligeras para caminar por el aire, una bolsa de la abundancia, un talismán para lograr el amor de todos, un espejo...

-¡Basta! -exclamó Twisk-. ¡Tus necesidades son excesivas!

-Nada cuesta preguntar -dijo Madouc-. ¿Cuándo te veré de nuevo?

-Si es necesario, ven a Thnpsey Shee.

-¿Cómo hallaré ese lugar?

-Ve por la Calle Vieja hasta Pequeña Saffield. Vira al norte por el camino de Timble, atraviesa primero Tawn Timble y luego Glymwode, que está al lado del bosque. Enfila hacia el camino del Bamboleo, que conduce al prado de Thnpsey. Llega al mediodía, pero nunca de noche, por diversas razones. Detente en la linde del prado y repite suavemente mi nombre, tres veces, y yo iré. Si intentan molestarte, grita: «¡No

me molestéis, por la ley de las hadas!» -Sería más cómodo si te llamara con la flauta de hierba -sugirió esperanzadamente Madouc.

-Más cómodo para ti, no necesariamente para mí. -Twisk se acercó para besar la frente de Madouc. Retrocedió sonriendo-. Me he portado mal, pero así es mi naturaleza, y no debes esperar nada mejor de mí.

Twisk se fue. Madouc, con un cosquilleo en la cabeza, se quedó sola en el claro. Miró el lugar donde antes estaba Twisk, dio media vuelta y se marchó también.

4

Madouc desando el camino y en el corral encontró a Tyfer y el bayo de Pymfyd atados al poste. Montó en Tyfer y cabalgó hacia la Calle Vieja llevando el bayo de la rienda.

Miró atentamente a ambos lados del camino, pero Pymfyd no aparecía por ninguna parte, ni vivo ni muerto. Madouc estaba angustiada y desconcertada. Si Pymfyd estaba vivo, ¿por qué lo había visto tan flojo y tieso en la zanja? Si estaba muerto, ¿por qué se había ido?

Echando cautas miradas a derecha e izquierda, Madouc cruzó la Calle Vieja y se internó en el camino de Fanship. Continuó hacia el sur, y pronto llegó a Sarns. Abatida, llevó los caballos a los establos, donde se aclaró el misterio de la desaparición de Pymfyd. El muchacho estaba sentado, desconsolado, junto a la pila de estiércol.

Al ver a Madouc, Pymfyd se levantó de un salto.

-¡Al fin te dignas aparecer! -exclamó-. ¿Qué te demoró tanto tiempo?

-Me retuvieron hechos que no pude controlar -respondió Madouc con altivez.

-¡Magnífico! -gruñó Pymfyd-. Entretanto yo esperando aquí, muerto de miedo. Si el rey Casmir hubiera regresado antes de tu retorno, yo estaría en la profundidad de una mazmorra.

-Pareces más preocupado por ti que por mí -se lamentó Madouc.

-¡En absoluto! Reflexioné acerca de tu probable destino, y no me alegró. ¿Qué te ocurrió exactamente?

Madouc no vio necesidad de describir detalladamente sus aventuras.

-Los salteadores me persiguieron hasta las profundidades del bosque. Los eludí, regresé a la Calle Vieja y volví aquí. En general, eso es lo que sucedió. -Se apeó y examinó a Pymfyd de pies a cabeza-. Pareces gozar de buena salud. Temí que hubieras muerto por el efecto de tantos crueles golpes.

-¡Ja! -dijo Pymfyd desdeñosamente-. ¡No soy tan fácil de abatir! Mi cabeza es dura.

-Considerando la situación, tu conducta no merece reproches. Peleaste bien.

-¡Es verdad! Pero no soy tonto. Cuando vi el cariz que cobraban las cosas, fingí la muerte.

-¿Tienes magulladuras? ¿Sientes dolor?

-No puedo negar algunas heridas y otros tantos dolores. ¡La cabeza me palpita como una gran campana!

-Acércate, Pymfyd. Trataré de aliviar tu sufrimiento.

-¿Qué piensas hacer? -preguntó Pymfyd con recelo.

-No es preciso hacer preguntas.

-Suelo ser cauto en materia de curaciones. No quiero purgantes ni enemas.

Madouc no le prestó atención.

-Ven aquí y muéstrame dónde te duele.

Pymfyd se acercó y mostró sus magulladuras de mala gana. Madouc aplicó la cataplasma que le había dado Twisk, y el dolor de Pymfyd desapareció al instante.

-Bien hecho -dijo Pymfyd a regañadientes-. ¿Dónde aprendiste ese truco?

-Es un arte natural -dijo Madouc-. También deseo elogiar tu valentía. Luchaste con empeño, y mereces un reconocimiento. -Buscó aquí y allá, pero no halló ningún utensilio adecuado salvo el rastrillo para estiércol-. Pymfyd, arrodíllate.

Una vez más Pymfyd la miró con perplejidad.

-¿Y ahora qué?

-¡Haz lo que digo! ¡Es mi real orden!

Pymfyd se encogió de hombros con fatalismo.

-Supongo que debo complacerte, aunque no veo las razones para tal humillación.

-¡Y deja de rezongar!

-¡Entonces apresúrate a terminar tu juego! Ya me siento ridículo.

Madouc cogió el rastrillo y lo alzó. Pymfyd lo esquivó y alzó el brazo por encima de la cabeza.

-¿Qué te propones?

-¡Paciencia, Pymfyd! ¡Esta herramienta simboliza una espada de buen acero! -Madouc apoyó el rastrillo en la cabeza de Pymfyd-. Por tu notable valor en el campo de batalla, te designo caballero Pom-Pom, y por ese título serás conocido de aquí en adelante. Levántate, caballero. ¡Ante mí, al menos, has demostrado tu temple!

Pymfyd se levantó, sonriendo con amargura.

-A los palafreneros les importará un rábano.

-¡No importa! Para mí eres ahora el caballero Pom-Pom.

El recién armado caballero se encogió de hombros.

-Al menos es un comienzo.

IV

1

Cuando Desdea supo que Madouc había regresado al establo de Sarris, se apostó en el vestíbulo con el propósito de interceptar a la díscola princesa.

Transcurrieron cinco minutos. Desdea esperaba con los ojos llameantes y los brazos cruzados, los dedos tamborileando contra los codos. Madouc, aturdida y fatigada, abrió la puerta y entró en el vestíbulo.

Se dirigió hacia el pasaje lateral sin mirar a su alrededor, sumida en sus pensamientos, ignorando a Desdea como si ésta no existiera.

Sonriendo con hosquedad, Desdea la llamó:

-¡Princesa Madouc! ¡Por favor, deseo hablar contigo!

Madouc se detuvo, encogiéndose de hombros. Se volvió de mala gana.

-Sí, Desdea. ¿Qué deseas?,.

Desdea habló con voz contenida.

-Primero, deseo hacer un comentario sobre tu conducta, la cual nos ha consternado a todos. Además, deseo informarte acerca de ciertos planes que se han trazado.

-Si estás cansada -dijo Madouc con voz casi suplicante-, no necesitas molestarte con el comentario. En cuanto a los planes, podemos conversar en otra ocasión.

La sonrisa de Desdea pareció congelarse en su rostro.

-Como desees, aunque el comentario es muy pertinente y los planes te atañen de manera directa e indirecta.

Madouc echó a andar.

-Un momento -la detuvo Desdea-. Sólo diré esto: el rey y la reina celebrarán el cumpleaños del príncipe Cassander con una imponente fiesta. Muchas personas importantes asistirán. Habrá una recepción formal, a la cual asistirás con el resto de la familia real.

-Bien, supongo que no tiene gran importancia -dijo Madouc, y de nuevo echó a andar.

La grave voz de la dama Desdea la detuvo nuevamente.

-Mientras tanto debes aprender las gracias sociales de costumbre, para que presentes tu mejor apariencia.

Madouc habló por encima del hombro.

-Tengo poco que aprender, pues todo lo que debo hacer es callar y asentir de vez en cuando.

-Hay mucho más que eso -dijo Desdea-. Mañana sabrás los detalles.

Madouc fingió no oírla y se encaminó hacia sus aposentos. Llegó hasta la cama y miró debajo de la almohada. ¿Qué hallaría allí? Despacio, con el temor de no encontrar nada, alzó la almohada y vio un pequeño peine de plata. Madouc chilló de alegría. Twisk no era una madre ideal, pero al menos estaba viva, y no muerta como la princesa Suldrun; y ella no estaba sola en el mundo, después de todo.

En la pared de la cómoda había un espejo de vidrio bizantino, que la reina Sollace había rechazado por hallarle defectos y distorsiones, pero que se había considerado adecuado para Madouc, quien en todo caso rara vez usaba espejo.

Madouc se plantó delante del espejo. Miró su reflejo y vio unos ojos azules bajo una desaliñada melena de rulos cobrizos.

-Mi pelo no es tan espantoso como dicen -dijo Madouc-. Quizá no esté dispuesto en forma pareja, pero no me agradaría de ese modo. Veamos qué ocurre.

Madouc se pasó el peine. Era un placer usarlo: se deslizaba entre los mechones sin tironear ni trabarse. Madouc estudió su reflejo. El cambio, sin ser drástico, era manifiesto. Los rulos eran ahora bucles suaves y se le acomodaban alrededor de la cara.

-Sin duda es una mejora -se dijo Madouc-. Especialmente si me ayuda a escapar del ridículo y las críticas. ¡Hoy ha sido un día lleno de novedades!

Por la mañana Madouc desayunó gachas y tocino hervido en un soleado cuartito contiguo a la cocina, sabiendo que allí no encontraría a Devonet ni a Chlodys.

Madouc decidió comer un melocotón y luego cogió un racimo de uvas. No se sorprendió cuando Desdea asomó por la puerta.

-Así que aquí es donde te ocultas.

-No me oculto -dijo fríamente Madouc-. Estoy desayunando.

-Ya veo. ¿Has terminado?

-No del todo. Todavía estoy comiendo uvas.

-Cuando hayas concluido, por favor ven a la sala matinal. Te aguardaré allí.

Madouc se levantó con resignación.

-Iré ahora.

En la sala matinal, Desdea señaló una silla.

-Puedes sentarte.

Madouc, recelosa del tono de Desdea, le dirigió una mirada huraña y se desplomó en la silla, estirando las piernas y dejando caer la barbilla sobre el pecho.

Desdea le echó una mirada reprobatoria.

-La reina -dijo- entiende que tu conducta es insatisfactoria. Estoy de acuerdo con ella.

Madouc torció la boca pero no dijo nada.

-La situación no es menor ni trivial -continuó Desdea-. De todos tus accesorios y pertenencias, lo más preciado es tu reputación. ¡Ah! -Desdea irguió la cara-. Hinchas los carrillos. Tienes dudas. ¡Sin embargo, estoy en lo cierto!

-Sí, Desdea.

-Como princesa de Lyonesse, eres una persona de importancia. Tu renombre, para bien o para mal, llega lejos y deprisa, como en alas de un pájaro. Por esa razón, siempre debes ser gentil, grácil y amable. Debes cultivar tu reputación como si fuera un bello jardín de fragantes flores.

-Tú puedes ayudar presentando buenos informes sobre mí.

-Primero debes cambiar tus costumbres, pues no tengo ganas de hacer el ridículo.

-En ese caso, sería mejor que te callaras.

Desdea dio dos pasos en una dirección, luego dos pasos en la otra. Deteniéndose, se encaró con Madouc una vez más.

-¿Deseas ser conocida como una joven y adorable princesa, célebre por su decoro, o como una picara sin principios, de cara sucia y rodillas nudosas?

Madouc reflexionó.

-¿No hay otras opciones?

-Estas bastarán por el momento.

Madouc lanzó un profundo suspiro.

-No me importa que me consideren una joven y adorable princesa mientras no deba actuar como tal.

Desdea sonrió sombríamente.

-Lamentablemente, eso es imposible. Nunca se te considerará algo que no eres. Como es esencial que durante la fiesta te presentes como una princesa grácil y virtuosa, debes actuar como tal. Como pareces ignorar esa habilidad, debes aprenderla. Según los deseos de la reina, no podrás montar a caballo, ni vagabundear por la campiña, ni nadar en el río, hasta después de la fiesta.

Madouc la miró con consternación.

-¿Qué haré de mi vida?

-Aprenderás las convenciones de la corte y el buen comportamiento, y tus lecciones comienzan a partir de ahora. Abandona esa postura desmañada y yérguete en la silla, con las manos entrelazadas sobre el regazo.

2

El príncipe Cassander cumplía dieciocho años, y la ocasión se celebraría con un festival con el que el rey Casmir se proponía superar todo lo que anteriormente hubiera alegrado el palacio de verano de Sarris.

Durante días llegaron carromatos de todas las procedencias, cargados con sacos, tiestos y cajas, bacías de pescado en salmuera; bastidores con salchichas, jamones y tocino; barriles de aceite, vino, sidra y cerveza; canastos cargados de cebollas, nabos, repollos, puerros; también paquetes de plantas, perejil, hierbas dulces y berro. Las cocinas trabajaban día y noche, y las estufas jamás se enfriaban. En el patio de servicio, cuatro hornos construidos para la ocasión cocían crujientes hogazas, panecillos de

azafrán, tartas de fruta, así como pasteles mechados de pasas, anís, miel y nueces, e incluso canela, nuez moscada y clavo de olor. Uno de los hornos sólo preparaba pasteles y tortas, rellenas de carne y puerros, o liebre condimentada y bañada en vino, o puerco con cebollas, o lucio con hinojo, o carpa en una salsa de eneldo, mantequilla y setas, u oveja con cebada y tomillo.

La noche anterior al cumpleaños de Cassander pusieron un par de bueyes a asar al fuego sobre dos gruesos espetones de hierro, junto con dos jabalíes y cuatro ovejas. Por la mañana añadirían doscientas aves, las cuales se sumarían al banquete que comenzaría al mediodía y continuaría hasta que el hambre de los presentes se hubiera saciado por completo.

Dos días antes de la celebración comenzaron a llegar notables a Sarris desde todos los puntos cardinales de Lyonesse: desde Blaloc, Pomperol y Dahaut, desde zonas tan lejanas como Aquitania, Armórica, Irlanda y Gales. Los señores y damas de mayor alcurnia se alojaban tanto en el ala este como en la oeste de Sarris; los que llegaban después o las gentes de menor jerarquía usaban agradables pabellones en el parque que daba al río. Varios dignatarios -barones, caballeros, mariscales, junto con sus esposas- tuvieron que contentarse con jergones y divanes en algunas salas y galerías de la finca. La mayoría de los notables partirían un día después del banquete, si bien algunos se quedarían para conferenciar con el rey Casmir sobre asuntos de estado. Poco antes del banquete, la familia real planeaba celebrar una recepción para saludar formalmente a sus huéspedes. La recepción comenzaría por la mañana y continuaría hasta el mediodía. Madouc había recibido aviso de que se requeriría su presencia, y había sido advertida de que sólo una conducta de lo más recatada resultaría adecuada para la ocasión.

Al atardecer del día anterior al evento, Desdea se presentó en la alcoba de Madouc, donde la instruyó sobre la conducta que se esperaba de ella. Al notar la indiferencia de Madouc, decidió sondearla.

-¡En esta ocasión no descuidaremos los pequeños detalles! Cada uno de ellos es importante. Si te dignas recordar a Euchdes, recordarás que la totalidad es la suma de las partes.

-Lo que digas. Ahora estoy cansada y me acostaré.

-¡Aún no! Es necesario que entiendas las razones de nuestra preocupación. Se han propagado rumores acerca de tu conducta revoltosa. Cada huésped te observará con mórbida fascinación, esperando alguna ocurrencia peculiar e incluso extravagante.

-Bah -masculló Madouc-. Pueden mirar cuanto quieran. Me da lo mismo. ¿Has terminado?

-¡Aún no! -exclamó Desdea-. Tu actitud dista de tranquilizarme. Además, habrá varios príncipes jóvenes entre los huéspedes. Muchos estarán ansiosos por concertar bodas convenientes.

Madouc bostezó.

-Me importa un rábano. Sus intrigas no me conciernen.

-Será mejor que te conciernan, y de veras. A cualquiera de esos príncipes le encantaría relacionarse con la casa real de Lyonesse. Te estudiarán con agudo interés, analizando tus posibilidades.

-Qué conducta tan vulgar -dijo Madouc.

-En absoluto. Es natural y correcta. ¡Desean hallar un buen partido! Por el momento eres demasiado joven para pensar en el matrimonio, pero los años vuelan y cuando llegue el momento de discutir tu compromiso, queremos que los príncipes te recuerden con aprobación. Eso permitirá al rey Casmir buscar el arreglo más conveniente.

-¡Por doquier tonterías y ridiculeces! -rezongó Madouc-. Si al rey Casmir le place tanto concertar matrimonios, que case a Devonet y Chlodys, o al príncipe Cassander, o a ti, llegado el caso. Pero no debe esperar que yo participe en las ceremonias.

-¡Tus réplicas son escandalosas! -exclamó Desdea con alarma. Trató de hallar las palabras-: No hablaré más. Ahora puedes acostarte. Sólo espero que seas más razonable por la mañana.

Madouc no se dignó responder y marchó en silencio a la cama.

Por la mañana llegó todo un contingente de criadas. Vertieron agua tibia en una gran tina de madera; fregaron a Madouc con jabón egipcio blanco, la enjuagaron con agua perfumada con bálsamo del antiguo Tingis, y le cepillaron el cabello hasta hacerlo brillar. Después ella se lo peinó con su propio peine, de modo que los rizos cobrizos se acomodaron del mejor modo. Le pusieron un vestido de linón azul con pliegues en el hombro y las mangas y listones blancos en la falda.

A su lado, Desdea la observaba con aire crítico. La vida en Sarns, pensaba, parecía sentarle bien a Madouc; a veces la mocosa se veía casi bonita, aunque la silueta y las largas piernas eran deplorablemente varoniles.

Madouc no estaba contenta con el vestido.

-Tiene demasiados pliegues y adornos.

-¡Tonterías! -dijo Desdea-. Realza tu pobre silueta. Deberías estar agradecida. Te sienta muy bien.

Madouc ignoró las observaciones. Mostró mal talante mientras le cepillaban el pelo de nuevo -«para asegurar una labor bien hecha», como puntualizó Desdea- y lo ceñían con una banda adornada con cabujones de lapislázuli.

Desdea impartió las últimas instrucciones.

-¡Encontrarás a muchos notables! Recuerda que debes conquistarlos con tu encanto, y ganarte una buena opinión, para que esos pérfidos y sigilosos rumores queden desmentidos de una vez por todas.

-No puedo lograr lo imposible -gruñó Madouc-. Si la gente desea pensar mal de mí, pensará mal aunque yo me arroje a sus pies e implore respeto y admiración.

-No será necesaria una conducta tan extrema -replicó Desdea-. Bastará con amabilidad y cortesía.

-¡Eso es como ponerle herraduras a una vaca! Siendo yo la princesa ellos deben suplicar mi buena opinión, no a la inversa. Eso es simple y razonable.

Desdea se negó a continuar con el tema.

-¡No importa! Pon atención cuando te presenten a los notables y salúdalos amablemente, por título y por nombre. Entonces te considerarán grácil y afable, y de inmediato dudarán de los rumores.

Madouc no respondió, y Desdea continuó con sus instrucciones:

-Siéntate bien; no te muevas ni te rasques, no tiembles ni te contorsiones. Mantén las rodillas unidas; no estires ni abras las piernas, no aflojes los músculos. Aprieta los codos contra el cuerpo, y no adoptes la posición de una gaviota planeando en el viento. Si ves a una persona conocida a lo lejos, no lances un grito estridente; eso no es adecuado. No te enjugues la nariz con el dorso de la mano. No hagas muecas ni infles los carrillos; no rías entre dientes, con o sin razón. ¿Recordarás todo esto?

Desdea aguardó una respuesta, pero Madouc sólo miraba el vacío. Desdea soltó una exclamación:

-¿Y bien, princesa Madouc? ¿Me das una respuesta?

-¡Desde luego! ¡Lo que quieras! ¡Di lo que tengas que decir!

-Ya he hablado bastante.

-Evidentemente, estaba pensando en otra cosa, y no te oí.

Desdea tintó y dijo con voz metálica:

-Ven. La recepción comenzará pronto. Por una vez en la vida, debes comportarte como se espera que lo haga una princesa real, para crear una buena impresión.

-No me entusiasma la idea de causar una buena impresión -replicó Madouc-. Alguien podría querer casarse conmigo.

Desdea resopló con sarcasmo. .

-Ven, nos esperan.

Desdea precedió la marcha por el pasillo hasta la galería principal y el gran salón. Madouc la seguía con un andar desmañado que la dama atribuyó a mera perversidad y decidió ignorar.

Los visitantes ya se habían reunido en el gran salón, donde aguardaban en grupos, saludando a conocidos, analizando a los recién llegados, inclinándose rígidamente ante los adversarios, ignorando a los enemigos. Cada cual vestía sus ropajes más espléndidos, con la esperanza de despertar respeto, admiración o envidia. Sedas y satenes giraban recibiendo el resplandor de la luz; la estancia se encontraba inundada de vivos colores, tan ricos que cada tonalidad irradiaba una vitalidad propia: lavanda, púrpura, negro; amarillo intenso y ocre; bermellón, escarlata, el rojo carmesí de la granada; toda clase de azules: celeste, esmalte, azul marino, el negro azulado del ala del escarabajo; todas las gamas del verde.

Inclinándose, asintiendo y sonriendo, Desdea condujo a Madouc hasta la tarima real, donde la esperaba un bonito trono de madera dorada y marfil, con un cojín de felpa roja en el asiento y el respaldo.

-Para tu información -le susurró Desdea-, el príncipe Bittern de Pomperol se presentará hoy[9], al igual que el príncipe Chalmes de Montferrone, el príncipe Garcelin de Aquitania y otros de alta cuna.

Madouc la miró con indiferencia.

[9] Bittern: «avetoro». La realeza de Pomperol usa nombres de aves; Kestrel (padre de Bittern) es el rey «cernícalo». (N. del T.)

-Como sabes, esas personas no me interesan.

Desdea sonrió hoscamente.

-Pero ellos te estudiarán, para medir tus encantos y averiguar tus dones. Observarán si tienes marcas de viruela o eres bizca, si eres hosca o rebelde, si tienes ampollas, orejas altas o frente baja, o si adoleces de deficiencia mental. Mantén la compostura y siéntate sin moverte.

Madouc frunció el ceño.

-No hay nadie en las cercanías. ¿Por qué debo sentarme aquí, como un pájaro en un poste? Es ridículo. Ese asiento parece incómodo. ¿Por qué no me dieron un buen cojín? El rey Casmir y la reina Sollace se sientan en mullidos almohadones. En mi asiento sólo hay un poco de paño rojo.

-No importa. Allí pondrás las asentaderas, no los ojos. ¡Siéntate!

-¡Es el trono más incómodo del mundo!

-Quizá. Aun así, no te retuerzas como si ya desearas ir al excusado.

-De hecho, eso deseo.

-¿Por qué no lo pensaste antes? No hay tiempo ahora. ¡El rey y la reina están entrando en la cámara!

-Puedes estar segura de que ellos sí se han descargado a gusto. Quiero hacer lo mismo. ¿No es mi privilegio como princesa?

-Supongo que sí. Apresúrate, pues.

Madouc se marchó sin prisa. Entretanto el rey y la rema recorrían el salón con lentitud, deteniéndose para cruzar algunas palabras con personajes merecedores de especial favor.

Madouc regresó al fin. Con una mirada de rencor hacia Desdea, ocupó el trono de madera y marfil donde se acomodó tras echar una mirada de resignación al cielo raso.

El rey y la rema ocuparon sus sitios; el príncipe Cassander apareció desde un flanco, luciendo una bonita chaqueta marrón, pantalones de sarga negra bordados con hebras de oro, una camisa de linón blanco. Atravesó el salón respondiendo a los saludos de amigos y conocidos con gestos elegantes y ocupó su lugar a la izquierda del rey Casmir.

Mungo de Hatch, el senescal, se adelantó. Un par de heraldos tocaron una breve fanfarria, el Apparens Rex, con los clarines, y se hizo el silencio.

Mungo se dirigió a los presentes con voz estentórea:

-¡Hablo en nombre de la familia real! ¡Os damos la bienvenida a Sarris! Nos alegra que podáis compartir con nosotros esta ocasión de regocijo. ¡Nuestro amado príncipe Cassander cumple hoy dieciocho años!

Madouc frunció el ceño y apoyó la barbilla en la clavícula. De repente miró a un lado y se topó con la mirada viperina de Desdea. Madouc suspiró y se encogió de hombros. Demostrando gran esfuerzo, se enderezó en la silla y se irguió.

Mungo concluyó el discurso, los heraldos tocaron otra breve fanfarria y se inició la recepción. A medida que avanzaban los huéspedes, Mungo anunciaba los

nombres y los títulos; las personas así identificadas presentaban sus respetos al príncipe Cassander, al rey Casmir, a la rema Sollace y luego, con menor reverencia, a la princesa Madouc, la cual respondía con opaca indiferencia, de una manera apenas aceptable para la reina Sollace y la dama Desdea.

Para Madouc la recepción duró una eternidad. La voz de Mungo se transformó en un bordoneo; los caballeros y damas que desfilaban ante ella empezaban a parecer todos iguales. Por último, para divertirse, Madouc se dedicó a comparar a cada recién llegado con una bestia o pájaro, de modo que tal caballero era el senescal Buey y tal otro el señor Comadreja, mientras allá estaba la dama Avefría y la dama Herrerillo. De pronto Madouc miró a la derecha y se topó con la mirada penetrante de la dama Cuervo, y a la izquierda vio sentada a la reina Vaca.

El juego perdió interés. A Madouc empezaban a dolerle las caderas; se movió hacia un costado, luego hacia el otro, luego se hundió en las profundidades del trono. Entrevio la mirada vigilante de Desdea, y por un instante observó sus furiosas indicaciones con tranquilo asombro. Por último, con un lánguido suspiro, Madouc se irguió de nuevo.

Sin nada mejor que hacer, Madouc escudriñó el salón, preguntándose cuál de aquellos caballeros sería el príncipe Bittern de Pomperol, cuya buena opinión Desdea consideraba tan necesaria. Tal vez ya se había presentado sin que ella lo notara. Era posible. En tal caso, no había logrado seducir al príncipe Bittern ni granjearse su admiración.

Junto a la pared había tres jóvenes, todos evidentemente de alta alcurnia, que conversaban con un caballero de aspecto llamativo aunque, a juzgar por ciertos indicios, de poco rango. Era alto y enjuto, con unos rizos cortos de un tono polvoriento enmarcando una cara larga y extraña. Los ojos grises y brillantes revelaban vitalidad; la boca ancha parecía reprimir una mueca de íntima diversión. La vestimenta parecía deslucida para la ocasión y, a pesar de su aparente falta de rango, no mostraba la menor deferencia por la noble compañía en que se encontraba. Madouc lo miró con aprobación. Parecía que él y los tres jóvenes acababan de llegar, y aún llevaban los ropajes con los que habían viajado. Por la edad, podían ser los príncipes que había mencionado Desdea. Uno era flaco y desmañado, con pelo amarillo y desgreñado, larga y pálida barbilla, y una nariz melancólica y curva. ¿El príncipe Bittern? En aquel momento el joven se volvió para echar una mirada furtiva a Madouc, quien frunció el ceño, molesta de que la sorprendieran mirando en esa dirección.

El flujo de la multitud que desfilaba iba disminuyendo; los tres jóvenes se adelantaron para que los presentaran. Mungo anunció al primero de los tres y el pesimismo de Madouc quedó justificado. Con sonoro acento, Mungo declaró:

-¡Nos honra la presencia del gallardo príncipe Bittern de Pomperol!

El príncipe Bittern, en un intento de camaradería juvenil, saludó al príncipe Cassander con una débil sonrisa y una seña jocosa. El príncipe Cassander enarcó las cejas, y tras una cortés inclinación de cabeza preguntó cómo había sido el viaje desde Pomperol.

-¡Muy agradable! -declaró el príncipe Bittern-. ¡Muy agradable! Chalmes y yo tuvimos compañeros imprevistos durante el trayecto. ¡Ambos excelentes!

-Ya me di cuenta de que habías venido acompañado.

-¡En efecto! ¡Lo pasamos muy bien!

-Confío en que continúes divirtiéndote.

-¡Ya lo creo! ¡La hospitalidad de tu casa es famosa!

-Es agradable oírlo.

Bittern se acercó al rey Casmir, mientras Cassander acogía al príncipe Chalmes de Montferrone.

El rey Casmir y la reina Sollace saludaron grácilmente al príncipe Bittern, quien luego se aproximó a Madouc con mal disimulada curiosidad. Por un instante se quedó tieso, sin saber en qué tono hablarle.

Madouc lo miró inexpresivamente. Al fin el príncipe hizo una reverencia, combinando una desganada galantería con una airosa condescendencia. Como Madouc tenía la mitad de su edad y apenas entraba en la adolescencia, cierta arrogancia burlona parecía apropiada.

Madouc no quedó complacida ni impresionada por las maneras del príncipe Bittern, y no respondió a sus vagas humoradas. Él saludó una vez más y se alejó deprisa.

Lo siguió el príncipe Chalmes de Montferrone, un joven fornido y bajo, con pelo tosco, lacio y negro como el hollín, y una tez surcada de pozos y lunares. El príncipe Chalmes no era mucho más atractivo que el príncipe Bittern.

Madouc miró al tercero del grupo, que ahora presentaba sus respetos a la reina Sollace. Absorta en Bittern y Chalmes, Madouc no había prestado atención al anuncio de Mungo; creía reconocer a ese joven; estaba segura de haberlo visto antes en alguna parte. Era de estatura mayor que la regular, parecía ágil y aplomado, membrudo más que musculoso, con hombros cuadrados y flancos angostos. El pelo castaño dorado y corto le caía sobre la frente y las orejas, y los ojos eran de color gris azulado; no sólo era apuesto sino agradable. A Madouc le gustó de inmediato. Si éste hubiera sido el príncipe Bittern, la perspectiva del matrimonio no habría parecido tan trágica. No agradable, desde luego, pero al menos concebible.

-¿No me recuerdas? -preguntó el joven, con un tono de reproche.

-Sí -dijo Madouc-. Pero no me acuerdo de cuándo o dónde. Dime.

-Nos conocimos en Domreis. Yo soy Dhrun.

3

La tranquilidad había llegado a las Islas Elder. De este a oeste, de norte a sur, en las numerosas islas -al cabo de turbulentos siglos de invasiones, incursiones, sitios, traiciones, rencillas, rapiñas, incendios y asesinatos- las ciudades, las costas y la campiña gozaban de la paz.

Dos zonas aisladas constituían casos especiales. La primera era Wysrod, donde las ineptas tropas del rey Audry recorrían húmedos valles y patrullaban pedregosos eriales en sus esfuerzos para derrotar a los toscos e insolentes celtas, quienes se burlaban desde las alturas y se desplazaban como espectros entre las brumas invernales. El segundo de estos lugares eran las tierras altas de Ulflandia del Norte y del Sur,

donde el renegado ska Torqual y su banda de facinerosos cometían atroces crímenes cuando les venía en gana.

Por lo demás, los ocho reinos disfrutaban al menos de una amistad aparente. Sin embargo, pocas personas consideraban que esa paz fuera firme y duradera. El pesimismo general se basaba en el conocido propósito del rey Casmir de devolver al trono Evandig y a la Mesa Redonda, Cairbra an Meadhan -también llamada la Tabla de los Notables- su legítimo emplazamiento en el Viejo Salón de Haidion. Las ambiciones del rey Casmir llegaban más lejos: se proponía gobernar todas las Islas Elder.

Los planes de Casmir eran claros y casi explícitos. Se internaría en Dahaut con la esperanza de obtener una victoria rápida, fácil y decisiva sobre las debilitadas fuerzas del rey Audry. Luego uniría los recursos de Dahaut a los propios y se encargaría del rey Aillas.

Pero Casmir encontró un obstáculo en la política del rey Aillas, cuya competencia el rey lionesio había llegado a respetar. Aillas sabía que la seguridad de su propio reino -que ahora comprendía Troicinet, la isla de Scola, Dascinet, Ulflandia del Norte y del Sur- dependía de la existencia separada de Dahaut y Lyonesse. Además, había insinuado que en caso de guerra respaldaría de inmediato a la víctima del ataque, de manera que el agresor fuera inexorablemente derrotado y su reino destruido.

Casmir, adoptando una actitud de plácida indiferencia, seguía aumentando sus preparativos: reforzaba sus ejércitos, apuntalaba sus fortalezas y establecía puestos de avituallamiento en puntos estratégicos. Peor aún, gradualmente comenzó a concentrar su poder en las provincias del nordeste de Lyonesse, aunque el proceso era tan manifiesto que no se podía considerar una provocación.

Aillas seguía estas maniobras con malos presentimientos. No se hacía ilusiones en cuanto al rey Casmir y sus objetivos: primero, buscaría la lealtad de Pomperol y Blaloc mediante una alianza, facilitada por un matrimonio real o quizá por la mera intimidación. Mediante un proceso similar había absorbido el viejo reino de Caduz, ahora una provincia de Lyonesse.

Aillas decidió contrarrestar la temible presión de Casmir. Con tal finalidad, envió al príncipe Dhrun, con una escolta adecuada, a Falu Ffail, en Avallon; posteriormente, a conferenciar con el beodo rey Milo en Twissamy de Blaloc, y por último a la corte del rey Kestrel en Gargano de Pomperol. Dhrun llevaba siempre el mismo mensaje, confirmando que el rey Aillas deseaba la continuación de la paz y prometiendo plena asistencia en caso de ataque externo. Para que la declaración no pareciera provocativa, Dhrun tenía instrucciones de hacer el mismo ofrecimiento al rey Casmir de Lyonesse.

Dhrun había recibido la invitación al cumpleaños del príncipe Cassander y había enviado una aceptación condicional. Como su misión concluyó con prontitud, Dhrun se encontró con tiempo sobrado para viajar a Sarris.

El viaje lo llevó por el camino de Icnield hasta la ciudad de Tatwillow, en la Calle Vieja; allí se despidió de su escolta, que continuaría hasta Slute Skeme y zarparía hacia Dorareis atravesando el Lir. Acompañado por su escudero Amery, Dhrun cabalgó hacia el oeste hasta llegar a Tawn Twillet. Dejando a Amery en la posada, cabalgó en dirección norte por el camino de Twamble, internándose en el Bosque de Tantrevalles. Poco después llegó al prado de Lally, donde Trilda, la morada del mago Shimrod, se levantaba en medio de un florido jardín.

Dhrun desmontó ante el portón que daba al jardín. Reinaba el silencio en Trilda; sin embargo, el humo de la chimenea indicaba que Shimrod estaba en casa. Dhrun tiró de una cadena, provocando un campanilleo que resonó en las profundidades de la residencia.

Pasó un minuto. Mientras esperaba, Dhrun admiró el jardín, sabiendo que un par de duendes lo cuidaban durante la noche.

Se abrió la puerta y apareció Shimrod. Recibió a Dhrun con afecto y lo condujo al interior. Shimrod se disponía a marcharse de Trilda, y convino en acompañar a Dhrun hasta Sarris y luego seguir viaje a la ciudad de Lyonesse. A partir de allí cada cual seguiría su camino: Dhrun cruzaría el Lir para ir a Dorareis, Shimrod iría a Swer Smod, el castillo de Murgen, sobre la pedregosa ladera del Teach tac Teach.

Pasaron tres días, y llegó el momento de marcharse de Trilda. Shimrod apostó criaturas guardianas para que protegieran su residencia de los merodeadores, y luego él y Dhrun se alejaron por el bosque.

En Tawn Twillet se cruzaron con otro grupo que se dirigía a Sarris, integrado por el príncipe Bittern de Pomperol y el príncipe Chalmes de Montferrone, con sus respectivas escoltas. Dhrun, su escudero Amery y Shimrod se unieron a ellos y todos continuaron el viaje juntos.

Poco después de su llegada a Sarris, fueron conducidos al gran salón para la recepción. Se apostaron en un costado, aguardando una oportunidad de acercarse al trono. Dhrun tuvo ocasión de estudiar a la familia real, pues hacía años que no la veía.

El rey Casmir había cambiado poco; era tal como Dhrun lo recordaba: corpulento, enérgico, con unos ojos azules y redondos tan glaciales y esquivos como si fueran de vidrio. La reina Sollace parecía una estatua opulenta, un poco más robusta de lo que Dhrun la recordaba. La tez aún era blanca como mantequilla; el pelo, recogido sobre la coronilla, era un pliegue de oro pálido. El príncipe Cassander se había convertido en un joven impetuoso: vanidoso, pagado de sí mismo, tal vez un poco arrogante. Había cambiado poco; los rizos eran broncíneos como siempre; los ojos eran redondos como los de Casmir, un poco juntos y algo despectivos.

En el extremo de la tarima estaba sentada la princesa Madouc, aburrida, distante y hosca, con evidentes ansias de estar en otra parte. Dhrun la estudió un instante, preguntándose cuánto sabría acerca de su nacimiento. Tal vez nada. ¿Quién podía informarle? No Casmir, por cierto. Allí estaba Madouc, pues, ignorando que por sus venas circulaba sangre de hadas, diferenciándola claramente del resto de la familia real. Era una criaturilla fascinante, y bastante agraciada.

Cuando la multitud empezó a disminuir ante la tarima, los tres príncipes fueron a presentarse ante sus anfitriones. Cassander acogió a Dhrun con cierta altanería, pero sin hostilidad.

-¡Dhrun, mi buen amigo! ¡Me alegra verte aquí! Debemos tener una buena charla antes que termine el día, o al menos antes de que te marches.

-Esperaré impaciente la ocasión -dijo Dhrun.

El rey Casmir fue más reservado, incluso algo sardónico.

-He recibido informes acerca de tus viajes. Parece que te has convertido en diplomático a muy temprana edad.

-¡No creas, majestad! Soy sólo el mensajero del rey Aillas, quien te profesa los mismos sentimientos que ha demostrado a los demás soberanos de las Islas Elder. Te desea que reines largo tiempo y que disfrutes de la paz y prosperidad que ahora nos complace a todos. Declara que si eres atacado o invadido en forma traicionera, y corres peligro, acudirá en tu ayuda con todo el poderío de sus reinos unidos.

Casmir cabeceó lacónicamente.

-¡Generosa oferta! ¿Pero ha tenido en cuenta todas las contingencias? ¿No teme que un compromiso tan amplio pueda resultar demasiado ambicioso, o hasta peligroso?

-Él cree que cuando los gobernantes que aman la paz se unen con firmeza contra una amenaza de agresión, garantizan su propia seguridad, y que el peligro está en cualquier otro rumbo. ¿Acaso podría ser de otra manera?

-¿No es obvio? No hay modo de predecir el futuro. Tal vez algún día el rey Aillas deba realizar excursiones mucho más peligrosas de las que ahora prevé.

-Sin duda eso es posible, majestad. Comunicaré tu preocupación al rey Aillas. Por el momento, sólo podemos esperar que lo contrario sea lo más probable, y que nuestro ofrecimiento contribuya a mantener la paz en las Islas Elder.

-¿Qué es la paz? -dijo secamente el rey Casmir-. Pon tres espetones de hierro uno sobre otro, punta sobre punta; en la parte superior, coloca un huevo, para que también se balancee en el aire, y he ahí la condición de paz en este mundo de hombres.

Dhrun hizo otra reverencia y se acercó a la reina Sollace. La reina le concedió una vaga sonrisa y un gesto lánguido.

-En vista de tus importantes menesteres, habíamos renunciado a la esperanza de verte.

-Hice lo posible por llegar a tiempo, majestad. No me agradaría perderme una ocasión tan festiva.

-¡Deberías visitarnos con mayor frecuencia! A fin de cuentas, tú y Cassander tenéis mucho en común.

-Es verdad, majestad. Trataré de seguir tu sugerencia.

Dhrun se inclinó y continuó hacia el costado, donde se encontró frente a Madouc. Ella lo miró con expresión adusta.

-¿No me recuerdas? -dijo Dhrun, en tono de reproche.

-Sí. Pero no me acuerdo de cuándo o dónde. Dime.

-Nos conocimos en Domreis. Yo soy Dhrun.

El rostro de Madouc se iluminó.

-¡Claro! ¡Eras más pequeño!

-Y también tú. Mucho más pequeña.

Madouc echó una rápida ojeada a la reina Sollace. La reina, reclinada en el trono, cuchicheaba con el padre Umphred.

-Nos conocimos incluso antes, hace mucho tiempo, en el Bosque de Tantrevalles. ¡En aquella época teníamos la misma edad! ¿Qué piensas de eso? -dijo Madouc.

Dhrun la miró sorprendido. Al fin, tratando de dominar la voz, atinó a articular:

-No recuerdo ese encuentro.

-Supongo que no. Fue muy breve. Probablemente apenas nos miramos.

Dhrun hizo una mueca. No era tema para tratar a tan poca distancia del rey Casmir.

-¿Cómo tuviste esta extraña ocurrencia? -articuló al fin.

Madouc sonrió, obviamente divertida por la turbación de Dhrun.

-Mi madre me lo contó. Puedes quedarte tranquilo. También me dijo que debo conservar el secreto.

Dhrun suspiró. Madouc sabía la verdad. Pero ¿cuánto sabía?

-Sea como fuere -dijo-, no podemos hablar aquí.

-Mi madre dijo que él... -señaló a Casmir con la cabeza- te mataría si lo supiera. ¿Opinas lo mismo?

Dhrun miró de soslayo a Casmir.

-No lo sé. No podemos hablar de ello ahora.

Madouc cabeceó distraídamente.

-Como quieras. Dime una cosa. Allá veo a un alto caballero con una capa verde. Al igual que tú, me parece conocido, como si lo hubiera visto alguna vez. Pero no recuerdo la ocasión.

-El es Shimrod el mago. Sin duda lo recuerdas del castillo Miraldra, cuando me conociste a mí.

-Tiene un rostro muy divertido. Creo que me cae bien.

-¡Sin duda! Es un hombre excelente. -Dhrun miró hacia el costado-. Debo continuar. Otros aguardan para saludarte.

-Aún tenemos un par de segundos -dijo Madouc-. ¿Hablarás conmigo después?

-¡Cuando gustes!

Madouc echó una ojeada a Desdea.

-Lo que me gusta no es lo que ellos desean. Se supone que debo estar en exhibición, y causar una buena impresión, especialmente al príncipe Bittern, el príncipe Chalmes y todos aquellos que procuran estimar mi valor como cónyuge. -Madouc habló con amargura y precipitación-. ¡No me gusta ninguno de ellos! El príncipe Bittern tiene cara de pescado. El príncipe Chalmes se pavonea y se rasca las pulgas. El príncipe Garcelin mueve su fofo vientre al caminar. El príncipe Dildreth de Man tiene una boca diminuta con enormes labios rojos y mala dentadura. El príncipe Morleduc de Ting tiene llagas en el cuello y ojillos pequeños; creo que tiene mal temperamento, pero quizá sea porque tiene llagas en otras partes, y le duelen cuando se sienta. El duque Ccnac de Knook es amarillo como un tártaro. El duque Femus de Galway tiene la voz rugiente y la barba gris, y dice que desea desposarme inmediatamente. -Madouc miró a Dhrun con tristeza-. ¿Te ríes de mí?

-¿Todas las personas que conoces son tan desagradables?

-No todas.

-¿Pero el príncipe Dhrun es el peor?

Madouc apretó los labios en una sonrisa.

-No es tan gordo como Garcelin, es más vivaz que Bittern, no tiene la barba gris como el duque Femus, y no ruge; y su ánimo parece mejor que el del príncipe Morleduc.

-Porque no tengo llagas en las posaderas.

-Aun así, el príncipe Dhrun no es el peor de todos. -Por el rabillo del ojo, Madouc notó que la reina Sollace había vuelto la cabeza y escuchaba atentamente la conversación. El padre Umphred sonreía y asentía como si estuviera disfrutando de una broma privada.

Madouc irguió la cabeza altivamente y se volvió hacia Dhrun.

-Espero que tengamos ocasión de hablar de nuevo.

-Me aseguraré de que así sea.

Dhrun se reunió con Shimrod.

-Pues bien, ¿cómo fue todo? -preguntó Shimrod.

-Hemos concluido las formalidades -dijo Dhrun-. Felicité a Cassander, advertí al rey Casmir, adulé a la reina Sollace y conversé con la princesa Madouc, quien es por cierto la más simpática de todos, y además dice cosas muy provocativas.

-Te observé con admiración -dijo Shimrod-. Te has portado como un diplomático consumado. Un actor experto no lo habría hecho mejor.

-No te sientas excluido. Aún tienes tiempo de presentarte. Madouc tiene especial interés en conocerte.

-¿De veras? ¿No te lo estarás inventando?

-¡En absoluto! Incluso desde esta distancia te encuentra divertido.

-¿Y eso es un cumplido?

-Lo tomé por tal, aunque admito que el humor de Madouc es un tanto rebuscado e imprevisto. Mencionó, sin inmutarse, que ella y yo nos habíamos encontrado antes, en el Bosque de Tantrevalles. Luego se quedó sonriendo como un trasgo travieso ante mi estupefacción.

-¡Asombroso! ¿Dónde obtuvo esa información?

-Las circunstancias no me resultan muy claras. Al parecer ha visitado el bosque y ha conocido a su madre, la cual le dio los principales detalles.

-Esto no me agrada. Si ella es tan indiscreta como parece ser la madre, y deja que el rey Casmir se entere, tu vida correrá peligro. Debemos lograr que Madouc guarde silencio.

Dhrun miró dubitativamente a Madouc, que ahora charlaba con el duque Cypris de Skroy y su esposa, la duquesa Pargot.

-No es tan frívola como aparenta, y estoy seguro de que no me delatará al rey Casmir.

-Aun así, la pondré sobre aviso. -Shimrod observó a Madouc un instante-. Se las apaña con gracia con esos dos viejos personajes, que parecen bastante cargantes.

-Sospecho que los rumores que corren sobre ella son bastante inexactos.

-Eso parece. Me resulta muy atractiva, aun a esta distancia.

-Algún día -dijo reflexivamente Dhrun-, un hombre escrutará profundamente esos ojos azules y allí se ahogará, sin posibilidad de rescate.

El duque y la duquesa de Skroy continuaron su camino. Madouc, notando que hablaban de ella, se irguió en el trono de madera y marfil con tanta elegancia como hubiera exigido Desdea. Había causado una impresión favorable en el duque Cypris y la duquesa Pargot, quienes hicieron comentarios favorables sobre ella a sus amigos Uls de Glyvern Ware y su esposa Elsiflor.

-¡Han circulado tantos rumores sobre Madouc! -declaró la duquesa Pargot-. Dicen que es corrosiva como el vinagre viejo y salvaje como un león. Yo digo que esos informes son maliciosos o exagerados.

-En efecto -afirmó el duque Cypris-. Yo la encontré tan púdicamente inocente como una florecilla.

-Su cabello es como una cascada de cobre brillante -continuó la duquesa-. ¡Es realmente atractiva!

-Aun así, es una muchacha delgada -señaló Uls-. Es ventajoso y adecuado que una mujer tenga la amplitud necesaria.

El duque Cypris asintió con aire de experto.

-Un erudito moro ha elaborado la fórmula exacta, aunque no recuerdo las cifras: tantas pulgadas cuadradas de piel por tantos palmos de altura. El efecto debe ser imponente pero no expansivo ni rotundo.

-Lo imagino. Eso sería llevar la doctrina demasiado lejos.

Elsiflor dio un resoplido de desaprobación.

-Yo no consentiría que un moro midiera la superficie de mi piel, por larga que fuera su barba, ni que midiera mi talla en palmos, como si yo fuera una yegua.

-¿No hay cierta falta de dignidad en esa exposición? -preguntó plañideramente la duquesa Pargot.

Elsiflor convino con ella.

-En cuanto a la princesa, dudo de que alguna vez se adapte al ideal morisco. Salvo por su bonito rostro, podría pasar por un muchacho.

-¡Todo a su tiempo! -declaró Uls-. Todavía es joven.

La duquesa Pargot miró de soslayo al rey Casmir, con el que no simpatizaba.

-De todos modos, ya le están buscando partido. Me parece muy prematuro.

-Es sólo una exhibición -declaró audazmente Uls-. Ponen la carnada en el anzuelo y arrojan el sedal para ver qué pez picará.

Los heraldos tocaron la fanfarria de seis notas Recedens Rex. El rey Casmir y la reina Sollace se pusieron en pie y se retiraron del salón, con el fin de vestirse para el banquete. Madouc trató de escabullirse, pero Devonet se interpuso.

-¿Qué tal, princesa Madouc? ¿Nos sentaremos juntas en el banquete?

Desdea intervino.

-Se han hecho otros planes. ¡Ven, alteza! Debes refrescarte y ponerte tu bonito vestido de jardín.

-Así estoy bien -gruñó Madouc-. No necesito cambiarme.

-Tus opiniones son irrelevantes en esta ocasión, pues se oponen a los deseos de la reina.

-¿Por qué insiste ella en tales ridiculeces y derroches? Gastaré estas ropas de tanto ponérmelas y quitármelas.

-La reina tiene óptimas razones para tomar sus decisiones. Ven.

Madouc permitió a regañadientes que le quitaran el vestido azul y le pusieran un traje que -tuvo que admitir con desgana- le sentaba igualmente bien: una blusa blanca con cintas marrones en los codos; un corpiño de terciopelo negro con una doble hilera de medallones de plata en el pecho; una falda plisada de un color broncíneo similar al de sus rizos, aunque menos intenso.

Desdea la llevó a los aposentos de la reina, donde aguardaron a que Sollace terminara de cambiarse. Luego el grupo enfiló hacia el parque sur seguido discretamente por Devonet y Chlodys. Allí, a la sombra de tres enormes y viejos robles, y a poca distancia del plácido Glame, había sido dispuesta una generosa colación sobre una larga mesa de caballetes. En el parque había mesillas con manteles, cestos de fruta, jarras de vino, así como platos, copas, cuencos y cubiertos. Tres docenas de camareros vestidos de librea color lavanda y verde aguardaban en sus puestos, rígidos como centinelas, esperando la señal del senescal Mungo. Entretanto, los huéspedes aguardaban la llegada de la familia real.

Los llamativos trajes presentaban un magnífico espectáculo sobre el verde del parque y contra el soleado azul del cielo. Había azules claros y oscuros, desde el lapislázuli hasta el turquesa; púrpura, magenta y verde; naranja amarronado, tostado, pardo y fucsia; ocre, el amarillo del narciso, rosados, escarlatas y rojos. Había faldas y vestidos plisados de fina seda blanca, o de linón egipcio; los elegantes sombreros lucían numerosas alas, curvas, niveles y penachos. Desdea llevaba un discreto vestido gris con florecillas rojas y negras bordadas. Cuando la familia real llegó al parque, la dama aprovechó la oportunidad para hablar con la reina Sollace, la cual impartió instrucciones a las que la primera accedió con una reverencia. Se volvió para hablar con Madouc, y descubrió que Madouc se había esfumado.

Desdea soltó una exclamación y llamó a Devonet.

-¿Dónde está la princesa Madouc? Hace un instante estaba junto a mí. Se ha escabullido como una comadreja a través del seto.

Devonet respondió con desdén:

-Sin duda ha ido al excusado.

-¡Ah! ¡Siempre a la hora más inoportuna!

-Dijo que hacía dos horas que necesitaba ir -continuó Devonet.

Desdea frunció el ceño. La actitud de Devonet era demasiado arrogante.

-Al margen de todo -replicó-, la princesa Madouc es una querida integrante de la familia real. ¡Debemos cuidarnos de no ser irrespetuosas!

-Yo sólo dije la verdad -respondió sumisamente Devonet.

-De acuerdo. Pero, aun así, espero que no olvides mi observación.

Desdea se alejó y se apostó en un lugar desde el que pudiera interceptar a Madouc en cuanto regresara de su visita al palacio.

Pasaron los minutos y Desdea se impacientó. ¿Dónde estaba aquella mocosa perversa? ¿Qué estaba tramando?

El rey Casmir y la reina Sollace se acomodaron ante la mesa real; el senescal hizo una seña al camarero mayor, que batió las palmas. Los huéspedes que aún estaban de pie se sentaron en el sitio más conveniente, en compañía de parientes o amigos, o con otras personas con las que simpatizaban. Los sirvientes, por parejas, iban de aquí para allá con fuentes y trinchantes, uno para llevar, otro para servir.

Contrariamente a las intenciones de la reina Sollace, el príncipe Bittern escoltaba a la joven duquesa Clavessa Montfoy de Sansiverre, un pequeño reino al norte de Aquitania. La duquesa lucía un deslumbrante vestido escarlata, bordado con pavos reales negros, rojos y verdes, que le sentaba admirablemente. Era una joven alta y vivaz, de exuberante melena negra, flamígeros ojos del mismo color y un porte que despertaba el entusiasmo del príncipe.

La reina Sollace observó con frío desdén. Había planeado que Bittern se sentara con la princesa Madouc, para que la conociera mejor. Evidentemente sus planes no iban a cumplirse, y Sollace dirigió una húmeda mirada de reproche a Desdea, urgiéndola a vigilar con mayor atención el palacio de Sarris. ¿Por qué se demoraba tanto la princesa?

En realidad, Madouc no se había demorado un solo instante. En cuanto Desdea le dio la espalda, se escabulló para ir adonde estaban Dhrun y Shimrod, detrás de unos alejados robles. La llegada de Madouc los tomó por sorpresa.

-Vienes a nosotros sin ceremonias ni anuncios -indicó Dhrun-. Por suerte no estábamos intercambiando secretos.

-Procuré acercarme con sigilo -dijo Madouc-. Al fin estoy libre, hasta que alguien me encuentre. -Se paró junto al roble-. Ni siquiera ahora estoy a salvo. La dama Desdea puede ver a través de paredes de piedra.

-En ese caso, te presentaré a mi amigo Shimrod -dijo Dhrun-. El también ve a través de paredes de piedra.

Madouc hizo una púdica reverencia, y Shimrod respondió:

-Es un placer conocerte. ¡No me presentan princesas todos los días!

Madouc hizo una mueca.

-Preferiría ser maga y ver a través de las paredes. ¿Es difícil de aprender?

-Bastante, pero mucho depende del discípulo. He tratado de enseñar un par de trucos a Dhrun, pero sin mayor éxito.

-Mi mente no es flexible -dijo Dhrun-. No puedo con tantos pensamientos al mismo tiempo.

-Pues así es la magia, por suerte -dijo Shimrod-. De lo contrario, todos serían magos y el mundo sería un sitio extraordinario.

Madouc reflexionó.

-A veces creo que tengo hasta diecisiete pensamientos al mismo tiempo.

-¡Excelente! -dijo Shimrod-. En ocasiones Murgen llega a pensar trece o catorce, pero después cae presa del sopor.

Madouc lo miró con tristeza.

-Te burlas de mí.

-¡Jamás me atrevería a burlarme de una princesa! ¡Sería una impertinencia!

-A nadie le importaría. Soy princesa sólo porque Casmir montó esta farsa... y sólo para poder casarme con el príncipe Bittern o alguien parecido.

Dhrun echó una ojeada al parque.

-Bittern es inconstante, y no sería buen partido. Ahora dirige su atención hacia otra dama. Por el momento estás a salvo.

-Debo hacerte una advertencia -dijo Shimrod-. Casmir sabe que no eres hija de él, pero ignora el paradero del verdadero hijo de Suldrun. Si tuviera apenas una sospecha, Dhrun correría grave peligro.

Madouc miró hacia el árbol bajo el cual se hallaba el rey Casmir, Ccnac de Knook y Lodweg de Cucaña.

-Mi madre me hizo la misma advertencia. No os preocupéis; el secreto está a salvo.

-¿Cómo te reuniste con tu madre?

-Me interné en el bosque, donde me topé con un wefkin llamado Zocco, quien me enseñó a llamar a mi madre, y eso hice.

-¿Ella acudió?

-Al instante. Al principio no le hizo mucha gracia pero al final decidió enorgullecerse de mí. Es bella, aunque un poco despectiva. Y considero que fue una caprichosa al entregar a una hija encantadora como si fuera una salchicha... especialmente cuando esa encantadora hija era yo. Cuando lo saqué a colación, ella pareció más divertida que arrepentida, y pretextó que yo era propensa a las rabietas, lo cual había hecho el canje aconsejable.

-¿Pero has superado esas rabietas?

-Oh, claro que sí.

Shimrod reflexionó sobre el asunto.

-Es imposible adivinar los pensamientos de un hada. Yo lo intenté y fracasé; es más fácil coger mercurio entre los dedos.

-Los magos deben reunirse a menudo con las hadas -señaló Madouc-, pues ambos son expertos en magia.

Shimrod sacudió la cabeza sonriendo.

-Usamos diferentes magias. Cuando recorrí el mundo por primera vez, esas criaturas eran nuevas para mí. Me agradaban sus travesuras y sus caprichos. Ahora soy un poco más maduro y ya no intento descifrar la lógica de las hadas. Algún día, si lo deseas, te explicaré la diferencia entre la magia de las hadas y la magia de los sandestines. La segunda es la que usan la mayoría de los magos.

-Vaya -dijo Madouc-, pensé que la magia era magia, y que eso era todo.

-Pues no. A veces la magia simple parece difícil y la magia difícil parece simple. Es muy complicado. Por ejemplo, a tus pies veo tres dientes de león. Coge sus bonitos capullos.

Madouc se agachó para recoger los tres capullos amarillos.

-Sostenlos con las manos -dijo Shimrod-. Ahora acércate las manos al rostro y bésate ambos pulgares.

Madouc se llevó las manos al rostro y se besó los pulgares. Al instante los blandos capullos se endurecieron.

-¡Oh! ¡Han cambiado! ¿Puedo mirar?

-Puedes mirar.

Madouc, abriendo las manos, descubrió tres gruesas monedas de oro.

-¡Qué truco tan bueno! ¿Puedo hacerlo yo?

Shimrod meneó la cabeza.

-No por ahora. No es tan sencillo como parece. Pero puedes quedarte con el oro.

-Gracias -dijo Madouc. Inspeccionó las monedas con cierto recelo-. Si yo tratara de gastar las monedas, ¿ se transformarían de nuevo enflores?

-Si las hadas hubieran obrado esta magia, quizá sí, quizá no. Por la magia de los sandestines, tus monedas son de oro y seguirán siendo de oro. En realidad, un sandestín probablemente las habría robado de la caja de caudales del rey Casmir, para ahorrarse el esfuerzo.

Madouc sonrió.

-Ansío más que nunca aprender estas habilidades. No tiene sentido pedirle a mi madre, pues no tiene paciencia. Le pregunté por mi padre, pero ella afirmó que no sabía nada, ni siquiera el nombre.

-Tu madre parece un poco arrogante, o tal vez distraída.

Madouc suspiró con tristeza.

-Distraída o algo peor. Y yo sigo sin poder exhibir linaje alguno, ni largo ni corto.

-A menudo las hadas son descuidadas en cuanto a sus conexiones -murmuró Shimrod-. Es una lástima.

-En efecto. Mis doncellas me llaman «bastarda» -dijo Madouc con amargura-. Yo no puedo menos que reírme de su ignorancia, pues se refieren a un padre equivocado.

-Esa conducta es grosera -dijo Shimrod-. Pensé que la reina Sollace la desaprobaría.

Madouc se encogió de hombros.

-En estos casos, administro mi propia justicia. Esta noche, Chlodys y Devonet hallarán sapos y tortugas en sus lechos.

-La pena es justa, y parece persuasiva.

-Tienen mentes débiles -dijo Madouc-. Rehúsan aprender, y mañana oiré de nuevo la misma letanía. En cuanto pueda averiguaré mi linaje, no importa cuál sea.

-¿Dónde lo buscarás? -preguntó Dhrun-. Las pruebas deben de ser escasas o inexistentes.

-No he meditado sobre el asunto -dijo Madouc-. Tal vez recurra de nuevo a mi madre, con la esperanza de estimular su memoria. Si todo lo demás falla... -Madouc calló de golpe-. ¡Chlodys me ha visto! ¡Mirad cómo corre a llevar la noticia!

Dhrun frunció el ceño.

-Tu presente compañía no es necesariamente objeto de escándalo.

-¡No importa! Desean que seduzca al príncipe Bittern, o quizás al príncipe Garcelin, que está allí sentado, royendo una pata de cerdo.

-El remedio es sencillo -dijo Shimrod-. Sentémonos a una mesa y royamos patas de cerdo. Se lo pensarán antes de interrumpir una reunión.

-Vale la pena intentarlo -dijo Madouc-. Pero yo no roeré patas de cerdo. Prefiero faisán asado untado con mantequilla.

-Estoy de acuerdo -dijo Dhrun-. Con puerros y pan.

-Pues bien, comamos -dijo Shimrod.

Los tres se sentaron a una mesa a la sombra del roble, y los camareros trajeron grandes fuentes de plata.

Entretanto Desdea había ido a consultar a la reina Sollace. Las dos celebraron una apresurada conferencia, después de la cual Desdea se encaminó hacia la mesa donde Madouc comía con Dhrun y Shimrod. Se detuvo frente a Madouc y habló con una voz cuidadosamente controlada:

-Alteza, debo informarte que el príncipe Bittern ha suplicado que le hagas el honor de comer en su compañía. La reina desea que accedas a esta petición y de inmediato.

-Debes de estar equivocada -respondió Madouc-. El príncipe Bittern está absolutamente fascinado por esa dama alta de nariz larga.

-Ésa es la distinguida duquesa Clavessa Montfoy. Sin embargo, te aclaro que el príncipe Cassander la ha persuadido para dar una vuelta por el río antes de continuar con el banquete. El príncipe Bittern está solo ahora.

Madouc se volvió para mirar. En efecto, el príncipe Cassander y la duquesa Clavessa caminaban hacia el muelle, donde tres bateas flotaban a la sombra de un sauce llorón. La duquesa Clavessa, aunque sorprendida por la propuesta del príncipe Cassander, continuaba exhibiendo su efervescencia habitual y parloteaba sin cesar. El príncipe Cassander, menos efusivo, se conducía con urbanidad pero sin entusiasmo. En cuanto al príncipe Bittern, seguía con la mirada a la duquesa Clavessa, boquiabierto y apesadumbrado.

-Como ves -dijo Desdea-, el príncipe Bittern aguarda tu presencia con ansiedad.

-¡Te equivocas! Está ansioso por reunirse con Cassander y la duquesa en el río.

Los ojos de Desdea relumbraron.

-¡Debes obedecer a la rema! Ella cree que tu lugar está al lado del príncipe Bittern.

Dhrun habló con voz glacial.

-Pareces insinuar que la princesa se encuentra ahora en compañía impropia o indigna. Si continúas con semejante descortesía, protestaré ante el rey Casmir, y le pediré que dé cuenta de lo que me parece un grosero atentado contra la etiqueta.

Desdea parpadeó y retrocedió. Hizo una rígida reverencia.

-Claro que no me proponía ser descortés. Soy sólo un instrumento de los deseos de la reina.

-La reina, entonces, debe de estar en un error. La princesa no desea privarnos de su compañía, y parece encontrarse a sus anchas. ¿Por qué crear una situación incómoda?

Desdea no pudo continuar. Se marchó con una reverencia.

Madouc la siguió con ojos abatidos.

-Se vengará... me hará bordar y bordar durante horas. -Madouc miró pensativa a Shimrod-. ¿Puedes enseñarme a transformar a Desdea en un búho, tan sólo por un par de días?

-Las transformaciones son complicadas -dijo Shimrod-. Cada paso es crítico. Bastaría un error en una sola sílaba para que Desdea se transformara en una arpía o un ogro y pusiera en peligro a toda la campiña. Debes postergar las transformaciones hasta que poseas mayor experiencia.

-Tengo talento para la magia, según dice mi madre. Ella me enseñó el «Cosquilleo-Salto-del-Trasgo», para ahuyentar a bandidos y patanes.

-No conozco ese sortilegio -dijo Shimrod-. Al menos, no por ese nombre.

-Es bastante sencillo. -Madouc miró en torno.

Cerca del muelle estaba el príncipe Cassander, ofreciendo un asiento en la batea a la duquesa Clavessa con un comentario galante. Madouc unió el pulgar y el índice, murmuró «¡Fwip!» e irguió la barbilla. El príncipe Cassander gritó alarmado y saltó al río.

-Ése es el método de baja intensidad o baja eficacia -dijo Madouc-. Hay otras dos intensidades más notables. Zocco el wefkin saltó un metro y medio en el aire.

-Buena técnica -dijo Shimrod-. Es limpia, rápida y efectiva. Evidentemente no has usado el «Cosquilleo» contra Desdea.

-No. Parece un poco extremo, y no quiero que salte más de la cuenta.

-Déjame pensar -dijo Shimrod-. Existe un efecto menor conocido como el «Siseo», que también tiene tres gradaciones: el «Subsurrus», el «Común» y el «Colmillo Parlanchín».

-Me gustaría aprenderlo.

-El truco es rotundo pero sutil. Debes susurrar el activador, schkt, y luego señalar con el meñique, de esta manera, y luego sisear suavemente... así.

Madouc se contorsionó, castañeteando los dientes.

-¡Ay! -exclamó.

-Ésa es la primera intensidad -dijo Shimrod-, el «Subsurrus». Como has notado el efecto es fugaz. Para mayor fuerza, se usa el «Común», con un doble susurro: Sss-sss. El tercer nivel es el «Colmillo Parlanchín», donde el activador se usa dos veces.

-¿Y con tres siseos y tres activadores? -preguntó Madouc.

-Nada. El efecto se satura. Di el activador, si deseas, pero no sisees, pues podrías sorprender a alguna persona desprevenida.

-Schkt-dijo Madouc-. ¿Es correcto?

-Andas cerca. Prueba de nuevo, así: Schkt.

-Schkt.

-Exacto, pero ahora debes practicar hasta que se transforme en segunda naturaleza.

-Schkt. Schkt. Schkt.

-¡Muy bien! No sisees por favor.

El príncipe Cassander caminaba con aire abatido hacia Sarns. Entretanto la duquesa Clavessa se había reunido nuevamente con el príncipe Bittern, y habían reanudado la conversación.

-Todo salió bien -dijo Shimrod-. Y he aquí al camarero con una fuente de faisanes asados. Es un magia culinaria con la cual no puedo competir. Camarero, ten la bondad de servirnos a todos, y no escatimes nada.

4

La celebración había terminado y Sarris estaba nuevamente en paz. En opinión del rey Casmir, el acontecimiento había salido bastante bien. Había agasajado a sus huéspedes con una generosidad que, aunque no alcanzaba la liberal extravagancia del rey Audry, bastaría para disipar su reputación de tacañería.

La jovialidad y la camaradería habían reinado durante la fiesta, salvo por la caída de Cassander en el río. Se habían dicho pocas frases hirientes, y no se habían producido rencillas entre viejos enemigos ni episodios que provocaran nuevos rencores. Entretanto, dada la insistencia de Casmir en la informalidad, las cuestiones de precedencia -que a menudo causaban embarazosas disputas- se habían evitado.

Algunas decepciones empañaban la satisfacción general. La reina Sollace había solicitado que el padre Umphred bendijera el banquete. El rey Casmir, que detestaba al sacerdote, no quiso saber nada y la reina sufrió uno de sus arrebatos de furia. La princesa Madouc no había contribuido a animarla, sino todo lo contrario. Hacía tiempo que planeaba que Madouc se mostrara como una doncella dócil y simpática que inevitablemente se transformaría en una adorable damisela, célebre por su encanto, decoro y afabilidad. Madouc, aunque razonablemente cortés, o en el peor de los casos,

indiferente ante los huéspedes más maduros, presentaba otra versión de sí misma ante los jóvenes notables que acudían a estudiar sus atributos, y se mostraba irresponsable, perversa, elusiva, sarcástica, obstinada, arrogante, adusta e hiriente hasta el punto de resultar ofensiva. El ya cuestionable talante de Morleduc no mejoró cuando Madouc le preguntó inocentemente si tenía llagas por todo el cuerpo. Cuando el vanidoso Blaise de Benwick, Armórica[10], se presentó ante Madouc, la miró con frío distanciamiento y comentó: «Debo decir, princesa, que no pareces la brújula díscola que sugiere tu reputación», Madouc respondió con su voz más sedosa: «Me alegra oírlo. Tú tampoco pareces un petimetre perfumado como algunos te describen, pues tu olor no es ciertamente a perfume.» Blaise hizo una lacónica reverencia y se marchó. Y así ocurrió con todos los demás, excepto con el príncipe Dhrun, lo cual no agradó al rey Casmir. Una relación así no favorecía sus proyectos, a menos que convenciera a Madouc para que le transmitiera los secretos de estado de Troicinet. El rey Casmir no tomó muy en serio esta idea.

En cuanto tuvo oportunidad, Desdea expresó a Madouc su insatisfacción.

-Todos están sumamente contrariados contigo.

-¿Qué sucede esta vez? -preguntó Madouc con aire inocente.

-¡Vamos, jovencita! -ladró Desdea-. Ignoraste nuestros planes y frustraste nuestros deseos; mis precisas instrucciones fueron sólo un zumbido de insecto. -Desdea se irguió amenazadoramente.- He consultado a la reina. Ha decidido que tu conducta exige una corrección y desea que yo haga uso de mi juicio en este asunto.

-No es preciso que te fatigues -dijo Madouc-. La celebración ha terminado; los príncipes han regresado a casa y mi reputación está a salvo.

-Pero es una reputación poco conveniente. En consecuencia, deberás duplicar tus lecciones durante el resto del verano. Además, no podrás montar a tu caballo, ni siquiera acercarte al establo. ¿Está claro?

-Muy claro -dijo Madouc.

-Puedes reanudar tus labores en este instante -dijo Desdea-. Creo que hallarás a Devonet y Chlodys en la sala.

Las lluvias llegaron a Sarris y cayeron durante tres días. Madouc se resignó al horario impuesto por Desdea, que no sólo incluía interminables horas de tejido, sino insoportables lecciones de baile. En la tarde del tercer día gruesos nubarrones cruzaron el cielo, trayendo otra noche de lluvia. Por la mañana las nubes desaparecieron y el sol despuntó en un mundo lozano y risueño, fragante con el olor a follaje húmedo.

Desdea fue al pequeño refectorio donde Madouc solía desayunar, pero sólo encontró a Devonet y Chlodys. Ninguna de ellas había visto a Madouc. «Qué raro», pensó Desdea. ¿La princesa estaría todavía en la cama, tal vez enferma? ¿Habría ido temprano al conservatorio, para tomar su lección de baile?

Desdea fue a investigar, y encontró a maese Jocelyn sentado junto a la ventana mientras los cuatro músicos, tocando el laúd, la zampona, los tamboriles y la flauta, ensayaban melodías de su repertorio.

[10] Blaise se transformaría eventualmente en Glahan de Benwick, quien a la vez engendraría a uno de los mejores paladines del rey Arturo, Lanzarote del Lago. También asistió a la celebración Garstang de Twanbow, cuyo hijo engendraría a otro de los más íntimos camaradas de Arturo, Tristam de Lyonesse.

Jocelyn se encogió de hombros cuando Desdea preguntó por Madouc.

-Y si estuviera aquí, ¿en qué cambiaría las cosas? No le interesa lo que le enseño; patina y salta, brinca sobre una pierna como un ave. Le pregunto si danzará así en el gran baile. Y ella responde: «No me agrada este pavoneo idiota. Dudo que esté presente.» Desdea se alejó mascullando entre dientes. Salió a investigar la terraza, a tiempo para descubrir a Madouc orgullosamente encaramada en el pescante de un carro tirado por Tyfer, que trotaba briosamente en el prado.

Desdea gritó espantada y envió a un lacayo a perseguir el carro para traer a la princesa rebelde de vuelta a Sarris.

El carro regresó poco después. Madouc estaba alicaída y Tyfer avanzaba al paso.

-Ten la bondad de apearte -dijo Desdea.

Madouc, con expresión resentida, saltó al suelo.

-Bien, alteza. Se te prohibió expresamente que usaras tu caballo o te acercaras al establo.

-¡No fue eso lo que dijiste! -protestó Madouc-. Me dijiste que no debía montar mi caballo, y no lo estoy haciendo. Llamé al palafrenero Pymfyd y le pedí que trajera el carro, de modo que ni siquiera me acerqué al establo.

A Desdea le temblaron los labios.

-¡Muy bien! Repetiré la orden con otras palabras. Se te prohibe usar tu caballo, o cualquier otro caballo, o cualquier otra bestia, sea vaca, cabra, oveja, perro o buey, o cualquier otro medio de propulsión, en cualquier clase de vehículo o medio de transporte, incluidos carros, carruajes, carromatos, botes, trineos, palanquines y literas. Creo que eso define el alcance de la orden de la reina. Segundo, al evadir la orden de la reina, también descuidaste tus lecciones. ¿Qué respondes a esto?

Madouc hizo un gesto desafiante.

-Hoy la lluvia cesó y el mundo brilla, y preferí salir al aire fresco en vez de quemarme las pestañas con Herodoto o Junifer Algo, o practicar caligrafía o pincharme los dedos al tejer.

Desdea dio media vuelta.

-No discutiré contigo acerca de las relativas virtudes del aprendizaje frente a las de la vagancia. Se hará lo que se deba hacer.

Tres días después, la turbada Desdea se presentó ante la reina Sollace.

-Pongo todo mi empeño, pero no logro nada con la princesa Madouc.

-¡No te dejes desalentar! -dijo la reina.

Una criada trajo una fuente de plata con doce higos maduros. Apoyó la fuente en un taburete.

-¿Los mondo, majestad?

-Por favor.

Desdea habló con voz más aguda.

-Si no fuera irrespetuoso, diría que la princesa es una pelirroja insolente que necesita una buena tunda.

-Sin duda es una niña difícil. Pero continúa como hasta ahora, y no toleres desobediencias. -La reina Sollace probó un higo y alzó las cejas con satisfacción-. ¡He aquí la perfección!

-Otra cosa -dijo Desdea-. Está ocurriendo algo muy extraño, y deseo llamarte la atención sobre ello.

La reina suspiró y se reclinó en el diván.

-¿No puedes ahorrarme estas intrincadas complejidades? A veces, querida Ottile, a pesar de tus buenas intenciones, eres insoportable.

Desdea habría llorado de frustración.

-¡Pues es mucho más insoportable para mí! ¡Estoy desconcertada! ¡Nunca he afrontado tales circunstancias!

La criada entregó a Sollace otro higo rechoncho.

-¿Porqué?

-Te contaré las cosas tal como sucedieron. Hace tres días tuve razones para regañar a la princesa por rehuir sus labores. Ella ni se inmutó. Parecía más pensativa que arrepentida. Cuando me di la vuelta, una rara sensación me recorrió cada fibra del cuerpo. La piel me cosquilleaba como si me hubieran azotado con ortigas. Luces azules relampagueaban ante mis ojos. Los dientes me castañeteaban como si nunca fueran a quedarse quietos. ¡Te aseguro que fue alarmante!

La reina Sollace, masticando el higo, estudió la queja de la dama Desdea.

-Qué raro. ¿Nunca tuviste otro ataque similar?

-¡Nunca! Pero hay algo más. Al mismo tiempo creí oír un ligero susurro de la princesa. Un siseo casi inaudible.

-Habrá sido una expresión de sobresalto o sorpresa -sugirió la reina.

-Tal vez. Citaré otro incidente que ocurrió ayer por la mañana, cuando la princesa Madouc desayunaba con Devonet y Chlodys. Hubo un intercambio de réplicas y las risitas habituales. Devonet alzó la jarra de la leche para servirse en el cuenco. Ante mi azoramiento, la mano le tembló y Devonet se vertió leche en el cuello y el pecho, agitando los dientes como castañuelas. Finalmente soltó la jarra y se marchó a la carrera. La seguí para averiguar la causa de sus extrañas convulsiones. Devonet declaró que la princesa Madouc la había obligado a cometer ese acto mediante un suave siseo. Según Devonet, no hubo ninguna provocación. Me informó: «Sólo dije que, aunque los bastardos orinaran en bacías de plata, aún carecían de lo más valioso, un buen linaje.» Pregunté: «¿Y luego qué?» «Y luego cogí la jarra de leche; la alcé y me la derramé por encima, mientras Madouc sonreía y siseaba.» Y eso es lo que le sucedió a Devonet.

La reina Sollace se chupó los dedos y se los enjugó con una servilleta de damasco.

-A mí me suena a mero descuido -dijo-. Devonet debe aprender a asir la jarra con mayor firmeza.

Desdea resopló con desdén.

-¿Y la enigmática sonrisa de la princesa?

-Tal vez se divertía. ¿No es posible?

-Sí. Es posible. Pero, por favor, escucha esto. Como castigo, impuse a la princesa lecciones dobles de ortografía, gramática, tejido y danzas; le di a leer textos especiales sobre genealogía y astronomía, y las geometrías de Aristarco, Candesces y Euclides. También le impuse la lectura de obras de Matreo, Orgon Photis, Junifer Algo, Pañis el Jónico, Dalziel de Avallon, Ovidio y un par más.

La reina Sollace meneó la cabeza divertida.

-Junifer siempre me aburrió, y jamás pude descifrar a Euclides.

-Sin duda, majestad, tú prestabas más atención a tus lecciones; se nota en tu conversación.

Sollace paseó la vista por la habitación, y no respondió hasta haber engullido otro higo.

-Bien, ¿qué pasa con las lecturas?

-Encargué a Chlodys que vigilara a Madouc mientras leía, para cerciorarme de que le dieran los textos adecuados. Esta mañana Chlodys tendió la mano para coger un volumen de Dalziel del anaquel y sufrió un espasmo que la hizo arrojar el libro por los aires mientras le castañeteaban los dientes. Acudió a mí para quejarse. Llevé a la princesa Madouc a su lección de danza. Los músicos tocaron una bonita melodía; maese Jocelyn quiso mostrar el paso que deseaba enseñar a la princesa. En lugar de eso, brincó un metro y medio en el aire, agitando los pies y estirando los dedos como un salvaje.

Cuando finalmente volvió al suelo, Madouc dijo que no le interesaba aprender ese paso. Me preguntó si yo deseaba hacer una demostración, pero algo en su sonrisa me disuadió. Ahora estoy fuera de mis cabales.

La reina Sollace aceptó otro higo.

-Esto será todo. Estoy casi ahíta de estos frutos maravillosos. ¡Son dulces como la miel! -Se volvió hacia Desdea-. Continúa como antes. No puedo ofrecerte mejor consejo.

-¡Pero has oído los problemas!

-Podría ser coincidencia, imaginación, histeria. No podemos permitir que ese tonto pánico afecte de alguna manera nuestras decisiones.

Desdea protestó de nuevo, pero la reina alzó la mano.

-¡Ni una palabra más! Ya estoy harta de oírte.

Los perezosos días del verano terminaron: frescos amaneceres de prados cubiertos de rocío y trinos en el aire; brillantes mañanas y doradas tardes, seguidas por ocasos anaranjados, amarillos y rojos; el azulado crepúsculo y las noches cuajadas de estrellas, con Vega en su cénit, Antares al sur, Altair al este y Spica declinando en el oeste.

Desdea había descubierto un modo conveniente de tratar con Madouc después de su frustrante entrevista con la reina. Hablaba con voz monótona, asignando lecciones y estableciendo el horario, y luego partía con un gesto desdeñoso y la espalda rígida y se olvidaba de Madouc y sus progresos. Madouc aceptó el sistema y leía sólo lo que le interesaba.

Desdea, a su vez, descubrió que la vida era más tolerable. La reina se contentaba con no tener más noticias sobre las transgresiones de Madouc, y en sus conversaciones con Desdea evitaba toda alusión a la princesa.

Al cabo de una semana de relativa placidez, Madouc mencionó delicadamente que Tyfer necesitaba ejercicio.

-La prohibición no es orden mía sino de la reina -dijo Desdea-. No puedo otorgarte autorización. Si montas a caballo, te expones al enfado de la reina. Pero eso no es cosa mía.

-Gracias -dijo Madouc-. Temí que te negaras.

-¡Ja! ¿Para qué golpearme la cabeza contra una roca? -Desdea iba a marcharse, pero se detuvo-. Cuéntame: ¿dónde aprendiste ese truco oprobioso?

-¿El «Siseo»? Me lo enseñó Shimrod el Mago, para que pudiera defenderme de los déspotas.

Desdea se marchó con un rezongo despectivo. Madouc se dirigió de inmediato al establo, donde ordenó al caballero Pom-Pom que ensillara a Tyfer y se preparase para una excursión por la campiña.

V

1

Shimrod cabalgó en compañía de Dhrun hacia la ciudad de Lyonesse, donde Dhrun y Amery embarcaron en un barco troicino con rumbo a Dorareis. Shimrod observó desde el muelle hasta que las velas leonadas desaparecieron tras el horizonte. Entonces se dirigió a una posada cercana y se sentó a la sombra de una parra. Mientras disfrutaba de un plato de salchichas con un pichel de cerveza, caviló sobre los días venideros y lo que podían depararle.

Había llegado el momento de encaminarse a Swer Smod, para conferenciar con Murgen y aprender lo que fuera preciso. La perspectiva no era alentadora. La melancólica disposición de Murgen congeniaba con la atmósfera sombría de Swer Smod; su amarga sonrisa era tan habitual en él como la frivolidad en otros hombres. Shimrod sabía qué le esperaba en Swer Smod, y se preparó para ello; si se hubiera topado con un buen talante y un ánimo festivo, habría dudado de la cordura de Murgen.

2

Shimrod se alejó de la parra y fue hasta un puesto de pan donde compró dos tortas de miel, cada cual en su respectivo cesto de juncos. Una de las tortas estaba mechada con pasas, la otra envuelta en nueces. Shimrod cogió las tortas y se dirigió a la parte trasera del puesto. El panadero, seguro de que Shimrod había ido a orinar, corrió a amonestarlo:

-¡Un momento, amigo! ¡Ve a otra parte a hacer tus necesidades! No quiero ese tufo en el aire, es mala publicidad. -Se detuvo, mirando a derecha e izquierda-. ¿Dónde estás amigo?

Oyó un murmullo, un gemido, una ráfaga de viento. Un borrón se elevó en el aire y se perdió de vista, pero Shimrod no estaba en ninguna parte.

El panadero regresó despacio a su puesto pero no refirió a nadie el episodio, por temor a que lo acusaran de tener demasiada imaginación.

Shimrod se posó sobre una pedregosa meseta en las laderas del Teach tac Teach. El paisaje del este se perdía bajo el Bosque de Tantrevalles hasta el límite de la visión. Las murallas de Swer Smod se erguían a sus espaldas; un conjunto de formas macizas y rectangulares se entrecruzaban y superponían. Tres torres de altura desigual sobresalían como centinelas oteando el paisaje.

Una muralla de más de dos metros de altura detuvo la marcha de Shimrod. Del portal colgaba un letrero que no había visto antes. Símbolos negros comunicaban una intimidatoria admonición:

¡ATENCIÓN! ¡INTRUSOS! ¡SALTEADORES! ¡TODOS LOS DEMÁS!
¡AVANZAR ES ARRIESGADO!

Si no podéis leer estas palabras, gritad «¡KLARO!»
y el letrero leerá el mensaje en voz alta.

¡NO PROSIGÁIS, BAJO PELIGRO DE MUERTE!
En caso de necesidad, consultad a Shimrod el Mago
en su residencia de Trilda,
en el Bosque de Tantrevalles.

Shimrod se detuvo en el portal y examinó el patio interior. Nada había cambiado desde su última visita. Aún montaban guardia los dos grifos: Vus, con manchas verdes, y Vuwas, marrón rojizo, con el color de la sangre vieja o el hígado crudo. Ambos tenían dos metros y medio de altura, con torsos macizos cubiertos con placas córneas. Vus exhibía una cresta de seis pinchos negros, a los que, en su vanidad, había añadido varias medallas y emblemas.

Vuwas llevaba, sobre la coronilla y la nuca, un rígido cepillo de fibras rojizas. Para no ser superado por Vus, había adornado con varias perlas sus espinas. Vus y Vuwas estaban sentados junto a la garita, encaramados sobre un ajedrez forjado en hierro negro y hueso. Las piezas, de cuatro pulgadas de altura, gritaban mientras se movían, con desdén, alarma, cólera o aprobación. Los grifos no prestaban atención a los comentarios y continuaban con el juego.

Shimrod empujó el portón de hierro y entró en el patio. Los grifos miraron furiosos por encima de los hombros dentados. Cada uno ordenó al otro que se levantara para matar a Shimrod. Ambos vacilaron.

-¿Me tomas por tonto? -preguntó Vuwas-. En mi ausencia, harías tres movimientos ilícitos y sin duda insultarías a mis piezas. Tú debes cumplir con tu deber, y al instante.

-¡Yo no! -exclamó el verde Vus-. Tus comentarios sólo delatan lo que tú mismo tienes en mente. Mientras yo matara a ese idiota de cara ovina, tú empujarías a mi damisela al limbo y arrinconarías a mi cerbero.

Vuwas se dirigió a Shimrod por encima del hombro.

-Lárgate. Es más simple para todos. Nosotros nos evitamos la molestia de matarte, y tú no tendrás que preocuparte de dejar tus asuntos en orden.

-Imposible -di) o Shimrod-. Me trae una cuestión importante. ¿No me reconocéis? Soy Shimrod, el vástago de Murgen.

-No recordamos nada -gruñó Vuwas-. Todos los mortales se parecen.

Vus señaló el suelo.

-¡Quédate donde estás hasta que terminemos la partida! ¡Éste es un momento crítico!

Shimrod se acercó para inspeccionar el tablero. Los grifos no le prestaron atención.

-¡Ridículo! -observó Shimrod al cabo de un instante.

-¡Chitón! -gruñó Vuwas, el grifo rojizo-. ¡No toleraremos interferencias!

Vus se volvió con aire desafiante:

-¿Has querido insultarnos? ¡En tal caso, te descuartizaremos parte por parte!

-¿Una vaca se sentiría insultada ante la palabra «bovino» ? ¿Un pájaro se sentiría insultado por la palabra «alígero»? ¿Un par de bobos jactanciosos se sentiría insultado por la palabra «ridículo»?

-Tus insinuaciones no son claras -rezongó Vuwas-. ¿Qué tratas de decirnos?

-Simplemente que cualquiera de vosotros podría ganar la partida con un solo movimiento.

Los grifos examinaron el tablero de mal talante.

-¿Cómo? -preguntó Vus.

-En tu caso, sólo necesitas conquistar este bizantín con tu cautivo, mover la archisacerdotisa hacia la serpiente, y la partida es tuya.

-¡Eso no importa! -exclamó Vuwas-. ¿De qué manera podría ganar yo?

-¿No es obvio? Estos mordientes te cierran el paso. Apártalos con tu fantasma, así, con lo cual tus cautivos tienen libertad en el tablero.

-Ingenioso -dijo Vus, el grifo de manchas verdes-. Sin embargo, esas maniobras se consideran impropias en el mundo Pharsad. Además, has nombrado erróneamente las piezas, y desordenaste el tablero.

-No importa -dijo Shimrod-. Reiniciad el juego. Yo debo seguir mi camino.

-¡No tan pronto! -exclamó Vuwas-. ¡Todavía debemos cumplir una pequeña tarea!

-No nacimos ayer -declaró Vus-. Prepárate para morir.

Shimrod puso los cestos de juncos sobre la mesa. Vuwas el grifo rojizo preguntó con suspicacia:

-¿Qué hay en los cestos?

-Contienen tortas de miel -dijo Shimrod-. Una de las tortas es más grande y sabrosa que la otra.

-¡Aja! -dijo Vus-. ¿Cuál es cuál?

-Debéis abrir los cestos -dijo Shimrod-. La más grande es para aquel de vosotros que más la merezca.

-¡Vaya!

Shimrod atravesó el patio. Por un instante hubo silencio a sus espaldas, luego un murmullo, una réplica incisiva, una respuesta hiriente y una repentina explosión de gruñidos, bramidos, golpes y desgarrones.

Atravesando el patio, Shimrod subió tres escalones y llegó a un porche de piedra. Columnas del mismo material enmarcaban un nicho y una pesada puerta de hierro negro, dos veces más alta que él y de una anchura que sus brazos no abarcaban; negros ojos de hierro observaban a Shimrod con sardónica curiosidad. Shimrod tocó un remache y la puerta se abrió chirriando. Shimrod entró en una sala de techo alto. A izquierda y derecha unos pedestales sostenían un par de estatuas de piedra, exageradamente etéreas, con túnica y capucha, de modo que las caras enjutas quedaban en sombras. No apareció ningún criado. Shimrod no esperaba ninguno. Los criados de Murgen solían ser invisibles.

Shimrod conocía el camino. Atravesó el vestíbulo y entró en una larga galería. Altos portales se abrían a cámaras que cumplían diversas funciones. No se veía a nadie ni se oía ningún ruido; un silencio casi antinatural impregnaba a Swer Smod.

Shimrod recorrió la larga galería sin prisa, mirando las estancias a ambos costados para descubrir qué cambios se habían producido desde su última visita. Muchas se hallaban oscuras y desiertas. Algunas cumplían propósitos convencionales; otras estaban dedicadas a usos menos comunes. En una de las cámaras Shimrod descubrió a una mujer alta, de pie ante un caballete, de espaldas a la puerta. Llevaba un vestido largo de lino gris azulado; el pelo, blanco como una nube, estaba sujeto sobre la nuca con una cinta, y luego se derramaba sobre la espalda. El caballete sostenía un panel; usando pinceles y pigmentos, la mujer creaba una imagen en la superficie del lienzo.

Shimrod observó un instante, pero no pudo discernir la naturaleza de la imagen. Entró en la cámara para observar de cerca y comprender mejor, pero no tuvo éxito. Todos los pigmentos eran de un color negro espeso que daban poco margen de contraste, o así le pareció a Shimrod. Avanzó un paso, luego otro. Al fin percibió que cada pigmento, anómalo y extraño para sus ojos, temblaba con un brillo sutil y singular. Estudió el panel: las formas perfiladas por las viscosidades negras nadaban ante sus ojos; ni la definición ni el dibujo resultaban obvios.

La mujer volvió la cabeza; con ojos blancos e inexpresivos miró a Shimrod. La expresión era tan vaga que Shimrod no estaba seguro de que ella lo viera. ¡Pero era una contradicción que fuera ciega!

Shimrod sonrió cortésmente.

-Una obra interesante -dijo-. Sin embargo, no entiendo bien la composición.

La mujer no respondió, y Shimrod se preguntó si también era sorda. Con ánimo sombrío abandonó la habitación y continuó hacía el gran salón. Ningún lacayo ni otro sirviente se presentó para anunciarlo; Shimrod cruzó el portal y entró en una sala tan alta que el techo se perdía entre las sombras. Una hilera de angostas ventanas dejaba entrar una luz pálida del norte; las llamas del hogar brindaban una iluminación más alegre. Las paredes, con paneles de roble, no presentaban ningún adorno. Una pesada mesa ocupaba el centro de la habitación. En la pared opuesta, dentro de unas vitrinas se exhibían libros, curiosidades y rarezas varias; al lado de la repisa del hogar, una esfera de vidrio, rellena de un plasma verde y refulgente, colgaba de un alambre de plata; dentro se acurrucaba el esqueleto de una comadreja, asomando el cráneo entre las ancas alzadas.

Murgen estaba junto a la mesa, contemplando el fuego: un hombre maduro, bien proporcionado pero sin rasgos destacables. Así era su semblanza común, con la que se sentía más cómodo. Saludó a Shimrod con una mirada de soslayo y un ademán.

-Siéntate -dijo Murgen-. Me alegra que estés aquí. Iba a llamarte para que te encargaras de una polilla.

Shimrod se sentó junto al fuego. Miró en torno.

-Estoy aquí, pero no veo ninguna polilla.

-Ha desaparecido. ¿Cómo fue tu viaje?

-Bien. Vine por el castillo de Sarris y la ciudad de Lyonesse, en compañía del príncipe Dhrun.

Murgen se sentó en una silla al lado de Shimrod.

-¿Comes o bebes?

-Una copa de vino me calmará los nervios. Tus demonios son más siniestros que nunca. Debes aplacar su truculencia.

Murgen gesticuló con indiferencia.

-Cumplen su función.

-Demasiado bien, a mi juicio -dijo Shimrod-. Si uno de tus honorables huéspedes tarda en llegar, no te ofendas. Es probable que esos demonios lo hayan hecho trizas.

-Rara vez recibo a gente -dijo Murgen-. Aun así, ya que eres tan categórico, sugeriré a Vus y Vuwas que moderen su vigilancia.

Una sílfide de pelo plateado, con las piernas desnudas, entró en la habitación. Traía en una bandeja una jarra de vidrio azul y un par de copas sinuosas de extraña forma. Dejó la bandeja en la mesa, miró a Shimrod de soslayo y sirvió dos copas de oscuro vino tinto. Ofreció una a Shimrod y la otra a Murgen, y luego desapareció tan silenciosamente como había llegado.

Ambos bebieron vino en silencio. Shimrod estudió la esfera verde y reluciente. Un par de brillantes abalorios negros chispeaban en la pequeña calavera, dando la impresión de devolverle la mirada.

-¿Todavía vive? -preguntó Shimrod.

Murgen miró por encima del hombro, y los abalorios parecieron girar para escrutarlo.

-La hez de Tamurello tal vez exista todavía: su tintura, por así decirlo. O quizá la energía del gas verde sea responsable.

-¿Por qué no destruyes la esfera, con gas y todo, y terminas con ello?

Murgen pareció divertido.

-Si supiera todo lo que hay que saber, lo haría. O quizá no. En consecuencia, espero. Soy renuente a turbar esa aparente éxtasis.

-Pero ¿no es de veras una éxtasis?

-Nunca hay éxtasis.

Shimrod no hizo comentarios.

-Mi instinto me pone sobre aviso -continuó Murgen-. Me indica que hay un movimiento furtivo y lento. Alguien quiere sorprenderme mientras duermo, plácido e hinchado de poder. La posibilidad es real. No puedo mirar a todas partes al mismo tiempo.

-¿Pero quién tiene el deseo de elaborar semejante estrategia? No Tamurello, desde luego.

-Tal vez no Tamurello.

-¿Quién más, entonces?

-Hay una cuestión que me preocupa de un modo insistente. Al menos una vez por día me pregunto dónde está Desmei.

-Desapareció, después de crear a Carfilhiot y Melancthe. Eso es lo que todos suponen.

Murgen torció la boca en una mueca.

-¿Todo fue tan simple? ¿De veras Desmei confió su venganza a seres como Carfilhiot y Melancthe? Uno un monstruo, la otra una desdichada soñadora.

-Los motivos de Desmei siempre fueron un enigma -dijo Shimrod-. Admito que jamás los estudié en profundidad.

Murgen escrutó el fuego.

-De nada surgió demasiado. La malicia de Desmei fue inflamada por lo que parece un impulso trivial: Tamurello rechazó sus propuestas eróticas. ¿Por qué, pues, tantas elaboraciones? ¿Por qué no se vengó simplemente de Tamurello? ¿Melancthe debía servir como instrumento de venganza? En tal caso, sus planes fracasaron. Carfilhiot ingirió la humareda verde, mientras que Melancthe apenas percibió el aroma.

-Aun así, el recuerdo parece fascinarla -dijo Shimrod.

-Parece un material muy seductor. Tamurello consumió la perla verde; ahora está acurrucado en la esfera, y el gas verde lo envuelve hasta hartarlo. No demuestra alegría.

-Esto mismo podría ser la venganza de Desmei.

-Parece demasiado limitada. Para Desmei, Tamurello no era sólo él mismo, sino que representaba toda la especie masculina. No hay medidas para mensurar tal maldad; uno sólo puede captarla y admirarse.

-Y amilanarse.

-Tal vez sea instructivo recordar que Desmei, al crear a Melancthe y Carfilhiot, usó una magia demoníaca procedente de Xabiste. El gas verde mismo puede ser Desmei, en una forma impuesta por condición de Xabiste. En tal caso, ella sin duda ansia recobrar una forma más convencional.

-¿Estás sugiriendo que Desmei y Tamurello están embotellados juntos en la esfera?

-Es sólo una ocurrencia. Entretanto conservo a Joald y aplaco su monstruosa mole, y ahuyento toda turbación que pudiera molestar su largo y húmedo reposo. Cuando el tiempo lo permita, estudiaré al demonio mágico de Xabiste, que es resbaloso y ambiguo. Tales son mis preocupaciones.

-Mencionaste que ibas a llamarme a Swer Smod.

-En efecto. La conducta de una polilla me ha causado preocupación.

-¿Una polilla común?

-Eso parece.

-¿Y estoy aquí para encargarme de esa polilla?

-La polilla es más importante de lo que imaginas. Ayer, antes del atardecer, entré por la puerta y, como de costumbre, me fijé en la esfera. Noté que una polilla, aparentemente atraída por la luz verde, se había posado sobre la superficie. Mientras yo

miraba, se arrastró hasta acercase a los ojos de Tamurello. De inmediato llamé al sandestín Rylf, quien me informó que yo no veía una polilla sino a un shybalt de Xabiste.

Shimrod abrió la boca.

-Eso son malas noticias.

Murgen cabeceó.

-Significa que hay una comunicación abierta... entre lo que reside en la esfera y alguien más.

-¿Y entonces?

-Cuando la polilla-shybalt echó a volar, Rylf cobró forma de libélula y la siguió. La polilla cruzó las montañas y sobrevoló el valle del Evander hasta la ciudad de Ys.

-¿Y luego por la playa hasta la villa de Melancthe?

-Asombrosamente no. El shybalt tal vez se percató de que Rylf lo seguía. En Ys voló hacia un farol de la plaza, donde se reunió con mil polillas más que giraban en torno a la llama, para confusión de Rylf. Éste montó guardia, tratando de identificar a la polilla que había perseguido desde Swer Smod. Mientras esperaba, observando el arremolinado enjambre, una de las polillas cayó al suelo y cobró forma humana. Rylf no tenía manera de saber si era la polilla que él había seguido u otro insecto. Por las leyes de probabilidad, según calculó Rylf, la polilla que le interesaba debía de seguir en el enjambre; Rylf, pues, no prestó mucha atención al hombre, aunque pudo brindarme una descripción detallada.

-Eso es ventajoso, sin duda.

-En efecto. Era un hombre común, vestido con ropas comunes, con un sombrero elegante y zapatos corrientes. Rylf notó que se dirigía hacia la mayor de las tabernas cercanas que ostentaba el signo del sol poniente.

-Debe ser la Posada del Sol Poniente, en el puerto.

-Rylf continuó mirando las polillas. Entre ellas, según las probabilidades que él calculaba, debía de estar la que había seguido desde Swer Smod. A medianoche el farol se consumió y las polillas volaron hacia todas partes. Rylf decidió que había hecho todo lo posible y regresó a Swer Smod.

-Vaya -dijo Shimrod-. ¿Y ahora debo probar suerte en la Posada del Sol Poniente?

-Ésa es mi sugerencia.

Shimrod reflexionó.

-No puede ser coincidencia que Melancthe también viva en Ys.

-A ti te toca verificarlo. Hice averiguaciones y supe que se trata del shybalt Zagzig, que no goza de buena reputación ni siquiera en Xabiste.

-¿Y cuándo lo encontraré?

-Tu tarea se vuelve delicada e incluso peligrosa, pues desearíamos interrogarlo con suma precisión. Él ignorará tus órdenes e intentará alguna estratagema; debes colocarle este anillo de suheil en el cuello; de lo contrario te matará con un soplido.

Shimrod examinó dubitativamente el anillo de fino alambre que Murgen había dejado en la mesa.

-¿Este anillo someterá a Zagzig y lo volverá pasivo?

-Exactamente. Luego puedes traerlo a Swer Smod, donde lo interrogaremos a gusto.

-¿Y si se resiste?

Murgen fue hasta la repisa y trajo una espada corta en una funda de cuero negro y gastado.

-Ésta es la espada Tace. Úsala para tu protección, aunque prefiero que traigas a Zagzig con vida a Swer Smod. Ahora ven al guardarropa; debemos prepararte un disfraz, pues no es conveniente que te identifiquen como Shimrod el mago. Si hemos de infringir nuestro propio edicto, al menos hagámoslo con sigilo.

Shimrod se puso de pie.

-Acuérdate de aconsejar a Vus y Vuwas que me brinden una bienvenida más civilizada a mi regreso.

Murgen quitó importancia a la queja.

-Primero lo primero. Por el momento, Zagzig debe ser tu única preocupación.

-Como tú digas.

3

El río Evander, al desembocar en el Océano Atlántico, bordeaba una ciudad muy antigua, conocida por los poetas de Gales, Irlanda, Dahaut, Armórica y otras partes como «Ys la Bella», «Ys de los Cien Palacios» e «Ys del Océano»: una ciudad tan romántica, suntuosa y rica que todos la reclamaban como suya.

A pesar de todo, Ys no era ciudad de gran ostentación, magníficos templos ni ocasiones públicas; estaba envuelta en misterios, viejos y nuevos. La única concesión que las gentes de Ys hacían al afán de exhibición eran las estatuas de héroes míticos alineadas alrededor de los cuatro Consanctos, detrás de la plaza central. Los habitantes, en un idioma que no se hablaba en ninguna otra parte, se autodenominaban «yssei», gentes de Ys. Según la tradición habían llegado a las Islas Elder en cuatro compañías; en el curso de la historia las compañías habían conservado su identidad, para transformarse en cuatro sociedades secretas, con funciones y ritos más celosamente guardados que la vida misma. Por ésta y otras razones, la sociedad se regía según unas costumbres intrincadas y una delicada etiqueta, demasiado sutil para la comprensión de los extranjeros.

La riqueza de Ys y sus gentes era proverbial, y derivaba de su función como centro de comercio y navegación entre el mundo conocido y los lugares remotos del sur y el oeste. A lo largo del Evander y por las riberas de ambas orillas, los blancos palacios yssei relucían a través del follaje de los viejos jardines. Doce puentes de arcadas cruzaban el río; avenidas pavimentadas con losas de granito bordeaban cada margen; los caminos que orillaban el río permitían remolcar barcazas cargadas de frutas, flores y toda clase de productos para las gentes que vivían lejos del mercado central. Los mayores edificios de Ys eran los cuatro Consanctos, detrás de la plaza, donde los factores de los cuatro clanes atendían sus asuntos.

Las gentes de Ys consideraban a la zona portuaria una comunidad aparte; la llamaban «Abrí», o «Lugar de Forasteros». En el distrito del puerto había tiendas, almacenes, fundiciones, forjas, astilleros, talleres de confección de velas, cordelerías, depósitos, tabernas y posadas.

La Posada del Sol Poniente era una de las mayores y mejores, y se identificaba con un letrero que mostraba un sol rojo hundiéndose en un mar lapislázuli, bajo nubes amarillas. Frente a la Posada del Sol Poniente había mesas y bancos para quienes deseaban beber o comer al aire libre mientras miraban la plaza. Al lado de la puerta se asaban sardinas sobre brasas relucientes, y el aroma atraía a clientes que de otra manera habrían pasado de largo.

Al caer la tarde, Shimrod, disfrazado de soldado itinerante, llegó a Ys. Se había oscurecido la tez y se había ennegrecido el pelo, y un sencillo sortilegio de dieciocho sílabas le había alterado los rasgos, dándole un aire curtido, artero y saturnino. Portaba la espada Tace y una daga, armas ambas adecuadas para la imagen que deseaba proyectar. Fue directamente a la Posada del Sol Poniente, donde, a juzgar por el informe de Rylf, Zagzig el shybalt había ido cumpliendo con una cita previa. Cuando Shimrod se aproximó, el olor de las sardinas asadas le recordó que no había comido desde la mañana.

Shimrod atravesó la puerta y entró en la sala, donde se detuvo para observar a los presentes. ¿Cuál de aquellas personas sería el shybalt de Xabiste? Ninguna estaba a solas en un rincón, ninguna se encorvaba con aire vigilante sobre su copa de vino.

Shimrod fue al mostrador. El posadero, un hombre bajo y rechoncho, de ojos negros y cautos y cara roja y redonda, inclinó cortésmente la cabeza.

-¿Qué necesitas, señor?

-En primer lugar, deseo alojamiento para un par de días -dijo Shimrod-. Prefiero una habitación tranquila y una cama sin bichos. Luego tomaré la cena.

El posadero se enjugó las manos en el delantal, echando un vistazo a la gastada indumentaria de Shimrod.

-Desde luego es posible satisfacerte. Pero antes, un detalle. Con el correr de los años, canallas inescrupulosos me han robado a derecha e izquierda, arriba y abajo, hasta que mi generosidad natural se agrió y me volvió excesivamente prudente. En pocas palabras, deseo ver el color de tu dinero antes de continuar con la transacción.

Shimrod le arrojó un florín de plata.

-Tal vez me quede aquí varios días. Esta moneda de buena plata cubrirá mis gastos.

-Por lo menos te abrirá una cuenta -dijo el posadero-. Precisamente, tenemos preparada una habitación como la que requieres. ¿Qué nombre consignaré en mi registro general?

-Puedes llamarme Tace -dijo Shimrod.

-Pues bien, caballero Tace. El muchacho te conducirá a tu habitación. ¡Fonsel! ¡Deprisa! ¡Conduce al caballero a la cámara grande del oeste!

-Un momento -dijo Shimrod-. Me pregunto si un amigo mío llegó ayer a esta hora, o tal vez un poco más tarde. No sé bien qué nombre estará usando.

-Ayer vinieron algunos visitantes -dijo el posadero-. ¿Qué aspecto tiene tu amigo?

-Es un hombre común. Viste ropa, usa sombrero en la cabeza, se calza con zapatos.

El posadero reflexionó.

-No recuerdo a ese caballero. Al mediodía vino Fulk de Thwist; es muy corpulento, y un gran quiste le sobresale de la nariz. Un tal Janglart llegó por la tarde, pero es alto y delgado como una estaca, muy pálido, con una larga barba blanca que le cuelga de la barbilla. Mynax el vendedor de barcos es un hombre común, pero nunca le vi usar sombrero: siempre lleva un casco cilíndrico de cuero de oveja. Nadie más tomó una habitación para pasar la noche.

-No importa -dijo Shimrod. Probablemente el shybalt habría pasado la noche encaramado a un alto tejado en vez de soportar el encierro de un cuarto-. Mi amigo llegará a su debido tiempo.

Shimrod siguió a Fonsel hasta la habitación, que le pareció satisfactoria. Luego regresó abajo, salió al frente de la posada y se sentó a una mesa, donde tomó su cena: primero, una docena de sardinas humeantes y crujientes, recién salidas de la parrilla, y a continuación un plato de judías y tocino con una cebolla, junto con una hogaza de pan fresco y cerveza.

El sol se hundió en el mar. Los clientes entraban y salían, pero ninguno despertó las sospechas de Shimrod. El shybalt quizás hubiera cumplido su misión y se hubiera marchado. En tal caso debía volver inevitablemente su atención hacia Melancthe, la cual vivía en una villa blanca a poca distancia playa arriba, y que previamente había actuado a requerimiento de Tamurello, por razones que Shimrod nunca había comprendido del todo. Al parecer, él nunca había sido amante de Melancthe, y había preferido al hermano, Faude Carfilhiot. Quizá la relación no habría agradado a Desmei, si ella hubiera estado viva y consciente. Era una verdadera maraña de posibilidades improbables y sorprendentes realidades. El papel de Melancthe, en vez de aclararse con los hechos, resultaba más ambiguo que nunca. Quizá ni siquiera ella lo conociera. ¿Quién había sondeado siquiera el nivel más superficial de la conciencia de Melancthe? Shimrod no, desde luego.

El crepúsculo descendía sobre Ys del Océano. Shimrod se levantó de la mesa y echó a andar por el camino del puerto, y después de dejar los muelles se encaminó hacia el norte por la playa blanca.

La ciudad quedó atrás. Aquella noche no había viento y el mar estaba en calma. Olas serenas lamían la playa con un rumor sordo y sedante.

Shimrod se acercó a la villa blanca. Un muro de piedra blanquecina encerraba un jardín de asfódelos, heliotropos, tomillo, tres cipreses delgados y un par de limoneros.

Shimrod conocía bien la villa y el jardín. Los había visto primero en un mismo sueño, noche tras noche. En esos sueños Melancthe se le había aparecido por primera vez, una doncella morena de sobrecogedora belleza y llena de contradicciones.

Esa noche Melancthe no parecía estar en casa. Shimrod atravesó el jardín, cruzó la terraza de mosaico, y golpeó la puerta. No recibió respuesta, ni siquiera de la criada. Dentro no se veía ninguna luz. No se oía nada salvo el golpear del oleaje.

Shimrod abandonó la villa y regresó por la playa hasta la plaza y la Posada del Sol Poniente. En el comedor encontró una mesa poco visible junto a la pared y allí se sentó.

Shimrod estudió uno por uno a los parroquianos. En general parecían lugareños: comerciantes, artesanos, labriegos de la campiña circundante, marineros de los buques del puerto. No había ningún yssei, pues éstos se mantenían apartados de la muchedumbre de la ciudad.

Una persona solitaria que estaba unas mesas más allá llamó la atención de Shimrod. Tenía un físico corpulento, pero era de estatura mediana. Las ropas eran corrientes: una bata de campesino de tosca tela gris, pantalones amplios, zapatos de punta curva y tobilleras triangulares. Llevaba un sombrero negro de alas angostas y pico alto sobre una melena de pelo castaño. Sólo el destello de unos movedizos ojillos negros animaba aquel rostro blando y sereno. Sobre la mesa tenía un pichel de cerveza que aún no había saboreado. La postura era rígida y extraña; el pecho no se movía. Por estos y otros indicios, Shimrod supo que se trataba de Zagzig, el shybalt de Xabiste, incómodamente disfrazado de habitante de la Tierra. Zagzig había cometido la negligencia de no despojarse de las dos patas intermedias de la polilla, que se agitaban en ocasiones bajo la blusa gris. La nuca de Zagzig también lucía escamas de polilla, pues no había logrado equiparse con un adecuado envoltorio de piel humana.

Shimrod decidió que, como de costumbre, la mejor opción era la más simple: esperaría para ver qué sucedía.

Fonsel, el camarero, al pasar junto a Zagzig con una bandeja, rozó por accidente el sombrero negro de éste, tumbándolo sobre la mesa: no sólo reveló la maraña de pelo castaño sino un par de antenas plumosas que Zagzig había olvidado quitarse. Fonsel lo miró boquiabierto, mientras Zagzig se encasquetaba el sombrero con furia e impartía una lacónica orden. Fonsel hizo una mueca, asintió y se marchó echando una confusa mirada por encima del hombro. Zagzig miró hacia ambos lados para ver si alguien había presenciado el episodio. Shimrod fingió estar interesado en una hilera de viejos platos azules que colgaban de la pared. Zagzig se calmó y adoptó la posición anterior.

Transcurrieron diez minutos. Abrieron la puerta y apareció un hombre alto vestido de negro. Era flaco, de hombros anchos, tieso y pálido; llevaba el pelo negro cortado sobre la frente y sujeto con una soga sobre la nuca. Shimrod estudió al recién llegado con interés. «He aquí -pensó-, a un hombre de inteligencia ágil e implacable.» Una cicatriz cruzaba la huesuda mejilla acentuando el aire amenazador de su lúgubre semblante. Por el pelo, la palidez y el aire de desdeñosa suficiencia, Shimrod dedujo que el recién llegado era un ska[11] de Skaghane o de la Costa Norte.

El ska miró en torno suyo. Clavó los ojos en Shimrod, luego en Zagzig, estudió la habitación, escogió una mesa y se sentó. Fonsel se le acercó a la carrera para preguntarle qué deseaba y le sirvió cerveza, sardinas y pan, casi antes de que el otro atinara a pedirlas.

El ska comió y bebió sin prisa; cuando hubo terminado, se reclinó en la silla y estudió nuevamente a Shimrod y a Zagzig. Dejó sobre la mesa una esfera de serpentina verde oscuro, de una pulgada de diámetro, sujeta a una cadena de eslabones de hierro. Shimrod había visto antes esos adornos; eran emblemas de casta usados por los patricios ska.

[11] Ska: la raza originaria de Escandinavia, con tradiciones y documentos mucho más antiguos que los del Cercano o Lejano Oriente. Tres mil años antes, una oleada de arios, o ur-godos, había emigrado al norte desde las estepas del Mar Negro y se había internado en Escandinavia expulsando a los ska, quienes se desplazaron hacia Irlanda, donde la leyenda los recordaba como los «hijos de Partholon». Eventualmente, tras ser derrotados por los danaans, emigraron hacia Skaghane, más al sur.

Al ver el talismán, Zagzig se puso de pie y se acercó a la mesa del ska.

Shimrod llamó a Fonsel.

-No vuelvas la cabeza -le dijo en voz baja-, pero dime el nombre de ese alto ska que está sentado allá.

-No lo sé con certeza -dijo Fonsel-. Nunca lo vi antes. Sin embargo, oí que un cliente, en tono muy confidencial, usaba el nombre «Torqual». Si se trata de ese Torqual de tan mala reputación, tiene gran descaro al presentarse aquí, donde el rey Aillas estaría encantado de hallarlo y retorcerle el cogote.

Shimrod dio al muchacho un penique de cobre.

-Tus observaciones son interesantes. Tráeme una copa de buen vino pardo.

Mediante un pase mágico, Shimrod aumentó la agudeza de su oído, de tal modo que los susurros de dos jóvenes amantes en un rincón lejano le resultaron audibles, así como las instrucciones del posadero a Fonsel para que aguara el vino de Shimrod. Sin embargo, la conversación entre Zagzig y Torqual se había silenciado mediante una magia tan potente como la suya, y no pudo oír nada de su conversación.

Fonsel le sirvió una copa de vino con un gesto grácil.

-¡Aquí tienes, señor! ¡Nuestra mejor cosecha!

-Me alegra oírlo -dijo Shimrod-. Soy inspector de posadas, por autoridad del rey Aillas. Aun así, y aunque no lo creas, a menudo me sirven pésima bebida. Hace tres días, en Mynault, un posadero y su criado conspiraron para aguarme el vino, un acto que el rey Aillas ha calificado de ofensa contra la humanidad.

-¿De veras? -preguntó el trémulo Fonsel-. ¿Y qué sucedió?

-Los alguaciles se llevaron al posadero y al criado a la plaza pública, los sujetaron a un poste y les propinaron una buena azotaina. No tendrán prisa por repetir su delito.

Fonsel cogió la copa.

-De pronto veo que, por error, te he servido de la jarra equivocada. Un instante, señor, y en seguida resuelvo este problema.

Fonsel se apresuró a servir otra copa de vino, y un instante después el posadero se acercó a la mesa, enjugándose las manos en el delantal.

-Confío en que todo esté en orden, señor.

-Por el momento, sí.

-¡Bien! Fonsel es a veces un poco negligente y pone en jaque nuestra buena reputación. Esta noche le daré una zurra para castigarlo por su error.

Shimrod soltó una sombría risotada.

-Amigo, deja en paz al pobre Fonsel. Se arrepintió de su travesura, y merece una oportunidad de redención.

El posadero hizo una reverencia.

-Señor, meditaré atentamente sobre tu consejo.

Regresó deprisa al mostrador mientras Shimrod reiniciaba su vigilancia de Zagzig el shybalt y Torqual el ska.

La conversación terminó. Zagzig arrojó un morral sobre la mesa. Torqual aflojó el cordel y atisbo el interior. Alzó los ojos y clavó en Zagzig una pétrea mirada de disgusto. Zagzig lo miró con indiferencia, se puso de pie y se dispuso a partir de la posada.

Shimrod, previendo los movimientos de Zagzig, se le había adelantado y esperaba en el patio delantero. La luna llena iluminaba la plaza; las losas de granito eran blancas como hueso. Shimrod se ocultó a la sombra del abeto que crecía junto a la posada.

La silueta de Zagzig se recortó contra la puerta; Shimrod preparó el anillo de alambre de suheil que le había dado Murgen.

Zagzig pasó por su lado; Shimrod salió de las sombras y trató de echar el lazo sobre la cabeza de Zagzig. El alto sombrero negro lo impidió. Zagzig saltó a un costado; el alambre de suheil le arañó el rostro y le arrancó un gemido. El shybalt se volvió para encararse con Shimrod.

-¡Canalla! -jadeó Zagzig-. ¿Crees que así podrás detenerme? Ha llegado tu hora.

Abrió la boca para lanzar una bocanada de veneno. Shimrod hundió la espada Tace en la abertura; Zagzig soltó un gruñido y se desplomó en la acera bañada por la luna, transformándose en una pila de chispas y relámpagos verdes que Shimrod eludió con cuidado. Pronto sólo quedó una humareda gris, tan ligera que una fresca brisa del mar la disipó.

Shimrod regresó al comedor. Un joven vestido a la moda popular en Aquitania se había subido a un taburete alto para tocar el laúd. Tocando acordes y pasajes melódicos, entonó baladas que celebraban las hazañas de caballeros enfermos de amor y nostálgicas doncellas, según las penosas cadencias que le imponía el afinamiento de su laúd. No había rastros de Torqual; se había marchado de la sala.

Shimrod llamó a Fonsel, que se le acercó de un brinco.

-¿Qué deseas, señor?

-La persona llamada Torqual. ¿Se aloja en la Posada del Sol Poniente?

-¡No, señoría! Salió hace un instante por la puerta lateral. ¿Traigo más vino para su merced?

Shimrod asintió con un ademán pomposo.

-Huelga decir que no deseo beber agua.

-¡Desde luego, señor!

Shimrod se quedó una hora bebiendo vino y escuchando las tristes baladas de Aquitania. Finalmente se sintió inquieto y salió a la noche. La luna flotaba en medio del cielo. La plaza estaba vacía; las blancas losas de piedra relucían como antes. Shimrod caminó hasta el muelle y continuó por la explanada hasta el camino de la costa. Allí se detuvo para mirar playa arriba. Al cabo de unos minutos se alejó. Melancthe no lo recibiría con agrado a esas horas de la noche.

Shimrod regresó a la posada. El juglar de Aquitania había partido, junto con la mayoría de los clientes. Torqual no estaba por ningún lado. Shimrod subió a su cuarto y se dispuso a descansar.

4

Por la mañana Shimrod desayunó frente a la posada, desde donde podía observar la plaza. Dio cuenta de una pera, un cuenco de potaje con crema, varias lonjas de tocino frito, una rebanada de pan negro con queso y ciruelas en salmuera. El calor del sol resultaba grato en contraste con los frescos aires del mar; Shimrod desayunó sin prisa, alerta pero relajado. Aquél era día de mercado; movimientos, sonidos y colores animaban la plaza. Por doquier los mercaderes habían instalado mesas y puestos desde los que pregonaban las virtudes de sus mercancías. Los pescadores exhibían sus mejores pescados y batían triángulos de hierro para que todos miraran. Entre los puestos trajinaban los clientes, en su mayoría amas de casa y criadas que rezongaban, regateaban, pesaban, juzgaban, criticaban y ocasionalmente soltaban unas monedas.

También cruzaban la plaza otras gentes: un cuarteto de melancólicos sacerdotes del Templo de Atlante; marinos y mercaderes de tierras lejanas, algunos factores yssei que iban a inspeccionar un cargamento; un barón y su esposa que habían bajado de su agreste fortaleza en la montaña; pastores y colonos de los brezales y valles del Teach tac Teach.

Shimrod terminó el desayuno pero se quedó en la mesa comiendo uvas, preguntándose cómo continuar con su investigación.

De pronto vio a una joven de pelo oscuro cruzando la plaza. La falda naranja y la blusa rosada relucían al sol. Shimrod reconoció a la criada de Melancthe. Llevaba un par de cestos vacíos y obviamente se dirigía al mercado.

Shimrod se incorporó y siguió a la joven. En el puesto de un vendedor de fruta la joven se puso a escoger naranjas. Shimrod observó un instante, se acercó y le tocó el codo. Ella dio media vuelta pero no reconoció a Shimrod en su disfraz.

-Ven conmigo un momento -dijo Shimrod-. Necesito hablar contigo.

La criada titubeó y se apartó.

-Es algo relacionado con tu ama -dijo Shimrod-. No sufrirás ningún daño.

Intrigada y renuente, la criada siguió a Shimrod hacia la plaza.

-¿Qué quieres de mí?

Shimrod habló con voz tranquilizadora.

-No recuerdo tu nombre... tal vez nunca lo supe.

-Soy Lillas. ¿Por qué ibas a conocerme? No te recuerdo.

-Hace un tiempo visité a tu ama. Tú me abriste la puerta. ¿Me recuerdas ahora?

Lillas escrutó el rostro de Shimrod.

-De algún modo me resultas familiar, aunque no logro recordarte con exactitud. Habrá sido hace mucho tiempo.

-En efecto, pero todavía sigues al servicio de Melancthe...

-Sí, y no tengo queja... Ninguna, al menos, que me incite a dejarla.

-¿Es una mujer amable?

Lillas sonrió con tristeza.

-Apenas se da cuenta de si yo estoy allí o no. Aun así, no le agradaría que yo fuese chismorreando sobre sus asuntos.

Shimrod extrajo un florín de plata.

-No repetiré a nadie lo que digas, así que no se podrá considerar un chismorreo.

Lillas aceptó la moneda sin mayor convicción.

-En verdad, estoy preocupada por ella. No entiendo su conducta. A menudo pasa horas sentada, mirando distraídamente el mar. Yo realizo mis tareas y ella no me presta atención, como si yo fuera invisible.

-¿Recibe visitantes?

-Rara vez. Aun así, esta mañana... -Lillas titubeó y miró por encima del hombro.

Shimrod insistió:

-¿Quién la visitó esta mañana?

-Vino temprano... un hombre pálido y alto con una cicatriz en la cara. Creo que era un ska. Llamó a la puerta y yo abrí. Dijo: «Di a tu señora que Torqual está aquí.» Lo hice pasar al vestíbulo. Fui a ver a Melancthe y le di el mensaje.

-¿Ella se sorprendió?

-Creo que estaba perpleja y algo disgustada, pero no del todo sorprendida. Vaciló apenas un instante y luego fue al vestíbulo. Yo la seguí pero me quedé espiando detrás de las cortinas. Los dos se miraron un instante. Luego Torqual dijo: «Me dicen que debo obedecer tus órdenes. ¿Qué sabes tú de este arreglo?» «Melancthe respondió: "No estoy segura de nada."

«Torqual preguntó: "¿No me esperabas?"

»Mi señora replicó: "Vino un aviso, pero nada está claro y debo reflexionar. ¡Márchate ahora! Si tengo órdenes para ti, te lo haré saber."

»Esto pareció divertir a Torqual. "¿Y cómo lo harás?"

»"Por medio de una señal. Si tomo la decisión, una urna negra aparecerá en el muro, junto al portón. Si ves la urna negra, puedes regresar."

»El hombre llamado Torqual sonrió y saludó con un gesto casi principesco. Sin más palabras abandonó la villa. Eso ocurrió esta mañana. Me alegra habértelo contado pues Torqual me asusta. Es obvio que sólo puede acarrear desgracias a mi señora Melancthe.

-Tus temores están bien fundados -dijo Shimrod-. De todos modos, quizás ella prefiera no tener tratos con Torqual.

-Quizá.

-¿Melancthe está en casa ahora?

-Sí, mirando el mar, como de costumbre.

-La visitaré. Quizá pueda corregir la situación.

-¿No revelarás que hemos hablado de sus asuntos? -preguntó Lillas con ansiedad.

-Claro que no.

Lillas regresó al puesto de frutas. Shimrod cruzó la plaza y se dirigió al camino del puerto. Sus sospechas quedaban confirmadas. Tal vez la participación de Melancthe fuera sólo pasiva y continuara siéndolo, pero el único rasgo definido de Melancthe era su imprevisibilidad.

Shimrod miró al norte, hacia la villa blanca. No había razones para demorarse, salvo su propia renuencia a enfrentarse con Melancthe. Se dirigió al norte por el camino de la playa y pronto llegó al muro blanco. No se veía ninguna urna negra.

Cruzó el jardín, fue hasta la puerta y golpeó con el llamador.

No hubo respuesta.

Shimrod golpeó por segunda vez, con el mismo resultado.

La villa parecía desierta.

Shimrod se alejó despacio de la puerta y se detuvo junto al portón. Miró hacia el norte, camino arriba. Descubrió a Melancthe a poca distancia, acercándose sin prisa. No se sorprendió: así había sido en sus sueños.

Shimrod aguardó mientras el sol caía a plomo sobre la arena del camino. Melancthe se acercó: una doncella esbelta y morena con una túnica blanca, larga hasta las rodillas, y sandalias. Dirigiendo a Shimrod una mirada impasible, cruzó el portón, dejando tras de sí el tenue aroma a violetas que la acompañaba siempre.

Melancthe fue hacia la puerta. Shimrod la siguió en silencio y entró en la villa. Ella atravesó el vestíbulo y entró en una habitación alargada con una ventana en arco que daba hacia el mar. Acercándose a la ventana Melancthe contempló pensativa el horizonte. Shimrod se quedó en la puerta, mirando aquí y allá, estudiando la habitación. Pocas cosas habían cambiado desde su última visita. Las paredes estaban blanqueadas; en el piso de mosaico tres alfombras mostraban chillones dibujos anaranjados, rojos, negros, blancos y verdes. Los únicos muebles eran una mesa, algunas sillas, un diván y un aparador. No había ornamentos en las paredes, ningún objeto que expresara un punto de vista personal ni el carácter de Melancthe. Las llamativas alfombras parecían traídas de las montañas Atlas; Shimrod sospechó que la criada Lillas las habría comprado y colocado, sin que Melancthe prestara mucha atención.

Ésta se volvió finalmente hacia Shimrod, y le mostró una extraña sonrisa.

-¡Habla, Shimrod! ¿Por qué estás aquí?

-¿Me reconoces, a pesar de mi disfraz?

Melancthe se sorprendió.

-¿Disfraz? No veo ningún disfraz. Tú eres Shimrod, dócil, quijotesco e indeciso como siempre.

-Sin duda -dijo Shimrod-. Al cuerno con mi disfraz; no puedo ocultar mi identidad. ¿Has decidido cuál es la identidad de Melancthe?

Melancthe hizo un gesto airoso.

-Eso no viene al caso. ¿Qué quieres de mí? Dudo que hayas venido para analizar mi carácter.

Shimrod señaló el diván.

-Sentémonos. Es fatigoso hablar de pie.

Melancthe se encogió de hombros y se acomodó en el diván; Shimrod se sentó a su lado.

-Estás tan bella como siempre.

-Eso me dicen.

-La última vez que nos vimos, te agradaban los capullos venenosos. ¿Aún tienes esa inclinación?

Melancthe meneó la cabeza.

-Ya no se encuentran esos capullos. Pienso a menudo en ellos. Eran maravillosamente atractivos, ¿no crees?

-Eran fascinantes, aunque maléficos.

-Yo no lo creía así. Los colores eran muy variados, y los aromas eran insólitos.

-Aun así, créeme, representaban los aspectos del mal: los muchos sabores de la purulencia, por así decirlo.

Melancthe sonrió y meneó la cabeza.

-No entiendo esas tediosas abstracciones, y dudo de que el esfuerzo lograra divertirme, pues me aburro fácilmente.

-Por curiosidad, ¿conoces el significado de la palabra «mal»?

-Parece significar lo que uno desee.

-La palabra es general. ¿Conoces la diferencia, por ejemplo, entre amabilidad y crueldad?

-Nunca he pensado en ello. ¿Por qué lo preguntas?

-Porque sí he venido para estudiar tu carácter.

-¿De nuevo? ¿Por qué razón?

-Deseo averiguar si eres «buena» o «mala».

Melancthe se encogió de hombros.

-Es como si yo preguntara si tú eres ave o pez... y esperara una respuesta cabal.

Shimrod suspiró.

-En fin. ¿Cómo anda tu vida?

-La prefiero a la inexistencia.

-¿En qué ocupas cada día?

-Observo el cielo y el mar; a veces camino entre las olas y construyo caminos en la arena. De noche estudio las estrellas.

-¿No tienes amigos?

-No.

-¿Y qué hay del futuro?

-El futuro se detiene en el Ahora.

-En cuanto a eso, no estoy tan seguro -dijo Shimrod-. A lo sumo es una verdad a medias.

-¿Y qué? Una verdad a medias es mejor que ninguna, ¿no te parece?

-En absoluto -dijo Shimrod-. Soy un hombre práctico, trato de controlar la forma de los «ahoras» que están al acecho, en vez de someterme a ellos mientras acontecen.

Melancthe hizo un gesto de indiferencia.

-Eres libre de actuar como te plazca.

Recostándose en los cojines, miró hacia el mar. Finalmente Shimrod dijo:

-Pues bien: ¿eres «buena» o «mala»?

-No lo sé.

Shimrod se irritó.

-Hablar contigo es como visitar una casa vacía.

Melancthe reflexionó un instante antes de responder.

-Tal vez -dijo- estés visitando la casa equivocada. O quizá tú seas el visitante equivocado.

-Vaya -dijo Shimrod-, eso pareces decirme. Veo que eres capaz de pensar.

-Pienso constantemente, día y noche.

-¿Y cuáles son tus pensamientos?

•-No los comprenderías.

-¿Tus pensamientos te producen placer? ¿Te traen paz?

-Como siempre, haces preguntas que no puedo responder.

-Son bastante sencillas.

-Para ti, sin duda. En cuanto a mí, llegué desnuda y vacía al mundo; sólo se me exigía imitar la humanidad, no volverme humana. No sé qué clase de criatura soy. Este es el tema de mis reflexiones. Son complicadas. Como no conozco las emociones humanas, he elaborado un compendio totalmente nuevo, que sólo yo puedo sentir.

-¡Qué interesante! ¿Cuándo usas esas nuevas emociones?

-Continuamente. Algunas son pesadas, otras ligeras, y tienen nombre de nube. Unas son constantes, otras son fugaces. Las hay que llegan a ilusionarme y quisiera conservarlas para siempre... ¡tal como desearía guardar unas maravillosas flores! Pero esos estados de ánimo se esfuman antes de que pueda nombrarlos y atesorarlos. A menudo nunca vuelven, por mucho que los eche de menos.

-¿Qué nombres das a esas emociones? Dime.

Melancthe meneó la cabeza.

-Los nombres no significan nada. He observado a los insectos, preguntándome qué nombres dan a sus emociones, y si se parecían a las mías.

-No lo creo -dijo Shimrod.

Melancthe continuó sin prestarle atención.

-Puede ser que en vez de emociones yo sólo tenga sensaciones y las confunda con las primeras. Así es como un insecto capta los estados de su vida.

-En tu nueva lista de emociones, ¿tienes equivalentes para «bueno» y «malo»?

-¡Eso no son emociones! Tratas de embaucarme para que hable tu lenguaje. Muy bien, responderé. No sé qué pensar de mí misma. Como no soy humana, me pregunto qué soy y qué será de mi vida.

Shimrod se reclinó y reflexionó.

-En un tiempo serviste a Tamurello. ¿Por qué?

-Era la orden insertada en mi cerebro.

-Ahora él está encerrado en una botella, pero aún se te pide que le sirvas.

Melancthe torció la boca en una mueca reprobatoria.

-¿Por qué lo dices?

-Murgen me ha informado.

-¿Y qué sabe él?

-Lo suficiente para hacer preguntas serias. ¿Cómo te llegan esas órdenes?

-No tengo órdenes exactas, sólo impulsos e insinuaciones.

-¿Quién las imparte o emite?

-A veces creo que son de mi propia invención. Cuando siento esos estados de ánimo, me exalto y estoy plena de vida.

-Alguien te recompensa por tu cooperación. ¡Debes ser prudente! Tamurello está sentado en una botella de vidrio, con la nariz entre las rodillas. ¿Quieres que te pase lo mismo?

-Eso no ocurrirá.

-¿Fueron ésas las instrucciones de Desmei?

-Por favor, no pronuncies ese nombre.

-Es preciso pronunciarlo, pues es sinónimo de «condenación». Tu condenación, si le permites usarte como instrumento.

Melancthe se puso de pie y se dirigió a la ventana.

Shimrod continuó:

-Acompáñame una vez más a Trilda. Te limpiaré totalmente del hedor verde. Burlaremos a Desmei la bruja. Serás totalmente libre y estarás totalmente viva.

Melancthe se volvió hacia Shimrod.

-No sé nada de ningún hedor verde, ni de Desmei. Márchate.

Shimrod se levantó.

-Hoy piensa en ti y en qué quieres hacer de tu vida. Regresaré en el ocaso, y tal vez desees acompañarme.

Melancthe pareció no oír. Shimrod salió de la habitación y se fue de la villa.

El día transcurrió hora tras hora. Shimrod se sentó a la mesa de la posada observando el sol. Al atardecer echó a andar playa arriba. Pronto llegó a la villa blanca. Fue a la puerta delantera y golpeó con el llamador.

La puerta se entreabrió. Se asomó Lillas, la criada.

-Buenas noches -dijo Shimrod-. Quiero hablar con tu ama.

Lillas lo miró sorprendida.

-No está aquí.

-¿Dónde está? ¿En la playa?

-Se ha ido.

-¿Ido? -repitió Shimrod-. ¿Adonde?

-Quién sabe.

-¿Qué le ha ocurrido?

-Hace una hora llamó alguien. Era Torqual, el ska. Entró, cruzó el vestíbulo y pasó a la sala. Mi señora estaba sentada en el diván, y se levantó de un brinco. Los dos se miraron un instante, y yo observé desde la puerta. Él dijo una sola palabra: «¡Ven!» Mi ama se quedó quieta, como vacilando. Torqual se le acercó, la cogió de la mano y se la llevó. Ella no opuso resistencia. Caminaba como una sonámbula.

Shimrod escuchaba con una tensión creciente en el estómago. Lillas hablaba a borbotones:

-Había dos caballos en el camino. Torqual alzó a mi ama, la montó en uno y él subió al otro. Cabalgaron hacia el norte. ¡Y ahora no sé qué hacer!

-Haz lo de costumbre -logró articular Shimrod-. No te han dado otras instrucciones.

-¡Buen consejo! -dijo Lillas-. Tal vez ella venga dentro de poco.

-Tal vez...

Shimrod regresó por la playa hasta la Posada del Sol Poniente. Por la mañana fue de nuevo a la villa blanca, pero sólo encontró a Lillas.

-¿No recibiste noticias de tu ama?

-No, señor. Ella está lejos. Lo siento en los huesos.

-También yo. -Shimrod recogió un guijarro del suelo. Lo frotó entre sus dedos y se lo entregó a Lillas-. En cuanto regrese tu ama, lleva este guijarro afuera, arrójalo al aire y di: «¡Ve a Shimrod!» ¿Comprendes?

-Sí, señor.

-¿Qué harás?

-Arrojaré el guijarro al aire y diré: «¡Ve a Shimrod!» -Correcto. Aquí tienes un florín de plata para que te refresque la memoria.

-Gracias, señor.

5

Shimrod se elevó sobre las montañas y llegó a la meseta pedregosa de Swer Smod. Al entrar en el patio, descubrió que los dos grifos se disponían a disfrutar de su comida matinal, la cual incluía dos grandes trozos de carne vacuna, cuatro aves asadas, un par de lechones, dos tajadas de salmón en salmuera, una porción de queso blanco y varias hogazas de pan fresco. Al ver a Shimrod se levantaron furiosamente de la mesa y se le acercaron como dispuestos a descuartizarlo.

Shimrod alzó la mano.

-¡Moderación, por favor! ¿No os ha ordenado Murgen que mejoraseis vuestros modales?

-Aprobó nuestra actitud vigilante -dijo Vuwas-. Nos pidió que fuéramos más moderados con personas de manifiesto buen carácter.

-Tú no encajas en esa descripción -dijo Vus-. Así que debemos cumplir con nuestro deber.

-¡Alto! Soy Shimrod, y estoy aquí por asuntos legítimos.

-Eso está por verse -dijo el verde Vus. Con una zarpa abrió un surco en la acera de piedra-. Primero debemos cerciorarnos de tu honestidad, lo cual haremos en cuanto terminemos de comer.

-Ya nos engañaste en una ocasión -dijo Vuwas-. ¡Nunca más! Si cruzas esa línea, te devoraremos como aperitivo.

Shimrod obró un pequeño encantamiento.

-Yo preferiría ser sometido de inmediato a vuestra investigación, pero veo que estáis ansiosos por atender a vuestros invitados.

-¿Invitados? -preguntó Vuwas-. ¿Qué invitados?

Shimrod señaló; los grifos se volvieron para descubrir a ocho mandriles con pantalones y sombreros rojos devorando el refrigerio. Unos estaban a un lado de la mesa, otros enfrente, y otros tres encima.

Vus y Vuwas rugieron encolerizados y corrieron a ahuyentar a los mandriles. Estos no se dejaron desalentar, y brincaron de aquí para allá, pisando el salmón en salmuera y arrojando comida a los grifos. Shimrod aprovechó la confusión para cruzar el patio y llegó hasta la alta puerta de hierro. Cuando le permitieron entrar, se dirigió al gran salón.

Como en su anterior visita un fuego ardía en el hogar. La esfera que colgaba del techo irradiaba un fulgor verde y hostil. Murgen no estaba a la vista.

Shimrod se sentó ante el fuego y esperó. Al cabo de un rato volvió la cabeza y observó la esfera colgada. Dos ojos negros relucían en la viscosidad verde. Shimrod volvió a mirar el fuego.

Murgen entró en la habitación y se reunió con Shimrod.

-Pareces abatido -dijo Murgen-. ¿Cómo fueron las cosas en Ys?

-Bastante bien, en ciertos aspectos. -Shimrod le refirió lo que había ocurrido en la Posada del Sol Poniente y en la villa de Melancthe-. Averigüé poco que no supiéramos ya, excepto la participación de Torqual.

-¡Es importante, y significa una conspiración! Recuerda que primero visitó a Melancthe para saber qué órdenes tenía.

-Pero en la segunda ocasión ignoró las órdenes y se la llevó contra su voluntad.

-Con cierto cinismo, debo señalar que no tuvo que obligarla demasiado.

Shimrod escrutó el fuego.

-¿Qué sabes de Torqual?

-No mucho. Era un noble ska que se convirtió en renegado, y ahora es un forajido que vive del pillaje, la sangre y el terror. Sus ambiciones quizá sean más amplias.

-¿Por qué lo dices?

-¿Acaso no lo insinúa su conducta? El rey Casmir desea que provoque una revuelta entre los barones ulflandeses. Torqual coge el dinero de Casmir y actúa por su cuenta, sin provecho para Casmir. Si Aillas pierde el control de las montañas, Torqual querrá ser el gobernante, y quién sabe a qué aspirará después. ¿Ulflandia del Norte y del Sur? ¿Godelia? ¿El este de Dahaut?

-Por suerte, es una perspectiva improbable.

Murgen miraba fijamente el fuego.

-Torqual es un hombre implacable. Sería un placer colgarlo dentro de una botella al lado de Tamurello. Lamentablemente, no puedo infringir mi propia ley... a menos que me dé razones. Y estas razones pueden estar a punto de surgir.

-¿Por qué?

-La instigadora de este asunto, en mi opinión, tiene que ser Desmei. ¿Dónde se esconde? Está usando una apariencia insospechada o tal vez se oculte donde nadie pueda hallarla. ¡Sus esperanzas florecen y bullen! Se ha vengado de Tamurello, pero no de la raza de los hombres. Aún no está saciada.

-Tal vez viva pasivamente dentro de Melancthe, esperando y observando.

Murgen negó con la cabeza.

-Se vería limitada y demasiado vulnerable, pues yo lo sabría de inmediato. Por otra parte, Melancthe, o una criatura como ella, quizá sea el recipiente que Desmei desee llenar en última instancia.

-Es trágico que una cosa tan bella sea sometida a usos tan humillantes -suspiró Shimrod. Se reclinó en la silla-. Sea como fuere eso no me concierne.

-En efecto. Pero ahora debo olvidar este asunto. Otros problemas requieren mi atención. La estrella Achernar manifiesta una extraña actividad, especialmente en las regiones más alejadas. Entretanto Joald se agita en las profundidades. Debo descubrir si existe una relación.

-En ese caso, ¿qué hay de mí?

Murgen se frotó la barbilla.

-Instalaré un monitor. Si Torqual recurre a la magia, intervendremos. Si es sólo un forajido, por muy cruel que sea, el rey Aillas y sus ejércitos deberán hacerse cargo.

-Yo propiciaría una acción más directa.

-Sin duda. Pero nuestra meta es la participación mínima. El edicto es una fuerza frágil. Si nos sorprenden infringiéndolo, su carácter inhibitorio se esfumará como el humo.

-Una palabra más. Tus demonios están peor que nunca. Amilanarían a una persona tímida. Debes enseñarles mejores modales.

-Me encargaré de ello.

VI

1

Al final del verano, con el olor del otoño en el aire, la familia real salió de Sarris con rumbo a Haidion. Los sentimientos no eran unánimes. El rey Casmir echaría de menos la vida informal de Sarris. La reina Sollace no veía el momento de abandonar aquel rústico ambiente. A Cassander le daba lo mismo: los compañeros de juerga, las doncellas coquetas y las diversiones alegres eran tan accesibles en Haidion como en Sarris, o quizá más. La princesa Madouc, como el rey, dejaba Sarris de mala gana. Comentó a la dama Desdea, no una sino varias veces, que Sarris le sentaba muy bien, y que preferiría no regresar a Haidion. Desdea no le prestó atención y los deseos de Madouc no se vieron realizados. A regañadientes, hosca y aburrida, Madouc subió al carruaje real para emprender el largo viaje de regreso a la ciudad de Lyonesse. Con voz valiente pero hueca, Madouc declaró su intención de cabalgar en Tyfer, señalando que sería mejor para todos. Quienes viajaran en el carruaje disfrutarían de mayor espacio, y el ejercicio haría bien a Tyfer. Desdea enarcó glacialmente las cejas ante la propuesta.

-¡Imposible, desde luego! Se consideraría una conducta escandalosa, propia de una campesina. Las gentes de la campiña te mirarían asombradas... o se echarían a reír al verte trotar orgullosamente entre la polvareda.

-¡No pensaba cabalgar entre la polvareda! Preferiría ir a la cabeza de la procesión, delante del polvo.

-¿Y qué espectáculo darías, encabezando el séquito en tu intrépido corcel Tyfer? Me sorprende que no quieras también llevar cota de malla y enarbolar un estandarte, como un heraldo.

-No pensaba en nada parecido. Yo sólo...

Desdea alzó la mano.

-¡No digas más! Por una vez debes conducirte con dignidad, y viajar con la rema. Se permitirá que tus doncellas se sienten junto a ti en el carruaje, para tu diversión.

-Por eso deseo montar en Tyfer.

-Imposible.

Así se hicieron las cosas. A pesar de la insatisfacción de Madouc, el carruaje partió de Sarris con Madouc sentada frente a la reina Sollace, y con Devonet y Chlodys al lado de la princesa.

En el plazo previsto la partida llegó al castillo de Haidion, y se reanudó la rutina. Madouc volvió a ocupar sus viejos aposentos, que de pronto le parecieron sofocantes. «¡Qué raro! -pensó Madouc-. En un solo verano he crecido siglos, y desde luego me he vuelto mucho más sabia. Me pregunto...» Se llevó las manos al pecho y reparó en dos protuberancias blandas que antes no había notado. Las palpó de nuevo. No había duda. «Espero no llegar a parecerme a Chlodys», pensó Madouc.

Pasó el otoño, y luego el invierno. Para Madouc el hecho más notorio fue el retiro de la dama Desdea, que alegó dolor de espaldas, retortijones nerviosos y un

malestar general. Las malas lenguas susurraron que las perfidias de Madouc y su carácter indómito al fin habían vencido y enfermado a Desdea. Lo cierto es que a fines del invierno Desdea se puso amarillenta, empezó a hincharse y terminó muriendo de hidropesía.

La sucedió una noble más joven y más flexible: Lavelle, tercera hija del duque de Wysceog.

La dama Lavelle, teniendo en cuenta los pasados intentos de educar a la obstinada princesa, cambió de táctica y trató a Madouc con cierta indiferencia. Daba por sentado -al menos eso fingía- que Madouc, atenta a sus propias ventajas, desearía aprender los trucos, señuelos y estratagemas que le permitieran desenvolverse con menos inconvenientes en la corte. Para ello Madouc debía aprender las convenciones que deseaba eludir. Así, contra su voluntad, y comprendiendo en parte la táctica de Lavelle, Madouc asimiló superficialmente algunos procedimientos cortesanos y ciertas tretas de gentil coquetería.

La época de las tormentas llegó a la ciudad de Lyonesse, trayendo consigo furiosos vientos y lluvias impetuosas. Madouc permaneció encerrada en Haidion. Al cabo de un mes el tiempo mejoró y el repentino fulgor del sol bañó la ciudad. Después de tan largo encierro, Madouc ansiaba salir a caminar al aire libre. Sin mejor destino a mano, decidió visitar el jardín oculto donde Suldrun había pasado su vida.

Asegurándose de no ser vista, Madouc recorrió con rapidez la galería. Atravesó el túnel de la Muralla de Zoltra, el podrido portal, y entró en el jardín.

Se detuvo para mirar y escuchar. No se veía ninguna criatura viviente ni se oía ningún sonido excepto el sordo mugido del oleaje. «Qué raro», pensó Madouc. A la pálida luz invernal el jardín lucía menos melancólico que en sus recuerdos.

Madouc descendió por el sendero hasta la playa. El borrascoso oleaje se estrellaba pesadamente contra los guijarros. Madouc se volvió para mirar el jardín. La conducta de Suldrun resultaba más incomprensible que nunca. Según Cassander, no había sido capaz de afrontar los peligros y penurias de una vida vagabunda. Pero ¿a cambio de qué? Una persona astuta, resuelta a sobrevivir, habría podido reducir o eludir los peligros. Pero Suldrun, tímida y apática, había preferido languidecer en aquel oculto jardín hasta morir.

-En cuanto a mí -se dijo Madouc-, habría saltado esa cerca en un santiamén. Después de eso, habría fingido ser varón y leproso. Fingiría ampollas en la cara, para ahuyentar a quien se me acercara, y apuñalaría con un cuchillo a quien no sintiera repugnancia. ¡Si hubiera sido Suldrun, hoy estaría viva!

Madouc volvió camino arriba. Los trágicos acontecimientos del pasado le ofrecían una lección. Primero, Suldrun había aspirado en vano a la misericordia del rey Casmir. La moraleja era obvia: una princesa de Lyonesse debía casarse como deseaba Casmir o ser blanco de su despiadado enojo. Madouc hizo una mueca. El parecido entre el caso de Suldrun y el de ella era alarmante. Aun así, le gustase o no, Casmir tenía que convencerse de que no podía involucrarla en sus proyectos imperiales.

Madouc salió del jardín y tomó el camino de regreso. Un banco de nubes negras se aproximaba desde el Lir, y cuando Madouc se encontraba ya cerca del castillo la sorprendió una ráfaga húmeda, azotándole la falda. El día se oscureció y la tormenta llegó con truenos, relámpagos y lluvia. Madouc se preguntó cuándo terminaría el invierno.

Pasó una semana tras otra, y al fin el sol abrió boquetes de luz en las nubes. El día siguiente amaneció brillante y diáfano.

El rey Casmir, abatido por el mal tiempo, decidió salir a tomar el aire con la reina Sollace, y de paso exhibirse ante los habitantes de la ciudad de Lyonesse. Pidió el carruaje ceremonial, que pronto frenó ante el castillo. Los miembros de la familia real ocuparon sus sitios: el rey Casmir y la rema Sollace mirando hacia delante; el príncipe Cassander y la princesa Madouc enfrente.

La procesión inició la marcha. Un heraldo enarbolaba los emblemas reales, que consistían en un negro Árbol de la Vida sobre campo blanco, con una docena de granadas escarlatas colgando de las ramas. A continuación iban tres jinetes con armadura, cota de malla y yelmo de hierro, empuñando alabardas, seguidos por el carruaje abierto con su real cargamento. En la retaguardia marchaban tres jinetes con armadura.

La procesión avanzó por el Sfer Arct, lentamente, de modo que la gente de la ciudad pudiera salir a mirar y soltar ovaciones.

Al pie del Sfer Arct, la procesión viró a la derecha y continuó por el Chale hasta el emplazamiento de la nueva catedral. Allí el carruaje se detuvo y la familia real se apeó para inspeccionar la obra. El padre Umphred se les acercó de inmediato.

No era un encuentro accidental. El padre Umphred y la reina Sollace habían realizado extensos cálculos sobre cómo hacer para que el rey se interesara por la catedral. El padre Umphred, de acuerdo con sus planes, se apresuró a proponer un paseo por la obra inconclusa.

-Ya veo bastante desde aquí -respondió bruscamente el rey Casmir.

-¡Como desees, majestad! Aun así, todos los matices de Sanctíssima Sollace serán más visibles desde cerca.

El rey Casmir echó una ojeada.

-Vuestra secta no es numerosa. El edificio es demasiado grande para su fin.

-Creemos honestamente lo contrario -dijo jovialmente el padre Umphred-. En todo caso, la magnificencia y la grandeza ¿no están más en consonancia con la Sanctíssima Sollace que una tosca capilla de madera y lodo?

-No me impresionan ni la una ni la otra -replicó Casmir-. He oído decir que en Roma y en Rávena las iglesias están tan atiborradas de ornamentos de oro y chucherías enjoyadas que no hay espacio para nada más. Ten la certeza de que ni un penique de las arcas reales de Lyonesse se invertirá en esas extravagancias.

El padre Umphred rió forzadamente.

-Majestad, opino que una catedral enriquecerá a la ciudad, y no al contrario. Por eso mismo, si es espléndida obrará el mismo efecto, pero con mayor rapidez. -El padre Umphred tosió delicadamente-. Recordarás que en Roma y en Rávena el oro no vino de quienes construyeron las catedrales, sino de quienes iban a adorar.

-¡Ja! -El rey Casmir estaba interesado a pesar de sus prejuicios-. ¿Y cómo se logró ese milagro?

-No es un misterio. Los adoradores esperan conseguir favores de la Divinidad mediante sus aportes financieros. -El padre Umphred extendió las manos-. ¡Quién sabe! ¡Quizá la creencia esté bien fundada! Nadie ha demostrado lo contrario.

-Aja.

-¡Una cosa es segura! Cada peregrino que llegue a la ciudad de Lyonesse saldrá con el espíritu enriquecido, aunque más pobre en bienes mundanos.

El rey Casmir estudió la inconclusa catedral con nuevos ojos.

-¿Cómo esperas atraer a peregrinos ricos y generosos?

-Algunos vendrán a adorar y a participar en los ritos. Otros pasarán horas en el silencio de la gran nave, como sumergiéndose en una santa infusión. Otros vendrán a maravillarse de nuestras reliquias, para sentir la majestuosidad de su presencia. Estas reliquias son de importancia crucial, pues atraen a peregrinos de sitios remotos con gran eficacia.

-¿Reliquias? ¿De qué hablas? No tenemos ninguna, que yo sepa.

-Es un tema interesante -dijo el padre Umphred-. Hay reliquias de muchas clases, y se pueden clasificar en diversas categorías. Las primeras y más preciadas son las que se asocian directamente con el Señor Jesucristo. En el segundo rango, de gran excelencia, hallamos objetos asociados con alguno de los Santos Apóstoles. En el tercer rango tenemos reliquias de la antigüedad, a menudo preciosas y raras: por ejemplo, la piedra con la que David mató a Goliat, o una sandalia de Sadrac con quemaduras en la suela. En el cuarto rango hay interesantes objetos asociados con algunos de los santos. También están lo que llamaré reliquias incidentales, más interesantes por asociación que por esencia sagrada. Por ejemplo, una zarpa del oso que devoró a san Gandolfo, o una ajorca del brazo de la prostituta que Jesús defendió frente al templo, o la oreja disecada de uno de los cerdos gadarenos. Lamentablemente, muchas de las mejores y más maravillosas reliquias han desaparecido, o jamás se hallaron. Por otra parte, a veces aparecen artículos de calidad garantizada, e incluso se ponen en venta. Uno debe ser cauto, por cierto, cuando efectúa tales compras.

El rey Casmir se acarició la barba.

-¿Cómo saber si las reliquias son genuinas?

El padre Umphred frunció los labios.

-Si un objeto falso se guardara en un terreno santificado, un rayo divino destruiría el artículo engañoso y también al culpable del fraude, o eso me han dicho. Peor aún, el humillado hereje languidecería por siempre en los pozos más hondos del infierno. Esto es bien sabido, y es nuestra salvaguarda y garantía.

-Hmm. ¿Y ese rayo divino desciende a menudo?

-No conozco el número de casos.

-¿Y cómo propones adquirir tus reliquias?

-Por diversos medios. Algunas llegarán como obsequios; enviaremos agentes para buscar las demás. La reliquia más codiciada es el Santo Grial, que el Salvador usó en la Última Cena, y que José de Arimatea utilizó para recibir la sangre de las divinas heridas. Luego lo llevó a la abadía de Glastonbury, en Gran Bretaña; desde allí fue trasladado a una isla sagrada de Lough Corrib, en Irlanda. Alguien lo trajo desde allí a las Islas Elder para resguardarlo de los paganos, pero se desconoce el paradero actual.

-Interesante historia -dijo el rey Casmir-. Te convendría conseguir ese Grial para tu exhibición.

-¡Sólo nos resta esperar y soñar! Si poseyéramos el Grial, al instante seríamos la iglesia más orgullosa de la Cristiandad.

La reina Sollace no pudo contener un grito de excitación. Volvió sus húmedos ojos hacia el rey Casmir.

-Señor, ¿no está claro? Debemos tener las mejores y más excelentes reliquias. ¡Ninguna otra cosa servirá!

El rey Casmir se encogió de hombros.

-Haz lo que te plazca, mientras no extiendas documentos a pagar por el tesoro real. Ésa es mi firme resolución.

-¿Pero no está claro? ¡Cada pequeña suma pagada ahora se nos devolverá centuplicada! ¡Y todo contribuirá a la mayor gloria de nuestra maravillosa catedral!

-¡Exactamente! -añadió el padre Umphred con voz meliflua-. Como de costumbre, querida reina, tu comentario es sabio y penetrante.

-Regresemos al carruaje -dijo el rey Casmir-. He visto todo lo que quería ver, y oído más de la cuenta.

2

Los meses del año siguieron su curso y el invierno se convirtió en primavera. Varios acontecimientos animaron ese período. El príncipe Cassander se vio envuelto en un escándalo y fue enviado al fuerte Mael, cerca de la frontera de Blaloc, a reflexionar sobre sus desmanes mientras se apaciguaba.

Desde Ulflandia del Sur llegaron nuevas de Torqual. Había conducido su banda en una incursión contra la aislada y aparentemente indefensa fortaleza de Framm, pero había caído en una emboscada tendida por tropas ulflandesas. En la escaramuza Torqual perdió la mayor parte de sus hombres y tuvo suerte de escapar con vida.

Otro acontecimiento importante para Madouc, fue el compromiso de su agradable y pretendidamente informal preceptora, Lavelle. Los preparativos para su boda con Garstang de Twanbow la obligaron a marcharse de Haidion para regresar a Pridart.

La nueva preceptora de Madouc fue la dama Vosse, hija solterona de un primo segundo del rey, Vix de Mayosilvestre Tetratorre, una localidad cercana a Slute Skeme. Rumores malévolos sugerían que Vosse había sido engendrada por un vagabundo godo durante una de las ausencias de Vix; fuera como fuese, la dama Vosse no se parecía a sus tres hermanas menores, que eran esbeltas, morenas, amables y lo bastante atractivas como para hallar esposo. En cambio Vosse era alta, con pelo gris hierro, huesos grandes, un rostro cuadrado de granito, ojos grises bajo cejas grises y un temperamento exento de aquella ligereza que agraciaba a Lavelle a los ojos de Madouc.

Tres días después de la partida de Lavelle, la reina Sollace llamó a Madouc a sus aposentos.

-¡Adelante, Madouc! He aquí a la dama Vosse, la cual asumirá los deberes que Lavelle ha abandonado con cierta premura. De aquí en adelante, Vosse supervisará tu educación.

Madouc estudió a la dama Vosse.

-Por favor, majestad, creo que tal supervisión ya no es necesaria.

-Me alegraría que así fuera. En todo caso, la dama Vosse se cerciorará de que seas una experta en las materias adecuadas. Al igual que yo, sólo se conformará con la excelencia, y debes consagrar todas tus energías a esta finalidad. • -Me han dicho que la dama Lavelle -terció la dama Vosse- tenía pautas flexibles que no lograban comunicar la exactitud de cada lección. Lamentablemente, la víctima de tal laxitud es la princesa Madouc, que ha tomado por costumbre el holgazanear.

-¡Me complace oír esas palabras, que tanta dedicación prometen! -dijo la reina Sollace-. Madouc jamás ha amado la exactitud ni la disciplina. Estoy segura, dama Vosse, que tú remediarás esa carencia.

-Haré lo posible. -Vosse se volvió hacia Madouc-. Princesa, no exijo milagros. ¡Sólo necesitas esmerarte!

-En efecto -dijo la reina-. Madouc, ¿entiendes este nuevo principio?

-Una pregunta -replicó Madouc-. ¿Yo soy la princesa real?

-Sí, desde luego.

-En ese caso, la dama Vosse debe obedecer mis reales órdenes y enseñarme lo que yo desee aprender.

-¡Ja! -exclamó Sollace-. Tus argumentos son válidos hasta cierto punto, pero aún eres demasiado inexperta para saber lo que te conviene. La dama Vosse es muy sabia en este sentido, y dirigirá tu educación.

-¡Por favor, majestad! ¡Podría ser una educación errónea! ¿Debo aprender a ser como la dama Vosse?

Vosse habló con voz mesurada:

-¡Aprenderás lo que yo decida enseñarte! ¡Lo aprenderás bien! ¡Y eso redundará en tu bienestar!

La reina Sollace agitó la mano.

-Eso es todo, Madouc. Puedes irte. No hay más que decir sobre el tema.

La conducta de Madouc no tardó en dar a la dama Vosse motivos de queja.

-No me propongo derrochar tiempo ni palabras blandas contigo. Lleguemos a un entendimiento: si no obedeces mis instrucciones con precisión y sin objeciones, acudiré de inmediato a la reina y le pediré autorización para zurrarte como es debido.

-Ésa sería una conducta inapropiada -señaló Madouc.

-Ocurriría en privado y nadie lo sabría, excepto tú y yo. Más aún, a nadie le importaría... salvo a ti y a mí. Te aconsejo que tengas cuidado. Es posible que me concedan ese privilegio, y yo lo aceptaría con gusto, pues tu contumacia es tan ofensiva como tu risueña insolencia.

-Esos comentarios son insultantes -observó Madouc-, y te prohíbo presentarte ante mí hasta que pidas disculpas. Además, ordeno que te bañes con mayor frecuencia, pues apestas a cabra o algo similar. Puedes marcharte.

La dama Vosse miró a Madouc sin poder creer lo que oía. Giró sobre sus talones y se marchó de la habitación. Una hora más tarde Madouc tuvo que presentarse en los

aposentos de la reina Sollace, y allí se dirigió con pasos lentos y embargada por malos presentimientos. La reina Sollace reposaba en un sillón tapizado mientras Ermelgart le cepillaba el cabello. A un lado estaba el padre Umphred, leyendo un libro de salmos. Al otro lado, rígida sobre un banco, estaba la silenciosa dama Vosse.

-Madouc -graznó la reina Sollace-, estoy disgustada contigo. La dama Vosse me ha referido tu insolencia y tu insubordinación. ¡Ambas parecen estudiadas y deliberadas! ¿Qué tienes que decir en tu defensa?

-La dama Vosse no es una persona agradable.

La reina rió incrédulamente.

-Aunque tu opinión fuera acertada, ¿qué importancia tiene, mientras ella cumpla con su deber?

Madouc intentó una réplica jocosa.

-Ella es la culpable de insolentarse ante mí, una princesa real. Debe disculparse de inmediato, u ordenaré que le den una buena azotaina. El padre Umphred puede empuñar el azote, incluso, mientras golpee con fuerza, sin pausa y en el sitio correcto.

La dama Vosse lanzó un grito de alarma.

-¿Qué tonterías dice esta niña? ¿Está loca?

El padre Umphred no pudo contener una risita. La dama Vosse le clavó una mirada glacial y el padre guardó silencio.

-Madouc -dijo severamente la reina-, tus extravagantes palabras nos han dejado sin habla. ¡Recuérdalo! La dama Vosse actúa en mi nombre, y cuando la desobedeces a ella me desobedeces a mí. Al parecer no permites que se te peine correctamente ni abandonas esas toscas ropas que llevas en este instante. ¡Por favor! Son apropiadas para un labriego, no para una delicada princesa real.

-Estoy de acuerdo -dijo la dama Vosse-. Ya no es una niña, sino una doncella en flor, y debe observar el decoro preciso.

Madouc hinchó los carrillos.

-No me gusta que me tironeen del pelo hasta que se me inflan los ojos. En cuanto a mi ropa, llevo lo que es sensato. ¿Por qué ir con un fino vestido al establo, si voy a arrastrar el borde por el estiércol?

-¡En tal caso, no vayas al establo! -exclamó la rema Sollace-. ¿Acaso me has visto a mí de jarana entre los caballos, o a Vosse sentada junto al estiércol? ¡Claro que no! ¡Observamos las imposiciones del rango y el lugar! En cuanto a tu cabello, la dama Vosse desea peinarlo de manera elegante, y enseñarte la conducta cortesana, para que los jóvenes pretendientes no te consideren un fenómeno cuando te vean en un baile o una celebración.

-No me considerarán un fenómeno porque no iré a bailes ni a celebraciones.

La reina clavó los ojos en Madouc.

-Irás si se te ordena. Pronto empezará a hablarse de tu compromiso matrimonial, y has de lucir presentable. Recuérdalo siempre: eres la princesa Madouc de Lyonesse y debes parecerlo.

-Precisamente -dijo Madouc-. Soy la princesa Madouc, con alto rango y autoridad. Acabo de ordenar una azotaina para la dama Vosse. ¡Quiero obediencia inmediata!

-Sí -dijo la reina Sollace con tono sombrío-. Me encargaré de ello. Ermelgart, saca cinco ramas largas de la escoba. Que sean fuertes y flexibles.

Ermelgart se apresuró a obedecer.

-Sí, éstas son adecuadas -dijo la reina-. Pues bien, empecemos con la azotaina. ¡Madouc, ven aquí!

-¿Para qué?

La reina Sollace agitó las ramas.

-No me agradan estas cosas. Me hacen transpirar. Sin embargo, si hay que hacerlo, hay que hacerlo bien. Ven aquí, y bájate la ropa interior.

-Sería tonto hacer lo que me sugieres -dijo Madouc con voz trémula-. Es mucho más sensato mantenerme bien lejos de ti y de tus ramas.

-¿Me desafías? -bramó la reina. Se levantó-. ¡Daré buen uso a este azote!

Despojándose de su manto con un ademán, Sollace avanzó. El padre Umphred, cogiendo el libro de salmos con los dedos, irradiaba felicidad; la dama Vosse se mantuvo erguida y severa. Madouc miró desesperadamente a todas partes. Una vez más se imponía la injusticia, y todos se empeñaban en aplastarle el orgullo.

Madouc se relamió los labios, movió los dedos y lanzó un suave siseo. La reina se puso a temblar con las rodillas flojas, la boca abierta, los brazos trémulos, agitando los dedos hasta soltar el azote y entrechocando los dientes como guijarros en una caja. El padre Umphred, que aún lucía su sonrisa benévola, chilló y gorjeó; luego, parloteando como una ardilla furiosa, se agachó y se puso a patear como si danzara una giga celta. Ermelgart y la dama Vosse también habían sido afectadas, pero sólo parloteaban y rechinaban los dientes.

Madouc dio media vuelta para marcharse, pero se topó con la mole del rey Casmir. El rey se detuvo en el pasillo, -¿Qué ocurre? ¿Por qué todos se portan de modo tan estrafalario?

-Majestad -se quejó el padre Umphred-, la princesa Madouc ha aprendido trucos de bruja. Conoce un sortilegio para sumirnos en un arranque de confusión, de modo que nos castañetean los dientes y nuestros cerebros dan vueltas como aros giratorios.

-¡El padre Umphred dice la verdad! -graznó Sollace-. Madouc siseó, o silbó, y al punto nuestros huesos se volvieron gelatina, y nuestros dientes rechinaron y castañetearon una y otra vez.

El rey Casmir miró a Madouc.

-¿Qué hay de verdad en esto?

-Creo que la reina Sollace -dijo pensativamente Madouc- recibió malos consejos y empezó a azotarme, y luego su natural bondad la detuvo. Yo ordené que azotaran a la dama Vosse. Espero que tú te encargues de ello.

-¡Pamplinas! -espetó Vosse-. ¡Ese maldito trasgo siseó y todos tuvimos que parlotear y saltar!

-¿Bien, Madouc? -preguntó el rey Casmir.

-No es nada importante. -Madouc intentó sortear a Casmir para ganar la puerta-. Majestad, excúsame, por favor.

-¡No te excuso! ¡No, desde luego, hasta que se hayan aclarado las cosas! ¿Qué son esos «siseos»?

-Es un pequeño don, majestad... nada más.

-¿«Un pequeño don»? -exclamó la reina Sollace-. ¡Todavía me tiemblan los dientes! ¡Recordarás que Desdea se quejó de cosas similares en Sarns!

Casmir frunció el ceño.

-¿Dónde aprendiste ese truco?

-Majestad, será mejor para todos si consideramos ese asunto como mi secreto personal.

Casmir la miró atónito.

-¡Qué descaro! -exclamó al fin-. ¡Condescendencia en una mocosa! Ermelgart, trae el azote.

Madouc trató de huir a la carrera, pero el rey Casmir la atrapó y la tumbó sobre su pierna. Cuando Madouc intentó sisear, el rey le tapó la boca con la mano y le puso un pañuelo entre los dientes.

Cogiendo el látigo, le propinó seis buenos azotes, haciendo silbar las ramas en el aire.

El rey Casmir la soltó y Madouc se incorporó lentamente, con lágrimas de humillación y rabia en las mejillas.

-¿Y qué piensas de eso, niña escurridiza? -preguntó sardónicamente el rey, Madouc se levantó apoyándose ambas manos en las doloridas nalgas.

-Creo que le pediré a mi madre que me enseñe nuevos trucos.

Casmir abrió la boca, pero calló de repente.

-Tu madre está muerta -dijo, tras un momento de tensión.

En su furia, Madouc sólo pensaba en desligarse totalmente de Casmir y Sollace.

-Mi madre no era Suldrun, y tú lo sabes muy bien.

-¿Qué estás diciendo? -rugió azorado Casmir-. ¿Más insolencias?

Madouc moqueó y decidió callar.

-¡Si yo digo que tu madre está muerta, está muerta! -continuó Casmir-. ¿O quieres otra zurra?

-Mi madre es el hada Twisk -dijo Madouc-. Zúrrame cuanto quieras, no cambiarás nada. En cuanto a mi padre, todavía es un misterio, y yo sigo sin linaje.

-Vaya -di) o Casmir, pensando en esto y en lo otro-. En efecto. Todos deberían tener un linaje.

-Me alegra que estés de acuerdo, pues uno de estos días me propongo salir a averiguarlo.

-¡No es necesario! -exclamó Casmir-. Eres la princesa Madouc y tu linaje o tu carencia de linaje no se cuestionan.

-Un buen linaje es mejor que su carencia.

-En efecto. -Casmir miró en torno y notó que todos los presentes lo miraban. Hizo una seña a Madouc-. Ven.

El rey Casmir la condujo a sus aposentos. Señaló un sofá.

-Siéntate.

Madouc se acomodó con delicadeza sobre los cojines, tratando de no acentuar su dolor y mirando con recelo al rey.

El rey Casmir caminó de un lado a otro de la habitación. La ascendencia de Madouc era irrelevante mientras nadie conociera los hechos. La princesa Madouc se podía utilizar para cimentar una alianza valiosa. Una Madouc ilegítima carecía de todo valor en ese sentido. Casmir se detuvo.

-¿Sospechas, pues, que Suldrun no era tu madre?

-Mi madre es Twisk. Ella está viva y es un hada.

-Seré franco -dijo Casmir-. Sabíamos que te habían cambiado, pero eras un bebé tan delicioso que no pudimos dejarte. Te adoptamos en nuestros corazones como «princesa Madouc». Así son las cosas hoy. Disfrutas de todos los privilegios de la realeza, y también de las obligaciones. -Casmir, cambiando la modulación de la voz, observó a Madouc con disimulo-. A menos, desde luego, que el verdadero hijo de Suldrun viniera a reclamar sus derechos. ¿Qué sabes de él?

Madouc se movió en el asiento para calmar las punzadas que sentía en las nalgas.

-Pregunté por mi linaje, pero en vano.

-¿No te enteraste del destino del otro niño, el hijo de Suldrun, que tendría tu misma edad?

Con gran esfuerzo, Madouc ahogó una risa burlona. Un año en el sbee de las hadas significaba un tiempo mucho más largo en el mundo exterior, quizá siete, ocho o nueve años. No se podía establecer una correspondencia exacta. Casmir no tenía idea de ello.

-Para mí no significa nada -dijo Madouc-. Tal vez todavía esté vagando por el sbee. O tal vez esté muerto. El Bosque de Tantrevalles es un lugar peligroso.

-¿Por qué sonríes? -preguntó Casmir.

-Es una mueca de dolor. ¿No recuerdas? Me propinaste seis buenos golpes. Yo lo recuerdo bien.

-¿Y qué significa eso? -preguntó Casmir.

Madouc abrió los inocentes ojos azules.

-Significa sólo lo que dicen las palabras mismas. ¿No es ése el modo en que hablas?

Casmir frunció el ceño.

-Bien, no nos amarguemos por rencillas del pasado. Nos aguardan tiempos felices. ¡Ser princesa de Lyonesse es algo excelente!

-Espero que así se lo comuniques a la dama Vosse, para que obedezca mis órdenes o, mejor aún, regrese a Mayosilvestre Tetratorre.

El rey Casmir se aclaró la garganta.

-En cuanto a eso, quién sabe. Quizá la reina Sollace tenga algo que decir. Pues bien. Desde luego, no podemos andar divulgando nuestros secretos. Perderías toda oportunidad de un matrimonio conveniente. Por lo tanto, sepultaremos estos hechos en la oscuridad. Hablaré con Ermelgart, con el sacerdote y con la dama Vosse; ellos no dirán nada. Y, como siempre, tú eres la encantadora princesa Madouc, a la que tanto amamos.

-Me siento mal -dijo Madouc-. Creo que me iré. -Se puso de pie y enfiló hacia la puerta. Se detuvo para mirar por encima del hombro, y notó que Casmir la miraba con expresión meditabunda, las piernas separadas, las manos a la espalda.

-No lo olvides -murmuró Madouc-. No quiero saber nada más sobre la dama Vosse. Ha resultado ser una vergüenza y un fracaso. -El rey Casmir gruñó, sonido que podía significar cualquier cosa. Madouc dio media vuelta y se marchó.

3

La primavera se transformó en verano, pero ese año no habría mudanza a Sarris. Asuntos de estado habían impuesto tal decisión, pues el rey Casmir se encontraba involucrado en un juego peligroso que se debía controlar con precisión y delicadeza.

Todo había comenzado con una repentina agitación en el reino de Blaloc. Casmir esperaba sacar partido de la situación, con la suficiente habilidad para que ni el rey Audry ni el rey Aillas pudieran protestar.

Los disturbios de Blaloc surgían de una dolencia sufrida por el rey Milo. Tras una larga devoción a las alegrías del pichel, el tonel y la jarra, había sucumbido finalmente a las articulaciones hinchadas, la gota y la inflamación del hígado, y yacía en la oscuridad, al parecer moribundo, hablando entrecortadamente. Como nutrición, los médicos sólo le permitían huevos crudos y batidos en suero de manteca y algunas ostras, pero el régimen parecía tener pocos efectos benéficos.

De los tres hijos del rey Milo, sólo había sobrevivido el menor, el príncipe Brezante, ahora heredero forzoso del trono. Brezante carecía de carácter, y por diversas razones era impopular entre muchos nobles.

Otros, leales al rey Milo y a la Casa de Valeu, brindaban a Brezante un respaldo poco ferviente. Cuando el rey Milo comenzó a declinar, las facciones adoptaron posturas más rígidas y se empezó a hablar de guerra civil.

La autoridad del rey Milo menguaba día a día, al ritmo de su salud, y los duques de las provincias exteriores gobernaban sus feudos como monarcas independientes.

El rey Casmir aspiraba a aprovechar estas confusas circunstancias. Maquinó una serie de pequeñas pero irritantes provocaciones entre los barones de las fronteras

de Lyonesse y los duques disidentes cuyas tierras resultaban convenientes para sus planes. Cada día se realizaba una nueva incursión a Blaloc desde remotos rincones de Lyonesse.

Tarde o temprano, esperaba Casmir, alguno de los impulsivos duques de Blaloc, celoso de sus prerrogativas, iniciaría una represalia. Entonces Casmir -so pretexto de mantener el orden, conservar la paz y respaldar el gobierno del rey Milo- enviaría una fuerza abrumadora desde el cercano fuerte Mael y conquistaría el control de Blaloc.

Luego, respondiendo a las súplicas de las facciones contrarias al príncipe Brezante, el rey Casmir accedería graciosamente a ponerse la corona de Blaloc, uniendo este reino al de Lyonesse. Y ni el rey Audry de Dahaut ni el rey Aillas de Troicinet podrían acusarlo de conducta impropia.

Las semanas se sucedían mientras el rey Casmir jugaba su delicada y cauta partida. Los duques disidentes de Blaloc, si bien estaban irritados por las incursiones lionesas, intuían los peligros de una represalia y se contenían. En Twissamy, el príncipe Brezante, recién casado con una joven princesa del reino de Bor, en el sur de Gales, abandonó sus deberes conyugales el tiempo suficiente para comprender que no todo andaba bien en su reino. Los nobles leales al rey Milo protestaron hasta que al fin el príncipe envió despachos a Audry y Aillas, alertándolos sobre la gran cantidad de incursiones, saqueos y provocaciones que se realizaban en la frontera lionesa.

La respuesta del rey Audry estaba plagada de vaguedades. El rey sugería que quizá Milo y Brezante hubieran interpretado mal algunos incidentes lamentables pero insignificantes. Aconsejaba discreción al príncipe Brezante: «Ante todo, debemos recelar de conjeturas o supuestos, o de lo que yo llamo "saltos en la oscuridad". Los actos impetuosos a menudo son infructuosos y precipitados. No debemos clamar que se derrumba el cielo cada vez que cae una bellota. Este principio de gobierno fuerte y ecuánime es mi predilecto, y es el que te propongo, con la esperanza de que lo halles igualmente útil. En todo caso, cuenta con nuestros benévolos buenos deseos.» El rey Aillas respondió de otra manera. Zarpó desde Dorareis con una flota de nueve buques de guerra, anunciando que iba a realizar «maniobras navales». Como llevado por un impulso repentino, efectuó una visita «espontánea» a la ciudad de Lyonesse a bordo del Sangranada, una galeaza de tres mástiles.

Cuando el Sangranada estuvo frente a la costa, Aillas envió un bote a tierra con un despacho para el rey Casmir, requiriendo autorización para entrar en el puerto. Anunciaba que su visita era fortuita, por lo que sería informal y desprovista de ceremonia; con todo, esperaba deliberar con el rey Casmir sobre asuntos de interés común.

La autorización de ingreso se otorgó de inmediato; el Sangranada atravesó la entrada del puerto y fue amarrado junto a un muelle. El resto de la flota permaneció lejos de la costa y ancló en la rada abierta.

Con un pequeño séquito, Aillas y Dhrun desembarcaron del Sangranada. El rey Casmir los aguardaba en su suntuoso carruaje; el grupo enfiló hacia el castillo de Haidion por el Sfer Arct.

Durante la marcha Casmir manifestó preocupación por los barcos anclados en la rada.

-Mientras el viento sea ligero y sople desde el mar o desde el oeste, no hay peligro. Pero si cambia el viento, tus naves deben hacerse a la mar de inmediato.

-Por esa razón nuestra estancia será breve -dijo Aillas-. Pero calculo que el tiempo no cambiará en un par de días.

-Es una pena que debas partir tan pronto -dijo cortésmente Casmir-. Tal vez haya tiempo para concertar una justa. Es posible que tú y el príncipe Dhrun deseéis participar.

-Yo no -dijo Aillas-. Ese deporte consiste en recibir golpes y magulladuras y en caerse del caballo. No me apetece.

-¿Y Dhrun?

-Soy más apto para el diábolo.

-Como gustéis -dijo el rey Casmir-. Nuestro agasajo, pues, será muy informal.

-Me parece perfecto -dijo Aillas. Como siempre, cuando hablaba con el rey Casmir, se maravillaba de su capacidad para el disimulo, pues Casmir era la persona que más odiaba en el mundo-. Aun así, como los vientos han tenido la amabilidad de impulsarnos hasta tus costas, podríamos pasar un par de horas provechosas comentando la situación general.

El rey Casmir asintió.

-Así será.

Aillas y Dhrun ocuparon aposentos en la Torre Este, donde se bañaron y cambiaron de vestimenta para cenar con la familia real. Para la ocasión Casmir escogió el Salón Verde, así llamado por los paneles de sauce moteado de verde y la gran alfombra, verde grisácea con profusión de flores rojas.

Cuando Aillas y Dhrun llegaron al salón, encontraron ya presente a la familia real. No había más huéspedes presentes; la cena sería, por lo visto, totalmente informal. El rey Casmir estaba junto al hogar, cascando nueces, comiendo el contenido y arrojando la cáscara al fuego. Sollace estaba sentada cerca de él, escultural como siempre, las trenzas de cabello rubio ceñidas por una red de perlas. Madouc estaba a su lado, escrutando el fuego con expresión remota. Se había dejado enfundar en un vestido azul oscuro con un volante blanco en el cuello; una cinta blanca le ceñía el pelo, formando bucles ordenados que le enmarcaban la cara de un modo favorecedor. La dama Etarre, que supervisaba el guardarropa de Madouc, pues ésta no permitía que Vosse entrara en sus aposentos, había comunicado a la reina Sollace:

-Por una vez ha permitido que le modifiquemos esa traza de fierecilla.

-Sus estados de ánimo son incomprensibles -gruñó Vosse.

-Rehúso especular -dijo la reina Sollace con un suspiro-. Gracias, Etarre, puedes irte. -La dama Etarre hizo una reverencia y se marchó. La reina Sollace continuó-: Con su dudoso origen, un tema que por cierto se nos prohibe comentar, su volubilidad no debe sorprendernos.

-Una situación extraordinaria -declaró Vosse-. Con todo, las órdenes del rey son claras y no me corresponde a mí dudar de su sabiduría.

-No hay ningún misterio -dijo la reina-. Esperamos desposarla ventajosamente. Entretanto, debemos soportar sus caprichos.

Sentada en el Salón Verde, la reina Sollace evaluó disimuladamente a Madouc. Nunca sería una auténtica belleza, aunque sin duda ejercía una rara fascinación. No tenía suficientes carnes allí donde importaba, ni había esperanzas de que las hubiese

algún día. «Una lástima», pensó Sollace. La redondez y la amplitud eran los ingredientes esenciales de una buena apariencia. A los hombres les apetecía asir algo sustancioso cuando tenían ganas: tal era la experiencia de la rema Sollace.

Con la llegada de Aillas y Dhrun, los presentes ocuparon sus sitios a la mesa: el rey Casmir en un extremo, el rey Aillas en el otro, la reina Sollace en un costado, Dhrun y Madouc en el otro.

La cena, como había prometido Casmir, consistió en un refrigerio bastante sencillo: salmón remojado en vino, un guiso de pitorra, cebollas y cebada; cabeza de oveja hervida con perejil y pasas; patos asados con un relleno de aceitunas y nabos; un anca de venado en salsa roja; y un postre a base de quesos, lengua en salmuera, peras y manzanas.

Madouc apenas tomó un trozo de ave, bebió un sorbo de vino y algunas uvas del centro de mesa. Ante los intentos de conversación de Dhrun, Madouc respondió sin espontaneidad. El asombrado príncipe se preguntó si aquélla era la conducta normal de la princesa en presencia del rey y la reina.

La comida llegó a su fin. Durante un rato el grupo se quedó bebiendo un vino suave y dulzón conocido como Fialorosa, servido en las tradicionales copas de vidrio púrpura, trabajadas de tal modo que no había dos iguales. Finalmente el rey Casmir anunció su intención de retirarse; todos se levantaron, se despidieron y se encaminaron hacia sus respectivas habitaciones.

Por la mañana, Aillas y Dhrun desayunaron en una pequeña sala contigua a sus aposentos. Al poco el senescal Mungo se presentó para anunciar que el rey Casmir se alegraría de conferenciar con el rey Aillas a su conveniencia; de inmediato, si le complacía. Aillas aceptó la propuesta y Mungo lo condujo hasta la sala de estar del rey, donde Casmir se levantó para recibirlo.

-¿Quieres sentarte? -sugirió Casmir, señalando una silla. Aillas se sentó con una reverencia. Casmir ocupó una silla similar. A una señal del rey, Mungo se retiró.

-Esta no es sólo una ocasión agradable -dijo Aillas-, sino que nos brinda una oportunidad de intercambiar opiniones. No nos comunicamos a menudo.

Casmir asintió.

-Aun así, el mundo permanece en su sitio. Esa deficiencia no ha causado grandes cataclismos.

-No obstante, el mundo cambia y ningún año es igual al siguiente. Si hubiese comunicación entre ambos, y coordinación entre nuestras políticas, al menos evitaríamos el riesgo de sorprendernos mutuamente.

El rey Casmir agitó la mano en un ademán afable.

-Es una idea persuasiva, aunque un poco excesiva. La vida en Lyonesse sigue un ritmo rutinario.

-Empero, es asombroso cómo ciertos episodios pequeños o rutinarios, triviales en sí mismos, puedan causar hechos relevantes.

-¿Te refieres a algún episodio en particular? -preguntó cautelosamente el rey Casmir.

-Nada de especial. El mes pasado supe que el rey Sigismondo el Godo pretendía enviar una partida de desembarco a la costa norte de Wysrod, donde se apoderaría de

tierras para desafiar al rey Audry. Fue disuadido sólo porque sus consejeros le aseguraron que al instante se toparía con todo el poderío de Troicinet, además de los ejércitos daut, y que le esperaba un desastre seguro. Sigismondo desistió, y ahora planea una expedición contra el reino de Kharesm.

Casmir se acarició la barba pensativamente.

-No tenía la menor noticia.

-Qué raro -dijo Aillas-. Tus agentes son célebres por su eficacia.

-No eres el único que teme a las sorpresas -di) o Casmir con una sonrisa agria.

-¡Es extraordinario que digas eso! Anoche mi mente era un hervidero de actividad, y me quedé despierto elaborando planes. Deseo proponerte uno de ellos. Que, en efecto, y por usar tus palabras, eliminaría el componente del temor a las sorpresas.

-¿Cuál es esa propuesta? -preguntó Casmir con escepticismo.

-Sugiero rápidas consultas en caso de emergencia, tal como una invasión goda, o cualquier otro atentado contra la paz, con miras a una respuesta coordinada.

-Vaya -dijo Casmir-. Tu plan podría ser difícil de ejecutar.

Aillas rió cortésmente.

-Espero no haber exagerado el alcance de mis ideas. No son muy diferentes de las metas que manifesté el año pasado. Las Islas Elder están en paz; ambos debemos asegurarnos de que esta paz continúe. El año pasado mis mensajeros ofrecieron alianzas defensivas a cada reino de las Islas Elder. Tanto el rey Kestrel de Pomperol como el rey Milo de Blaloc aceptaron nuestras garantías; por ende, los defenderemos contra cualquier ataque. Me cuentan que el rey Milo está enfermo y también debe lidiar con sus duques desleales. Por esta razón, la flota que ahora está anclada en la rada pondrá rumbo a Blaloc, para hacer patente nuestra confianza en el rey Milo y contener a sus enemigos. No mostraré misericordia con quien intente subvertir su gobierno o la sucesión legítima. Blaloc debe conservar la independencia.

Casmir calló un instante.

-Esas excursiones solitarias se pueden interpretar mal -dijo al fin.

-Eso es precisamente lo que me preocupa. Por ello me agradaría contar con tu aprobación, para que no haya errores, y así los enemigos del rey Milo quedarían derrotados de antemano.

El rey Casmir sonrió extrañamente.

-Ellos podrían argumentar que su causa es justa.

-Lo más probable es que aspiren a buscar favores dentro de un régimen nuevo e imprevisible, lo cual sólo acarrearía problemas. Lo más conveniente sería una sucesión legítima para ocupar el trono.

-Lamentablemente, el príncipe Brezante es débil y carece de popularidad. De ahí los disturbios internos de Blaloc.

-El príncipe Brezante es apropiado para las necesidades de Blaloc, que no son difíciles de satisfacer. Desde luego, preferiríamos que el rey Milo se recobrara.

-Sus perspectivas no son halagüeñas. En la actualidad, su único alimento consiste en huevo de perdiz cocido en suero de manteca. ¿Pero no nos alejamos del tema? ¿Cuál es tu propuesta?

-Señalaré lo obvio: nuestros dos reinos son los más poderosos de las Islas Elder. Propongo que redactemos un protocolo conjunto garantizando la integridad territorial de todos los reinos de las islas. Los efectos de semejante doctrina serían profundos.

El rostro del rey Casmir se había convertido en una máscara de piedra.

-Tus propósitos hablan de tu nobleza, pero algunos de tus supuestos pueden ser poco realistas.

-Me baso en un único supuesto importante -dijo Aillas-. Supongo que te interesa la paz tanto como a mí. No hay otra posibilidad salvo la contraria, es decir, que no te interese la paz, lo cual es obviamente absurdo.

El rey Casmir sonrió con sorna.

-De acuerdo, ¿pero tus ideas no parecerán algo vagas, incluso ingenuas?

-No lo creo -dijo Aillas-. La idea central es muy clara: un agresor potencial quedaría disuadido por temor a una derrota segura, junto con el castigo y el fin de su dinastía.

-Te aseguro que reflexionaré atentamente sobre tu propuesta -dijo rígidamente el rey Casmir.

-No espero más -dijo Aillas.

4

Mientras Aillas exponía sus improbables planes al rey Casmir, Dhrun y Madouc fueron a la terraza y se apoyaron en la balaustrada. Debajo de ellos se extendía la plaza de armas, y más allá la ciudad de Lyonesse. A pesar de la desaprobación de la dama Vosse, Madouc lucía sus ropas habituales: un vestido color avena, con un cinturón. Un cordel trenzado azul le sujetaba los rizos, y una borla le colgaba de la oreja izquierda; llevaba sandalias en los pies desnudos.

Dhrun estaba intrigado por la borla y comentó:

-Llevas esa borla con notable elegancia.

Madouc fingió indiferencia y trazó un ademán desdeñoso.

-No es gran cosa, sólo un capricho.

-Es un capricho llamativo, con cierto aire atrevido, propio de las hadas. Tu madre Twisk luciría esa borla con orgullo.

Madouc meneó la cabeza dubitativamente.

-Cuando la vi, no usaba borlas ni cintas, y su cabello flotaba como una bruma azul. -Madouc caviló un instante-. Desde luego, no estoy al corriente de las modas de las hadas. No queda mucho de hada en mí.

Dhrun la miró de arriba abajo.

-Yo no estaría tan seguro.

Madouc se encogió de hombros.

-Recuerda que nunca he vivido entre hadas; no he comido pan de hadas ni bebido vino de hadas. La naturaleza de las hadas...

-Se llama soum. Es verdad que el soum se agota, dejando sólo la hez humana.

Madouc miró reflexivamente hacia la ciudad.

-Sea como fuere, no me gusta pensar en mí misma como «hez humana».

-¡Claro que no! ¡Jamás te vería de ese modo!

-Me place oír tu buena opinión -dijo púdicamente Madouc.

-Ya la conocías. Además, si me permites decirlo, me alivia verte de buen ánimo. Anoche estabas abatida. Me pregunté si te aburría la compañía.

-¿Era tan evidente?

-Parecías alicaída, cuando menos.

-Aun así, no estaba aburrida.

-¿Por qué te sentías triste?

Una vez más Madouc miró el paisaje.

-¿Debo explicar la verdad?

-Correré el riesgo -dijo Dhrun-. Sólo espero que tus comentarios no sean muy corrosivos. Cuéntame la verdad.

-Soy yo quien corre riesgos -dijo Madouc-. Pero no sé contenerme. La verdad es que me agradó tanto verte que me sentí contrariada e infeliz.

-¡Increíble! -dijo Dhrun-. Y cuando yo parta, la pena te hará cantar y bailar de alegría.

-Te ríes de mí -dijo Madouc con voz compungida.

-No, claro que no.

-¿Entonces por qué sonríes?

-Creo que tienes más de hada de lo que sospechas.

Madouc inclinó la cabeza reflexivamente, como si Dhrun hubiera dado en el clavo.

-Tú viviste mucho tiempo en Thripsey Shee, así que tú debes estar cargado de naturaleza feérica.

-Eso temo, a veces. Un niño humano que permanece demasiado en el shee se vuelve débil y desequilibrado. Luego no sirve para nada, salvo para tocar música salvaje con la flauta. Cuando interpreta una giga, las gentes no pueden dejar de bailar; saltan y brincan hasta que se les gastan los zapatos.

Madouc estudió a Dhrun con admiración.

-A mí no me pareces desequilibrado... aunque no soy la más indicada para juzgar. Por casualidad, ¿tocas la flauta?

Dhrun asintió.

-En una época toqué para un elenco de gatos danzarines. Eso fue hace tiempo. Ahora no se consideraría digno.

-¿Y cuando tocabas las gentes bailaban sin cesar? En tal caso, me agradaría que tocaras, como si fuera por impulso espontáneo, para el rey, la reina y la dama Vosse. Al senescal Mungo le vendrían bien unos pasos, y también a Zerling el verdugo.

-No traje mi flauta -dijo Dhrun-. El componente feérico se está agotando, y mi temperamento se ha vuelto algo melancólico. Tal vez no sea desequilibrado, a pesar de todo.

-¿Piensas a menudo en el sheet.

-En ocasiones. Pero los recuerdos son borrosos, como si evocara un sueño.

-¿Recuerdas a mi madre Twisk?

-Poco o nada. Recuerdo al rey Throbius y la reina Bossum, y también a un trasgo llamado Falael que me tenía envidia. Recuerdo festivales en el claro de luna y estar sentado en la hierba confeccionando guirnaldas de flores.

-¿Te agradaría visitar de nuevo el sheet Dhrun sacudió la cabeza enfáticamente.

-Pensarían que voy en busca de favores y me someterían a tretas malignas.

-El shee no está lejos, ¿verdad?

-Está al norte de Pequeña Saffield, sobre la Calle Vieja. Un camino conduce a Tawn Timble y Glymwode, y de allí al bosque, y luego a Tripsey Shee, en el prado de Madling.

-No debe ser difícil de encontrar.

-¡No pensarás visitar el sheet -exclamó Dhrun.

-No tengo planes inmediatos -respondió Madouc evasivamente.

-Será mejor que no tengas planes, mediatos o inmediatos. Los caminos son peligrosos. El bosque es extraño. Las hadas no son de fiar.

Madouc no parecía preocupada.

-Mi madre me protegería de todo mal.

-¡No estés tan segura! Si estuviera irritada y hubiera tenido un mal día, quizá te pusiera una cara de tejón o una narizota azul, sin razón alguna.

-¡Mi madre no haría daño a su propia hija! -exclamó Madouc.

-Pero ¿para qué quieres ir? No te recibirían con simpatía.

-Eso no me importa. Sólo quiero hacer averiguaciones sobre mi padre, saber cuál es su nombre y posición, y dónde vive ahora. ¡Quizás en un bonito castillo sobre el mar!

-¿Y qué dice tu madre de esto?

-Finge no recordar nada. Creo que no me ha dicho todo lo que sabe.

Dhrun titubeó.

-¿Por qué iba a ocultar esa información? A menos que tu padre fuera un pillo y un vagabundo del cual se avergüence.

-Vaya -dijo Madouc-. No había pensado en ello. Pero es poco probable... o eso espero.

El rey Casmir y Aillas salieron del castillo con semblantes de convencional impasibilidad.

-El viento parece virar hacia el sur -le dijo Aillas a Dhrun-, y será mejor que nos hagamos a la mar antes de que empeoren las condiciones.

-Es una lástima que debamos irnos tan pronto -dijo Dhrun.

-Es verdad, pero debemos irnos. He invitado al rey Casmir, junto con la reina Sollace y la princesa, a pasar una semana con nosotros en Watershade, este verano.

-¡Sería estupendo! -dijo Dhrun-. ¡Es el mejor momento para ir a Watershade! Espero que decidas visitarnos, majestad. No es un viaje demasiado agotador.

-Sería un gran placer, si los asuntos de estado me lo permiten -dijo el rey Casmir-. Veo que os aguarda el carruaje. Me despediré aquí mismo.

-De acuerdo -dijo Aillas-. Adiós, Madouc. -La besó en la mejilla.

-¡Adiós! ¡Lamento que os vayáis tan pronto!

Dhrun se inclinó para besar a Madouc y dijo:

-Adiós. ¡Te veremos pronto, tal vez en Watershade!

-Eso espero.

Dhrun dio media vuelta y siguió a Aillas por la escalinata de piedra, hasta el camino donde aguardaba el carruaje.

5

El rey Casmir estaba junto a la ventana de su habitación, las piernas separadas, las manos entrelazadas en la espalda. La flota troicina había zarpado perdiéndose tras los promontorios del este; el ancho Lir se extendía ante él. Casmir maldijo entre dientes y se alejó de la ventana. Con las manos aún a la espalda, recorrió despacio la habitación, la cabeza gacha, la barba rozándole el pecho.

Entró la reina Sollace, y se detuvo al ver el andar pesaroso de Casmir. El rey la miró de soslayo y continuó su marcha en silencio.

Frunciendo la nariz, la reina Sollace cruzó la habitación y se apoltronó en el diván.

El rey Casmir se detuvo al fin. Masculló:

-Es innegable. Una vez más se frenan mis avances y se frustran mis esfuerzos... por obra del mismo agente y por las mismas razones. Los hechos son contundentes. Debo aceptarlos.

-¿De veras? -preguntó Sollace-. ¿Cuáles son los desagradables hechos que te causan tanta angustia?

-Conciernen a mis planes para Blaloc -gruñó Casmir-. No puedo intervenir sin que Aillas y sus naves troicinas se me abalancen. Pues entonces Audry, ese chacal gordo, se volvería contra mí, y no puedo resistir tantos golpes de tantas direcciones.

-Quizá debieras adoptar otro plan -dijo animosamente la reina Sollace-. O quizá no debieras hacer ningún plan.

-¡Ja! -ladró el rey Casmir-. ¡Eso parece! El rey Aillas habla suavemente y con gran cortesía; tiene la inquietante habilidad de llamarte falso, mentiroso, embaucador y canalla como si te hiciera un cumplido.

La reina Sollace sacudió la cabeza con desconcierto.

-¡Me sorprende! Pensé que el rey Aillas y el príncipe Dhrun venían a ofrecernos una visita de cortesía.

-¡Te aseguro que ésa no fue la única razón!

La reina Sollace suspiró.

-El rey Aillas ha logrado sus propios triunfos. ¿Por qué no puede ser más tolerante con tus esperanzas y tus sueños? Debe de haber un elemento de envidia.

Casmir cabeceó lacónicamente.

-Está claro que no hay amor entre nosotros. Con todo, él sólo actúa como debe actuar. Conoce mis propósitos finales tan bien como yo mismo.

-¡Pero es un propósito glorioso! -gorjeó la reina Sollace-. ¡Unir nuevamente las Islas Elder! ¡Es un noble sueño! ¡Sin duda daría ímpetu a nuestra santa fe! ¡Piensa! ¡Un día el padre Umphred será el arzobispo de las Islas Elder!

-Una vez más estuviste escuchando a ese cura de cara fofa -dijo el rey Casmir con disgusto-. Te ha convencido para que construyas la catedral. Con eso debería tener bastante.

La reina Sollace alzó los ojos húmedos, y dijo con voz paciente:

-Ocurra lo que ocurra, comprende que mis plegarias están dedicadas a tu triunfo. ¡Sin duda vencerás al fin!

-Ojalá fuera tan fácil. -El rey Casmir se desplomó en una silla-. No todo está perdido. Estoy atascado en Blaloc, pero siempre hay dos modos de llegar al granero.

-No entiendo tus palabras.

-Impartiré nuevas órdenes a mis agentes. No habrá más agitación. Cuando muera el rey Milo, Brezante será rey. Le daremos a Madouc en matrimonio, y así uniremos nuestras casas.

-¡Brezante ya está casado! -objetó Sollace-. ¡Desposó a Glodwyn de Bor!

-Ella era frágil, joven y enfermiza, y murió al dar a luz. Brezante es notoriamente mujeriego, y estará dispuesto a concertar nuevas nupcias.

-¡Pobrecilla Glodwyn! -se lamentó Sollace-. Era apenas una niña. Dicen que nunca superó la nostalgia por su hogar.

Casmir se encogió de hombros.

-Aun así, todo podría obrar en ventaja nuestra. El rey Milo ya es hombre muerto. Brezante es un poco obtuso, un factor favorable a nuestra causa. Debemos preparar una ocasión para que nos visite.

-Brezante no es galante ni apuesto, ni siquiera seductor -dijo Sollace dubitativamente-. Su predilección por las doncellas jóvenes es notorio.

-¡Bah! Jóvenes o viejas, ¿qué más da? El asunto es el mismo. Los reyes están por encima de los escándalos mezquinos.

La reina Sollace frunció la nariz.

-¡Y también las reinas, sin duda!

Casmir adoptó un aire reflexivo e ignoró la observación.

-Otra cosa -dijo Sollace-. Madouc es un tanto reacia en estos asuntos.

-Obedecerá porque debe hacerlo -dijo Casmir-. El rey soy yo, no Madouc.

-Sí, pero Madouc es Madouc.

-No podemos amasar pan sin harina. Hasta esa pelirroja desobediente tendrá que doblegarse ante mi poder.

-Ella no es fea -dijo Sollace-. Su hora ha llegado, y se está desarrollando... despacio, por cierto, y sin mucho que mostrar. Nunca tendrá una figura a la moda, como la mía.

-Bastará para afectar a Brezante. -El rey palmeó resueltamente los brazos del sillón.- Estoy dispuesto a actuar con rapidez.

-Sin duda tu política es sabia -dijo Sollace-. Aun así...

-¿Aun así qué?

-Nada importante.

El rey Casmir actuó sin demora. Esa misma noche se despacharon tres mensajes desde Haidion: el primero para el fuerte Mael, ordenando un regreso a las actividades de rutina; el segundo para un importante agente en Twissamy; el tercero para el rey Milo, deseándole buena salud, denostando a los canallas que desafiaban la autoridad real e invitando al rey Milo y al príncipe Brezante a Haidion para una visita de gala. O sólo al príncipe Brezante, si la salud del rey Milo impedía dicha visita.

Los mensajeros regresaron pocos días después. El fuerte Mael y el agente de Twissamy confirmaron que habían recibido las órdenes de Casmir y que actuarían según sus dictados. El rey Milo enviaba un recado de mayor interés. Milo agradecía a Casmir sus buenos augurios y su fraternal respaldo. Luego anunciaba su retorno a la buena salud y narraba cómo se había producido el cambio. En un párrafo de cierta longitud describía las circunstancias. Un día, antes de la cena, lo sorprendió un brutal espasmo. En vez de su régimen habitual -un huevo de codorniz y media medida de suero de manteca- pidió un trozo de carne con rábanos y budín de sebo, un lechón recién salido del espetón, manzanas asadas con canela, un cuenco de guiso de paloma y tres galones de buen vino tinto. Como cena tomó un moderado refrigerio integrado por cuatro aves asadas, un cerdo con pastel de cebollas, un salmón y varias salchichas, todo ello con el vino suficiente para contribuir a la digestión. Tras una noche de profundo sueño, desayunó rodaballo frito, tres docenas de ostras, una tarta de pasas, una cacerola de judías y jamón para acompañar, y un par de jarras de vino blanco. Este regreso a

una dieta sensata y sana, declaraba el rey Milo, le había renovado las fuerzas; ahora se sentía mejor que nunca. Por lo tanto, él y el recién enviudado príncipe Brezante aceptarían con deleite la invitación del rey Casmir. Ni él ni Brezante serían reacios a comentar el tema que el rey Casmir insinuaba. Compartía la sugerencia de que era hora de iniciar una época de relaciones más estrechas entre ambos reinos.

Madouc se enteró de la visita a través de varias fuentes, pero fue Devonet quien explicó la situación detalladamente.

-El príncipe Brezante será muy atento -señaló-. Quizá desee llevarte sola a alguna parte, tal vez a sus aposentos, para jugar al «ocultamiento» o al «tócame-ahí», en cuyo caso debes estar en guardia. Brezante siente predilección por las doncellas jóvenes. ¡Es posible que sugiera incluso un contrato de matrimonio! De ningún modo debes sucumbir a sus insinuaciones, pues a algunos hombres les aburren las conquistas fáciles.

-No temas -dijo envaradamente Madouc-. No me interesan el príncipe ni sus insinuaciones.

Devonet no le prestó atención.

-¡Piénsalo! ¿No es excitante? ¡Algún día podrías ser la reina Madouc de Blaloc!

-No lo creo.

-Admito que Brezante no es el más atractivo de los hombres -declaró Devonet con voz razonable-. Es fofo, rechoncho, barrigudo y narigón. ¿Pero qué importa? Es un príncipe, y mereces envidia.

-Estás diciendo tonterías. No siento el menor interés por el príncipe Brezante, ni él por mí.

-¡De esto último no estés tan segura! Te pareces mucho a su anterior esposa. Era una joven princesa de Gales... una criatura frágil, cándida e inocente.

Chlodys se unió con entusiasmo a la conversación.

-¡Dicen que lloraba constantemente de nostalgia y angustia! Creo que al fin perdió los cabales, la pobrecilla. Al príncipe Brezante no le importaba y se acostaba con ella todas las noches, hasta que ella murió en el parto.

-Es una historia triste -dijo Madouc.

(-¡Exacto! La princesita ha muerto y Brezante está acongojado. Debes hacer lo posible por consolarlo.

-Sin duda él querrá besarte -dijo Chlodys con una risita-. En tal caso, debes corresponderle con un agradable beso. Así es como se conquista un esposo. ¿No es cierto, Devonet?

-Es una de las maneras, sin duda.

-¡A veces me asombran las ideas que se os pasan por la cabeza! -exclamó desdeñosamente Madouc.

-Bien -suspiró Devonet-. Pensar es menos vergonzoso que actuar.

-Aunque no tan divertido -añadió Chlodys.

-Podéis quedaros con el príncipe Brezante, cualquiera de vosotras, o ambas -dijo Madouc-. Sin duda os hallará más interesantes que a mí.

Ese día el rey Casmir se cruzó con Madouc en la galería. Iba a pasar de largo, como de costumbre, pero decidió detenerse.

-Madouc, quiero hablar contigo.

-Sí, majestad.

-Ven conmigo. -El rey Casmir la condujo hasta una cámara. Con una enorme sonrisa, cedió el paso a Madouc, cerró la puerta y se plantó junto a la mesa-. Siéntate.

Madouc se sentó delicadamente frente a Casmir.

-Ahora debo darte instrucciones -declaró Casmir-. Préstame toda tu atención. Afrontamos acontecimientos de suma importancia. El rey Milo de Blaloc pronto será nuestro huésped, en compañía de la reina Caudabil y el príncipe Brezante. Tengo la intención de proponer un contrato de compromiso entre tú y el príncipe Brezante. La boda se celebrará en el momento apropiado, quizá dentro de tres años. Será un matrimonio importante, pues consolidará una fuerte alianza con Blaloc, para contrarrestar la inclinación de Pomperol hacia Dahaut. Éstos son asuntos de estado que tú no comprendes, pero debes creer que tienen la máxima prioridad.

Madouc trató de pensar en algo que expresara sus sentimientos sin enfurecer al rey Casmir. Varias veces intentó hablar, pero se arrepintió y cerró la boca. Finalmente dijo con mansedumbre:

-Tal vez ese acuerdo no plazca al príncipe Brezante.

-Sospecho lo contrario. El rey Milo ya ha expresado su interés en estos planes. Casi con seguridad se hará el anuncio durante su visita. Es un buen partido, y te puedes considerar afortunada. Escucha, pues. La dama Vosse te instruirá en el decoro que debes observar. Espero que te comportes con toda propiedad en esta ocasión. No podrás permitirte ni tus arrebatos ni tus rabietas, o te expondrás a provocar mi disgusto. ¿Está claro?

-Sí, majestad -respondió Madouc con voz trémula-. Entiendo tus palabras. -Inhaló profundamente-. Pero no son atinadas. Es mejor que lo sepas ahora.

El rey Casmir iba a hablar con voz amenazadora, pero Madouc se apresuró a adelantarse.

-En asuntos cotidianos intentaría obedecerte, pero recuerda: mi matrimonio es mucho más importante para mí que para ti.

El rey Casmir se inclinó despacio. Con los años, muchos infelices habían visto esa expresión antes de sufrir el tormento en las mazmorras del Peinhador.

-¿Así que deseas oponerte a mi voluntad? -tronó Casmir.

Madouc habló con mayor cautela que nunca.

-¡Hay algunas circunstancias, majestad, que hacen imposible este plan!

-¿De qué circunstancias hablas?

-En primer lugar, desprecio al príncipe Brezante. Si está tan ansioso por casarse, que despose a la dama Vosse o a Chlodys. Segundo, recordarás que soy hija de madre semihumana y padre desconocido. Carezco de linaje; por esta razón, mis doncellas me llaman «bastarda», una realidad que no puedo negar. Si el rey Milo lo supiera, consideraría que el compromiso es una burla, un insulto para su dinastía.

El rey Casmir parpadeó y guardó silencio. Madouc se puso de pie y se apoyó tímidamente en la mesa.

-Por tanto, majestad, el compromiso no es posible. Debes trazar otros planes que no me incluyan.

-¡Bah! -masculló Casmir-. Esas circunstancias son meras pequeñeces. Ni Milo ni Brezante tienen por qué enterarse. A fin de cuentas, ¿quién se lo diría?

-La tarea recaería en mí -dijo Madouc-. Sería mi deber.

-¡Eres una descarada!

Madouc se apresuró a explicarse.

-¡En absoluto, majestad! Sólo hago uso de la buena fe y la franqueza que he aprendido de tu noble ejemplo. El respeto al honor por ambas casas reales me obliga a admitir mi condición, sean cuales fueren las consecuencias.

-Eso no significa nada -vociferó Casmir-. ¡Hablar de honor es frívolo y necio! Si necesitas un linaje, los heraldos maquinarán algo adecuado y yo te lo otorgaré por decreto.

Madouc meneó la cabeza sonriendo.

-El mal queso apesta, por magras que sean las raciones. Semejante linaje sería objeto de irrisión. Las gentes dirían que eres un monstruo de corazón negro, falso como un armiño, dispuesto a cualquier embuste o doblez. Todos se mofarían; yo sufriría un doble ridículo, y doble humillación, por permitir tan desfachatada falsedad. Además, te llamarían...

Casmir hizo un gesto brusco.

-¡Basta! ¡Es suficiente!

-Sólo te explicaba por qué mi verdadero linaje es tan importante para mí-dijo dócilmente Madouc.

Casmir estaba perdiendo la paciencia.

-¡Esto es una locura que no viene al caso! No permitiré que esas nimiedades me detengan. Ahora...

-Los hechos son innegables, majestad -exclamó plañideramente Madouc-. No tengo linaje.

-Entonces invéntalo, o encuentra uno que te parezca adecuado, y se te concederá por decreto. ¡Pero actúa con rapidez! Pide ayuda a Spargoy, el heraldo mayor.

-Preferiría la ayuda de otra persona.

-¡Quien desees! Realidad o fantasía, lo mismo da. Soy indiferente a tus caprichos. ¡Pero actúa deprisa!

-De acuerdo, majestad. Se hará tal como ordenas.

Casmir se asombró ante la mansedumbre de Madouc. ¿Por qué se había vuelto tan dócil?

-En el ínterin, iniciaré deliberaciones de cara a tu compromiso. ¡Esto debe continuar!

Madouc soltó un grito de protesta.

-Majestad, ¿no acabo de explicarte que no es posible?

Casmir parecía hincharse. Madouc se movió un paso detrás de la mesa, para poner la máxima distancia entre ella y el rey.

-Nada ha cambiado, majestad -declaró-. Buscaré mi linaje por todas partes, pero aunque descubra que mi padre es el rey de Bizancio, el príncipe Brezante sigue siendo tan odioso como antes. Si me dirige una sola palabra, le diré que soy una huérfana bastarda a la que el rey Casmir desea ligarlo mediante una argucia. Si no lo disuado, le mostraré el «Cosquilleo-Salto-del-Trasgo» para que brinque por los aires.

El rey Casmir, las mejillas rojas y los ojos desorbitados, avanzó tres pasos para atrapar a Madouc y darle una buena tunda. Madouc retrocedió cautamente la misma distancia. Casmir continuó persiguiéndola dando tumbos, pero Madouc se las arreglaba para mantener siempre la mesa entre ambos.

Casmir se detuvo al fin, jadeando de cólera y agotamiento.

-Debes excusarme por huirte, majestad -dijo Madouc sin aliento-, pero no me interesa recibir otra paliza.

-Llamaré a los lacayos -dijo Casmir-. Te llevarán a una habitación a oscuras, y te aporrearé a gusto y quizá te haga otras cosas. Nadie me desafía impunemente. -Avanzó otro paso, clavando los ojos en Madouc, como queriendo paralizarla con la mirada.

Madouc se echó a un lado y habló con voz trémula:

-Te ruego que no hagas esas cosas, majestad. Notarás que no he utilizado mi magia contigo, pues sería irrespetuoso. No sólo domino el «Siseo» y el «Cosquilleo», sino también... -Madouc buscó inspiración, y no tardó en encontrarla-, sino también un irritante hechizo llamado «Conjunción de insectos», que sólo aplico a personas que me molestan.

-¿Sí? -preguntó el rey Casmir con voz amable-. Habíame de ese hechizo. -Y avanzó un paso.

Madouc retrocedió deprisa.

-Cuando me veo obligada a infligir sufrimiento a un vil canalla, los insectos lo acosan desde todas partes. Vienen de día y de noche, de arriba y de abajo, del cielo y de la tierra.

-Una perspectiva inquietante.

-¡Cierto, majestad! Por favor, no te me acerques de modo sigiloso, pues me asustas y podría invocar la «Conjunción» por error.

-¿De veras? Habíame más sobre ese maravilloso hechizo.

-¡Primero vienen las pulgas! Saltan por la rubia barba del canalla, y por el pelo; infestan sus ricas vestimentas hasta que él se desgarra la piel de tanto rascarse.

-¡Qué irritante! ¡Quédate quieta y cuéntame más!

El rey Casmir hizo un movimiento repentino. Madouc dio un brinco y habló con desesperada precipitación:

-Cuando duerme, grandes arañas se arrastran por su cara. Los gorgojos anidan en su piel y le caen de la nariz. Encuentra escarabajos en la sopa y cucarachas en el potaje.

Los moscardones le entran por la boca y ponen huevos en sus oídos; cuando sale, lo asedian mosquitos, polillas y saltamontes. Las avispas y abejas lo pican a discreción.

El rey Casmir frunció el ceño.

-¿Y tú controlas ese espantoso hechizo?

-¡Ya lo creo! Y hay cosas peores. Si el canalla cae al suelo, de inmediato es cubierto por un hervidero de hormigas. Naturalmente, sólo usaría este hechizo para protegerme.

-¡Desde luego! -El rey Casmir sonrió con dureza-. ¿Pero de veras dominas un sortilegio tan poderoso? Sospecho que no.

-Con toda franqueza, he olvidado un par de sílabas -declaró Madouc-. Sin embargo, mi madre las conoce muy bien. Puedo llamarla cuando lo necesite, y ella transformará a mis enemigos en sapos, topos o salamandras, según yo le indique. ¡Y esto debes creerlo, pues es verdad!

El rey Casmir miró largamente a Madouc. Hizo un brusco ademán que podía significar cualquier cosa.

-Márchate. Lárgate de mi vista.

Madouc se inclinó en una delicada reverencia.

-Agradezco tu gentil clemencia, majestad.

Pasó cautelosamente por el lado de Casmir; luego, echando una furtiva mirada por encima del hombro, salió corriendo de la habitación.

6

El rey Casmir atravesó lentamente la galería, subió la escalera y, tras una pausa, continuó por el corredor hasta la sala de estar de la reina. El lacayo le abrió la puerta de par en par; el rey Casmir entró. Al descubrir a la reina Sollace en pleno coloquio con el padre Umphred, el rey se paró en seco y lanzó una mirada fulminante. El sacerdote y la reina se volvieron y de inmediato bajaron la voz. El padre Umphred se inclinó con una sonrisa. Casmir, ignorando el saludo, marchó hacia la ventana, donde se plantó para contemplar el paisaje.

Tras una pausa respetuosa, la reina Sollace y el padre Umphred reanudaron la conversación. Al principio en voz baja, para no interrumpir las cavilaciones del rey; luego, al ver que éste no parecía prestar atención, continuaron con voz normal. Como de costumbre, hablaban de la nueva catedral. Los dos convenían en que los adornos y mobiliarios debían ser riquísimos y de magnífica calidad; sólo lo mejor era adecuado.

-El foco de todo, lo que podríamos llamar el nódulo inspirador, es el altar -declaró el padre Umphred-. ¡Allí es donde miran todos los ojos, la fuente de la cual mana la Palabra Santa! ¡Debemos asegurarnos de que sea igual o superior al de cualquier otro de la Cristiandad!

-Opino lo mismo -dijo la reina Sollace-. ¡Cuan afortunados somos! ¡Es una oportunidad reservada a muy pocos!

-¡Exacto, querida rema! -El padre Umphred miró de soslayo la figura corpulenta plantada ante la ventana, pero el rey Casmir parecía absorto en sus propios pensamientos-. He preparado algunos dibujos. Lamentablemente olvidé traerlos.

La reina Sollace no ocultó su decepción.

-¡Descríbelos, por favor! ¡Me encantaría oírte!

El padre Umphred se inclinó.

-Vislumbro un altar de rara madera soportado por columnas con volutas de mármol rosado de Capadocia. A ambos lados se yerguen candelabros de siete brazos, altos y majestuosos, como transfigurados ángeles luciferinos. ¡Tal será el efecto! En su día se forjarán con oro puro. Por el momento serán de yeso cubierto con pan de oro.

-¡Haremos lo que sea preciso!

-Debajo del altar está situado el píxide, en una mesa de delicada madera con un friso tallado que representa a los doce arcángeles. El píxide será un recipiente de plata con incrustaciones de carbunclos, lapislázuli y jade; reposará sobre un paño bordado con signos sagrados, simulando el lienzo sacro conocido como «Tasthapes». Detrás del altar, la pared se dividirá en doce paneles, cada cual esmaltado con dibujos de color puro representando una escena portentosa, para regocijo del observador y para gloria de la Fe.

-¡Puedo verlo, como en una visión! -exclamó la rema con fervor-. Su concepción me conmueve profundamente!

El padre Umphred, tras echar otra mirada de soslayo a la ventana, dijo:

-Querida reina, evidentemente eres sensible a las influencias espirituales, y mucho más de lo común. Pero pensemos en cómo disponer nuestras reliquias sagradas. Podemos construir una habitación para guardarlas... por ejemplo, aliado del vestíbulo. O quizá presentarlas a una visión más general en uno de los cruceros, o ambas cosas, en el caso de que adquiramos varios de estos objetos sagrados.

-Por ahora -dijo la reina-, sin nada que exhibir, no podemos trazar planes serios.

El padre Umphred hizo un gesto de reproche.

-¡Ten fe, querida reina! ¡Ella te ha sostenido en el pasado! Estos objetos existen, y los conseguiremos.

-¿Pero cómo puedes estar seguro de ello?

-Con fe y perseverancia, los encontraremos dondequiera que estén. Algunos aún están por descubrir. Otros se hallaron y se perdieron, y hay que descubrirlos de nuevo. Te mencionaré la Cruz de San Elric, quien fue cocido y devorado por el ogro Magre, miembro a miembro. Para fortalecerse durante la ordalía, el santo construyó una cruz con las dos tibias desechadas. Este crucifijo fue antaño uno de los tesoros del Monasterio de San Bac, en Dun Cruighre. ¡Quién sabe dónde está ahora!

-¿Y cómo lo hallaremos?

-Mediante una búsqueda atenta y dedicada. También mencionaré el Talismán de Santa Uldme, quien se empeñó en convertir a Phogastus, un gnomo del Lago Negro de Meira. Sus esfuerzos fueron ímprobos; de hecho, dio a luz cuatro hijos de Phogastus[12],

[12] Los hijos de Santa Uldine fueron Ignaldus, Drathe, Alleia y Bazille. Todos sobrevivieron para continuar con su destino. Tal vez algún día se publiquen las crónicas que narran estos acontecimientos.

cada cual con una hematites redonda en lugar de un tercer ojo. Las cuatro piedras fueron arrancadas e incrustadas en un talismán, ahora inhumado en alguna cripta de la isla Whanish. También es un objeto de gran potencia, pero una persona valerosa e intrépida podría conquistarlo. En el Pico Alto de Galicia hay un monasterio fundado por el herético obispo Sangiblás. En sus criptas los monjes conservan uno de los clavos que atravesó los pies de Nuestro Salvador. Podría mencionar muchas reliquias similares. Las que no se han perdido son reverenciadas y custodiadas con gran celo. Podrían ser difíciles de obtener.

-¡Nada bueno se obtiene sin rigores! -exclamó resueltamente la reina Sollace-. ¡Es la lección de la vida!

-¡Verdad! -salmodió el padre Umphred-. ¡Majestad, has aclarado sucintamente toda una maraña de confusas ambigüedades!

-¿No se ha dicho nada sobre el Grial? -preguntó la reina Sollace-. Me refiero a ese utensilio sagrado usado por el Salvador en la Ultima Cena, y en el que José de Arimatea recibió la sangre de las divinas heridas. ¿Qué se sabe del sacro recipiente?

El padre Umphred frunció los labios.

-Los informes no son precisos. Sabemos que fue llevado a la abadía de Glatonbury por José de Arimatea, y luego trasladado a Irlanda y depositado en una capilla del islote Inchagoill, en Lough Corrib; ante el temor a los paganos, de allí fue traído a las Islas Elder por un monje llamado Sisembert, y se supone que ahora está bajo custodia secreta: en un lugar misterioso al que sólo irían los más valientes o los más temerarios.

El rey Casmir había escuchado la conversación. Dio media vuelta para mostrar una expresión de divertido cinismo. La reina Sollace lo miró inquisitivamente, pero el rey calló. La reina se volvió hacia el padre Umphred.

-Si pudiéramos reunir una hermandad de nobles paladines, consagrados al servicio de su reina... Yo los enviaría en gloriosa misión, con grandes honores para quien triunfara en la empresa.

-¡Un excelente plan, majestad! ¡Inflama la imaginación!

-¡Si consiguiéramos el Grial, sentiría que los esfuerzos de mi vida han valido la pena!

-Sin duda es la mejor reliquia.

-¡Debemos conseguirla! La gloria de nuestra catedral resonaría por toda la Cristiandad.

-¡Cuan cierto, querida reina! Ese cáliz es una excelente reliquia. Llegarían peregrinos desde lejos para maravillarse, para orar, para bendecir a la santa reina que ordenó tan gran iglesia.

El rey Casmir no aguantó más. Dio un paso adelante.

-¡Ya he oído bastantes sandeces! -Se dirigió al sacerdote señalando la puerta con el pulgar-. ¡Lárgate! ¡Deseo hablar con la reina!

-¡Como digas, majestad! -El padre Umphred se recogió la sotana y se marchó bamboleándose. Dobló en seguida, entrando en un guardarropa contiguo a la sala. Tras

una rápida ojeada, entró en un armario y extrajo una pequeña cuña de la pared, lo cual le permitía escuchar la conversación.

La voz del rey se oía cerca.

-... los hechos son indiscutibles. Madouc no es nuestra nieta; su madre es un hada; su padre es un patán del bosque. Ella se niega rotundamente a comprometerse con Brezante, y no veo manera de imponer mi voluntad.

-¡Qué extrema insolencia! -exclamó Sollace-. Ya has invitado al rey Milo y a su rema a Haidion, y también al príncipe Brezante.

-Así es, lamentablemente. No vendrá mal agasajarlos. Pero no deja de ser un ultraje.

-Estoy indignada. Esa mocosa no debe salirse con la suya.

El rey Casmir torció la cara y se encogió de hombros.

-Si Madouc fuera una persona común, lo estaría lamentando en este preciso instante. Pero su madre es un hada, y no me atrevo a afrontar sus hechizos. Es un problema práctico.

-Si fuera bautizada y recibiera educación religiosa... -dijo esperanzadamente la reina Sollace.

El rey Casmir la interrumpió.

-Ya hemos hablado de eso. Ese plan es absurdo.

-Supongo que tienes razón; con todo... Pero no importa.

Casmir se dio un puñetazo en la palma de la otra mano.

-¡Estoy abrumado de problemas! Me acucian como la peste, cada cual más siniestro que el otro, con la sola excepción del más agudo, que me carcome día y noche.

-¿Y cuál es?

-¿No lo imaginas? Es el misterio del hijo de Suldrun.

La reina Sollace miró al rey sin comprender.

-¿Es un problema tan angustiante? Yo olvidé el asunto hace tiempo.

-¿No lo recuerdas? Se llevaron al hijo de Suldrun y nos dieron a otro bebé.

-Claro que me acuerdo. ¿Y qué pasa con eso?

-¡El misterio persiste! ¿Quién es el otro niño? Él es el mencionado en la profecía de Persilian, pero ignoro su nombre y su paradero. Él se sentará legítimamente ante Cairbra an Meadhan y reinará desde Evandig. Es lo esencial de la profecía.

-Cuya fuerza ya se habrá desvanecido.

-La fuerza de tales predicciones jamás se desvanece, hasta que se cumplen... o se eluden. Si yo supiera el nombre del niño, podría tramar alguna treta para salvaguardar el reino.

-¿Y no hay ninguna pista?

-Ninguna. Es varón, y ahora tendrá la misma edad que Madouc. Es todo lo que sé. Pagaría un alto precio por saber el resto.

-Ha pasado mucho tiempo -dijo Sollace-. Ahora no queda nadie que lo recuerde. ¿Por qué no solicitar una profecía más favorable?

Casmir soltó una risa amarga.

-No es fácil confundir a las Nornas. -Fue a sentarse en el diván-. Ahora, a pesar de todo, debo acoger al rey Milo. Él espera un compromiso. ¿Cómo explicarle que Madouc desprecia al bobo de su hijo?

La reina Sollace soltó una exclamación gutural:

-¡Tengo la respuesta! Madouc aún puede sernos útil... quizás incluso más que antes.

-¿Cómo?

-Nos oíste hablar de nuestra necesidad de reliquias sagradas. Proclamemos que a quien salga a buscarlas y regrese con una reliquia auténtica le aguarda una rica recompensa. Si trae el Santo Grial, podrá exigir un generoso don del rey, incluso la mano de la princesa Madouc.

Casmir iba a mofarse de la idea, pero cerró la boca. La propuesta no era mala en sí misma. Si los peregrinos traían oro, y las reliquias traían peregrinos, y Madouc -aun indirectamente- traía reliquias, el asunto era cabal. Casmir se puso de pie.

-No tengo nada que objetar a tu plan.

-¡Quizá sólo estemos postergando el problema! -dijo dubitativamente la reina Sollace.

-¿Por qué?

-Supongamos que un gallardo caballero trajera el Santo Grial y pidiera la mano de la princesa Madouc en matrimonio y ese don se le otorgara pero Madouc se resistiera... ¿Qué haríamos?

-Entregaría a esa rebelde. Puede escoger entre el matrimonio o la esclavitud; a mí me da lo mismo. A partir de ese momento, el asunto escapa de nuestras manos.

Sollace batió las palmas.

-¡Pues hemos resuelto todos nuestros problemas!

-No todos. -Casmir se puso de pie y se marchó de la cámara.

Al día siguiente, en el rellano de la gran escalera, el padre Umphred abordó al rey Casmir.

-Majestad, por favor, debo hablar contigo.

Casmir observó al sacerdote de arriba abajo.

-¿Qué ocurre ahora?

El padre Umphred miró a ambos lados para cerciorarse de que nadie escuchaba.

-Majestad, durante mi estancia en Haidion como consejero espiritual de la reina, y merced a mis otros deberes, me he puesto al corriente de muchos acontecimientos de mayor o menor importancia. Tal es la naturaleza de mi posición.

Casmir soltó un gruñido.

-No me cabe la menor duda. Sabes más sobre mis asuntos que yo mismo.

El padre Umphred rió cortésmente.

-Recientemente me han dado a entender que estás interesado en el hijo de Suldrun.

-¿Y qué si es así? -replicó rudamente Casmir.

-Yo podría descubrir el nombre de ese niño, y su actual paradero.

-¿Y cómo lo harías?

-No estoy seguro en este momento. Pero el caso no se limita sólo a la información.

-Aja. Quieres algo a cambio.

-No lo negaré. Mi gran ambición es el arzobispado de la diócesis de Lyonesse. Si lograra convertir al rey de Lyonesse al cristianismo, ello constituiría un fuerte argumento para mi elevación a dicho puesto en el próximo Sínodo de Cardenales en Roma.

Casmir frunció el ceño.

-En pocas palabras, si me hago cristiano, me dirás el nombre del hijo de Suldrun.

El padre Umphred asintió y sonrió.

-Has captado la esencia de mi exposición.

-Eres un demonio artero -dijo Casmir con voz ominosa-. ¿Alguna vez te han estirado en el potro?

-No, majestad.

-¡Eres audaz hasta el extremo de la temeridad! Si no fuera porque la reina Sollace ya nunca me daría paz, contarías tu historia sin condiciones, entre jadeos y alaridos.

El padre Umphred sonrió mórbidamente.

-No me propongo ser atrevido ni irrespetuoso. En verdad esperaba que mi ofrecimiento te complaciera, majestad.

-Insisto: tienes suerte de que la reina sea tu protectora. ¿Qué se requiere para la conversión?

-Sólo el bautismo, y recitar algunas palabras de la letanía.

-Aja. No es gran cosa. -El rey Casmir reflexionó y habló con voz huraña-. ¡Esto no cambiará nada! ¡No alardees de tu triunfo! No manejarás las donaciones recibidas por la iglesia. Todos los fondos serán controlados por la tesorería real, y ni un céntimo irá a los papas de Roma.

El padre Umphred intentó una protesta.

-Majestad, eso es un escollo para una administración cabal.

-También es un escollo para los arzobispos deshonestos. Más aún, no toleraré enjambres de monjes itinerantes que, como moscas al olor de la carroña, acudan para celebrar juergas a costa de los fondos públicos. Tales vagabundos serán azotados y condenados a la esclavitud, para que realicen labores útiles.

-¡Majestad! -exclamó el azorado padre Umphred-. ¡Algunos de esos sacerdotes errantes son hombres santos de primerísimo rango! ¡Llevan el Evangelio a lugares inhóspitos del mundo!

-Que sigan errando sin detenerse... hasta Tormous o Skorne, o la Alta Tartaria, pero que yo no vea sus abultadas barrigas ni sus lustrosas calvas.

El padre Umphred suspiró.

-Estoy obligado a dar mi acuerdo. Haremos lo que podamos.

-¡Alégrate, sacerdote! -dijo sombríamente Casmir-. Hoy gozas de buena suerte. Has ganado tu regateo y tu gordo cuerpo se ha salvado del potro. ¡Ahora dame tu información!

-Es preciso verificarla -dijo el padre Umphred-. La tendré preparada mañana, después de la ceremonia.

El rey Casmir dio media vuelta y se dirigió a sus aposentos.

Al día siguiente, al mediodía, Casmir se dirigió a la pequeña capilla de la reina. Guardó silencio mientras el padre Umphred lo rociaba con agua bendita y recitaba frases en un latín viscoso. Luego, a petición del padre Umphred, Casmir murmuró un padrenuestro y algunas letanías. Luego el padre cogió una cruz y avanzó sobre Casmir con la cruz en alto.

-¡De hinojos, hermano Casmir! ¡Con humildad, transportado por la alegría, besa la cruz y consagra tu vida a actuar dignamente y a la gloria de la Iglesia!

-Sacerdote -replicó el rey-, cuida esa lengua. No quiero tontos en mi presencia. -Miró el interior de la capilla y dirigió un gesto a los que habían asistido a la ceremonia-. ¡Dejadnos!

La capilla quedó desierta a excepción de Casmir, el sacerdote y la reina Sollace. Casmir interpeló a la reina.

-Querida reina, me agradaría que, por el momento, te marcharas tú también.

La reina Sollace frunció la nariz. Tiesa de pomposa indignación, salió de la capilla.

El rey Casmir se volvió hacia el sacerdote.

-Bien, dime lo que sabes. Si es una falsedad o una necedad, languidecerás largo tiempo en la sombra.

-¡Majestad, he aquí la verdad! Hace mucho tiempo un joven príncipe fue arrojado a estas playas por el mar, casi ahogado, al pie del jardín de Suldrun. Su nombre era Aillas, ahora rey de Troicinet y otras partes. Suldrun le dio un hijo, a quien llevaron al Bosque de Tantrevalles para protegerlo. Allí las hadas cambiaron a ese niño, que se llamaba Dhrun, por Madouc. Aillas fue encerrado en la mazmorra, pero escapó mediante algún recurso que desconozco. Ahora siente un odio visceral por ti. Su hijo, el príncipe Dhrun, tampoco te profesa afecto.

Casmir escuchó boquiabierto. La información era más sorprendente de lo que esperaba.

-¿Cómo es posible? -murmuró-. ¡El niño debería tener la edad de Madouc!

-El niño Dhrun vivió un año en el shee de las hadas, según el cálculo del tiempo humano. Pero este año equivale a siete años o más del tiempo de los semihumanos. Así se resuelve la paradoja.

Casmir gruñó para sus adentros.

-¿Tienes pruebas de lo que dices?

-No tengo ninguna prueba.

Casmir no insistió. Conocía datos que lo habían intrigado durante mucho tiempo. ¿Por qué, por ejemplo, Ehirme, la ex criada de Suldrun, había sido llevada a Troicinet con toda su familia, para gozar de una generosa fortuna? Aún más desconcertante era un hecho que le había inspirado mil conjeturas: ¿cómo podía Aillas tener una edad tan cercana a la de su hijo Dhrun? Ahora todo se explicaba.

Los hechos eran ciertos.

-¡No digas nada a nadie! -dijo Casmir con tono amenazador-. ¡Sólo yo debo saberlo!

-Majestad, tú hablas y yo obedezco.

-Lárgate.

El padre Umphred salió de la capilla con aire presuntuoso. Casmir se quedó mirando la cruz de la pared sin verla. Para él esa cruz no significaba mucho más que el día anterior.

-¡Aillas me odia con buenas razones! -murmuró-. Y Dhrun es quien se sentará en Cairbra an Meadhan... antes de haber fenecido. ¡Así sea! Ocupará el trono Evandig y desde allí gobernará, aunque sólo sea para mandar a un paje a por pañuelos. Y así, antes de haber fenecido, ocupará su legítimo puesto y reinará.

7

La noche llegó al castillo de Haidion. El rey Casmir, sentado a solas en el Gran Salón de la Torre Vieja, saboreó una austera cena compuesta de carne fría y cerveza.

Al concluirla comida, se volvió en el asiento para escrutar el fuego.

Evocó años pasados en un desfile de imágenes fugaces y fluctuantes: Suldrun como una niña de cabello dorado; Suldrun como la había visto por última vez, apesadumbrada pero desafiante. Luego evocó al joven demacrado que había arrojado con tal furia a la mazmorra. El rostro tenso y blanco, desleído por el tiempo, se asemejaba ahora al semblante del joven Aillas. ¡Cómo debía de odiarlo Aillas! ¡Cuántos deseos de venganza abrigaría!

Casmir emitió un gruñido de consternación. Los hechos recientes se debían ver desde una nueva perspectiva. Aillas, al ocupar el trono de Ulflandia del Norte y del Sur, había frustrado los planes de Casmir, y lo mismo acababa de hacer con Blaloc. ¡Qué artero disimulo habían demostrado Aillas y Dhrun durante su visita! ¡Con cuánta afabilidad habían promovido alianzas de paz, al tiempo que lo despreciaban y conspiraban para su perdición!

El rey se irguió en la silla. Era hora de responder de forma dura y contundente, aunque controlada, como siempre, por la prudencia. Casmir no era amigo de cometer actos precipitados que luego pudieran perjudicar sus propios intereses. Al mismo tiempo, debía descubrir un método para neutralizar la profecía de Persilian y viciar su contenido.

El rey sopesó sus opciones. Era obvio que la muerte de Aillas convendría a sus intereses. En tal caso, Dhrun ocuparía el trono. En tales circunstancias, podría concertarse un encuentro en Avallon, con uno u otro pretexto. Dhrun se sentaría en Cairbra an Meadhan, y de algún modo él lo persuadiría para que impartiera una orden desde el trono Evandig. El resto sería rutina: un movimiento en las sombras, un destello de acero, un grito, un cuerpo en el suelo... y Casmir continuaría con sus planes, libre de temores y casi sin oposición.

El plan era claro y lógico, y sólo requería ciertos pasos previos.

Primero: era preciso liquidar a Aillas, aunque actuando con prudencia. El asesinato de un rey era asunto peligroso, y los intentos frustrados acostumbraban dejar huellas que delataban al instigador, lo cual no sería ventajoso.

Un nombre vino por sí solo a la mente de Casmir.

Torqual.

Casmir reflexionó. Torqual tenía magníficas aptitudes, pero no era fácil de controlar. A decir verdad, era imposible de controlar. A menudo parecía un enemigo en vez de un aliado, y apenas se dignaba conservar una cínica fachada de cooperación.

Con pesar, Casmir dejó de lado Torqual. Casi de inmediato se le ocurrió otro nombre, y esta vez se reclinó en el asiento, meneando la cabeza pensativamente, sin sentir ninguna aprensión.

Se trataba del caballero Cory de Falonges[13], un hombre de la misma calaña que Torqual. El deseo de cooperación del caballero Cory, sin embargo, podía darse por sentado, pues ahora estaba en una mazmorra del Peinhador esperando el golpe del hacha de Zerling. Si accedía a los deseos del rey Casmir, Cory tenía mucho que ganar y nada que perder.

Casmir hizo una breve seña al lacayo que aguardaba junto a la puerta.

-Trae al caballero Erls.

Erls, canciller y asesor de confianza de Casmir, entró en la sala a los pocos minutos: un hombre maduro de ojos penetrantes y rasgos afilados, cabello plateado y tez marfileña. Casmir no sentía gran simpatía por el meticuloso Erls, pero este hombre lo servía con precisa eficacia y Casmir pasaba por alto todo lo demás.

Casmir señaló una silla. Erls se sentó tras una rígida reverencia.

-¿Qué sabes del caballero Cory, que descansa en el Peinhador?

Erls respondió al instante, como si hubiera estado esperando la pregunta.

[13] El título «caballero» designa aquí a personas de origen noble, sin referencia al lugar exacto que ocupan en la jerarquía. El lenguaje de la época emplea una variedad de títulos honoríficos para especificar cada sutil distinción, pero no sería práctico aclararlos en esta crónica. Así usamos «caballero Cory», designándolo con el mismo título que a su padre, el caballero Claunay, un barón terrateniente, y su hermano, el caballero Camwyd, aunque sus rangos son diferentes.

-Cory es segundo hijo del caballero Claunay de Falonges, ahora muerto. El primer hijo, el caballero Camwyd, heredó la finca, localizada al norte de la Provincia Occidental en el Troagh, cerca de la frontera ulflandesa. Cory no se pudo adaptar al difícil papel de hijo segundón e intentó asesinar al caballero Camwyd. Durante la noche un perro aulló; el caballero Camwyd estaba despierto y el intento fracasó. Cory se transformó en fugitivo, luego en renegado. Operaba en el Troagh y realizaba emboscadas a lo largo de la Calle Vieja. Fue capturado por el duque Ambryl, quien lo habría colgado al instante si Cory no se hubiera declarado agente secreto del rey. Ambryl se contuvo y envió a Cory aquí para que tú dispusieras de él. Se dice que es persona de mente cabal, aunque también es un canalla desalmado, merecedor del hacha de Zerling. Eso es lo que sé.

-Tal vez el caballero Cory se valió de una premonición, a fin de cuentas -dijo Casmir-. Hazlo traer aquí.

-Lo que ordenes, majestad -respondió Erls con voz neutra y abandonó la habitación.

Al rato un par de carceleros trajeron a Cory de Falonges, con grilletes en las muñecas y una soga alrededor del cuello.

Casmir inspeccionó a Cory con frío interés. Cory era de estatura media, fornido y ágil, con un torso corpulento, brazos y piernas largos y membrudos. Tenía tez amarillenta, pelo oscuro y rasgos duros. Llevaba las mismas ropas que en el momento de su captura; en sus orígenes habían sido de buena calidad, pero ahora estaban raídas y apestaban a mazmorra. No obstante, afrontó la inspección de Casmir con aplomo: alerta y vivaz, pero resignado a su destino.

Los carceleros ataron un extremo de la cuerda a la pata de una mesa, para que Cory no saltara inesperadamente sobre el rey Casmir. Luego, ante una seña del rey, se retiraron.

Casmir habló con voz firme.

-Le dijiste al duque Ambryl que trabajabas en mi servicio secreto.

Cory asintió.

-En efecto, majestad.

-¿No fue una declaración excesivamente audaz?

-Dadas las circunstancias, prefiero considerarla una inspiración del momento. Indica mi habilidad y acentúa mi deseo de poner mi persona y mis recursos a tu servicio.

Casmir sonrió glacialmente.

-No habías manifestado tales ambiciones hasta ahora.

-Es cierto, majestad. He postergado ese acto demasiado tiempo, y ahora me descubres engrillado, para mi vergüenza.

-¿Vergüenza por tus crímenes o vergüenza por tu fracaso?

-Sólo puedo decir, majestad, que no estoy habituado al fracaso.

-Bien, esa cualidad, al menos, es admirable. En cuanto a tu empleo a mi servicio, puede ser un juego en el que tendrías que ser limpio.

-Con gusto, majestad, pues el trabajo quizá me libre de la mazmorra y el hacha.

-En efecto. Evidentemente eres sagaz y falto de escrúpulos, cualidades que acostumbro a encontrar valiosas. Si logras realizar la tarea que te propondré, no sólo habrás ganado tu amnistía sino también una sustancial recompensa.

Cory se inclinó.

-Majestad, me consagro a tu misión sin vacilar.

Casmir cabeceó.

-Seamos claros desde un principio. Si me traicionas, te perseguiré con todos mis recursos y te llevaré de regreso al Peinhador.

Cory se inclinó de nuevo.

-Majestad, siendo hombre realista, no esperaría otra cosa. Sólo dime qué debo hacer.

-La tarea es sencilla. Debes matar a Aillas, rey de Troicinet, Dascinet y las Ulflandias. Ahora está en alta mar con su flota, pero pronto lo encontrarás en Doun Darric, Ulflandia del Sur. Yo no debo quedar implicado en tal menester.

Cory apretó los labios. Sus ojos centellearon a la luz de las antorchas.

-Una labor delicada, pero no imposible.

-Eso es todo por esta noche. Mañana hablaremos de nuevo. ¡Guardias!

Los carceleros entraron.

-Llevad al caballero Cory de vuelta al Peinhador; permitid que se bañe, dadle nuevas ropas, alimentadlo como guste y albergadlo en el primer nivel.

-Como desees, majestad. Ven, perro.

-A partir de ahora, llamadme caballero Cory -dijo altivamente el prisionero-, o deberéis temer mi ira.

El carcelero tiró bruscamente de la cuerda.

-Te llames como te llames, obedece deprisa. Nosotros no somos tan clementes como su majestad.

La tarde del día siguiente el rey Casmir entrevistó de nuevo al caballero Cory, esta vez en el Salón de los Suspiros, encima de la armería. El caballero vestía ahora decentemente y no llevaba cadenas.

El rey Casmir ocupó su sitio habitual, con la jarra de madera de haya y el pichel de madera de haya al lado. Indicó a Cory que se sentara.

-He realizado ciertos preparativos -dijo Casmir-. En la mesa hay una bolsa con veinte florines de plata. Hazte pasar por mercader de ungüentos medicinales, con un caballo, un animal de carga y las mercancías apropiadas. Viaja al norte por el Sfer Arct hasta Dazleby, continúa hasta Nolsby Sevan y luego hasta el Pasaje del Ulf. Atravesarás las Puertas de Cerbero y la fortaleza Kaul Bocach; continúa hasta una posada que muestra el emblema del Cerdo Bailarín. Allí te aguardarán cuatro hombres... canallas tan desalmados como tú, o peores. Estaban destinados a la banda de Torqual, pero primero te asistirán en tu empresa. Utilízalos como consideres más conveniente.

Casmir miró una lista, luego habló con disgusto.

-¡Qué grupo tan insólito! Cada cual supera a los demás en infamia. Primero, te citaré a Izmael el Huno, de los bosques de Tartaria. Luego está Kegan el Celta, flaco como un hurón e igualmente sanguinario. Luego, Este el Dulce, de cabello áureo y rizado y diáfana sonrisa. Es romano y afirma estar emparentado con la casa del poeta Ovidio. Lleva un arco frágil como un juguete, y dispara flechas que parecen pequeños dardos, pero puede arrancarle el ojo a un hombre a gran distancia. El último es Galgus el Negro, que lleva cuatro cuchillos en el cinto. Éstos son tus cuatro paladines.

-Parecen criaturas de pesadilla -dijo Cory-. ¿Obedecerán mis órdenes?

Casmir sonrió.

-Eso espero. Temen a Torqual al menos. Quizá sea el único hombre al que respetan. Por esta razón, debes actuar en nombre de Torqual. Hay una ventaja añadida: cuando triunfes, como espero, Torqual cargará con la culpa, no yo.

-¿Cómo verá Torqual este proyecto?

-No hará objeciones. Repito: nunca menciones mi nombre. ¿Está todo claro?

-Excepto un detalle: ¿es necesario que trabaje por encargo de Torqual?

-Sólo si eso te facilita la tarea.

Cory se acarició la larga barbilla.

-¿Puedo hablar con toda franqueza? -preguntó.

-Así hemos hablado hasta ahora. ¡Venga!

-He oído rumores de que tus agentes secretos rara vez sobreviven para gozar de los frutos de su labor. ¿Cómo se me garantiza que viviré para disfrutar de mi éxito?

-Sólo puedo responderte de esta manera: si me sirves bien una vez, quizá desee que me sirvas de nuevo, cosa que no podrás hacer si estás muerto. Además, si recelas del plan, tienes la opción de regresar al Peinhador.

Cory sonrió y se puso de pie.

-Tus argumentos son convincentes.

VII

1

En el prado de Lally, en el corazón del Bosque de Tantrevalles, se alzaba Trilda, una estructura de madera y piedra situada donde el Lillery salía del bosque para desembocar en el río Yallow.

Trilda, que ya tenía casi cien años, había sido construida por orden del mago Hilario, quien antes habitaba la Torre Sheur, en un islote frente a la costa norte de Dahaut: un lugar demasiado tosco, frío y estrecho para Hilario, persona de gustos selectos. Trazó sus planos con sumo cuidado, especificando cada detalle con precisión y revisando con escrúpulo la relación entre cada parte y el todo. Para realizar la construcción contrató a una cuadrilla de duendes carpinteros, que afirmaron ser artesanos calificados. Hilario comenzó a discutir los planes con Shylick, el maestro carpintero, pero Shylick cogió los planos, les echó una ojeada y los asimiló de un solo vistazo. Hilario quedó muy impresionado por su habilidad.

Los carpinteros pusieron manos a la obra; con gran empeño cavaron, sondearon, hacharon, aserraron, martillearon, golpearon, pulieron y ensamblaron, mientras sus ingeniosos tornos escupían volutas de serrín. Para asombro de Hilario, la obra quedó concluida de la mañana a la noche, incluyendo una veleta de hierro negro en la chimenea.

Cuando los primeros rayos del sol bañaron el prado, Shylick el maestro carpintero se enjugó el sudor de la frente. Con gesto pomposo presentó las cuentas a Hilario, exigiendo un pago inmediato, pues la cuadrilla tenía ocupaciones urgentes en otra parte.

Sin embargo, Hilario era hombre de temperamento cauto y no se dejó enredar por la cháchara de Shylick. Felicitó a éste por su empeño y eficacia, pero insistió en inspeccionar el lugar antes de pagar. Shylick protestó, pero en vano, y de mala gana acompañó a Hilario mientras el mago realizaba la inspección.

Pronto descubrió Hilario varios errores en el trabajo, y evidencia de métodos apresurados o chapuceros. El contrato establecía una mampostería de «sólidos y sustanciales bloques de piedra»; los bloques inspeccionados por Hilario resultaron ser simulacros preparados con excrementos de vaca hechizados. Tras nuevas observaciones, Hilario descubrió que los «fuertes tablones de roble bien curado» eran en realidad tallos secos de vencetósigo, disfrazados mediante taimados sortilegios.

Hilario señaló estos defectos con indignación, exigiendo a Shylick que realizara bien el trabajo y cumpliera con el contrato. Shylick, ofuscado y malhumorado, hizo todo lo posible por evadir la nueva faena. Razonó que la precisión total era imposible y desconocida en el cosmos. Argumentó que una persona razonable y realista aceptaba un grado de laxitud en la interpretación del contrato, pues dicha amplitud era inherente al proceso de comunicación.

Hilario no cedió y el enfado de Shylick crecía por momentos, al tiempo que golpeaba el piso con el alto sombrero verde y presentaba argumentos cada vez más

abstrusos. Declaró que, como la distinción entre «apariencia» y «sustancia» era a lo sumo una exquisitez filosófica, casi nada era equivalente a nada.

-En tal caso -dijo gravemente Hilario-, pagaré mi cuenta con esta brizna de paja.

-No -dijo Shylick-. Eso no es lo mismo. -Afirmó que, en bien de la simplicidad, Hilario debía pagar la cuenta y establecerse gustosamente en su nueva residencia.

Hilario se mantuvo en sus trece. Declaró que los argumentos de Shylick eran meros sofismas, de cabo a rabo.

-Admito que la mansión tiene un bonito aspecto -dijo-, pero los encantamientos de este tipo son fugaces y propensos a la erosión.

-¡No siempre!

-¡Pero a menudo! Con la primera lluvia, esta improvisada estructura se derrumbará sobre mí, quizás en medio de la noche mientras duermo. Debes reiniciar el trabajo, desde el principio hasta el fin, usando materiales adecuados y métodos aprobados de construcción.

Los carpinteros protestaron pero Hilario se salió con la suya y el trabajo se reanudó. Los duendes se afanaron durante tres días con sus noches, y esta vez -quizá por petulancia, o por mera perversidad- hicieron una tarea mucho mejor que la requerida usando palo de rosa y castaño para los paneles, y pórfido rosado y malaquita en vez de mármol. Entretanto, miraban de soslayo a Hilario, como desafiándolo a hallar defectos.

Al fin la obra quedó concluida e Hilario pagó la cuenta con doscientas doce conchas de coquina y un festín de pescado en salmuera, pan recién horneado, queso fresco, nueces y miel, una bacía de fuerte sidra de pera y otra de vino de morera; la transacción culminó con una nota de camaradería y mutua estima.

Hilario se alojó en Trilda, donde vivió muchos años, hasta que murió por causas inexplicables en el prado de Lally, quizá víctima de un rayo. Sin embargo, corrió el rumor de que había provocado el resentimiento del brujo Tamurello. En todo caso, nada pudo probarse. La mansión permaneció vacía durante muchos años, hasta que un día Shimrod, durante uno de sus vagabundeos, se topó con la solitaria estructura y decidió convertirla en su hogar. Añadió un ala para su taller, plantó flores en el frente y un huerto detrás y Trilda pronto recobró su encanto.

Para mantener Trilda -para asear, fregar y pulir, bruñir los vidrios, encerar la madera, desbrozar el jardín y cuidar el fuego- Shimrod contrató a una familia de tonoalegres (a veces llamados duendes arbóreos) recién llegados al vecindario. Eran criaturillas tímidas que trabajaban sólo cuando Shimrod les daba la espalda, de modo que él rara vez reparaba en ellos, salvo por un aleteo en el rabillo del ojo.

Pasaron los años, según el ciclo establecido. Shimrod vivía en Trilda prácticamente en soledad, por completo dedicado a su labor. Pocas gentes iban al prado, a veces un leñador o un recolector de setas, y Shimrod raramente recibía visitas. En el otro extremo del prado estaba Tuddifot Shee, una cresta de basalto negro para el ojo poco atento, manchada de liquen en su parte norte. De cuando en cuando Shimrod observaba las juergas de las hadas, pero siempre desde lejos. Ya había aprendido que la compañía de las hadas podía conducir a torbellinos de dolorosa frustración.

Recientemente, a petición de Murgen, había emprendido una tarea monumental: el análisis y clasificación del material confiscado al brujo Tamurello y llevado a Trilda en un desordenado batiburrillo. Tamurello había sido un brujo de gran versatilidad y

eléctrica experiencia; había recogido por doquier gran cantidad de objetos y artilugios mágicos, algunos triviales, otros vibrantes de poder.

La primera tarea de Shimrod consistió en realizar una somera inspección de documentos, tratados, formularios y registros. Éstos figuraban en muchas formas, tamaños y condiciones. Había libros antiguos y recientes, rollos de tiempos inmemoriales, pergaminos iluminados, carpetas con dibujos, planos, mapas y cartas; lienzos estampados con grandes caracteres, papeles escritos con tintas de colores extraños y en idiomas arcanos.

Shimrod ordenó estos artículos en pilas, para estudiarlos después, y se puso a examinar las máquinas, herramientas, utensilios, amplificadores y otros artefactos. Muchos no revelaban una utilidad manifiesta, y Shimrod a menudo se preguntaba cuál era su propósito o falta de propósito. Durante un mes había estudiado uno de esos artefactos: un ensamblaje de siete discos de material transparente que giraban alrededor de una tablilla circular de ónix negro. Los discos irradiaban colores tenues y de modo intermitente aparecían unos puntos negros de vacío, que al parecer se formaban y morían al azar.

Shimrod no hallaba un propósito práctico para tal artilugio. ¿Un reloj? ¿Un juguete? ¿Una curiosidad? Razonó que una máquina tan compleja debía de tener un propósito definido, aunque dicho propósito escapara a su entendimiento.

Un día, mientras observaba los discos, sonó una campanilla en un enorme espejo que colgaba de una pared.

Shimrod se puso de pie y se acercó al espejo, que ahora mostraba el salón principal de Swer Smod. Murgen estaba junto a la mesa. Saludó a Shimrod con una inclinación de cabeza y habló sin rodeos.

-Tengo una labor complicada para ti. Podría ser arriesgada, pero es de suma importancia y es preciso realizarla. Como no puedo dedicar tiempo a esta tarea, recaerá sobre tus hombros.

-Ésa es la razón de mi existencia -dijo Shimrod-. ¿Cuál es la tarea?

-Se trata básicamente de continuar con tu anterior labor en Ys. Debes profundizar tus investigaciones. Específicamente, debes averiguar qué sucedió con Desmei.

-¿No tienes teorías?

-Conjeturas por docenas; hechos ninguno. Las mejores posibilidades son muy escasas. En rigor, según mis cálculos, sólo dos.

-¿Y cuáles son?

-Comencemos con esta suposición. Cuando Desmei creó a Melancthe y Carfilhiot, se disolvió totalmente, como una contundente demostración de su despecho hacia los hombres. Aquí la objeción es que a nadie le importaría... y mucho menos a Tamurello. Como posibilidad más probable, Desmei optó por alterar su estado y ganar tiempo para cobrar venganza cuando surgiera la oportunidad. Con esta premisa, debes descubrir el nódulo de tintura verde que es Desmei... o cualquier otro disfraz que esté usando. ¿Dónde se oculta? ¿Cuál es su plan? Sospecho que sus agentes son Melancthe y Torqual; en tal caso, ellos te guiarán hasta Desmei.

-Bien. ¿Cómo debo proceder?

-Primero, altera tu aspecto, y de manera concluyente. Melancthe te reconoció con tu disfraz anterior. Luego viaja a los altos brezales de Ulflandia. Bajo el monte Sobh, en el valle de Dagach, está Coram Alto; allí encontrarás a Melancthe y a Torqual.

-¿Y cuando encuentre a Desmei?

-Destrúyela... a menos que ella te destruya primero.

-Ésa es una contingencia que lamentaría.

-Entonces debes armarte bien. No puedes usar magia de sandestín: ella te olería al instante, pues el verde viene de la tierra de los demonios.

-Pues yo soy vulnerable a la magia de los demonios.

-No tanto. Extiende la mano.

Shimrod obedeció y de inmediato vio en sus palmas un par de esferas de hematites negros, cada cual unida a un arete por una cadenilla.

-Éstas son proyecciones de dos efrits de Mang Siete. Les disgustan todas las cosas de Mel y Dadgath. Se llaman Voner y Skel; te serán útiles. Ahora haz tus preparativos, y luego te daré más instrucciones.

El espejo titiló y de pronto Shimrod vio sólo su propia imagen. Dio media vuelta y estudió su banco de trabajo, cargado de rarezas y misterios. Observó el desplazamiento de los siete discos y gruñó con irritación. Tendría que haber hecho una pregunta a Murgen.

Era por la tarde. Shimrod salió al jardín. En las alturas del cielo montañas de nubes soñaban al sol. El prado de Lally nunca había parecido más sereno. Shimrod pensó en el valle Dagach, donde sin duda la serenidad sería algo desconocido. Pero no había modo de evitarlo. Debía hacer lo que era preciso.

Cobró una semblanza apropiada para el lugar y las circunstancias. Como se le negaba su magia habitual, debía recurrir a las aptitudes físicas y al armamento. Algunas de ellas le eran innatas, otras tenía que aprenderlas.

Reflexionó sobre su nueva apariencia. Debía ser fuerte, duradera, rápida y competente, pero no demasiado llamativa para un lugar como los brezales altos.

Shimrod regresó al taller, donde concibió una entidad que cumplía de sobra con los requisitos: un hombre alto y delgado, con un cuerpo que parecía hecho de cuero, tendones y hueso. La cabeza era angosta, con un rostro huesudo de mejillas huecas, ojos amarillos y centelleantes, boca torcida y cruel, nariz filosa como un hacha. Rizos de tosco pelo castaño le cubrían el cuero cabelludo; la piel, curtida por el sol y la intemperie, mostraba el mismo color. De los lóbulos de las pequeñas orejas Shimrod colgó a los efrits Voner y Skel. De inmediato oyó las voces. Parecían estar comentando el tiempo en sitios que él desconocía.

-... casi un ciclo récord para los intersticiales, al menos a lo largo del miasma superior -dijo Skel-. Sin embargo, los módulos de vibrocampo de los Muertos Vivos no han cambiado de fase.

-Sé poco sobre Carpiskovy -dijo Voner-. Se dice que es muy agradable, y me sorprende oír que las condiciones sean tan insípidas.

-Margaunt es peor, y cambia a ojos vistas. Encontré un delicado verdepum en la pista de vuelo.

-¿Delicado?

-En efecto. Los pinogrises cumplen sus deberes normales, y no se oye ni un gorjeo de los rubantes.

-Caballeros -dijo Shimrod-, soy vuestro supervisor. Me llamo Shimrod, pero en esta fase usaré el nombre de Travec el Dacio. Estad alerta a los planes trazados contra Shimrod o Travec. Me agrada que os asociéis conmigo, pues nuestra misión es de suma importancia. Ahora bien, por el momento debo pediros que guardéis silencio, pues he de asimilar mucha información.

-Has empezado mal, Shimrod, Travec o como te llames -dijo Skel-. Nuestra conversación tiene un altísimo nivel, y harías bien en escuchar.

-Tengo una mente limitada -dijo Shimrod con severidad-. Insisto en que prestéis obediencia. Aclaremos esto de inmediato. De lo contrario, debo consultar a Murgen, -¡Bah! -dijo Voner-. ¡Qué suerte la nuestra! En Shimrod descubrimos a otro de estos mandones de malas pulgas.

-Silencio, por favor.

-Está bien, ya que insistes -dijo Voner-. Skel, hablaré contigo más tarde, cuando Shimrod esté menos molesto.

-¡Desde luego! Esperaré impaciente ese momento, como dicen en este excéntrico universo.

Los efrits callaron, salvo por algunos gruñidos y murmullos ocasionales. Shimrod, entretanto, inventó una biografía para Travec y memorizó la información pertinente. A continuación estableció salvaguardas para proteger Trilda de los intrusos durante su ausencia. Sería irónico que, mientras él buscaba a Desmei en los brezales, ella fuera a Trilda y se apoderase de sus valiosos artefactos.

Shimrod terminó al fin sus preparativos. Fue hasta el espejo y llamó a Murgen.

-Estoy preparado para partir.

Murgen inspeccionó la extraña imagen que tenía enfrente.

-La semblanza es apropiada, aunque un poco más imponente de lo necesario. Aun así, quién sabe, quizá resulte útil. Bien, atraviesa Kaul Bocach, en el Pasaje del Ulf, y llega hasta la Posada del Cerdo Bailarín.

-Conozco esa posada.

-Descubrirás a cuatro malandrines. Están esperando órdenes del rey Casmir. Di que el rey Casmir te ha enviado para unirte al grupo, y que un tal Cory de Falonges llegará en breve para actuar como jefe de una misión especial.

-Hasta ahora todo está claro.

-No tendrás dificultades para unirte a la banda de Cory. Tiene órdenes de asesinar al rey Aillas y, de ser posible, capturar al príncipe Dhrun.

»Cory guiará al grupo hasta el valle Dagach. Allí, según las circunstancias, tal vez pases de la banda de Cory a la de Torqual. Pero debes actuar con sigilo y no irritar a nadie. Por el momento Desmei no sospecha nada. No cometas torpezas que la obliguen a ocultarse.

Shimrod asintió.

-¿Y qué ocurrirá luego con Cory? -Resulta irrelevante. El espejo titiló.

2

Travec el Dacio atravesó el Pasaje del Ulf montado en un caballo bruno con cabeza de martillo. A la derecha de la silla llevaba una caja lacada con un arco corto y dos docenas de flechas; a la izquierda colgaba una cimitarra larga de hoja angosta, en un funda de cuero. Vestía camisa negra, pantalones amplios y botas negras hasta la rodilla. Una camisa con cota de malla y un yelmo cónico de hierro viajaban sujetos a la parte posterior de la silla.

Cabalgaba con el cuerpo inclinado, moviendo los ojos en todas direcciones. Las armas, la vestimenta y el aspecto general identificaban a Travec como un guerrero errabundo o algo peor. Las gentes que encontraba en el camino lo eludían y sentían alivio al verlo pasar de largo.

Travec había dejado atrás las fortaleza Kaul Bocach. A la izquierda se erguía el imponente Teach tac Teach; a la derecha el Bosque de Tantrevalles bordeaba el camino, acercándose tanto por momentos que las ramas ocultaban el cielo. Más adelante, una posada mostraba el cartel del Cerdo Bailarín.

Travec frenó el caballo; de inmediato una pregunta quejosa brotó de uno de los hematites negros que le colgaban de la oreja.

-Travec, ¿por qué detienes el caballo?

-Porque estamos cerca de la Posaba del Cerdo Bailarín.

-¿Y a quién le importa?

No por primera vez, Travec recordó que Murgen le había insinuado que quizá los efrits no fueran compañeros fáciles. Durante el viaje, para distraer el tedio, habían conversado en voz baja, creando un bordoneo que Travec había procurado ignorar.

-¡Escuchad bien! -dijo-. Os daré instrucciones.

-Es innecesario -dijo Voner-. Tus instrucciones no vienen al caso.

-¿Por qué?

-¿Acaso no está claro? Murgen ordenó que sirviéramos a Shimrod. Tú dices llamarte Travec. La disparidad debe de ser obvia, incluso para ti.

Travec soltó una risotada amarga.

-¡Un momento, por favor! Travec es sólo un nombre... un truco verbal. En todo lo esencial, soy Shimrod. Debéis servirme con vuestra mejor voluntad. Si hacéis una sola objeción, me quejaré ante Murgen, quien os castigará sin piedad.

-Todo está aclarado -dijo Skel con voz servil-. No temas nada. Estamos totalmente alerta.

-Aun así, para refrescarnos la memoria, cita nuevamente las contingencias contra las cuales debemos precavernos -dijo Voner.

-Primero, advertirme acerca de todo peligro inminente, entre ellos emboscadas, vino envenenado, armas apuntadas hacia mí con el propósito de herirme o matarme;

también sobre derrumbes, aludes, pozos, trampas de toda clase y cualquier otro artilugio o actividad que pudiere molestarme, frustrarme, lastimarme, encarcelarme, matarme o debilitarme. En síntesis, velad por mi seguridad y buena salud. Si tenéis dudas sobre lo que acabo de decir, actuad siempre del modo que me brinde la máxima satisfacción. ¿Está claro?

-¿Y qué hay sobre las dobles o triples dosis de afrodisíaco? -preguntó Voner.

-Esas dosis atentarán en última instancia contra mi fortaleza. Quedan incluidas en las categorías citadas. Si tenéis dudas, consultadme.

-Como gustes.

-Segundo...

-¿Hay más?

Travec no prestó atención.

-Segundo, avisadme cuando detectéis la humareda verde de Xabiste. Intentaremos localizar la fuente y destruir el nódulo.

-Eso es bastante sensato.

-Tercero: no os reveléis a los demonios de Xabiste, Dadgath o de cualquier otra parte. Podrían huir antes de que pudiéramos matarlos.

-Como desees.

-Cuarto, estad atentos a la bruja Desmei, en cualquiera de sus fases. Incluso podría usar otro nombre, pero no os dejéis confundir. Informadme al instante sobre cualquier circunstancia sospechosa.

-Haremos lo posible.

Travec reanudó la marcha y continuó camino arriba mientras los efrits comentaban las instrucciones de Travec, que les parecían desconcertantes, lo que hizo que Travec se preguntara si las habrían entendido cabalmente.

Al acercarse a la posada, descubrió que ésta era un edificio destartalado, construido con madera tosca y con un techo de bálago tan viejo que en la paja crecía hierba. En un costado había un cobertizo donde el propietario destilaba su cerveza; en el fondo la posada se unía con el granero. Más allá, tres niños trabajaban en una parcela cultivada. Travec entró en el patio, desmontó y sujetó el caballo a un poste. Había dos hombres sentados en un banco. Izmael el Huno y Kegan el Celta, ambos observando a Travec con agudo interés.

Travec se dirigió a Izmael en su propio idioma.

-Bien, criatura nacida de la malicia, ¿qué haces aquí, tan lejos de casa?

-Hola, comedor de perros. Atiendo mis propios asuntos.

-Quizá sean también los míos, así que trátame amablemente, aunque he decapitado a cien sujetos de tu raza.

-Lo hecho hecho está. A fin de cuentas, yo violé a tu madre y a todas tus hermanas.

-Y sin duda también a tu madre, y a tu caballo. -Travec volvió la cabeza hacia el otro hombre-. ¿Quién es esa enjuta sombra de escorpión muerto?

-Se hace llamar Kegan, y es un celta de Godelia. Degollarte le costaría tanto como escupir.

Travec asintió y continuó en el idioma local.

-Me han enviado al encuentro de un tal Cory de Falonges. ¿Dónde se encuentra?

-Aún no ha llegado. Creímos que tú eras Cory. ¿Qué sabes de esta empresa?

-Me han asegurado que es peligrosa y lucrativa, nada más. -Travec entró en la posada y habló con el posadero, quien acordó brindarle alojamiento: un jergón de paja en el altillo del granero, que Travec aceptó sin entusiasmo. El posadero envió a un niño a cuidar del caballo bruno; Travec entró sus pertenencias en la posada, pidió una pinta de cerveza y se sentó a una mesa junto a la pared.

Cerca estaban los otros dos. Este el Romano, esbelto, con rasgos delicados y ojos castaños, tallaba una arpía en un trozo de madera. Galgus el Negro de Dahaut se distraía jugando a los dados. Tenía la tez blanca y el pelo negro y opaco de un adicto al arsénico, y el rostro era triste y saturnino. Izmael y Kegan el Celta se unieron al grupo. Izmael masculló unas palabras y todos se volvieron hacia Travec, quien no les prestó atención.

Kegan se puso a jugar a los dados con Galgus, apostando monedas de poco valor, y pronto todo el grupo participó en la partida. Travec observaba distraídamente, intrigado por el desenlace de la situación. El grupo era inestable en ausencia de un cabecilla, pues cada hombre protegía celosamente su reputación. Al cabo de unos minutos Izmael el Huno le dijo a Travec:

-¡Ven! ¿Por qué no juegas con nosotros? Los dacios son célebres por su insensata afición al juego.

-Lamentablemente es cierto -dijo Travec-. Pero no quise entrar en el juego sin invitación.

-Considérate invitado. Caballeros, éste es Travec el Dacio, el cual está aquí en una misión similar a la nuestra. Travec, aquí ves a Este el Dulce, que afirma ser el último romano auténtico. Su arma es un arco tan pequeño y frágil que parece un juguete, y sus flechas son pequeños dardos; sin embargo, puede dispararlas con gran rapidez y arrancar un ojo a cincuenta metros sin levantarse de la silla. Al lado está Galgus, un daut hábil con los cuchillos. Allí está Kegan de Godeha, amante de las armas raras, entre otras un látigo de acero. Yo soy apenas una paloma extraviada; sobrevivo a las ferocidades de esta vida sólo gracias a la piedad y tolerancia de mis camaradas.

-Formáis un grupo notable -dijo Travec-. Es un privilegio integrarme en él. ¿Alguien conoce los detalles de nuestra misión?

-Puedo figurármelo -dijo Galgus-, pues Casmir es el inspirador. Pero basta de cháchara. Hagamos rodar los dados. Travec, ¿entiendes el juego?

-No muy bien, pero aprenderé deprisa.

-¿Y el dinero?

-¡No hay problema! Tengo diez piezas de oro que me pagó el rey Casmir.

-¡Eso bastará! Bien, arrojaré los dados. Todos debéis apostar, y luego anunciaré el número como «par» o «impar», y así sigue el juego.

Travec jugó un rato y ganó con moderación. Luego Galgus comenzó a usar dados falsos, que sustituyó con gran destreza cuando le tocó el turno, y Travec perdió las diez piezas de oro.

-No jugaré más -dijo Travec-. No quiero quedarme sin caballo.

El sol había caído tras las montañas. Cuando el cielo comenzó a oscurecerse, el posadero les sirvió una cena de pan con lentejas. Mientras los cinco hombres terminaban de comer, llegó otro individuo a la posada, montando un elegante caballo negro. Se apeó, sujetó el caballo al poste y entró en la posada; era un hombre de pelo oscuro y estatura media, con brazos y piernas largos y membrudos, y una cara dura y filosa.

-Cuídame el caballo y bríndame lo mejor de tengas, pues este día he cabalgado mucho -dijo al posadero. Se volvió hacia los cinco hombres y se acercó a la mesa-. Soy Cory de Falonges, estoy aquí siguiendo órdenes de una persona eminente a quien conocéis. Es mi tarea ser vuestro jefe en una misión. Esperaba a cuatro hombres, pero veo cinco.

-Yo soy Travec el Dacio. El rey Casmir me envió para unirme a tu gente, junto con un saco de diez piezas de oro que era la paga de los otros cuatro. Sin embargo, esta tarde jugué a los dados. Lamento decir que perdí las diez piezas, así que los hombres quedarán sin paga.

-¡Qué! -exclamó Izmael-. ¿Apostaste con mi dinero?

Cory de Falonges miró intrigado a Travec.

-¿Cómo explicas tu conducta?

Travec se encogió de hombros.

-Me invitaron a participar en el juego y el dinero de Casmir era lo que tenía a mano. A fin de cuentas, soy un dacio y acepto todos los retos.

Este miró a Galgus con aire acusador.

-¡El dinero que has ganado me pertenece!

-No necesariamente -replicó Galgus-. Tu declaración se basa en una hipótesis. Además, te hago esta pregunta: si Travec hubiera ganado, ¿me reembolsarías las pérdidas?

-En este caso la culpa no es de Galgus -terció Cory-, sino de Travec.

Travec, viendo cómo iban las cosas, declaró:

-Os preocupáis por nada. Tengo cinco piezas de oro que me pertenecen, y las apostaré.

-¿Deseas seguir jugando? -preguntó Galgus.

-¿Por qué no? Soy un dacio. ¡Pero propongo un nuevo juego! -Travec dejó la cazuela de arcilla en el suelo y señaló una fisura que había en el piso, a cinco metros de la cazuela-. Cada hombre se plantará detrás de la fisura y arrojará una pieza de oro a la cazuela. Aquel cuya moneda entre en la cazuela recogerá todas las monedas que han errado.

-¿Y si dos o más hombres aciertan? -preguntó Este.

-Se reparten el botín. ¿Queréis jugar o no? Galgus, tú eres diestro y buen juez de las distancias. Lanzarás el primero.

Galgus, con renuencia, apoyó el pie en el fisura y arrojó una moneda, que golpeó el costado de la cazuela y rodó tintineando.

-Qué lástima -dijo Travec-. No ganarás esta ronda. ¿Quién sigue? ¿Este?

Arrojaron Este, Izmael y Kegan; todas las monedas se alejaban del orificio, aunque parecían ir bien apuntadas y desviarse en el último momento. Travec arrojó el último, y su moneda entró tintineando en la cazuela.

-En esto soy afortunado -dijo, recogiendo sus ganancias-. Venga, ¿quién arrojará primero? ¿De nuevo Galgus?

Una vez más Galgus se plantó sobre la fisura y arrojó la moneda con gran cuidado, pero la moneda sobrevoló la cazuela como si tuviera alas. La moneda de Este pareció entrar un instante, y luego rodó al costado. Izmael y Kegan también fallaron en el intento, pero la moneda de Travec nuevamente entró en la cazuela como poseída por una voluntad propia.

Travec recogió sus ganancias. Contó diez piezas de oro y se las dio a Cory.

-¡Que no haya más quejas! -Se volvió a sus compañeros-. ¿Probamos de nuevo?

-Yo no -dijo Este-. Me duele el brazo después de tanto ejercicio.

-Yo no -dijo Kegan-. Estoy confundido por el errático vuelo de mis monedas. Van de aquí para allá como golondrinas; se alejan de la cazuela como si fuera la puerta del infierno.

Kegan inspeccionó la cazuela. Un brazo negro salió del interior y le pellizcó la nariz. Kegan gritó sobresaltado y soltó la cazuela, que se hizo añicos. Nadie había visto el incidente y sus explicaciones se toparon con miradas escépticas.

-¡La cerveza del posadero es fuerte! -dijo Travec-. ¡Sin duda has sentido su influencia!

El posadero se les acercó.

-¿Por qué rompiste mi valiosa cazuela? ¡Exijo que la pagues!

-¡Tu cazuela me ha salido muy cara esta noche! -rugió Kegan-. No pagaré ni siquiera un florín falso, a menos que me recompenses por las pérdidas.

Cory intervino.

-¡Calma, posadero! Soy el jefe de este grupo y te pagaré la cazuela. Ten la bondad de servirnos más cerveza y déjanos en paz.

Con un gesto hosco, el posadero se retiró y regresó con picheles de cerveza. Entretanto, Cory se había vuelto hacia Travec.

-Eres diestro en arrojar monedas. ¿Qué otras habilidades puedes mostrarnos?

Travec sonrió arteramente.

-¿En quién?

-Yo permaneceré al margen, para juzgar -dijo Cory.

Travec miró en torno.

-Izmael, tú tienes nervios fuertes. De lo contrario los actos que has cometido te habrían enloquecido.

-Quizá tengas razón.

-Ponte aquí, pues, en este lugar.

-Primero dime qué tienes en mente. Si intentas cortarme la coleta, debo negarme respetuosamente.

-¡Calma! Con tanta amistad como es posible entre un dacio y un huno, mostraremos las sutilezas del combate tal como lo conocemos en las estepas.

-Como gustes. -Izmael se plantó en el sitio indicado.

Cory se volvió hacia Travec.

-¿Qué tontería es ésta? -barbotó-, No llevas porra ni maza. No tienes cuchillo en el cinturón ni en la bota.

Travec, sin prestarle atención, le dijo a Izmael.

-Tú aguardas emboscado. Prepara el cuchillo, y ataca cuando yo pase.

-Como gustes.

Travec pasó junto a Izmael el Huno. Hubo un movimiento repentino. Travec estiró el brazo y un puñal le apareció en la mano como por milagro; Travec apoyó el pomo contra el nudoso cuello de Izmael, haciendo centellear la hoja a la luz de la lámpara, desvió el brazo del huno y le arrancó el cuchillo. Izmael alzó la pierna y una temible hoja de doble filo surgió de la punta del blando zapato de fieltro. El huno pateó la entrepierna de Travec, quien bajó la otra mano y cogió el tobillo de Izmael, arrojándolo hacia atrás; si Travec hubiera empujado, Izmael habría caído en el fuego del hogar.

Sin embargo, Travec soltó el tobillo de Izmael y volvió a sentarse. Izmael cogió impasible el cuchillo y ocupó su sitio.

-Así es la vida en la estepa -dijo sin resentimiento.

-Eso revela una gran destreza con el cuchillo -dijo Este el Dulce con voz sedosa-. Hasta Galgus, que se considera el maestro supremo, tendrá que reconocerlo. ¿Estoy en lo cierto, Galgus?

Todos se volvieron hacia Galgus, quien cavilaba con el rostro contraído en una máscara dispéptica.

-Es fácil ser diestro cuando se lleva un cuchillo en la manga -dijo Galgus-. En cuanto a arrojar el cuchillo, es un arte magnífico en el cual sobresalgo.

-¿Qué dices, Travec? -preguntó Este-. ¿Sabes arrojar el cuchillo?

-Entre los dacios se me considera moderadamente hábil. ¿Quién de nosotros es el mejor? No hay manera de probarlo sin que uno de nosotros reciba el cuchillo en la garganta, así que no forcemos la comparación.

-Pero hay un modo -dijo Galgus-. A menudo lo he visto en un juicio entre campeones. Posadero, tráenos un trozo de cordel delgado.

El posadero, a regañadientes, les entregó un pedazo de cordel.

-Ahora debéis pagarme una pieza de plata, la cual también me compensará por la cazuela.

Cory le arrojó una moneda con un ademán desdeñoso.

-¡Toma esto y deja de quejarte! La avaricia no sienta bien a un hombre de tu oficio; los posaderos deben ser generosos, decentes y bien dispuestos.

-No existen tales posaderos -gruñó el aludido-. Todos los que responden a esa descripción se han transformado en menesterosos.

Entretanto Galgus había atado el cordel a una viga horizontal a dos metros de altura en el otro extremo de la sala. En el centro colgó una taba de vaca que los perros habían estado royendo, y regresó con sus camaradas.

-Bien -dijo Galgus-. Nos plantamos en esta fisura, de espaldas al cordel. A una seña, giramos y arrojamos los cuchillos. Travec apunta al cordel medio metro a la derecha del hueso; yo apunto medio metro a la izquierda. Si ambos damos en el blanco, un cuchillo cortará un instante antes que el otro, y el hueso se desplazará de la vertical un segundo antes de caer, dando claro indicio de qué cuchillo acertó primero... siempre que alguno de nosotros tenga la destreza de dar en el blanco.

-He de intentarlo -dijo Travec-, pero antes debo hallar un cuchillo, pues no deseo usar el mío en una tarea tan tosca. -Miró en torno-. Probaré con este viejo cuchillo para quesos; servirá tan bien como cualquiera.

-¿Qué? -exclamó Galgus-. La hoja está hecha de metal inferior, plomo u otra materia vil. Apenas es capaz de atravesar un queso.

-Aun así deberé apañármelas, pues no tengo otro. Este, tú serás el arbitro. Encuentra la vertical exacta, para que podamos detectar con toda precisión quién es el mejor hombre.

-Muy bien. -Después de varias pruebas, Este hizo una marca en el suelo-. ¡Aquí está el punto determinante! Kegan, ven tú también; agachémonos ambos para observar este punto; si el hueso cae, el uno confirmará la decisión del otro.

Kegan y Este se arrodillaron bajo el hueso.

-Estamos preparados.

Galgus y Travec ocuparon sus sitios junto a la fisura, de espaldas a la viga de madera.

-Yo golpearé la mesa con los nudillos -dijo Cory-, siguiendo esta cadencia, uno... dos... tres... cuatro... cinco.... Al quinto golpe, debéis girar y lanzar. ¿Preparados?

-¡Preparado! -dijo Galgus.

-¡Preparado! -dijo Travec.

-¡Atención, pues! ¡Empiezo la cuenta!

Cory golpeó la mesa con los nudillos. Toe. Toe. Toe. Toe. Toe. Galgus giró con la celeridad de una serpiente al ataque; el metal relampagueó en el aire, la hoja mordió la madera. Pero el hueso no se movió; el cuchillo había entrado en la viga en el punto indicado pero con la hoja chata y paralela al cordel. Travec, que se había vuelto con aire desmañado, dijo:

-No está mal. Veamos si yo tengo mayor suerte con este viejo cuchillo. -Alzó la empuñadura de madera, lo ladeó. El cuchillo hendió el aire, cortó el cordel. El hueso se ladeó. Este y Kegan se pusieron de pie.

-Parece que Travec ha sido el ganador de este juicio.

Galgus fue a buscar su cuchillo mascullando entre dientes.

-Basta de juicios y pruebas -dijo abruptamente Cory-. Obviamente todos sois competentes para cortar gargantas y ahogar a viejas mujeres. Veremos si podéis realizar acciones más arduas. Sentaos entonces, prestadme atención, y os diré qué espero de vosotros. Posadero, tráenos cerveza y luego márchate, pues deseamos conversar en privado.

Cory esperó a que el posadero obedeciera sus instrucciones y luego, apoyando un pie en un banco, habló con voz autoritaria.

-En este momento somos un grupo dispar, sin nada en común salvo nuestra ruindad y nuestra codicia. Estos vínculos dejan que desear, pero deberán servir porque no existen otros. Es importante que trabajemos al unísono. Nuestra misión culminará en un desastre para todos a menos que actuemos con disciplina.

-¿Cuál es la misión? -preguntó Kegan-. Eso es lo que necesitamos saber.

-Ahora no puedo brindar detalles. Puedo describirla como peligrosa, cobarde y favorable al rey Casmir, pero eso ya lo sabéis, y quizá podáis adivinar qué se nos pide. Aun así, prefiero evitar una definición exacta de nuestro propósito hasta que hayamos avanzado un poco más. Sin embargo, os diré esto: si triunfamos, obtendremos grandes recompensas, y ya no necesitaremos asaltar ni saquear, salvo por diversión.

-Muy bien-dijo Este-, ¿pero cuáles son esas recompensas? ¿Más piezas de oro?

-Claro que no. En cuanto a mí, se me devolverá la baronía de Falonges. Cada uno de vosotros recibirá rango y propiedades de caballero, en un distrito de vuestra elección. Al menos eso he entendido yo.

-¿Y ahora qué hacemos? -preguntó Este.

-El asunto es sencillo: sólo debéis obedecer mis órdenes.

-Eso es demasiado sencillo, ¿no te parece? A fin de cuentas, no somos novatos.

-He aquí los detalles: mañana cruzaremos las montañas para encontrarnos con otros de nuestra ralea. Allí haremos consultas y perfeccionaremos nuestros planes. Por último actuaremos, y si realizamos nuestra tarea con decisión, habremos terminado.

-Según tu explicación, nada podría ser más expeditivo -dijo socarronamente Galgus.

Cory no le prestó atención.

-Ahora escuchadme. Tengo pocas exigencias. No pido amor, adulación ni favores especiales. Exijo disciplina y cumplimiento preciso de mis órdenes. No puede haber titubeos, objeciones ni dudas. Sois un grupo de bestias de pesadilla... pero yo soy más cruel que vosotros cinco juntos cuando se me desobedece. Pues bien, aquí y ahora: quien considere que el plan no le interesa puede marcharse. ¡Es ahora o nunca! Travec, ¿aceptas mis normas?

-Soy un águila negra de los Cárpatos. Ningún hombre es mi amo.

-Durante esta empresa seré tu amo. Acéptalo o sigue tu camino.

-Si todos los demás aceptan, me atendré a tus normas.

-¿Este?

-Acepto las condiciones. A fin de cuentas, alguien tiene que mandar.

-Exacto. ¿Izmael?

-Me atendré a tus normas.

-¿Kegan?

-¡Ja! Haré lo que hay que hacer, aunque los fantasmas de mis ancestros clamen ante la indignidad.

-¿Galgus?

-Me someto a tu liderazgo.

-Travec el Dacio, te pregunto una vez más.

-Serás el líder. No cuestionaré tus órdenes.

-Aún hablas ambiguamente. De una vez por todas, ¿obedecerás mis órdenes, sí o no?

-Obedeceré -dijo Travec con voz pétrea.

3

Una hora después del alba Cory de Falonges y sus siniestros acompañantes partieron de la Posada del Cerdo Bailarín. Tern, el hijo mayor del posadero, oficiaba de guía y conducía un par de caballos de carga. Afirmaba que el viaje duraría sólo dos días, siempre que no hubiera incidentes imprevistos y siempre que las borrascas del Atlántico no soplaran con todas sus fuerzas.

La columna cabalgó hacia el norte, dejando atrás el desfiladero que pasaba bajo el cerro de Tac, internándose en el valle del Evander; luego tomaron un sendero que ascendía por una abrupta cañada. El camino serpeaba entre rocas desmoronadas, alisos, zarzales y matas de cardos. Un riachuelo gorgoteaba en las cercanías. Al cabo de un trecho, el sendero se alejó del arroyo y trepó por la ladera, zigzagueando hasta llegar a la cresta de una estribación.

Los jinetes descansaron un rato y continuaron la marcha: por la cresta, cruzando páramos pedregosos, vallecillos sombreados por cedros y pinos a lo largo de riscos contra los que se estrellaba el viento, y de nuevo al pie del Teach tac Teach. Ascendieron por abruptas escarpas y sinuosidades, y por fin salieron a los brezales altos. El sol se ocultaba detrás de las nubes del oeste. Bajo el refugio de trece altos dólmenes, el grupo acampó para pasar la noche.

Por la mañana, un sol rojo se elevó por el este mientras un viento del oeste enviaba nubes bajas sobre el brezal. El grupo de aventureros se acurrucó alrededor del fuego, cada cual sumido en sus pensamientos y tostando tocino en un espetón, mientras el potaje bullía en la cazuela. Trajeron y ensillaron las monturas; encorvándose ante el viento helado, los viajeros se internaron en el brezal. Los peñascos del Teach tac

Teach, elevándose en solitario aislamiento, se redujeron a izquierda y derecha. Allá delante se erguía el monte Sobh.

La senda había desaparecido; el grupo cabalgó por el páramo abierto, y sorteó los flancos del monte Sobh; atravesó un chaparral de pinos y un súbito panorama se abrió ante ellos: riscos y laderas, valles oscuros poblados de coníferas, brezales bajos y una bruma turbia y cerrada.

De alguna parte apareció otro sendero que descendía por el declive internándose en un bosque de pinos y cedros.

Algo blanco relucía más adelante. Al acercarse, el grupo descubrió el cráneo de un alce clavado al tronco de un pino. Tern frenó el caballo.

-¿Qué ocurre ahora? -preguntó Cory.

-Yo no seguiré -dijo Tern-. Detrás del árbol cuelga un cuerno de bronce. Sopladlo tres veces y esperad.

Cory le pagó con monedas de plata.

-Nos has guiado bien. Buena suerte.

Tern volvió grupas y partió, dejando los dos caballos de carga.

Cory escrutó a sus compañeros.

-¡Este de Roma! ¡Tienes fama de músico! Encuentra el cuerno y sopla tres notas que retumben en el valle.

Este de Roma se apeó y se acercó al árbol, donde encontró un cuerno de bronce de tres vueltas colgado de una clavija. Se lo llevó a los labios y sopló tres notas fuertes, dulces y resonantes.

Pasaron diez minutos. Travec se alejó un poco de los demás.

-¡Voner! ¡Skel! -murmuró-. ¿Podéis oírme?

-Naturalmente, todo lo necesario.

-¿Conocéis este lugar?

-Es un gran pliegue en la materia original del mundo. Una costra de vegetación ensombrece el cielo. Tres rufianes furtivos nos espían desde las sombras.

-¿Y la bruma verde de Xabiste?

-Nada importante -dijo Voner-. Un penacho allá a lo lejos, en un declive, nada más.

-Insuficiente para interesarnos -dijo Skel.

-De todos modos -dijo Travec-, advertidme sobre cualquier mancha verde, pues podría indicar un nódulo de verdor.

-Como digas. ¿Debemos darnos a conocer y destruir esa sustancia?

-Aún no. Debemos averiguar de dónde y cómo surge.

-Como gustes.

Travec oyó una voz áspera a sus espaldas. Al volverse se encontró con Kegan el Celta.

-¡Qué grato debe ser el consuelo de estas conversaciones íntimas contigo mismo!

-Repito mis lemas de la suerte. ¿Qué pasa?

-Nada -dijo Kegan-. Yo también tengo mis chifladuras. Nunca puedo matar a una mujer sin primero rezar una plegaria a la diosa Quincúbila.

-Es natural. Veo que los trompetazos de Este han provocado una respuesta.

Desde el bosque venía un hombre de pelo y barba amarillas, alto y macizo, que llevaba un yelmo de hierro tricorne, una camisa de cota de malla y pantalones de cuero negro. Del cinturón le colgaban tres espadas de diversa longitud. Saludó a Cory con voz potente.

-Decid vuestros nombres y explicad por qué habéis tocado el cuerno.

-Yo soy Cory de Falonges. Una persona de alto rango me envía para pedir consejo a Torqual. Estos hombres están bajo mi mando. Sus nombres no significarán nada para ti.

-¿Sabe Torqual de tu llegada?

-Lo ignoro. Es posible.

-Seguidme, pero no os desviéis del camino.

Avanzaron en fila por un angosto sendero. Atravesaron un tupido bosque y una ladera árida, escalaron una garganta hasta una extensión pedregosa y chata y luego un espinazo de roca, con un abrupto declive a cada lado, hasta llegar a una pequeña vega bajo un peñasco. Una antigua y ruinosa fortaleza dominaba el lugar.

-Estáis en el prado de Neep, y aquélla es la fortaleza de Coram Alto -dijo el rubio bandido-. Podéis desmontar y esperar de pie, o descansar en aquellos bancos. Informaré a Torqual de vuestra llegada. -Se perdió en los recovecos del ruinoso castillo.

Travec desmontó con los demás y observó el prado. Debajo del peñasco había toscas chozas de piedra y turba. Allí debían de alojarse los seguidores de Torqual. Dentro de las chozas vio a varias mujeres harapientas y a unos niños que jugaban entre la mugre. En un costado habían construido un horno de ladrillo para cocer pan. Al parecer habían fabricado los ladrillos con arcilla del prado cocida en fogatas abiertas.

Travec echó un vistazo al valle Dagach, que caía abruptamente para abrirse sobre los brezales bajos.

-¡Voner! ¡Skel! -susurró-. ¿Qué hay del verdor?

-Noto una bruma centrada en el castillo -dijo Voner.

-Un zarcillo conduce a otra parte -añadió Skel.

-¿Puedes ver su origen?

-No.

-¿Hay otros nódulos verdes?

-Hay un nódulo verde en Swer Smod; no se ve ningún otro.

Torqual salió del castillo con el negro atuendo de un noble ska. Se acercó a los recién llegados. Cory se adelantó.

-Torqual, yo soy Cory de Falonges.

-Conozco tu reputación. Has asolado el Troagh como un lobo hambriento, por lo que dicen. ¿Quiénes son los demás?

Cory hizo un gesto de indiferencia.

-Son truhanes de talento, y cada uno es único en lo suyo. Aquel es Kegan el Celta. El otro es Este el Dulce, que tal vez sea el romano que asegura ser. Allá tienes a Travec el Dacio y a Galgus el Daut, y esa deforme conjunción de pura maldad es Izmael el Huno. Sólo conocen dos motivaciones: el temor y la avaricia.

-Son todas las que necesitan conocer -dijo Torqual-. Desconfío de las demás. ¿Cuál es tu misión?

Cory llevó a Torqual aparte. Travec se sentó en el banco.

-¡Voner, Skel! -susurró-. Torqual y Cory están conversando. Repetid sus palabras, pero sólo para mí, de modo que nadie se entere de que escucho.

-Es una charla aburrida e insustancial -dijo Skel-. Hablan de esto y aquello.

-Aun así, deseo oírla.

-Como gustes.

Travec oyó la voz de Torqual:

-¿... no envió fondos para mi cuenta?

-Sólo quince monedas de oro -dijo Cory-. Travec también trajo fondos de Casmir, diez coronas de oro, pero dijo que eran para mis hombres. Tal vez estaban destinadas a ti. ¡Ten! Tómalas.

-¡Calderilla! -exclamó el disgustado Torqual-. Ya veo la intención de Casmir; procura desviarme de mis planes para que yo siga los suyos.

-¿Conoce tus planes?

-Tal vez los adivina. -Torqual se volvió hacia el valle-. No me molesté en ocultarlos.

-Por curiosidad, pues, ¿cuáles son esos planes?

-Dominaré estas montañas mediante la devastación y el terror. Luego conquistaré ambas Ulflandias. Nuevamente conduciré a los ska a la guerra. Tomaremos Godelia, Dahaut y luego todas las Islas Elder. Luego atacaremos el mundo. ¡Nunca habrá una conquista tan vasta ni un imperio tan ancho! Ése es mi plan. Pero por ahora dependo de los hombres y armas que me facilita Casmir, para superar estos difíciles primeros tiempos.

-Tu plan tiene, por cierto, el mérito de la grandeza -dijo Cory con voz de admiración.

-Es algo que se puede hacer -dijo Torqual con indiferencia-. Por lo tanto, debe hacerse.

-Las probabilidades parecen estar en tu contra.

-Tales probabilidades son difíciles de evaluar. Pueden fluctuar de la noche a la mañana. Aillas es mi principal enemigo. A primera vista parece imponente, con sus ropas y sus navíos, pero le falta sensibilidad: ignora el resentimiento de los ulflandeses contra su régimen troicino. Los barones se le someten a regañadientes; muchos se rebelarían en menos que canta un gallo.

-¿Y tú los conducirías?

-De ser necesario. Librados a su suerte, constituyen una banda soberbia y pendenciera. Están resentidos porque Aillas ha puesto fin a sus reyertas. ¡Ja! Cuando al fin los controle conocerán el significado de la disciplina ska. Comparado conmigo, Aillas parecerá un ángel de la misericordia.

Cory carraspeó sin comprometer su opinión.

-Mi misión es asesinar a Aillas. Estoy al mando de cinco matones que trabajarán por puro placer... aunque esperan que se les pague.

-Bromeas -dijo Torqual-. Casmir recompensa a sus fieles servidores con una soga en la garganta. No es muy generoso una vez que se han cumplido sus órdenes.

Cory asintió.

-Si tengo el éxito que espero, puedo controlar a Casmir reteniendo en cautiverio al príncipe Dhrun. Por el momento, al menos, nuestros intereses confluyen. Espero, pues, tu consejo y cooperación.

Torqual caviló un momento y preguntó:

-¿Cómo piensas actuar?

-Soy hombre cauto. Espiaré los movimientos de Aillas. Averiguaré dónde come, duerme y monta a caballo, si tiene una amante o disfruta de la soledad. Lo mismo haré con Dhrun. Cuando descubra sus hábitos y una oportunidad, pondré manos a la obra.

-Un plan metódico. Aun así, requiere mucho tiempo y esfuerzo, y quizá despierte suspicacias. Puedo sugerir una oportunidad más inmediata.

-Me alegrará oírla.

-Mañana organizaré una magnífica expedición. La ciudad de Sauce Wyngate está custodiada por el castillo del Sauce Verde. El señor Minch, sus hijos y sus caballeros han viajado a Doun Darric, donde saludarán al rey Aillas, que acaba de regresar del extranjero. El lugar no queda a mucha distancia, sólo unos treinta kilómetros, y ellos creen que el castillo estará seguro en su ausencia. Se equivocan; tomaremos el castillo y saquearemos la ciudad. Pues bien, Aillas y el señor Minch recibirán noticias de que Sauce Verde sufre un ataque y acudirán de inmediato a socorrerla. Ésta puede ser tu oportunidad, pues la ruta brinda muchas posibilidades para una emboscada. Bastará una flecha para liquidar a Aillas.

-¿Y el príncipe Dhrun?

-Eso es lo mejor de la situación. Dhrun se cayó de un caballo y se quebró una costilla; se alojará en Doun Darnc. Si cabalgas deprisa después de la emboscada, quizá consigas apresarlo.

-Es un plan audaz.

-Te asignaré un explorador. Él te mostrará dónde tender la emboscada y luego te guiará a Doun Darric. También sabe dónde se aloja Dhrun.

Cory se acarició la barbilla.

-Si todo sale bien, ambos sacaremos partido... para mutuo beneficio y quizá para continuar nuestra sociedad.

Torqual asintió.

-Es posible. Partiremos mañana por la tarde, para atacar Sauce Verde al alba. -Escrutó el cielo-. Llegan nubes desde el mar y pronto lloverá en el prado de Neep. Puedes conducir a tus hombres a la fortaleza para que duerman junto al fuego.

Cory regresó adonde aguardaban sus hombres.

-Ahora explicaré nuestro objetivo -declaró con firmeza-. Estamos aquí para clavarle una flecha al rey Aillas.

-Esa novedad no me sorprende -dijo Este con una sonrisa.

-¿Cuál es el plan? -rezongó Galgus-. Estamos dispuestos a afrontar riesgos, pero si hoy vivimos es porque sazonamos la audacia con la cautela.

-Bien dicho -dijo Travec-. No ansío morir en estos húmedos brezales.

-En todo caso, yo lo ansío menos que tú -dijo Cory-. Es un buen plan. Atacaremos sigilosamente desde una emboscada, luego volaremos como pájaros para rehuir el castigo.

-Un procedimiento sensato -dijo Izmael-. Es nuestra costumbre en la estepa.

-Por el momento podéis guardar los caballos y llevar vuestros bártulos al castillo, donde dormiremos junto al hogar. Allí explicaré otros detalles del plan.

Travec llevó su caballo con cabeza de martillo a los establos, y se demoró un instante cuando los demás se marcharon.

-¡Skel! -susurró-. ¡Debes llevar un mensaje!

-¿No puede esperar? Voner y yo estamos fatigados de tanto trajín. Pensábamos pasar una hora rastreando quimeras.

-Deberéis esperar a completar vuestra tarea. Ve de inmediato a la ciudad Doun Darric, al noroeste de este sitio. Busca al rey Aillas y sin demora entrégale este recado...

4

Durante el atardecer velos de lluvia barrieron el valle Dagach, y pronto llegaron al prado de Neep. Cory y su gente se reunieron en el salón principal del viejo castillo, donde las llamas rugían en el hogar arrojando una luz rojiza. Les sirvieron una cena de pan, queso, guiso de venado y un saco de vino tinto y fuerte.

Después de la comida el grupo comenzó a ponerse inquieto, Galgus sacó los dados, pero a nadie le apetecía jugar. Kegan, por puro aburrimiento, investigó una cámara polvorienta bajo la vieja escalera, donde halló, bajo el polvo de incontables años, un armario de madera reseca. Retiró la mugre y abrió las deformadas puertas, pero a la luz mortecina sólo vio anaqueles vacíos. De pronto vislumbró una forma en el fondo del estante inferior. Estiró el brazo y sacó una caja oblonga, grande y pesada, hecha de madera de cedro.

Kegan llevó la caja a la mesa y abrió la tapa frente al fuego, ante la mirada de sus camaradas. Todos se inclinaron para ver lo que contenía: un objeto esculpido en piedra de esteatita y otras piezas, teñido de negro y decorado con profusión de adornos tallados en ónix, azabache y ágata. Cory le echó un vistazo.

-Es una pequeña urna de antiguo estilo... una miniatura, un modelo, o quizás un juguete. -Iba a cogerlo, pero Kegan le aferró el brazo.

-¡Detente! Puede estar hechizado, o ser un objeto maldito. ¡Que nadie toque esa cosa!

Torqual entró en la sala, seguido por una mujer esbelta de cabello moreno y asombrosa belleza.

Cory le habló a Torqual del catafalco en miniatura.

-¿Qué sabes de esto? Kegan lo halló bajo la escalera.

Torqual miró la caja con el ceño fruncido.

-No significa nada para mí.

-En una elegante casa de Roma -dijo Este-, este objeto se podría usar como salero de gran estilo.

-Puede ser un altar para un gato favorito -sugirió Galgus el Daut-. En Falu Ffail, el rey Audry viste a sus perros con pantalones de terciopelo rojo.

-Guardadlo -rezongó Torqual-. Es mejor no tocar esas cosas. -Se volvió hacia la mujer-. Melancthe, éste es Cory de Falonges y éstos son sus hombres. He olvidado los nombres, pero él es huno, aquél es romano, ése es celta, el de allá es daut y ese ser, mitad halcón y mitad lobo, se declara dacio. ¿Qué opinas del grupo? Habla sin remilgos: ellos no se hacen ilusiones.

-No me interesan. -Melancthe fue a sentarse a solas en un extremo de la mesa y se puso a mirar el fuego.

-¡Voner! -susurró Travec-. ¿Qué ves?

-Hay verdor dentro de la mujer. Un zarcillo la toca; se mueve con tal rapidez que no puedo rastrearlo.

-¿Qué significa eso? ¿Ella es un nódulo de fuerza?

-Ella es una cáscara.

Travec la observó un instante. Melancthe irguió la cabeza, miró en torno frunciendo las cejas. Travec eludió su mirada.

-¿Qué hay? -susurró-. ¿Ha detectado mi presencia?

-Está inquieta, pero ignora por qué. No la mires.

-¿Por qué no? -murmuró Travec-. Todos la miran. Es la mujer más bella del mundo.

-No entiendo de esas cosas.

Poco después Melancthe se marchó de la habitación. Torqual y Cory conferenciaron aparte durante media hora. Luego Torqual también se marchó.

-¿Y bien? -preguntó Galgus-. Es demasiado temprano para dormir y el vino es pésimo. ¿Quién juega a los dados?

Este el romano miraba la caja de cedro.

-Mejor dicho -declaró-, ¿quién levantará la tapa de este catafalco de juguete par ver qué hay adentro?

-Yo no -dijo Galgus.

-No toquéis esa cosa-dijo Izmael el Huno-. Atraeréis una maldición sobre todos nosotros.

-En absoluto -dijo Este-. Obviamente es una broma macabra con forma de relicario, y quizás esté rebosando de zafiros y esmeraldas.

Kegan sintió mayor interés.

-Una idea razonable. Quizás yo le eche una ojeada, para asegurarme.

Galgus miró a Travec.

-¿Y ahora de qué hablas contigo mismo, Travec?

-Entono mi hechizo contra la magia mortal -dijo Travec.

-¡Bah, no es nada! ¡Venga, Kegan! Sólo un vistazo. Eso no puede dañar a nadie.

Con una larga uña amarilla, Kegan alzó la tapa de piedra de jabón. Agachó la cabeza, de tal modo que casi introdujo su ganchuda nariz en la rendija, y miró adentro. Luego se retiró despacio y bajó la tapa.

-¡Bien, Kegan! -dijo Cory-. ¡No nos tengas en vilo! ¿Qué viste?

-Nada.

-¿Entonces por qué tanto teatro?

-Es un bonito juguete -dijo Kegan-. Me lo llevaré como recuerdo.

Cory lo miró intrigado.

-Como gustes.

Al mediodía siguiente los dos grupos partieron del prado de Neep y bajaron por el Dagach. Donde el valle se unía a los brezales, ambas partidas se separaron. Cory, sus cinco hombres y el guía -un joven cetrino de ojos entornados llamado Idis- enfilaron hacia el noroeste para preparar la emboscada. Torqual y sus treinta y cinco guerreros continuaron hacia el oeste, rumbo a Sauce Wyngate. Durante horas aguardaron a la sombra del bosque, y al anochecer continuaron la marcha por los brezales y se internaron en el valle del río Wirl.

El grupo marchaba a buen paso, y cuando asomaban las primeras luces del alba los jinetes entraban en el parque que rodeaba el castillo del Sauce Verde y avanzaban por la majestuosa calzada bordeada de álamos.

Al doblar una curva, se detuvieron consternados. Una docena de caballeros bloqueaba el camino, lanza en ristre.

Los caballeros atacaron. Los bandidos, confusos, dieron vuelta para escapar, pero otro grupo de caballeros les cerró la retaguardia. Desde detrás de los álamos aparecieron unos arqueros que lanzaron una andanada tras otra contra los alarmados malhechores. Torqual volvió grupas, se lanzó hacia una brecha en la alameda, se agazapó y galopó como un loco a campo traviesa. El señor Minch, que mandaba las tropas, envió diez hombres tras él, con órdenes de perseguir a Torqual hasta el fin del mundo si era necesario. Los pocos bandidos que sobrevivieron fueron condenados a una ejecución sumaria, para evitar el trajín de muchos ahorcamientos. Las espadas subieron, las espadas bajaron, las cabezas rodaron: los efectivos de Torqual y sus sueños imperiales perecieron a un mismo tiempo.

Los diez guerreros persiguieron a Torqual por el valle de Dagach. Él lanzó unas rocas cuesta abajo y mató a dos. Cuando los demás llegaron al prado de Neep, sólo encontraron a las mujeres y los niños. Torqual y Melancthe ya habían huido por secretos pasajes hacia los brezales altos y las grietas del otro lado del monte Sobh. Ya no tenía sentido continuar la persecución, aunque el monte Sobh no era el fin del mundo.

5

En la ciudad de Lyonesse reinaba un gran revuelo: el rey Milo, la reina Caudabil y el príncipe Brezante harían una visita de tres días, y se organizó un festival para honrarlos.

El rey Casmir había concebido el festival cuando sus esperanzas de un compromiso ventajoso se disiparon. Su entusiasmo por la visita se había aplacado, y se sentía reacio a agasajar a sus huéspedes en una sucesión de prolongados banquetes en los que se bebía sin cesar. El rey Milo, célebre glotón, y la reina Caudabil, apenas menos temible, consumirían un plato tras otro de manjares y grandes cantidades de los mejores vinos de Haidion. El rey Casmir ordenó pues un festival con toda clase de deportes, juegos y competiciones en honor de los visitantes reales: puntapié, salto, carreras a pie, luchas, lanzamiento de piedra, enfrentamientos con palos acolchados en un tablón, sobre un foso de lodo también destinado a las contiendas de tiro de cuerda. Se bailaría al son de diversas melodías; habría peleas de toros, un concurso de tiro con arco y justas con lanzas acolchadas. El programa estaba organizado para que el rey Milo y la reina Caudabil estuvieran constantemente ocupados, escuchando panegíricos, haciendo de jueces, otorgando premios, aplaudiendo a los vencedores, consolando a los perdedores y entregando recompensas. El rey Milo y la reina Caudabil, como patronos, debían prestar suma atención a estos eventos, que les quitarían tiempo para banquetes largos y generosos donde el rey Milo pudiera demostrar su asombrosa capacidad de bebedor. En lugar de eso, ambos deberían alimentarse apresuradamente con colaciones de jamón frito, pan y queso, y jarras de cerveza fuerte para bajar el sustancioso y barato condumio.

El rey Casmir estaba complacido con su estratagema, que le ahorraría incesantes horas de tedio; además, el festival demostraría su benevolencia y jocundidad. No había modo de evitar el banquete de bienvenida ni el festín de despedida, aunque el primero podría interrumpirse con el pretexto de permitir que la familia real se recobrara de las penurias del viaje. Tal vez el segundo también, con una justificación similar.

Los preparativos para el festival se iniciaron de inmediato, para que la vieja y gris ciudad de Lyonesse se transformara en ámbito de extravagantes frivolidades. Se pusieron colgaduras de estameña, se enarbolaron estandartes bordeando toda la plaza de armas y se construyó una plataforma para ambas familias reales. En el lado del patio que daba al Sfer Arct, un bastidor sostendría dos grandes toneles de cerveza para quienes desearan brindar por el rey Milo, el rey Casmir o ambos.

En el Sfer Arct se levantaron puestos de venta de salchichas, pescado frito, bocadillos de cerdo, tartas y pasteles. Cada puesto debía cubrir sus partes visibles con telas y cintas alegres, y las tiendas de la avenida tuvieron que hacer lo mismo.

A la hora acordada, el rey Milo, la reina Caudabil y el príncipe Brezante llegaron al castillo de Haidion. Encabezaban la marcha seis caballeros con reluciente armadura, portando lanzas de las que colgaban pendones negros y ocres. Otros seis

caballeros con atuendo similar custodiaban la retaguardia. En un tosco y traqueteante vehículo, más carromato que carruaje, el rey Milo y la reina Caudabil ocupaban un ancho diván tapizado, bajo un dosel verde adornado con cien borlas decorativas. Milo y Caudabil eran corpulentos, canos, de cara redonda y rubicunda, y más parecían torpes campesinos camino del mercado que gobernantes de un antiguo reino. Al costado cabalgaba el príncipe Brezante, en un capón bayo de altas ancas. Encaramado en aquel enorme animal, el rechoncho Brezante no causaba una impresión gallarda. La nariz le colgaba de una frente estrecha, cubriéndole la boca carnosa; los ojos grandes y redondos no pestañeaban; el pelo negro era ralo, y en el mentón lucía una barba indecisa. A pesar de todo, Brezante se consideraba un caballero de romántica apariencia y era muy puntilloso en su vestimenta. Usaba un jubón de fustán rojizo, con mangas abullonadas de tela negra y roja. En la cabeza lucía una saltarina gorra roja de guardabosque, con un ala de cuervo por penacho.

La columna avanzó por el Sfer Arct. Una docena de heraldos con cota escarlata y calzas amarillas y ceñidas esperaban a ambos costados, seis de cada lado. Cuando pasó el carruaje, alzaron los clarines al cielo y tocaron una fanfarria de bienvenida.

El carruaje dobló hacia la plaza de armas y se detuvo ante el castillo. El rey Casmir, la reina Sollace y la princesa Madouc aguardaban en la terraza. El rey Casmir alzó el brazo para saludar; el rey Milo imitó el gesto, al igual que hizo el príncipe Brezante, tras echar una ojeada a Madouc, y así comenzó la visita real.

En el banquete nocturno, nadie escuchó las protestas de Madouc, quien tuvo que sentarse con el príncipe Brezante a la izquierda y Damar, duque de Lalanq, a la derecha. Durante la comida, Madouc fijó la mirada en el centro de la mesa, sin prestar atención al príncipe, que no dejaba de observarla con sus ojos negros y redondos. Madouc habló poco, respondiendo a las ocurrencias humorísticas de Brezante con distraídos monosílabos, logrando poner a Brezante de un pésimo humor, al cual Madouc fue olímpicamente indiferente. Por el rabillo del ojo notó que tanto el rey Casmir como la reina Sollace se empeñaban en ignorar su conducta; aparentemente habían aceptado su punto de vista, y quizás hubieran decidido dejarla en paz.

El triunfo de Madouc duró poco. A la mañana siguiente, las dos familias reales fueron al pabellón de la plaza de armas para presenciar el comienzo de las competiciones. Una vez más, Madouc adujo que prefería no asistir, pero fue en vano. La dama Vosse, hablando en nombre de la rema Sollace, declaró que Madouc debía participar en las ceremonias. Madouc marchó de mal talante al pabellón y se arrellanó junto a la reina Caudabil en la silla destinada al rey Milo, de modo que Milo se sentó al otro lado de Caudabil y Brezante tuvo que contentarse con el extremo de la plataforma, junto al rey Casmir. De nuevo Madouc quedó complacida, aunque un poco desconcertada, por la indiferencia del rey Casmir y la reina Sollace ante su terca conducta. ¿Qué demonios estaba ocurriendo?

No tardó en obtener la respuesta a su pregunta. En cuanto las familias reales se hubieron sentado, Spargoy el heraldo avanzó al frente de la plataforma para dirigirse a la muchedumbre que llenaba el patio. Un par de jóvenes heraldos tocaron la fanfarria Prestad atención y las gentes callaron.

Spargoy desenrolló un pergamino.

-Leo y recito con exactitud el contenido de la proclama emitida el día de hoy por Su Real Majestad Casmir. Prestad oídos a estas importantes palabras que diré a

continuación. -Spargoy abrió el pergamino y leyó-: «Yo, rey Casmir, monarca de Lyonesse, sus diversos territorios y provincias, declaro lo siguiente:

»En la ciudad de Lyonesse se yergue un edificio de exaltado propósito, la nueva catedral de Sollace Sanctissima, destinado a ganar la fama por la riqueza de sus pertenencias. Para que cumpla mejor su función, el lugar ha de ser dotado con artículos sagrados y dignos de adoración, a saber, raras y preciosas reliquias, u otros objetos asociados con paradigmas pretéritos de la fe cristiana »Nos dicen que estas reliquias merecen ser adquiridas; estamos dispuestos, pues, a ofrecer nuestra regia gratitud a aquellas personas que nos brinden buenas y sacras reliquias, para que nuestra catedral goce de preeminencia entre todas las demás.

»Nuestra gratitud depende de la verdad y la autenticidad. Un objeto falso no sólo provocará nuestro real disgusto, sino que atraerá las temibles consecuencias de la ira divina. ¡Queden pues advertidas aquellas personas de ánimo canallesco!

»Especial regocijo traerán a nuestros corazones la Cruz de San Elric, el Talismán de Santa Uldine, el Clavo Sagrado y, más que ningún otro, el cáliz conocido como Santo Grial. Las recompensas se ajustarán a la valía de la reliquia; quien nos traiga el Santo Grial podrá pedirnos cualquier don que desee su corazón, incluido el más precioso tesoro del reino: la mano de la princesa Madouc en matrimonio. En ausencia del Grial, quien nos traiga la reliquia más sagrada y sublime puede solicitarnos lo que guste, incluida la mano de nuestra bella y graciosa princesa Madouc en matrimonio, después del pertinente compromiso.

»Dirijo esta proclama a todos quienes posean oídos para oír y fortaleza para consagrarse a esa empresa. En todas las tierras, de lo alto a lo bajo, nadie quedará excluido por razones de lugar, edad, o rango. Que todas las personas valientes y emprendedoras salgan en busca del Grial, u otros objetos sagrados posibles de adquisición, para gloria de la catedral de Sollace Sanctissima.

»Así hablo yo, el rey Casmir de Lyonesse. ¡Resuenen mis palabras en todos los oídos!» Sonaron los clarines; Spargoy enrolló el pergamino y se retiró.

Madouc oyó atónita la proclama. ¿Qué nuevo disparate era ése? ¿Acaso su nombre y sus atributos físicos -o la carencia de ellos- se debían pregonar por todas las tierras, suscitando el comentario de cada caballero famélico, de cada mentecato, idiota, patán y bravucón del reino y otras partes? Los alcances del edicto la dejaban sin habla. Tiesa y callada, reparó en los muchos ojos que la escrutaban. ¡Escándalo y ultraje! ¿Por qué no la habían consultado?

Entretanto Spargoy presentaba al rey Milo y la reina Caudabil, a los que describió como patronos del festival, jueces de todas las competiciones y dadores de todos los premios. Ante esta información, el rey Milo y la reina Caudabil se revolvieron inquietos en sus asientos.

Comenzaron las justas. El rey Casmir observó unos instantes, luego partió silenciosamente por la escalera que conducía a la terraza. El príncipe Brezante lo siguió poco después. Madouc, notando que nadie le prestaba atención, también se marchó. Al llegar a la terraza, encontró a Brezante, que apoyado en la balaustrada presenciaba los juegos.

Brezante ya se había enterado de que Madouc rehusaba aceptar su cortejo. Le habló con voz socarrona.

-¡Pues bien, princesa! ¡Parece que te casarás a pesar de todo! Felicito desde ahora a ese desconocido paladín, quienquiera sea. A partir de hoy vivirás en una deliciosa expectativa. ¿Estoy en lo cierto?

-Señor, te equivocas en todo sentido -replicó Madouc con voz suave.

Brezante enarcó las cejas.

-Aun así, ¿no te entusiasma que tantas personas, desde nobles caballeros hasta inmaduros escuderos, inicien una búsqueda que les permita reclamarte en matrimonio?

-En todo caso, me apena que tantas gentes se esfuercen en vano.

-¿Qué significa ese comentario? -preguntó el perplejo príncipe Brezante.

-Significa lo que yo digo que significa.

-Vaya -murmuró Brezante-. Creo detectar cierta ambigüedad.

Madouc se encogió de hombros y se alejó. Cerciorándose de que Brezante no la seguía, rodeó el castillo para enfilar hacia el pasaje cubierto y entró en el naranjal. Buscó un rincón apartado y se tendió al sol, mascando hierba.

Al rato se incorporó. Era difícil pensar en tantas cosas y tomar tantas decisiones al mismo tiempo.

Primero lo primero. Se puso de pie y se sacudió la hierba del vestido. Regresó al castillo y se dirigió a los aposentos de la reina.

Sollace también se había marchado de la plataforma, pretextando consultas urgentes. Había ido a sus aposentos, donde se había quedado adormilada. Cuando entró Madouc, Sollace abrió los ojos y parpadeó.

-¿Qué ocurre ahora?

-Majestad, estoy turbada por la proclama del rey.

La reina Sollace estaba aturdida y no podía pensar con claridad.

-No entiendo tu preocupación. Toda catedral célebre es famosa por la excelencia de sus reliquias.

-Es posible. Con todo, espero que intercedas ante el rey, para que no ofrezca mi mano como premio. No me gustaría que me cambiaran por un zapato viejo, un diente o una rareza similar.

-Yo no puedo alterar las cosas -dijo rígidamente Sollace-. El rey ha meditado mucho esta decisión.

Madouc frunció el ceño.

-Al menos debí haber sido consultada. No me interesa el matrimonio. En muchos sentidos me parece sucio y vulgar.

La reina Sollace se irguió sobre los cojines.

-Como bien sabes, estoy casada con el rey. ¿Me consideras sucia y vulgar?

Madouc apretó los labios.

-Sólo puedo conjeturar que, como reina, quedas exenta de tales juicios. No se me ocurre otra cosa.

La reina Sollace, divertida, se arrellanó en los cojines.

-Con el tiempo entenderás estos asuntos con mayor claridad.

-Aparte de ello -exclamó Madouc-, es impensable que yo me case con cualquier patán que te traiga un clavo. Bien pudo encontrarlo detrás del establo.

-¡Improbable! Ningún embaucador se expondría al rayo divino. El padre Umphred me ha contado que hay un nivel especial del Infierno para quienes falsifican reliquias. En todo caso, es un riesgo que debemos correr.

-¡El plan es absurdo! -rezongó Madouc.

La reina se incorporó de nuevo.

-No oí lo que dijiste.

-No tenía importancia.

La reina cabeceó pomposamente.

-En todo caso, debes obedecer la ordenanza del rey, y con exactitud.

-Sí, majestad -dijo Madouc con repentina energía-. ¡Eso haré! Excúsame. Debo hacer mis preparativos al instante.

Madouc hizo una reverencia, dio media vuelta y se marchó. Sollace la miró asombrada.

-¿De qué preparativos habla? El matrimonio no es tan inminente. Y en todo caso, ¿cómo piensa prepararse?

6

Madouc trotó vivazmente por la galería principal, entre estatuas de antiguos héroes, altas urnas, cuartos provistos de mesas ornamentadas y sillas de alto respaldo, y hombres armados con alabardas y vestidos con la librea escarlata y oro de Haidion, que solamente movieron los ojos para seguir a Madouc cuando ella pasó por su lado.

Madouc se detuvo ante un par de puertas altas y angostas. Titubeó, abrió una de las puertas, y entrevio una cámara larga y penumbrosa iluminada por una sola y angosta ventana. Era la biblioteca del castillo. Una franja de luz alumbraba una mesa; allí estaba Kerce, el bibliotecario, un hombre de edad avanzada pero todavía alto y erguido, con boca gentil y una frente de soñador en un rostro severo. Madouc sabía poco de Kerce, excepto que decían que era hijo de un druida irlandés, y poeta.

Tras echar una mirada a la puerta, Kerce continuó con su labor. Madouc entró despacio en la habitación. El aire olía a madera vieja, cera, aceite de lavanda, el aroma dulzón del cuero bien curtido. Las mesas sostenían enormes volúmenes encuadernados en piel o en fieltro negro. Los estantes estaban llenos de rollos, pergaminos en cajas de cedro, legajos de papeles y libros sujetos entre tablas de madera de haya labradas con destreza.

Madouc se acercó a Kerce con paso tímido. Finalmente él se enderezó en su silla y se volvió hacia la princesa con cierto recelo, pues la reputación de Madouc había llegado hasta los lejanos recovecos de la biblioteca.

Madouc se detuvo junto a la mesa y miró el manuscrito en el que trabajaba Kerce.

-¿Qué estás haciendo? -preguntó.

Kerce miró con aire crítico el pergamino.

-Hace doscientos años un tipo anónimo cubrió esta página con una pasta de tiza en polvo mezclada con leche agria y goma de algas. Luego intentó redactar la Oda matinal de Meróstenes, quien la dedicó a la ninfa Laloe tras descubrirla un alba de estío cuando cogía granadas en el huerto. El patán copió sin cuidado y sus caracteres, como verás, parecen excrementos de ave. Eliminaré sus garabatos y disolveré este vil compuesto, pero con delicadeza, pues debajo puede haber hasta cinco capas de misterios más antiguos y aún más cautivadores. O, para mi pesar, puedo hallar más ineptitudes. Aun así, debo examinarlas una por una. Quién sabe, tal vez descubra uno de los cantares perdidos de Jirolamo. Conque aquí me tienes: soy un explorador de antiguos misterios; tal es mi profesión y mi gran aventura.

Madouc examinó el manuscrito con renovado interés.

-¡Ignoraba que tu vida era tan apasionante!

-Soy intrépido y afronto todos los retos -dijo gravemente Kerce-. Raspo esta superficie con la delicadeza de un cirujano que opera el forúnculo de un rey furioso. Pero mi mano es diestra y mis herramientas precisas. Observa mis leales camaradas: mi recio pincel de cola de tejón, mi fiel aceite de lapa, mi cuchillo de obsidiana y mis peligrosas agujas de hueso, mis confiables varillas de madera. ¡Son paladines que me han servido bien! Juntos emprendimos viajes remotos y visitamos tierras desconocidas.

-¡Y siempre regresas sano y salvo!

Kerce la miró enarcando una ceja y torciendo la otra.

-¿Qué quieres decir con eso?

Madouc rió.

-Hoy eres el segundo que me hace esa pregunta.

-¿Y cuál fue tu respuesta?

-Dije que mis palabras significaban lo que yo decía que significaban.

-Tienes extrañas ocurrencias para ser tan joven. -Kerce giró en el asiento y le brindó toda su atención-. ¿Y qué te trae por aquí? ¿Es capricho u obra del destino?

-Tengo una pregunta y espero que tú puedas responderla -dijo Madouc con seriedad.

-Pregunta. Pondré todos mis conocimientos a tu servicio.

-En Haidion se habla mucho de reliquias. He sentido curiosidad por la que denominan el Santo Grial. ¿Existe semejante cosa? En tal caso, ¿cómo luce, y dónde puede encontrarse?

-Sólo puedo ofrecerte algunos datos sobre el Santo Grial -dijo Kerce-. Aunque conozco cien religiones, no creo en ninguna. El Grial es presuntamente el cáliz utilizado por Cristo Jesús cuando cenó por última vez con sus discípulos. El cáliz cayó en manos de José de Arimatea, quien supuestamente recibió allí la sangre de las heridas del Cristo crucificado. Luego José vagó por el mundo y finalmente visitó Irlanda, donde dejó el Grial en la Isla Inchagoill de Lough Corrib, al norte de Galway. Una banda de celtas paganos amenazaba la capilla de la isla, y un monje llamado Sisembert trajo el cáliz a las Islas Elder, y a partir de allí las versiones difieren. Según una historia, el cáliz

está enterrado en una cripta de la isla Weamish. Otra narración dice que el padre Sisembert, al atravesar el Bosque de Tantrevalles, se topó con un ogro espantoso que lo sometió a grandes suplicios alegando que el monje había descuidado la cortesía. Una de las tres cabezas del ogro bebió la sangre de Sisembert, otra le comió el hígado. La tercera cabeza sufría de dolor de muelas y carecía de apetito, así que hizo dados con los nudillos de Sisembert. Pero tal vez ésta sólo sea una historia para narrar alrededor del fuego en noches de tormenta.

-¿Y quién puede saber la verdad?

Kerce reflexionó.

-Quién sabe. Tal vez todo sea una leyenda. Muchos caballeros han buscado el Grial a lo largo y lo ancho de la Cristiandad, y muchos han recorrido las Islas Elder en su búsqueda. Algunos se marcharon abatidos; otros murieron en combate o sufrieron sortilegios; otros desaparecieron y nunca más se supo de ellos. En verdad, la búsqueda del Grial parece acarrear mortales peligros.

-¿Por qué será? A menos que en alguna parte esté custodiado con gran celo.

-Lo ignoro. Pero nunca olvides que esa búsqueda quizá no sea más que la persecución de una quimera.

-¿Eso crees?

-No tengo ninguna creencia en este sentido, ni en ningún otro. ¿Por qué tanto interés?

-La reina Sollace desea agraciar su nueva catedral con el Santo Grial. Ha llegado al extremo de ofrecerme en matrimonio a quien le traiga ese objeto. Huelga decir que nadie preguntó cuáles eran mis deseos.

Kerce rió secamente.

-Comienzo a comprender tu interés.

-Si yo encontrara el Grial, quedaría a salvo de semejante fastidio.

-Así parece... pero es probable que el Grial ya no exista.

-En tal caso, ofrecerían a la reina un falso Grial. Ella no notaría la diferencia.

-Pero yo sí -dijo Kerce-. La treta no daría resultado, te lo aseguro.

Madouc lo miró de soslayo.

-¿Cómo puedes estar tan seguro?

Kerce apretó los labios, como si hubiera hablado más de la cuenta.

-Es un secreto. Pero lo compartiré contigo, si prometes guardarlo.

-Lo prometo.

Kerce se puso de pie y fue hasta un armario. Tomó una carpeta, extrajo un dibujo y lo apoyó en la mesa. Madouc vio un cáliz azul claro de ocho pulgadas de altura, con asas en ambos lados, ligeramente irregular. Una banda azul oscuro rodeaba el borde superior; la base mostraba un anillo del mismo color.

-He aquí un dibujo del Grial. Fue enviado desde Irlanda al monasterio de la isla Weamish hace mucho tiempo, y uno de los monjes lo rescató de los godos. Es un retrato genuino, exacto hasta en esta muesca en la base, y en la diversa longitud de las

asas. -Kerce volvió a guardar el dibujo y la carpeta en el armario-. Ahora sabes lo que hay que saber sobre el Grial. Prefiero mantener el dibujo en secreto, por varias razones.

-Guardaré silencio -prometió Madouc-. A menos que la reina trate de desposarme con alguien que traiga un falso Grial. En tal caso, si falla todo lo demás...

Kerce agitó la mano.

-No digas más. Haré una copia precisa del dibujo para que pueda ser usado como testimonio en caso necesario.

Madouc se marchó de la biblioteca; procurando que nadie la viera, se dirigió a los establos. El caballero Pom-Pom no estaba a la vista. Madouc visitó a Tyfer y le acarició la nariz, luego regresó al castillo.

Al mediodía Madouc cenó en el pequeño refectorio con sus seis doncellas. Aquel día estaban inusitadamente locuaces, pues había mucho de que hablar. La proclama del rey Casmir, sin embargo, dominaba la conversación. Elissia señaló, tal vez con sinceridad, que Madouc era ahora una persona famosa cuyo nombre resonaría durante siglos.

-¡Pensadlo! -suspiró-. ¡Eres carne de leyenda! Las historias narrarán que apuestos caballeros de todas partes afrontaron el fuego y el hielo, dragones y duendes, y que pelearon contra desaforados celtas y contra fieros godos, todo por el amor de la bella princesa pelirroja.

Madouc intercaló una pequeña corrección.

-Mi cabello no es exactamente rojo. Es un color muy inusitado, como cobre mezclado con oro.

-No obstante -dijo Chlodys-, para la leyenda, se te considerará pelirroja y bella, sin ninguna consideración por la verdad.

Devonet hizo un comentario reflexivo:

-Podemos estar absolutamente seguras de que esta leyenda se perderá.

-¿Por qué? -preguntó Ydraint.

-Mucho depende de las circunstancias. Supongamos que un valiente y apuesto caballero trae el Santo Grial a la reina Sollace. El rey Casmir pregunta qué recompensa desea el gallardo caballero. En este momento los acontecimientos cuelgan en la balanza. Si el caballero no siente inclinación por el matrimonio, quizá pida al rey un buen corcel o un par de perros de caza... lo cual da poco aliento a la leyenda.

-Es una situación arriesgada -reflexionó Chlodys.

-¡Otra cuestión! -intervino Felice-. ¡Ganará la mejor reliquia! De modo que, tras grandes afanes y empeñosas búsquedas, la mejor reliquia puede ser un pelo de la cola del león que devoró a Santa Milicia en el circo romano. Un material pobre, por cierto, pero Madouc tendrá que casarse con el palurdo que traiga tal objeto.

Madouc irguió la cabeza.

-No soy tan mansa como crees.

Devonet habló con grave preocupación.

-¡Te daré un consejo! Sé dócil, púdica y paciente. Accede grácilmente a los deseos del rey. No sólo es tu deber, sino lo que impone la prudencia. Tal es mi razonable consejo.

Madouc escuchó sin mayor atención.

-Desde luego, tú debes actuar como creas apropiado.

-¡Una palabra más! El rey ha manifestado que si protestas o te resistes, o intentas eludir su voluntad, simplemente te entregará como esclava.

Chlodys se volvió hacia Madouc, que comía impasible un budín de pasas.

-¿Y qué respondes a eso?

-Nada.

-¿Pero qué harás?

-Ya verás.

7

El segundo día del festival el rey Milo y la reina Caudabil tuvieron que madrugar y conformarse con un rápido desayuno de natillas y avena para ir a anunciar el comienzo de la contienda entre los miembros del Gremio de Pescadores y el Gremio de Albañiles.

Madouc también madrugó, antes de que la dama Vosse pudiera comunicarle los deseos de la reina Sollace.

Madouc se encaminó hacia el establo. Aquella brillante mañana encontró al caballero Pom-Pom juntando bosta y arrojándola en una carretilla.

-¡Pom-Pom! -ordenó Madouc-. Ven afuera, por favor, donde el aire es más respirable.

-Debes esperar tu turno -dijo Pom-Pom-. La carretilla está llena y debo llevarla hasta la pila de estiércol. Entonces podré concederte un momento.

Madouc apretó los labios pero aguardó en silencio a que Pom-Pom, con deliberada lentitud, dejara la carretilla y saliera al patio del establo.

-Sea cual fuere tu capricho, ya no cuentes conmigo para salirte con la tuya -dijo Pom-Pom.

-¡Actúas hurañamente! -le recriminó Madouc-. No me agradaría pensar que eres un patán. ¿Por qué hablas con tanta rudeza?

El caballero Pom-Pom soltó una risa seca como un ladrido.

-Es muy simple. ¿No has oído la proclama del rey?

-Claro que sí.

-Pues yo también. Mañana abandonaré mi puesto de palafrenero real y lacayo de la princesa. Partiré en busca del Santo Grial o cualquier otra reliquia que pueda hallar. Tal vez sea la oportunidad de mi vida.

Madouc asintió lentamente.

-Entiendo tu ambición. ¿Pero no es una pena que debas abandonar un empleo bueno y seguro para ir en busca de una quimera? Me parece un acto descabellado.

-Quizá -dijo tercamente Pom-Pom-. Sin embargo, rara vez se presentan tales oportunidades de fama y fortuna. Uno debe aprovecharlas.

-En efecto. Pero yo podría ayudarte a obtener lo mejor de ambos mundos si moderaras tu torpe conducta.

El caballero Pom-Pom la miró con interés.

-¿Cómo y en qué medida?

-Debes jurar que mantendrás en secreto lo que te diré.

-¿Ese secreto me traerá problemas?

-No lo creo.

-De acuerdo, contendré la lengua. Lo hice antes y puedo hacerlo de nuevo.

-¡Escucha pues! El rey me ha ordenado ir en busca de mi linaje, y sin demora. Habló en estado de exasperación, por cierto, pero sus órdenes fueron explícitas e incluían el servicio de una escolta adecuada. Por tanto, te ordeno que cumplas ese papel. Si obedeces, retendrás tu empleo y aun podrás buscar el Santo Grial.

Pom-Pom entornó los ojos.

-La propuesta parece razonable. ¿Pero qué ocurre si nuestras búsquedas nos llevan por rumbos diferentes?

Madouc desechó esa objeción.

-¿Para qué buscar problemas? Obviamente no podemos prever todos los caprichos del destino cuando m siquiera hemos hecho nuestros preparativos.

Pom-Pom frunció el ceño con tozudez.

-Sigo creyendo que deberíamos trazar un plan.

-Chitón -dijo Madouc-. Lo más probable es que esa situación nunca se plantee. Y en tal caso, decidiremos allí y entonces.

-Al margen de todo esto -gruñó Pom-Pom-, me sentiría más tranquilo si recibiera órdenes directas del rey.

Madouc sacudió la cabeza enérgicamente.

-Me han dado autorización para ir, sin restricciones. Con eso basta. No quiero replantear el problema y arriesgarme a alguna necia condición.

Pom-Pom la miró dubitativamente.

-Es verdad que tengo órdenes de asistirte a dondequiera que vayas, y que nunca han sido revocadas. Si opto por conservar mi empleo, el rey me ha encomendado seguirte a donde vayas, y servirte del mejor modo. ¿Cuándo deseas partir?

-Mañana por la mañana.

-¡Imposible! Ya es demasiado tarde. No lograré concluir los preparativos.

-Muy bien. Partiremos pasado mañana por la mañana, media hora antes del alba. Ten a Tyfer ensillado y listo, así como un caballo para ti.

-Entonces -dijo Pom-Pom-, debemos pensar claramente al respecto. Aunque sostengas que el rey te ha dado autorización para esta empresa, es posible que haya hablado con precipitación, o que cambie de parecer.

-Todo es posible -dijo altivamente Madouc-. No puedo preocuparme por cada giro de la veleta.

-¿Y si de pronto descubre que su amada Madouc se ha ido y envía a sus caballeros y heraldos a buscarla? Te hallarían fácilmente si montaras en el pony manchado Tyfer, con su costosa silla y sus riendas con borlas. No, princesa. Debemos cabalgar como hijos de campesinos; nuestros caballos no deben llamar la atención. De lo contrario, es probable que debamos regresar avergonzados mucho antes de llegar siquiera a Frogmarsh.

Madouc intentó alegar que Tyfer, con su pelo manchado, podía confundirse con las sombras del paisaje para no llamar la atención, pero Pom-Pom no quiso saber nada.

-Escogeré las monturas apropiadas; no te preocupes más por ese asunto.

-Si así ha de ser, así será -dijo Madouc-. Aun así, llena bien las alforjas con pan, queso, pescado seco, pasas, aceitunas y vino.

Obtendrás esas vituallas en la despensa real, donde entrarás deslizándote por la ventana trasera, como bien sabes gracias a una larga experiencia. Lleva armas, o al menos un cuchillo para cortar queso y un hacha para cortar leña. ¿Alguna pregunta?

-¿Y el dinero? No podemos recorrer la campiña sin buenas monedas de plata.

-Yo llevaré tres piezas de oro en mi cartera. Esto bastará ampliamente para nuestras necesidades.

-Siempre que podamos gastarlas.

-Es oro bueno, redondo y amarillo, aunque provenga de Shimrod.

-De eso no tengo duda, pero ¿cómo gastarás ese oro? ¿Comprando forraje para los caballos? ¿O un plato de judías para alimentarnos? ¿Quién nos dará cambio? Quizá nos tomen por ladrones y nos arrojen a una mazmorra.

Madouc miró en torno.

-No había pensado en ello. ¿Qué haremos?

Pom-Pom hizo un gesto artero.

-Afortunadamente sé cómo resolver el problema. Trae tus piezas de oro cuanto antes.

-¿Para qué? -preguntó Madouc asombrada.

-Resulta que necesito un par de botas resistentes, acampanadas en la rodilla según la moda reciente, con sus hebillas correspondientes. Compraré las botas, pues son necesarias para el viaje, y pagaré con una pieza de oro. El zapatero me dará cambio en plata y cobre, el cual usaremos luego para nuestros gastos.

Madouc miró los borceguíes que usaba el caballero Pom-Pom.

-Pareces bien calzado.

-Sin embargo, salimos de viaje, y debemos mantener nuestra dignidad.

-¿Cuánto cuestan esas elegantes botas nuevas?

-¡Un florín de plata! -barbotó Pom-Pom-. ¿Acaso es tanto cuando uno exige elegancia y calidad?

Madouc suspiró.

-Supongo que no. ¿Y las otras dos piezas de oro?

-¡No temas! Elaboraré un plan que servirá a nuestros propósitos. Pero debes traerme el oro de inmediato, para que pueda iniciar las transacciones.

-Como desees, pero actúa con eficacia. Debemos largarnos de Haidion antes de que algo altere nuestros planes.

Pom-Pom, que aún tenía sus reservas, paseó la vista por el patio del establo.

-¿Cuál será nuestro primer destino?

-Primero iremos a Thripsey Shee, donde consultaré a mi madre.

Pom-Pom asintió.

-Quizá sepa algo sobre el Santo Grial.

-Es posible.

-¡Bien! -declaró el caballero Pom-Pom con repentina energía-. ¡No soy de los que ignoran la llamada del destino!

-Valientes palabras, caballero Pom-Pom. Las comparto.

Pom-Pom le dirigió una sonrisa taimada y socarrona.

-Si conquisto el trofeo, tendré derecho a desposar a la princesa real.

Madouc reprimió una sonrisa.

-No sé nada sobre eso. Pero sin duda serás recibido en la corte, donde podrás escoger esposa entre mis doncellas.

-Primero debo encontrar el Grial -dijo Pom-Pom-. Luego haré mi elección. Por ahora, trae el oro, y yo me encargaré de mis asuntos.

Madouc fue rauda a sus aposentos. Sacó las tres monedas de oro de un escondrijo secreto debajo de la cama y regresó al establo. Pom-Pom sopesó las monedas y las examinó y mordió hasta quedar satisfecho.

-Ahora debo correr a la ciudad a comprar mis botas. Cuando te prepares, vístete de campesina. No podrías andar segura como la orgullosa princesa Madouc.

-¡Muy bien! Te veré a la hora convenida. ¡Cuida de no quedarte atrapado en la despensa!

Cuando Madouc regresó a sus aposentos, la dama Vosse la recibió con voz reprobatoria.

-¿Dónde has estado? ¿No tienes el menor sentido del deber?

Madouc la miró sorprendida, con un gesto inocente.

-¿Qué hice esta vez?

-¡Sin duda lo recordarás! ¡Yo misma te di instrucciones! ¡Debes acompañar a nuestros huéspedes como dicta la etiqueta! Además es el deseo de la reina.

-Fue la reina quien invitó a esas personas, no yo -gruñó Madouc-. Ve a sacar a la reina de su cama.

Vosse se quedó atónita un instante. Luego recobró la compostura y sometió a Madouc a examen, frunciendo la nariz con repulsión.

-¡Tienes el vestido sucio y apestas a caballo! ¡Debí saber que estabas en el establo! ¡Deprisa! Ve a tu cuarto y ponte algo limpio... quizás el vestido azul. ¡Venga, rápido! ¡No hay tiempo que perder!

Diez minutos después Madouc y la dama Vosse llegaban a la plataforma, donde el rey Milo y la reina Caudabil observaban la competición de lanzamiento de piedras, si bien con poca atención.

Al mediodía, los camareros sirvieron una colación de carne fría y queso en una mesa al fondo de la plataforma, de modo que el rey Milo y la reina Caudabil pudieran disfrutar de los juegos sin necesidad de interrumpirlos para almorzar. Reparando en los preparativos, Milo y Caudabil conferenciaron en voz baja. De pronto Milo se apretó el costado y lanzó un gruñido hueco.

La reina Caudabil llamó a Mungo, el senescal.

-¡Cielos! ¡El rey Milo ha sufrido un ataque! ¡Es su vieja dolencia! ¡No podremos disfrutar de más juegos ni competiciones! ¡Debemos ir de inmediato a nuestros aposentos para que él descanse y reciba el tratamiento adecuado!

Una vez en los aposentos, la reina Caudabil pidió un refrigerio de ocho platos y una generosa cantidad de buen vino, alegando que era el mejor remedio para el rey Milo.

A media tarde el príncipe Brezante llevó un mensaje al rey Casmir, declarando que el rey se sentía lo bastante bien como para compartir el banquete nocturno con el rey, y así fue. El rey Casmir y la reina Sollace compartieron la mesa con los joviales Milo y Caudabil hasta horas tardías.

Por la mañana el rey Milo no pudo levantarse temprano, temiendo un nuevo espasmo, así que el rey Casmir y la reina Sollace actuaron de jueces en las carreras. Entretanto el rey Milo y la reina Caudabil tomaban sustanciosos desayunos, y se recobraron tanto que se declararon dispuestos a disfrutar de un banquete de proporciones comunes, o incluso festivas, al mediodía, mientras el senescal Mungo y otros funcionarios de la corte supervisaban las justas.

Por la tarde concluyeron todos los juegos, y sólo faltaba entregar los premios a los campeones. Las dos familias reales se reunieron en un lado de la plataforma; en el otro se congregaron los vencedores de las diversas justas, cada cual con una corona de laurel, sonriendo tímidamente a la muchedumbre del patio.

Al fin todo estuvo preparado. Madouc se encontró sentada al lado de Brezante, quien apenas se molestó en intentar una conversación.

Cuatro heraldos menores tocaron una fanfarria y Mungo avanzó al frente de la plataforma.

-¡Éste es un día venturoso! Nuestros reales huéspedes de Blaloc, lamentablemente, deben partir mañana, pero esperamos que hayan disfrutado plenamente de las magníficas demostraciones de velocidad, energía y destreza que

nuestros hombres de Lyonesse han realizado en estos tres días. Anunciaré a los campeones, y en cada caso el rey Milo entregará el premio, tan merecido, tan orgullosamente conquistado, y tan largamente atesorado. Sin más rodeos... -Mungo alzó la mano en un ademán dramático. Miró en torno, se volvió hacia el Sfer Arct; la voz se le atoró en la garganta. Bajó lentamente la mano y señaló con un dedo trémulo.

Por el Sfer Arct se acercaba una extraña comitiva: un gran féretro negro a hombros de cuatro cadáveres ambulantes, que en un tiempo habían llevado los nombres de Izmael el Huno, Este el Dulce, Galgus de Dahaut y Kegan el Celta. Encima del féretro iba un quinto cadáver: el cetrino guía Idis, quien ahora empuñaba un látigo y azotaba a los cuatro cadáveres, incitándolos a correr más deprisa.

Los cadáveres se acercaron con su suntuosa carga. Dando feroces latigazos, Idis los condujo hasta la plaza de armas mientras las asustadas multitudes retrocedían.

Frente a la plataforma los cadáveres dejaron de correr y se derrumbaron. El féretro cayó sobre las losas de piedra y se partió; apareció otro cadáver que rodó por el suelo: Cory de Falonges.

8

La real familia de Blaloc desayunó en Haidion en compañía del rey Casmir y la reina Sollace. Fue una ocasión sombría. Las dos reinas conversaban amablemente, pero ambos reyes tenían poco que decir, y el príncipe Brezante guardaba un melancólico silencio.

La princesa Madouc no se había presentado a desayunar, pero nadie se dignó preguntar por qué estaba ausente.

Después del desayuno, cuando el sol aún trepaba en el cielo, el rey Milo, la reina Caudabil y el príncipe Brezante intercambiaron cumplidos con el rey Casmir y la reina Sollace y se pusieron en marcha. El rey Casmir y la reina Sollace salieron a la terraza para presencia la partida.

La dama Vosse salió del castillo y se acercó al rey Casmir.

-Majestad, reparé en la ausencia de la princesa Madouc durante la despedida y fui a inquirir la razón de esa falta. En su cámara hallé esta misiva que, como ves, está dirigida a ti.

El rey Casmir, automáticamente disgustado, rompió el sello y desplegó el pergamino. Decía:

Real Majestad, mis respetos.

De acuerdo con tus órdenes, me propongo descubrir el nombre y condición de mi padre, y también los detalles de mi linaje. Tus instrucciones fueron claras. Me he procurado los servicios de un escolta. En cuanto haya logrado mi propósito, regresaré. Informé a la reina Sollace acerca de mis intenciones de obedecer tus órdenes al respecto. Parto de inmediato.

Madouc

El rey Casmir miró desconcertado a la reina Sollace.

-Madouc se ha ido.

-¿Se ha ido? ¿Adonde?

-A alguna parte... a averiguar su linaje. -Casmir leyó la nota en voz alta.

-¡Conque a eso se refería el pequeño diablo! -exclamó Sollace-. ¿Y qué haremos ahora?

-Debo reflexionar. Tal vez nada.

VIII

1

Una hora antes del alba, con el castillo en silencio, Madouc se levantó de la cama. Vaciló un instante, abrazándose el cuerpo y tiritando en el aire fresco que le acariciaba los flacos tobillos. Fue hasta la ventana; el día prometía ser agradable, pero a aquella hora penumbrosa el mundo parecía adusto y hostil. Madouc sintió dudas. ¿No estaría cometiendo un tremendo error?

Se alejó de la ventana. De pie junto a la cama, reflexionó. Nada había cambiado. Frunció el ceño y unió los labios en un gesto firme: no se echaría atrás.

Se vistió deprisa, poniéndose una túnica de campesina, medias de estera, botas y una gorra de tela blanda que le ocultaba los rizos. Cogiendo un hatillo con algunas pertenencias, abandonó su aposento, se deslizó con sigilo por el penumbroso corredor, bajó la escalera y salió del castillo por una puerta trasera, internándose en el silencio de la aurora. Se detuvo para mirar y escuchar, pero no había nadie allí fuera. Hasta el momento, ningún problema. Enfiló hacia los establos.

En la linde del patio de servicio se detuvo entre las sombras; sólo un ojo muy aguzado habría identificado a aquel chaval flaco y furtivo como la princesa Madouc.

Los marmitones y los asistentes estaban despiertos en la cocina; las criadas pronto irían a la despensa. Por el momento el patio estaba vacío; Madouc atravesó el espacio abierto y llegó al establo. Pom-Pom la aguardaba con un par de caballos ya ensillados. Madouc examinó los caballos sin entusiasmo: una yegua baya de lomo encorvado y edad avanzada, con un ojo estrábico y cola deshilachada; un capón gris casi igualmente viejo, de vientre gordo y patas flacas. Pom-Pom había logrado su propósito de evitar toda ostentación.

La silla de Madouc descansaba sobre la yegua; evidentemente el capón gris era el corcel escogido por el caballero Pom-Pom. El caballero no lucía su ropa habitual, sino un elegante jubón de tela azul, una gorra azul con una grácil pluma roja y un par de lustrosas botas nuevas que se curvaban con elegancia a la altura de las rodillas y mostraban hebillas de peltre en el empeine.

-Tus prendas son elegantes -dijo Madouc-. Serías casi apuesto si no fuera porque sigues mostrando el rostro de Pom-Pom.

Pom-Pom frunció el ceño.

-No me puedo cambiar el rostro.

-Esas ropas ¿no son muy caras?

Pom-Pom agitó la mano.

-Todo es relativo. ¿No has oído el dicho: «Cuando la necesidad está en marcha, el ahorro debe cederle el paso»?

Madouc lo miró con cara de pocos amigos.

-Quienquiera haya inventado ese disparate, era un derrochador o un necio.

-¡No creas! ¡El dicho es apropiado! Para cambiar las piezas de oro, compré los artículos necesarios. Uno no parte a una importante búsqueda con aire de patán.

-Entiendo. ¿Dónde está el resto del dinero?

-Lo llevo en mi cartera, a buen recaudo.

Madouc extendió la mano.

-¡Dámelo, caballero Pom-Pom, en el acto!

Pom-Pom metió la mano en la cartera, extrajo monedas y se las dio a Madouc. Ella hizo el cálculo y miró indignada a Pom-Pom.

-¡Sin duda hay más que esto!

-Posiblemente, pero lo retengo por razones de seguridad.

-Es innecesario. Puedes darme todo el cambio.

Pom-Pom le arrojó la cartera.

-Toma lo que desees.

Madouc abrió y contó las monedas.

-¿Esto es todo?

-¡Bah! -gruñó Pom-Pom-. Tal vez aún lleve algunas monedas en el bolsillo.

-Dámelas... hasta el último penique.

-Conservaré un florín de plata y tres peniques de cobre -dijo Pom-Pom con dignidad-, para gastos incidentales. -Le entregó más monedas.

Madouc guardó todo en su morral y devolvió la cartera a Pom-Pom.

-Luego haremos cuentas -dijo-. Este asunto no ha terminado aquí, Pom-Pom.

-Bah, no tiene importancia. Pongámonos en marcha. La yegua será tu montura. Se llama Juno.

Madouc soltó un bufido de desdén.

-¡Tiene el vientre flojo! ¿Cómo aguantará mi peso?

Pom-Pom sonrió socarronamente.

-Recuerda que ya no eres una altiva princesa, sino una vagabunda.

-Soy una altiva vagabunda. No lo olvides.

Pom-Pom se encogió de hombros.

-Juno tiene un andar suave. No corcovea ni se resiste, aunque ya no es capaz de saltar una cerca. Mi caballo es Fustis. Antaño fue un corcel de guerra: responde mejor ante un jinete firme y una mano fuerte. -Pom-Pom se acercó a Fustis y montó en la silla de un brinco. Madouc montó en Juno con más lentitud, y ambos partieron por el Sfer Arct, hacia las colinas del norte de la ciudad de Lyonesse.

Dos horas después llegaron a la aldea de Agua Swally y a una encrucijada. Madouc leyó el letrero.

-Hacia el este está la aldea de Fring; viajaremos por aquí hasta Fring y allí viraremos al norte para salir a la Calle Vieja.

-Es una ruta más larga -señaló Pom-Pom.

-Tal vez, pero usando caminos laterales evitaremos a cualquiera que envíen a detenernos.

-Creí que el rey había ratificado su autorización, con sus sinceras bendiciones -protestó Pom-Pom.

-Así es como yo interpreto sus órdenes -dijo Madouc-. Sin embargo, prefiero no dar nada por sentado.

Pom-Pom reflexionó y dijo malhumorado:

-Espero encontrar el Santo Grial antes de que necesitemos poner a prueba tu interpretación.

Madouc no se dignó responder.

Al mediodía atravesaron Fring, y, no hallando un camino que condujera al nordeste, continuaron hacia el este a través de una grata campiña con granjas y prados. No tardaron en llegar a Cañada de Abatty, donde se celebraba una feria. A instancias de Pom-Pom, desmontaron, sujetaron los caballos a un poste frente a la posada, y fueron a mirar los payasos y malabaristas que actuaban en la plaza. Pom-Pom lanzó un grito de asombro.

-¡Mira! Ese hombre con sombrero rojo acaba de meterse una antorcha ardiente en la garganta. ¡Mira! ¡Lo hace de nuevo! ¡Qué maravilla! ¡Debe tener entrañas de hierro!

-Un talento inusitado, ciertamente -dijo Madouc.

Pom-Pom se puso a contemplar otra actuación.

-¡Mira allí! ¡Vaya destreza! ¿Vistéese! ¡Vaya puntapié!

Madouc miró y vio a un hombre y una mujer tendidos de espaldas, a cinco metros de distancia. Valiéndose de los pies, se pasaban a un niño por el aire de un lado a otro, elevándolo cada vez más. El pequeño, vestido sólo con un taparrabos harapiento, se agitaba desesperadamente en el aire para poder aterrizar sus posaderas sobre las piernas retraídas que lo esperaban, las cuales, tras recibir al niño con gran habilidad, se estiraban otra vez para arrojarlo de nuevo al aire.

Al terminar el espectáculo, el hombre exclamó:

-¡Ahora Mikelaus aceptará vuestras donaciones!

El niño corrió entre los espectadores extendiendo la gorra.

-Vaya -exclamó Pom-Pom-. Ese truco bien merece un penique. -Se metió la mano en un bolsillo y extrajo una moneda de cobre para arrojarla en la gorra sucia que extendía Mikelaus. Madouc observó enarcando las cejas.

Los tres actores se dispusieron a realizar una nueva acrobacia. El hombre apoyó una tabla de medio metro de longitud sobre un poste de dos metros; la mujer puso a Mikelaus en la tabla. El hombre levantó el poste en vilo, mientras Mikelaus mantenía un precario equilibrio en su cima; lo alzó cada vez más, controlando la oscilación del poste con sus movimientos. La mujer añadió al poste una tercera extensión; Mikelaus se elevó seis metros en el aire. Se enderezó con cuidado y se plantó de pie sobre la tabla, encima del poste oscilante. La mujer tocó una melodía con un caramillo y Mikelaus entonó una canción con voz aflautada y áspera:

Ecce voluspo sorarsio normal radne malengro.
¡Oh, oh!¡Vacuo!

Oróte dame.
El instrumento trinó.

Bowner buder diper
eljus noop or hark
esgrado delila.
¡Oh, oh!¡Vacuo!
Platona dame.

El instrumento trinó de nuevo.
Slova solypa
trater no bulditch
ki-yi-yi minkins.
Sempre vacuo.
Coprizo dame.

La mujer hizo trinar el instrumento por última vez y exclamó:

-¡Bravo, Mikelaus! Tu canción nos ha conmovido a todos y mereces una generosa recompensa. Puedes bajar. ¡Hala! ¡Abajo!

El hombre avanzó tres pasos, sosteniendo el poste; Mikelaus saltó por los aires. La mujer corrió con una red, pero por el camino tropezó con un perro y el consternado Mikelaus dio de cabeza contra el suelo y rodó varios metros más allá.

La mujer afrontó el error con buena cara.

-¡Sin duda la próxima vez nos irá mejor! ¡Venga, Mikelaus, a trabajar!

Mikelaus se levantó penosamente, se quitó la gorra y se acercó cojeando a los espectadores, deteniéndose sólo para patear al perro.

-Vaya-dijo Pom-Pom-. ¡Otro truco divertido!

-¡Vamos! -dijo Madouc-. Ya hemos visto bastantes piruetas. Es hora de ponerse de nuevo en marcha.

-Aún no -dijo Pom-Pom-. Esos puestos parecen interesantes; sin duda podemos perder algunos minutos.

Madouc accedió a los deseos de Pom-Pom y caminaron por la plaza, inspeccionando la mercancía que ofrecían en venta.

En el puesto de un herrero, Pom-Pom se detuvo para estudiar una exhibición de cubiertos lujosos. Un grupo de dagas damascenas en fundas de cuero labrado le llamó la atención, tanto que preguntó los precios. Por último se decidió por una de las dagas y se dispuso a efectuar la compra.

-¿Qué estás haciendo? -preguntó la asombrada Madouc.

-¿No es obvio? -barbotó Pom-Pom-. Necesito una daga de buena calidad y elegante hechura. Este artículo conviene a mis necesidades.

-¿Y cómo piensas pagar?

Pom-Pom pestañeó.

-He guardado una pequeña reserva para casos como éste.

-Antes de comprar siquiera una nuez para cascarla entre los dientes, debemos hacer cuentas. Muéstrame tus reservas.

-¡Qué situación tan embarazosa! -exclamó Pom-Pom-. Ahora el herrero me está mirando con desprecio.

-¡No importa! ¡Muéstrame esa dichosa reserva!

-Seamos razonables. El dinero estará más seguro conmigo. Soy mayor que tú y no soy tonto ni distraído. Ningún ratero se atrevería a acercarse a mí, sobre todo si me viera esa bonita daga en el cinturón. Lo prudente es que yo lleve el dinero y planee los gastos.

-Tus argumentos son sabios -dijo Madouc-. El único defecto que tiene es que el dinero es mío.

Pom-Pom le entregó a regañadientes un buen puñado de monedas de plata y cobre.

-¡Toma el dinero, pues!

El gesto de Pom-Pom despertó las sospechas de Madouc. Extendió la mano.

-Dame el resto.

Pom-Pom entregó las demás monedas de mala gana.

-¿Eso es todo? -preguntó Madouc.

Pom-Pom le mostró un florín de plata y algunos peniques de cobre.

-Conservo sólo mi reserva. Al menos este dinero estará a buen recaudo.

-¿Y esto es todo?

-Esto es todo, maldición.

-No necesitarás esa bonita daga. En primer lugar, es demasiado cara.

-No si la compro con tu dinero.

Madouc ignoró el comentario.

-¡Venga! ¡Pongámonos en marcha!

-Tengo hambre -gruñó Pom-Pom-. Podríamos almorzar uno de esos pasteles de cerdo. Además quiero ver a los saltimbanquis. ¡Míralos! Arrojan a Mikelaus por el aire y lo dejan caer. ¡No! En el último momento el hombre lo atrapa con en la red. ¡Es casi cómico!

-Vamos, caballero Pom-Pom. Comerás tu pastel de cerdo y luego reanudaremos la marcha. El paso de Juno es lento; tenemos que cabalgar mucho si queremos llegar lejos.

Pom-Pom tiró del pico de su gorra nueva con aire de exasperación.

-¡Ya es tarde! Deberíamos pasar la noche aquí, en una posada. Así podremos disfrutar a gusto de la feria.

-Sin duda las posadas están llenas. Seguiremos el viaje.

-¡Es una locura! El próximo pueblo está a quince kilómetros. No llegaremos antes del anochecer, y quizá también allí las posadas estén llenas.

-En ese caso, dormiremos a campo abierto, como verdaderos vagabundos.

Pom-Pom no dijo nada más; los dos partieron de Cañada de Abatty y continuaron la marcha. Mientras el sol bajaba por el oeste, se apartaron del camino y trotaron por el prado hasta un bosquecillo a orillas de un arroyo. Pom-Pom encendió una fogata y sujetó los caballos mientras Madouc tostaba tocino, que les sirvió de cena junto con pan y queso.

Madouc se había quitado el sombrero. Pom-Pom la estudió a la luz del fuego.

-Te ves diferente. ¡Ya sé! Te has cortado el cabello.

-De lo contrarío no me habría cabido bajo la gorra.

-Ahora tienes más aspecto de semihumano.

Madouc se abrazó las rodillas y escrutó el fuego.

-Es sólo apariencia -dijo reflexivamente-. Con cada día que pasa, mi sangre humana canta con mayor fuerza. Siempre ocurre así cuando alguien como yo abandona el shee y vive entre los hombres.

-¿Y si te hubieras quedado en el shee?

Madouc se estrechó las rodillas con más fuerza.

-No sé qué habría sido de mí. Quizá las hadas me habrían gastado bromas y me habrían rehuido a causa de mi sangre mixta.

-Aun así, los mortales mueren, mientras que las hadas danzan y juegan para siempre.

-No, las hadas también mueren. A veces entonan canciones tristes en el claro de luna y languidecen de pura pena. A veces se ahogan por amor. A veces las matan abejorros furiosos o las secuestran y asesinan duendes que muelen huesos de hadas para preparar un condimento con el cual sazonan sus salsas y guisos.

Pom-Pom bostezó y estiró las piernas hacia el fuego.

-Ésa no es vida para mí, después de todo.

-Ni para mí -dijo Madouc-. ¡Ya soy demasiado humana!

Por la mañana un sol brillante se elevó en un cielo sin nubes, y el día se tornó cálido. A media mañana llegaron a un río, y Madouc no pudo resistir la tentación de bañarse. Dejó los caballos al cuidado de Pom-Pom y bajó entre los alisos hasta la orilla. Se quitó la ropa y se zambulló en el agua, para nadar y retozar y disfrutar de aquella vigorizante frescura. Al mirar hacia la orilla, sorprendió a Pom-Pom espiándola desde el follaje.

-¿Qué miras, Pom-Pom? -exclamó irritada-. ¿Nunca viste una muchacha desnuda?

-Nunca una princesa desnuda.

-No digas bobadas -replicó Madouc disgustada-. Todas somos muy parecidas. No hay nada especial que ver.

-Aun así, prefiero esto a mirar las ancas de Juno.

-Mira todo lo que quieras. No me dejaré fastidiar por tu necedad.

-No es sólo necedad, como tú dices -declaró Pom-Pom-. Hay una razón práctica y sensata para efectuar una buena inspección.

-¿Y cuál es?

-Si regreso con el Santo Grial, mi recompensa quizá me dé derecho a desposar a la princesa real. Por lo tanto creí sensato descubrir qué ventajas entrañaba esa elección. Por cierto, no veo nada que me despierte gran entusiasmo.

Madouc buscó las palabras adecuadas.

-Ya que no tienes nada que hacer -dijo al fin-, te sugiero que enciendas una fogata y prepares una sopa para el almuerzo.

Pom-Pom desapareció tras el follaje. Madouc salió del agua, se vistió y regresó al camino.

Mientras ambos tomaban la sopa a la sombra de un gran olmo, tres personas se acercaron a pie: un hombre bajo y rechoncho, una mujer de proporciones similares y un niño enclenque de piel pastosa, todo piernas y cabeza. Madouc reconoció a los tres saltimbanquis que habían visto en la feria de Cañada de Abatty.

Los tres se acercaron y se detuvieron.

-Buenos días para ambos -dijo el hombre, un individuo de cara redonda, pelo tosco y negro, nariz bulbosa y ojos brillantes y saltones.

-Lo mismo digo -dijo la mujer, que tenía rostro redondo y blando, pelo negro, ojos redondos y negros, nariz redonda y rosada.

-Buenos días a vosotros -respondió Madouc.

El hombre miró la olla en la que humeaba la sopa.

-¿Podemos sentarnos a la sombra y reposar un poco?

-La sombra es gratuita -dijo Pom-Pom-. Descansad donde os guste.

-¡Tus palabras complacen nuestros oídos! -dijo la mujer con gratitud-. El camino es largo y camino con dificultad, a veces con dolor, a causa de mi dolencia.

Los tres se sentaron a la sombra con las piernas cruzadas.

-Permitidme hacer las presentaciones -dijo el hombre-. Yo soy Filemon, Maestro de la Alegría. Ella es la dama Coreas, no menos experta en alegres piruetas. Y éste, menudo pero enérgico, es nuestro pequeño Mikelaus. No es de carácter alegre, y tal vez se le vea un poco enfermizo, pues hoy no ha desayunado. ¿Tengo razón, pobre Mikelaus, pequeña y triste criatura?

-Arum. Boskatch. Gaspa confaga.

Pom-Pom parpadeó.

-¿Qué ha dicho?

Filemon rió.

-Mikelaus tiene un raro modo de hablar, y no todos lo entienden.

La dama Coreas explicó, con delicada precisión:

-Preguntó, con toda claridad, qué se está cociendo en la olla.

-Es nuestra comida -dijo Pom-Pom-. He preparado una sopa de jamón, cebollas y judías.

-Vogenard. Fístula -dijo Mikelaus.

-¡Imposible, Mikelaus! -dijo Filemon con tono de reproche-. No es nuestra comida, por mucha hambre que tengas.

-Tal vez estas amables personas le dejen probar un bocado -dijo Coreas- para mantener despierto el espíritu de la vida en su pobre almilla.

-Supongo que es posible -dijo Madouc-. Caballero Pom-Pom, sirve una porción de sopa a la criatura.

Pom-Pom obedeció de mala gana. La dama Coreas cogió el cuenco.

-Debo cerciorarme de que no esté demasiado caliente; de lo contrario, Mikelaus se quemará. -Bebió una cucharada de sopa, junto con un buen trozo de jamón, y la saboreó-. ¡Está demasiado caliente para Mikelaus!

Filemon desdeñó su exceso de cautela.

-¡Tal vez no! ¡Mikelaus tiene vísceras de salamandra! Permíteme verificar la temperatura. -Cogió el cuenco y se lo llevó a los labios-. Una sopa excelente, pero tienes razón: está demasiado caliente para Mikelaus.

-Queda poco en el cuenco -dijo Pom-Pom.

-Gamkarch noop. Bosumelists -dijo Mikelaus.

-¡No seas codicioso! -sermoneó Coreas-. Sin duda este joven caballero preparará más sopa si no hay suficiente.

Madouc, viendo cómo iban las cosas, suspiró.

-Muy bien, Pom-Pom. Sirve esa sopa. No puedo comer con estas criaturas hambrientas pendientes de cada bocado.

-Preparé sólo lo suficiente para nuestras necesidades-protestó Pom-Pom.

-¡No hay problema! -declaró Filemon-. Cuando los buenos camaradas se encuentran en el camino, comparten todo con todos, y todos se regocijan en la mutua generosidad. Allá veo un buen trozo de jamón, cebollas, pan, queso y, si mis ojos no me engañan, una botella de vino. Celebraremos un auténtico festín, en medio del camino, al cual cada cual aportará lo mejor que tenga. Coreas, hazte útil. Ayuda al joven caballero de las bonitas botas.

La dama Coreas se puso de pie, y con tal celeridad que Pom-Pom apenas pudo seguirle el movimiento de las manos, arrojó grandes trozos de jamón en la olla, junto con media docena de cebollas y tres puñados de harina de avena. Mientras Pom-Pom y Madouc miraban asombrados. Filemon cogió la botella de vino y paladeó el contenido.

-Arum. Cangel -dijo Mikelaus.

-¿Por qué no? -dijo Filemon-. Eres pobre, desdichado y deforme, con sólo medio metro de altura. ¿Por qué no habrías de disfrutar de un sorbo de vino de cuando en cuando, junto con el resto de tus alegres camaradas? -Le pasó la botella a Mikelaus, quien la alzó en el aire.

-¡Suficiente! -exclamó Coreas-. Mientras yo me dedico a revolver la olla, con el humo en los ojos, vosotros empináis el codo. Entretened a estos amables jóvenes con vuestras piruetas.

-Sólo un trago más -suplicó Filemon-. Me lubricará los labios para la flauta.

Bebió más vino y extrajo una flauta del bolsillo.

-¡Bien, Mikelaus! ¡Gánate la sopa! ¡Muéstranos tu mejor baile!

Filemon tocó una vivaz melodía -pasajes estridentes y rápidos ritornelos, trinos agudos y gorjeos graves- mientras Mikelaus bailaba una giga, agitando las piernas y alzando las rodillas, y culminando todo con un doble salto mortal.

-¡Buen trabajo, Mikelaus! -exclamó la dama Coreas-. Quizá nuestros amigos te obsequien con un par de monedas, como acostumbran las gentes nobles.

-Contentaos con engullir nuestra comida y tragar nuestro vino -gruñó Pom-Pom.

Los grandes ojos de Filemon se humedecieron.

-Somos camaradas del camino... vagabundos con lejanos horizontes. Hay que compartir lo que se tiene con uno y con todos. ¡Tales son las reglas de los viajeros!

-En tal caso, preferiría que fuesen de otro modo -masculló Pom-Pom.

La dama Coreas lanzó un gemido.

-¡Ay, cómo duelen estos retortijones! Es mi dolencia. Me he esforzado en exceso, como de costumbre. Siempre hago demasiado por los demás. Filemon, ¿dónde está mi poción?

-En tu morral, querida, como siempre.

-¡Cielos! Debo limitar mis esfuerzos, o enfermaré.

-Te vimos en la feria -dijo Pom-Pom-. Brincabas con gran agilidad. Filemon arrojó a Mikelaus al aire, y tú corriste como el viento para atraparlo con la red.

-¡Gurgo arraska, selvo sorarsio! -dijo Mikelaus.

-Sí, fue un vergonzoso fracaso -dijo la dama Coreas-, por el cual podemos culpar al perro.

-Bismal darstid; mango ki-yi-yi.

-Sea como fuere -dijo Coreas-, ese número me agota. Después sufro durante días, pero el público exige el espectáculo. Nos conocen desde hace tiempo y no podemos defraudarlos.

Filemon rió entre dientes.

-El número tiene una variación en la cual fingimos ser tres lunáticos incompetentes y dejamos caer a Mikelaus. Procuramos atraparlo, pero fingimos fracasar mediante una de nuestras piruetas cómicas.

-Dasa miago lou-lou. Yi. Tinka.

-¡En efecto! -dijo Filemon-. Y la sopa ya está preparada, siguiendo las exigentes pautas de Coreas. ¡Os serviré con nuestros cumplidos! Comed a gusto, todos. Incluso tú, Mikelaus. Por una vez en tu pesarosa vida, comerás hasta hartarte.

-Arum.

Después de la comida, Madouc y Pom-Pom se dispusieron a continuar su camino.

-Si es posible -sugirió Filemon con voz jovial-, os acompañaremos, y así animaremos vuestro viaje.

-¡Desde luego! -exclamó la dama Coreas-. Sería una pena separarse ahora, después de compartir un rato tan agradable.

-¡Queda pues decidido, por voto popular! -declaró Filemon.

-Viajaremos como un pequeño grupo de compañeros de fortuna -declaró la dama Coreas-. Aunque vosotros montéis buenos caballos mientras nosotros hemos de caminar... o, en el caso del deforme Mikelaus, cojear y contonearse. ¡Valor, buen Mikelaus! Algún día el mundo te sonreirá y te otorgará una buena recompensa por tus generosos actos.

-Yi arum bosko.

El grupo echó a andar por el sendero: Pom-Pom encabezaba la marcha en el gris Fustis, Madouc lo seguía montada en Juno, a paso tan lento que Filemon y Coreas, caminando detrás, no tenían dificultades para seguirla; hasta Mikelaus, que corría un trecho a toda velocidad y luego se detenía para recobrar el aliento, se rezagó sólo unos metros.

El camino recorría colinas y valles, entre setos de espino, muros de piedra musgosa, viñedos y huertos, parcelas de cebada y prados salpicados de flores, a la sombra de pequeños bosques, bajo la luz del sol.

De pronto, al cabo de dos horas de viaje, la dama Coreas soltó un grito ahogado y, aferrándose el pecho, cayó de rodillas y así se quedó, sollozando sin aliento. Filemon la asistió de inmediato.

-Querida Coreas, ¿qué sucede ahora? ¿Otro ataque?

Coreas al fin atinó a hablar.

-Eso me temo. Afortunadamente, como no parece muy grave, no necesito mi poción. Sin embargo, deberé descansar por un tiempo. Tú y el querido Mikelaus debéis seguir hasta Molienda Biddle sin mí, y hacer los preparativos para el festejo. Cuando esté mejor, continuaré sola a mi propio paso. Eventualmente, si los Hados son propicios, llegaré a tiempo para participar en el espectáculo.

-¡Impensable! -exclamó Filemon-. ¡Sin duda habrá otra solución para este problema! Consultemos a nuestros amigos. -Se dirigió a Pom-Pom-. ¿Qué opinas tú?

-No deseo ofrecer consejo.

Filemon se dio un puñetazo contra la palma de la mano.

-¡Lo tengo! -Se volvió a Madouc-. Tal vez tú, en tu amabilidad, permitas que Coreas cabalgue en tu lugar hasta Molienda Biddle, que no está a gran distancia.

-Sería un acto de leal camaradería -exclamó Coreas-. De lo contrario, temo que deberé quedarme en el camino toda la noche, hasta recobrar las fuerzas.

Madouc se apeó a regañadientes.

-Supongo que no me hará daño caminar un poco.

-¡Gracias, desde el fondo de mi corazón! -exclamó la dama Coreas. Con sorprendente agilidad se acercó a Juno y se encaramó a la silla-. ¡Ah, ya me siento mejor! Filemon, cantemos una pequeña canción para levantarnos el ánimo.

-¡Claro, querida! ¿Cuál quieres?

-La Canción de los tres alegres vagabundos, desde luego.

-Muy bien. -Filemon batió palmas para marcar el ritmo; luego, su vozarrón de barítono se mezcló con el gorjeo de soprano de Coreas para entonar la canción:

Con muchas necesidades, y con pocos peniques,
a menudo dormimos bajo la lluvia, y el rocío.
Nuestra cena es un guiso de nabos,
pero aun así somos gentes alegres.

Estribillo (en versión de Mikelaus):
Sigmo chaska yi yi yi Varmous varmous oglethorpe.
Nuestros bajeles surcan mares distantes;
en algún lado se oculta nuestra
fortuna. Aunque nuestra vida sólo acarrea dolores
nuestra doctrina permanece inalterable.

Estribillo (en versión de Mikelaus):
Poxim mowgar yi yi yi
Vilish boy kazinga.
Ancha es la tierra, vasto el cielo.
Viajamos lejos, pero sin mayor prisa.
Ladran los perros cuando pasamos;
de noche echan a volar los búhos.

Estribillo (en versión de Mikelaus):
Varmous toigal yi yi yi
Tinkish wombat nip.

La balada continuaba durante dieciséis estrofas más, y con cada final Mikelaus graznaba un estribillo desde el camino.

Se entonaron otras canciones, con tal fervor que Madouc al fin le comentó a Coreas:

-Pareces haber recobrado tus fuerzas.

-¡En cierta medida, querida! Pero ya llega la tarde, y ahora debo tomar mi poción para impedir un nuevo ataque. Creo que tengo el paquete a mano. -La dama Coreas hurgó en el morral y gritó consternada-: ¡Qué espantoso descubrimiento!

-¿Qué ocurre ahora, querida? -exclamó Filemon.

-Dejé mi poción en el sitio donde preparamos la comida. Recuerdo claramente que dejé el paquete en la horqueta del olmo.

-¡Vaya problema! Debes tomar tu poción, si quieres sobrevivir a esta noche.

-¡Hay una sola solución! -dijo resueltamente Coreas-. Regresaré al galope a buscarla. Entretanto, continuad hasta la vieja choza donde pernoctamos una vez; está a poca distancia. Preparad bonitos lechos de paja, y sin duda estaré de regreso antes de que se ponga el sol.

-Parece el único modo -dijo Filemon-. Cabalga deprisa, pero no fatigues al caballo, aunque sea un brioso corcel.

-Sé cómo sacar el máximo partido de este animal -dijo la dama Coreas-. ¡Os veré pronto! -Dio media vuelta y lanzó a Juno al trote y luego a pleno galope. Pronto se perdió de vista, ante la mirada estupefacta de Madouc y Pom-Pom.

-Vamos -dijo Filemon-. Como dijo Coreas, hay una choza desierta a poca distancia, la cual nos brindará refugio para pasar la noche.

El grupo continuó, encabezado por Pom-Pom, montado en Fustis. Veinte minutos después llegaron a la mísera choza de un pegujalero, situada cerca del camino, a la sombra de dos enormes robles.

-Henos aquí -dijo Filemon-. No es un palacio, pero es mejor que nada, y hay paja limpia. -Se volvió hacia Mikelaus, que intentaba llamar su atención-. ¿Qué sucede, Mikelaus?

-Fidix. Waskin. Bolosio.

Filemon lo miró anonadado.

-¿De verás?

-Arum. Fooner.

-¡No recuerdo! ¡Pero buscaré en mi morral! -Casi de inmediato Filemon descubrió un paquete sujeto con un cordel negro-. ¡Mikelaus, tienes razón! Distraídamente cogí la poción de Coreas y la guardé en mi morral. Y ahora la pobre estará en pésima situación. No abandonará la búsqueda mientras haya luz, y la preocupación puede causarle un grave ataque. Recordarás aquel episodio en Cwimbry...

-Arum.

-¡No hay otra solución! Debo ir a buscarla, de lo contrario morirá de desesperación. Afortunadamente, no es mucha distancia. -Se volvió hacia Pom-Pom-. Caballero, debo suplicarte que me dejes usar tu caballo Fustis. ¡Yo soy el culpable de todo este contratiempo! Pero Mikelaus os será útil durante mi breve ausencia. Mikelaus, préstame atención. Nada de remoloneos. Guía a este caballero y recoge leña para el fuego. Te confío una jarra de mi cera especial. Quiero que lustres las botas del caballero hasta que brillen como cristal. Es lo menos que puedes hacer por nuestros amigos mientras voy a buscar a Coreas. -Brincó a la silla que Pom-Pom acababa de desocupar y galopó camino abajo.

-¡Oye! -gritó Pom-Pom-. Al menos deja las alforjas, para que podamos cenar en tu ausencia.

Pero Filemon no pareció oírle y pronto se perdió de vista.

Pom-Pom echó una ojeada a la choza y retrocedió.

-Creo que dormiré al aire libre, donde el tufo es menos intenso.

-Yo haré lo mismo, pues la noche promete ser agradable -dijo Madouc.

Pom-Pom y Mikelaus trajeron paja y prepararon lechos de olor dulzón. Luego Pom-Pom encendió una fogata, pero sin alforjas tuvieron que limitarse a contemplar melancólicamente las llamas y aguardar pacientemente el regreso de Filemon, Coreas y los caballos.

El sol desapareció tras las lejanas colinas. Pom-Pom fue a mirar el camino pero no vio rastro de Coreas ni de Filemon.

Regresó a la fogata y se quitó las botas. Mikelaus las llevó aparte y empezó a lustrarlas con la cera especial de Filemon.

-No deseo quedarme despierto hasta medianoche -rezongó Pom-Pom-. Me echaré a dormir, que es el mejor remedio para un estómago vacío.

-Creo que haré lo mismo -dijo Madouc-. Mikelaus puede quedarse a esperar. Se entretendrá lustrándote las botas.

Madouc permaneció despierta un rato mirando las estrellas, pero al final sintió una pesadez en los párpados y se durmió. Y así transcurrió la noche.

Por la mañana Madouc y Pom-Pom se levantaron de sus lechos de paja y miraron en derredor. No había rastros de Filemon, Coreas ni los caballos. Tampoco vieron a Mikelaus ni las botas de Pom-Pom.

-Empiezo a dudar de la honestidad de Filemon y Coreas -dijo Madouc.

-No excluyas de tus cálculos a ese trasgo de Mikelaus -dijo Pom-Pom apretando los dientes-. Es obvio que me ha birlado las botas nuevas.

Madouc inhaló profundamente.

-Supongo que es inútil llorar nuestra pérdida. En Molienda Biddle compraremos borceguíes fuertes y un buen par de calcetines. Hasta entonces deberás andar descalzo.

2

Madouc y Pom-Pom llegaron abatidos a Molienda Biddle; hasta la pluma roja de la gorra de Pom-Pom lucía alicaída. En la Posada de la Cabeza de Perro desayunaron potaje de guisantes y luego, en una zapatería, Pom-Pom adquirió un par de borceguíes. Cuando el zapatero pidió el dinero, Pom-Pom señaló a Madouc.

-Debes discutir el asunto con ella.

Madouc lo miró disgustada.

-¿Por qué?

-Porque tú insististe en llevar los fondos.

-¿Y qué dices del florín de plata y los tres peniques de cobre?

Pom-Pom puso mala cara.

-Guardé tres monedas en el morral, el cual sujeté al pomo de la silla. Filemon saltó sobre Fustis y partió como un torbellino, llevándose el caballo, el morral y el dinero.

Madouc, absteniéndose de hacer algún comentarios, pagó al zapatero.

-Olvidemos el pasado. Pongámonos en marcha.

Los dos aventureros partieron de Molienda Biddle por el camino de Bidbottle, que conducía hacia Modoiry, una aldea de la Calle Vieja. Al cabo de un trecho Pom-Pom recobró el ánimo. Se puso a silbar y dijo:

-¡Has hablado correctamente! ¡Olvidemos el pasado! ¡El presente es el presente! El camino está abierto, el sol brilla con esplendor y en alguna parte el Santo Grial aguarda mi llegada.

-Tal vez -dijo Madouc.

-Ir a pie no es tan malo -continuó Pom-Pom-. Veo muchas ventajas. Ya no debemos preocuparnos por el forraje para las bestias, ni por las correas, las bridas, las mantas ni las sillas. También podemos olvidar todo temor a los ladrones de caballos.

-Sea como fuere, a caballo o a pie, Thripsey Shee no está muy lejos.

-Aun así, no es preciso que ése sea nuestro primer destino -dijo Pom-Pom-. Estoy ansioso por buscar el Santo Grial. Primero, en las criptas de la isla Weamish, donde sospecho que hallaremos un compartimiento secreto.

-Primero iremos a Thripsey Shee -replicó Madouc enérgicamente-, y allí pediremos consejo a mi madre.

Pom-Pom frunció el ceño y pateó un guijarro.

-De nada sirve poner cara larga -dijo Madouc-. Nos mantendremos alerta mientras viajamos.

Pom-Pom la miró con hosquedad.

-Tienes la gorra calada sobre las orejas y la nariz. Me pregunto cómo ves el camino, y cómo podrás mantenerte alerta.

-Tú mantente alerta y yo te llevaré a Thripsey Shee -dijo Madouc-. Allá delante veo un matorral de zarzamoras cargado de frutos. Sería una pena pasar sin probarlas.

Pom-Pom señaló:

-Alguien ya las está cosechando. Quizás esté en guardia contra vagabundos como nosotros.

Madouc estudió a la persona a quien Pom-Pom se refería.

-Yo lo tomaría por un amable caballero que ha salido de paseo y se detuvo a recoger unas zarzamoras con el sombrero. De todos modos, le preguntaré.

Madouc se aproximó al matorral, donde un hombre maduro con atuendo de propietario rural interrumpió su labor. La intemperie le había tostado la piel y blanqueado el cabello, y los rasgos eran borrosos, aunque uniformes y regulares; los ojos grises tenían una mirada amable, así que Madouc preguntó sin vacilación:

-Señor, ¿estas moras te pertenecen, u otros pueden cogerlas?

-Debo responder «sí» y «no». Siento apego por las moras que he guardado en mi sombrero, pero no pongo ninguna restricción sobre las que aún cuelgan de las ramas.

-En ese caso, cogeré algunas, y lo mismo hará el caballero Pom-Pom.

-¿El «caballero Pom-Pom»? Bien, ya que me codeo con la aristocracia debo cuidar mis modales.

-No soy un auténtico caballero -dijo modestamente Pom-Pom-. Es sólo una manera de hablar.

-Aquí entre los arbustos eso importa poco -dijo el anciano-. El caballero y el plebeyo gritan por igual «¡Ay caray!»[14] ante el pinchazo de la espina, y el sabor es el mismo para ambas lenguas. Yo me llamo Travante; mi rango o mi falta de rango son igualmente irrelevantes. -Travante inspeccionó a Madouc, que recogía frutos de una rama cercana-. Debajo de esa gorra veo rizos rojos, y ojos muy azules.

-Mi cabello es más dorado y cobrizo que rojo.

-Eso veo, al mirar con mayor atención. ¿Y cómo te llamas?

-Soy Madouc.

Los tres recogieron zarzamoras y se sentaron al lado del camino para comerlas.

-Ya que ambos venís del sur, viajáis hacia el norte -dijo Travante-. ¿Hacia dónde vais?

-Primero a Modoiry, en la Calle Vieja -dijo Madouc-. A decir verdad, somos vagabundos, y cada uno de nosotros emprende una búsqueda.

-Yo también soy un vagabundo. Yo también emprendo una búsqueda fútil y desolada, o eso me han dicho quienes se quedaron en casa. Si me permitís, os acompañaré por un tiempo.

-Con mucho gusto -dijo Madouc-. ¿Qué búsqueda te lleva tan lejos?

Travante miró el camino sonriendo.

-Es una búsqueda extraordinaria. Estoy buscando mi juventud perdida.

-¿De veras? -exclamó Madouc-. ¿Cómo la perdiste?

Travante abrió las manos con desconcierto.

-No estoy seguro. En un momento la tenía y al siguiente se había esfumado.

Madouc miró de soslayo a Pom-Pom, que observaba a Travante estupefacto.

-¿Estás seguro de lo que dices? -preguntó Madouc.

-¡Claro que sí! ¡Lo recuerdo con claridad! Fue como si rodeara una mesa y ¡puf! De pronto me encontré hecho un viejo.

-En el ínterin debió haber los intervalos habituales.

-Sueños, querida. Quimeras, fantasías, alguna pesadilla. ¿Y qué hay de vosotros?

-Es sencillo. Yo no conozco a mi padre. Mi madre es un hada de Thripsey Shee. Estoy buscando a mi padre y averiguando mi linaje.

-¿Y cuál es la búsqueda del caballero Pom-Pom?

-El caballero Pom-Pom busca el Santo Grial, de acuerdo con la proclama del rey Casmir.

[14]En castellano en el original. (N. del T.)

-¡Ah! ¿Profesa una religión?

-No -dijo Pom-Pom-. Si le llevo el Santo Grial a la reina Sollace, ella me concederá un premio. Tal vez escoja casarme con la princesa Madouc, aunque es tan pedante y vanidosa como esa moza artera que está sentada junto a ti.

Travante miró a Madouc.

-¿Es posible que sean la misma persona?

Pom-Pom arrugó el entrecejo gravemente.

-Ciertos hechos no deben ser de conocimiento general. Sin embargo, concedo que has hecho una atinada conjetura.

-Hay otro hecho que no es de conocimiento general, especialmente para el caballero Pom-Pom -dijo Madouc-. Debe saber que sus sueños de matrimonio no tienen nada que ver conmigo.

-Sólo dependo de las afirmaciones de la reina Sollace en este sentido -insistió Pom-Pom.

-Mientras yo controle el «Cosquilleo Salto-del-Trasgo», tendré la última palabra en este asunto -dijo Madouc. Se incorporó-. Es hora de ponernos en marcha.

-Caballero Pom-Pom -dijo Travante-, tengo la fuerte sospecha de que nunca te casarás con Madouc. Te aconsejo que busques una meta más accesible.

-Reflexionaré sobre el asunto -gruñó Pom-Pom.

Los tres partieron hacia el norte por el Camino de Bidbottle.

-Formamos un notable grupo -señaló Travante-. ¡Yo soy como soy! El caballero Pom-Pom es fuerte y valeroso, mientras que Madouc es astuta y sagaz; además, con sus rizos color cobre, su carita huraña y sus ojos sobrecogedoramente azules es rara y muy atractiva.

-También puede ser una arpía, cuando se le antoja -observó el caballero Pom-Pom.

3

El camino de Bidbottle atravesaba sierras, valles, penetrando en las sombras del robledal de Wanswold, saliendo a las dunas de Scrimsour. Perezosas nubes blancas surcaban el cielo, y sus sombras ondulaban sobre el paisaje. El sol trepaba en el cielo; cuando llegó al cénit, los tres viajeros arribaron a Modoiry, donde el camino de Bidbottle se cruzaba con la Calle Vieja.

Madouc y Pom-Pom pensaban continuar otros cinco kilómetros al este, hasta Pequeña Saffield, luego viajarían al norte junto al río Timble y se internarían en el Bosque de Tantrevalles. Travante se proponía ir hasta Dunas Largas, donde realizaría su búsqueda entre los dólmenes del Círculo de Stollshot.

A medida que los tres se aproximaban a Pequeña Saffield, Madouc se sentía cada vez más turbada ante la idea de despedirse de Travante, cuya compañía le resultaba amena y tranquilizadora; además, la presencia del anciano desalentaba la propensión

de Pom-Pom a la pomposidad. Madouc sugirió que Travante los acompañara hasta Thripsey Shee.

Travante reflexionó, y finalmente respondió con aire dubitativo:

-No sé nada sobre los semihumanos, y en verdad los he temido toda la vida. Se cuentan muchas historias sobre su conducta antojadiza y apasionada.

-En este caso no hay nada que temer -dijo Madouc llena de confianza-. Mi madre es grácil y bella. Sin duda estará encantada de verme, aunque concedo que no sé cómo reaccionará ante mis amigos. Aun así, quizá te dé consejos relacionados con tu búsqueda.

-¿Y qué hay de mí? -preguntó quejosamente Pom-Pom-. Yo también emprendo una búsqueda.

-¡Paciencia, Pom-Pom! ¡No he olvidado tu problema!

Travante se decidió al fin.

-¿Por qué no? Un consejo me vendrá bien, pues he tenido muy poca suerte buscando por mi cuenta.

-¡Entonces vendrás con nosotros!

-Sólo por un tiempo, hasta que os aburráis de mí.

-Dudo de que eso ocurra -dijo Madouc-. Disfruto de tu compañía, y sin duda Pom-Pom también.

-¿De veras? -preguntó Travante con cierta incredulidad-. Me considero insípido y aburrido.

-Yo nunca usaría esas palabras -dijo Madouc-. Te considero un soñador, tal vez poco práctico, pero tus ideas no son aburridas.

-Me complace oírlo. Como he dicho, no tengo una gran opinión de mí mismo.

-¿Por qué no?

-Por la razón más previsible: no sobresalgo en nada. No soy filósofo, geómetra ni poeta. Jamás destruí una horda de enemigos salvajes, ni construí un noble monumento, ni me aventuré hacia confines remotos del mundo. Carezco de toda grandeza.

-No eres el único -dijo Madouc-. Pocos pueden alardear de tales hazañas.

-¡Eso no significa nada para mí! Yo soy yo; respondo por mí mismo, no por los demás. Una vida no debería ser fútil y vacía. Por esta razón busco mi juventud perdida con tanta vehemencia.

-¿Y qué harías si la encontraras?

-¡Lo modificaría todo! Me transformaría en una persona emprendedora; consideraría derrochado el día que no incluyera el trazado de un plan maravilloso, o la construcción de un objeto bonito, o la rectificación de un mal. Así pasaría cada día, realizando actos maravillosos. Y cada noche reuniría a mis amigos para una celebración inolvidable. ¡Así se debe vivir la vida! Ahora que sé la verdad, es demasiado tarde... a menos que halle lo que busco.

Madouc se volvió hacia Pom-Pom.

-¿Has prestado atención? Hay lecciones que deberías asimilar de todo corazón, para no sufrir un día los arrepentimientos de Travante.

-Es una filosofía cabal -dijo Pom-Pom-. En ocasiones he pensado lo mismo. Sin embargo, mientras trajinaba en los establos reales no pude poner en práctica tales teorías. Si encuentro el Santo Grial y conquisto un trofeo, me esforzaré por vivir una vida más gloriosa.

El trío acababa de llegar a Pequeña Saffield. Ya anochecía y era demasiado tarde para continuar la marcha. Los tres enfilaron hacia la Posada del Buey Negro, donde todas las habitaciones estaban ocupadas. Les dieron a elegir entre los jergones de paja del desván, poblado de ratas, o el altillo del granero, donde podrían dormir en el heno. Optaron por lo segundo.

Por la mañana los tres partieron hacia el norte por el Camino de Timble. Pasaron primero la aldea de Tawn Timble, luego la aldea de Glymwode, con el Bosque de Tantrevalles a poca distancia.

En un campo encontraron a un labriego que enterraba nabos, quien les dio instrucciones para llegar a Thripsey Shee, en el prado de Madling.

-No es tan lejos en línea recta, pero el camino es tortuoso y se estrecha a medida que se interna en el bosque. Llegaréis a la cabaña de un leñador; luego el sendero se estrecha más y más, pero debéis seguir hasta donde el bosque acaba y estaréis ante el prado de Madling.

-Parece bastante simple -dijo Travante.

-¡Así es, pero cuidaos de las hadas! Ante todo, no permanezcáis allí después del anochecer, pues los duendes os harían una jugarreta. Al pobre Fottern le pusieron unas orejas de asno y un instrumento de asno, todo porque orinaba en el prado.

-Sin duda seremos más educados -dijo Madouc.

Los tres continuaron la marcha; el bosque se erguía adelante, oscuro y silencioso. El camino, ahora un sendero, viró hacia el este y luego dobló para internarse en el bosque. Las ramas se arqueaban en lo alto; el follaje tapaba el cielo; el campo abierto se perdió de vista.

El sendero se adentraba en el corazón del bosque. El aire fresco se impregnó del aroma de cien plantas distintas. En el bosque los colores variaban sin cesar. Los verdes eran variados: musgo y helecho, hierba, malva, bardana y hojas doradas por el sol. Los pardos eran densos y matizados; pardo negruzco y oscuro en el tronco del roble, rojizo y tostado en el suelo del bosque. Allí donde los árboles se apiñaban y el follaje se volvía más tupido, las profundas sombras se teñían de marrón, índigo, verde oscuro.

Los tres pasaron frente a la cabaña del leñador; el sinuoso sendero se hizo más angosto, sorteando troncos, atravesando penumbrosos claros, formaciones de negra roca. Finalmente salieron a una abertura entre los árboles: el prado de Madlíng. Madouc se detuvo y dijo a sus compañeros:

-Esperad aquí mientras busco a mi madre. Esto causará menos perturbaciones.

Pom-Pom habló insatisfecho:

-¡Quizá no sea la mejor idea! Quiero hacer mis preguntas cuanto antes... ¡Martillar mientras el hierro está candente, como quien dice!

-No es el modo de tratar con las hadas -dijo Madouc-. Si intentas guiarlas, o someterlas a tu voluntad, se reirán, te esquivarán y se escurrirán, y quizá se nieguen a hablarte.

-Al menos puedo preguntar cortésmente si saben algo sobre el Grial. Si no es así, estamos perdiendo el tiempo, y sería mejor marchar hacia la isla de Weamish.

-¡Paciencia, Pom-Pom! Recuerda que nos las habernos con hadas. Debes controlar tu ansiedad hasta que descubra cómo son las cosas.

-No soy un palurdo -objetó Pom-Pom-. Yo también sé tratar con las hadas.

Madouc se irritó.

-Quédate aquí, o vuelve a la ciudad de Lyonesse a hacerle preguntas a tu propia madre.

-No me atrevo -masculló Pom-Pom-. Ella se reiría de mi participación en esta expedición, y me enviaría a buscar un cubo de rayos de luna. -Se fue a sentar a un tronco caído, y Travante lo acompañó-. Apresúrate, por favor; y, si tienes oportunidad, pregunta por el Santo Grial.

-También puedes aludir a mi búsqueda -dijo Travante-, si hay un hueco en la conversación.

-Haré lo que pueda.

Madouc fue cautelosamente hasta la linde del bosque, se quitó la gorra y se liberó los rizos. Se detuvo a la sombra de una gran haya y miró en torno: el prado era una zona circular de trescientos metros de diámetro. En el centro se elevaba una loma a la cual un roble achaparrado y deforme aferraba sus raíces. Madouc escrutó el prado, pero sólo vio flores meciéndose en la brisa. No oía nada salvo un murmullo que evocaba el bordoneo de las abejas y el canturreo de los insectos, pero Madouc intuía que no estaba sola, y lo confirmó cuando una mano traviesa le pellizcó su redondo trasero. Una voz rió entre dientes; otra susurró:

-¡Manzanas verdes, manzanas verdes!

-¿Cuándo aprenderá? -susurró la primera voz.

-No me molestéis, por la ley de las hadas -exclamó Madouc indignada.

Las voces se volvieron desdeñosas.

-¡Y para colmo arrogante! -se mofó la primera.

-¡Es difícil de conocer! -dijo la otra.

Madouc ignoró los cuchicheos. Miró el cielo, y calculó que ya era cerca del mediodía. Llamó con voz suave:

-¡Twisk! ¡Twisk! ¡Twisk!

Pasó un instante. En el prado, como si los ojos se le hubieran aclarado, Madouc distinguió un centenar de formas vaporosas realizando sus enigmáticas labores. Encima de la loma central un penacho de niebla se arremolinó en el aire.

Madouc esperó atentamente, con los nervios de punta. ¿Dónde estaba Twisk? Una de las formas se paseaba lánguidamente por el prado, cobrando sustancia a medida que se acercaba, y finalmente reveló el encantador contorno del hada Twisk. Llevaba un vestido de gasa casi impalpable que realzaba el efecto de su lozana y fascinante silueta.

Había escogido un color lavanda para el pelo; como antes, flotaba como una nube sobre su cabeza y su cara. Madouc estudió su rostro con ansiedad, esperando ver indicios de bondad maternal. La expresión de Twisk era impasible.

-¡Madre! -exclamó Madouc-. ¡Me alegra verte de nuevo!

Twisk se detuvo y miró a Madouc de arriba abajo.

-Tu pelo es un nido de grajos -dijo Twisk-. ¿Dónde está el peine que te di?

-Unos payasos de la feria robaron mi yegua Juno, junto con la silla, la alforja y el peine.

-Los payasos y actores no son gente de fiar; que esto te sirva de lección. De cualquier modo, debes acicalarte, sobre todo si piensas participar en nuestro gran festival. Como ves, los festejos ya se han iniciado.

-No sé nada sobre el festival, querida madre. No había planeado divertirme.

-¡Pues será una gran gala! ¡Mira los bonitos adornos!

Madouc miró en torno y comprobó que el prado había cambiado. El remolino de niebla de la loma se había transformado en un alto castillo de veinte torres con largas banderolas flameando en cada punta. Frente al castillo, festones de flores enlazaban sinuosos puntales de plata y hierro, los cuales rodeaban una larga mesa atiborrada de manjares y altas botellas con licores.

Aparentemente el festival aún no había comenzado, aunque todos se paseaban y bailaban por el prado con gran alegría. Todos excepto uno, que estaba encaramado a un poste y se rascaba con empeño.

-Parece que he llegado en un momento feliz -dijo Madouc-. ¿De qué se trata?

-Celebramos un acontecimiento notable -dijo Twisk-. Es la emancipación de Falael al cabo de siete años de picazón. El rey Throbius le infligió ese castigo por sus malicias e injurias. La maldición pronto habrá terminado. Entretanto, Falael se sienta allá, rascándose con tanto entusiasmo como siempre. Ahora me despido de ti una vez más, y te deseo un futuro afortunado.

-¡Espera! -exclamó Madouc-. ¿No te complace ver a tu querida hija?

-En absoluto, a decir verdad. Tu nacimiento me causó desagradables sufrimientos, y tu presencia me recuerda esa repugnante circunstancia.

Madouc frunció los labios.

-La olvidaré por completo si tú haces lo mismo.

Twisk rió: un alegre tintineo.

-¡Bien dicho! ¡Me has levantado el ánimo! ¿Por qué estás aquí?

-Por la razón habitual. Necesito el consejo de una madre.

-¡Apropiado y normal! ¡Describe tus problemas! ¿No serán problemas del corazón?

-No, madre. Sólo deseo hallar a mi padre, para averiguar cuál es mi linaje.

Twisk lanzó un gemido plañidero.

-¡El tema no me interesa! ¡Hace tiempo que olvidé ese episodio! ¡No recuerdo nada!

-¡Sin duda recuerdas algo! -exclamó Madouc.

Twisk hizo un gesto desdeñoso.

-Un momento de frivolidad, una risa, un beso. ¿Por qué iba alguien a desear catalogarlos por lugar, fecha, fase lunar, detalles de nomenclatura? Conténtate con saber que ese acontecimiento condujo a tu existencia. Eso es suficiente.

-¡Para ti, no para mí! Deseo descubrir mi identidad, es decir, el nombre de mi padre.

Twisk rió con un gorjeo burlón.

-Ni siquiera sé nombrar a mi padre, mucho menos al tuyo.

-Aun así, mi padre te trajo una niña adorable. Sin duda eso creó una impresión perdurable.

-Hmm. Así parece. -Twisk echó una ojeada al prado-. ¡Has tocado una cuerda sensible! Ahora recuerdo que fue una ocasión singular. Puedo decirte esto... -Twisk miró hacia el bosque-. ¿Quiénes son esos solemnes vagabundos? Su presencia atenta contra el ánimo del festival.

Madouc se volvió para descubrir que Pom-Pom se había arrastrado por el bosque y ahora estaba cerca. A poca distancia, pero oculto entre las sombras, acechaba Travante.

Madouc se volvió hacia Twisk.

-Son mis compañeros, que también se han embarcado en importantes búsquedas. Pom-Pom busca el Santo Grial. Travante busca su juventud, que se perdió cuando él no prestaba atención.

-¡Si no contaran con tu respaldo, lamentarían estar aquí! -dijo altivamente Twisk.

Pom-Pom, a pesar de la mirada furiosa de Madouc, se les acercó.

-Distinguida Hada de Ojos de Plata, déjame hacerte una pregunta. ¿Dónde he de buscar el Santo Grial?

-Averigua dónde está y dirígete a ese lugar. Ése es mi sabio consejo.

-Si me guías hacia mi juventud perdida, te estaré muy agradecido -se aventuró Travante.

Twisk saltó, giró en el aire y se posó lentamente en el suelo.

-No soy un índice de los pesares del mundo. Nada sé sobre alfarería cristiana ni sobre la tiranía del tiempo. ¡Y ahora, silencio! ¡El rey Throbius ha aparecido y declarará la amnistía de Falael!

-¡Sólo veo volutas y borrones! -murmuró Pom-Pom.

-¡Mira de nuevo! -susurró el asombrado Travante-. ¡Todo cobra claridad! ¡Veo el castillo, y mil delicias de color!

-¡Ahora veo lo mismo! -susurró el azorado Pom-Pom.

-¡Chitón! ¡Ni un sonido más!

Altas puertas de perla y ópalo se abrieron en el castillo; el rey Throbius avanzó con paso majestuoso, seguido por un docena de duendes de cara redonda que le

sostenían la cola de la larga capa púrpura. Para la ocasión llevaba una corona con dieciséis púas de plata, que se curvaban hacia afuera culminando en puntas centelleantes de fuego blanco.

El rey Throbius avanzó hasta la balaustrada y se detuvo. Contempló el silencioso prado y hasta Falael dejó de rascarse para mirarlo con reverencia. El rey Throbius alzó la mano.

-El día de hoy marca una época significativa en nuestras vidas, pues celebra la regeneración de uno de los nuestros. ¡Falael, has cometido errores! Planeaste males y agravios por docenas, y llevaste a cabo muchos de tus planes. Por tales ofensas, has sufrido una condición correctiva que al menos ha ocupado tu atención y ha causado una agradable cesación de las injurias. ¡Bien, Falael! ¡Te pedí que hablaras ante los presentes y anunciaras tu redención! ¡Habla! ¿Estás preparado para que se anule la maldición de la picazón?

-Estoy preparado -exclamó fervientemente Falael-. En todos los aspectos, arriba y abajo, a derecha e izquierda, adentro y afuera: estoy preparado.

-¡Muy bien! Por ende...

-¡Un momento! -interrumpió Falael-. Tengo una picazón especialmente irritante que debo aplacar antes de que anules la maldición. -Falael se rascó empeñosamente el vientre-. Bien, majestad, estoy preparado.

-¡Muy bien! Por ende, anulo la maldición y espero, Falael, que los contratiempos de tu castigo te hayan inclinado hacia la tolerancia, la afabilidad y la contención, además de poner término a tu propensión hacia las tretas malévolas.

-¡Desde luego, Majestad! ¡Todo ha cambiado! ¡De hoy en adelante se me conocerá como Falael el Bueno!

-Una noble aspiración que apoyo y aplaudo. ¡Procura respetarla siempre! ¡Bien, que comience el festival! ¡Todos deben participar en la alegría de Falael! ¡Una última palabra! Allá, por lo que veo, hay tres criaturas del mundo de los hombres... dos mortales y la amada hija de nuestra querida Twisk. En el espíritu del festival, les damos la bienvenida. Que nadie los moleste ni les gaste chanzas, por divertidas que sean. Hoy reina la jovialidad, y todos la compartiremos.

El rey Throbius saludó con la mano y regresó al castillo.

Madouc había escuchado cortésmente el discurso del rey Throbius. Cuando se volvió, vio que Twisk se alejaba correteando por el prado.

-Madre, ¿adonde vas? -llamó con desconsuelo.

Twisk se volvió sorprendida.

-¡Voy a regocijarme con los demás! Habrá bailes y se beberá vino de hadas; te han permitido reunirte con nosotros. ¿Lo harás?

-No, madre. Si bebiera vino de hadas, me marearía y quién sabe qué ocurriría.

-Pues bien, ¿vas a bailar?

Madouc meneó la cabeza sonriendo.

-He oído decir que quienes bailan con las hadas no pueden parar nunca. No beberé vino ni bailaré, y tampoco lo harán Pom-Pom ni Travante.

-Como gustes. En tal caso...

-¡Ibas a hablarme de mi padre!

Pom-Pom se adelantó.

-También podrías aclarar cómo hallaré el paradero del Santo Grial, para que pueda ir a ese sitio y encontrarlo.

-¡Agradecería alguna sugerencia acerca de mi juventud perdida! -dijo Travante con vacilación.

-Qué fastidio -se quejó Twisk-. Debéis esperar otra ocasión.

Madouc se volvió hacia el castillo y exclamó:

-¡Rey Throbius! ¡Rey Throbius! ¿Dónde estás? ¡Ven aquí en seguida, por favor!

Twisk se volvió consternada.

-¿Por qué actúas de modo tan extraño? Violas todas las convenciones.

Habló una voz profunda. El rey Throbius se había presentado.

-¿Quién pronuncia mi nombre con tales chillidos, como ante la inminencia del peligro?

-Majestad -dijo Twisk con voz sedosa-, fue sólo un exceso de excitación juvenil. Lamentamos haberte molestado.

-No es así -declaró Madouc.

-No comprendo -dijo el rey Throbius-. ¿No fue un exceso o no lo lamentáis?

-Ninguna de ambas cosas, majestad.

-Pues bien... ¿qué te ha provocado esa frenética euforia?

-En verdad, majestad, deseaba consultar a mi madre en tu presencia, para que la ayudes a recordar cuando le falle la memoria.

El rey Throbius asintió sabiamente.

-¿Y qué recuerdos deseas explorar?

-La identidad de mi padre y la índole de mi linaje.

El rey Throbius miró a Twisk con severidad.

-Por lo que recuerdo, el episodio no fue meritorio para ti.

-No fue de un modo ni del otro -dijo la alicaída Twisk-. Ocurrió como ocurrió y eso fue todo.

-¿Y cómo son los detalles? -preguntó Madouc.

-No es una historia para oídos inmaduros -dijo el rey Throbius-. Pero en este caso debemos hacer una excepción. Twisk, ¿contarás la historia o deberé encargarme yo de la tarea?

Twisk respondió hurañamente:

-Los episodios son ridículos y vergonzosos. No son dignos de alarde, y prefiero conservar distancia.

-Entonces yo referiré la historia. Ante todo, señalaré que la vergüenza es la otra cara de la vanidad.

-Siento una profunda admiración por mí misma -dijo Twisk-. ¿Eso es vanidad? Habría mucho que decir al respecto.

-El término quizá sea adecuado, quizá no. Ahora retrocederé algunos años en el tiempo. Twisk, entonces como ahora, se consideraba una gran belleza... y por cierto lo era y lo es. En su locura provocó y atormentó a Mangeon el duende, azuzándolo, huyendo de su abrazo y gozando con sus maldiciones. Por último Mangeon fue presa de la maldad y decidió castigarla por sus estratagemas. Un día sorprendió a Twisk desprevenida, la arrastró por el camino del Bamboleo hasta la calzada de Munkins y la encadenó al Poste de Idilra, que se yergue junto a la encrucijada. Mangeon le arrojó un hechizo para que las cadenas no cediesen hasta que Twisk hubiera persuadido a tres viajeros de celebrar con ella una conjunción erótica. Twisk ahora continuará con los detalles, si le apetece.

-No me apetece -refunfuñó Twisk-. Pero, con la esperanza de que mi hija Madouc saque provecho de mi error, referiré las circunstancias.

-Habla -dijo el rey Throbius.

-Hay poco que contar. El primero en pasar fue el caballero Jaucinet del Castillo Nube de Dahaut. Fue cortés y compasivo y se habría quedado más tiempo del necesario, pero al final lo despedí, pues se acercaba el anochecer y no deseaba desalentar a otros viajeros. El segundo fue Nisby, un labriego que regresaba de sus faenas. Fue muy servicial, de manera ruda pero vigorosa. No perdió tiempo, pues, según me explicó, tenía tocino para cenar. Yo estaba desesperada por liberarme antes del anochecer y sentí alivio al verlo partir. ¡Ay, sufrí una decepción! El ocaso se hizo noche, despuntó la luna, brillando en el cielo como un escudo de plata bruñida. Por el camino vino una figura sombría, arropada de negro, con un sombrero de ala ancha que le protegía los rasgos del claro de luna. Se acercó despacio, deteniéndose cada tres pasos, quizá por cautela, quizá por hábito. Me pareció desprovisto de todo atractivo, y no lo llamé para que me liberase del poste. No obstante, me vio bajo el claro de luna y se detuvo para estudiarme. Ni su actitud ni su silencio calmaron mis temores; aun así, no podía irme, pues estaba encadenada al poste, así que hice una virtud de la necesidad y me quedé donde estaba. Con pasos lentos y cuidadosos el oscuro viajero se aproximó y me sometió a su voluntad. No fue abrupto como Nisby ni elegante como Jaucinet, sino que la oscura criatura se vació de un feroz entusiasmo carente de todo sentimentalismo, y ni siquiera se quitó el sombrero. No dijo su nombre, ni siquiera hizo comentarios sobre el tiempo. Mi respuesta, dadas las circunstancias, se limitó a un frío desdén.

»Eventualmente todo terminó y quedé libre. La oscura criatura se fue bajo el claro de luna, el andar más lento y más pensativo que antes. Yo regresé deprisa a Thripsey Shee.

En ese momento la reina Bossum, espléndida en su vestido de lentejuelas de zafiro y clara telaraña, se reunió con el rey Throbius, quien la saludó con toda galantería.

Twisk continuó su historia:

-A su tiempo di a luz una niña que no me causó placer ni orgullo, a causa de su origen. En cuanto tuve oportunidad, y sin remordimientos, la cambié por el bebé Dhrun, y el resto es sabido por todos.

-La situación es aún más confusa que antes -exclamó Madouc con tristeza-. ¿A quién pediré cuentas de mi linaje? ¿A Nisby? ¿A Jaucinet? ¿A la oscura criatura de las sombras? ¿Tiene que ser uno de ellos?

-Eso parece -dijo Twisk-, pero no garantizo nada.

-Todo esto es muy enrevesado -dijo Madouc.

-¡El ayer es el ayer! -dijo Twisk con petulancia-. ¡El presente es el presente, y el presente es el festival! La alegría tintinea en el aire, las hadas danzan y juegan. Falael hace alegres piruetas, disfrutando de su liberación.

Madouc se volvió para mirarlo.

-Da grandes muestras de vivacidad. Aun así, querida madre, antes de que te unas al jolgorio, necesito más consejos tuyos.

-¡Te los daré con gusto! Te aconsejo que te vayas al instante del prado de Madling. El día termina, y pronto comenzará la música. Si te demoras, tendrás que pasar la noche aquí, para tu pesar. Por lo tanto, adiós.

El rey Throbius terminó su galante diálogo con la reina Bossum. Al volverse oyó los consejos de Twisk a Madouc, y los tomó a mal.

-¡Twisk, quédate ahí! -ordenó.

El rey avanzó, y los doce duendecillos de cara redonda que le llevaban la capa tuvieron que brincar y correr para seguirle el paso. Throbius se detuvo e hizo un ademán admonitorio.

-Twisk, tu conducta no concuerda con este día de regocijo. ¡En Thripsey Shee, «fe», «verdad» y «lealtad» no son lemas que se abandonen ante el primer inconveniente! Tienes el deber de ayudar a tu hija, aunque sea una mozuela extravagante.

Twisk alzó las manos desesperada.

--Majestad, he satisfecho sus necesidades hasta el hartazgo. Llegó desprovista de progenitores, excepto yo, su madre. Ahora puede escoger entre tres padres, cada cual con un linaje distintivo. No podría haberle brindado más opciones y conservar al mismo tiempo mi dignidad.

El rey Throbius asintió con mesurada aprobación.

-Elogio tu delicadeza.

-¡Gracias, majestad! ¿Ahora puedo unirme a los demás?

-Aún no. Estamos de acuerdo en este punto: Madouc tiene amplitud de opciones. Veamos si está satisfecha.

-¡En absoluto! -exclamó Madouc-. ¡La situación es peor que antes!

-¿Por qué?

-Tengo opciones, pero ¿adonde conducen? Tiemblo al pensar en el linaje que puede derivar de la criatura oscura.

-¡Aja! Creo entender tu dilema. -El rey Throbius se volvió hacia Twisk-. ¿Puedes resolver este problema, o debo intervenir?

Twisk se encogió de hombros.

-Es evidente que mis esfuerzos han sido en vano, Madouc, el rey ha ofrecido su ayuda. Sugiero que la aceptes, tras preguntar qué desea a cambio. Es un consejo sabio y maternal.

-En este día de regocijo -anunció el rey Throbius-, haré lo que sea preciso sin pedir nada a cambio. Escucha pues mis instrucciones. Trae aquí a tus tres padres putativos: Nisby, Jaucinet y la criatura oscura. Ponlos juntos e identificaré a tu padre al instante y descubriré la extensión de su linaje.

Madouc reflexionó un instante.

-Muy bien, ¿pero qué pasa si los tres rehúsan venir a Thripsey Shee?

El rey Throbius recogió un guijarro del suelo. Se lo llevó a la frente, la nariz, la barbilla y la punta de la filosa lengua. Entregó el guijarro a Madouc.

-Aquel a quien toques con esta piedra debe seguirte adonde desees, o cumplir tus órdenes, hasta que le toques la espalda con esta misma piedra y grites: «¡Largo de aquí!» Por este medio puedes inducir a los tres a acompañarte.

-¡Gracias, majestad! Sólo queda un detalle.

-¿De qué se trata?

-¿Dónde hallaré a esos tres individuos?

El rey Throbius frunció el ceño.

-Es una pregunta razonable. ¿Qué dices, Twisk?

-Majestad, no sé nada con certeza. Nisby venía de Dillydown; Jaucinet mencionó el Castillo Nube de Dahaut; en cuanto al tercero, no sé absolutamente nada.

El rey Throbius se llevó a Twisk aparte. Ambos conferenciaron varios minutos y se volvieron hacia Madouc.

-El problema, como siempre, tiene una solución.

-¡Qué buena noticia! -dijo Madouc-. ¿Mi querida madre Twisk se ha ofrecido para emprender la búsqueda?

El rey Throbius contuvo a Twisk, que ya iba a protestar.

-Esa posibilidad se comentó, luego se abandonó. ¡Nuestro plan es mucho más astuto! No buscarás a esos tres individuos. En cambio, ellos te buscarán a ti.

Madouc se quedó boquiabierta.

-No entiendo.

-He aquí el plan. Difundiré por todas partes una información. ¡Bosnip! ¿Dónde está Bosnip?

-¡Aquí estoy, majestad!

-Copia con exactitud el siguiente decreto. ¿Estás preparado?

Bosnip, el escriba real, extrajo una hoja de papel de morera, un frasco de tinta de escarabajo y una larga pluma.

-¡Estoy preparado, majestad!

-He aquí el decreto, escribe con tu letra más florida:

¿Alguien puede olvidar la pena impuesta al hada Twisk, tan orgullosa y altiva, en el Poste de Idilra? Ahora su hija, igualmente bella, debe sufrir el mismo castigo. ¿No es una lástima? Como Twisk, exhibió provocativamente sus encantos y luego corrió a ocultarse. La pena es justa: al igual que Twisk, será atada al Poste de Idilra hasta que un compasivo viandante la libere.

Así lo decreto yo, Throbius, rey de Thripsey Shee.

Bosnip escribía con concentración. La punta de la negra pluma se movía con celeridad.

-¿Transcribiste mis palabras? -preguntó el rey Throbius.

-¡Con exactitud, majestad!

-Ése es pues mi decreto -dijo el rey Throbius-. Se dará a conocer a todos, excepto a los ogros Fuluot, Carabara, Gois y el tricéfalo Throop. Nisby lo oirá, y también Jaucinet, y también la criatura oscura, sean cuales fueren su nombre y naturaleza.

Madouc se había quedado atónita al escuchar el decreto. Al fin preguntó con voz ahogada:

-¿Ése es el astuto plan? ¿Debo ser encadenada a un poste de hierro y ser sometida a actos degradantes?

El rey explicó los detalles del plan con voz paciente, aunque un poco huraña.

-Nuestra teoría es que las tres personas que liberaron a Twisk desearán ayudarte de la misma manera. Cuando se aproximen para ejecutar sus buenas intenciones, sólo tendrás que tocarlas con el guijarro para tenerlas bajo control.

Madouc descubrió un defecto en el plan.

-¿No lo has notado? ¡No tengo las cualidades de mi madre Twisk! ¿Alguno de los tres deseará siquiera acercarse al poste? Ya los veo venir deprisa, fijarse en mí, detenerse y regresar por donde vinieron, sin que les importe un bledo mi liberación.

-Buena observación -dijo el rey Throbius-. Te arrojaré un hechizo para que esas gentes queden embelesadas y te confundan con una criatura cautivante.

-Hmm -rezongó Madouc-. Supongo que así debe ser.

-Es un plan sensato -observó Twisk.

Madouc no estaba del todo convencida.

-¿Y si nuestros planes fracasaran de un modo imprevisto? Supongamos que el guijarro perdiera su fuerza, de tal modo que, quisiéralo o no, yo fuera liberada aunque no necesitara tal ayuda.

-Es un riesgo que debemos correr -dijo el rey Throbius. Se acercó a Madouc, agitó los dedos sobre la cabeza de la princesa, masculló un sortilegio de diecinueve sílabas, le tocó la barbilla y retrocedió-. El encantamiento está hecho. Para que tenga efecto, tírate de la oreja izquierda con los dedos de la mano derecha. Para anularlo, tírate de la oreja derecha con los dedos de la mano izquierda.

-¿Puedo probarlo ahora? -preguntó Madouc con interés.

-¡Como gustes! Notarás el cambio sólo en la reacción de los demás. Tú no sufrirás ninguna alteración.

-Para verificarlo, pues, pondré a prueba el hechizo. -Madouc se tiró de la oreja izquierda con los dedos de la mano derecha y se volvió hacia Pom-Pom y Travante-. ¿Notáis el cambio?

El caballero Pom-Pom aspiró el aire. Le castañeteaban los dientes.

-El cambio es definitivo.

Travante hizo un gesto extravagante pero mesurado.

-Describiré el cambio. Ahora eres una doncella esbelta, de configuración perfecta, o incluso mejor que eso. Tus ojos son tan azules como el tibio mar estival; son líquidos y fascinantes, y miran desde un rostro pícaro y dulce, sagaz y enérgico, de cautivante fascinación. Suaves rizos de oro y cobre enmarcan ese rostro; el cabello está impregnado con el perfume de los capullos del limón. Tu silueta debilitaría a un hombre fuerte. El encantamiento surte efecto.

Madouc se tiró de la oreja derecha con los dedos de la mano izquierda.

-¿Soy yo misma de nuevo?

-Sí -dijo Pom-Pom con voz compungida-. Eres como de costumbre.

Madouc soltó un suspiro de alivio.

-Bajo el hechizo me siento algo conspicua.

El rey Throbius sonrió.

-Debes aprender a ignorarlo, pues ese hechizo no es más que un reflejo de tu futuro cercano. -Miró al cielo e hizo una seña. Descendió una hadilla verde de alas transparentes. El rey Throbius impartió instrucciones-: Reúne a tus primos, vuela de aquí para allá, y asegúrate de que todas las criaturas del vecindario, excepto el tricéfalo Throop, Fuluot, Carabara y Glois, se enteren del decreto que Bosnip te recitará. Tres personas en especial deben escucharlo: el caballero Jaucinet del Castillo Nube, el labriego Nisby y la criatura sin rostro que se pasea bajo el claro de luna usando un sombrero negro de ala ancha.

La hadilla se fue. El rey Throbius saludó gravemente a Madouc.

-Espero que nuestro pequeño plan cumpla su propósito, sin errores ni inconvenientes. A su debido momento... -Un repentino tumulto llamó su atención. El rey exclamó con asombro-: ¿Cómo es posible? Shemus y Womin, funcionarios de alto rango, están en desacuerdo.

El rey Throbius echó a andar por el prado con tal celeridad que los duendecillos que le sostenían la capa volaron por el aire.

El rey se acercó a una larga mesa atiborrada de delicias: licores y vinos en raras botellas de cristal; pasteles aderezados con crema de vencetósigo y polen de narciso, ranúnculo y croco; tartas de pasas negras y rojas; manzanas silvestres y gelatinas acarameladas; néctar cristalizado de agavanzo, rosa y violeta. Junto a la mesa un altercado había degenerado de repente en una confusión de gritos, golpes y juramentos. Las partes enfrentadas eran Womin, Actuario de Aciertos, y Shemus, Director de Rituales. Shemus había cogido la barba de Womin con una mano y le golpeaba la cabeza con un pichel de madera que antes había contenido cerveza de pastinaca.

-¿Qué es este sórdido alboroto? -intervino el rey Throbius-. ¡Es una conducta vergonzosa en un día de tanta felicidad!

-Estoy de acuerdo contigo, majestad -exclamó apasionadamente Shemus-. ¡Pero este carroñero con dientes de rata me ha infligido una afrenta abominable!

-¿Qué ha sucedido? Describe tu queja.

-¡Con gusto! Este degenerado actuario quiso hacerme víctima de una vulgar travesura. Cuando me descuidé un instante, arrojó su mugriento calcetín en mi pichel de cerveza de pastinaca.

El rey se volvió hacia Womin.

-¿Y cuál fue el motivo?

-¡No tuve ninguno!

-¿Ninguno?

-¡Ninguno, pues yo no fui el autor de tal acto! ¡La acusación es falsa! Allá está Falael, quien presenció todo el episodio. Él será testigo de mi inocencia.

El rey Throbius se volvió hacia Falael.

-Bien, Falael, oigamos tu testimonio.

-Yo estaba tejiendo una guirnalda de margaritas -dijo Falael-. No vi nada relacionado con el caso.

-No obstante, soy inocente -declaró Womin-. Dada mi reputación, sólo una persona con cerebro de queso pensaría lo contrario.

-¿De veras? -rugió Shemus-. Si eres inocente, ¿por qué usas un solo calcetín? ¿Por qué el calcetín que encontré en mi cerveza tiene el mismo color rojo que el que llevas puesto?

-¡Es un misterio! -declaró Womin-. ¡Majestad, escúchame! El culpable es este sapo beodo y desaforado. Me asestó fuertes golpes mientras hundía mi calcetín en su repulsivo brebaje, que si duda ya había saboreado y olido.

Shemus saltaba de furia.

-¡Ese comentario constituye otra provocación, la cual merece por lo menos dos golpes más!

Shemus habría seguido golpeando a Womin si el rey Throbius no hubiera intervenido.

-¡Desistid de esta locura! Evidentemente se ha cometido un error. Dejemos las cosas así.

Womin y Shemus se dieron la espalda y se restauró la paz. El rey Throbius regresó para hablar con Madouc.

-Me despediré de ti por el momento. Cuando regreses con tus tres aspirantes, como debemos llamarlos, cotejaremos las identidades hasta satisfacerte, y entonces conocerás tu linaje.

Pom-Pom ya no pudo contenerse.

-¡Por favor, majestad! ¡También yo necesito instrucciones! ¿Cómo hallaré el Santo Grial?

El rey Throbius se volvió sorprendido hacia Twisk.

-¿Qué es el «Santo Grial»?

-He oído hablar de ese objeto, majestad. Hace mucho el caballero Pellinore mencionó ese artículo. Creo que es una copa o algo parecido.

-Es un cáliz sagrado para los cristianos -dijo Pom-Pom-. Ansío encontrarlo para ganar una recompensa real.

El rey Throbius se tiró de la barba.

-No sé nada sobre ese objeto. Tendrás que buscar información en otra parte.

Travante, a su vez, se armó de coraje para hacer una pregunta.

-Quizá puedas, majestad, indicarme dónde buscar mi juventud perdida.

El rey Throbius volvió a tirarse de la barba.

-¿Fue mal guardada o perdida de veras? ¿Recuerdas las circunstancias pertinentes?

-Lamentablemente no, majestad. La tuve, la perdí; se esfumó.

El rey sacudió la cabeza dubitativamente.

-Después de tan largo olvido, puede estar en cualquier parte. Debes estar alerta mientras recorres los caminos. Puedo decirte esto: si la encuentras, actúa con presteza. -El rey Throbius extendió la mano en el aire y bajó un aro de plata de medio metro de diámetro-. Si encuentras lo que buscas, captúralo con este aro. Antaño fue propiedad de la ninfa Atalanta, y en sí mismo constituye una gran curiosidad.

-Gracias, majestad. -Travante se colgó el aro en el hombro.

El rey Throbius y la reina Bossum se despidieron majestuosamente y se alejaron por el prado. En ese instante una nueva conmoción estalló cerca de la mesa, de nuevo con la participación de Womin. Había gritos, exclamaciones y gestos feroces. El otro calcetín de Womin ahora ondeaba en la cresta del complejo peinado de la castellana Batinka, dándole un aspecto ridículo y humillante. Batinka, al descubrir la travesura, había reñido a Womin y le había retorcido la nariz. Womin, habitualmente sereno, había seguido el sigiloso consejo de Falael y había replicado hundiendo la cara de Batinka en un budín. El rey intervino. Batinka citó los agravios de Womin y éste los negó, salvo el uso del budín. Una vez más afirmó que Falael podía servir como testigo de su inocencia. El rey Throbius volvió a pedir testimonio a Falael, quien nuevamente declaró que estaba absorto en su guirnalda de margaritas y no había visto nada más.

El rey reflexionó un instante y preguntó a Falael:

-¿Dónde está la guirnalda de margaritas a la que te dedicabas con tanta diligencia?

Falael quedó desconcertado por la inesperada pregunta. Miró en torno y exclamó:

-¡Ah! ¡Aquí está!

-Vaya. ¿Estás seguro?

-¡Desde luego!

-¿Y te dedicaste a esa labor mientras acontecían los dos episodios con Womm, sin siquiera alzar los ojos? Eso has declarado.

-Entonces así ha de ser, pues soy muy atento a los detalles.

-Cuento nueve flores en esa guirnalda. Son caléndulas, no margaritas. ¿Qué respondes a eso?

Falael miró de aquí para allá.

-No prestaba mucha atención, majestad.

-Falael, tus declaraciones sugieren que deformas la verdad, presentas falso testimonio, realizaste travesuras malévolas e intentas engañar a tu rey.

-Sin duda es un error, majestad -dijo Falael con expresión de límpida inocencia.

El rey Throbius no se dejó engañar. Con voz grave, y a pesar de las chillonas protestas de Falael, le impuso una pena de otros siete años de picazón. Falael se encaramó de nuevo al poste y comenzó a rascarse otra vez las partes afectadas.

-Que continúe el festival -proclamó el rey-, aunque debemos considerarlo una celebración de la esperanza, más que del logro.

Entretanto Twisk se había despedido de Madouc y sus acompañantes.

-¡Ha sido un placer verte de nuevo! Quizás otro día, a otra hora...

-¡Pero, buena madre Twisk! -exclamó Madouc-. ¿Lo has olvidado? ¡Pronto regresaré a Thripsey Shee!

-Es verdad -suspiró Twisk-, siempre que eludas los peligros del bosque.

-¿Tan terribles son?

-A veces el bosque es dulce y claro -dijo Twisk-. A veces el mal acecha detrás de cada tocón. No explores el cenagal que bordea el camino del Bamboleo; allí los hecéptores de largo cuello se elevan desde el limo. En la garganta cercana vive el duende Mangeon; elúdelo también. No viajes al oeste por la calzada de Munkms; llegarías al castillo de Doldil, donde reside Throop, el ogro tricéfalo. Ha enjaulado a muchos bravos caballeros y devorado a muchos más, incluyendo quizás al gallardo Pellinore.

-¿Y dónde dormiremos de noche?

-¡No aceptes hospitalidad de nadie! ¡Pagarías un alto precio! Lleva este pañuelo. -Twisk dio a Madouc un cuadrado de seda rosada y blanca-. Al caer el sol ponlo en la hierba y exclama «¡Aroisus!». Se transformará en un pabellón donde tendrás seguridad y confort. Por la mañana, di: «¡Deplectus!» y el pabellón volverá a ser un pañuelo. Y ahora...

-¡Aguarda! ¿Por dónde se va al Poste de Idilra?

-Debes cruzar el prado y pasar bajo el fresno alto. ¡No prestes atención al festival! No saborees el vino, no comas tortas de hadas, ni siquiera muevas el pie al son de la música. Al lado del fresno el camino del Bamboleo conduce al norte. Al cabo de varios kilómetros llegarás al cruce con la calzada de Munkins, y allí se yergue el Poste de Idilra, donde yo sufrí mi castigo.

Madouc habló con voz tranquilizadora:

-A fin de cuentas, fue una ocasión afortunada, pues, como consecuencia, aquí estoy, para alegrar tu corazón.

Twisk no pudo contener una sonrisa.

-¡A veces puedes ser cautivadora, con tus tristes ojos azules y tu extraña carucha! ¡Adiós, y cuídate!

Madouc, Pom-Pom y Travante cruzaron el prado hasta llegar al fresno y partieron hacia el norte por el camino del Bamboleo. Cuando cayó el sol, Madouc tendió el pañuelo sobre la hierba de un claro y dijo: «¡Aroisus!». De inmediato el pañuelo se convirtió en un pabellón con tres mullidos lechos y una mesa atiborrada de buena comida, jarras de vino y cerveza amarga.

Durante la noche ruidos extraños poblaban el bosque, y varias veces se oyeron pesados pasos en el camino del Bamboleo. En cada ocasión, la criatura se detuvo para inspeccionar el pabellón y luego continuó la marcha.

4

El sol de la mañana arrojaba brillantes salpicaduras rojas sobre la seda rosada y blanca del pabellón. Madouc, Pom-Pom y Travante se levantaron. El rocío centelleaba en la hierba; sólo algunos trinos interrumpían el silencio del bosque.

Los tres desayunaron ante la generosa mesa y se dispusieron a partir. Madouc exclamó: «¡Deplectus!», y el pabellón se redujo a un pañuelo rosado y blanco que Madouc se guardó cuidadosamente en el morral.

Los tres echaron a andar por el camino del Bamboleo. Pom-Pom y Travante miraban con ojos vigilantes en pos de los objetos de su búsqueda, tal como había aconsejado el rey Throbius.

El camino bordeó un tramo de lodo negro y tembloroso cruzado por estrías de agua oscura. Matas de juncos, bardana y juncias asomaban a la superficie, así como sauces achaparrados y alisos podridos. El cieno burbujeaba, y un graznido ininteligible surgió de uno de los matorrales más densos. Los tres viajeros apuraron el paso, y sin incidentes dejaron atrás la ciénaga.

El camino del Bamboleo viraba para evitar un cerro abrupto con un peñasco de basalto negro en la cima. Una vereda de adoquines negros conducía hasta un desfiladero sombrío. Al lado del camino un letrero con caracteres rojos y negros presentaba dos líricas estrofas para edificación del viandante:

¡ATENCIÓN!
¡Alerta, viajeros! Este mensaje os brinda
Mangeon el Maravilloso, quien aquí reside.
Cuando Mangeon se enfurece, tiemblan sus enemigos,
mas sus amigos brindan con jarras de cerveza.
Su semblante es grato, su decir exquisito;
y las damas suspiran ante su contacto.
Suplican sus caricias, lamentan su partida,
y murmuran su nombre cuando duermen.

Los tres siguieron de largo sin detenerse, y continuaron hacia el norte por el camino del Bamboleo.

El sol aún trepaba en el cielo cuando llegaron a la encrucijada de la calzada de Munkins. Al lado de la intersección se erguía un macizo poste de hierro de gran diámetro y altura.

Madouc lo examinó con disgusto.

-No me agrada esta situación, pero parece que debo cumplir mi papel en esta farsa, a pesar de mi aprensión.

-¿A qué otra cosa has venido? -gruñó Pom-Pom.

Madouc no se dignó responder.

-¡Ahora obraré el encantamiento! -Se tiró de la oreja izquierda con los dedos de la mano derecha y miró a sus compañeros-. ¿Ha funcionado el hechizo?

-Manifiestamente -dijo Travante-. Te has transformado en una doncella fascinante.

-¿Cómo podrás sujetarte al poste cuando no tenemos cadena ni soga? -preguntó Pom-Pom.

-Prescindiremos de las ataduras -declaró Madouc-. Si alguien pregunta, inventaré una excusa.

Travante advirtió:

-¡Ten la piedra mágica a mano, y cuida de no soltarla!

-Buen consejo -dijo Madouc-. Ahora id a ocultaros.

Pom-Pom se empeñó en esconderse tras unos arbustos cercanos para ver qué ocurría, pero Madouc se negó a escucharlo.

-¡Partid de inmediato! ¡No os mostréis hasta que os llame! ¡Y no os pongáis a espiar, pues podrían veros!

-¿Qué piensas hacer, que necesitas tanta intimidad? -preguntó Pom-Pom con tono agrio.

-¡Nada que te incumba!

-No estoy tan seguro, sobre todo si gano el premio del rey. -Pom-Pom sonrió con sorna-. Especialmente ahora que dominas ese hechizo.

-El premio no me incluirá a mí, tenlo por seguro. Ahora lárgate, o te tocaré con la piedra y te estupidizaré para que obedezcas.

Pom-Pom y Travante siguieron hacia el oeste y doblaron un recodo. Descubrieron un pequeño claro a poca distancia de la carretera y se sentaron en un tronco, donde no los viera el posible viandante.

Madouc se quedó sola en la encrucijada. Miraba hacia todas partes y escuchaba con atención. No veía ni oía nada. Fue hasta el Poste de Idilra y se sentó en la base.

Pasó el tiempo: largos minutos y horas. El sol llegó al cénit y empezó a rodar hacia el oeste. Nadie iba ni venía, salvo por la furtiva aparición de Pom-Pom, que se acercó a curiosear para ver si algo había ocurrido. Madouc lo echó con una dura reprimenda.

Transcurrió otra hora. Hacia el este se oyó un suave silbido. Era una melodía vivaz pero vacilante, como si el silbador no estuviera del todo seguro.

Madouc se puso de pie y esperó. El silbido cobró mayor intensidad. Por la calzada de Munkms venía un joven fornido con rostro plácido y ancho y una mata de pelo castaño. La ropa y los sucios borceguíes lo identificaban como un labriego familiarizado con la pastura y el establo.

Al llegar a la encrucijada se detuvo y estudió a Madouc con franca curiosidad.

-Doncella -dijo al fin-, ¿estás ahí contra tu voluntad? ¡No veo ninguna cadena!

-Es una cadena mágica, y no puedo liberarme hasta que tres personas logren soltarme, y mediante un método poco convencional.

-¿De veras? ¿Y qué delito espantoso pudo cometer una criatura tan adorable?

-Soy culpable de tres faltas: frivolidad, vanidad y necedad.

-¿Y por qué te impusieron una pena tan severa? -dijo el asombrado campesino.

-Así es este mundo -dijo Madouc-. Un sujeto orgulloso procuró tomarse más confianzas de la cuenta, pero me burlé de él y le señalé su falta de atractivo. El ordenó mi humillación, así que ahora espero la caritativa atención de tres extraños.

El joven se acercó.

-¿Cuántos te han socorrido hasta ahora?

-Tú eres el primero en pasar.

-Ocurre que soy hombre compasivo. Tu trance ha elevado mi piedad, y también otra cosa. Si quieres ponerte cómoda, pasaremos un alegre intervalo, y después tendré que regresar a ordeñar mis vacas.

-Acércate más -dijo Madouc-. ¿Cómo te llamas?

-Soy Nisby, de la granja Fobwiler.

-Bien, acércate un poco más.

Nisby se aproximó. Madouc le tocó la barbilla con el guijarro. Nisby se puso rígido.

-Sígueme -dijo Madouc. Lo condujo fuera de la carretera, hasta un bosquecillo de laureles. Tendió el pañuelo rosado y blanco en la hierba y exclamó-: ¡Aroisus! -El pañuelo se transformó en pabellón-. Entra ahí. Siéntate en el suelo y no hagas ruido ni causes problemas.

Madouc regresó al Poste de Idilra y se sentó igual que antes. Las horas transcurrieron lentamente y tampoco esta vez Pom-Pom pudo contener la curiosidad. Madouc distinguió el brillo de su cara a través de un matorral de candelarias. Fingiendo no verlo, Madouc chistó entre dientes y activó el Cosquilleo-Salto-del-Trasgo. Pom-Pom saltó por el aire desde las candelarias.

-¿Qué te propones, Pom-Pom, con esos saltos extravagantes? -dijo Madouc-. ¿No te pedí que te ocultaras hasta que te llamase?

-¡Sólo quería cerciorarme de que estabas a salvo! -rezongó Pom-Pom-. No quise molestarte, al margen de lo que hicieras. Pero, por alguna razón, tuve que brincar en el aire.

-Por favor, no te molestes de nuevo -dijo Madouc-. Regresa con Travante.

Pom-Pom se marchó compungido, y Madouc se dispuso a esperar.

Pasaron quince minutos. Un sonido tintineante llegó a sus oídos. Se puso de pie y aguardó. Por el camino del Bamboleo llegaba desde el norte una criatura que corría a galope tendido. La cabeza era como la de un gran caballo marino, y se elevaba sobre un torso cubierto de escamas amarillas. Sobre la criatura cabalgaba un fauno de rostro artero y pardo, con cuernos pequeños y piernas recubiertas de tosca pelambre marrón. De la silla y la brida colgaban cien cencerros que tintineaban con el andar de la exótica montura.

El fauno frenó a la criatura y miró fijamente a Madouc.

-¿Te sientas tan tranquila junto al Poste de Idilra?

-Soy tranquila por naturaleza.

-Es tan buena razón como cualquiera. ¿Qué piensas de mi noble montura?

-Nunca había visto criatura semejante.

-Ni yo, pero es bastante dócil. ¿Quieres cabalgar conmigo? Me dirijo a la isla de la laguna de Kallimanthos, donde cuelgan uvas silvestres en racimos purpúreos.

-Debo esperar aquí.

-Como desees. -El fauno puso la montura en movimiento. Pronto se perdió de vista y cesaron los campanilleos.

El sol se hundía en el oeste. Madouc empezaba a sentir miedo e intriga; no deseaba pasar las largas horas de la noche junto al Poste de Idilra.

Desde el este, por la calzada de Munkins, llegó un trepidar de cascos. A poca distancia de la encrucijada el ruido se silenció cuando el caballo empezó a andar al paso. Poco después apareció un caballero montado en un caballo bayo.

El caballero frenó la montura. Estudió a Madouc un momento, se apeó y sujetó el caballo a un árbol. Se quitó el yelmo de la cabeza y lo colgó de la silla. Era un hombre de cierta edad y cara tristona, con pelo amarillo y lacio. Los ojos de pesados párpados se curvaban en las comisuras; los bigotes largos y amarillos se mecían a ambos lados de la boca, creando una impresión de congoja.

El caballero efectuó una gentil reverencia.

-Permíteme presentarme. Soy el caballero Jaucinet, del Castillo de Nube. ¿Puedo preguntar tu nombre y condición, y por qué te hallas en este difícil trance, ya que aguardas junto al Poste de Idilra como si necesitaras socorro?

-Claro que puedes preguntar -dijo Madouc-. Respondería gustosamente si no fuera porque está anocheciendo, y cuanto antes termine con mi deplorable deber, mejor será.

-¡Bien dicho! -declaró Jaucinet-. ¿Debo entender que puedo colaborar?

-En efecto. Ten la amabilidad de acercarte. No, no es preciso que te quites la armadura en este mismo instante.

-¿Estás segura? -preguntó dubitativamente Jaucinet.

-Muy segura, pero acércate unos pasos más.

-¡Con gusto! Eres una bellísima doncella. ¡Déjame besarte!

-Jaucinet, en otras condiciones, te consideraría muy directo o atrevido. Pero aun así...

Jaucinet se acercó y poco después se reunía con Nisby en el pabellón.

Madouc reanudó su vigilia. El sol se hundía cuando Pom-Pom apareció nuevamente y sin disimulo en medio del camino.

-¿Cuánto debemos esperar aquí? -preguntó-. Se acerca el anochecer; no quiero mezclarme con criaturas de la noche.

-Bien -dijo Madouc-. Ve a buscar a Travante; ambos podéis sentaros en el pabellón.

Pom-Pom y Travante se apresuraron a obedecer la sugerencia, y descubrieron que al pabellón se le había añadido otra cámara, donde Nisby y Jaucinet aguardaban con apatía.

El sol desapareció detrás de los árboles. Madouc estiró los músculos entumecidos, se paseó en todas las direcciones, escrutó cada camino, pero la visión era cada vez más borrosa.

Regresó al poste y esperó con nerviosismo.

El crepúsculo envolvió el Bosque de Tantrevalles. Durante un rato Madouc observó el aleteo de los murciélagos. El cielo se oscureció y luego se iluminó cuando despuntó la luna.

Madouc tiritó en el aire fresco. Se preguntó si de veras quería aguardar junto al Poste de Idilra bajo el tenue claro de luna.

Tal vez no. Meditó sobre las razones por las que había ido allí, y pensó en Nisby y Jaucinet, a buen recaudo en el pabellón: dos de tres. Madouc suspiró y miró aprensivamente hacia todas partes. El claro de luna había desvaído todos los colores. Los caminos eran plateados, las sombras eran negras.

La luna trepó en el cielo.

Un búho surcó el cielo del bosque y se perfiló por un instante contra la luna.

Madouc vio una estrella fugaz.

Un graznido extraño sonó en el bosque.

La sombra móvil que Madouc esperaba avanzó lentamente por el camino. Se detuvo a cinco metros de ella. Una capa negra envolvía el cuerpo; un sombrero de ala ancha protegía el rostro. La tensa y silenciosa Madouc se aplastó contra el poste.

La figura se quedó inmóvil. Madouc aspiró lentamente. Trató de discernir un rostro bajo el sombrero, pero no vio nada: sólo una superficie sin rasgos, como si mirara un vacío.

-¿Quién eres, sombra oscura? -preguntó Madouc con voz trémula.

La figura no respondió.

-¿Eres mudo? -insistió Madouc-. ¿Por qué no hablas?

-He venido a liberarte del poste -susurró la sombra-. Hace tiempo hice lo mismo por la tozuda hada Twisk, para gran satisfacción de ella. Se te concederá el mismo placer. Quítate la ropa, para que pueda ver tu forma en el claro de luna.

Madouc aferró la piedra con tal fuerza que temió soltarla, lo cual podría serle fatal.

-Se considera cortés que el caballero se desvista primero -balbuceó.

-Eso no es importante -susurró la figura oscura-. Es tiempo de actuar.

La criatura avanzó y procuró arrancar el vestido de Madouc. Ella apoyó el guijarro en aquel semblante sin rasgos, pero sólo encontró vacío. Presa del pánico, apretó el guijarro contra las manos que la tanteaban, pero las mangas de la capa le impidieron actuar. La sombra le apartó el brazo y la tumbó; el guijarro se soltó y echó a rodar. Madouc gimió y por un instante aflojó el cuerpo, lo cual hubiera sido su ruina. Pero al fin, con un esfuerzo espasmódico, se escurrió hasta liberarse y buscó el guijarro a tientas. La sombra le cogió la pierna.

-¿A qué viene esta enérgica agilidad? ¡Cálmate y quédate quieta! De lo contrario este proceso es agotador.

-Un momento -jadeó Madouc-. Este proceso ya va demasiado deprisa.

-Eso aparte, continuemos.

Madouc cerró los dedos sobre el guijarro. Lo apoyó en la forma negra y tocó una parte de la criatura, que de inmediato se derrumbó.

Madouc se levantó aliviada. Se recompuso el vestido y se pasó los dedos por el cabello; luego se dirigió a la aturdida sombra.

-¡Levántate y sígueme!

Llevó a la tambaleante figura hasta la cámara lateral del pabellón donde Nisby y Jaucinet aguardaban mirando el vacío.

-Entra y siéntate. No te muevas hasta que te lo ordene.

Madouc aguardó un momento bajo el claro de luna, mirando la encrucijada.

-He triunfado -se dijo-, pero ahora tengo miedo de saber la verdad. Jaucinet parece el más noble y la sombra es el más misterioso. Hay poco que destacar en Nisby, excepto su rústica simplicidad.

Pensó en el hechizo.

-Me vuelve más llamativa de lo que me agrada. Por el momento, me desharé de él. -Con los dedos de la mano izquierda tiró del lóbulo de la oreja derecha-. ¿Se habrá ido? -se preguntó-. No siento ningún cambio. -Cuando entró en el pabellón, los semblantes de Pom-Pom y Travante le aseguraron que el hechizo se había esfumado, lo cual le provocó una punzante aunque ilógica sensación, algo parecido al arrepentimiento.

5

Por la mañana, Madouc, Pom-Pom y Travante desayunaron en el pabellón. Consideraron mejor no despertar a Nisby ni a Jaucinet para darles un alimento que quizá no les apeteciera. Las mismas consideraciones se aplicaban, aun con mejor razón, a la sombría figura de capa negra, que de día era tan exótica e incomprensible como de noche. Bajo la ancha ala del sombrero se abría un vacío que nadie deseaba mirar con demasiada atención.

Después del desayuno Madouc condujo a Nisby, Jaucinet y la sombra al camino. El caballo de Jaucinet había escapado durante la noche y no se veía por ninguna parte.

Madouc transformó el pabellón en pañuelo, y el grupo echó a andar hacia el sur por el camino del Bamboleo, Pom-Pom y Travante a la cabeza, Madouc después seguida por Nisby, Jaucinet y el individuo de la capa negra.

Poco después del mediodía el grupo entró de nuevo en el prado de Madling, que, al igual que antes, semejaba una extensión herbosa con una loma en el centro.

-¡Twisk! ¡Twisk! ¡Twisk! -llamó suavemente Madouc.

Nieblas y vapores confundieron sus ojos, disipándose al poco para revelar el castillo de las hadas, con estandartes en cada torre. Los adornos del festival que celebraba la rehabilitación de Falael ya no eran visibles; en cuanto a Falael, había abandonado el poste por el momento, y se sentaba bajo un haya en el linde de un prado, usando una rama para alcanzar zonas inaccesibles de la espalda.

Twisk se presentó ante Madouc llevando unos pantalones azules ceñidos en las caderas y una blusa blanca y traslúcida.

-No has perdido el tiempo -dijo. Inspeccionó a los cautivos-. ¡Ver a estos tres me trae recuerdos! ¡Pero hay cambios! Nisby se ha transformado en hombre, Jaucinet parece consagrado a la melancólica añoranza.

-Es el efecto de esos ojos tristes y esos bigotes caídos -dijo Madouc.

Twisk apartó los ojos del tercer miembro del grupo.

--En cuanto a esta rara criatura, el rey Throbius juzgará. Ven; debemos interrumpir sus contemplaciones, pero es necesario.

El grupo enfiló hacia el frente del castillo. Las hadas venían desde todas partes, brincando, volando, haciendo piruetas y saltos mortales, apiñándose y barbotando preguntas; fisgoneaban, pellizcaban y hurgaban. Falael se acercó a la carrera y se subió al poste para observar los acontecimientos.

Un par de jóvenes heraldos montaban guardia en la puerta principal del castillo. Lucían espléndidos en sus libreas de lienzo adamascado negro y amarillo, y esgrimían clarines de plata feérica. A petición de Twisk se volvieron hacia el castillo y soplaron tres brillantes fanfarrias de sobrecogedora armonía.

Los heraldos bajaron los clarines y se enjugaron la boca con el dorso de la mano, sonriendo a Twisk.

Remaba un silencio expectante, sólo interrumpido por las risitas de tres duendecillos que intentaban atar ranitas verdes a los bigotes del caballero Jaucinet. Twisk reprendió a los duendecillos y los echó. Madouc fue a desatar las ranas pero la interrumpió la aparición del rey Throbius en un balcón, quince metros por encima del prado.

-¿Qué significa esta intempestiva convocatoria? -reprochó a los heraldos-. ¡Estaba sumido en la meditación!

Uno de los heraldos respondió:

-¡Fue Twisk! Ella nos ordenó que turbáramos tu reposo.

El otro heraldo corroboró la afirmación.

-Nos dijo que sopláramos una nota arrolladora que te derrumbara de la cama.

Twisk se encogió de hombros con indiferencia.

-Cúlpame, si quieres, pero actué a insistencia de Madouc, a quien recordarás.

Madouc, con una mirada rencorosa hacia Twisk, se adelantó.

-¡Aquí estoy!

-¡Eso veo! ¿Y qué?

-¿No recuerdas? Fui al Poste de Idilra para averiguar la identidad de mi padre. -Señaló a los tres prisioneros-. Aquí tenemos a Nisby el campesino y Jaucinet el caballero, y también a esta forma misteriosa, sin categoría ni rostro.

-¡Recuerdo el caso con claridad! -dijo el rey Throbius. Miró la zona con aire desaprobador-. ¡Hadas! ¿Por qué os apiñáis y apretáis con tal tosquedad? ¡Todo el mundo atrás! Bien, Twisk: debes hacer una atenta y cuidadosa inspección.

-Una mirada bastó -dijo Twisk.

-¿Y qué descubriste?

-Reconozco a Nisby y Jaucinet. En cuanto a la sombra, su rostro es invisible, lo cual es de por sí un indicio significativo.

-Es realmente singular. El caso presenta aspectos interesantes.

El rey Throbius se retiró del balcón y un instante después bajó al prado. De nuevo las hadas se apiñaron para parlotear y murmurar, para mofarse y mirar, hasta que el rey Throbius se enfureció y sus súbditos se apartaron intimidados.

-Bien, procedamos -dijo el rey Throbius-. Madouc, ha de ser una feliz ocasión para ti. Pronto podrás declarar a uno de estos tres como tu amado padre.

Madouc evaluó dubitativamente las posibilidades.

-Jaucinet sin duda posee el mejor linaje, pero me cuesta creer que descienda de alguien con aire de oveja enferma.

-Todo se sabrá -dijo confiadamente el rey Throbius. Miró a derecha e izquierda-. ¡Osfer! ¿Dónde estás?

-¡Esperaba tu llamada, majestad! Estaba detrás de tu real espalda.

-Ven, Osfer, delante de mis ojos. Debemos recurrir a tus habilidades. La paternidad de Madouc está en cuestión y hay que resolver el problema de una vez por todas.

Osfer se adelantó: un sujeto maduro, de tez parda y miembros nudosos, con ojos ambarinos y nariz ganchuda.

-Ordena, majestad.

-Ve a tu taller y regresa con platos de nefrita matroniana, en número de cinco; trae sondas, tijerillas y una medida de tu Elixir Número Seis.

-Majestad, pensé en anticiparme a tus órdenes, y ya tengo estos artículos a mano.

-Muy bien, Osfer. Ordena a tus lacayos que traigan una mesa y que la cubran con un lienzo gris.

-La orden está cumplida, majestad. La mesa ya está preparada.

El rey Throbius se volvió para inspeccionarla.

-Bien hecho, Osfer. Ahora trae tu mejor extractor; necesitaremos fibrilos de ida y vuelta. Cuanto todo esté preparado, elaboraremos nuestras matrices.

-¡Sólo unos minutos, majestad! ¡Soy veloz cual un nímodo relampagueante cuando hay urgencia!

-¡Hazlo ahora! Madouc apenas puede contener la ansiedad; es como si danzara sobre espinas.

-Un caso patético, por cierto -dijo Osfer-. Pero pronto podrá abrazar a su padre.

Madouc se dirigió al rey en voz baja:

-Explícate, majestad. ¿Cómo conseguirás las pruebas?

-Presta atención. Todo se sabrá. Twisk, ¿por qué estás ofuscada?

-¡Osfer me está manoseando!

-¡En absoluto, majestad! Mientras tú ordenabas las matrices, yo empecé a aplicarle el drenaje a Twisk.

-Desde luego. Twisk, necesitamos tres muestras de tu sangre; sé estoica.

-¡Detesto estos martirios! ¿De veras es necesario?

El rey Throbius hizo un gesto significativo; resoplando entre dientes, Twisk dejó que Osfer utilizara sus instrumentos. Le extrajo cierta cantidad de sangre de la delgada muñeca, y luego la vertió en una de las fuentes de nefrita. Mediante procesos demasiado rápidos para que Madouc los siguiera, usó la sangre para preparar un frágil cultivo de fibras y de pequeños plasmas azules, rojos y verdes.

Osfer se volvió con orgullo al rey Throbius.

-¡Es la perfección en todo sentido! Cada fase y capricho de la perversa naturaleza de Twisk están abiertos a nuestra inspección.

-Has actuado bien. -El rey Throbius se volvió a Madouc.- Ahora es tu turno; con tu sangre Osfer elaborará una matriz que es exclusivamente tuya.

Madouc gritó, apretando los dientes.

-¡Mi turno ha llegado y pasado! ¡Ya me ha sometido a sus tormentos!

Poco después una matriz parecida a la de Twisk aparecía en una segunda bandeja.

-A continuación, probemos con Jaucinet -dijo el rey-. ¡Pronto veremos quién es el padre de quién!

Osfer extrajo sangre del macilento brazo de Jaucinet y construyó la matriz del señor del Castillo de Nube.

El rey Throbius se volvió hacia Madouc.

-Ves allí tres matrices que representan la esencia innata de ti misma, de tu madre Twisk y de este noble caballero. Mediante sutilísimos medios, Osfer sustraerá la influencia de Twisk de tu matriz, para crear una nueva matriz. Si tu padre es Jaucinet, la nueva matriz será idéntica a la de él, y conocerás la verdad acerca de tu padre. Osfer, puedes proceder.

-Majestad, he concluido la operación. ¡Observa las dos matrices!

-¿Son idénticas? -preguntó el rey Throbius.

-¡En absoluto! ¡No se parecen en nada!

-Bien -dijo el rey Throbius-. Jaucinet queda descartado y puede partir. Libéralo del hechizo, Madouc. Dile que se marche.

Madouc obedeció la instrucción. De inmediato Jaucinet presentó sus quejas y exigió explicaciones por los muchos contratiempos que había sufrido.

-No puedo darte una respuesta fácil -dijo Madouc-. Es una larga y compleja historia.

-¿Y las ranas de mi bigote? -preguntó Jaucinet-. ¿Acaso eso es tan complicado?

-No lo es -admitió Madouc-. Aun así, el rey Throbius ha ordenado que partas, y será mejor que te des prisa, pues cae la tarde y el camino es largo.

Jaucinet, con expresión compungida, se volvió sobre sus talones.

-¡Espera! -exclamó el rey Throbius-. Osfer, aplica el Hechizo Cuádruple para acelerar al buen Jaucinet en su viaje.

-Verás, majestad, mientras él conversaba con Madouc, le apliqué el Hechizo Séxtuple -dijo Osfer.

-¡Buen trabajo, Osfer! -El rey Throbius se dirigió al caballero-. Mientras regresas, cada uno de tus pasos te llevará seis metros, y llegarás al Castillo de Nube mucho antes de lo que esperas.

Jaucinet saludó rígidamente, primero al rey Throbius y luego a Osfer. A Madouc le dedicó sólo una húmeda mirada de reproche. Luego se marchó, atravesando el prado a grandes zancadas, y no tardó en perderse de vista.

El rey se volvió hacia Osfer.

-Pues bien, examinemos ahora al labriego Nisby.

-Majestad, en esta bandeja ves la matriz de Nisby, que ya me tomé la libertad de construir.

Madouc fue a mirar. Para su consternación, la matriz de Nisby no se parecía a la suya, y todos convinieron en que la paternidad, evidentemente no pertenecía al labriego. Con mal ceño, Madouc lo liberó de su estólida apatía; Osfer aplicó el Hechizo Séxtuple y Nisby inició la marcha.

El rey Throbius interpeló a Madouc con voz sombría:

-Querida mía, me he interesado en tu búsqueda y no me complacen nuestros hallazgos. No eres hija de Jaucinet ni de Nisby, de modo que nos queda esta sombra extravagante con un vacío en la cara. El tercer Estatuto de Lógica, a veces denominado Ley de Exclusión, me obliga a declararlo tu padre. Puedes liberarlo, para celebrar vuestro encuentro en el momento y lugar que mejor os convenga. Sin duda tendréis mucho de qué hablar.

-Tu lógica es magnífica, sin duda -exclamó Madouc con voz turbada-, ¿pero no deberíamos verificar la matriz de esta criatura?

-¿Qué opinas? -preguntó Throbius a Osfer.

-Sugiero una tercera matriz, al menos para crear una simetría filosófica.

-No me opongo -dijo el rey Throbius-, aunque la prueba será redundante. Sin embargo, puedes acercarte al padre de Madouc, extraerle tres muestras de sangre y elaborar una matriz para que todos la vean.

Osfer se acercó cautamente a la figura de capa negra y se detuvo desconcertado.

-¿Por qué te demoras? -preguntó el rey-. ¡Estamos ansiosos de comprobar la paternidad de Madouc!

-No sé qué hacer -dijo Osfer-. Lleva capa, botas y guantes; no tiene cuello, rostro ni cuero cabelludo. Para extraerle sangre, debo quitarle la capa y exponer su persona. ¿Continúo?

-¡Continúa, por supuesto! -ordenó el rey Throbius.

-Habitualmente respetaríamos su pudor, pero debemos dejar a un lado las delicadezas, junto con la capa. Madouc, puedes desviar los ojos, si deseas.

-Veré lo que sea preciso ver -dijo Madouc, ignorando el bufido desdeñoso de Pom-Pom-. Continuad con la tarea.

Osfer, extendiendo los dedos como un sastre minucioso, desabrochó la hebilla del cuello de la capa, que se entreabrió. Osfer atisbo dentro del hueco y soltó una exclamación sobresaltada. Arrancó la capa para revelar a un duende macizo de cara gris, con nariz de botella, mejillas colgantes y ojos que parecían esferas de vidrio negro. Tenía los brazos largos y nudosos; las piernas abiertas calzaban botas altas.

-¡Es Mangeon el duende! -exclamó Osfer.

Twisk soltó un gemido de desconsuelo.

-¡Ahora lo entiendo todo! ¡Con qué innoble astucia realizó su lujuriosa venganza!

-Lógica aparte -balbuceó Madouc-. ¿De veras él puede ser mi padre?

-¡Veremos! -dijo el rey Throbius-. Osfer, construye la matriz.

-Majestad, me he adelantado a tu orden. La matriz ya está formada. Puedes examinarla como desees, y compararla con la de Madouc.

El rey Throbius examinó las dos matrices.

-¿Cómo es posible? -preguntó con perplejidad-. ¿La locura rige el mundo? ¿El sol nace en el oeste? ¿El agua es húmeda y el fuego caliente, o todo es al revés? ¡La lógica ha resultado falsa! ¡Esta matriz se parece menos aún que las otras dos juntas! ¡Estoy azorado!

Madouc no pudo contener un aullido de alivio.

-Jaucinet no es mi padre. Nisby no es mi padre. Este repulsivo semihumano no es mi padre. ¿Quién es mi padre, entonces?

El rey Throbius examinó a Twisk.

-¿Puedes aclarar este intríngulis?

La abatida Twisk sólo pudo menear la cabeza.

-Fue hace mucho tiempo. No puedo recordar cada nimiedad.

-Sin embargo, una de esas nimiedades engendró a Madouc.

-De acuerdo, pero los recuerdos se funden y los rostros se confunden. Cuando cierro los ojos, oigo susurros... cortejos, adoración, suspiros de amor correspondido... pero no encuentro nombre para esas voces.

El rey Throbius reparó en la desolación de Madouc.

-¡No desesperes! ¡Aún nos queda otra flecha en la aljaba! Pero primero debo tratar con este odioso duende.

-No merece piedad -dijo Twisk con vehemencia-. Me causó gran inquietud.

El rey Throbius se acarició la barba.

-Es una situación compleja, pues no puedo decidir cuál de nuestras leyes ha violado. Su treta fue instigada en parte por la misma Twisk, pero su reacción parece desproporcionadamente ruda. A través de los siglos, los coqueteos han gozado de inmunidad.

El rey Throbius se paseó de un lado al otro, y los duendecillos que le llevaban la capa tuvieron que realizar un gran esfuerzo para cumplir con su deber. Entretanto Osfer llevó a Mangeon aparte, junto con sus instrumentos taumatúrgicos. El rey Throbius se detuvo y alzó la mano en un gesto mayestático.

-He llegado a una conclusión. La conducta de Mangeon ha sido sórdida y reprochable. Además, ha ofendido la dignidad de Thripsey Shee. La pena debe ser acorde con la afrenta; con todo, debemos tener en cuenta las circunstancias atenuantes. Por tanto, concederemos a Mangeon tranquilidad y espacio para el remordimiento; lo llevaremos, gústele o no, por la estrecha senda de la abstención. Osfer, ¿entiendes la naturaleza de mi sugerencia, o debo describirla con todo detalle?

-Majestad, he comprendido plenamente, y en verdad ya he implementado tu sentencia.

-Osfer, eres una maravilla de eficacia. -El rey Throbius se volvió hacia Madouc-. Ahora puedes liberar a Mangeon de su parálisis.

Madouc tocó a Mangeon con el guijarro. Al instante el duende empezó a descargar rugientes quejas.

-¡Deploro los ultrajes cometidos contra mi persona! ¡Representan una filosofía irresponsable!

El rey Throbius habló con dignidad:

-Estás en libertad de partir. Conténtate con eso.

-Estoy libre, ¿pero de qué me sirve? -rugió Mangeon-. ¿Cómo ocuparé las largas horas del día y de la noche? ¿Con poesía? ¿Observando el vuelo de las mariposas? ¡Tu juicio fue incorrecto!

El rey Throbius hizo un gesto perentorio.

-¡No oiré más! Retírate a tu hedionda casucha.

Mangeon alzó los brazos y corrió por el prado hasta desaparecer por el camino del Bamboleo.

El rey Throbius se acercó a Madouc.

-Debemos examinar nuevamente tu caso. Osfer, .sugiero los simulacros y el efecto de sustracción.

-¡Exactamente, majestad! Ya me he preparado para el proceso.

-Adelante, por favor.

Osfer apoyó tres bandejas de plata en la mesa. Twisk observó con aprensión.

-¿Qué es este nuevo plan, y qué supone?

Osfer replicó con voz tranquilizadora.

-¡Es el procedimiento más sutil y elegante! Pronto verás el rostro del padre de Madouc.

Twisk frunció el ceño con fastidio.

-¿Por qué no usaste este truco antes y me ahorraste la angustia de desangrarme?

-No es tan simple como nos gustaría que fuese. Acércate, por favor.

-¿Qué? ¡No otra vez! ¡No te daré una gota más de mis fluidos vitales! ¿Deseas transformarme en un soplo, un fantasma, una bruma?

El rey Throbius impartió una orden seca y Twisk, contorsionándose y gimiendo, permitió que Osfer le extrajera otras tres muestras de sangre.

Osfer utilizó su taumaturgia y en la bandeja se elevó un simulacro de la adorable cabeza de Twisk.

Luego Osfer llamó a Madouc.

-¡Estoy demasiado débil! -protestó Madouc-. Si se necesita sangre, extráesela a Pom-Pom, o incluso al rey Throbius.

-Una sugerencia poco práctica -dijo el rey-. Necesitamos tu sangre. ¡Deprisa! ¡No podemos desperdiciar todo el día!

Con mal ceño, Madouc permitió que Osfer le extrajera tres muestras de sangre, con las cuales éste elaboró un segundo simulacro.

-Pues bien -dijo Osfer-. Procederemos de esta manera: Madouc es la suma de Twisk y un padre desconocido. Por ende, si le sustraemos la influencia de Twisk, lo que reste retratará el semblante del padre de Madouc, al menos en términos generales, y quizás algo desleído por las discrepancias. Retroceded, pues debo añadir un toque delicado.

Osfer movió las dos representaciones poniéndolas una frente a otra, luego invocó cuatro paneles de lienzo herbáceo para formar una pantalla alrededor de las dos cabezas.

-¡Silencio! ¡Cualquier distracción afectará la precisión de mi trabajo!

Osfer dispuso los instrumentos, pronunció seis sílabas cortantes y batió las palmas.

-El hechizo está efectuado. -Osfer levantó las pantallas. Una de las bandejas de plata estaba vacía-. Hemos sustraído la imagen de Twisk de la de Madouc. Lo que resta es la semblanza del padre de Madouc.

Madouc miró el rostro residual. Con sólo la mitad de la sustancia, era vago, incoloro y brumoso. Los rasgos parecían representar a un joven de rasgos irregulares y

rostro enjuto, con mandíbula larga y un aire de irreprimible optimismo. Llevaba el pelo cortado al estilo de Aquitania, y usaba una barba corta. El rostro, que no era desagradable, carecía de rasgos patricios. Aunque era borroso, despertó en Madouc una sensación de ternura.

Twisk lo miraba con fascinación.

-¿Cómo se llama? -preguntó Madouc.

Twisk, fuera de sus cabales, hizo un mohín caprichoso y movió la cabeza.

-¿Su nombre? Podría ser cualquiera. Los rasgos son indefinidos. Es como mirar a través de la niebla.

-Pero sin duda lo reconoces. Incluso yo le noto algo familiar.

-¿Por qué no? -dijo Twisk con un gesto arrogante-. Estás viendo lo que han tomado de tu propio rostro.

-Sea como fuere, ¿puedes darme su nombre?

-Empiezo a estar realmente aburrida de esta historia -barbotó Twisk-. Apenas puedo distinguir un rostro en esa figura turbia. ¿Cómo puedo darle un nombre?

-¿Pero no te resulta familiar?

-Podría decir que sí y podría decir que no.

-Como bien sabe Falael, mi paciencia tiene un límite -dijo el rey Throbius con voz serena-. A menos que te apetezca sentarte en un poste para rascarte esa adorable piel con ambas manos, responderás a las preguntas con rapidez y precisión, sin evasivas ni ambigüedades. ¿Soy claro?

Twisk gimió ultrajada.

-¡Ay! ¡Cómo me maltratan, cuando mi única preocupación es la verdad!

-Por favor, da explicaciones menos abstractas.

Twisk parpadeó.

-Excúsame, majestad, no entiendo bien tu orden.

-¡Habla con más claridad!

-Muy bien, pero he olvidado la pregunta.

El rey Throbius habló con voz controlada.

-¿Reconoces el rostro?

-¡Desde luego! ¿Cómo podría olvidarlo? Era un gallardo caballero de gran locuacidad y extraños pensamientos. Mi ordalía del Poste de Idilra ocurrió poco después del encuentro y me lo borró de la memoria.

-Muy bien. Ya sabemos algo más. Ahora dinos el nombre de ese gallardo caballero.

-Eso escapa a mi poder -dijo Twisk con voz compungida.

El rey Throbius la escrutó enarcando las cejas.

-¿Tu memoria es tan débil?

-¡No, majestad! Él uso un nombre, es verdad, pero estábamos jugando al romance, un juego donde la verdad es prescindible. Así lo queríamos, y así jugamos la partida. Yo usé el nombre de Lis de los Ópalos Blancos y él se llamó Pellinore de Aquitania. Quién sabe. Tal vez lo era.

-Rarísimo -dijo el rey Throbius-. Extraordinario, en todo sentido.

La reina Bossum intervino.

-Te pregunto esto, majestad: ¿acaso los caballeros anuncian siempre su nombre y título completo a sus amadas, no importa cuan sublime o poética sea la ocasión?

-Acepto esta interpretación -dijo el rey Throbius-. Por el momento, conoceremos a este caballero como Pellinore.

-¿De qué otra manera se describió Pellinore? -preguntó ansiosamente Madouc.

-¡Sus referencias siempre eran extravagantes! Decía ser un trovador errabundo consagrado a los ideales de la caballería. Preguntó si yo conocía a algún caballero malvado que necesitara escarmiento, o si sabía algo sobre damas que necesitaran ser liberadas. Mencioné al ogro tricéfalo Throop, y describí los malvados actos cometidos por Throop contra todos los buenos caballeros que habían venido en busca del Santo Grial. Pellinore se horrorizó ante mis historias y juró vengarse de Throop. Quién sabe. Pellinore era más diestro con el laúd que con la espada. Aun así, no conocía el miedo. Finalmente nos despedimos. Cada cual siguió su camino y jamás volví a ver a Pellinore.

-¿Adonde fue? -preguntó Madouc-. ¿Qué le ocurrió después?

-Prefiero no pensar -dijo Twisk-. Pudo haber viajado hasta Avallen o regresado a Aquitania, pero supongo que su juramento de odio lo llevó al castillo Doldil, para vengar los mil crímenes de Throop. En tal caso fracasó, pues Throop aún vive. Tal vez hirvió a Pellinore para la sopa, o tal vez lo encerró en una jaula, y de ese modo ahora anima las cenas de Throop con canciones, acordes y melodías.

Madouc abrió la boca consternada.

-¿Es posible?

-Claro que sí. Pellinore tocaba el laúd con exquisita gracia, y sus canciones eran tan dulces que arrancaban lágrimas a un oso.

Madouc procuró controlar sus emociones.

-¿Por qué no intentaste rescatar a Pellinore, a quien tanto amabas?

Twisk se acarició el pelo color lavanda.

-Mi atención se concentraba en otros acontecimientos, entre ellos el asunto del Poste de Idilra. Una persona como yo vive de instante en instante, experimentando al máximo cada gota de sklemik[15] de la aventura de la vida. Así transcurren las horas y los días, y a veces no recuerdo cuál fue cuál ni cuál vino a continuación.

[15] Intraducible: una expresión de las hadas que significa: 1) receptividad apasionada o participación en cada instante de la vida; 2) una suerte de euforia inducida por una gran atención a cambios imprevisibles en el entorno, a medida que un instante se metamorfosea en el siguiente; conciencia aguda del AHORA; sensibilidad a los diversos elementos del AHORA. El concepto de sklemik es relativamente simple y está totalmente despojado de misticismo o simbolismo.

-Al margen de tus defectos o locuras -dijo Madouc sin entusiasmo-, eres mi madre y debo aceptarte como eres, con tu pelo lavanda y todo lo demás.

-Una hija afectuosa tampoco está tan mal -dijo Twisk-. Me complace oír tus cumplidos.

IX

1

El rey Throbius se fatigó y decidió sentarse. Con un gesto trajo un trono desde el castillo y lo acomodó a sus espaldas. Los duendecillos que le llevaban la túnica corretearon frenéticamente para que el trono no clavara la capa real en el césped, con malas consecuencias para ellos.

El rey Throbius se repantigó en el trono, una estructura de ébano bordeada con rosetas de hierro negro y perlas, coronada por un abanico de plumas de avestruz. Por un instante el rey Throbius permaneció erguido mientras los duendecillos, a gran velocidad, aunque entre riñas y peleas, le acomodaban la capa. Luego se reclinó cómodamente.

La reina Bossum enfiló hacia el castillo, donde se pondría un traje adecuado para las actividades que había planeado para la tarde. Pasó junto al trono e hizo una sugerencia que el rey Throbius consideró sensata. La reina Bossum continuó su marcha hacia el castillo mientras el rey Throbius llamaba a tres funcionarios: Triollet, Gran Camarero, Mipps, Proveedor Principal de la Mesa Real, y Chaskervil, Guardián de Depósitos.

Los tres acudieron deprisa y escucharon en respetuoso silencio mientras el rey Throbius impartía sus instrucciones.

-Hoy es un día auspicioso -manifestó el rey Throbius-. Burlamos al duende Mangeon y redujimos su predilección por ciertas tretas malignas. Mangeon lo pensará dos veces antes de intentar nuevos agravios.

-Es un día de orgullo -declaró Mipps.

-Es un día de triunfo -exclamó Triollet.

-Convengo con mis colegas -expresó Chaskervil.

-Pues bien -di) o el rey Throbms-, celebraremos la ocasión con un pequeño pero magnífico banquete de veinte platos, los cuales se servirán en la terraza del castillo, con treinta invitados y quinientas lámparas. ¡Procurad que el evento sea perfecto!

-Así se hará -dijo Triollet.

Los tres funcionarios se marcharon para dar cumplimiento a la orden real. El rey Throbius se relajó en el trono. Inspeccionó el prado, observando a sus súbditos y evaluando su conducta. Reparó en Madouc, que se hallaba junto a la mesa de Osfer, observando tristemente cómo el rostro de Pellinore se disolvía en la niebla.

El rey Throbius bajó del trono y se acercó a la mesa con andar majestuoso.

-Madouc, noto que tu rostro revela poca alegría, aunque se ha cumplido tu esperanza más ferviente. Has averiguado la identidad de tu padre y tu curiosidad está satisfecha. ¿Estoy en lo cierto?

Madouc meneó la cabeza melancólicamente.

-Ahora debo descubrir si está vivo o muerto y, si está vivo, cuál es su paradero. ¡Mi búsqueda se ha vuelto más difícil que nunca!

-¡No obstante, deberías batir esas bonitas palmas de alegría! Has demostrado que el duende Mangeon no está incluido entre tus ancestros. Esto sólo debería bastar para provocarte una delirante euforia.

Madouc atinó a sonreír.

-En ese sentido, majestad, estoy más feliz de lo que pueden expresar mis palabras.

-Bien. -El rey Throbius se acarició la barba y miró en torno buscando a la reina Bossum, que no estaba a la vista. Habló en voz algo más ligera-: Esta noche celebraremos la derrota de Mangeon. Habrá un elegante y exclusivo banquete: sólo acudirán personas eminentes, con sus mejores galas. Cenaremos en la terraza bajo quinientos faroles. La fiesta continuará hasta medianoche, y será seguida por una pavana bajo la luna, con melodías de gran dulzura.

-Suena muy agradable.

-Ésa es nuestra intención. Bien, ya que visitas el sbee con un propósito especial, y te has granjeado cierta reputación, se te permitirá asistir al banquete. -El rey Throbius sonrió, acariciándose la barba-. Has oído la invitación. ¿Estarás presente?

Madouc titubeó, sin saber cómo responder. Sintió la mirada del rey; inspeccionándolo de reojo, descubrió algo que la sorprendió: una expresión semejante a la que había visto una vez en los ojos rojizos de un zorro. Madouc parpadeó y miró de nuevo: el rey Throbius lucía tan benévolo y majestuoso como siempre.

-¿Qué dices? -insistió el rey-. ¿Asistirás al banquete? La costurera de la reina te dará un vestido... quizás una exquisitez tejida en diente de león, o una ondeante seda de araña salpicada de granada.

Madouc meneó la cabeza.

-Te lo agradezco, majestad, pero no estoy preparada para una ocasión tan espléndida. Tus invitados me resultarían extraños, con costumbres desconocidas, e inadvertidamente podría ofender a alguien o ponerme en ridículo.

-Las hadas son tan tolerantes como comprensivas -dijo el rey Throbius.

-También son célebres por sus sorpresas. Temo las francachelas de las hadas. Por la mañana podría encontrar que soy una marchita anciana de cuarenta años. Muchas gracias, majestad, pero he de declinar la invitación.

El sonriente rey Throbius hizo un gesto ecuánime.

-Debes obedecer tus deseos. Ya llega la tarde. Allá está Twisk. Ve a despedirte, y luego podrás marcharte de Thripsey Shee.

-Una pregunta, majestad. En cuanto a los artilugios mágicos que me diste...

-Son transitorios. El guijarro ya ha perdido su fuerza. El hechizo del encanto perdura un poco más, pero mañana te tirarás en vano de la oreja. Ahora ve a consultar a tu díscola madre.

Madouc se acercó a Twisk, quien fingió interesarse en el lustre de sus uñas plateadas.

-¡Madre! Pronto me marcharé de Thripsey Shee.

-Sabia decisión. Adiós.

-Pero, querida madre, debes hablarme más del caballero Pellinore.

-Como gustes -dijo Twisk sin entusiasmo-. El sol está tibio. Sentémonos a la sombra del haya.

Las dos se sentaron sobre la hierba con las piernas cruzadas. Las hadas se acercaron una por una para sentarse alrededor de ellas, oírlo todo y compartir cada nueva sensación. Pom-Pom también se aproximó y se apoyó contra el haya. Al poco se le unió Travante.

Twisk mascó pensativamente una hoja de hierba.

-Hay poco que decir, al margen de lo que ya sabes. Sin embargo, esto es lo que ocurrió.

Twisk narró la historia con voz meditabunda, como si evocara un sueño ambiguo. Admitió que había azuzado a Mangeon, burlándose de su espantosa cara y denunciando sus fechorías, que incluían una artera táctica para sorprender por detrás a una desprevenida doncella, atraparla en una red y llevarla a su lúgubre morada, donde la sometió a sus malignos propósitos hasta ajar su belleza y hartarse de ella.

Un día, mientras Twisk vagaba por el bosque, Mangeon la atacó por detrás y le arrojó la red, pero Twisk se escabulló y huyó. Mangeon la persiguió dando saltos bamboleantes.

Twisk lo eludió sin dificultad y se ocultó detrás de un árbol. Mangeon pasó de largo sin verla. Twisk rió y emprendió el regreso al prado de Madling. Pasó por un bonito claro, donde se topó con Pellinore, que, sentado junto a una quieta laguna, observaba las libélulas que revoloteaban sobre el agua y arrancaba ociosos acordes al laúd. Pellinore llevaba sólo una espada corta, sin escudo, pero de una rama colgaba una capa negra bordada con lo que Twisk tomó por su emblema: tres rosas rojas sobre campo azul.

El aspecto de Pellinore impresionó favorablemente a Twisk, y se le acercó tímidamente. Pellinore se puso de pie y la saludó con una grata mezcla de cortesía y franca admiración, y a ella le agradó tanto que se quedó a hacerle compañía. Ambos se sentaron en un tronco caído. Twisk le preguntó el nombre, y el porqué se aventuraba en las profundidades del Bosque de Tantrevalles. Al cabo de unos instantes de duda él respondió:

-Puedes llamarme Pellinore, caballero andante de Aquitania en busca de aventuras románticas.

-Estás lejos de tu tierra natal -dijo Twisk.

-Para un vagabundo, aquí es lo mismo que allá -dijo Pellinore-. Además, quién sabe... tal vez encuentre mi fortuna en este viejo y secreto bosque. Ya he descubierto la más bella criatura que jamás atormentó mi imaginación.

Twisk sonrió y lo miró entrecerrando las pestañas.

-Tus observaciones son agradables, pero las dices con tal facilidad que dudo de su franqueza. ¿De veras eres sincero?

-¡Aunque estuviera hecho de piedra lo diría con convicción! Claro que mi voz sería menos melodiosa...

Twisk rió discretamente y rozó con el hombro el cuerpo de Pellinore.

-En cuanto a la fortuna, el ogro Gois ha robado, saqueado y pillado treinta toneladas de oro, que en su vanidad empleó para crear una monumental estatua de sí mismo. El ogro Carabara posee un cuervo que habla diez idiomas, pronostica el tiempo y juega a los dados, obteniendo grandes sumas de todo el que se topa con él. El ogro Throop es dueño de varios tesoros, entre ellos un tapiz que cada día muestra una escena diferente, un fuego que arde sin combustible y un lecho de aire sobre el cual reposa cómodamente. Según los rumores, arrebató a un monje fugitivo un cáliz sagrado para los cristianos, y muchos bravos caballeros de toda la Cristiandad han intentado quitarle ese objeto.

-¿Y cómo les fue?

-Mal. Algunos retan a Throop a combatir; habitualmente son muertos por un par de caballeros duendes. Otros llevan obsequios y son admitidos en el castillo de Doldil, pero todos terminan en la gran olla negra de Throop o en una jaula, donde deben entretener a Throop y sus tres cabezas mientras éstas comen. Busca tu fortuna en otra parte; ése es mi consejo.

-Sospecho que he hallado la más maravillosa fortuna del mundo en este claro -dijo Pellinore.

-Qué grácil sentimiento.

Pellinore cogió la delicada mano de Twisk.

-Con gusto aprovecharía la ocasión, si no sintiera temor ante tu belleza de hada, y también ante tu magia de hada.

-Tus temores son absurdos -di) o Twisk.

Así que por un tiempo ambos retozaron en el claro, hasta que los venció la languidez.

Twisk acarició la oreja de Pellinore con una brizna de hierba.

-¿Y adonde irás cuando abandones este claro?

-Tal vez al norte, tal vez al sur. Tal vez visite la guarida de Throop y vengue sus asesinatos, y de paso lo despoje de sus riquezas.

-Eres valiente y gallardo -exclamó tristemente Twisk-, pero sólo compartirías el destino de todos los demás.

-¿No hay manera de burlar a esa maligna criatura?

-Puedes ganar tiempo mediante una estratagema, pero al final te engañará.

-¿Cuál es la estratagema?

-Preséntate ante el castillo de Doldil con un obsequio. Entonces él deberá ofrecerte hospitalidad y corresponderte con algo del mismo valor. Te ofrecerá comida y bebida, pero has de aceptar únicamente lo que te dé, y ni siquiera una migaja más; o luego, con un gran rugido, te acusará de robo y ésa será tu perdición. ¡Escucha mi consejo, caballero Pelinore! ¡Busca venganza y fortuna en otra parte!

-Eres persuasiva. -Pelinore se inclinó para besar su bello rostro, pero en ese momento Twisk vio el deforme semblante del duende Mangeon espiando a través del follaje. Soltó un grito de alarma y contó a Pellinore lo que había visto, pero cuando éste se puso de pie, espada en mano, Mangeon había desaparecido.

Twisk y Pellinore se despidieron al fin. Twisk regresó a Thripsey Shee; en cuanto a Pellinore, sólo esperaba que no se hubiera encaminado hacia el castillo de Doldil, tal como había anunciado.

-Eso es todo lo que sé del caballero Pellinore -dijo Twisk.

-Pero ¿dónde podré encontrarlo ahora?

Twisk hizo un gesto desdeñoso.

-Quién sabe. Tal vez intentó derrotar a Throop, tal vez no. Sólo Throop sabrá la verdad.

-¿Throop se acordaría después de tanto tiempo?

-Los escudos de sus caballerescas víctimas adornan las paredes del salón; para recordarlo, Throop sólo tiene que mirar la hilera de escudos. Pero no te dirá nada a menos que a cambio le cuentes algo de similar importancia.

Madouc frunció el ceño.

-¿Y podría arrojarme en su olla de sopa?

-¡Claro! Si intentaras apropiarte de sus pertenencias. -Twisk se puso en pie-. Mi consejo es que evites el castillo de Doldil. Las tres cabezas de Throop son igualmente despiadadas.

-Aun así, ansío conocer el destino de Pellinore.

-¡Ay! -suspiró Twisk-. Mejor consejo no puedo darte. Si por obstinación emprendes esa aventura, recuerda lo que dije a Pellinore. Primero debes vencer a un par de caballeros duendes montados sobre grifos.

-¿Y cómo lo haré?

-¿No te he enseñado el Cosquilleo? -exclamó Twisk con irritación-. Aplícalo en triple potencia. Una vez que hayas burlado a los duendes y sus corceles de pesadilla, puedes pedir autorización para entrar en el castillo. Throop te recibirá con gusto. Saluda a cada una de las tres cabezas por turno, pues son muy celosas de su jerarquía. A la izquierda está Pism, en el centro Pasm, a la derecha Posm. Di que vas como huésped y que llevas un obsequio. Luego acepta sólo lo que te den gratuitamente y nada más. Si obedeces esta regla, Throop no puede causarte daño, gracias a un hechizo que le fue impuesto hace mucho tiempo. Si te convida a un plato de potaje frío, y descubres un gorgojo en la comida, ponlo aparte o pregunta qué hacer. No aceptes ninguna dadiva por la cual no puedas dar algo a cambio. Si das tu obsequio primero, él debe corresponderte con uno de igual valor. Ante todo, no intentes robarle nada, pues sus ojos ven por doquier.

-¿De veras Throop tiene el Santo Grial? -preguntó el caballero Pom-Pom.

-Posiblemente. Muchos han perdido la vida en esa búsqueda.

-¿Qué obsequio le llevaremos a Throop para aplacarlo? -preguntó Travante.

-¿También tú pretendes arriesgar la vida? -exclamó la sorprendida Twisk.

-¿Por qué no? ¿No es posible que Throop tenga mi juventud perdida guardada en su gran armario, junto con otros objetos de valor?

-Es posible, pero poco probable -dijo Twisk.

-No importa. Buscaré donde pueda. Empezaré por los sitios más probables.

-¿Y qué cosa de similar valor le ofrecerás a cambio? -preguntó Twisk con voz burlona.

Travante reflexionó.

-Lo que yo busco es invalorable. Debo meditar cuidadosamente.

-¿Qué puedo ofrecer a Throop para que él se desprenda del Santo Grial? -preguntó Pom-Pom.

Las hadas que habían ido a escuchar perdieron interés y se alejaron una por una, hasta que sólo quedaron tres duendecillos, que, tras algunos cuchicheos, se habían echado a reír. Twisk se volvió para reprenderlos.

-¿Por qué estáis tan joviales de repente?

Uno de los duendecillos se le acercó y le habló al oído entre risitas y susurros, y Twisk sonrió. Miró hacia el prado; el rey Throbius y la reina Bossum aún conversaban sobre el inminente banquete con sus altos funcionarios. Twisk dio instrucciones a los duendecillos; los tres enfilaron con disimulo hacia la parte trasera del castillo. Entretanto Twisk dio instrucciones a Travante y Madouc sobre los obsequios que debían ofrecer a Throop.

Los duendecillos regresaron, de nuevo con actitud sigilosa, llevando un bulto envuelto en un paño de seda púrpura. Se escurrieron entre las sombras del bosque y llamaron a Twisk con voz suave:

-¡Ven! ¡Ven! ¡Ven!

-Retirémonos a un sitio apartado -dijo Twisk a los aventureros-. El rey Throbius es muy generoso, especialmente cuando no sabe nada de los obsequios que da.

A salvo de toda observación, Twisk desenvolvió el paquete, revelando un recipiente de oro adornado con cornalinas y ópalos. Tres picos sobresalían del extremo superior, apuntando en tres direcciones.

-He aquí un ánfora de extrema utilidad -dijo Twisk-. El primer pico vierte hidromiel, el segundo cerveza picante y el tercero vino de buena calidad. El ánfora tiene un artilugio inesperado, para impedir que se use sin autorización. Cuando se aprieta esta piedra de ónix, la bebida de los tres picos se altera para peor. La hidromiel se transforma en un líquido viscoso y horrendo; la cerveza parece destilada a partir de excrementos de ratón; el vino se transforma en un ácido mezclado con tintura de cantáridas. Para restaurar la bondad de la bebida, hay que tocar este abalorio de granate. Si el abalorio de granate se presiona durante el uso normal, las tres bebidas duplican su excelencia. El hidromiel se transforma en néctar de flores saturado de luz solar. La cerveza cobra grandiosidad y el vino es como el fabuloso elixir de la vida.

Madouc inspeccionó el ánfora con reverencia.

-¿Y si uno aprieta el granate dos veces?

-Nadie se atreve a afrontar tales niveles de perfección. Están reservados a las Entidades Sublimes.

-¿Y si uno aprieta dos veces el ónix?

-Los picos vierten un oscuro licor de mefalima, cacodilo y cadaverina.

-¿Y tres veces? -sugirió Pom-Pom.

Twisk gesticuló con impaciencia.

-Esos detalles no nos conciernen. Throop codiciará el ánfora, que será vuestro obsequio. No puedo hacer otra cosa salvo exhortaros a viajar hacia el sur, y no hacia el norte, donde está el castillo de Doldil. Y ahora, ¡llega el anochecer! -Twisk besó a Madouc y dijo-: Puedes conservar el pañuelo rosado y blanco. Te brindará refugio. Si sobrevives, quizá volvamos a vernos.

2

Madouc y Travante envolvieron la vasija dorada en la seda púrpura y la instalaron sobre los fuertes hombros de Pom-Pom. Sin más demoras, rodearon el prado de Madling y echaron a andar por el camino del Bamboleo.

Aquella grata tarde el camino estaba transitado. Habían andado sólo un trecho cuando oyeron el sonar de unos clarines cada vez más estridentes y brillantes. Por el camino se acercó una procesión de seis jinetes feéricos con trajes de seda negra y yelmos de complejo diseño. Montaban extraños corceles negros, de pecho profundo, patas cortas con garras, y cabezas semejantes a negros cráneos de oveja con centelleantes ojos verdes. Los seis caballeros pasaron haciendo gran alboroto, encorvados sobre las monturas, las negras capas al viento, los rostros pálidos y burlones. El trepidar de cascos se alejó; los clarines se perdieron en la distancia; los tres viajeros reanudaron su marcha hacia el norte.

Travante frenó de golpe y corrió hacia el bosque. Regresó al cabo de un momento, meneando la cabeza.

-A veces creo que me sigue de cerca, por soledad o por una necesidad que no atino a comprender. A menudo la entreveo, pero cuando voy a mirar ya no está.

Madouc escrutó el bosque.

-Yo podría vigilar mejor si supiera qué buscar.

-Ahora está un poco sucia, y algo zarrapastrosa -dijo Travante-. A pesar de todo, me parece útil y agradable de poseer.

-Nos mantendremos alerta -dijo Madouc, y añadió-: Espero no perder mi juventud de la misma manera.

Travante meneó la cabeza.

-¡Jamás! Tú eres mucho más responsable de lo que yo era a tu edad.

Madouc rió tristemente.

-¡Mi reputación dice lo contrario! Además me preocupa nuestro caballero Pom-Pom. Tiene un ánimo más melancólico del que conviene en un joven de su edad. Tal vez haya trabajado demasiado tiempo en los establos.

-¡Tal vez! -dijo Travante-. Sin duda el futuro estará colmado de sorpresas. ¡Quién sabe qué hallaremos si Throop abre su gran arca!

-No creo que lo haga, incluso aunque Pom-Pom lleve un valioso regalo.

-Mi obsequio es menos ostentoso, pero Twisk insistió en que es muy apropiado.

-El mío no es mucho mejor -dijo Madouc. Señaló a Pom-Pom, que los precedía-. Fíjate cuan atento está Pom-Pom. ¿Qué habrá despertado su interés?

El objeto en cuestión apareció: una sílfide de superlativa belleza cabalgando de costado sobre un unicornio blanco, una rodilla plegada, una torneada pierna colgando con displicencia. Sólo vestía los dorados mechones de su larga melena, y guiaba al unicornio tirándole de la crin. Los dos brindaban un magnífico espectáculo, y sin duda Pom-Pom, por una vez, se sentía favorablemente impresionado.

La sílfide detuvo el corcel blanco e inspeccionó a los tres viajeros con franca curiosidad.

-Buenas tardes -dijo-. ¿Cuál es vuestro destino?

-Somos vagabundos, y cada cual persigue un sueño -dijo Travante-. Por el momento nuestra búsqueda nos lleva al castillo de Doldil.

La sílfide sonrió con suavidad.

-Lo que encontréis quizá no sea lo que buscáis.

-Intercambiaremos cortesías con Throop -di) o Travante-. Cada uno de nosotros lleva un valioso obsequio, y esperamos una cordial bienvenida.

La sílfide meneó la cabeza dubitativamente.

-He oído gemidos, gruñidos, chillidos y quejas en el castillo de Doldil, pero nunca un saludo cordial.

-Quizá el temperamento de Throop sea excesivamente solemne -dijo Travante.

-El temperamento de Throop es siniestro y su hospitalidad es precaria. Sin embargo, indudablemente vosotros conocéis vuestros asuntos mejor que yo. Debo seguir viaje. El banquete comienza cuando salen las luciérnagas, y no deseo llegar tarde a los festejos. -Tiró de la crin del unicornio.

-¡Un momento! -exclamó Pom-Pom-. ¿Debes irte tan pronto?

La sílfide tiró de la crin; el unicornio agachó la cabeza y pateó el suelo.

-¿Qué necesitas?

-No es nada importante -dijo Madouc-. El caballero Pom-Pom admira los juegos que hace la luz en tu largo cabello dorado.

Pom-Pom apretó los labios.

-Cambiaría el Santo Grial y todo lo demás por cabalgar contigo hasta Thripsey Shee.

-Controla tu admiración, caballero Pom-Pom -advirtió Madouc-. Esta dama tiene cosas mejores en qué pensar que en tus frías zarpas manoseándole el pecho hasta llegar al prado de Madling.

La sílfide rió alegremente.

-¡Debo darme prisa! ¡Adiós, adiós! Por lo que sé, nunca os veré de nuevo. -Asió la blanca crin y el unicornio echó a andar por el camino del Bamboleo.

-¡Vamos, Pom-Pom! -dijo Madouc-. No tienes por qué mirar tan atentamente camino abajo.

-Pom-Pom está admirando la bonita cola blanca del unicornio -dijo gravemente Travante.

-Bah -dijo Madouc.

El caballero Pom-Pom explicó la razón de su interés:

-Simplemente me preguntaba cómo se mantiene en calor siendo la brisa tan fría y húmeda.

-Por cierto, yo me pregunté lo mismo -dijo Travante.

-Miré atentamente -dijo Pom-Pom-, y no le vi la carne de gallina.

-El tema carece de interés -dijo Madouc-. ¿Continuamos la marcha?

Los tres continuaron por el camino del Bamboleo. Cuando el sol se puso detrás de los árboles, Madouc escogió una zona abierta a poca distancia del camino, dejó el pañuelo blanco y rosado en el suelo y exclamó: «¡Aroisus!». El pabellón de rayas blancas y rosadas se irguió ante ellos.

Dentro descubrieron, como siempre tres, lechos mullidos, una mesa cargada de manjares y cuatro pedestales de bronce que sostenían cuatro lámparas. Cenaron a gusto, pero en silencio, cada cual pensando en el castillo de Doldil y la dudosa hospitalidad del ogro Throop; y cuando se acostaron, ninguno durmió serenamente.

Por la mañana los aventureros se levantaron, desayunaron, guardaron el pabellón y se encaminaron hacia el norte, hasta llegar a la encrucijada de Idilra. Por la derecha la calzada de Munkins conducía al este, hasta unirse con el camino de Icnield. Por la izquierda se internaba aún más en el Bosque de Tantrevalles.

Los tres viajeros se detuvieron un instante junto al Poste de Idilra; luego, no habiendo más remedio, viraron a la izquierda, y con aire fatalista avanzaron por la calzada de Munkins.

A media mañana llegaron a un amplio claro a orillas de un río. Junto al río se erguía la maciza silueta del castillo de Doldil. Se detuvieron para inspeccionar la fortaleza de piedra gris y el parque donde tantos bravos caballeros habían sufrido derrotas. Madouc se volvió a Pom-Pom y Travante.

-¡Recordad! ¡No toméis nada excepto lo que os den! ¡Throop recurrirá a toda clase de tretas y debemos estar más alerta que nunca! ¿Estamos preparados?

-Estoy preparado -dijo Travante.

-He llegado hasta aquí -dijo Pom-Pom con voz hueca-. No pienso retroceder.

Los tres salieron del bosque y se aproximaron al castillo. De inmediato el rastrillo se elevó con un chirrido y dos robustos caballeros con armadura negra, la visera del yelmo cerrada y la lanza en ristre, salieron a caballo del castillo. Montaban grifos de cuatro patas con escamas verdes y oscuras, chatas cabezas -medio dragón, medio avispa- y espinas de hierro en las alas.

Uno de los caballeros bramó:

-¿Qué insolente locura trae intrusos a esta tierra privada? ¡Os lanzamos un reto, y no aceptamos excusas! ¿Cuál de vosotros osará presentarnos combate?

-Ninguno -dijo Madouc-. Somos inocentes vagabundos y deseamos presentar nuestros respetos al famoso caballero Throop de las Tres Cabezas.

-Eso está muy bien, pero ¿qué traéis con vosotros, para provecho o diversión del caballero Throop?

-Ante todo, el ingenio de nuestra conversación y el placer de nuestra compañía.

-Eso no es mucho.

-También traemos obsequios para Throop. Admitid que nuestras buenas intenciones les otorgan mayor riqueza que su valor intrínseco.

-Por vuestra descripción, los obsequios parecen pobres y mezquinos.

-Sin embargo, no queremos nada a cambio.

-¿Nada?

-Nada.

Los caballeros conferenciaron un instante; luego el primero dijo:

-Hemos decidido que no sois más que unos vagabundos famélicos. A menudo debemos proteger al buen Throop de gentes de vuestra ralea. ¡Preparaos para el combate! ¿Quién se prestará a la primera justa?

-Yo no -dijo Madouc-. No tengo lanza.

-Yo no -dijo Pom-Pom-. No tengo caballo.

-Yo no -dijo Travante-. No tengo armadura, yelmo ni escudo.

-Entonces intercambiaremos fuertes estocadas, hasta que uno de los contrincantes quede despedazado.

-¿No habéis notado que no tenemos espada? -preguntó Travante.

-¡Como gustéis! Entonces nos aporrearemos con mazas hasta que este verde prado quede manchado de sangre y sesos.

Madouc, perdiendo la paciencia, dirigió el Cosquilleo-Salto-del-Trasgo hacia la temible montura del primer caballero. El grifo soltó un vibrante chillido, brincó y a continuación, corcoveando, saltó de aquí para allá hasta caer en el río, donde el caballero, atrapado en la armadura, se hundió rápidamente y no reapareció. El segundo caballero soltó un feroz grito de batalla y acometió lanza en ristre. Madouc dirigió el hechizo contra el segundo grifo, que saltó y brincó aún con mayor agilidad, de modo que el caballero voló por los aires, cayó de cabeza y se quedó inmóvil.

-Bien -dijo Madouc-. Probemos suerte con la hospitalidad del caballero Throop.

Los tres pasaron bajo el rastrillo alzado y entraron en un patio hediondo, rodeado por una hilera de parapetos a cierta altura. De una alta puerta de madera forrada de hierro colgaba una aldaba con forma de cancerbero. Usando toda su fuerza, Pom-Pom la alzó y la dejó caer.

Al cabo de unos instantes, un torso descomunal y tres cabezas asomaron sobre el parapeto. La cabeza del medio preguntó con voz áspera:

-¿Quién hace ese ruido estentóreo que ha turbado mi descanso? ¿Acaso mis sicarios no os advirtieron que a estas horas reposo?

Madouc respondió con toda la cortesía que le permitió su trémula voz.

-Nos vieron, caballero Throop, y echaron a correr aterrorizados.

-¡Qué conducta extraordinaria! ¿Qué clase de personas sois?

-Viajeros inocentes, nada más -dijo Travante-. Como pasábamos por aquí, juzgamos apropiado presentarte nuestros respetos. Si crees adecuado ofrecernos hospitalidad, traemos obsequios, según la costumbre de esta comarca.

Pism, la cabeza de la izquierda, pronunció un juramento:

-¡Busta batasta! Tengo un solo criado... mi senescal Naupt. Es viejo y frágil. No debéis hacerlo enfadar, ni poner bultos pesados sobre sus viejos y cansados hombros. ¡Tampoco podéis birlar mis valiosos bienes, u os exponéis a mi extremo disgusto!

-¡No temas! -declaró Travante-. ¡Somos tan honestos cuan largo es el día!

-¡Me alegra oírlo! Espero que vuestro comportamiento esté a la altura de vuestro alarde.

Las cabezas se alejaron del parapeto. Un momento después se oyó una voz atronadora impartiendo ásperas órdenes:

-Naupt, ¿dónde estás? ¿Dónde te ocultas, torpe reptil? ¡Muéstrate al instante o prepárate para una tunda ejemplar!

-¡Estoy aquí! -exclamó una voz-. ¡Listo para servirte, como siempre!

-¡Bah batasta! Abre el portal y haz entrar a los huéspedes que aguardan fuera. Luego ve a recoger nabos para la marmita negra.

-¿También corto puerros, señoría?

-Corta una buena cantidad de puerros, que darán sabor a la sopa. Primero, haz entrar a los huéspedes.

Poco después el alto portal se abrió, haciendo crujir y chirriar los goznes. En la abertura estaba Naupt el senescal: la criatura era una mezcla de duende, hombre y quizá wefkin. Su estatura superaba a Pom-Pom en una pulgada, aunque el corpulento torso tenía dos veces su grosor. Pantalones de fustán gris ceñían sus flacas piernas y sus rodillas nudosas; una apretada chaqueta gris le cubría los brazos delgados y los puntiagudos codos. Negros y húmedos rizos le colgaban sobre la frente; unos ojos redondos y saltones brillaban a ambos lados de la larga y curva nariz. La boca era un capullo gris sobre una barbilla diminuta y puntiaguda, los gruesos mofletes le colgaban blandamente de ambos costados.

-Entrad -dijo Naupt-. ¿Qué nombres he de anunciar a Throop?

-Yo soy la princesa Madouc. Éste es el caballero Pom-Pom del castillo de Haidion, o al menos de sus edificios laterales; y este otro es Travante el Sabio.

-¡Muy bien, señorías! Venid por aquí, por favor. Caminad con delicadeza, para no arañar las losas de piedra.

Naupt, trotando de puntillas, los condujo por un corredor oscuro de alto techo que despedía el tufo dulzón del deterioro. Las fisuras de la piedra rezumaban humedad; cascadas de hongos grises colgaban de rendijas cubiertas por los desechos de siglos.

El corredor giró, el piso se combó y volvió a nivelarse; el corredor dobló de nuevo y desembocó en un salón tan alto que el techo se perdía entre las sombras. En la pared del fondo, un balcón exhibía una hilera de sillas desocupadas; a lo largo de las paredes colgaban cien escudos con igual cantidad de blasones. Sobre cada escudo, un cráneo humano con el yelmo de acero de un caballero miraba desde unas cuencas vacías.

El mobiliario era tosco, exiguo y mugriento. Una mesa de macizo roble se erguía frente al hogar, en el que ardían seis leños. La mesa estaba flanqueada por una docena de sillas, y en la cabecera había otra de un tamaño tres veces el habitual.

Naupt los condujo al centro del salón y luego, volviéndose sobre sus delgadas piernas, les indicó que se detuvieran.

-Anunciaré vuestra llegada a Throop. Tú eres la princesa Madouc, tú eres el caballero Pom-Pom y tú eres Travante el Sabio. ¿Correcto?

-Casi -dijo Madouc-. ¡El es Travante el Sabio, y yo soy la princesa Madouc!

-¡Ah! ¡Ahora todo está claro! Llamaré a Throop, y luego me iré a preparar la cena. Podéis esperar aquí. Procurad no coger nada que no os pertenezca.

-¡Desde luego que no! -dijo Travante-. ¡Empiezan a ofenderme estas insinuaciones!

-No importa, no importa. Cuando llegue el momento, no podréis decir que no fuisteis advertidos. -Naupt se marchó.

-Hace frío en este salón -gruñó Pom-Pom-. Acerquémonos al fuego.

-¡De ningún modo! -exclamó Madouc-. ¿Quieres transformarte en sopa para la cena de Throop? Los leños que alimentan el fuego no nos pertenecen; no debemos utilizar su calor para nuestro uso personal.

-Es una situación delicadísima -gruñó Pom-Pom-. Me pregunto si podremos aspirar el aire.

-Eso sí, pues el aire está en todas partes y no es propiedad de Throop.

-Buena noticia. -Pom-Pom volvió la cabeza-. Oigo pasos. Throop se acerca.

Throop entró en el salón. Dio cinco zancadas e inspeccionó a los huéspedes con toda la atención de sus tres cabezas. Throop era grande y corpulento, de tres metros de altura, el pecho de un toro, brazos enormes y redondos y piernas nudosas, gruesas como troncos de árbol. Las cabezas eran esféricas, con pómulos gruesos, ojos redondos y grisáceos, nariz chata, y boca carnosa y roja. Cada cabeza llevaba un sombrero ladeado de diferente color: el del Pism era verde, el de Pasm de color hígado y el de Posm, de un color mostaza chillón.

Las tres cabezas concluyeron su inspección. Habló Pasm, la del centro:

-¿Cuál es vuestro propósito al venir aquí, a ocupar espacio y buscar refugio dentro de mi castillo de Doldil?

-Vinimos a presentar nuestros respetos, tal como lo estipula la cortesía -dijo Madouc-. Tu invitación a entrar no nos dejó más opción que ocupar espacio y procurarnos refugio.

-¡Bah batasta! Una respuesta perspicaz. ¿Por qué estáis ahí, quietos como estacas?

-No deseamos aprovecharnos de tu bondadoso temperamento, de modo que aguardamos instrucciones.

Throop se dirigió a la cabecera de la mesa y se sentó en la gran silla.

-Podéis sentaros a la mesa.

-¿Debemos ocupar las sillas, caballero Throop, sin consideración por el desgaste que les causemos?

-¡Ah! ¡Debéis tener cuidado! ¡Estas sillas son valiosas antigüedades!

-En tal caso, nuestro respeto hacia ti y tu propiedad nos aconseja que permanezcamos de pie.

-Podéis sentaros.

-¿Al calor del fuego o en otra parte?

-Como gustéis.

Madouc detectó una artera ambigüedad en la frase.

-¿Sin incurrir en deuda ni penalidad? -preguntó.

Las tres cabezas fruncieron el ceño.

-En vuestro caso haré una excepción y no exigiré pago por el calor ni la luz del fuego.

-Gracias, Throop. -Los tres se sentaron cuidadosamente y observaron a Throop en respetuoso silencio.

-¿Tenéis hambre? -preguntó Posm.

-No demasiada -dijo Madouc-. Como somos huéspedes de paso, no deseamos consumir alimentos que tal vez hayas reservado para ti o para Naupt.

-¡Sois la gentileza personificada! Aun así, veremos. -Pism dobló el grueso cuello y gritó-: ¡Naupt! ¡Trae fruta, y en generosa cantidad!

Naupt se acercó a la mesa con una bandeja de peltre cargada de fruta madura: peras, duraznos; cerezas, uvas y ciruelas. Primero ofreció la bandeja a Throop.

-Cortaré una pera -dijo Pism.

-Para mí, una docena de esas lustrosas cerezas -dijo Pasm.

-Hoy comeré un par de ciruelas -dijo Posm.

Naupt presentó la bandeja a Madouc, quien rehusó sonriendo.

-Gracias, pero los buenos modales nos obligan a no aceptar, pues no tenemos nada que dar a cambio.

-Cada uno de vosotros puede probar una uva, sin obligación alguna -dijo Posm con una amplia sonrisa.

Madouc meneó la cabeza.

-Inadvertidamente podríamos romper el tallo, o tragar una semilla, y así exceder el valor de tu obsequio, causándonos embarazo.

Pism frunció el ceño.

-Tus modales son excelentes, pero algo fatigosos, pues demoran nuestra comida.

-Al margen de esto -intervino Posm-, ¿no se habló de obsequios?

-¡Es cierto! -dijo Madouc-. Como ves, somos gentes modestas, y nuestros presentes, aunque carecen de gran valor, vienen sinceramente del corazón.

-¡Tales obsequios son los mejores, a fin de cuentas! -dijo Travante-. Merecen una apreciación más profunda que las joyas o los frascos de raros perfumes.

-Batasta -dijo Pism-. Todo tiene su lugar en el esquema de las cosas. ¿Qué traéis, pues, para nuestro placer?

-Todo a su tiempo -dijo Madouc-. Por el momento tengo sed, y deseo beber.

-¡Eso tiene rápida solución! -declaró Pism con magnífico buen humor-. Posm, ¿acaso no tengo razón?

-Cuanto antes mejor -dijo Posm-. Las horas pasan y aún no hemos empezado con la marmita.

-Naupt, llévate la fruta -ordenó Pasm-. Trae copas al instante, para que podamos beber.

Naupt se marchó con la fruta, regresó con una bandeja de copas y las puso en la mesa.

-¡Estas copas son de buena calidad! -observó Madouc-. ¿Nos ofreces su uso gratuitamente, sin obligación por nuestra parte?

-¡No somos teóricos poco prácticos! -protestó Pasm-. Para beber, se necesita un receptáculo adecuado, similar a una copa. De lo contrario, el líquido, al verterse, cae al piso.

-En síntesis, podéis usar las copas sin cargo -declaró Pism.

-¡Naupt, trae el vino de bayas de saúco! -ordenó Posm-. ¡Deseamos aplacar la sed!

-Mientras bebemos -dijo Madouc-, puedes reflexionar sobre los obsequios que te corresponde ofrecer a cambio. Según las reglas de la gentileza, los presentes que recibamos deben ser de igual valor a los que ofrezcamos.

-¿Qué necedad es ésa? -rugió Pasm.

Pism habló con mayor contención, y llegó al extremo de guiñar el ojo a sus hermanos.

-No hay perjuicio en hablar de ello. ¡No olvidéis nuestra costumbre habitual!

-¡Cierto! -rió Posm-. Naupt, ¿has preparado suficientes cebollas para la sopa?

-Sí, señoría.

-Puedes servir el vino de saúco que nuestros huéspedes han pedido para aplacar la sed.

-¡De ninguna manera! -dijo Madouc-. Jamás se nos ocurriría aprovecharnos de tu generosidad. Pom-Pom, saca tu ánfora de oro. Yo beberé hidromiel.

Pom-Pom desenvolvió el ánfora y del primer pico sirvió hidromiel para Madouc.

-Creo que yo beberé un buen vino tinto -dijo Travante.

Pom-Pom llenó la copa de Travante.

-En cuanto a mí, tomaré cerveza, buena y áspera -dijo.

Del último pico Pom-Pom vertió espumosa cerveza en su copa.

Las tres cabezas de Throop observaron intrigadas la operación; luego cuchichearon entre sí.

-¡Qué excelente ánfora! -exclamó Pasm.

-En efecto -dijo Pom-Pom-. Y ya que estamos en este tema, ¿qué sabes del Santo Grial?

Las tres cabezas se volvieron al instante hacia Pom-Pom.

-¿Qué es esto? -preguntó Pism-. ¿Hiciste una pregunta?

-¡No! -exclamó Madouc-. ¡Por cierto que no! ¡Jamás! ¡Ni por asomo! ¡En absoluto! ¡Has oído mal a Pom-Pom! Sólo dijo que nada le complacía más que la cerveza.

-Hmm. ¡Qué lástima! -dijo Pasm.

-La información es costosa -dijo Posm-. Le damos gran valor.

-Ya que se os ha permitido el generoso y liberal uso de las copas, quizá nos permitáis saborear el producto de esa extraordinaria ánfora.

-¡Desde luego! -dijo Madouc-. ¡Es cuestión de buenos modales! ¿Cuáles son vuestros gustos?

-Yo beberé hidromiel -dijo Pism.

-Yo beberé vino -dijo Pasm.

-Yo beberé esa fuerte cerveza -dijo Posm.

Naupt trajo copas y Pom-Pom las llenó con el ánfora. Naupt sirvió a cada cabeza la bebida que había pedido.

-¡Excelente! -declaró Pism.

-¡Sabroso y de gran calidad! -señaló Pasm.

-¡Batasta! -exclamó Posm-. ¡Hace años que no probaba tan buena cerveza!

-Quizá sea momento de ofrecer nuestros obsequios a los anfitriones. Así podréis dar a vuestra vez los regalos a los huéspedes y reanudaremos nuestra jornada.

-¡Bah batasta! -gruñó Pasm-. Esta cháchara sobre obsequios para huéspedes me raspa el oído.

Pism volvió a guiñar un gran ojo blanco.

-¿Has olvidado nuestra pequeña broma?

-¡No importa! -dijo Posm-. No distraigamos a nuestros huéspedes. Princesa Madouc, tan dulce y tierna, ¿cuál es tu obsequio?

-Mi ofrenda es valiosa. Es una noticia reciente acerca de tu amado hermano, el ogro Higlauf. El mes pasado derrotó a un contingente de dieciséis fuertes caballeros bajo los peñascos de Kholensk. El rey de Moscovia se propone recompensarlo con un

carruaje tirado por seis osos blancos, y escoltado por doce pavos reales persas. Higlauf viste una nueva capa de piel de zorro rojo y lleva sombreros altos de piel en todas sus cabezas. Está bien, salvo por una fístula en el cuello; también tiene la pierna un poco dolorida porque lo mordió un perro rabioso. Envía sus fraternales saludos y te invita a visitarlo a su castillo del Alto Tromsk, sobre el río Udovna. Esta noticia, que espero te depare alegría, es mi obsequio.

Las tres cabezas parpadearon y moquearon con desdén.

-Bah -dijo Posm-. El obsequio es de poco valor. Me importa un comino si a Higlauf le duele la pierna, y no envidio sus osos.

-Hice lo posible -dijo Madouc-. ¿Qué hay de mi obsequio de huésped?

-Será un artículo de similar valor, y ni una pluma de búho más.

-Como gustes. Podrías darme noticias sobre mi amigo Pellinore de Aquitania, quien pasó por aquí hace muchos años.

-¿Pellinore de Aquitania? -Las tres cabezas reflexionaron y se consultaron-: Pism, ¿recuerdas a Pellinore?

-Lo confundo con Priddelot de Lombardía, que era tan recio. Posm, ¿qué dices tú?

-No localizo el nombre. ¿Cuál era su emblema?

-Tres rosas rojas sobre campo azul.

-No recuerdo el nombre ni el emblema. Muchos, la mayoría o aun todos los que visitan el castillo de Doldil carecen de moralidad, y piensan en robar y en cometer actos de traición. Estos malhechores son castigados y hervidos en una nutritiva sopa, que, en la mayoría de los casos, es el logro más notable de sus fútiles vidas. Sus emblemas cuelgan a lo largo de las paredes. Mira, libremente y sin obligaciones. ¿Ves las tres rosas de tu amigo Pellinore?

-No -dijo Madouc-, no veo nada semejante.

-Naupt, ¿dónde estás? --llamó Posm.

-¡Aquí, señoría!

-¡Consulta el gran registro! Averigua si hemos agasajado a un tal «Pellinore de Aquitania».

Naupt se marchó del salón y regresó poco después.

-No figura tal nombre, ni en el índice ni en la lista de recetas. No conocemos a Pellinore.

-Entonces tal es la respuesta que debo darte, y cumple plenamente con el requerimiento. Ahora bien, Travante el Sabio, ¿qué obsequio has traído tú?

-Es un artículo de enorme valor si se usa correctamente. En verdad, he consagrado mi vida entera a adquirirlo. Throop, como obsequio, te ofrezco mi duramente ganada senilidad, mi vejez y la veneración que le corresponde. Es un don realmente valioso.

Las tres cabezas hicieron un mueca y los grandes brazos acariciaron las tres barbas, una tras otra.

-¿Cómo puedes dar gratuitamente un obsequio tan valioso? -preguntó Posm.

-Lo hago por consideración a ti, mi anfitrión, con la esperanza de que te sea tan provechoso como a mí. Como obsequio para tu huésped, puedes devolverme la huera e insípida condición de la juventud, pues perdí la mía en alguna parte del camino. Si por casualidad mi juventud perdida está guardada en uno de tus altillos, la aceptaré de inmediato, y me sentiré bien servido.

-¡Naupt, aquí! -llamó Pism.

-Sí, señoría.

-Has oído el requerimiento de Travante. ¿Tenemos algo que responda a esa descripción entre las cosas arrumbadas en el castillo?

-Estoy seguro de que no, señor.

Throop volvió las tres cabezas hacia Travante.

-En tal caso, debes guardarte el obsequio de tu senilidad, pues no puedo ofrecerte nada de igual valor, y así terminarán nuestras negociaciones. Y bien, Pom-Pom, ¿tienes algo que ofrecer?

-En verdad, no tengo nada, excepto mi ánfora de oro.

-No es preciso que te disculpes -se apresuró a decir Posm-. Resulta bastante adecuado.

-Estoy de acuerdo -dijo Pasm-. Es un obsequio de gran utilidad, al contrario de los abstractos obsequios de la princesa Madouc y Travante el Sabio.

-Hay una sola dificultad -dijo Pom-Pom-. Me quedaría sin utensilio para beber. Si quisieras ofrecerme un sustituto adecuado que pudiera usar como copa... un cáliz común, o incluso antiguo, con dos asas, preferentemente de color azul...

-¿Naupt? -llamó Pism-. ¿Dónde te escondes? ¿Te has dormido junto a la cocina? ¡Debes actuar mejor en el futuro, o lo lamentarás!

-Como siempre, pongo todo mi empeño, señoría.

-Escucha. El caballero Pom-Pom necesita un utensilio para beber. Bríndale un artículo que lo complazca.

-¡Muy bien, señoría! Caballero Pom-Pom, ¿qué necesitas?

-Oh, sólo un viejo cáliz, de dos asas y de color azul claro.

-Inspeccionaré la alacena, y quizá descubra un recipiente que te agrade.

Naupt se marchó y pronto regresó con tazas, picheles y un par de cálices. Ninguno complacía a Pom-Pom. Eran demasiado anchos, o demasiado angostos, o demasiado pesados, o de color inadecuado. Naupt corrió de aquí para allá hasta atiborrar la mesa de utensilios para beber.

Throop se puso de mal humor. Posm actuó como portavoz.

-Sin duda, caballero Pom-Pom, entre todos éstos habrá un recipiente que satisfaga tus necesidades.

-Pues no. Éste es demasiado grande. Éste es demasiado chato. Éste otro está decorado con adornos poco adecuados.

-¡Batasta, qué escrupuloso eres para beber! No tenemos más para mostrarte.

-Podría aceptar algo de estilo irlandés -sugirió Pom-Pom.

-Ah -exclamó Naupt-. ¿Recuerdas aquel extraño y antiguo cáliz que arrebatamos tiempo atrás al monje irlandés? ¡Tal vez ése agrade al caballero Pom-Pom!

-Es posible -dijo Pom-Pom-. Tráelo para que lo vea.

-Me estoy preguntando dónde guardé esa antigualla --masculló Naupt-. Creo que está en el armario, junto a la entrada de las mazmorras.

Naupt se marchó y regresó con un polvorienta copa de doble asa, de buen tamaño, de color azul claro.

Madouc notó que en el borde tenía una pequeña muesca, y que en todo lo demás se parecía al dibujo que había visto en la biblioteca de Haidion.

-Si yo fuera tú, caballero Pom-Pom -dijo-, aceptaría esta vieja copa y no regatearía más, aunque esté vieja y carcomida y no tenga ningún valor.

Pom-Pom cogió el cáliz con manos trémulas.

-Supongo que me servirá.

-Bien -dijo Pasm-. El asunto de los regalos toca a su fin, y debemos dedicarnos a otras cuestiones.

-¿Has preparado una lista de daños? -le preguntó Posm a Naupt.

-Aún no, señoría.

-Debes incluir recargos por el tiempo que hemos derrochado con la princesa Madouc y Travante el Sabio. El caballero Pom-Pom trajo un artículo de valor, pero Madouc y Travante intentaron confundirnos con palabrería. ¡Deben pagar un precio por su engaño!

-Echa las cebollas a la marmita y prepara la cocina para nuestra labor -dijo Posm.

Madouc se relamió los labios nerviosamente y habló con voz vacilante:

-¡No puedes estar planeando lo que sospecho que estás planeando!

-¡Ah batasta! -declaró Pism-. ¡Quizá tus sospechas no estén lejos de la verdad!

-¡Pero somos tus huéspedes!

-Lo cual os hará aún más sabrosos, con nuestro especial aderezo de trepadoras y rábanos.

-Antes de continuar con nuestra labor -dijo Pasm-, quizá deberíamos disfrutar de un par de tragos de nuestra dorada ánfora de la abundancia.

-Buena idea -dijo Posm.

Pom-Pom se puso en pie.

-Os mostraré la mejor forma de servir. Naupt, trae picheles de gran tamaño. ¡Pism, Pasm y Posm desean beber un buen sorbo de la bebida que más les place!

-En efecto -dijo Pism-. ¡Naupt, trae los grandes picheles de peltre, para que disfrutemos de nuestros tragos!

-Sí, señoría.

Pom-Pom manipuló el ánfora dorada.

-Bien, ¿qué beberá cada uno?

-Yo beberé hidromiel en abundancia -dijo Pism.

-Como antes, beberé vino tinto, en copiosos torrentes -dijo Pasm.

-Aún me apetece esa potente cerveza, y no llenes todo el pichel de espuma.

Pom-Pom sirvió de los tres picos, y Naupt llevó los picheles a Throop de las Tres Cabezas.

-Os ruego que alcéis los picheles y bebáis sin freno. Aún queda mucho en el recipiente.

-¡ Ah batasta! -exclamó Pasm-. Todos a la vez, ¡a beber!

Las dos manos de Throop alzaron los tres picheles y vertieron el contenido en las gargantas de Pism, Pasm y Posm.

A los tres segundos, la redonda cara de Pism se puso roja y los ojos se le salieron de las órbitas, mientras los dientes se le caían al suelo. El semblante de Pasm parecía vibrar y girar. El rostro de Posm se puso negro como el carbón y le brotaron llamas rojas de los ojos. Throop se puso de pie tambaleando. Dentro del enorme vientre sonó primero un rumor, luego una explosión ahogada, y Throop se derrumbó hacia atrás en pedazos. Travante se adelantó, cogió el espadón de Throop y cercenó las tres cabezas.

-Naupt, ¿dónde estás?

-¡Aquí, señor!

-Lleva estas tres cabezas y arrójalas inmediatamente al fuego, para que sean destruidas.

-¡Como digas, señor! -Naupt llevó las cabezas al hogar y las arrojó al corazón de las llamas.

-Cerciórate de que se consuman bien -dijo Travante-. Ahora dime: ¿hay prisioneros en las mazmorras?

-No, señoría. Throop se los comió a todos.

-En ese caso, ya nada demora nuestra partida.

-Por el contrario -dijo Madouc con voz débil-. Pom-Pom, evidentemente oprimiste el abalorio de ónix, no una sino dos veces.

-No dos veces sino cinco -dijo Pom-Pom-, y una más por las dudas. Ya he visto que el ánfora se hizo añicos.

-Cumplió bien su propósito -dijo Madouc-. Naupt, te perdonamos tu espantosa vida, pero debes alterar tus costumbres.

-Con placer y gratitud, señoría.

-De aquí en adelante deberás dedicar tu tiempo a las buenas obras, y a ofrecer afable hospitalidad a los viajeros.

-¡Desde luego! ¡Me alegra estar libre de mi cautiverio!

-Nada más nos retiene -dijo Madouc-. Pom-Pom ha hallado el objeto de su búsqueda; yo he averiguado que Pellinore existe en algún otro lugar; Travante se ha cerciorado de que su juventud perdida no está arrumbada entre las rarezas y curiosidades olvidadas del castillo de Doldil.

-Es algo, pero no mucho -suspiró Travante-. Debo continuar mi búsqueda en otra parte.

-¡Vamos! -dijo Madouc-. ¡Partamos de inmediato! ¡Esta atmósfera me da náuseas!

3

Los tres viajeros partieron del castillo de Doldil a gran velocidad, sorteando el cadáver del caballero-duende con la nuca partida. Marcharon hacia el oeste, en silencio, por la calzada de Munkms, la cual, según Naupt, se unía luego a la Gran Calzada Norte-Sur. A menudo miraban hacia atrás, como temiendo que algo terrible los persiguiera. Pero el viaje fue apacible y los únicos ruidos fueron los trinos de las aves del bosque.

Caminaban los tres sumidos en sus propios pensamientos. Finalmente Madouc le dijo a Travante:

-Creo que he obtenido algún provecho de esta desagradable reunión. Al menos puedo darle un nombre a mi padre, y por lo que parece está vivo. Por lo tanto, no he viajado en vano. En Haidion haré averiguaciones, y sin duda algún notable de Aquitania me dará noticias sobre Pellinore.

-Mi búsqueda también ha progresado -dijo Travante sin mayor convicción-. Pude desechar el castillo de Doldil de mis futuras averiguaciones. Es una ganancia pequeña pero positiva.

-Sin duda es mejor que nada -dijo Madouc. Llamó a Pom-Pom, que caminaba delante-. ¿Qué dices tú, Pom-Pom? Has hallado el Santo Gnal, de modo que eres el único que triunfó en su misión.

-Estoy anonadado. ¡Apenas creo en mi hazaña!

-¡Es real! Llevas el Grial y ahora puedes confiar en la generosidad del rey.

-Debo cavilar sobre el asunto.

-No escojas casarte con la princesa real -dijo Madouc-. Algunas doncellas suspiran y languidecen, pero ella usa el siseo y el Cosquilleo sin ningún remordimiento.

-Ya he tomado una decisión al respecto -dijo Pom-Pom-. No quiero una esposa tan tozuda y desobediente como la princesa real.

-Tal vez Madouc se vuelva dócil y sumisa después de casarse -dijo Travante con una sonrisa.

-Yo no correría semejante nesgo -dijo Pom-Pom-. Quizá me case con Devonet, que es bonita y delicada, aunque un poco lenguaraz. Un día me reprendió crudamente por una sobrecincha suelta. Aun así, esos defectos se pueden curar con un par de zurras. -El caballero Pom-Pom meneó la cabeza pensativamente-. Debo reflexionar sobre el asunto.

Por un tiempo la calzada siguió el curso del río: lagunas a la sombra de sauces llorones, orillas donde los juncos se mecían con la corriente. En la linde de una roca

gris, el río viró hacia el sur; el camino se elevó, bajó bruscamente y serpeó bajo enormes olmos, donde el follaje refulgía con todos los matices del verde en el sol de la tarde.

Anochecía. Mientras las sombras descendían sobre el bosque, la senda se internó en un claro apacible, vacío salvo por las ruinas de una vieja casa de piedra. Travante miró el interior y halló polvo y hojas mohosas, una antigua mesa y una vitrina que, por algún milagro, aún conservaba la puerta. Travante la abrió y encontró, casi invisible en un alto anaquel, un libro de rígido pergamino, cuyas hojas estaban encuadernadas entre láminas de pizarra gris. Entregó el libro a Madouc.

-Mis ojos ya no sirven para leer. Las palabras se vuelven borrosas y caracolean, y no me revelan sus secretos. No era así en los viejos tiempos, antes de que se me escabullera la juventud.

-Has sufrido una grave pérdida -dijo Madouc-. Para remediarla, no puedes hacer más de lo que haces.

-Eso creo -dijo Travante-. No me dejaré desalentar.

Madouc miró hacia el claro.

-Éste parece un sitio agradable para pernoctar, considerando que la calzada pronto quedará a oscuras.

-¡De acuerdo! -dijo Travante-. Tengo ganas de descansar.

-Y yo de comer -dijo Pom-Pom-. Hoy no nos ofrecieron ninguna comida salvo la uva de Throop, y la rechazamos. Ahora tengo hambre.

-Gracias a mi amable madre, podremos descansar y cenar -dijo Madouc. Tendió el pañuelo rosado y blanco y exclamó-: ¡Aroisus!

Los viajeros entraron en el pabellón y encontraron la mesa servida como de costumbre, con gran abundancia de manjares: carne asada con budín de sebo; aves recién salidas del espetón y peces recién salidos de la sartén; un guiso de liebre y otro de palomas; una gran fuente de almejas cocinadas en mantequilla, ajo y hierbas; ensalada de mastuerzo, pan y mantequilla, pescado salado, pepinos en salmuera, quesos de tres clases, leche, vino, miel, tartas fritas, fresas salvajes en crema espesa y mucho más. Los tres se refrescaron en tinas de agua perfumada y cenaron hasta hartarse.

A la luz de las cuatro lámparas de bronce, Madouc examinó el libro que habían cogido de la casa.

-Parece ser una especie de almanaque, o una compilación de notas y consejos. Fue redactado por una doncella que vivía en la casa. He aquí su receta para una tez delicada: «Se dice que la crema de almendras mezclada con aceite de amapola es muy buena, si se aplica con constancia, y también una loción de alisón remojado en la leche de una zorra blanca... (¡Vaya! ¿Dónde encontrar una zorra blanca?) Luego hay que molerla con una pizca de tiza en polvo. En cuanto a mí, no poseo ninguno de estos ingredientes, y quizá no los usara aunque los tuviera, pues nadie se tomaría la molestia de mirarme.» Vaya.

Madouc dio vuelta a una página.

-He aquí sus instrucciones para enseñar a hablar a los cuervos: «Primero, hallar un joven cuervo de disposición alerta, jovial y capaz. Hay que tratarlo amablemente, pero cortarle las alas para que no eche a volar. Durante un mes, añadir a su alimentación habitual un brebaje de buena valeriana, en la cual se habrán mezclado seis pelos de la

barba de un filósofo sabio. Al final del mes hay que decir: "Cuervo, querido cuervo, óyeme ahora. Cuando alce el dedo debes hablar. Que tus palabras sean sagaces y precisas. Así nos darás alegría a ambos, pues nos consolaremos mutuamente en nuestra soledad. ¡Cuervo, habla!" Seguí las instrucciones con sumo cuidado, pero mis cuervos permanecieron mudos, y mi soledad nunca halló alivio."

-Qué raro -reflexionó Pom-Pom-. Sospecho que el «filósofo» a quien arrancó los seis pelos no era sabio de veras, o tal vez la engañó con falsas credenciales.

-Quizá tengas razón -dijo Madouc.

-En un sitio tan solitario, hasta un filósofo embaucaría con facilidad a una doncella inocente -dijo Travante.

Madouc volvió al libro.

-He aquí otra receta. Se denomina «Medio infalible para inculcar plena constancia y afectuoso amor en un ser amado».

-Interesante -dijo Pom-Pom-. Lee la receta, por favor, y con toda precisión.

-«Cuando la luna moribunda vaga distraída -leyó Madouc-, desplazándose lentamente por el cielo, y surca las nubes como un barco fantasmal, es hora de prepararse, pues suele ocurrir que un vapor se condensa e impregna la brillante corteza, para acabar colgando como una gota del cuerno inferior. Lentamente se hincha, se estira y cae, y la persona que corra debajo y logre recoger la gota en un bacía de plata habrá ganado un elixir de muchos méritos. Ello me induce a muchos ensueños, pues, si una gota de este jarabe se mezcla con una copa de vino claro, y si dos personas beben juntas de la copa, un dulce amor nace infaliblemente entre ambas. Así, he tomado una resolución. Una noche, cuando la luna cuelgue a baja altura, correré desde aquí con mi bacía y no me detendré hasta pararme bajo el cuerno de la luna, y allí aguardaré para recoger la gota maravillosa.» -¿Hay más observaciones? -preguntó Travante.

-Esa es toda la receta.

-Me pregunto si la doncella habrá corrido en la noche, y si al final habrá obtenido esa preciosa gota.

Madouc volvió las páginas de pergamino.

-No hay nada más. La lluvia ha borrado el resto.

El caballero Pom-Pom se frotó la barbilla. Miró el cáliz sagrado, que reposaba sobre un cojín; se puso en pie, fue hasta el frente del pabellón y miró hacia el claro. Regresó a la mesa a los pocos momentos.

-¿Cómo está la noche, Pom-Pom? -preguntó Travante.

-La luna está casi llena y el cielo está despejado.

-¡Bien! ¡Esta noche la luna no goteará su jarabe!

-¿Planeabas correr por el bosque con una bacía? -le preguntó Madouc a Pom-Pom.

-¿Por qué no? -respondió altivamente Pom-Pom-. Un par de gotas del elixir lunar pueden venirme bien algún día. -Miró de soslayo a Madouc-. Todavía no sé qué premio pediré.

-Creí que habías resuelto pedir una baronía y desposar a Devonet.

-Desposar a una princesa real podría ganarme más prestigio, si entiendes a qué me refiero.

Madouc rió.

-Entiendo a qué te refieres, y por lo tanto tendré cuidado de tu vino claro, aunque lo ofrezcas por galones y de hinojos.

-¡Bah! -rezongó Pom-Pom-. Eres totalmente irracional.

-Sin duda -suspiró Madouc-. Tendrás que conformarte con Devonet.

-Pensaré en ello.

Al día siguiente, los tres continuaron por la calzada de Munkms, bajo grandes árboles que filtraban la luz de la mañana. Viajaron una hora, y de pronto Travante, sobresaltado, soltó un grito y se quedó mirando hacia el bosque.

-¡La he visto! -exclamó-. ¡Estoy seguro! ¡Mirad allá, vedla! -Señaló, y Madouc vio apenas un destello de movimiento entre los árboles. Travante gritó-: ¡Alto, no te vayas! ¡Soy yo, Travante! -Se internó corriendo en el bosque, gritando-: ¡No huyas de mí! ¡Te veo claramente! ¡No vayas tan deprisa! ¿Por qué tienes los pies tan ligeros?

Madouc y Pom-Pom lo siguieron por un rato, luego se detuvieron a escuchar con la esperanza de que Travante regresara, pero los gritos se volvieron cada vez más débiles y al fin callaron.

Los dos regresaron despacio al camino, parándose a menudo para mirar y escuchar, pero el bosque guardaba silencio. En la calzada esperaron una hora, caminando de aquí para allá, pero al fin, de mala gana decidieron continuar la marcha.

Al mediodía llegaron a la Gran Calzada Norte-Sur. Viraron hacia el sur; Pom-Pom encabezaba la marcha, como de costumbre.

Finalmente Pom-Pom se detuvo exasperado y miró por encima del hombro.

-¡Estoy harto del bosque! Allí nos espera el campo abierto. ¿Por qué te demoras tanto?

-Lo ignoro -dijo Madouc-. Pero sospecho que es esto: cada paso me acerca más a Haidion, y he decidido que soy mejor vagabunda que princesa.

Pom-Pom gruñó desdeñosamente.

-En cuanto a mí, estoy harto de vagar entre el polvo. Los caminos no terminan nunca; simplemente se cruzan unos con otros, de modo que el viaje del vagabundo jamás termina.

-Ésa es la naturaleza del vagabundo.

-¡Bah! ¡No es para mí! El paisaje cambia cada diez pasos. Cuando empiezas a disfrutar de la vista, ésta ya quedó atrás.

Madouc suspiró.

-¡Comprendo tu impaciencia! Es razonable. Quieres donar el Santo Grial a la iglesia y conquistar grandes honores.

-No es preciso que sean tan grandes. Me agradaría el rango de barón o caballero, una pequeña finca con una gran casa, establos, granero, porquerizo, ganado, corral y colmenas, una extensión de serenos bosques y un arroyuelo con buena pesca.

-Bien. En cuanto a mí, si no fuese porque quiero que Spargoy, el heraldo jefe, identifique a Pellinore, probablemente no tendría el menor interés en regresar a Haidion.

-Eso es descabellado -dijo Pom-Pom.

-Tal vez.

-En cualquier caso, ya que hemos resuelto regresar, no nos demoremos.

4

En la Calle Vieja Madouc y Pom-Pom viraron al oeste hasta llegar a la aldea de Frogmarsh y la calzada del sur -a veces llamada Vía Inferior-, que conducía a la ciudad de Lyonesse.

Por la tarde se juntaron nubes en el oeste; al anochecer ramalazos de lluvia cruzaron el paisaje. Madouc armó el pabellón en un acogedor prado, detrás de un olivar, y ambos reposaron cálida y confortablemente mientras la lluvia tamborileaba sobre la tela.

Brillaban los relámpagos y retumbaban truenos, pero por la mañana las nubes se entreabrieron y un sol resplandeciente alumbró un mundo húmedo y lozano.

Madouc redujo el pabellón y ambos reanudaron la marcha, internándose en una región de riscos y gargantas, entre los peñascos gemelos Maegher y Yax, conocidos como los Arqueers, y luego bajo el cielo abierto y cuesta abajo, con el Lir visible a lo lejos.

A sus espaldas oyeron un trepidar de cascos. Los dos se echaron a un costado del camino, y los jinetes pasaron de largo: tres jóvenes nobles de aire libertino, con tres caballerizos detrás. Madouc alzó la cara en el preciso momento en que el príncipe Cassander se volvía hacia ella. Por un instante sus ojos se cruzaron, y el rostro de Cassander se ablandó en una máscara de incredulidad. Agitó el brazo para detener a sus compañeros, dio media vuelta y se acercó para confirmar lo que había visto.

Cassander detuvo el caballo cerca de Madouc y su expresión cobró un aire socarrón. Miró a Madouc de arriba abajo, clavó los ojos acerados en Pom-Pom y soltó una risa incrédula.

-¡O sufro una alucinación, o esta chavala harapienta que se oculta junto a la zanja es la princesa Madouc, también conocida como Madouc de las Cien Locuras y las Cincuenta Fechorías!

-Cambia ese tono de voz -replicó Madouc-, pues no soy loca ni malhechora, ni me estoy ocultando.

Cassander se apeó de un brinco. Los años lo habían cambiado, y no para mejor. Su afabilidad había desaparecido bajo una corteza de vanidad; su arrogancia le daba un aire pomposo; el rostro rubicundo, los rizos broncíneos, la boca petulante y los duros ojos azules configuraban una hueca réplica del semblante del padre.

-Actúas sin dignidad -respondió con tono mesurado-. Nos ridiculizas a todos.

Madouc se encogió de hombros con frialdad.

-Si no te gusta lo que ves, mira hacia otra parte.

Cassander echó la cabeza hacia atrás y rió.

-Tu aspecto no está tan mal, después de todo. Más aún, el viaje parece haberte sentado bien. Pero tus actos causan perjuicio a la casa real.

-¡Ja! -rió Madouc-. Tus propios actos no están exentos de críticas. En realidad, son escandalosos, como todos saben.

Cassander rió de nuevo, aunque con cierta turbación. Sus camaradas se aproximaron.

-Estoy hablando de actos diferentes -dijo Cassander-. ¿Los enumero? Uno: provocaste un torbellino de preguntas histéricas. Dos: instigaste mil recriminaciones que se dirigieron hacia todos los vientos. Tres: has alimentado inestimables cóleras, rencores, reproches y dolores. Cuatro: te has atraído una andanada de amargas recriminaciones, por no mencionar amenazas, juicios y maldiciones. Cinco:...

-Suficiente -dijo Madouc-. Parece que no soy popular en Haidion; no es necesario que sigas. Nada de eso viene al caso, y tú hablas por ignorancia.

-Ya veo: no es culpa del zorro al acecho si las aves cloquean en el gallinero.

-Tu humor es demasiado complejo para mi entendimiento.

-No importa -dijo Cassander. Señaló a Pom-Pom con el pulgar-. ¿Éste no es uno de los palafreneros?

-¿Y qué si así es? El rey Casmir me concedió caballos y una escolta. Nos robaron los caballos, así que ahora vamos a pie.

-Un palafrenero no es escolta apropiada para una princesa.

-Yo no tengo quejas. El caballero Pom-Pom, o Pymfyd, como tú lo conoces, se ha comportado bien, y nuestras búsquedas fueron coronadas por el éxito.

El príncipe Cassander sacudió la cabeza asombrado.

-¿Y cuáles son esas maravillosas búsquedas que el rey ha aprobado con tal entusiasmo?

-El caballero Pom-Pom fue en busca de reliquias sagradas, de acuerdo con la proclama del rey. Yo fui a averiguar mi linaje, por orden del rey.

-¡Raro, muy raro! -dijo Cassander-. Tal vez el rey estaba distraído y no prestó atención. Tiene muchas cosas en la cabeza. Viajaremos a Avallon dentro de un par de días para una gran conferencia, y es posible que su majestad no entendiera lo que querías decirle. En cuanto a tu linaje, ¿qué has averiguado?

Madouc miró altivamente a los risueños camaradas de Cassander.

-No es asunto para ventilar entre subalternos.

La sonrisa de los amigos de Cassander se congeló en sus caras.

-Como gustes -dijo Cassander. Miró a los tres caballerizos-. Parlitz, desmonta y viaja con Ondel; la princesa usará tu caballo. Tú, jovenzuelo -dijo a Pom-Pom-, puedes cabalgar en el bayo, detrás de Wullam. ¡Venga, deprisa! ¡Hemos de llegar a casa al mediodía!

Durante el trayecto Cassander se acercó a Madouc e intentó entablar conversación.

-¿Cómo averiguaste tu linaje?

-Consulté a mi madre.

-¿Cómo la encontraste?

-Fuimos al prado de Madling, en el corazón del Bosque de Tantrevalles.

-¿Eso no es arriesgado?

-Mucho, si no tienes cautela.

-¿Y te topaste con peligros?

-Ya lo creo.

-¿Y cómo los eludiste?

-Mi madre me ha enseñado algunos trucos de magia.

-¡Habíame de esa magia!

-Ella no desea que yo comente esas cosas. Aun así, en alguna ocasión te contaré mis aventuras. Ahora no tengo ganas.

-¡Eres una extraña criatura! -observó Cassander-. ¡Me pregunto qué será de ti!

-A menudo me pregunto lo mismo.

-¡Bah! -resopló Cassander-. Una cosa es segura: el destino mira con mal ceño a esos seres antojadizos que esperan que todos bailen cuando ellos tocan su melodía.

-No es tan sencillo -dijo Madouc sin mayor interés.

Cassander guardó silencio y el grupo continuó viaje hacia la ciudad de Lyonesse. Al cabo de un trecho habló de nuevo.

-No esperes una recepción de gala... Pasado mañana partimos hacia Avallon.

-Ese viaje me intriga. ¿A qué se debe?

-Es una gran conferencia organizada por el rey Audry a petición del rey Casmir. Todos los reyes de las Islas Elder estarán presentes.

Madouc exclamó:

-¡Regreso en un momento afortunado! Si me hubiera demorado dos días más, habría llegado tarde para la partida. -Tras una pausa reflexiva añadió-: Y la historia de las Islas Elder se habría desviado hacia rumbos repentinamente nuevos.

-¿A qué te refieres?

-Concierne a un concepto que mencionaste hace sólo unos momentos.

-No recuerdo tal concepto.

-Hablaste del destino.

-¡ Ah, sí! ¡En efecto! Pero no comprendo. ¿Cuál es la relación?

-No importa. Hablé porque sí.

Cassander dijo, con corrosiva cortesía:

-Me veo obligado a mencionar que no eres bien vista en Haidion, y que nadie se sentirá ansioso por satisfacer tus deseos.

-¿En qué sentido?

-Quizá no te incluyan en la comitiva real.

-Veremos.

El grupo cogió por el Sfer Arct, rodeó el monte boscoso conocido como Mirador de Skansea y se encontró ante la ciudad de Lyonesse, con el castillo de Haidion en primer plano. Diez minutos después el grupo se adentró en la plaza de armas y se detuvo frente al castillo. Cassander saltó al suelo y con un ademán galante ayudó a Madouc a apearse.

-Ahora veremos -dijo Cassander-. No esperes una recepción cálida, o sufrirás una decepción. Los términos más caritativos con que te han descrito son «revoltosa» y «desfachatada».

-Esas ideas no son correctas, como ya te he explicado.

Cassander rió sardónicamente.

-Deberás explicarte de nuevo, y con mayor humildad.

Madouc no hizo comentarios.

-¡Ven! -dijo Cassander con cierta amabilidad-. Te llevaré ante el rey y la reina, y quizá contribuya a aplacarlos.

Madouc se volvió hacia Pom-Pom.

-Tú también debes venir. Entraremos juntos.

Cassander los miró a ambos.

-Eso es innecesario. -Le hizo una seña a Pom-Pom-. ¡Largo, mozalbete! Ya no te necesitamos. Regresa a tus deberes tan rápida y furtivamente como puedas y trata de hacer las paces con el capataz del establo.

-¡En absoluto! -intervino Madouc-. El caballero Pom-Pom debe permanecer con nosotros por una razón de suma importancia, como pronto descubrirás.

Cassander se encogió de hombros.

-Como gustes. Hagamos lo que se debe hacer.

Los tres entraron en el castillo. En la gran galería se toparon con Mungo, el senescal.

-¿Puedes decirme dónde se encuentran el rey y la reina? -preguntó Cassander.

-Los encontrarás en el Salón Verde, alteza. Acaban de almorzar, y ahora están tomando queso con vino.

-Gracias, buen Mungo.

Cassander encabezó al grupo, y al llegar al Salón Verde descubrieron que el sitio del rey Casmir estaba vacío. La reina Sollace estaba sentada con tres favoritas, y todas mordisqueaban uvas que tomaban de un cesto de mimbre. Cassander se adelantó y se inclinó cortésmente: primero ante la reina y luego ante las otras damas, quienes interrumpieron la conversación.

-¿Puedo inquirir dónde está el rey? -preguntó Cassander.

La reina Sollace, sin reparar en la presencia de Madouc, respondió:

-Asistió temprano al tribunal, para despachar los necesarios actos de justicia antes de nuestro viaje a Avallen.

Cassander hizo avanzar a Madouc y anunció con forzada jovialidad:

-¡Tengo una grata sorpresa! ¡Mira a quién encontramos en el camino!

La reina contempló boquiabierta a Madouc. Las damas cuchichearon y soltaron chillidos de sorpresa. La rema Sollace cerró la boca bruscamente.

-¡Así que nuestra revoltosa ha decidido regresar!

Cassander sugirió con voz cortés:

-Majestad, creo que será mejor que hables en privado con la princesa.

-En efecto -dijo Sollace-. Damas, tened la bondad de dejarnos.

Las damas, con disimuladas miradas de curiosidad hacia Madouc y de velado fastidio hacia Cassander, abandonaron la cámara.

La reina Sollace se volvió nuevamente hacia Madouc.

-Bien, tal vez ahora nos expliques tu ausencia. Nos ha causado gran preocupación. Dinos dónde te ocultabas.

-Con todo respeto, majestad, debo aclarar que estás mal informada. No me ocultaba, ni he realizado ningún acto maligno. En realidad, partí en una búsqueda autorizada por el rey, y me alejé de tu presencia y de Haidion impulsada por sus propias palabras.

La reina Sollace parpadeó.

-¡Yo no recuerdo nada de eso! ¡Estás inventando historias! ¡El rey estaba tan perplejo como yo!

-Sin duda él recordará las circunstancias. A petición suya partí para averiguar la identidad de mi padre y la condición de mi linaje. Sólo actué dentro del margen que vosotros me permitisteis.

Sollace no cedió.

-Es posible que alguno de ambos hiciera un comentario distraído que tú decidiste deformar de acuerdo con tus deseos. ¡Deploro esa táctica!

-Lamento oírlo, majestad, especialmente cuando esa táctica ha redundado en tu beneficio.

La reina Sollace la miró con renovada sorpresa.

-¿He oído bien?

-¡Claro que sí, majestad! ¡Prepárate para un anuncio que te abrumará de alegría!

-¡Ja! -masculló Sollace-. No puedo decir que abrigue grandes esperanzas.

El príncipe Cassander, sonriendo con aire divertido, comentó:

-¡Escuchamos con suma atención! ¡Haz tu anuncio!

Madouc hizo avanzar al caballero Pom-Pom.

-Majestad, permíteme presentarte a Pymfyd, al cual he nombrado «caballero Pom-Pom», dada la valentía que ha demostrado a mi servicio. El caballero Pom-Pom me sirvió como leal escolta, y también emprendió una búsqueda en tu nombre. En Thripsey Shee oímos hablar del Santo Grial, e inmediatamente prestamos atención a lo que se decía.

La reina Sollace irguió el cuerpo.

-¿Qué? ¿Es posible? ¡Habla deprisa! ¡Dices las palabras más entrañables que pudieran sonar en mis oídos! ¿Esa información era pertinente? ¡Cuenta con exactitud qué averiguaste!

-Oímos el rumor de que el Santo Grial estaba custodiado por el ogro Throop de las Tres Cabezas, y que cien bravos caballeros habían muerto en el intento de recobrarlo.

-¿Y dónde está ahora? ¡Habla! ¡Dilo de una vez! ¡No puedo contener la ansiedad!

-¡Calma, majestad! Throop ocultó el Grial en una alacena del castillo de Doldil, en el corazón del Bosque de Tantrevalles.

-¡Esa noticia es importantísima! ¡Debemos reunir un grupo de buenos caballeros y emprender una expedición liberadora! Cassander, corre a avisar al rey. Todo lo demás es trivial.

-Déjame hablar, majestad, pues aún no he concluido -intervino Madouc-. Siguiendo consejos de mi madre, Pom-Pom y yo nos presentamos en el castillo de Doldil; y allí, con incomparable gallardía, Pom-Pom dio muerte a Throop y conquistó el Santo Grial, el cual ha traído a la ciudad de Lyonesse envuelto en seda púrpura, y el cual pondrá de inmediato ante ti. Caballero Pom-Pom, puedes presentar el Santo Grial.

-¡No puedo creerlo! -exclamó la reina Sollace-. ¡Estoy en estado de embeleso, un éxtasis del noveno orden!

Pom-Pom se adelantó y gravemente quitó el envoltorio de seda púrpura; poniéndose de hinojos, dejó el cáliz sobre la mesa, ante la reina Sollace.

-¡Majestad, te ofrezco el Santo Grial! Espero que lo atesores con alegría, y también que me otorgues el premio que deseo, tal como lo afirmaba la proclama del rey.

La reina Sollace, los ojos fijos en el Grial, estaba sorda a todo lo demás.

-¡Gloria de glorias! ¡Me maravilla que esta bendición se me haya concedido! ¡Estoy abrumada por la emoción! ¡Es increíble y extraordinario!

-Majestad -dijo Madouc-, te recordaré que debes a Pom-Pom gratitud por haberte traído el Grial.

-¡Claro que sí! ¡Ha prestado un magnífico servicio a la Iglesia, y en nombre de la Iglesia le doy mi más profundo y regio agradecimiento! ¡Será bien recompensado! Cassander, entrega al joven una pieza de oro como anticipo.

Cassander extrajo una moneda de oro y la puso en la mano de Pom-Pom.

-¡No me lo agradezcas a mí! ¡Agradece a la reina su generosidad!

La rema Sollace ordenó al lacayo que aguardaba inmóvil junto a la puerta:

-¡Trae de inmediato al padre Umphred, para que pueda compartir nuestra alegría! ¡Apresúrate! ¡Dile solamente que le aguardan gloriosas nuevas!

Mungo, el senescal, entró en el cuarto.

-Majestad, informé al rey sobre la llegada de la princesa Madouc. Desea que les lleve a ella y a su compañero a la sala del tribunal.

La reina Sollace gesticuló distraídamente.

-Tenéis mi venia para partir. Madouc, tú también has trabajado para el Bien, y en mi gran felicidad te eximo de culpa por tus transgresiones. ¡Pero en el futuro debes aprender a comportarte!

-Majestad -intervino Pom-Pom-, ¿qué hay del premio prometido por el rey? ¿Cuándo daré a conocer mis deseos, y cuándo se me otorgará esa recompensa?

La reina Sollace frunció el ceño con impaciencia.

-A su debido momento se harán los arreglos necesarios. Entretanto, ya tienes lo mejor de todo: el conocimiento de que has servido bien a nuestra Iglesia y a nuestra Fe.

Pom-Pom balbuceó incoherentemente, se inclinó y retrocedió.

-Princesa Madouc -dijo Mungo-, puedes venir conmigo, junto con tu compañero.

Mungo los condujo a ambos por un corredor lateral que llegaba hasta el salón viejo; atravesaron un portal en una pared de piedra húmeda, cruzaron un rellano, bajaron por una rampa de piedra que descendía entre monumentales columnas pétreas hasta los solemnes espacios de la sala del tribunal.

El rey Casmir estaba sentado sobre una tarima baja, vestido con el tradicional atuendo de juez: túnica negra, guantes negros, un cuadrado de terciopelo negro en la cabeza, con borlas de oro y faja de oro. Ocupaba un trono macizo con una pequeña mesa delante; a ambos lados de la tarima había un par de guardias con camisa y pantalones de cuero negro, y charreteras y brazaletes de hierro negro. Yelmos de hierro y cuero enmarcaban sus caras, confiriéndoles un aspecto siniestro. Los desdichados que aguardaban el juicio estaban sentados en un banco a un lado de la sala, con rostro sombrío. Los que ya habían sufrido torturas miraban el vacío con ojos huecos.

Mungo llevó a Madouc y a Pom-Pom ante el rey.

-Majestad, te traigo a la princesa Madouc y a su acompañante, tal como solicitaste.

El rey Casmir se reclinó en el trono y los estudió a ambos con el ceño fruncido.

Madouc hizo una cortés reverencia.

-Majestad, confío en que goces de buena salud.

El rey Casmir no se inmutó.

-Parece que el príncipe Cassander te sorprendió junto al camino -dijo al fin-. ¿Dónde has estado y qué infamia has cometido, para vergüenza de la casa real?

-Majestad -dijo altivamente Madouc-, te han informado mal. Lejos de ser sorprendida por el príncipe Cassander, regresaba presurosamente a la ciudad de Lyonesse. El príncipe Cassander y sus amigos nos encontraron en el camino. No acechábamos ni espiábamos, no nos ocultamos ni huimos ni comprometimos de

ningún modo tu dignidad. En cuanto a infamias y vergüenzas, también has sido víctima de informes erróneos, pues no hice más que obedecer tus instrucciones.

El rey Casmir se inclinó hacia adelante. El color ya subía a su rostro.

-¿Te di instrucciones de que te internaras en el bosque sin escolta ni protección adecuadas?

-¡En efecto, majestad! Me ordenaste que descubriese mi linaje como mejor pudiera, y que no te molestara con los detalles.

El rey Casmir volvió la mirada hacia Pom-Pom.

-¿Tú eres el palafrenero que suministró los caballos?

-Sí, majestad.

-Tu irresponsabilidad raya en la negligencia criminal. ¿Te consideras una escolta adecuada para una princesa real en esas circunstancias?

-Sí, majestad, ya que ésa ha sido mi ocupación. Durante largo tiempo he servido fielmente a la princesa y sólo he recibido halagos por la calidad de mis servicios.

El rey Casmir se reclinó nuevamente. Preguntó con voz glacial:

-¿No percibes más riesgos en un largo viaje, de día y de noche, por comarcas extrañas y páramos peligrosos, que en un paseo vespertino por los prados de Sarris?

-Majestad, desde luego que hay diferencias. Pero has de saber que, siguiendo tu proclama, yo ya había resuelto partir en busca de reliquias sagradas.

-Eso no guarda ninguna relación con la incorrección de tu conducta.

-Majestad -intervino Madouc-, yo le ordené tal conducta. Sólo es culpable de obedecer mis órdenes.

-¡Vaya! ¿Y si le hubieras ordenado que incendiara el castillo de Haidion, para que ardiera en rugientes llamas, y él hubiera obedecido, eso haría de él un simple criado obediente?

-No, majestad, pero...

-Para cumplir con su deber, él debió haberlo notificado a alguien con autoridad sobre tus órdenes, y pedir permiso oficial. Ya he oído bastante. Ujier, lleva a esta persona detrás del Peinhador para que le propinen siete azotes, lo cual le inculcará una conducta más prudente.

-¡Un momento, majestad! -exclamó Madouc-. Pronuncias una sentencia tan tajante como precipitada. Pymfyd y yo emprendimos nuestras búsquedas, y ambos tuvimos éxito. Yo averigüé el nombre de mi padre, mientas que Pymfyd realizó un notable servicio para ti y tu reina. Mató al ogro Throop y conquistó el Santo Gnal, el cual acaba de presentar a la reina. Ella está embelesada de alegría. ¡Según tu proclama, Pom-Pom ha ganado un premio!

El rey Casmir sonrió apenas.

-Ujier, reduce el castigo a seis azotes y permite que este patán reanude sus tareas en el establo. Esa será su recompensa.

-Ven, amigo -rugió el ujier-. Por aquí. -Y se llevó al caballero Pom-Pom de la sala.

Madouc miró anonadada al rey Casmir.

-¡Me diste plena autorización para hacer lo que hice! ¡Me dijiste que llevara una escolta, y yo siempre lo llevaba a él!

El rey Casmir gesticuló bruscamente.

-¡Suficiente! Debes entender el sentido, más que las palabras. Quisiste engañarme, así que la culpa es tuya.

Madouc, mirando los ojos de Casmir, vio nuevos significados y entendió cosas nuevas.

Sintió un escalofrío pero mantuvo la compostura, si bien ahora odiaba a Casmir con todo su ser.

-Así que has averiguado la identidad de tu padre -dijo el rey Casmir-. ¿Cómo se llama?

-Es un caballero, un tal Pelinore de Aquitania, majestad.

El rey Casmir reflexionó.

-¿Pellinore? El nombre me resulta familiar. Me he topado con él en alguna parte, quizá tiempo atrás. -Se volvió hacia el senescal-. Llama a Spargoy el heraldo.

Spargoy el heraldo se presentó.

-¿Tus deseos, majestad?

-¿Quién es Pellinore de Aquitania? ¿Dónde reside y cuáles son sus conexiones?

-¿Pellinore, majestad? Alguien te ha gastado una broma.

-¿Qué quieres decir?

-¡Pellinore es una criatura de la imaginación! Existe sólo en las románticas fábulas de Aquitania, donde realiza actos extraordinarios, corteja a doncellas solitarias y recorre el mundo en búsquedas maravillosas. Pero Pellinore no es más que eso.

El rey Casmir miró a Madouc.

-¿Pues bien? ¿Qué dices ahora?

-Nada -dijo Madouc-. ¿Tengo tu venia para irme?

-Lárgate.

5

Madouc regresó abatida a sus aposentos. Se quedó contemplando los objetos que en otro tiempo le habían proporcionado consuelo. Las habitaciones, que otrora le parecieran grandes y aireadas, ahora le resultaban sofocantes. Llamó a una criada y pidió agua caliente para el baño. Usando un suave jabón amarillo importado de Andalucía, se frotó el cuerpo y los bucles cobrizos, y se enjuagó en agua aromatizada con lavanda. Buscando en el ropero, descubrió que sus viejas prendas ahora le quedaban apretadas. ¡Cómo volaba el tiempo! Madouc se estudió las piernas: seguían siendo tensas y delgadas, pero (¿era su imaginación?) se veían algo diferentes de lo que

recordaba; y los pechos comenzaban a ser perceptibles, si alguien se molestaba en mirar.

Madouc suspiró con fatalismo. Los cambios eran más rápidos de lo que habría deseado. Por fin halló un vestido que le sentara bien: una falda suelta de tela azul y una blusa blanca con flores azules bordadas. Se soltó los rizos y los sujetó con una cinta azul. Luego se sentó en la silla y miró por la ventana.

Tenía mucho que reflexionar, tanto que la cabeza le daba vueltas con ideas que saltaban de aquí para allá sin cobrar forma. Pensó en Pellinore, en Twisk, en el rey Casmir con su túnica negra y en el pobre Pom-Pom con su rostro demudado. Procuró no pensar en él para no sentir náuseas. Si Zerling le aplicaba los azotes, sin duda lo haría sin demasiado vigor, para permitir a Pom-Pom conservar la carne y la piel de la espalda.

Sus pensamientos revoloteaban como polillas alrededor de una llama. Uno de ellos era más insistente que los demás y reclamaba especial atención, enfatizando su importancia. Se relacionaba con la inminente visita a la familia real de Avallon. Madouc no estaba incluida en la comitiva, y sospechaba que ni la reina Sollace ni el rey Casmir se molestarían en invitarla, aunque el príncipe Cassander estaría presente, junto con príncipes y princesas de otras cortes de las Islas Elder, entre ellos Dhrun de Troicinet. ¡Y ella no estaría allí! La idea le causó una extraña desazón.

Por un tiempo se quedó mirando la ventana y evocando la imagen de Dhrun. Añoraba su compañía. Era una sensación melancólica y dolorosa, pero en cierto modo agradable, así que Madouc se sumió en sus ensoñaciones.

Se le ocurrió otra idea, una noción borrosa que se volvió más precisa, siniestra y temible a medida que cobraba dimensión. En Falu Ffail estaban la Mesa Redonda Cairbra an Meadhan y Evandig, el viejo trono de los reyes Palaemon. El primogénito de Suldrun -rezaba la profecía de Persilian, el Espejo Mágico- se sentaría en Cairbra an Meadhan y gobernaría desde Evandig antes de su muerte. Esta profecía, según Twisk, se había convertido en tormento y preocupación del rey Casmir, quien pasaba los días obsesionado con perversas conspiraciones y consagraba las noches a planes asesinos.

En Falu Ffail, el rey Casmir, la Mesa Redonda, el trono Evandig y el príncipe Dhrun estarían en mutua proximidad, una circunstancia que el rey Casmir no podía haber pasado por alto; de hecho, según Cassander, había sido Casmir quien había propuesto la conferencia al rey Audry.

Madouc se incorporó de un salto. Debía formar parte de la comitiva que viajaría a Avallen. De lo contrario, partiría nuevamente de Haidion, esta vez para no volver nunca.

Madouc encontró a la reina en sus aposentos privados, en compañía del padre Umphred. Madouc entró tan silenciosamente que la reina Sollace no reparó en su presencia. En el centro de una mesa, sobre una bandeja dorada, descansaba el sagrado cáliz azul. La reina Sollace contemplaba arrobada el fabuloso objeto. El padre Umphred, los regordetes brazos a la espalda, también estaba enfrascado en el examen del Gnal. En otras partes de la sala varias favoritas de la reina cuchicheaban en voz baja, para no turbar las ensoñaciones de la reina. El padre Umphred reparó en la llegada de Madouc. Se inclinó para hablar al oído de la reina. Sollace irguió la cabeza y miró en torno. Vio a Madouc y la saludó.

-¡Acércate, princesa! Hay muchas cosas que deseamos saber.

Madouc se acercó y se inclinó en una grave reverencia.

-Estoy a tu disposición, majestad, y tengo mucho que contarte. Estoy segura de que la historia te fascinará.

-¡Habla! ¡Deseamos oírla toda!

-¡Majestad, permíteme una sugerencia! La narración ahuyentará el tedio durante el viaje a Avallon. Si te cuento episodios fragmentarios, no apreciarás los alcances de nuestra aventura ni los peligros que afrontamos para conquistar el Gnal.

-Aja -dijo la reina-. No esperaba que vinieras con nosotros. Pero, ahora que lo pienso, parece muy apropiado. Habrá muchos notables presentes en la corte del rey Audry, y quizá llames favorablemente la atención de alguno.

-En ese caso, majestad, debo ampliar de inmediato mi guardarropa, pues ninguno de mis viejos vestidos resulta adecuado.

-Al instante nos encargaremos de ese asunto. Tenemos dos noches y un día antes de la partida. Es tiempo suficiente. -La reina llamó a una de sus criadas-. Ordena a la costurera que se ponga a trabajar de inmediato. No sólo requiero prisa y buena artesanía, sino colores y estilos apropiados para la edad y la inocencia de Madouc. No es preciso que haya ornatos de gemas preciosas ni amarillo oro; tales accesorios pasarían inadvertidos en esta criaturilla tan poco femenina.

-¡Como ordenes, majestad! Sugiero que la princesa me acompañe, para que el trabajo comience de inmediato.

-¡Sensato y atinado! Madouc, tienes mi venia para acompañarla.

6

Las modistas sacaron sus paños y deliberaron acerca de la naturaleza y los alcances de la empresa. Madouc, aún irritada por las despectivas instrucciones de la reina, escuchó ladeando la cabeza, y al fin decidió intervenir:

-¡Habláis en vano! No quiero ese amarillo cetrino, ese crudo pastoso ni ese verde vómito de caballo, y debéis reconsiderar el estilo.

Huida, la costurera principal, habló con preocupación.

-¿Por qué, alteza? Debemos coser algo delicado y apropiado.

-Debéis coser lo que yo prefiera llevar, de lo contrario habréis trabajado en balde.

-¡Desde luego, alteza! Queremos que te sientas dichosa y cómoda con tus prendas.

-Entonces haced lo que os digo. No llevaré esos pantalones abolsados ni esos corpiños insípidos de que habláis.

-Alteza, es lo que suelen lucir las jóvenes doncellas de tu edad.

-No me interesa.

-Bien -suspiró Huida-. ¿Qué deseas vestir, alteza?

Madouc señaló un paño de azul aciano y otro de lino blanco.

-Tomad esto y esto. ¿Y qué es esto otro? -Extrajo de la caja un exiguo paño de terciopelo rojo oscuro, de suave textura y de un color tan profundo que era casi negro.

-Es un tono conocido como «rosa negra» -dijo Huida con voz abatida-. Es muy inapropiado para una persona de tu edad, y además esto es apenas un jirón.

Madouc no le prestó atención.

-Es una tela hermosa. Además, parece haber suficiente para envolverme el cuerpo.

-No hay tela suficiente para un decoroso vestido de niña, con pliegues, volantes, guirnaldas y la amplitud que imponen la elegancia y el pudor -señaló Huida.

-Entonces tendré un vestido sin tantos adornos, porque estoy embelesada con el color.

Huida intentó protestar, pero Madouc no la escuchó. Insistió en que el tiempo era limitado y que el vestido de «rosa negra» se debía cortar y coser antes que todo lo demás.

-¡La tela es escasa! -objetó Huida-. El vestido resultará más insinuante de lo que tu edad requiere.

-Sea como fuere, creo que el vestido tendrá un gran encanto, y por alguna extraña razón el color combina con mi cabello.

-Debo admitir que quizás el vestido te favorezca -dijo Huida a regañadientes-. Aunque de manera algo prematura.

X

1

El sol se elevó en un cielo lúgubre. Las nubes que se acercaban desde el Lir anunciaban borrascas y lluvias para el viaje a Avallen. Ignorando esas desfavorables perspectivas, el rey Casmir y el príncipe Cassander habían salido de Haidion antes del alba, para visitar el fuerte Mael durante el trayecto. En el castillo de Ronart Cinquelon, cerca de Tatwillow, donde la Calle Vieja se cruzaba con el camino de Icniel, se reunirían con el cortejo principal y continuarían hacia el norte.

A su debido tiempo, la reina Sollace se levantó de la cama bostezando lánguidamente. Desayunó papillas con crema, una docena de dátiles rellenos de queso suave y un estimulante plato de golosinas bañadas en leche y canela. Mientras comía, Mungo el senescal fue a informarle que los carruajes, la escolta, el equipaje y todo lo demás aguardaban en la plaza de armas.

La reina Sollace respondió con una mueca tristona.

-¡No me lo recuerdes, buen senescal! Sólo me esperan incomodidades, hedores y monotonía. ¿Por qué no se pudo celebrar esta reunión en Haidion, al menos para mi comodidad?

-Realmente lo ignoro, majestad.

-¡Ah! ¡Resignación! ¡La he aprendido a la fuerza con los años! ¡Debo soportar las molestias con buena cara!

Mungo se inclinó.

-Te aguardaré en el Octógono, majestad.

Las doncellas vistieron a Sollace, le trenzaron y peinaron el cabello, le bañaron el rostro y las manos en bálsamo de almendras, y por fin estuvo preparada para el viaje.

Los carruajes esperaban bajo la terraza. La reina Sollace salió del castillo y cruzó la terraza, deteniéndose en ocasiones para dar instrucciones de última hora a Mungo, quien respondía a cada requerimiento con gentil ecuanimidad.

La reina Sollace descendió a la plaza de armas y subió al carruaje real. Se apoltronó en los cojines y cubrieron su regazo con un manto de piel de zorro joven.

Luego Madouc abordó el carruaje, seguida por las damas Tryffyn y Sipple y una tal Kylas, a quien habían designado en el último momento para atenderla.

Todo estaba preparado. La reina hizo un seña a Mungo, el cual retrocedió y dio la orden a los heraldos. Tocaron tres veces la fanfarria Retirada real y el cortejo partió del castillo.

La procesión dobló por el Sfer Arct y el grupo se acomodó para el viaje. Madouc iba sentada junto a la reina Sollace. Frente a la princesa viajaba Kylas, una doncella de dieciséis años, de altos principios y probada rectitud, si bien Madouc la encontraba aburrida e insípida. Urgida por la vanidad o por un exceso de sensibilidad, Kylas sospechaba que todos los hombres que se hallaran cerca, jóvenes o maduros, se

proponían espiarla o hacerle insinuaciones indecentes. Tal convicción la hacía erguir la cabeza con arrogancia, mirase el hombre en su dirección o no. Ese hábito desconcertaba a Madouc, pues Kylas -con sus hombros flacos y sus caderas anchas, su rostro saturnino y su nariz larga, sus saltones ojos negros y sus mechones negros y rígidos, que colgaban a ambos lados como las orejas de un asno- no ofrecía una imagen de memorable belleza. Kylas tenía por costumbre mirar fijamente hacia un objeto de interés. Madouc, sentada enfrente, no pudo evadir ese escrutinio. Pensó en combatir el fuego con el fuego, y durante cinco minutos concentró su mirada en la punta de la nariz de Kylas, pero en vano. Madouc se aburrió y desvió el rostro, derrotada.

La procesión entró en los Arqueers; en ese momento, el tiempo, que se había anunciado tan desfavorable, comenzó a cambiar; las nubes y la bruma se disolvieron; el sol iluminó el paisaje y la reina Sollace comentó con cierta complacencia:

-Esta mañana rogué que el tiempo fuera benigno con nosotras y nos brindara un viaje seguro y agradable, y así ha ocurrido.

La dama Tryffyn, la dama Sipple y la doncella Kylas manifestaron apropiadamente su sorpresa y su regocijo. La reina Sollace acomodó un cesto de higos bañados en miel en un sitio conveniente y se volvió a Madouc.

-Ahora, querida, puedes narrar todo lo concerniente a la recuperación del Santo Grial.

Madouc miró a su alrededor. Kylas la estudiaba con ojos de búho; las dos damas de la corte, ostentosamente complacientes, no podían disimular su avidez por historias sensacionalistas que luego transformarían en materia de preciosas habladurías.

-Tal información, majestad -dijo a la rema-, es sólo apropiada para tus reales oídos. Hay secretos que los plebeyos no deberían compartir.

-¡Bah! -gruñó Sollace-. Tryffyn y Sipple son damas de confianza, y no se las puede describir como «plebeyas». Kylas es cristiana bautizada, y nada le interesa tanto como el Santo Grial.

-Es posible, pero aun así hay restricciones.

-¡Pamplinas! ¡Narra tu historia!

-No me atrevo, majestad. Si deseas comprender plenamente mi prudencia, acompáñame a las profundidades del Bosque de Tantrevalles.

-¿Sola? ¿Sin escolta? Eso es descabellado.

Sollace tiró del cordel de la campanilla. El carruaje se detuvo y un lacayo con librea bajó para mirar por la ventanilla.

-¿Qué deseas, majestad?

-Estas damas viajarán un rato en uno de los otros carruajes. Narcissa, Dansy, Kylas: tened la amabilidad de complacerme. Como sugiere Madouc, aquí puede haber asuntos que requieren cierta discreción.

De mal talante, las damas y la doncella se trasladaron a otro carruaje. Madouc se apresuró a ocupar el sitio de la dama Sipple, frente a la reina Sollace. Pronto la procesión reanudó la marcha por el Sfer Arct.

-Pues bien -dijo Sollace, mascando un higo y sin prestar atención al desplazamiento de Madouc-. Puedes continuar. Con toda franqueza, prefiero oír la historia en privado. ¡No pases ningún detalle por alto!

Madouc no veía razones para ocultar ningún aspecto de sus aventuras. Narró la historia tal como la recordaba, y logró despertar la admiración de la reina. Al final de su relato Sollace observaba a Madouc con cierta reverencia.

-¡Asombroso! ¿No sientes añoranza por el shee cuando la mitad de tu sangre proviene de las hadas?

Madouc meneó la cabeza.

-Jamás. Si me hubiera quedado en el shee para comer pan de hadas y beber vino de hadas, me habría transformado en algo parecido a un hada, excepto que la mortalidad me dominaría más rápidamente. A estas alturas, casi todas las hadas tienen una gota de sangre humana en las venas, y por eso se las denomina semihumanos. Se dice que con el tiempo la raza se mezclará con el vulgo y las hadas se extinguirán. Cuando se encuentren entre hombres y mujeres, nadie advertirá que sus antojos y rarezas son un último vestigio de las hadas. En cuanto a mí, soy ante todo mortal, y no puedo cambiar. Así he de vivir y morir, al igual que mis hijos, y pronto la estirpe feérica quedará olvidada.

-¡Para mayor gloria de la Fe! -declaró Sollace-. El padre Umphred afirma que las gentes del Bosque de Tantrevalles son demonios y trasgos satánicos, de mayor o menor venalidad. Junto con los herejes, los paganos, los ateos, los impenitentes y los idólatras, esas gentes están condenadas a los pozos más profundos del Infierno.

-Sospecho que se equivoca.

-¡Imposible! ¡El es versado en todas las fases de la teología!

-Existen otras doctrinas, y otros hombres versados.

-¡Todos son heréticos y embusteros! -declaró la reina Sollace-. ¡La lógica impone esta convicción! Escucha. ¿Cuáles serían los beneficios de los creyentes si todos hubieran de compartir por igual las glorias del más allá? ¡Eso es llevar la generosidad demasiado lejos!

Madouc tuvo que admitir la lógica de esa observación.

-Aun así, no he estudiado ese tema, y mis opiniones cuentan poco.

Una vez que la rema Sollace se hubo explayado a gusto sobre el asunto, detuvo nuevamente el cortejo y permitió que Kylas, Tryffyn y Sipple, todas algo enfurruñadas, regresaran al carruaje. Madouc se deslizó a un costado del asiento, Tryffyn y Kylas ocuparon sus puestos anteriores y a Sipple le correspondió el asiento original de Madouc, frente a Kylas, para gran satisfacción de la princesa.

-La princesa Madouc tenía razón en sus observaciones -declaró la reina Sollace-. Habló de ciertos asuntos que no conviene hacer públicos.

-Debe de ser como dices, majestad -dijo Tryffyn con la boca fruncida-. Debo señalar, sin embargo, que yo, al menos, soy célebre por mi discreción.

-En la fortaleza de Daun Hondo, de donde provengo -dijo altivamente la dama Sipple-, nos acechan tres fantasmas. Acuden cuando despunta la luna para contarnos sus pesares. Me han confiado detalles muy íntimos, sin ninguna reserva.

-¡ Así es el mundo! -comentó la rema Sollace-. Ninguno es más sabio que los demás. Hasta Madouc lo admite.

Kylas habló con voz baja y gutural:

-Me agrada descubrir que el pudor se incluye entre las muchas virtudes de la princesa Madouc.

-Te equivocas por partida doble -refunfuñó Madouc-. Tengo pocas virtudes, y el pudor no es una de ellas.

-¡Ja! -dijo la reina Sollace-. Así ha de ser, pues Madouc, al contrario que otros, al menos se conoce bien.

2

Mientras el rey Casmir y el príncipe Cassander visitaban el fuerte Mael, la reina Sollace, con su cortejo, reposó en Ronart Cinquelon, morada de Thauberet, duque de Moncrif.

El rey Casmir y Cassander inspeccionaron el fuerte, pasaron revista a las tropas y, en general, quedaron satisfechos con lo que vieron. Abandonaron la fortaleza por la tarde y cabalgaron sin descanso para llegar a Ronart Cinquelon al anochecer.

Por la mañana el rey Casmir descubrió que Madouc formaba parte de la comitiva, pues se cruzó con ella cuando la princesa abordaba el carruaje. El rey se detuvo sorprendido y disgustado. Madouc lo saludó con una reverencia.

-Buenos días, majestad.

Casmir estuvo a punto de impartir una áspera orden, pero dio media vuelta y se alejó.

Madouc sonrió pícaramente y trepó al carruaje.

El grupo emprendió la marcha por el Camino de Icnield. El cortejo ahora incluía al rey Casmir, el príncipe Cassander, el carruaje, un par de caballerizos reales, una escolta de seis caballeros y cuatro hombres armados que cabalgaban en la retaguardia y se mantenían apartados de los demás. A Madouc le parecían un grupo singular, carente de disciplina militar, displicente y casi irrespetuoso. «Qué raro», pensó. Al cabo de unos kilómetros el rey Casmir se enojó por la conducta de aquellos sujetos y envió a Cassander a hablar con ellos, después de lo cual cabalgaron con mayor orden.

Tres días después de salir de Ronart Cinquelon el grupo llegó a Rueda Dentada, en la desembocadura del Camber. Una barcaza que navegaba en una dirección y luego en la otra, siguiendo el ritmo de las mareas, transportó al cortejo hasta la ribera norte. Una hora después la partida llegó a Avallen, la Ciudad de las Torres Altas.

En las puertas de la ciudad los acogió un destacamento de la guardia de élite del rey Audry, espléndidos en sus uniformes grises y verdes, con yelmos de plata reluciente. A la música de flautas, caramillos y tambores, el cortejo lionesio avanzó por una amplia avenida, atravesando los cuidados jardines delanteros de Falu Ffail, hasta el portal principal. El rey Audry salió para pronunciar una solemne bienvenida.

La partida real fue conducida a un conjunto de habitaciones que rodeaban un jardín del ala este del palacio, con naranjos en las esquinas y una fuente en el centro. Los aposentos de Madouc eran los más lujosos que jamás había tenido. Una mullida alfombra de felpa verde cubría el piso del vestíbulo; el mobiliario, esmaltado de blanco y tapizado con cojines azules y verdes, era ligero y grácil. En dos de las paredes colgaban pinturas de ninfas jugando en un paisaje arcádico; en una mesa lateral, un florero de mayólica azul exhibía un ramo de variadas flores. El efecto era insólito y agradable. Además del vestíbulo, el lugar incluía una alcoba, un cuarto de baño con elementos tallados en pórfido rosado y un tocador con un enorme espejo bizantino fijado a la pared. Los estantes exhibían gran variedad de perfumes, aceites y esencias.

Madouc descubrió una sola desventaja: a Kylas le habían asignado los aposentos colindantes, con una puerta que se comunicaba con su vestíbulo. Fuera cual fuese la razón, Kylas cumplía sus deberes con plena dedicación, como si mantuviera una vigilia. La brillante mirada negra seguía a Madouc adondequiera iba.

Finalmente Madouc la envió a cumplir con un encargo. En cuanto Kylas se perdió de vista, Madouc se escabulló de la habitación y con toda la velocidad que la dignidad le permitía se marchó del ala este.

Se encontró en la galería principal de Falu Ffail, la cual, como la de Haidion, corría a lo largo del palacio. Al llegar a la sala de recepción, se aproximó a un joven y erguido vicechambelán, orgulloso de su librea gris y verde y de su gorra de terciopelo escarlata, que lucía ladeada sobre la oreja derecha, con informal elegancia. Recibió con agrado a la esbelta doncella de bucles cobrizos y ojos azules y le informó con amabilidad que ni el rey Aillas ni el príncipe Dhrun habían llegado.

-El príncipe Dhrun llegará dentro de poco. El rey Aillas ha sufrido una demora y quizá no llegue hasta mañana.

-¿De veras? -preguntó la asombrada Madouc-. ¿Por qué no vienen juntos?

-Es un asunto complicado. El príncipe Dhrun llega a bordo de su nave Nementhe, donde sirve como primer oficial. El rey Aillas se ha entretenido en Dorareis. Su joven reina está en el octavo mes de preñez, e incluso se dudaba de si el rey Aillas podría venir a Avallen. Pero, según nuestros últimos informes, está en camino. Sin embargo, el príncipe Dhrun llegará en cualquier momento. Su buque entró esta mañana en la desembocadura del Camber, con la marea.

Madouc se volvió para mirar la sala. En el extremo opuesto, una arcada conducía a un atrio iluminado por altas claraboyas de vidrio. A ambos lados se erguían estatuas monumentales, dispuestas en un par de hileras enfrentadas.

El vicechambelán siguió la mirada a Madouc.

-Estás observando el Patio de los Dioses Muertos. Las estatuas son muy antiguas.

-¿Cómo se sabe que esos dioses están muertos?

El vicechambelán se encogió de hombros.

-Nunca he profundizado sobre el particular. Quizá los dioses se esfumen o se disipen cuando dejan de venerarlos. Aquellas estatuas fueron adoradas por los antiguos evadnioi, quienes precedieron a los pelasgos. En Troicinet se considera que Gea es aún la Gran Diosa, y en el mar, cerca de Ys, hay un templo consagrado a Atlante. Tal vez estos dioses no estén muertos, después de todo. ¿Te agradaría verlos de cerca?

Dispongo de algunos momentos libres hasta que llegue la próxima partida de dignatarios.

-¿Por qué no? Kylas no vendrá a buscarme entre los Dioses Muertos.

El vicechambelán la condujo al Patio de los Dioses Muertos.

-¡Observa! Allá se yergue Cron el Incognoscible, frente a su terrible esposa Hec, Diosa del Destino. Por puro juego crearon la diferencia entre «sí» y «no»; luego, de nuevo aburridos, decretaron la distinción entre «algo» y «nada». Cuando estas distracciones palidecieron, abrieron las manos y entre los dedos dejaron escurrir la materia, el tiempo, el espacio y la luz, y al final crearon las suficientes cosas como para mantenerse interesados.

-Muy bien -dijo Madouc-, pero ¿dónde adquirieron esos intrincados conocimientos?

-¡Ah! -suspiró el vicechambelán-. ¡Ahí comienza el misterio! Cuando se pregunta a los teólogos acerca del origen de Cron y Hec, se tiran de la barba y cambian de tema. Por descontado que trasciende mi entendimiento. Sabemos que Cron y Hec son el padre y la madre de todos los demás. Allí ves a Atlante y Gea; allí está Fantares, allí Aeris. Éstas son divinidades del agua, la tierra, el fuego y el aire. Apolo el Glorioso es Dios del Sol; Drethre la Bella es Diosa de la Luna. Allí ves a Fluns, Señor de las Batallas; enfrente está Palas, Diosa de la Cosecha. Por último, Adace y Aronice están en oposición, como corresponde. Durante seis meses de cada año Adace es Dios del Dolor, la Crueldad y el Mal, mientras que Aronice es Diosa del Amor y del Afecto. Cuando cambian los equinoccios, cambian de papel y durante los seis meses siguientes Adace es Dios de la Valentía, la Virtud y la Clemencia, y Aronice es Diosa del Despecho, el Odio y la Traición. Por esta razón los llaman el «Par Inconstante».

-Las gentes comunes cambian a cada hora, aun a cada minuto -dijo Madouc-. En comparación, Adace y Aronice parecen bastante estables. De todos modos no me gustaría formar parte de esa familia.

-Astuta observación -dijo el vicechambelán, inspeccionándola una vez más-. ¿Me equivoco o tú eres la distinguida princesa Madouc de Lyonesse?

-Así me llaman, al menos por el momento.

El vicechambelán hizo una reverencia.

-Puedes llamarme Tibalt, con el rango de escudero. Me alegra ayudarte, alteza. Por favor, dime si puedo servirte en algo más.

-Por mera curiosidad -dijo Madouc-, ¿dónde está la mesa Cairbra an Meadhan?

Tibalt, con un elegante ademán, extendió el brazo.

-Aquel portal conduce al Salón de los Héroes.

-Por favor, llévame allí.

-Con gusto.

Un par de guardias provistos de alabardas custodiaban el portal; apenas movieron los ojos cuando se acercaron Madouc y Tibalt, quienes entraron sin contratiempos en el Salón de los Héroes.

-Esta es la parte más vieja de Falu Ffail. Nadie sabe quién instaló estas grandes piedras. Habrás notado que la cámara es circular y tiene un diámetro de treinta y tres yardas. Y allá está la Mesa Redonda: Cairbra an Meadhan.

-Ya veo.

-El diámetro total de la mesa es de catorce yardas y once ells. El anillo externo tiene aproximadamente cinco pies, y fue realizado con olmo incrustado en roble, dejando una abertura central de once yardas de diámetro.

Tibalt guió a Madouc alrededor de la mesa.

-Mira las placas de bronce: nombran a paladines de antaño, e indican su puesto en la mesa.

Madouc se inclinó para estudiar una de las placas.

-Los caracteres son de estilo arcaico, pero legibles. Ésta dice: «Aquí se sienta el caballero Gahun de Hack, feroz como el viento del norte e implacable en la batalla.» Tibalt quedó impresionado.

-¡Eres diestra en el arte de la lectura! ¡Claro que ésa es la prerrogativa de una princesa!

-En efecto. Aun así, muchos plebeyos pueden leer igualmente bien, si se lo proponen. Te recomiendo que lo intentes; no es tan difícil cuando te familiarizas con las muchas formas.

-Princesa, me has inspirado -declaró Tibalt-. Comenzaré a dominar esta facultad de inmediato. ¡Bien! -Señaló el otro extremo de la cámara-. Allí ves Evandig, el Trono de los Reyes de Elder. Estamos en presencia de los poderosos. Se dice que una vez por año sus fantasmas se congregan en esta sala para renovar viejas amistades. ¿Y ahora qué? ¿Deseas ver algo más? Este lugar es algo sombrío, y se usa sólo en ocasiones oficiales.

-¿Se usará durante la presente conferencia?

-¡Por cierto!

-¿Dónde se sentará el rey Casmir, y dónde el rey Aillas y el príncipe Dhrun?

-Lo ignoro, pues eso corresponde al senescal y los heraldos. ¿Quieres ver algo más?

-No, gracias.

Tibalt condujo a Madouc de vuelta al Patio de los Dioses Muertos. Desde la sala de recepción llegaba el murmullo de muchas voces.

-Excúsame, por favor -dijo Tibalt con agitación-. Me he ausentado de mi puesto. Alguien ha llegado y sospecho que es el príncipe Dhrun con su escolta.

Tibalt echó a correr seguido por Madouc. Al entrar en la sala de recepción, Madouc descubrió a Dhrun y tres dignatarios troicinos en compañía del rey Audry, junto con los príncipes Dorcas, Whemus y Jaswyn, y las princesas Cloire y Mahaeve. Madouc se abrió paso entre los cortesanos con la esperanza de acercarse a Dhrun, pero sin éxito; el rey Audry se alejó con el príncipe y su escolta.

Madouc regresó lentamente a sus aposentos. Encontró a Kylas sentada impasible en el vestíbulo.

-Cuando regresé te habías ido -dijo Kylas con voz ofuscada-. ¿Adonde fuiste?

-Eso no viene al caso -dijo Madouc-. No debes ocuparte de detalles de esa índole.

-Es mi deber asistirte -insistió Kylas.

-Cuando requiera tu asistencia, te lo haré saber. Por ahora, puedes retirarte a tus aposentos.

Kylas se puso de pie.

-Regresaré pronto. Han asignado una criada a tu servicio y la ayudaré a vestirte para el banquete nocturno; la reina ha sugerido que te aconseje para que escojas un vestido apropiado.

-Qué disparate -dijo Madouc-. No necesito consejos. No regreses hasta que te llame.

Kylas se marchó de la habitación.

Madouc se vistió temprano, y tras un solo instante de vacilación eligió el vestido de terciopelo «rosa negra». Salió temprano y a solas hacia el salón principal, con la esperanza de hallar a Dhrun antes del banquete.

Dhrun no estaba a la vista. El príncipe Jaswyn, un joven moreno de quince años, tercer hijo de Audry, se le acercó para escoltarla hasta un lugar de la mesa contiguo al suyo. Del otro lado se sentaba el príncipe Raven de Pomperol.

Dhrun se presentó al fin, y fue conducido hasta un asiento al otro lado de la mesa. Se había puesto un jubón azul índigo y una camisa blanca, una indumentaria sencilla que destacaba su tez clara y su bonita melena de pelo rubio. Reparó en Madouc y la saludó con la mano, pero pronto fue abordado por la princesa Cloire, y luego por la reina Linnet de Pomperol.

El banquete continuó, plato tras plato; Madouc terminó por dejar de comer y hasta de saborear los platos que servían los camareros. Las cuatro copas que tenía delante contenían dos tipos de vino tinto, un vino blanco suave y un punzante vino verde; las llenaban cada vez que Madouc bebía un sorbo, y pronto desistió para no marearse. El príncipe Jaswyn era un compañero ameno, al igual que el príncipe Raven, hijo menor del rey Kestrel y hermano del célebre Bittern,[16] quien no había acudido a Avallen porque sufría de reuma y asma. En varias ocasiones Madouc notó que la mirada glacial de la reina Sollace se posaba en ella, pero fingió no notarlo.

Por fin el rey Audry se levantó, dando por concluido el banquete. Una suave música de laúdes y rabeles sonó en el salón de baile contiguo. Madouc presentó apresuradas excusas a los príncipes Jaswyn y Raven, se escurrió de la silla y corrió para alcanzar a Dhrun. La detuvo el príncipe Whemus, que deseaba felicitarla y entablar conversación con ella. Madouc se liberó de él tan rápida y cortésmente como pudo, pero perdió de vista a Dhrun. ¡Ah, allí estaba, del otro lado de la mesa! Madouc reanudó la marcha pero se topó con Kylas, la cual traía un mensaje urgente que transmitió con mal disimulada satisfacción.

-La reina Sollace opina que tu indumentaria es insatisfactoria.

-¡Pues se equivoca! Dile que yo estoy muy satisfecha con ella.

[16]La realeza de Pomperol usa nombres de aves: la reina Linnet («jilguero»), el rey Kestrel («cernícalo»), el príncipe Raven («cuervo»), el príncipe Bittern («avetoro»). (N. del T.)

-Quien no está satisfecha es la reina. Considera que ese vestido es inadecuado para una persona joven e inexperta como tú. Desea que vayamos a tus aposentos, donde debo ayudarte a escoger un vestido más pudoroso y grácil. Ven, debemos ir de inmediato.

-Lamento profundamente que la reina esté disgustada -respondió Madouc-, pero sin duda has interpretado mal sus instrucciones. Ella no esperaría de mí que me cambiara de ropa ahora. Excúsame, y no te me acerques más.

Madouc trató de seguir su marcha, pero Kylas le cerró el paso.

-¡Ya oíste las instrucciones de la rema! ¡No hubo ningún error!

Madouc contuvo su irritación con esfuerzo.

-Dile a la reina que me resulta de lo más desagradable cambiarme ahora de ropa, especialmente porque este vestido me sienta muy bien.

-En absoluto.

-De cualquier modo, apártate. Hay alguien con quien deseo hablar.

-¿A quién te refieres?

-Por favor, Kylas. Esa pregunta es irrelevante. -Madouc la esquivó, pero se encontró con que Dhrun se había perdido de nuevo entre la abigarrada muchedumbre de notables y cortesanos.

Madouc se retiró a un lado del salón. Miró a izquierda y derecha, examinando a cada individuo. Las llamas de cinco candelabros realzaban los mil colores del desfile de indumentarias: granza y azafrán; azul acerado y verde musgo; blanco limón, marrón, pardo y rosado; también el destello de la plata y el fulgor del oro, y por doquier el centelleo de las joyas. Los rostros nadaban bajo el fulgor de las velas como desleídas medusas en una marea de luz: rostros de todas clases, cada cual símbolo del alma que ocultaba. Pero ninguno, ni a izquierda ni a derecha, era el rostro de Dhrun. Una voz le habló al oído.

-¿Por qué me evitas así? ¿Soy ahora tu odiado enemigo?

Madouc se volvió para encontrarse con Dhrun.

-¡Dhrun! -Apenas logró contener un acto impulsivo-. ¡Te he buscado por todas partes! Pero adondequiera iba, desaparecías. Era como perseguir una sombra.

-Al fin me has encontrado, y yo te he encontrado a ti, y estoy azorado.

Madouc sonrió de pura felicidad.

-¡Dime por qué!

-¡Tú sabes por qué! Si dijera más, me sentiría avergonzado.

-Dime de todos modos.

-Muy bien. Supe hace tiempo que te volverías bella... pero no creí que ocurriría tan pronto.

Madouc rió discretamente.

-¿Por qué estás avergonzado?

Dhrun también rió.

-No pareces ofendida ni turbada.

-Entonces diré algo y tal vez yo me avergüence.

Dhrun le cogió ambas manos.

-Escucharé, y prometo no ofenderme.

-Me alegra oír lo que has dicho -susurró Madouc-, pues tu opinión es la única que me importa.

-Si tuviera valor, te besaría -dijo impulsivamente Dhrun.

La timidez embargó a Madouc.

-¡Ahora no! ¡Nos verían todos!

-¡Cierto! ¿Pero qué importa?

Madouc le estrechó las manos.

-Escucha. Tengo algo importante que decirte, pero debes prestarme mucha atención.

-¡Cuentas con ella!

Alguien se acercó a Madouc. La princesa se volvió y se topó con los inquisitivos ojos negros de Kylas.

-¿Vienes a cambiarte de ropa, como desea la reina? -preguntó Kylas.

-No ahora -dijo Madouc-. Explica a la reina que el príncipe Dhrun y yo celebramos una profunda deliberación, y él me consideraría una excéntrica si de pronto echara a correr para cambiarme el vestido.

Se alejó con Dhrun, dejando a Kylas boquiabierta.

-Kylas es bastante insufrible -dijo Madouc-. Vigila cada uno de mis movimientos y los comunica a la reina, aunque no sé con qué propósito, pues la reina no tiene la menor idea de lo que quiero decirte.

-¡Dime, pues! ¿Qué es tan importante?

-¡Tu vida! No soportaría que la perdieses.

-Siento lo mismo que tú. Continúa.

-¿Sabes algo sobre Persilian el Espejo Mágico?

-Mi padre lo ha mencionado.

El rey Audry se acercó a ambos y se detuvo. Miró a Madouc extasiado.

-¿Quién es esta sílfide de cabello brillante? La vi en la mesa, conversando con el príncipe Jaswyn.

-Majestad, permíteme presentarte a la princesa Madouc de Lyonesse.

El rey Audry enarcó las cejas y se atusó el bigote.

-¿Ésta es la criatura sobre quien nos han contado tantas historias extraordinarias? ¡Me deja sin habla!

-Sin duda esas historias eran exageradas, majestad -dijo cortésmente Madouc.

-¿Todas ellas?

-Es posible que en ocasiones mi conducta haya carecido de docilidad y razonamiento. Mi reputación ha sufrido por esa causa.

El rey Audry meneó la cabeza y se acarició la barba.

-¡Triste situación, por cierto! ¡Pero aún tienes tiempo para redimirte!

-Majestad, me has dado nuevas esperanzas -dijo tímidamente Madouc-. ¡No me dejaré vencer por la desesperación!

-Sería una lástima que lo hicieras -declaró el rey Audry-. Vayamos al salón de baile, donde pronto comenzarán las danzas. ¿Cuáles son tus pasos favoritos?

-¡No tengo ninguno, majestad! Nunca me molesté en aprenderlos, y ahora no sé distinguirlos.

-Sin duda sabrás bailar la pavana.

-Sí, majestad.

-Es uno de mis favoritos, pues es grave al tiempo que elegante, y susceptible de mil bonitas complejidades, y ésa será la primera danza.

El príncipe Jaswyn pasó y se inclinó ante Madouc.

-¿Puedo tener el honor de bailar la pavana contigo, alteza?

Madouc miró con tristeza a Dhrun, pero dijo:

-Será un placer, príncipe Jaswyn.

La pavana llegó a su fin. El príncipe Jaswyn condujo a Madouc hasta un lado de la habitación. Madouc buscó a Dhrun; como anteriormente, no estaba a la vista, y chascó la lengua con exasperación. ¿Por qué no se quedaba en un sitio? ¿No comprendía la urgencia de lo que debía revelarle? Madouc miró hacia todas partes, tratando de ver sobre las cabezas de los caballeros y entre los vestidos de las damas. Al fin descubrió a Dhrun en compañía del príncipe Cassander; los dos acababan de entrar en la cámara. Madouc presentó precipitadas excusas al príncipe Jaswyn. Atravesando la habitación, se acercó a ambos príncipes.

Cassander la vio venir con disgusto y la saludó con arrogancia.

-¡Bien, Madouc! ¡Estarás en tu elemento! Ahora tienes la oportunidad de codearte con la sociedad de Avallen.

-Ya lo hice.

-¿Entonces por qué no estás bailando, paseándote e impresionando a los jóvenes con tu ingenio?

-Podría preguntarte lo mismo a ti.

Cassander respondió con hosquedad:

-Esta noche esas diversiones no congenian con mi estado de ánimo, ni con el del príncipe Dhrun. Dada esa circunstancia...

Madouc miró a Dhrun.

-¿También tú estás harto de la vida mundana?

-Tal vez no hasta el punto indicado por el príncipe Cassander -dijo Dhrun, sonriendo.

Cassander frunció el ceño.

-Allí está el príncipe Raven de Pomperol -dijo-. ¿Por qué no comentas con él tus teorías?

-Ahora no. Me siento algo fatigada. ¿Adonde fuisteis ambos, para eludir las exigencias de la vida social?

-Fuimos a otra parte -dijo fríamente Cassander-, para disfrutar de unos instantes de silencio.

-¡Cassander, eres ingenioso! En una celebración de tal magnitud, ¿dónde hallaste un lugar privado?

-Aquí, allá o en otra parte -dijo Cassander-. No tiene importancia.

-Pero despiertas mi curiosidad.

-El príncipe Cassander quiso visitar el Salón de los Héroes -dijo Dhrun-, para honrar una antigua tradición.

-Vaya, surge la verdad -señaló Madouc-. Cassander no es tan frívolo como aparenta. ¿Qué tradición deseabas honrar?

-Es sólo un capricho, nada más -rezongó Cassander-. Los príncipes de sangre real que se sientan apenas un instante en el trono Evandig se aseguran una larga vida y un reinado dichoso... así dice la leyenda.

-Una leyenda muy oscura. Dhrun, ¿también has honrado esa tradición?

Dhrun rió incómodamente.

-El príncipe Cassander insistió en que compartiera con él esos beneficios.

-¡El príncipe Cassander es muy amable! ¿Y te sentaste también a la Mesa Redonda?

-Por un instante.

Madouc suspiró.

-Bien, ahora que esa ceremonia privada os ha calmado, ¿recuerdas que prometiste bailar conmigo?

Dhrun quedó sorprendido, pero respondió:

-¡Claro que sí! Príncipe Cassander, mis excusas.

Cassander hizo un brusco ademán con la cabeza.

-¡Bailad a gusto!

Madouc no llevó a Dhrun a la pista de baile, sino a las sombras de un costado del salón.

-Piensa ahora -dijo-. ¿Hablaste al sentarte en el trono?

-Sólo para cumplir con los términos de la tradición, según me explicó Cassander. Cuando él se sentó en el trono impartió una orden, diciéndome que yo avanzara un paso. A mi vez, yo hice lo mismo.

Madouc cabeceó resignadamente.

-Pues ahora debes temer por tu vida. Puedes morir en cualquier momento.

-¿Qué dices?

-Traté de hablarte de la profecía de Persihan. ¡Ella guía cada hora de tu vida!

-¿Cuál es la profecía?

-Dice que el hijo de la princesa Suldrun, o sea tú, ocupará su legítimo puesto en Cairbra an Meadhan y gobernará desde el trono Evandig antes de haber fenecido. ¡Acabas de cumplir la profecía! Te has sentado a la mesa e impartiste una orden sentado en Evandig, y ahora Casmir puede enviar a sus sicarios. ¡Quizá te asesinen esta misma noche!

Dhrun guardó silencio unos instantes.

-¡La conducta de Cassander me pareció extraña! ¿El conoce la profecía?

-Es difícil saberlo. Es vanidoso y necio, pero no del todo malo. Aun así, obedecería las órdenes del rey Casmir, sin reparar en las consecuencias.

-¿Aunque condujeran al asesinato?

-Obedecería órdenes. Pero no es preciso que él lo haga, pues el rey Casmir trajo a otros sujetos con las habilidades necesarias.

-¡Es un pensamiento escalofriante! ¡Estaré en guardia! Tres buenos caballeros de Troicinet me acompañan, y ellos permanecerán junto a mí.

-¿Cuándo llega tu padre?

-Creo que mañana. ¡Me alegrará verlo!

-También a mí.

Dhrun escrutó el rostro de Madouc. Inclinó la cabeza y la besó en la frente.

-Hiciste lo posible por salvarme de este peligro. Te lo agradezco, querida Madouc. Eres tan lista como bonita.

-Este vestido tiene mucho éxito -dijo Madouc-. El color se llama «rosa negra», y por alguna razón combina bien con mi pelo. El estilo también parecer realzar lo que deberé llamar mi porte. ¡Me intriga, me intriga!

-¿Qué te intriga?

-Recordarás al rey Throbms, desde luego.

-Lo recuerdo bien. En general era benigno, aunque un poco tonto.

-En efecto. Por ciertas razones, me ofreció un hechizo que causó gran revuelo y, a decir verdad, me intimidó con su tremendo poder. Para anularlo, yo debía tirarme de la oreja derecha con los dedos de la mano izquierda. Ahora me intriga saber si tiré con suficiente fuerza.

-Es difícil decirlo -dijo Dhrun.

-Podría hacerlo de nuevo, para ser honesta y para estar tranquila. Pero si al instante me transformara en un flacucha insípida y este bello vestido me colgara sin gracia, sentiría desolación... especialmente si te alejaras y retiraras todos tus cumplidos.

-Quizá sea mejor dejar las cosas como están -dijo Dhrun-. De todos modos, sospecho que ésta eres tú, la parte y el todo.

-Me aseguraré de una vez por todas. El honor lo impone. ¿Estás mirando?

-Muy atentamente.

-Prepárate para lo peor. -Madouc se tiró de la oreja derecha con los dedos de la mano izquierda-. ¿Notaste algún cambio?

-Ninguno.

-Qué alivio. Vayamos a sentarnos en ese diván. Así podré contarte mis aventuras en el Bosque de Tantrevalles.

3

La noche transcurrió sin alarma ni incidente. Un sol rojo mandarina se elevó por el este, y el día comenzó. Madouc despertó temprano y se quedó en la cama pensando. De pronto se levantó, llamó a la criada, se bañó en la tina de pórfido rosado y se puso un vestido de lino azul con cuello blanco. La criada le cepilló el cabello hasta doblegar los bucles cobrizos transformándolos en ondas brillantes, que sujetó con una cinta azul.

Sonó un golpe en la puerta. Madouc ladeó la cabeza y dio rápidas instrucciones a la criada. Hubo otro golpe, agudo y perentorio. La criada entreabrió la puerta y se topó con dos ojos negros que relucían en una cara narigona y cetrina.

-¿No tienes respeto por la princesa? ¡Ella no recibe a nadie tan temprano! ¡Márchate!

Cerró la puerta, ahogando las protestas.

-¡Soy yo, la doncella Kylas! ¡Soy una persona de rango! ¡Ábreme la puerta!

Al no recibir respuesta, Kylas se marchó a sus aposentos, donde trató de abrir la puerta que comunicaba con el vestíbulo de Madouc, y descubrió que estaba cerrada con llave.

Kylas golpeó y gritó:

-¡Abrid, por favor! ¡Soy Kylas!

En vez de obedecer, Madouc se escurrió por la otra puerta, fue hasta el extremo del jardín, se internó en la galería este y se perdió de vista.

Kylas golpeó de nuevo.

-¡Abrid de inmediato! ¡Traigo un mensaje de la reina Sollace!

La criada al fin le franqueó la entrada. Kylas entró impetuosamente.

-¿Madouc? ¡Princesa Madouc! -Entró en la alcoba, miró a izquierda y derecha y entró en el tocador. Al no hallar rastros de su presa, habló en dirección al cuarto de baño-: ¡Princesa Madouc! ¿Estás ahí? La reina insiste en verte al instante para darte instrucciones. ¿Princesa Madouc? -Kylas miró en el cuarto de baño y se volvió encolerizada hacia la criada-. ¿Dónde está la princesa?

-Ya ha salido, señoría.

-Eso ya puedo verlo por mí misma. ¿Pero a dónde?

-No sé decirte.

Kylas graznó con fastidio y se marchó.

Madouc se había dirigido al Salón Matinal, como había recomendado la noche anterior el príncipe Jaswyn. Era una sala grande, grata y aireada, en la que el sol penetraba por altas ventanas de vidrio. Había un aparador con un centenar de platos, fuentes, cuencos y trincheros, repleto de manjares de muchos tipos.

Madouc encontró al rey Audry y al príncipe Jaswyn ya levantados, desayunando. El príncipe Jaswyn se incorporó galantemente y escoltó a Madouc hasta la mesa.

-El desayuno es informal -dijo el rey Audry-. Puedes servirte o llamar a los camareros, como desees. Yo no pasaría por alto los hortelanos ni las pitorras, pues ambos son excelentes. Pedí liebre y jabalí, pero mis cazadores no tuvieron suerte y hoy deberemos prescindir de ellos. Tampoco comeremos venado, el cual, después de todo, es un tanto excesivo para el desayuno, especialmente en guiso. Por favor, no tomes a mal mi magro ofrecimiento; sin duda comes mejor en Haidion.

-Habitualmente encuentro lo suficiente para comer, de un modo u otro -dijo Madouc-. No suelo quejarme, a menos que las gachas estén quemadas.

-Al último cocinero que quemó las gachas lo mandé azotar -dijo el rey Audry-. Desde entonces no hemos tenido más contratiempos.

Madouc caminó a lo largo del aparador y se sirvió cuatro hortelanos rechonchos, una tortilla de hierba mora y perejil, pastelillos de manteca y un cuenco de fresas con crema.

-¿Qué? ¿No hay pescado? -exclamó el consternado rey Audry-. ¡Es nuestra fama y nuestro orgullo! ¡Camarero! Trae a la princesa salmón en salsa de vino con guisantes frescos, y también un trozo de langosta en crema de azafrán. También, ¿por qué no?, una docena de coquinas y caracoles, y no escatimes la mantequilla de ajo.

Madouc miró dubitativamente los platos que le sirvieron.

-Me temo que engordaría mucho si comiera contigo regularmente.

-Es un riesgo delicioso de correr-dijo el rey Audry. Se volvió hacia un funcionario que se acercaba-. Bien, Evian, ¿qué noticias traes?

-El Flor Velas fue avistado en la desembocadura del Camber, majestad. El rey Aillas arribará prontamente, a menos que el viento se lo impida.

-¿Cómo sopla el viento ahora?

-Cambiante, majestad. Del norte al noroeste, con algunas ráfagas del oeste. Las veletas no son de fiar.

-No es un viento favorable -dijo el rey Audry-. Con todo, debemos iniciar nuestra conferencia a la hora convenida; una partida puntual propicia un feliz viaje. ¿Tengo razón, princesa?

-Comparto tu opinión, majestad. Los hortelanos están deliciosos.

-¡Muchacha lista! Bien, esperaba que el rey Aillas estuviera presente en las ceremonias de inauguración, pero no nos demoraremos, y él no se perderá nada sustancial, pues debemos empezar por un par de rondas de encomios, salutaciones, nobles autorrecriminaciones, alusiones laudatorias y demás. Hasta que llegue el rey Aillas, el príncipe Dhrun escuchará con los oídos de Troicinet, y pronunciará las

alabanzas troicinas oficiales. Es demasiado joven para tal servicio, pero le servirá de entrenamiento.

Dhrun y sus tres compañeros entraron en el Salón Matinal. Se acercaron a la mesa del rey Audry.

-Buenos días, majestad -dijo Dhrun-. Buenos días, príncipe Jaswyn, y también para ti, princesa.

-Te deseamos lo mismo -dijo el rey Audry-. La nave de tu padre surca la boca del Camber y llegará pronto... sin duda antes de que termine el día.

-Buena noticia.

-Entretanto, la conferencia comenzará puntualmente. Tú actuarás en el lugar del rey Aillas hasta que él llegue. Prepárate, pues, para pronunciar una oración resonante e inspiradora.

-¡Esa es mala noticia!

El rey Audry rió.

-No todas las actividades de los reyes son igualmente placenteras.

-Ya lo sospechaba, majestad, después de observar a mi padre.

-Jaswyn sin duda ha llegado a la misma conclusión -dijo el rey Audry-. ¿Tengo razón, Jaswyn?

-Sin duda, majestad.

El rey Audry asintió plácidamente y se volvió hacia Dhrun.

-Te estoy impidiendo que desayunes. ¡Ve a fortalecerte!

-El rey Audry recomienda los hortelanos y la pitorra -intervino Madouc-. También insistió en que comiera caracoles y coquinas.

-Tendré en cuenta tu consejo, como siempre -dijo Dhrun. El y sus camaradas fueron al aparador.

Poco después el príncipe Cassander entró en el refectorio con su amigo Camrols. Cassander se detuvo y escudriñó la habitación. Se aproximó al rey Audry y le presentó sus respetos:

-El rey Casmir y la reina Sollace desayunaron en sus aposentos. Se presentarán en el Salón de los Héroes a la hora convenida.

-Para la cual no falta mucho -dijo el rey Audry-. La mañana ha volado deprisa.

Cassander se volvió hacia Madouc.

-La reina Sollace desea que la veas de inmediato. Te advierto que no le ha gustado nada tu esquiva conducta, que raya en la franca insubordinación.

-La reina deberá postergar sus censuras o, mejor aún, olvidarlas -dijo Madouc-. Ahora estoy desayunando con el rey Audry y el príncipe Jaswyn si me fuera precipitadamente, cometería un acto de imperdonable grosería. Más aún: Cassander, tus modales dejan mucho que desear. En primer lugar...

Cassander, reparando en el aire divertido del rey Audry, se encolerizó.

-Suficiente. ¡Más que suficiente! En cuanto a los modales, eres tú, no yo, quien será enviada de vuelta a Haidion en menos de una hora.

-¡Imposible! -dijo Madouc-. El rey Audry ha insistido en que esté presente en la conferencia, para mejorar mi educación. ¡No me atrevo a desobedecerlo!

-Claro que no -dijo el rey Audry con voz afable-. Vamos, príncipe Cassander, te suplico que te relajes. El mundo no se derrumbará por la alegre naturaleza de Madouc. Deja que se divierta sin reproches.

Cassander se inclinó con glacial urbanidad.

-Se hará como digas, majestad.

Cassander y Camrols se dieron la vuelta y fueron a servirse el desayuno.

Transcurrió media hora. Tramador, primer chambelán de Falu Ffail, hizo acto de presencia y habló en voz baja con el rey Audry, el cual suspiró y se puso en pie.

-En verdad, prefiero el Salón Matinal al Salón de los Héroes y, asimismo, el nutrido aparador a Cairbra an Meadhan.

-¿Por qué no celebramos la conferencia aquí en vez de allá? -sugirió Madouc-. Así, el que se aburra con los discursos podrá engullir un hortelano para entretenerse.

-La idea no es del todo mala -dijo el rey Audry-. Sin embargo, el plan está establecido y no se puede alterar sin riesgo de causar confusiones. ¿Vienes, príncipe Dhrun?

-Estoy preparado, majestad.

En el corredor, Dhrun aguardó a Madouc.

-Me he transformado en persona de importancia... al menos hasta que llegue mi padre. Quizá me pidan un discurso. Nadie lo escuchará, desde luego, lo cual me da lo mismo, pues no tengo nada que decir.

-Es sencillo. Puedes desear a todos un largo reinado y manifestar tus esperanzas de que los godos invadan otros lugares.

-Eso bastaría. Además, es posible que mi padre llegue antes de que yo tenga que hablar, con lo cual abandonaré gustoso mi lugar en la mesa.

Madouc se paró en seco. Dhrun la miró sorprendido.

-¿Qué te preocupa ahora?

-Anoche, por lo que dijiste, te sentaste a la Mesa Redonda.

-En efecto.

-¡Pero es probable que no te hayas sentado en lo que hoy será tu «legítimo puesto»! ¡La profecía aún no está cumplida! ¡Me aseguraré de que el rey Casmir se entere de ello!

Dhrun reflexionó.

-No cambia mucho las cosas, puesto que ahora me dirijo a ocupar ese «legítimo puesto».

-¡Pues no debes hacerlo! ¡Te va la vida en ello!

Dhrun habló con voz hueca:

-No puedo negarme sin faltar a mi honor.

El rey Audry miró por encima del hombro.

-¡Venid, ambos! ¡No hay tiempo para secretos! ¡La reunión va a comenzar!

-Sí, majestad -respondió Dhrun. Madouc no dijo nada.

Los dos entraron en el Salón de los Héroes, ahora iluminado por cuatro candelabros de hierro que pendían sobre la Mesa Redonda sujetos por cadenas de hierro. En cada lugar una lámina de plata cubría la antigua placa de bronce incrustada en la madera.

En el Salón de los Héroes se hallaban los reyes y reinas de las Islas Elder, junto con muchos príncipes y princesas y notables de alto rango. El rey Audry subió a la baja tarima sobre la cual reposaba el trono Evandig. Se dirigió a los presentes:

-Finalmente estamos aquí, todos nosotros, soberanos de las Islas Elder. Hemos venido por muchas razones, con el propósito de dar a conocer nuestras más entrañables esperanzas y aspiraciones, y también para que cada cual pueda ofrecer a los demás el fruto de su sabiduría. Es una ocasión en verdad notable, y será recordada largo tiempo por los historiadores. ¡Reflexionad! ¡Hace años que nuestras tierras no celebran una convocatoria semejante! Todos los reinos están representados, excepto Skaghane, cuyas gentes aún se resisten a toda asociación. He de señalar además que el rey Aillas aún no ha llegado, pero el príncipe Dhrun hablará con la voz de Troicinet hasta que arribe su padre el rey.

»En cuanto a la conferencia y sus felices propósitos, debemos agradecer la iniciativa del rey Casmir. Él sugirió la idea, afirmando la necesidad de un amplio y fluido contacto entre los gobernantes de los diversos estados. Estoy plenamente de acuerdo. Es hora de entablar francas discusiones para que podamos definir sin titubeos nuestras diferencias y cada cual, en su caso, pactar los compromisos y concesiones decretados por la sensatez y la justicia.

«Dicho esto, y quedando aún mucho por decir, sentémonos a la Cairbra an Meadhan. Los heraldos conducirán a cada cual a su sitio, que está indicado con una lámina de plata grabada con claros caracteres. Los demás ocuparán los divanes dispuestos junto a las paredes.

El rey Audry bajó de la tarima y fue hasta la Mesa Redonda, al igual que los demás soberanos y sus consejeros. Heraldos de librea verde y gris guiaron a los dignatarios hasta sus lugares, indicados en las láminas de plata. Uno de los heraldos se acercó a Dhrun, pero no halló el lugar correspondiente. Rodeó la mesa leyendo los nombres, sin encontrar la inscripción.

Ante un asiento faltaba la lámina de plata, y sólo quedaba la antigua placa de bronce incrustada en la negra madera. El heraldo se detuvo ante ese lugar desocupado, leyó la placa de bronce, se inclinó con incredulidad y leyó de nuevo. Fue hacia el rey Audry y lo condujo hasta el lugar vacío.

El rey Audry leyó una y otra vez. A estas alturas la atención de todos los presentes se concentraba en él. El rey se enderezó lentamente y dijo:

-Damas y caballeros, la Cairbra an Meadhan está imbuida de magia, y ha estado actuando. Ya no hay lámina de plata en este sitio; ha desaparecido. El bronce que durante siglos marcó este lugar dice ahora: «HE AQUÍ EL PUESTO DE DHRUN, DONDE ÉL SE SENTARÁ EN EL MOMENTO INDICADO.» Se hizo el silencio. El rey Audry continuó:

-No comprendo el significado de esta magia, ni el sentido exacto de las palabras. Una cosa es clara: la mesa reconoce la presencia del príncipe Dhrun y ha indicado el lugar que le corresponde. Príncipe Dhrun, puedes sentarte.

Dhrun se adelantó con renuencia. Se detuvo ante la silla y se dirigió al rey Audry.

-Majestad, hoy preferiría no sentarme. Permaneceré de pie, si es posible.

-¡Debes sentarte! -exclamó el rey con exasperación-. Todos estamos esperando a que ocupes tu legítimo puesto.

-Majestad, no estoy preparado para participar en vuestras augustas deliberaciones. Es más atinado que permanezca de pie, hasta que llegue mi padre.

El rey Casmir habló con una voz que pretendía ser serena pero denotaba aspereza.

-¡Vamos! No perdamos más tiempo. Siéntate, príncipe Dhrun. Es lo que todos esperamos de ti.

-En efecto -dijo el rey Audry-. No deseamos deliberar ante un asiento vacío. Debes sentarte.

Madouc ya no pudo contenerse.

-¡Dhrun, no te sientes! -exclamó-. Hoy yo me sentaré en tu lugar, y seré tu representante. -Echó a correr y ocupó el sitio correspondiente a Dhrun.

Dhrun permaneció junto a la silla y dijo al rey Audry:

-Majestad, así será, por mi propia elección. Hoy la princesa Madouc será mi representante y ocupará mi lugar y, de ser necesario, hablará con mi voz. Así se cumplen las formalidades y la reunión puede comenzar.

-¡Extraña conducta! -exclamó el desconcertado rey Audry-. ¡No comprendo qué está sucediendo!

-¡Es absurdo! -rugió el rey Casmir-. Madouc, ven aquí deprisa, o afrontarás mi temible disgusto.

-No, majestad. Me sentaré aquí. Hoy no es el día apropiado para que Dhrun ocupe su legítimo puesto ante Cairbra an Meadhan.

El rey Casmir se volvió furiosamente hacia el rey Audry.

-Majestad, pido que llames a tus lacayos y saques a esa necia doncella de la silla, para que el príncipe Dhrun ocupe su lugar. De lo contrario, la conferencia no puede continuar con dignidad.

El rey Audry preguntó con voz turbada:

-Madouc, ¿es uno de tus famosos caprichos?

-Majestad, te aseguro lo contrario. Me siento aquí sólo para que el príncipe Dhrun no ocupe hoy su lugar.

-¡Pero, Madouc, mira la placa de bronce! ¡Establece que ese lugar corresponde a Dhrun!

-«En el momento indicado.» ¡Pero no hoy!

El rey Audry alzó los brazos en un gesto de derrota.

-No veo perjuicio alguno en la situación. La princesa ocupa ese sitio por voluntad del príncipe Dhrun.

El rey Casmir habló de nuevo:

-Madouc, una vez más te pido que abandones el lugar del príncipe Dhrun, para que él pueda sentarse.

El rey Audry miró en torno. Algunos contraían el rostro con disgusto, otros se divertían, otros no parecían darle importancia.

-Majestad -dijo Audry a Casmir-, opino que ningún daño puede hacerse permitiendo que la princesa Madouc se siente donde desea.

-Con tu permiso -dijo el rey Casmir-, yo mismo me encargaré del asunto. Cassander. ten la bondad de escoltar a Madouc a sus aposentos. Si es preciso, que te ayude Camrols.

Sin inmutarse, Madouc observó cómo se aproximaban Cassander y el corpulento Camrols de Cortón Banwald. Hizo un pequeño ademán y emitió un siseo; Camrols saltó en el aire, donde quedó suspendido un instante agitando los pies. Aterrizó sobre las manos y las rodillas y se quedó mirando a Madouc anonadado. Madouc miró a Cassander y chistó de nuevo, con la misma suavidad que antes. Cassander hizo un extraña cabriola, como si girara en dos direcciones al mismo tiempo, y cayó al suelo, rodando una y otra vez.

-El príncipe Cassander y el caballero Camrols han optado por entretenernos con sus hazañas gimnásticas en vez de molestar a la princesa -dijo Dhrun-. Aplaudo el buen tino de ambos y considero que aquí termina este asunto.

-Comparto esa opinión -dijo el rey Audry-. Evidentemente la princesa tiene buenas razones para su aparente capricho. Tal vez lleguemos a conocerlas luego. ¿Tengo razón, princesa?

-Es muy posible, majestad.

-¡Esto es una farsa! -insistió el rey Casmir-. Henos aquí, soberanos de importantes reinos, sufriendo demora por culpa de una mozuela insolente.

-Tal demora ya no es necesaria -declaró Dhrun-. ¡Qué continúe la reunión!

El rey Casmir descargó un puñetazo en la mesa. -¡Me siento ofendido y ultrajado! ¡No participaré en esta conferencia hasta que el príncipe Dhrun haya ocupado su legítimo puesto!

Madouc habló con voz clara:

-Veo que debo explicar mi acto y las razones del enojo del rey Casmir. Tal vez sea mejor, a fin de cuentas, que todos conozcan los hechos. Escuchad y os daré la información que me brindó mi madre.

»Hace mucho tiempo el rey Casmir oyó una profecía de Persihan, el Espejo Mágico. El espejo dijo que el hijo de la princesa Suldrun ocuparía su legítimo puesto en Cairbra an Meadhan y gobernaría desde el trono Evandig antes de haber fenecido. Si así ocurría, el rey Casmir nunca vería realizados sus anhelos de conquistar y gobernar las Islas Elder.

»El rey Casmir nunca supo el nombre del primer y único hijo de Suldrun, y vivió en un permanente estado de angustia. Hace poco tiempo el sacerdote Umphred

reveló la verdad al rey Casmir e identificó a Dhrun como hijo de Suldrun. Desde entonces Casmir ha conspirado buscando un medio para eludir la profecía.

»Por esa razón pidió una conferencia en Falu Ffail. No le interesan la amistad ni la paz; sólo deseaba que Dhrun cumpliera la profecía, para luego poder asesinarlo.

»Anoche el príncipe Cassander persuadió a Dhrun de que se sentara en el trono Evandig e impartiera una orden. Hoy Dhrun sólo necesita ocupar su sitio ante la Mesa Redonda para satisfacer los términos de la profecía; luego no habrá inconvenientes para asesinarlo, tal vez esta misma noche. Una flecha desde el seto o un cuchillo entre las sombras, y Dhrun estará muerto. ¿Quién cometería ese acto? Hay cuatro sujetos que nos acompañaron hasta Avallen: no me atrevo a llamarlos malhechores y asesinos por temor a calumniarlos, pero no eran caballeros ni soldados.

»Ahora todos saben lo que sé y mis razones para negar a Dhrun su lugar. Juzgad vosotros mismos si es un capricho. Luego permitid que continúe la conferencia.

Un silencio se impuso en el Salón de los Héroes.

Finalmente el rey Audry dijo con voz trémula:

-Los presentes están alarmados e irritados ante estas revelaciones. Hemos oído una insólita serie de acusaciones, que lamentablemente suenan auténticas. Aun así, tal vez el rey Casmir pueda refutarlas. ¿Qué dices, Casmir de Lyonesse?

-Digo que esa mocosa díscola miente con desfachatez, con un ruin desdén por la verdad y un regodeo aún más ruin en la pura depravación. Cuando regresemos a Lyonesse, recibirá severas instrucciones sobre las virtudes de la veracidad.

Madouc se rió burlonamente.

-¿Crees que estoy loca? No regresaré a Lyonesse.

-En efecto, creo que estás loca -replicó cuidadosamente Casmir-. ¡Tus historias son delirios lunáticos! ¡No sé nada de Persilian el Espejo Mágico, ni de su profecía!

Una nueva voz habló:

-¡Mientes, Casmir, y tú eres el embustero! -El rey Aillas entró lentamente en el Salón de los Héroes-. Yo mismo, con estas manos, tomé el Espejo Mágico de tu lugar secreto y lo sepulté bajo el árbol de lima del jardín de Suldrun. Lo único nuevo para mí, en estas revelaciones, es la intervención del padre Umphred, quien ya había causado grandes pesares a Suldrun. Algún día ajustaremos cuentas con ese sacerdote.

El rey Casmir guardó silencio, el rostro enrojecido. El rey Audry habló:

-Esperaba que esta conferencia creara una nueva camaradería entre los reyes de las Islas Elder, y tal vez sepultara nuestras viejas rencillas para que todos pudiéramos reducir nuestros ejércitos, abandonar nuestros fuertes y enviar a casa a nuestros labriegos, a cultivar la tierra para mayor prosperidad de todos. Tal vez he sido demasiado idealista al albergar tal esperanza.

-En absoluto -dijo Aillas-. Admitiré sin rodeos que desprecio a Casmir el hombre. Nunca olvidaré ni perdonaré sus actos de crueldad. Aun así, debo tratar con Casmir el rey de Lyonesse, y lo haré cortésmente si él respalda mis decisiones. Lo reitero aquí y ahora, pues es sencillo y todos debieran comprenderlo. No permitiremos que un país fuerte y agresivo ataque a un país pasivo y pacífico. Para ser más explícito: si Dahaut reúne numerosos efectivos para atacar a Lyonesse, lucharíamos de inmediato del lado de Lyonesse. Si Lyonesse neciamente optara por invadir Dahaut, nuestras

fuerzas marcharían al instante contra Lyonesse. Mientras reine la paz, defenderemos la paz. Ésa es nuestra política nacional.

-¡Muy bien! -dijo escépticamente el rey Kestrel de Pomperol-. Sin embargo, tú tomaste Ulflandia del Sur y Ulflandia del Norte mediante la conquista.

-¡En absoluto! Soy el legítimo rey de Ulflandia del Sur por las leyes de descendencia. El trono de Ulflandia del Norte me fue confiado por el moribundo rey Gax, para que yo repeliera a los ska. Así lo hice, y las Ulflandias están ahora libres de sus antiguos temores.

-Retienes tierras en mis marcas occidentales -dijo el rey Audry con vacilación-, y te niegas a devolverlas.

-Arrebaté la fortaleza Poelitetz a los ska, cosa que tú no pudiste hacer, y ahora la retengo porque constituye el límite natural entre nuestros países. Indirectamente, Poelitetz contribuye a resguardar a Dahaut.

-Hmm -rezongó el rey Audry-. No discutiré ese punto aquí, pues se trata de una cuestión más o menos trivial. Que cada partícipe sentado alrededor de esta mesa exprese su opinión por turno.

Cada notable manifestó su parecer, en general revelando una cauta propensión a la amistad. Al fin llegó el turno a Dhrun. Madouc dijo:

-Como actúo como sustituta del príncipe Dhrun, suscribiré en su nombre las políticas del rey Aillas. Hablando en mi propio nombre, la princesa Madouc de Lyonesse, deploro...

-¡Cállate, Madouc! -rugió el rey Casmir con repentina furia-. A partir de este momento ya no eres princesa de Haidion ni de ninguna parte. Eres el anónimo engendro de una semihumana ligera de cascos y un trotamundos sin linaje ni ascendencia conocida. Como tal, no tienes voz ante esta mesa de notables. ¡Silencio!

El rey Audry se aclaró la garganta.

-El rey Casmir tiene razón en su observación, aunque los términos sean excesivamente rudos. Dictamino que la doncella Madouc ya no puede hablar con voz propia en esta conferencia, por amenas que sean sus observaciones.

-Bien, majestad -dijo Madouc-. No diré más.

-No veo razones para prolongar esta deliberación -comentó ásperamente el rey Casmir-, y mucho menos en las presentes condiciones.

El rey Audry dijo con consternación:

-Hoy hemos presenciado divergencias y fricciones, pero quizás estas heridas puedan sanar y nuestras diferencias puedan enterrarse en una sesión posterior... tal vez al final de la tarde, o mañana. Para entonces todos estaremos con el ánimo más templado y veremos con mayor claridad las concesiones que hagamos por el bien general.

-¿Concesiones? -bramó el fornido rey Dartweg de Godelia-. Yo no tengo ninguna concesión que hacer. ¡Todo lo contrario! ¡Deseo que Audry castigue a sus castellanos de la Marca! No tenemos buenos bosques en Godelia, y cuando nuestros cazadores se aventuran en Dahaut persiguiendo un apetitoso venado, las malditas patrullas daut interfieren. ¡Esa práctica ofensiva debe terminar!

-Eso no es razonable -dijo fríamente el rey Audry-. Tengo una queja mucho más urgente contra ti: tu respaldo a los rebeldes de Wysrod, que no nos dan tregua.

-Son buenos celtas -declaró el rey Dartweg-. Merecen tierras, y han escogido Wysrod. Todo hombre honesto debería ceder tierras para ayudarles. Es vergonzoso, rey Audry, que expongas este caso.

El rey Audry se enfureció.

-Mi intento de reunir a hombres sabios para un festín de la lógica y un banquete de la razón ha atraído a una pandilla de imbéciles y retrasados a nuestra augusta presencia, pero el protocolo me prohibe citar nombres. He perdido la esperanza, la fe y la paciencia, y declaro el fin de las deliberaciones.

4

Los dignatarios y las damas que se habían reunido en el Salón de los Héroes se marcharon despacio. Atravesaron el Patio de los Dioses Muertos y pasaron a la sala de recepción, donde, mirando a derecha e izquierda, se reunieron en grupos vacilantes para comentar lo sucedido con voz cauta. Las damas solían centrar sus charlas en Madouc. Su conducta se analizó desde diversas perspectivas; se usaron términos como «descarada», «terca», «histriónica», «vanidosa», «histérica» e «intratable», así como la palabra «precoz». Aunque nadie estaba de acuerdo en cómo aplicar exactamente esta última, existía el tácito acuerdo de que era una palabra atinada.

En cuanto a Madouc, fue a sentarse a un lado de la sala de recepción en compañía del príncipe Jaswyn. Los dos guardaron silencio durante un rato, mientras Madouc se preguntaba qué haría de su vida a continuación.

El príncipe Jaswyn preguntó cautamente, intrigado por el misterio que rodeaba el nacimiento de la princesa:

-¿Tu madre es de veras un hada?

-Sí. Ella es Twisk del Cabello Azul.

-¿La amas, y ella te ama?

Madouc se encogió de hombros.

-La palabra no tiene para un hada el mismo significado que para ti... o para mí.

-Nunca lo noté antes, ni pensé en ello, pero ahora que te miro, tu parte feérica se aprecia con claridad, así como cierta audaz despreocupación que sólo podría venir del mundo de las hadas.

Madouc sonrió vagamente y miró hacia el otro lado de la sala, donde el rey Casmir conversaba con Dartweg de Godelia.

-En este momento no me siento despreocupada, y mucho menos audaz. Mi sangre de hada se agota; he vivido demasiado tiempo lejos del shee, entre hombres y mujeres humanos.

-¿Y tu padre es hombre o semihumano?

-Se llama Pellinore: eso le dijo a mi madre, pero ambos estaban de ánimo juguetón. Luego supe que el caballero Pellinore es una criatura de fábula, un caballero

andante que mata dragones, castiga a los caballeros deshonestos y rescata a bellas doncellas de espantosos encantamientos. También toca el laúd y canta canciones tristes, y habla el idioma de las flores.

-¿Y este falso Pellinore embaucó a tu madre con falsos títulos?

-No. Las cosas no fueron así. Habló con el lenguaje del romanticismo, sin pensar que algún día yo desearía encontrarlo. -Madouc advirtió que la doncella Kylas se acercaba-. ¿Y ahora qué quieren de mí?

El príncipe Jaswyn rió.

-Me sorprende que reconozcan siquiera tu existencia.

-No me olvidarán tan pronto -dijo Madouc.

Kylas se detuvo y estudió a Madouc.

-Se dicen cosas extrañas sobre ti -dijo al cabo de un momento.

-No me interesa -replicó Madouc-. Si es todo lo que viniste a decirme, puedes irte.

Kylas ignoró sus palabras.

-Traigo un mensaje de la rema. Ordena que te prepares para partir. Nos marcharemos pronto. Debes ir de inmediato a tus aposentos.

Madouc rió.

-Ya no soy princesa de Lyonesse. No tengo lugar en el séquito de la reina.

-No obstante, has oído la orden de la reina. Yo te llevaré.

-No es necesario. No regresaré a Haidion.

Kylas la miró boquiabierta.

-¿Te opones sin ambages a la voluntad de la reina?

-Llámalo como quieras.

Kylas dio medio vuelta y se alejó. Poco después, Madouc vio que la reina Sollace marchaba hacia el lugar donde el rey Casmir deliberaba con el rey Dartweg. La reina dijo algo, señalando a Madouc con sus dedos blancos. El rey Casmir se volvió y Madouc sintió un nudo en el estómago. Casmir dijo unas palabras a la reina y continuó su conversación con el rey Dartweg.

Alguien se había acercado a Madouc. Ella alzó los ojos y descubrió a Dhrun. Él se inclinó en una reverencia formal.

-Si el príncipe Jaswyn permite mi intrusión, te invitaré a caminar por los jardines.

Madouc miró al príncipe Jaswyn, que se levantó amablemente.

-¡Desde luego! ¡Nuestros jardines son famosos! ¡Los encontraréis refrescantes después de esta agitada mañana!

-Gracias por tu cortesía, Jaswyn -dijo Dhrun.

Jaswyn se alejó. Dhrun y Madouc salieron al aire libre y pasearon por los jardines que rodeaban el palacio, entre fuentes, estatuas, parterres, arriates y verdes parques.

-Vi a la doncella Kylas hablando contigo -dijo Dhrun-. ¿Cuál era su mensaje?

-Me comunicó una orden de la reina. Desea que vaya a mis aposentos, a prepararme para el viaje de regreso a Haidion.

Dhrun rió incrédulamente.

-¿Y qué respondiste?

-Dije que no, desde luego. Kylas se quedó estupefacta y se marchó airadamente. Poco después la reina Sollace se quejó a Casmir. El rey me lanzó una mirada que me dio escalofríos.

Dhrun le cogió la mano.

-Vendrás a Troicinet. ¿Estás de acuerdo?

-Sí. Sobre todo porque no tengo adonde ir. Dudo de que alguna vez encuentre a mi padre, y tal vez así sea mejor.

Dhrun la condujo hasta un banco y ambos se sentaron.

-¿Por qué lo dices? -preguntó Dhrun.

-En verdad, tengo miedo de lo que pueda encontrar. Cuando Pellinore conoció a mi madre era un hombre despreocupado y lleno de artificiosa alegría. Ahora todo ha cambiado. Han pasado muchos años. Tal vez se haya vuelto austero y distante, o tenga costumbres rígidas, o se haya casado con una mujer agria que le ha dado hijos desagradables. Nadie simpatizaría conmigo ni me acogería en la familia.

-Si hallaras a ese hombre infortunado, lo prudente sería acercarse a él anónimamente, y con gran cautela.

-Aun así, al final tendría que revelar quién soy. Sin duda él insistiría en que, me gustase o no, me uniera a su sórdido hogar, y tal vez yo no deseara hacerlo.

-Quizá no sea tan malo como crees.

-Quizá no. Podría ser peor, para mi desgracia. No me gustan las gentes sombrías y malhumoradas. Prefiero personas ocurrentes que me hagan reír.

-Bien, parece que yo soy un fracaso... al igual que el desdichado Pellinore, con su cruel esposa y sus hijos malolientes. Rara vez te veo reír.

-¡Estoy riendo ahora! A veces sonrío discretamente cuando no miras, e incluso cuando pienso en ti.

Dhrun la miró a la cara y dijo:

-Compadezco al desdichado con quien decidas casarte. Vivirá en un estado de nerviosismo constante.

-¡En absoluto! -respondió altivamente Madouc-. Yo me dedicaría a educarlo, y eso sería muy fácil, una vez que él aprendiera ciertas reglas sencillas. Estaría bien alimentado, y me sentaría con él si sus modales fueran corteses. No le permitiría roncar, ni enjugarse la nariz con la manga, ni cantar a voz en cuello mientras bebiese cerveza, ni tener perros en la casa. Para ganar mis favores, aprendería a arrodillarse cortésmente ante mí para entregarme una rosa roja o un ramillete de violetas, y luego, con su mejor voz, suplicaría el roce de mis dedos.

-¿Y luego?

-Depende de las circunstancias.

-Vaya, el esposo de tus sueños, tal como lo describes, parece un tanto idealista y bastante dócil.

-No del todo, y no siempre.

-Sin duda tendría una vida interesante.

-Eso espero. Desde luego no he pensado seriamente en ello, excepto para decidir con quién me casaré cuando llegue el momento.

-Yo también sé con quién me casaré -dijo Dhrun-. Tiene ojos azules, suaves como el cielo y profundos como el mar, y rizos rojos.

-¿No son más bien cobrizos y dorados?

-En efecto, y aunque todavía es muy joven, su belleza crece a ojos vistas, y no sé cuánto podré resistir las tentaciones que me impulsan.

Madouc lo miró.

-¿Te agradaría besarme ahora, sólo para practicar?

-Claro. -Dhrun la besó, y por un tiempo permanecieron abrazados, la cabeza de Madouc en el hombro de Dhrun-. Ahora, ¿aún temes a Casmir?

Madouc suspiró.

-¡Sí! Y mucho. Aunque por un instante me había olvidado completamente de él.

Dhrun se puso de pie.

-No hay nada que él pueda hacerte, a menos que obedezcas sus órdenes.

-No obedeceré. Sería insensato.

-La conferencia ha terminado, y mi padre no desea incomodar al rey Audry quedándose más tiempo. Desea partir cuanto antes, para aprovechar la bajamar.

-Sólo necesitaré unos minutos, el tiempo de quitarme esta bonita ropa y recoger algunas cosas.

-Ven, te llevaré a tus aposentos.

Dhrun escoltó a Madouc hasta el ala este y hasta su puerta.

-Regresaré dentro de diez minutos. Recuerda: no dejes entrar a nadie, excepto a tu criada.

Diez minutos después, cuando Dhrun volvió a los aposentos de Madouc, la criada dijo que Madouc se había marchado pocos minutos antes, acompañada por tres soldados de Lyonesse.

Dhrun gruñó:

-¡Le dije que mantuviera la puerta cerrada y no recibiera a nadie!

-¡Ella siguió tus instrucciones, pero ellos entraron por la cámara contigua! Kylas les abrió la puerta que da al vestíbulo.

Dhrun regresó corriendo a la sala de recepción. Ya no estaban el rey Casmir ni Audry, ni siquiera Aillas.

Dhrun hizo averiguaciones y al fin descubrió a Aillas en una pequeña cámara contigua a la sala de recepción, conversando con Audry.

Dhrun irrumpió bruscamente.

-¡Casmir se ha llevado a Madouc a la fuerza! ¡Ella pensaba venir con nosotros, pero se ha ido!

Aillas se puso de pie, el rostro tenso de furia.

-¡Casmir se marchó hace cinco minutos! ¡Debemos alcanzarlos antes de que crucen el río! Audry, dame ocho caballos veloces, deprisa.

-¡Los tendrás al instante!

Aillas envió mensajeros a los caballeros de su séquito, ordenándoles que se presentaran de inmediato frente al palacio.

Trajeron caballos de los establos; Aillas, Dhrun y los seis caballeros troicinos montaron y salieron al galope por la carretera que conducía al transbordador del Camber. Más adelante se veía el séquito de Lyonesse, que también marchaba a todo galope.

Dhrun le dijo a Aillas:

-¡No los alcanzaremos! ¡Abordarán la barcaza y se irán!

-¿Cuántos van en el cortejo?

-No puedo distinguirlo. ¡Están demasiado lejos!

-Parece ser una tropa semejante a la nuestra. Casmir no optará por detenerse a luchar.

-¿Para qué luchar cuando puede huir en la barcaza?

-Es cierto.

-Atormentará a Madouc -exclamó furiosamente Dhrun-. Se vengará del modo más atroz.

Aillas asintió sin decir palabra.

Delante de ellos, el grupo de Casmir ascendió al peñasco que bordeaba el río, pasó la cresta y se perdió de vista.

Cinco minutos después el grupo troicino llegó a la linde de la escarpa, desde donde se veía el río. Un cable de cáñamo iba desde un contrafuerte de piedra en una curva del río hasta un contrafuerte similar en Rueda Dentada. El transbordador, unido al río por una soga y una polea que rodaba a lo largo del cable, era impulsado mediante la inclinación del cable. Cuando bajaba la marea, la barcaza viajaba hacia el sur; con la marea alta, la barcaza navegaba hacia el norte. Hacia el oeste, otro cable se inclinaba en dirección contraria, de modo que, con cada cambio de la marea, las naves cruzaban el río en direcciones opuestas.

La embarcación que llevaba a Casmir y su comitiva abandonaba ya la costa. Los jinetes habían desmontado y sujetaban los caballos a un poste. Una forma esbelta arropada en un capa parda revelaba la presencia de Madouc, que parecía tener una mordaza en la boca.

Dhrun miró desesperanzado la barcaza. Casmir se volvió, y su rostro era una impávida máscara blanca.

-Se nos han escapado -dijo Dhrun-. Cuando logremos cruzar el río, estarán al otro lado de Pomperol.

-Ven -dijo Aillas con repentino entusiasmo-. No han escapado aún.

Cabalgó por la escarpa hasta el contrafuerte que sujetaba el cable. Se apeó de un brinco, desenvainó la espada y descargó un golpe contra el tenso cable. Hebra a hebra, nudo tras nudo, el cable se deshilachó. El capitán de la barcaza protestó frenéticamente desde la cabina, pero Aillas no le prestó atención. Golpeó, aserró, cortó; el cable chirriaba y giraba mientas la tensión estiraba las fibras. El cable se partió, y el cabo suelto cayó ladera abajo caracoleando y se hundió en el agua. La barcaza, sin el impulso lateral de la corriente, quedó a la deriva, hacia el mar abierto. El cable chirrió a través de la polea y finalmente se soltó.

La barcaza se deslizaba siguiendo la marea. Casmir y su grupo miraban hacia la costa, abatidos.

-Ven -dijo Aillas-. Abordaremos el Flor Velas; está aguardando nuestra llegada.

El grupo bajó por la escarpa hasta el puerto donde estaba amarrado el Flor Velas, una galeaza de veinticinco metros de longitud con una vela cuadrada, un par de velas latinas y cincuenta remos.

El grupo de Aillas desmontó, dejó los caballos a cargo del capitán de puerto y abordó la nave. Aillas dio órdenes de zarpar.

Las líneas de amarre se soltaron de las bitas; las velas se desplegaron ante un favorable viento norte y la nave se internó en el estuario.

Media hora después el Flor Velas se acercaba a la barcaza y los tripulantes lanzaron los garfios. Aillas permaneció en el puente de popa con Dhrun; ambos contemplaban con rostro inexpresivo el amargo semblante de Casmir. Cassander dirigió un saludo conciliador a Dhrun y Aillas, pero ninguno de ellos respondió y el príncipe les dio altivamente la espalda.

Desde la cubierta de la galeaza arrojaron una escalerilla a la cubierta de la barcaza; cuatro hombres armados descendieron. Ignorando a los demás, fueron hacia Madouc, le quitaron la mordaza y la condujeron a la escalerilla. Dhrun bajó del puente y la ayudó a subir a bordo.

Los hombres armados treparon a bordo del Flor Velas. Casmir miraba inexpresivamente, las piernas separadas.

No se dijo ninguna palabra en ninguna de ambas naves. Aillas observó unos instantes al grupo de Casmir.

-Si yo fuera un rey realmente sabio -le dijo a Dhrun-, mataría a Casmir aquí y ahora, y tal vez también a Cassander, poniendo fin a su dinastía. ¡Mira a Casmir! ¡Casi espera que lo haga! Él no tendría el menor escrúpulo. Nos mataría a ambos y disfrutaría haciéndolo. -Aillas sacudió la cabeza-. Pero no puedo hacerlo. Tal vez lamente de por vida esta debilidad, pero no puedo matar a sangre fría.

Dio una señal. Los tripulantes izaron los garfios a bordo del Flor Velas y dejaron la barcaza en libertad. El viento hinchó las velas; una estela burbujeó a popa y la galeaza navegó río abajo hacia mar abierto.

Desde la costa daut, un par de naves tripuladas por una docena de remeros se lanzó en pos de la barcaza. La arrastraron a remolque y con ayuda de la marea cambiante la llevaron de vuelta al puerto.

XI

1

Tras regresar al castillo de Haidion, el rey Casmir inició una vida de reclusión. No asistía a las reuniones cortesanas, no recibía visitantes, no otorgaba audiencias. Pasaba casi todo el tiempo en sus aposentos, donde caminaba de aquí para allá y se detenía ocasionalmente para mirar por la ventana el Lir gris azulado. La reina Sollace cenaba con él todas las noches, pero el rey Casmir hablaba poco, y a menudo la reina se sumía en un amargo silencio.

Al cabo de cuatro días de cavilación, Casmir llamó a Baltasar, un consejero y mensajero de confianza. Le dio detalladas instrucciones y lo envió a Godeha en una misión secreta.

Con la partida de Baltasar, Casmir reanudó muchas de sus actividades anteriores, aunque su ánimo seguía alterado. Se había vuelto parco, corrosivo y agrio, y quienes se topaban con él o con su justicia, ahora tenían más razones que nunca para arrepentirse.

En el plazo previsto Baltasar regresó, polvoriento y demacrado tras la dura cabalgata, y se presentó de inmediato ante el rey Casmir.

-Llegué a Dun Cruighre sin novedad. La ciudad carece de toda gracia; uno dudaría hasta de albergar los caballos en el palacio real.

»El rey Dartweg no me recibió al punto. Al principio pensé que era por pura perversidad celta, pero pronto supe que estaba agasajando a ciertos notables de Irlanda, y todos estaban ebrios. Finalmente acordó recibirme, pero aun entonces me hizo esperar al costado de la sala mientras zanjaba una disputa relacionada con la preñez de una vaca. La discusión continuó durante una hora y dos veces fue interrumpida por feroces riñas. Traté de seguir el litigio pero me resultó incomprensible. La vaca había sido servida por un toro de raza sin autorización y gratuitamente, gracias a que estaba rota la cerca; el dueño de la vaca no sólo se negaba a pagar por el servicio del semental, sino que exigía una multa alegando que el fogoso toro se había aprovechado ilícitamente de la vaca. El rey Dartweg mascaba un hueso y bebía hidromiel de un cuerno. Resolvió el caso de una manera que aún me deja perplejo, pero que debió de ser equitativa, pues no satisfizo a nadie.

»Por fin me llevaron ante el rey, que estaba muy ebrio. Me preguntó a qué había ido; dije que deseaba una audiencia privada, para entregarle los mensajes confidenciales que me había dado el rey de Lyonesse. Agitó el hueso que roía y declaró que no veía razones para chismorreos, que yo debía hablar con voz clara y valiente, igual que un buen celta. El sigilo y la timidez furtiva eran inútiles y los secretos eran vanos, declaró, pues todos conocían mi propósito tanto como yo mismo; en realidad, podía darme una respuesta sin que yo le describiera mi misión. ¿Eso era adecuado? Él pensaba que lo era, pues apresuraría las cosas y le daría más tiempo para empinar el cuerno.

«Conservé la mayor dignidad posible ante las circunstancias, y declaré que el protocolo me obligaba a requerir una audiencia privada. Me alcanzó el cuerno de

hidromiel y me pidió que lo vaciara de un solo trago. Logré hacerlo, granjeándome así el favor del rey Dartweg, quien me permitió susurrarle el mensaje al oído.

»En definitiva, hablé con el rey Dartweg en tres ocasiones. En cada una de ellas procuró hartarme de fuerte hidromiel, tal vez con la esperanza de que yo me pusiera en ridículo y bailara una giga, o cantara mis secretos. Huelga decir que el intento fue infructuoso, y al final comenzó a considerarme aburrido, y a actuar con hosquedad. En nuestra última reunión barbotó sus inamovibles decisiones. En esencia, quiere los frutos de la victoria sin ninguno de los riesgos. Se unirá gustosamente a nuestra causa, una vez que hayamos demostrado que tenemos ventaja sobre nuestros enemigos.

-Una política cauta, sin duda -dijo Casmir-. Tiene todo que ganar sin nada que perder.

-Eso dio a entender, y dijo que era lo más conveniente para su salud, pues sólo un proyecto de esta naturaleza le permitía dormir bien por las noches.

»Le hablé de la necesidad de un acuerdo específico; se limitó a agitar la mano y a decir que no debías preocuparte en ese sentido. Sostuvo que decidiría el instante preciso para actuar y que entonces intervendría con toda su fuerza.

El rey Casmir gruñó:

-Escuchamos la voz de un jactancioso oportunista. ¿Qué más?

-De Dun Cruighre me embarqué hacia Skaghane, donde me topé con muchas frustraciones pero no recogí ningún fruto. Los ska no sólo son inescrutables y crípticos en su conversación, sino expansivos en sus modales. No quieren ni necesitan alianzas, y sienten clara aversión por todos, salvo por sí mismos. Abordé el asunto que me llevaba allí, pero ellos no le prestaron atención. No dijeron que sí ni que no, como si la propuesta fuera totalmente descabellada. De Skaghane no traigo ninguna noticia.

Casmir se puso en pie y comenzó a caminar. Habló, más para sí mismo que para Baltasar:

-Sólo estamos seguros de nosotros mismos. Dartweg y sus celtas acabarán por servirnos, impulsados por la codicia. Pomperol y Blaloc se quedarán tiesos, paralizados por el miedo. Yo había esperado una distracción, e incluso una rebelión, por parte de los ulflandeses, pero lo único que hacen es agazaparse como hoscos animales en sus altos valles. Torqual, a pesar de mis grandes gastos, no ha hecho nada. El y esa bruja son fugitivos; merodean por los brezales de noche y se ocultan de día. Los labriegos los consideran criaturas maléficas. Tarde o temprano los arrinconarán y los exterminarán como fieras. Nadie los llorará.

2

Shimrod dormitaba en el jardín a la sombra de un laurel. El jardín estaba en su mejor momento. Malvas locas rosadas se erguían como tímidas doncellas en una hilera frente a la mansión; por todas partes azules consólidas reales, margaritas, caléndulas, alisones, verbenas, alelíes y muchas otras flores crecían en matas y racimos.

Shimrod divagaba con los ojos entornados: locuras y fantasías, paisajes exóticos. Dio con una idea atractiva: si los aromas se pudieran representar mediante el color, el aroma de la hierba sólo podría ser un verde fresco. De la misma manera, el de una rosa

se debía representar inevitablemente mediante un rojo aterciopelado, y el perfume del heliotropo sería un cautivante púrpura lavanda.

Shimrod concibió muchas equivalencias parecidas, y se sorprendió de que a menudo sus colores, derivados por inducción, congeniaran con el color natural e irrefutable del objeto que originaba el aroma. Era una notable correspondencia ¿Se podía atribuir a mera coincidencia? Hasta el acre olor de la margarita parecía en perfecta consonancia con la cruda blancura de la flor.

Shimrod sonrió, meditando sobre transferencias similares relacionadas con los demás sentidos. La mente, pensó Shimrod, era un instrumento maravilloso; cuando se la dejaba vagar sin limitaciones, a menudo llegaba a curiosos destinos.

Una alondra sobrevolaba el prado. La escena era apacible. Quizá demasiado apacible, demasiado serena, demasiado silenciosa. Era fácil ser presa de la melancolía pensando en el rápido transcurso de los días. En Trilda faltaban los sonidos del jolgorio, las voces felices.

Shimrod se irguió en la silla. Debía acometer su tarea, y cuanto antes mejor. Se puso en pie y tras una última ojeada al prado de Lally enfiló hacia el taller.

Las mesas, antes atiborradas con una miscelánea de artículos, ahora estaban mucho más ordenadas. Lo que quedaba constituía en su mayor parte una materia reacia, oscura, arcana o intrínsecamente compleja, o quizás habían sido los inquietantes trucos de Tamurello los que la habían vuelto incomprensible.

Shimrod había denominado Lucanor a uno de los objetos que aún investigaba, en honor del dios druida de los Primigenios[17].

Lucanor -el artificio o juguete mágico- consistía en siete discos transparentes cuyo diámetro equivalía a la anchura de una mano. Giraban en el borde de una tablilla circular de ónix negro, a diversa velocidad. Los discos irradiaban colores suaves, y en ocasiones mostraban negros y titilantes puntos de vacuidad que se distribuían en forma aparentemente aleatoria.

Los discos constituían una fuente de perplejidad para Shimrod. Se desplazaban de forma independiente, de modo que en su circuito uno dejaba atrás al otro, y a la vez era alcanzado por un tercero. A veces dos discos rodaban en tándem, de modo que uno se

[17] Un mito de los druidas narra que Lucanor llegó a un banquete celebrado por otros dioses y los encontró bebiendo hidromiel con gran entusiasmo, con lo cual muchos estaban ebrios, mientras otros permanecían inexplicablemente sobrios. ¿Acaso algunos bebían arteramente más de lo que les correspondía? La disparidad ocasionó protestas, y al parecer había una gran riña en ciernes. Lucanor impuso serenidad al grupo, declarando que la controversia podía zanjarse sin golpes ni rencores. Entonces Lucanor formuló el concepto de los números y la enumeración, que hasta entonces no existía. Los dioses podían así medir con precisión la cantidad de cuernos que cada cual consumía y, mediante este nuevo método, garantizar la equidad general y explicar por qué algunos estaban ebrios y otros no. «La respuesta es simple una vez que se domina el nuevo método -dijo Lucanor-: los dioses ebrios han bebido más cuernos que los dioses sobrios, y el misterio queda resuelto.» Gracias a este acto, la invención de las matemáticas, Lucanor conquistó grandes honores.
Lucanor cumplía tres tareas: tramaba la forma de las constelaciones y, cuando era necesario, alteraba la posición de los astros; asignaba a cada cosa del mundo el nombre secreto por el cual se le confirmaba o negaba la existencia; regulaba el ciclo mediante el cual el final del futuro se fundía con el comienzo del pasado. En las descripciones de los druidas, Lucanor usaba zapatos de doble punta, con dedos que se extendían hacia adelante y hacia atrás. Un círculo de hierro con siete discos dorados le ceñía la cabeza. Lucanor era un dios solitario que se mantenía apartado de los dioses menores del panteón de los druidas, inspirándoles temor y reverencia.

superponía al otro, como si una atracción los conservara unidos unos instantes. Luego se desprendían y cada cual seguía de nuevo su propio curso. En raras ocasiones, un tercer disco se juntaba con dos que giraban juntos, y por un tiempo el tercer disco también se demoraba, por un período perceptiblemente más largo que si sólo hubiera dos discos unidos. Shimrod había observado un par de veces la rara ocasión en que cuatro discos se unían en su trayectoria, y entonces permanecían adheridos unos veinte segundos antes de separarse.

Shimrod había instalado a Lucanor en un banco para que recibiera la luz de la tarde, aunque también era el lugar desde donde más podía distraerlo de sus otros trabajos. ¿Era Lucanor un juguete, una compleja curiosidad o una representación de un proceso más vasto?

Se preguntó si alguna vez cinco discos girarían juntos, o seis, o incluso siete. Trató de calcular la probabilidad de tales conjunciones, sin éxito. Aunque las probabilidades pudieran ser reales, debían de ser muy remotas.

En ocasiones, cuando dos discos giraban juntos, sus motas o agujeros negros se desarrollaban simultáneamente, y a veces se superponían. En una ocasión en la que tres discos giraban juntos, aparecieron motas negras en los tres, y por alguna extraña razón quedaron superpuestas. Shimrod escrutó los agujeros alineados mientras giraban los discos, y para su sorpresa vio fluctuantes líneas de fuego, como relámpagos lejanos.

Los agujeros negros desaparecieron; los discos se separaron y siguieron sus respectivas trayectorias.

Shimrod examinó a Lucanor. Aquel artilugio sin duda cumplía un propósito seno. ¿Pero cuál? No pudo llegar a ninguna teoría sensata. Tal vez debía mostrárselo a Murgen, pero no lo hizo, pues prefería resolver el enigma por sí mismo. Aún quedaban por descifrar tres volúmenes de Tamurello; tal vez hubiera alguna referencia a Lucanor en uno de esos tomos.

Shimrod reanudó su labor, si bien continuó observando los siete discos. Pero éstos lo distraían tanto que acabó por poner a un sandestín inferior a vigilar las coincidencias inusitadas y llevó a Lucanor a un rincón alejado del taller.

Pasaron los días; Shimrod no halló ninguna referencia a Lucanor en los libros, y poco a poco perdió interés en los discos.

Una mañana Shimrod se dirigió al taller como de costumbre. En cuanto atravesó la puerta, el sandestín le gritó alarmado:

-¡Shimrod! ¡Mira los discos! ¡Hay cinco girando en conjunción!

Shimrod cruzó el taller en un par de zancadas y observó con azoramiento. En efecto, cinco discos unidos giraban como uno solo por la periferia de la tablilla. Más aún, no manifestaban la menor disposición de separarse. ¿Qué era aquello? Un sexto disco alcanzó a los otros cinco y, ante la mirada de Shimrod, se acercó, titiló, y se fundió con los demás.

Shimrod observó fascinado, seguro de que presenciaba un acontecimiento importante o, más probablemente, la representación de tal acontecimiento. Al fin, el séptimo y último disco se reunió con los demás y los siete giraron como uno. Ese único disco cambió de color, cobrando un tono marrón, púrpura y negro; rodaba letárgicamente, sin intención de separarse. En el centro crecía una densa mancha negra.

Shimrod se agachó para mirar por el agujero; vio lo que parecía ser un paisaje de objetos negros perfilados contra un fuego áureo.

Shimrod se apartó de Lucanor y corrió a su banco de trabajo.

Golpeó un pequeño gong de plata y aguardó ante un espejo redondo.

Murgen no respondió. Shimrod golpeó de nuevo, con más fuerza. Tampoco recibió respuesta.

Shimrod contrajo la cara en una mueca de preocupación. En ocasiones Murgen salía a caminar por la muralla, pero rara vez abandonaba Swer Smod y habitualmente prevenía a Shimrod sobre sus movimientos.

Shimrod golpeó el gong por tercera vez, con el mismo resultado: silencio. Atribulado e inquieto, Shimrod fue a mirar de nuevo a Lucanor.

3

A lo largo de la cresta del Teach tac Teach, desde el Troagh, en el sur, hasta la grieta de Gwyr Air en el norte, una hilera de peñascos se erguía en una hilera imponente, cada cual más tosco y majestuoso que los demás. En el centro, el monte Sobh se elevaba como una protuberancia trapezoidal de granito que hendía las nubes; Arra Kaw, más al norte, era aún más árido y desolado.

En el lugar donde los brezales lamían la base del Arra Kaw, cinco altos dólmenes, los «Hijos del Arra Kaw», formaban un círculo que encerraba una superficie de quince metros de diámetro. Una tosca cabaña de piedra y turba se erguía hacia el oeste, donde la piedra ofrecía cierta protección contra el viento. Las nubes galopaban en el cielo, cubriendo el sol para arrojar fugaces sombras sobre los pardos brezales. El viento soplaba por entre las rendijas de los cinco Hijos, con un gemido suave que palpitaba y ondulaba, cambiando de fuerza y dirección.

Ante la cabaña, una pequeña fogata ardía vivaz bajo una marmita de hierro que colgaba de un delgado trípode. Junto al fuego estaba Torqual, mirando lúgubremente las llamas. La impasible y frágil Melancthe, envuelta en un grueso manto pardo, estaba arrodillada frente a Torqual, revolviendo el contenido de la marmita. Se había cortado el pelo y llevaba un casco de cuero blando que le ceñía los rizos lustrosos y oscuros.

Torqual creyó oír una voz. Dio media vuelta y ladeó la cabeza para escuchar. Se volvió hacia Melancthe, quien había alzado la cabeza.

-¿Óiste esa llamada?

-Quizá.

Torqual fue hasta una rendija entre los hijos y escudriñó los brezales. Quince kilómetros al norte se erguía el risco llamado Tangue Fna, más alto y más abrupto que el Arra Kaw. Entre los dos riscos se extendían los páramos, moteados por las movedizas sombras de las nubes. Torqual vio un halcón que se deslizaba hacia el este en el viento. El halcón soltó un graznido salvaje, casi inaudible.

Torqual decidió relajarse, aunque de mala gana, como si ansiara que alguien se atreviese a atacarlo. Regresó hacia la fogata y caviló. Melancthe se había puesto de pie, el rostro transfigurado, y caminaba hacia la cabaña. Torqual vio la forma de una mujer

en la penumbra del interior. ¿La mente le hacía jugarretas? La forma no sólo parecía desnuda, sino distorsionada, insustancial, e irradiaba algo así como un tenue fulgor verde.

Melancthe, con un andar rígido, entró en la cabaña. Torqual iba a seguirla, pero se detuvo, preguntándose si habría visto bien. Escuchó. El viento calló un instante y un murmullo de voces pareció llegar desde la cabaña.

Ya no podía ignorar la situación. Torqual se dispuso a seguir a Melancthe; pero de pronto ésta salió con paso firme, llevando un utensilio de asas cortas realizado en un metal verdoso que Torqual jamás había visto. Lo tomó por un hacha ornamental, o una pequeña alabarda con una hoja compleja en un lado y una punta filosa en el otro. Una punta similar sobresalía del extremo.

Melancthe se acercó al fuego con paso lento y mesurado, el rostro severo y sombrío. Torqual la miró con una turbadora sospecha. ¡Ésa no era la Melancthe que él conocía! Algo extraño había ocurrido.

-¿Quién es la mujer de la cabaña? -preguntó Torqual.

-No hay nadie allí.

-Oí voces y vi a una mujer. Tal vez era una bruja, pues carecía de sustancia y vestimenta.

-Es posible.

-¿Qué es esa arma o herramienta que llevas?

Melancthe miró el objeto como si lo viera por primera vez.

-Una especie de hacha.

Torqual tendió la mano.

-Dámela.

Melancthe sonrió y meneó la cabeza.

-El contacto con la hoja te mataría.

-Tú la tocas y no estás muerta.

-Soy inmune a la magia verde.

Torqual se acercó a grandes zancadas a la cabaña. Melancthe lo miró sin inmutarse. Torqual escrutó la penumbra pero no descubrió nada. Regresó pensativo hacia el fuego.

-La mujer se ha ido. ¿Por qué hablaste con ella?

-Esa historia debe esperar. Por ahora, puedo decirte esto: ha ocurrido un importante acontecimiento que se planeó tiempo atrás. Ahora tú y yo debemos hacer lo que es necesario que se haga.

-Habla con claridad -rezongó Torqual-. ¡Basta de adivinanzas!

-Exacto. No oirás adivinanzas, sino órdenes precisas. -Melancthe hablaba con voz enérgica y fuerte; erguía la cabeza, y los ojos emitían un destello verde-. Coge tus armas y trae los caballos. Nos marcharemos de este lugar.

Torqual la fulminó con la mirada. Hizo un esfuerzo para controlar la voz.

-No obedezco a ningún hombre ni a ninguna mujer. Voy adonde me apetece, y hago sólo lo que me parece necesario.

-La necesidad ha llegado.

-¡Ja! La necesidad no es mía.

-La necesidad es tuya. Debes honrar el pacto que hiciste con Zagzig el shybalt.

Torqual, sorprendido, frunció el ceño.

-Eso fue hace tiempo -dijo al fin-. El «pacto», como tú lo llamas, fue sólo una charla de bebedores.

-De ninguna manera. Zagzig te ofreció la más bella mujer viviente, para que te sirviera como desearas y adonde fueras, a cambio de que la defendieras a ella y a sus intereses en tiempo de necesidad. Conviniste en ello.

-No veo esa necesidad -gruñó Torqual.

-Te aseguro que existe.

-¡Explícate, pues!

-Lo verás con tus propios ojos. Iremos a Swer Smod, para hacer lo que es necesario.

Torqual la miró con renovado asombro.

-¡Es una locura! Hasta yo temo al supremo Murgen.

-¡No ahora! ¡Se ha abierto un camino y alguien más es supremo! ¡Pero el tiempo es esencial! ¡Debemos actuar antes de que el camino se cierre! Ven, mientras el poder sea nuestro. ¿O prefieres malgastar tu vida en estos brezales ventosos?

Torqual giró sobre los talones y fue a ensillar los caballos. Ambos partieron de los cinco Hijos del Arra Kaw. Cabalgaron a todo galope por el brezal, a veces dejando atrás las sombras de las nubes. Llegaron a un sendero, viraron hacia el este y siguieron montaña abajo, cruzando pedregales, declives y gargantas hasta salir a la cresta de un peñasco que dominaba Swer Smod. Se apearon y bajaron a pie por la ladera, deteniéndose a la sombra de las murallas del castillo.

Melancthe se quitó el casco de cuero y lo usó para envolver la punta del hacha-alabarda. Habló con voz áspera como la piedra.

-Coge el hacha. Ya no puedo llevarla más. No toques la hoja, porque te sorbería la vida.

Torqual cogió con aprensión el mango de madera negra.

-¿Qué hago con ella?

-Yo te daré instrucciones. Escucha mi voz, pero luego no mires atrás, ocurra lo que ocurra. Ahora ve hasta el portal del frente. Yo te seguiré. No mires atrás.

Torqual frunció el ceño, encontrando la aventura muy poco de su agrado. Echó a andar a lo largo de la muralla. A sus espaldas oyó un sonido suave: un suspiro, un jadeo, luego los pasos de Melancthe.

En el portal Torqual se detuvo para escrutar el patio, donde Vus y Vuwas, los demonios que custodiaban la poterna, habían ideado un nuevo entretenimiento para matar el tiempo. Habían entrenado a varios gatos para que cumplieran la función de

corceles de guerra. Los gatos usaban jaeces coloridos, sillas exquisitas y nobles emblemas, y actuaban como monturas para ratas caballerescas, bien entrenadas y vestidas con acero brillante y gallardos yelmos. Las armas eran espadas de madera y lanzas acolchadas; mientras los demonios miraban, apostaban y gritaban eufóricos, los caballeros espoleaban las monturas gatunas y galopaban por la liza en su esfuerzo por derribar a los contrincantes.

Melancthe atravesó el portal; Torqual iba a seguirla. Una voz dijo a sus espaldas:

-Anda con sigilo; los demonios están concentrados en el juego; trataremos de pasar inadvertidos.

Torqual se paró en seco.

-¡No te vuelvas! -advirtió la voz-. Melancthe hará lo necesario. ¡Así justifica su vida! -Torqual notó que Melancthe era ahora igual que antes: la doncella meditabunda que había conocido en la villa blanca junto al mar. La voz dijo-: Avanza en silencio. Ellos no lo notarán.

Torqual siguió a Melancthe. Avanzaron invisibles por el patio. En el último momento, el rojo demonio Vuwas se volvió disgustado -habían derrotado a su gato y su rata- y vio a los intrusos.

-¡Alto! -exclamó-. ¿Quién pasa con sigilosas rodillas y largos pies? ¡Huelo maldad al acecho -le dijo a su compañero-. ¡Ven, Vus! ¡Tenemos trabajo!

-Regresad a vuestro juego, buenos demonios -dijo Melancthe con voz metálica-. Estamos aquí para ayudar a Murgen en sus brujerías, y llegamos tarde, así que dejadnos pasar.

-¡Ése es el lenguaje de los intrusos! ¡Las gentes virtuosas nos traen obsequios! ¡Así distinguimos el bien del mal! Vosotros parecéis representar la segunda categoría.

-Os equivocáis -dijo Melancthe cortésmente-. La próxima vez os traeremos algo. -Se volvió hacia Torqual-. Ve de inmediato. Pide a Murgen que salga y certifique nuestra condición. Aguardaré mientras observo las justas.

Torqual se escabulló aprovechando la momentánea distracción de Vus y Vuwas.

-¡Comenzad un nuevo torneo! -pidió Melancthe-. Haré una apuesta. ¿Cuál es la rata campeona?

-¡Un momento! -exclamó Vus-. ¿Qué es esa repulsiva sombra verde que te sigue?

-No tiene importancia -dijo Torqual. Avivó el paso y llegó a la alta puerta de hierro.

-Descubre el filo del hacha y corta los goznes -dijo la voz a sus espaldas-. Cuida de no mellar la punta, pues debe cumplir otra función.

Un repentino grito de angustia sonó en el patio.

-¡No mires atrás! -rugió la voz. Torqual ya se había dado la vuelta. Descubrió que los demonios se habían arrojado sobre Melancthe y la perseguían por el patio, pateándola con pies puntiagudos y golpeándola con puños afilados. Torqual titubeó, pensando en intervenir. La voz lo apremió-: ¡Corta los goznes! ¡Deprisa!

Por el rabillo del ojo Torqual entrevio la distorsionada silueta de una mujer, hecha de gas verde. Le tembló el cuerpo, los ojos se le salieron de las órbitas, se le revolvió el estómago.

-¡Corta los goznes! -rugió la voz.

-¡Me trajiste hasta aquí en virtud de la imprudente promesa que hice a Zagzig! -rezongó Torqual-. No la negaré, pues nada queda de mi honor salvo la firmeza de mi palabra. Pero el pacto aludía a Melancthe, y ahora ella está a salvo de toda necesidad. No te serviré a ti. Ésa es ahora mi palabra, y puedes confiar en ella.

-Debes hacerlo -dijo la voz-. ¿Quieres un aliciente? ¿Qué anhelas? ¿Poder? ¡Serás rey de Skaghane, si lo deseas, o de ambas Ulflandias!

-No deseo semejante poder.

-Entonces te impulsaré mediante el dolor, aunque pague un alto precio con mis fuerzas, y sufrirás mucho por mis contratiempos.

Torqual oyó un siseo provocado por un gran esfuerzo; unos dedos afilados como pinzas le apretaron la nuca, hundiéndose en ella hasta que el dolor le nubló la vista y le fragmentó el pensamiento.

-Corta los goznes con el filo del hacha. Ten cuidado con la punta.

Torqual desnudó la hoja curva y verdosa y golpeó los goznes. Se derritieron como mantequilla bajo un cuchillo caliente; la puerta se abrió.

-¡Entra! -dijo la voz, y las pinzas presionaron de nuevo. Torqual entró dando tumbos en Swer Smod-. ¡Sigue adelante! ¡Deprisa, por la galería!

Con los ojos desorbitados, Torqual corrió tambaleándose por la galería, hasta el salón principal.

-Llegamos a tiempo -dijo la voz, satisfecha-. Adelante.

En el salón Torqual se topó con una extraña escena. Murgen estaba rígido en la silla, aferrado por seis brazos largos y delgados de un color grisáceo y cubiertos de toscos pelos negros. Los brazos terminaban en manazas, dos de las cuales cogían los tobillos de Murgen; otras dos le asían las muñecas; las dos restantes le tapaban la cara, dejando visibles sólo los ojos grises. Los brazos salían de una ranura o hueco que comunicaba con otro espacio y quedaba detrás de la silla de Murgen. Junto con los brazos, una tenue bruma de luz verde surgía del hueco.

-Ahora daré una tregua a tu dolor -dijo la voz-. Obedece con exactitud, o lo centuplicaré. Mi nombre es Desmei, y poseo un gran poder. ¿Me oyes?

-Te oigo.

-¿Ves un globo de vidrio colgado de una cadena?

-Lo veo.

-Contiene un plasma verde y el esqueleto de una comadreja. Debes subirte a una silla, cortar la cadena con el hacha y bajar el globo con gran cuidado. Con la punta del hacha pincharás el globo, permitiéndome extraer el plasma y así recobrar la plenitud de mis fuerzas. Sellaré la burbuja una vez más, y comprimiré y encerraré a Murgen en una burbuja similar. Luego habré alcanzado mi propósito, y tú serás recompensado tal como mereces. Te digo esto para que actúes con precisión. ¿He hablado con claridad?

-Has hablado con claridad.

-¡Actúa inmediatamente! ¡Adelante! Corta la cadena con toda delicadeza.

Torqual se subió a una silla. Ahora tenía la cara a la altura del esqueleto de comadreja encerrado en el globo. Los ojos negros lo escudriñaban. Torqual alzó el hacha y, como por accidente, golpeó la burbuja de vidrio, de modo que el plasma verde empezó a derramarse. Oyó un tremendo grito de furia a sus espaldas:

-¡Has roto el vidrio!

Torqual cortó la cadena para que el globo cayera; al estrellarse contra el suelo se hizo añicos, y el plasma verde se derramó por todas partes. El esqueleto de comadreja se desperezó dolorosamente y fue a ocultarse bajo una silla. Desmei se arrojó al suelo y recogió la mayor cantidad posible de plasma verde, y de ese modo comenzó a cobrar forma física, mostrando primero el perfil de los órganos internos, luego un contorno. Se arrastraba de un lado a otro, sorbiendo la mancha verde con la boca y la lengua.

Una voz sibilante llegó a oídos de Torqual:

-¡Coge el hacha! ¡Apuñálala con la punta! No vaciles, o todos sufriremos eterno tormento.

Torqual cogió el hacha y saltó hasta Desmei de una zancada. Ella gritó atemorizada:

-¡No lo hagas! -Rodó a un costado y se levantó. Torqual la siguió paso a paso, alzando el hacha, hasta que Desmei quedó acorralada contra una pared-. ¡No lo hagas! ¡No seré nada! ¡Será mi muerte!

Torqual clavó la punta en el cuello de Desmei; el filo del hacha pareció absorber la sustancia de Desmei, hinchándose a medida que ella se encogía y se disipaba.

Desmei se esfumó. Torqual se quedó sosteniendo un hacha corta y pesada con una compleja hoja de metal verdoso. Dio media vuelta y llevó el hacha a la mesa.

Tamurello -el esqueleto de comadreja- se había levantado de debajo de la silla; había crecido de tamaño y ahora era tan alto como Torqual. Tamurello sacó de una vitrina una tabla de un metro de largo por medio de ancho sobre la que descansaba el simulacro de una extraña criatura gris y humanoide, de piel gris y reluciente, cuello velludo y corto, cabeza gruesa, rasgos borrosos y los turbios ojos de un pez muerto. Cien cintas gelatinosas sujetaban la criatura a la tabla, impidiéndole todo movimiento.

Tamurello miró a Torqual.

-¿Puedes nombrar esta cosa, que es sólo una imagen de la realidad?

-No.

-Yo te lo diré, entonces. Es Joald, y Murgen ha consagrado la vida a contener a este ser, a pesar de las fuerzas que procuran liberarlo. Antes de matar a Murgen, él me verá destruir su trabajo más esforzado, y sabrá que Joald despierta. Murgen, ¿me oyes?

Murgen lanzó un gemido gutural.

-Falta poco para que el camino se cierre y los brazos se retiren. Pero hay tiempo suficiente para todo, y primero liberaré al monstruo. ¡Torqual!

-Aquí estoy.

-¡Ciertos lazos retienen a Joald!

-Los veo.

-Desenvaina tu espada y corta los lazos, y yo entonaré el canto. ¡Corta!

Murgen soltó un gemido ahogado. Torqual titubeó.

-Haz lo que digo -graznó Tamurello-. Compartirás conmigo mi riqueza y mi poder mágico. ¡Lo juro! ¡Corta!

Torqual se adelantó lentamente. Tamurello empezó a canturrear monosílabos de profunda resonancia. Desgarraban el aire sumiendo a Torqual en un estado hipnótico. Torqual alzó el brazo, la hoja relumbró, la espada cayó. La cinta que sujetaba la muñeca izquierda de Joald se partió.

-¡Corta! -gritó Tamurello.

Torqual cortó; las cintas que sujetaban el codo de Joald se partieron con un silbido y un crujido. El brazo palpitaba y se retorcía.

-¡Corta!

Torqual alzó la espada y cortó la cinta del cuello de Joald. La salmodia de Tamurello resonaba por todo el castillo, y hasta las piedras cantaban y susurraban.

-¡Corta, corta, corta! -gritó Tamurello-. ¡Murgen, oh Murgen! ¡Saborea mi triunfo! ¡Saboréalo, y llora lágrimas amargas, por el daño que haré a tus queridas cosas!

Torqual cortó la cinta que sujetaba la frente de Joald, mientras Tamurello entonaba el gran hechizo: el cántico más terrible jamás oído en el mundo. En las profundidades del océano, Joald cobró poco a poco conocimiento de su liberación. Forcejeó contra los filamentos restantes; jadeó y pateó, golpeó las columnas submarinas que impedían que el Teach tac Teach se deslizara hacia el mar, y la tierra tembló. El enorme y negro brazo derecho de Joald quedó libre; se elevó y tanteó el agua con monstruosos dedos negros, en su afán por destruir las Islas Elder. El brazo emergió a la superficie; borbotones de agua negra batieron la espuma. Mediante un esfuerzo supremo, Joadl asomó la coronilla sobre el agua, y allí pareció nacer una nueva isla, con huesudos riscos en su centro; olas de setenta metros de altura se elevaron hacia todos los rumbos.

En Trilda, Shimrod golpeó nuevamente el gong de plata, luego dio media vuelta y se dirigió hacia una caja que colgaba de la pared. Abrió los paneles frontales, pronunció tres palabras y acercó el ojo a una lente de cristal. Se quedó tieso un instante; retrocediendo, corrió a su gabinete, se ciñó la espada, se caló una gorra sobre la frente y se paró sobre un disco de piedra negra. Pronunció un sortilegio de transferencia instantánea y en un santiamén estuvo en el patio de Swer Smod. Vus y Vuwas aún jugaban con el guiñapo sangriento que una vez había sido Melancthe. A cada orden de los demonios, el cuerpo desgarrado se agitaba en una giga macabra, mientras ellos reían y alababan la inagotable vitalidad de aquella cosa. Dirigieron a Shimrod un par de miradas suspicaces, las suficientes para reconocerlo; en todo caso estaban hartos de sus deberes de rutina y lo dejaron pasar sin contratiempos.

Shimrod atravesó el portal roto, y de inmediato sintió la fuerza del cántico de Tamurello. Corrió por la galería e irrumpió en el salón principal. Murgen estaba sentado, aferrado por los seis brazos de Xabiste. El esqueleto de comadreja entonaba el hechizo a la vez que cambiaba de forma y cobraba sustancia. Torqual, de pie junto a la mesa, reparó en la llegada de Shimrod. Lo miró de hito en hito, espada en alto.

-¡Torqual! -gritó Shimrod-. ¡Es una locura obedecer a Tamurello!

-Hago lo que decido hacer -replicó Torqual.

-Entonces estás peor que loco, y debes morir.

-Eres tú quien morirá -dijo Torqual con voz fatídica.

Shimrod avanzó con la espada desenvainada. Descargó una estocada sobre el esqueleto de comadreja, hendiéndolo hasta la frágil pelvis. El cántico se interrumpió de golpe. Tamurello se desmoronó en una trémula pila de huesos astillados.

Torqual miró el simulacro de Joald, que se contorsionaba contra las cintas que quedaban.

-¿Conque éste es el propósito de mi vida? -masculló Torqual entre dientes-. Estoy loco de veras.

Shimrod blandió la espada en un arco que habría arrancado la cabeza de Torqual si hubiera acertado, pero Torqual saltó a un costado. La emoción lo dominó frenéticamente; se arrojó contra Shimrod con una energía tan desaforada que Shimrod quedó a la defensiva. Las espadas se estrellaron con chispeante furia.

Al lado de la mesa la pila de huesos logró recobrarse, formando una construcción deforme en la que los relucientes ojos negros miraban uno hacia abajo y otro hacia arriba. Un brazo flaco manoteó el hacha y la enarboló mientras la maraña de huesos graznaba nuevamente el gran hechizo.

Shimrod se apartó de Torqual, le arrojó una silla para detenerlo, y lanzó un tajo al brazo que empuñaba el hacha. El brazo se astilló, el hacha cayó al suelo. Shimrod cogió el hacha y la arrojó contra Torqual, que de nuevo acometía contra él. La cabeza de Torqual se marchitó y desapareció; la espada cayó al suelo con un tintineo, seguida del cuerpo.

Shimrod se volvió hacia la mesa. El camino hacia Xabiste se estaba cerrando: para horror de Shimrod, los brazos, en vez de soltar a Murgen, lo arrastraban, silla y todo, hacia la abertura.

Shimrod descargó un hachazo sobre los brazos grises y delgados. Las manos cayeron al suelo abriendo y cerrando los dedos.

Murgen quedó libre. Se irguió, avanzó hacia Joald. Articuló cuatro palabras resonantes. La cabeza de Joald se aflojó; el brazo cayó junto al abultado torso.

En el Atlántico, la isla creada por la aparición de la negra coronilla de Joald se hundió bajo la superficie. El brazo cayó con fuerza, provocando una ola de cien metros de altura que llegó hasta las costas de Ulflandia del Sur. Chocó contra el estuario del Evander y envió una monstruosa pared de agua valle arriba, anegando la fabulosa ciudad de Ys.

Mientras Joald se agitaba pateando los contrafuertes que había bajo la isla de Hybras, el suelo tembló y se hundió, y el Valle del Evander, con sus palacios y jardines, se transformó en una caleta junto al mar.

Hacia el norte, por la costa ulflandesa, casi hasta Oaldes, las aguas barrieron las ciudades costeras arrastrando a sus pobladores al océano.

Cuando se calmaron las aguas, Ys de los Siglos, Ys la Bella, Ys de los Muchos Palacios, estaba hundida bajo el mar. En tiempos posteriores, si la luz era fuerte y el agua clara, los pescadores a veces vislumbraban maravillosos edificios de mármol donde nada se movía salvo bancos de peces.

4

Un pesado silencio remaba en el salón principal de Swer Smod. Murgen estaba inmóvil junto a la mesa; Shimrod se apoyaba contra la pared. El simulacro de Joald yacía inerte sobre la tabla. Los huesos astillados del esqueleto de comadreja formaban una pila sin vida, salvo por el destello de los dos ojos negros. Sobre la mesa, la hoja del hacha-alabarda se había deformado, hinchándose y volviéndose esférica, cobrando gradualmente la semblanza de un rostro humano.

Al cabo de un instante Murgen se volvió hacia Shimrod.

-Ahora conocemos la tragedia -dijo con voz apesadumbrada-. No puedo culparme a mí mismo... pero sólo porque no puedo derrochar energías. En verdad, temo que me volví complaciente, incluso arrogante, en cuanto a la plenitud de mis fuerzas y la certidumbre de que nadie se atrevería a desafiarme. Me equivoqué, y han ocurrido acontecimientos trágicos. Aun así, no puedo permitirme el dolor del remordimiento.

Shimrod se aproximó a la mesa.

-¿Estas cosas todavía están vivas?

-Están vivas: Tamurello y Desmei, conspirando desesperadamente para sobrevivir. Esta vez no perderé tiempo con ellos, y fracasarán.

Murgen fue hasta uno de los armarios y abrió las puertas de par en par. Activó un aparato giratorio, que irradió un resplandor rosado y dijo con voz extraña y aflautada:

-Murgen, hablo a través del abismo impensable.

-Lo mismo aquí -dijo Murgen-. ¿Cómo anda tu guerra con Xabiste?

-Bastante bien. Entramos en el torbellino Sirmish y eliminamos el verdor en Fangusto. Sin embargo, en Mang Meeps entraron por la fuerza; el lugar está infestado ahora.

-¡Una lástima! ¡Pero alégrate! Ahora te entrego dos demonios híbridos, Desmei y Tamurello, ambos apestando a verdor.

-Un acontecimiento agradable.

-En efecto. Puedes enviar un zarcillo para coger a este par, y buscar cualquier mancha o filtración de verdor que hayan rezumado.

Una deslumbrante luz rosada iluminó por unos instantes el salón; cuando se apagó, el hacha y la pila de huesos se habían esfumado.

-Lleva a este par hasta los pozos más hondos de Myrdal -dijo Murgen-, y busca los fuegos más ardientes. Destrúyelos por completo, para que ni siquiera sus últimos arrepentimientos permanezcan en el flujo. Esperaré hasta saber si se ha cumplido esta resolución final.

-¡Debes ser paciente! -dijo el efrit-. ¡Vale la pena hacer bien las cosas que valen la pena! Tardaré por lo menos diez de tus segundos, con otros dos segundos para mi purificación ritual.

-Esperaré.

Pasaron doce segundos. El efrit de Myrdal habló nuevamente:

-El acto está consumado. De los dos demonios no queda un fragmento, un átomo, un hálito, un pensamiento ni un ápice. Los pozos de Myrdal arden con fuerza.

-Excelente -dijo Murgen-. Te deseo un éxito continuo en tu lucha contra el verdor. -Cerró el gabinete y se volvió hacia la tabla, donde reforzó los lazos que sujetaban a Joald.

Shimrod miró con aire de desaprobación.

-También habría que destruir a Joald.

-Está protegido -murmuró Murgen-. Sólo esto se nos permite, y a regañadientes.

-¿Quién lo protege?

-Uno de los antiguos dioses, que todavía vive.

-¿Atlante?

Murgen guardó un largo silencio. Luego dijo:

-Es mejor no mencionar ciertos nombres ni comentar ciertos temas.

XII

1

Los rumores acerca del cataclismo que había arrasado la costa ulflandesa llegaron a Haidion tres días después. El rey Casmir oyó los informes con gran interés y aguardó los detalles con impaciencia.

Al fin llegó un correo que refirió la devastación que el océano había infligido a la costa de Ulflandia del Sur. A Casmir sólo le interesaba el daño causado al aparato militar del rey Aillas.

-¿Hasta qué punto del norte llegaron las olas?

-Casi hasta Oaldes. Las islas costeras desviaron las olas. También salvaron a Skaghane y la Costa Norte de los ska.

-¿Qué sabes de Doun Darnc?

-Es la capital ulflandesa del rey Aillas, pero se alza entre los brezales intermedios y no sufrió daños.

-Así que el ejército no sufrió pérdidas...

-No lo sé con certeza, majestad. Sin duda se perdieron los guerreros que estaban de permiso. Dudo de que el conjunto del ejército haya sido muy afectado.

Casmir gruñó:

-¿Dónde está ahora el rey Aillas?

-Por lo que se sabe ha embarcado en Troicinet y está en alta mar.

-Muy bien. Márchate.

El correo partió con una reverencia. El rey Casmir escrutó el rostro de sus asistentes.

-Ha llegado la hora decisiva. Nuestros ejércitos están entrenados y preparados; están dispuestos a un avance rápido y ansiosos por aplastar a los dauts. Cuando Dahaut sea nuestro, podremos enfrentarnos con Aillas sin inquietarnos por las molestias que nos inflija con su fuerza naval. ¿Qué opináis?

Uno tras otro, los asistentes dijeron lo que Casmir quería oír:

-Los ejércitos de Lyonesse son fuertes, numerosos e indómitos. Cuentan con buenos jefes y unos guerreros bien entrenados.

-Las armerías están bien provistas, los armeros trabajan noche y día. No sufriremos escasez.

-Los caballeros de Lyonesse están atentos y ansiosos; todos codician las ricas tierras de Dahaut para sus fincas. Sólo aguardan tu orden.

El rey Casmir asintió con aire amenazador. Descargó el puño sobre la mesa.

-Pues que sea ahora.

2

Los ejércitos de Lyonesse se congregaron en varias zonas, marcharon sigilosamente hasta el fuerte Mael, se reagruparon en batallones y partieron hacia el norte.

En la frontera de Pomperol la vanguardia se topó con una docena de caballeros al mando del príncipe Estornino. Cuando el ejército de Lyonesse se aproximó a la frontera, el príncipe alzó la mano, urgiéndolo a detenerse. Un heraldo se adelantó, llevando un mensaje al príncipe Estornino.

-El reino de Lyonesse se ve obligado a avanzar contra el reino de Dahaut, a causa de muchas e irritantes provocaciones. Para poder continuar nuestra campaña, requerimos el derecho de libre tránsito por Pomperol, y no protestaremos si en vuestra neutralidad extendéis el mismo privilegio a las tropas de Dahaut.

El príncipe Estornino declaró sin rodeos:

-Si os permitiéramos pasar, comprometeríamos nuestra neutralidad, y de hecho actuaríamos como aliados vuestros. Debemos negaros esa autorización. Id en cambio al oeste, hacia el valle del Lallis, y luego avanzad al norte por el camino de Bladey, y por éste entraréis en Dahaut.

-Estoy autorizado para responderte de este modo -respondió el heraldo-: «¡Imposible! Apartaos y dejadnos pasar, o saboread nuestro acero».

Los caballeros de Pomperol se apartaron en silencio y los ejércitos de Lyonesse fueron por el norte y a su debido tiempo entraron en Dahaut.

El rey Casmir había esperado sólo una resistencia simbólica por parte de los «petimetres verdes y grises», pero su invasión enfureció a todo el mundo sin distinción de rangos. Se libraron tres grandes batallas, en vez del simple y rápido combate que Casmir había esperado, con gran coste de hombres, material y tiempo. En el campo de Chastain, un improvisado ejército encabezado por el príncipe Graine, hermano del rey Audry, atacó a los invasores con implacable ferocidad y fue derrotado tras un día de feroces enfrentamientos. La segunda batalla se libró cerca de la aldea Mulvanie. Durante dos días los guerreros se desplazaron por entre las dunas. El acero chocó contra el acero; los gritos de guerra se mezclaron con los alaridos de dolor. Formaciones de caballeros entraban y salían de aquella batahola, mientras los infantes procuraban abatirlos con alabardas y garfios, para que los cuchillos pudieran cortar gaznates aristocráticos.

El ejército daut terminó por ceder y se replegó hacia Avallon. De nuevo el rey Casmir pudo alardear de una victoria, aunque esta vez también sufrió muchas bajas, y consumió un tiempo igualmente valioso para sus planes de conquista.

El ejército daut, ahora reforzado con tropas traídas de Wysrod, se apostó junto al castillo de Meung, cerca del Mercado de Chantry, cincuenta kilómetros al sudoeste de Avallon. El rey Casmir descansó dos días, reorganizó sus tropas, esperó otro día los refuerzos del fuerte Mael y avanzó sobre los dauts resuelto a destruirlos por completo.

Los ejércitos se enfrentaron en el Prado de la Manzana Silvestre, cerca del castillo de Meung, con los dauts encabezados por el mismo rey Audry. Ambos bandos

enviaron escuadrones de caballería ligera para hostigar al enemigo con flechas. Los caballeros con armadura, con la caballería pesada y los portaestandartes a la espalda, formaron filas enfrentadas en las que el acero centelleaba amenazador. Los minutos transcurrían con ominosa lentitud.

Los heraldos daut, espléndidos en verde y gris, alzaron los clarines y soplaron dulces y estridentes notas. Los caballeros daut bajaron las lanzas y se lanzaron al galope; los caballeros de Lyonesse hicieron lo mismo. En el centro del Prado de la Manzana Silvestre las dos filas se estrellaron con gran estrépito de metal, y en un instante el orden dio paso a un caos aullante de cuerpos derribados, caballos encabritados y aceros relampagueantes. La carga de Lyonesse estaba respaldada por escuadras de lanceros y arqueros que empleaban tácticas disciplinadas; en cambio, la infantería daut llegó en grupos amorfos y fue recibida con andanadas de silbantes flechas. La batalla del Prado de la Manzana Silvestre fue más breve y decisiva que las dos anteriores, pues los dauts estaban desmoralizados y ya no esperaban vencer por mero ímpetu. Al fin debieron huir del campo de batalla.

El rey Audry y los sobrevivientes se retiraron a gran velocidad y se refugiaron en el Bosque de Tantrevalles, donde ya no constituían una amenaza y se los podía despachar sin obstáculos. El rey Casmir marchó sobre Avallen, donde entró sin resistencia. Cabalgó de inmediato hacia Falu Ffail, para tomar posesión de la mesa Cairbra an Meadhan y el trono Evandig y enviarlos al castillo de Haidion, en la ciudad de Lyonesse.

Casmir entró en el silencioso palacio sin ceremonias. Fue de inmediato al Salón de los Héroes, donde no encontró rastros de los muebles que tan importante papel desempeñaban en sus ambiciones. Un corpulento y joven vicechambelán le informó que una compañía de guerreros troicinos se había llevado la mesa Cairbra an Meadhan y el trono Evandig dos días atrás. Habían trasladado la mesa y el trono a una nave troicina y luego habían zarpado hacia un destino desconocido.

Casmir fue presa de una furia incontenible. La cólera le congestionaba el rostro; los ojos redondos y azules sobresalían mostrando bordes blancos. Separando las piernas, aferrando el respaldo de una silla con ambas manos, Casmir miró ciegamente los lugares vacíos. Finalmente logró ordenar sus pensamientos y pronunció juramentos de venganza que aterraron a Tibalt, el vice-chambelán.

Casmir terminó por aplacarse, pero sentía más rencor que nunca. Ese acto se había cometido en connivencia con los dauts. ¿Quiénes eran los responsables? Casmir le hizo la pregunta a Tibalt, quien sólo pudo tartamudear que los altos funcionarios de Falu Ffail habían huido de Avallen para reunirse con el rey fugitivo. Sólo quedaban subalternos para castigar.

Para acrecentar el disgusto del rey, un correo llegó en un sudoroso caballo con despachos de Lyonesse, informando que los guerreros ulflandeses habían irrumpido por las escarpas meridionales del Teach tac Teach en la provincia de Cabo Despedida, una zona cuyas fortalezas habían cedido sus guarniciones al principal ejército de Casmir. Los invasores habían tomado un castillo tras otro sin dificultad, y la ciudad de Pargetta estaba sitiada.

Casmir evaluó la situación. Había desbaratado los ejércitos daut y controlaba Dahaut, aunque el rey Audry aún sobrevivía y comandaba a algunos fugitivos desalentados. Debía perseguir a Audry y capturarlo o matarlo antes que pudiera convocar a los nobles de la provincia y reunir un nuevo ejército. Por esta razón

Casmir no podía debilitar sus fuerzas expedicionarias destacando los efectivos necesarios para expulsar a los ulflandeses de Cabo Despedida. En vez de eso envió a Bannoy, duque de Tremblance, al fuerte Mael, y allí organizó como pudo un nuevo ejército, con reclutas que estaban aún en entrenamiento y contingentes de veteranos pertenecientes a las guarniciones de los fuertes costeros. También hubo que reforzarlos con levas de campesinos locales, en cantidad suficiente para resistir las inevitables incursiones que realizaría la fuerza naval troicina.

Bannoy llevaría ese nuevo ejército a Cabo Despedida y arrojaría a los bandidos ulflandeses a las anfractuosidades del Troagh. Entretanto, las tropas de Casmir completarían la conquista de Dahaut.

Un correo de Godelia llegó a Falu Ffail con un despacho del rey Dartweg. El correo presentó sus respetos formales al rey Casmir y abrió un pergamino de cuero de oveja enrollado sobre varas de haya. El mensaje estaba escrito en una bonita letra uncial irlandesa que ninguno de los presentes podía leer, ni siquiera el correo, y fue necesario llamar a un monje irlandés de la cercana abadía de San Joilly, quien abrió el rollo y leyó el mensaje. El rey Dartweg saludaba al rey Casmir usando varios y floridos apostrofes. Despreciaba a sus enemigos comunes y se declaraba, como de costumbre, desde el principio del tiempo y hasta el último pestañeo del sol, el tenaz aliado de Casmir, dispuesto a participar en la común refriega contra los tiranos Audry y Aillas, hasta la gran victoria final y el reparto de los despojos.

Para certificar su fe, el rey Dartweg había ordenado que sus invencibles aunque revoltosos guerreros cruzaran el Skyre y entraran en Ulflandia del Norte, donde esperaba tomar la vieja capital, Xounges, mediante una artera infiltración y ataques sorpresivos desde los peñascos marinos. Una vez que lo consiguiera, se desplazaría al sur para pulverizar a los intrusos troicinos. Tras haberlos liquidado o expulsado, los godelianos montarían guardia en las Ulflandias, para perpetua tranquilidad del rey Casmir. Eso declaraba el rey Dartweg, amigo afectuoso y aliado leal de Casmir.

Casmir escuchó con una sonrisa sombría y ofreció una respuesta cortés, agradeciendo al rey Dartweg su interés y deseándole buena salud. La cooperación del rey Dartweg sería apreciada, pero no se podían tomar medidas definitivas por el momento.

El correo hizo una reverencia y se marchó, su jovialidad algo aplacada por la brusquedad del rey Casmir. El rey volvió a sus reflexiones.

Primero lo primero; y primero estaba el golpe de gracia al desbaratado ejército daut. Parecía una operación rutinaria sin mayores dificultades, y Casmir la encomendó al príncipe Cassander.

El rey Casmir llamó a Cassander y le informó de su decisión. Incluyó instrucciones explícitas que el príncipe no tomó con gran entusiasmo: Cassander debía escuchar atentamente los consejos del caballero Ettard de Arquimbal, un astuto y experimentado guerrero. Cassander también debía escuchar y aprovechar el consejo de otros seis maduros caballeros de probada competencia.

El príncipe Cassander aceptó la misión confiadamente, tan confiadamente, en verdad, que el rey Casmir nuevamente estipuló que prestara oídos al consejo de Ettard. El príncipe hizo una mueca de disgusto, pero no protestó.

A la mañana siguiente el príncipe Cassander, montado en un enérgico corcel negro, vestido con armadura dorada, jubón escarlata y un yelmo dorado sobre el que

ondeaba un penacho escarlata, condujo su ejército hacia el oeste. El rey Casmir se consagró a la reorganización de sus nuevos dominios. Ante todo, ordenó la construcción de doce nuevos astilleros junto al estuario del Camber, para construir buques de guerra iguales o superiores a los de Troicinet.

Las tropas de Cassander marcharon hacia el oeste. Durante el reinado del rey Audry, las moradas y castillos de la campiña, habían abandonado las funciones militares que habían desempeñado antaño y no ofrecieron resistencia, la cual, en todo caso, habría sido suicida para los ocupantes.

A medida que Cassander avanzaba, Audry se retiraba: siempre hacia el oeste, juntando refuerzos sobre la marcha. Al llegar a la Marca Occidental, continuó hacia el oeste y se internó en la Llanura de las Sombras. El ejército de Lyonesse lo seguía de cerca, con un día de retraso a lo sumo.

Cuando el Dann Largo cerró el avance hacia el oeste, las opciones de Audry se redujeron. Sus asesores, entre ellos Claractus, duque de la Marca, sugirieron un contraataque y finalmente se salieron con la suya. Escogieron el terreno con cuidado y se ocultaron en una franja boscosa que se internaba en el norte.

En el ejército de Lyonesse, el caballero Ettard sospechó la maniobra y aconsejó a Cassander que se detuviera cerca de la aldea del Mercado de Wyrdych, para recoger información y enviar exploradores que localizaran con exactitud al ejército daut. Ettard ya había aconsejado cautela en ocasiones anteriores y ninguno de sus presagios se había cumplido. Cassander, pues, le cobró antipatía y desconfianza, y lo responsabilizó por la postergación del enfrentamiento final con los dauts. Cassander estaba seguro de que Audry se proponía refugiarse en las tierras altas ulflandesas, detrás del Dann Largo. Allí podría unir sus fuerzas con las de los ejércitos ulflandeses. Era mucho mejor, insistía Cassander, interceptar a los dauts antes que escaparan por algún pasaje secreto del Dann Largo. Rehusó demorarse y ordenó a sus tropas que avanzaran a toda marcha.

Mientras Cassander bordeaba el bosque, una hilera de caballeros daut atacó lanza en ristre. Cassander oyó el trepidar de los cascos; se volvió asombrado para ver a un caballero que acometía con una lanza ominosamente firme. Cassander trató de girar, pero en vano; la lanza le atravesó el hombro derecho y lo tumbó de espaldas entre cascos resonantes y tumultuosos guerreros; un viejo daut, el rostro contorsionado por el furor de la batalla, atacó a Cassander con un hacha. Cassander gritó y se apartó; el golpe le arrancó la orgullosa cresta del yelmo. El daut aulló y atacó de nuevo; otra vez Cassander rodó a un costado, y uno de sus asistentes alcanzó con una estocada el cuello del daut. El chorro de sangre bañó a Cassander.

El rey Audry atacaba blandiendo la espada como un poseído. A su lado cabalgaba el príncipe Jaswyn, demostrando igual energía. Detrás de ambos iba un joven heraldo en un caballo blanco, enarbolando el estandarte gris y verde. La batalla era un confuso remolino. Una flecha atravesó el ojo del príncipe Jaswyn, quien soltó la espada, se llevó las manos al rostro, se deslizó del caballo y murió antes de tocar el suelo. Audry aulló de dolor, volteó la cabeza y bajó la espada. El joven heraldo recibió un flechazo en el pecho; el estandarte gris y verde tembló y cayó. El rey Audry llamó a retirada; los dauts se replegaron hacia el bosque.

Con Cassander herido, Ettard asumió el mando y ordenó a sus fuerzas que no persiguieran al enemigo, temiendo las pérdidas que sin duda sufrirían a causa de las emboscadas y las flechas. Cassander se sentó en un caballo muerto, aferrándose el hombro, el pálido rostro contraído en una marejada de emociones: dolor, dignidad

ofendida, temor al ver tanta sangre, y una náusea que le hizo vomitar cuando se acercó Ettard.

Este lo observó enarcando las cejas con desdén.

-¿Qué haremos ahora? -exclamó Cassander-. ¿Por qué no hemos perseguido a esos perros para destruirlos?

-A menos que avancemos con sigilo de hurones -explicó pacientemente Ettard-, perderíamos dos por cada uno de ellos. Eso es necio e innecesario.

-¡Ay! -gritó el dolorido Cassander al heraldo que le curaba la herida-. ¡Despacio, por favor! ¡Todavía siento la penetración de esa lanza! -Se volvió hacia Ettard con un rictus de sufrimiento.- No podemos cruzarnos de brazos. Si Audry escapa, seré el hazmerreír de la corte. ¡Entra en el bosque y persíguelo!

-Como ordenes.

El ejército de Lyonesse avanzó cautamente por el bosque, pero no se topó con resistencia daut alguna. El dolor del hombro acentuaba la insatisfacción de Cassander. Empezó a maldecir entre dientes.

-¿Dónde están esos malditos? ¿Por qué no muestran la cara?

-No desean que los maten -dijo Ettard.

-¡Es muy posible, y así burlan mis deseos! ¿Han anidado en los árboles?

-Tal vez hayan ido adonde yo sospechaba que irían.

-¿Dónde?

Un explorador se acercó al galope.

-Alteza, hemos descubierto rastros de los dauts. Han viajado hacia el oeste, donde el bosque se transforma en llanura.

-¿Qué significa eso? -exclamó el perplejo Cassander-. ¿Audry está fuera de sus cabales y nos invita a un nuevo ataque?

-No lo creo -dijo Ettard-. Mientras nosotros recorremos el bosque, fisgando en recovecos y buscando en rincones, Audry gana la libertad.

-¿Cómo? -bramó Cassander.

-¡Más allá de la llanura está Poelitetz! ¿Es preciso decir más?

Cassander jadeó entre dientes.

-El dolor del hombro me impide pensar. ¡Me había olvidado de Poelitetz! ¡Deprisa, pues! ¡Fuera del bosque!

Saliendo nuevamente a la Llanura de las Sombras, Cassander y Ettard avistaron al ejército daut, que ya trepaba por la escarpa. Ettard y sus caballeros se lanzaron en una feroz persecución; Cassander, que no podía cabalgar deprisa, se quedó con los soldados de a pie.

La puerta de Poelitetz era una mancha oscura en la base del Dann Largo; el resto de la fortaleza, tallada en la roca, formaba parte de la escarpa misma.

Ettard y sus caballeros alcanzaron a los dauts casi frente a Poelitetz; hubo una breve y feroz escaramuza en la que murieron el rey Audry y una docena de sus más

valientes caballeros y muchos más cayeron mientras protegían el repliegue de las derrotadas tropas de Dahaut hacia Poelitetz.

Al fin descendió el rastrillo. La caballería de Lyonesse retrocedió para evitar las flechas que llovían desde los parapetos. En la llanura, frente a la escarpa, se amontonaban melancólicamente los muertos y moribundos.

El rastrillo se elevó de nuevo. Un heraldo, seguido por doce guerreros, salió a la llanura portando una bandera blanca. Circularon entre los cuerpos, asestando el golpe de gracia donde era necesario, a amigos y enemigos por igual, y llevando a los heridos, también amigos y enemigos, a la fortaleza, para someterlos al tratamiento necesario.

Entretanto el resto del ejército de Lyonesse llegó y acampó en la Llanura de las Sombras, a tiro de flecha de la fortaleza. Cassander instaló un pabellón de mando en una loma, frente al portal. A instancias de Ettard, reunió a sus asesores para una consulta.

Durante una hora de discusión, interrumpida por los gruñidos y juramentos de Cassander, el grupo estudió la situación. Todos convinieron en que habían cumplido honrosamente su misión y podían regresar al este, si eso decidían. El rey Audry yacía muerto y despatarrado en la Llanura de las Sombras y su ejército había sido desbaratado. Pero aún quedaba margen para mayores triunfos y nuevas glorias. En las cercanías, seductoramente vulnerable, se hallaba Ulflandia del Norte. El Dann Largo les cerraba el paso, y el único acceso transitable estaba custodiado por la fortaleza Poelitetz.

Sin embargo, era importante tener en cuenta otro factor, según señaló uno del grupo. Por aquel entonces, los godehanos estaban en guerra con el rey Aillas y habían invadido Ulflandia del Norte. Se podía despachar un correo al rey Dartweg, urgiéndolo a marchar hacia el sur para atacar Poelitetz desde su vulnerable retaguardia. Si caía Poelitetz, Ulflandia del Norte y del Sur quedarían expuestas al poderío del ejército lionesio.

La oportunidad parecía demasiado buena para ignorarla, y quizá trajera victorias que trascendieran las expectativas del rey Casmir. Al final se decidió explorar la situación.

El ejército preparó fogatas y cocinó el rancho. Se apostaron centinelas y la tropa se dispuso a descansar.

La luna despuntó en la linde oriental de la Llanura de las Sombras. En el pabellón de mando, Ettard y sus camaradas se quitaron fatigosamente la armadura, tendieron mantas y se pusieron cómodos. Cassander se encerró en su tienda, donde bebió vino y comió corteza de sauce pulverizada para aplacar las palpitaciones del hombro herido.

Por la mañana, el caballero Heaulme y tres acompañantes cabalgaron hacia el norte para encontrar al rey Dartweg y pedirle que atacara Poelitetz. Durante su ausencia, los exploradores recorrerían la ladera del Dann Largo con la esperanza de hallar otra ruta transitable hacia los brezales altos.

En la fortaleza Poelitetz, la guarnición cuidó como pudo de los maltrechos guerreros daut, mientras vigilaba atentamente las actividades de las tropas honesias.

Pasaron un par de días. Al mediodía del tercer día el rey Aillas llegó con un fuerte contingente de tropas ulflandesas. Su llegada era fortuita. Las noticias sobre la incursión del rey Dartweg habían llegado a Doun Darric, y el rey había reunido tropas para afrontar la situación. Nuevos informes habían llegado el día anterior. Dartweg

había intentado tomar la ciudad de Xounges, pero sus fuertes defensas lo habían disuadido y se había desviado hacia el oeste, saqueando y pillando durante el camino. Al final llegó a la Costa Norte de los ska. Desechando toda cordura y prudencia, los celtas penetraron en territorio ska. Tres batallones ska los fulminaron como rayos una y otra vez, matando al rey Dartweg y expulsando a los histéricos supervivientes a través de los brezales de Ulflandia del Norte hasta el Skyre. Satisfechos con su labor, los ska regresaron a la Costa Norte. Cuando Aillas llegó a Poelitetz, la amenaza celta había desaparecido y el rey quedó en libertad de pensar en el ejército lionesio acampado ante la fortaleza.

Aillas recorrió los parapetos observando el campamento enemigo. Calculó el número de caballeros armados, caballería pesada y ligera, lanceros y arqueros. Superaban en mucho a sus propias fuerzas, tanto en número como en el peso de las armaduras, aun teniendo en cuenta a los dauts, y no había modo de batirlos en un ataque frontal.

Aillas caviló largamente. De un negro período del pasado, recordaba un túnel que llegaba desde un sótano de Poelitetz hasta la loma de la llanura donde los comandantes lionesios habían instalado su pabellón.

Aillas descendió por una ruta casi olvidada hasta una cámara que estaba debajo del patio de reunión. Usando una antorcha, descubrió que el túnel aún estaba allí, y en buenas condiciones.

Escogió un pelotón de curtidos guerreros ulflandeses a los que no les importaban las exquisiteces del combate caballeresco. A medianoche los guerreros atravesaron el túnel, abrieron en silencio la salida y salieron al descampado. Bajo la protección de las sombras, alejándose del claro de luna, entraron en el pabellón donde roncaban los jefes del ejército lionesio y los mataron mientras dormían, entre ellos a Ettard.

Detrás del pabellón, un corral albergaba los caballos del ejército. Los incursores mataron a los palafreneros y centinelas, abrieron las cercas y ahuyentaron los caballos. Luego regresaron al túnel y volvieron a la fortaleza bajo la llanura.

Al romper el alba se abrieron las puertas de Poélitetz y el ejército ulflandés, engrosado por los dauts sobrevivientes, salió a la llanura, donde formó una línea de batalla que avanzó sobre el campamento. En ausencia de líderes y caballos, el ejército de Lyonesse se convirtió en una turba de hombres desorientados, somnolientos y confundidos, y fue destruido. Abandonando todo orden, los fugitivos corrieron hacia el este, perseguidos por los vengativos dauts, quienes no mostraron piedad y los abatieron mientras corrían, entre ellos al príncipe Cassander.

Los caballos liberados fueron recobrados y arreados hacia el corral. Con las armaduras capturadas Aillas organizó un nuevo cuerpo de caballería pesada y partió sin demora hacia el este.

3

En Falu Ffail el rey Casmir recibía despachos diarios de todas las regiones de las Islas Elder. Por un tiempo no se enteró de nada que le causara consternación o le quitara el sueño. Aún quedaban algunos cabos sueltos, como la ocupación ulflandesa

de Cabo Despedida, pero era un fastidio temporal que sin duda se remediaría en su momento.

Las noticias que llegaban del oeste de Dahaut continuaban siendo prometedoras. El rey Dartweg de Godelia había invadido Ulflandia del Norte, compensando la incursión ulflandesa en Cabo Despedida. El gran ejército del príncipe Cassander avanzaba hacia el oeste hostigando implacablemente al desdichado rey Audry. Según las últimas nuevas, los dauts estaban arrinconados contra el Dann Largo y no podían seguir huyendo; al parecer, el fin estaba a la vista.

A la mañana siguiente un correo llegó desde el sur con noticias inquietantes: naves troicinas habían entrado en el puerto de Bulmer Skeme; efectivos troicinos habían desembarcado capturando el castillo de Spanglemar, y ahora controlaban la ciudad. Más aún, se rumoreaba que los troicinos ya habían tomado Slute Skeme, en el extremo meridional del camino de Icnield, y controlaban todo el ducado de Folize.

Casmir dio un puñetazo en la mesa. Era una situación intolerable que le obligaba a decisiones difíciles. Pero no había remedio: era preciso desalojar a los troicinos del ducado de Folize. Casmir envió un despacho al duque de Bannoy, ordenándole que engrosara su ejército con todos los efectivos que hubiera en el fuerte Mael: reclutas y veteranos por igual. Todos debían marchar al sur para expulsar a los troicinos del ducado de Folize.

El mismo día que Casmir envió el despacho, un correo llegó del oeste anunciando la derrota celta y la muerte del rey Dartweg, lo cual significaba que el rey Aillas y los ejércitos ulflandeses no debían preocuparse por combatir contra los celtas.

Pasó un día, y a la tarde siguiente llegó otro mensajero, trayendo una noticia aplastante: en una batalla junto al Dann Largo, el príncipe Cassander había muerto y su gran ejército había sido pulverizado. De la orgullosa hueste sólo sobrevivían unos centenares que se ocultaban en las zanjas, se escondían en el bosque o recorrían las carreteras laterales disfrazados de campesinas. Entretanto, el rey Aillas, con un ejército de ulflandeses y revigorizados dauts marchaba hacia el este a gran velocidad, fortaleciéndose sobre la marcha.

Casmir se desmoronó, desconcertado ante la magnitud del desastre. Finalmente soltó un gruñido y se dispuso a hacer lo necesario. No todo estaba perdido. Envió otro mensajero al duque de Bannoy, ordenándole que regresara del ducado de Folize y se dirigiera al norte por el camino de Icnield, reuniendo fuerzas sobre la marcha: todo caballero de Lyonesse capaz de blandir una espada, los cuadros que se entrenaban en el fuerte Mael, los recién alistados, todo veterano o campesino maduro competente para lanzar una flecha con un arco. Bannoy debía llevar ese improvisado ejército al norte a toda marcha, para interceptar y derrotar a los efectivos que Aillas traía desde el oeste.

Bannoy, que estaba en el camino de Icnield, cerca de Slute Skeme, tuvo que volver grupas y desandar camino, con un agravante: los troicinos y dascios que ellos habían ido a atacar al sur los seguían ahora hacia el norte, hostigando a la retaguardia con su caballería ligera. Por lo tanto, Bannoy tardó en llegar a su cita con el rey Casmir, quien ya se había replegado al sur desde Avallon, temiendo la proximidad del rey Aillas.

El rey Casmir se reunió con el ejército de Bannoy cerca de Lumarth y acampó en un prado cercano.

El rey Aillas avanzó lentamente con su ejército y se apostó en la pradera de la Guirnalda, al oeste de la desembocadura del Camber y al noroeste de Lumarth. Aillas no tenía prisa por medirse con el rey Casmir, quien a la vez agradeció ese respiro que le permitía organizar mejor sus fuerzas. Aun así, le preocupaba la demora de Aillas: ¿qué estaba esperando?

Lo supo pronto. Los troicinos y dascios que habían tomado el ducado de Folize estaban cerca, y a ellos se unían el poderío de Pomperol, Blaloc y el ex remo de Caduz, que Casmir había asimilado. Eran ejércitos temibles, motivados por e! odio, y sus hombres lucharían como posesos. Casmir lo sabía. Las fuerzas combinadas se desplazaban hacia el norte con ominosa parsimonia, y el ejército de ulflandeses y dauts de Aillas se desplazaba hacia Lumarth.

Casmir no tenía más opción que cambiar de posición para no quedar encerrado entre ambos ejércitos. Ordenó un repliegue hacia la boca del Camber, sólo para recibir noticias de que cuarenta buques troicinos de combate y veinte botequines de transporte habían navegado hasta allí para desembarcar un gran contingente de infantería pesada de Troicinet y Dascinet, respaldada por cuatrocientos arqueros de Scola. Casmir estaba ahora rodeado por tres ejércitos.

En una táctica desesperada, Casmir ordenó una acometida impetuosa contra el ejército de Aillas, que estaba más cerca e incluía a aquellos elementos del ejército daut que él ya había perseguido por todo Dahaut. Los dos ejércitos chocaron en un campo pedregoso llamado los Yermos de Breeknock. Los guerreros de Casmir sabían que luchaban por una causa perdida y atacaron sin entusiasmo. La embestida fue repelida de inmediato. Aparecieron los otros dos ejércitos, acorralando a Casmir por tres direcciones, y Casmir comprendió que era un día de derrota. Gran parte de las tropas, faltas de experiencia, fueron exterminadas en los diez primeros minutos; muchos se rindieron; muchos se dieron a la fuga, entre ellos el rey Casmir. Con un pequeño destacamento de caballeros de alto rango, escuderos y soldados con armadura, quebró las líneas de batalla y huyó hacia el sur. Su única esperanza era llegar a la ciudad de Lyonesse, donde abordaría una nave pesquera para intentar el cruce hasta Aquitania.

Casmir y sus camaradas dejaron atrás a sus perseguidores y cabalgaron sin tropiezos por el Sfer Act hasta llegar a la ciudad de Lyonesse.

En la plaza de armas, Casmir miró al castillo de Haidion para encontrarse con una ingrata sorpresa final: tropas troicinas al mando del caballero Yane, habían dominado a la debilitada guarnición días atrás, y ahora ocupaban la ciudad.

Casmir fue encadenado sin ceremonias y llevado al Peinhador. Lo encerraron en el más profundo y húmedo de los treinta y tres calabozos, y allí pudo cavilar sobre las vicisitudes de la vida y los antojadizos rumbos del destino.

4

Las Islas Elder estaban en paz, en el sopor del agotamiento, el dolor y la saturación emocional. Casmir languidecía en una mazmorra, de donde Aillas no tenía prisa por sacarlo. Una escarchada mañana de invierno Casmir saldría de la celda y caminaría hasta el fondo del Peinhador; allí el hacha de Zerling separaría la cabeza del torso; por el momento, el verdugo también ocupaba una mazmorra. Otros prisioneros

habían sido liberados o devueltos al Peinhador, según sus delitos, a la espera de juicios más escrupulosos. La reina Sollace había sido llevada a bordo de un barco y exiliada a Benwick, en Armórica. En su equipaje llevaba un antiguo cáliz azul de doble asa con el borde mellado, al cual profesaba gran devoción. Lo conservó varios años, hasta que alguien lo robó y la reina, presa de la angustia, rehusó comer y beber y al cabo falleció.

Cuando los troicinos capturaron la ciudad de Lyonesse, el padre Umphred buscó refugio en los sótanos que había bajo la nueva catedral. Al partir la reina Sollace, se desesperó y decidió seguirla. Una gris y lúgubre mañana abordó un barco pesquero y pagó al pescador tres piezas de oro para que lo llevara a Aquitania.

Yane, siguiendo órdenes de Aillas, había buscado a Umphred por todas partes, esperando una ocasión como ésa. Identificó el barco fugitivo y lo notificó a Aillas. Los dos embarcaron en una veloz galera y se lanzaron en su persecución. Alcanzaron al pesquero mar adentro, y enviaron a bordo a un par de rudos marinos. El consternado Umphred los vio venir, pero logró agitar nerviosamente los dedos y sonreír.

-¡Qué agradable sorpresa! -dijo.

Los dos marinos llevaron al sacerdote a bordo de la galera.

-Vaya, qué fastidio -dijo el padre Umphred-. Yo sufro demora en el viaje y vosotros la mordedura de este potente aire del mar.

Aillas y Yane miraron en torno mientras Umphred explicaba animadamente por qué estaba en el barco pesquero.

-¡Ha culminado mi tarea en las Islas Elder! He logrado maravillas, pero ahora debo continuar viaje.

Yane sujetó una cuerda a un ancla. Umphred habló con mayor urgencia:

-¡Los consejos divinos me han guiado! Ha habido signos en el cielo, y prodigios que sólo yo conocí. Las voces de los ángeles me han hablado al oído.

Yane enrolló la cuerda y la alisó para que corriera libremente.

Umphred continuó:

-Mis buenas obras han sido múltiples. A menudo recuerdo cómo cuidé de la princesa Suldrun y la asistí en sus horas de necesidad.

Yane sujetó el extremo de la soga al cuello de Umphred. El sacerdote hablaba a borbotones.

-¡Mi obra no ha pasado inadvertida! Las señales celestiales me impulsaban a continuar, para alcanzar nuevas victorias en nombre de la fe.

Dos marinos alzaron el ancla y la llevaron hasta la borda. La voz de Umphred se agudizó.

-¡Ahora seré un peregrino! Viviré como un ave silvestre, en la pobreza y la abstención.

Yane cortó el morral de Umphred, y al mirar en su interior descubrió el resplandor del oro y las joyas.

-Adondequiera vayas, sin duda no necesitarás tanta riqueza.

Aillas miró al cielo.

-Sacerdote, es un día frío para nadar, pero así ha de ser.

Retrocedió, y Yane empujó el ancla por la borda. La cuerda se tensó, y Umphred atravesó la cubierta a la carrera. Se aferró a la borda, pero le resbalaron los dedos; la soga lo arrastró. El sacerdote se estrelló estrepitosamente contra el agua y se hundió.

Aillas y Yane regresaron a la ciudad de Lyonesse y no hablaron más del padre Umphred.

5

Aillas convocó a Haidion a los notables de las Islas Elder. En una asamblea celebrada en la monumental sala tribunalicia, lanzó una proclama.

-Las emociones que me embargan me impiden hablar demasiado -dijo Aillas-. Seré breve, y usaré palabras sencillas... aunque los conceptos y sus consecuencias son vastos.

»A un coste de sangre, dolor y pesadumbre incalculables, las Islas Elder están en paz y, en la práctica, unidas bajo un solo gobierno: el mío. He resuelto que esta condición continuará y permanecerá para siempre, o al menos hasta donde la mente pueda proyectarse hacia el futuro.

»Ahora soy rey de las Islas Elder, así que Krestel de Pomperol y Milo de Blaloc usarán el título de "gran duque". Una vez más Godelia pasa a ser la provincia de Fer Aquila, y habrá muchos reajustes similares. Los ska conservarán la independencia en Skaghane y la Costa Norte; así lo impone nuestro tratado.

«Mantendremos un ejército único, que no necesitará ser numeroso, pues nuestra fuerza naval nos protegerá contra ataques externos. Habrá un sólo código legal: la misma justicia se aplicará por igual arriba y abajo, sin distinción de cuna ni riqueza.

Aillas miró en torno.

-¿Alguien tiene quejas o protestas? Que manifieste ahora sus sentimientos, aunque advierto que todos los argumentos a favor de las viejas costumbres caerán en saco roto.

Nadie habló y Aillas continuó:

-No gobernaré desde Miraldra, que está demasiado lejos, ni desde Falu Ffail, que es demasiado esplendorosa, ni desde Haidion, donde acechan demasiados recuerdos. Instalaré mi nueva capital en Flerency, cerca de la aldea de Tatwillow, donde la Calle Vieja se cruza con el camino de Icnield. Este lugar se conocerá como Alción, y allí ocuparé el trono Evandig y cenaré con mis fieles paladines ante Cairbra an Meadhan, y lo mismo hará mi hijo Dhrun después de mí, y su hijo después de él, y así la paz y la bondad reinarán en todas las Islas Elder, y ningún hombre ni mujer podrá afirmar jamás que faltaron recursos para enmendar los males sufridos.

6

El castillo Miraldra de Domreis ya no podía servirle a Aillas como sede de gobierno. Haidion, donde se había establecido provisionalmente, lo oprimía con sus

recuerdos melancólicos, y Aillas deseaba mudarse cuanto antes a Ronart Cinquelon, cerca de su nuevo palacio, Alción, en Flerency.

Para contribuir a la organización de su gobierno, transportó a su consejo de ministros desde Dorareis hasta la ciudad de Lyonesse, a bordo de la galeaza Flor Velas. Madouc, sintiéndose solitaria y olvidada en el viejo y húmedo castillo Miraldra, abordó la nave sin invitación y llegó con los demás a la ciudad de Lyonesse. Los consejeros abordaron carruajes para viajar de inmediato a Ronart Cinquelon. Madouc se encontró a solas en el puerto.

-Si así es, así ha de ser -se di] o Madouc, y echó a andar a pie por el Sfer Act.

El castillo de Haidion se erguía macizo, gris y lúgubre. Madouc subió a la terraza y avanzó hasta el portal. Los guardias ahora lucían el negro y ocre de Troicinet en vez del lavanda y verde de Lyonesse. Cuando Madouc se acercó, golpearon el suelo con la punta de las alabardas a modo de saludo, y uno le abrió la pesada puerta, pero no le prestaron más atención.

El vestíbulo estaba desierto. Haidion parecía apenas la cáscara de sí mismo, aunque el personal doméstico, sin órdenes de lo contrario, cumplía sus deberes habituales.

Un lacayo comentó a Madouc que Aillas y Dhrun se habían ausentado, pero no supo decirle adonde habían ido ni cuándo regresarían.

A falta de algo mejor, Madouc fue a sus viejos aposentos, que olían a moho por la falta de uso. Abrió las ventanas de par en par para que entraran la luz y el aire, y miró la habitación como si fuera un lugar recordado de un sueño.

Madouc no había traído equipaje desde el castillo de Miraldra. En el guardarropa encontró prendas que había dejado, pero se maravilló al descubrir cuan pequeñas y ceñidas le quedaban ahora. Lanzó una risa triste que le dejó dolor de garganta.

-¡He cambiado! -se dijo-. ¡Oh, cómo he cambiado! -Examinó la habitación-. ¿Qué le ocurrió a la mocosa de piernas largas que vivía en este lugar, miraba por esta ventana y usaba estas ropas?

Madouc salió al pasillo y llamó a una criada, quien la reconoció y empezó a lamentar los trágicos cambios que habían acontecido en el palacio. Madouc pronto se impacientó con el recital.

-¡Sin duda es para mejor! Tienes suerte de estar viva, con un techo sobre la cabeza, pues muchos han muerto o han perdido su hogar. Ve a buscar a las costureras, pues no tengo ropa que ponerme. Luego deseo bañarme, así que trae agua tibia y buen jabón.

Las costureras informaron a Madouc que Aillas y Dhrun habían ido a Watershade de Troicinet, donde Glyneth estaba a punto de dar a luz.

Los días transcurrieron gratamente. Madouc recibió una docena de nuevos vestidos. Reanudó sus conversaciones con Kerce el bibliotecario, que había permanecido en Haidion junto con varios cortesanos, pues por diversas razones se les había permitido residir allí y no tenían mejor sitio adonde ir. Entre quienes permanecían en la corte estaban tres de las doncellas que antaño habían asistido a Madouc: Devonet la del cabello dorado, la bonita Ydraint y Felice. Al principio las tres se mantuvieron cautelosamente aparte; luego, percibiendo la posibilidad de algún

provecho, empezaron a tratarla con simpatía, aunque Madouc no les respondía de la misma manera.

Devonet era persistente y procuraba recordar a Madouc los viejos tiempos.

-¡Eran días maravillosos! ¡Y ahora se han ido para siempre!

-¿Cuáles eran esos días maravillosos? -preguntó Madouc.

-¿No lo recuerdas? ¡Nos divertíamos tanto juntas!

-Tú te divertías llamándome bastarda. Lo recuerdo muy bien, y no me parecía tan gracioso.

Devonet rió entre dientes y apartó la mirada.

-Era sólo un juego tonto, y nadie lo tomaba en serio.

-Claro que no, pues a nadie llamaban bastarda salvo a mí, y yo por lo general te ignoraba.

Devonet soltó un suspiro de alivio.

-Me alegra oírte decirlo, pues espero hallar un sitio en la nueva corte.

-Es poco probable -replicó Madouc-. Si quieres, puedes llamarme bastarda de nuevo.

Devonet, horrorizada, se llevó las manos a la boca.

-He cambiado, y jamás pensaría en ser tan grosera.

-¿Por qué no? -preguntó Madouc-. La verdad es la verdad.

Devonet parpadeó, tratando de captar no sólo el sentido sino las connotaciones de las palabras de Madouc.

-¿Nunca averiguaste el nombre de tu padre? -preguntó cautelosamente.

-Averigüé el nombre, vaya que sí. Se anunció a mi madre como el caballero Pellinore pero, a menos que hayan tomado los votos del matrimonio muy poco después de conocerse, y mi madre no recuerda tal ceremonia, todavía soy bastarda.

-¡Qué lástima! ¡Anhelabas tanto poseer un linaje respetable!

Madouc suspiró.

-He dejado de preocuparme por esas cosas, pues no son para mí. Pellinore tal vez exista, pero sospecho que nunca lo conoceré.

-¡No tienes por que afligirte! -declaró Devonet-. ¡Ahora seré tu afectuosa amiga!

-Excúsame -dijo Madouc-, acabo de recordar una tarea que había olvidado.

Madouc fue al establo a buscar al caballero Pom-Pom, sólo para enterarse de que lo habían matado en la batalla de los Yermos de Breeknock.

Madouc regresó lentamente al castillo, reflexionando: «El mundo ya no tiene a su caballero Pom-Pom, con sus graciosas afectaciones. Me pregunto dónde estará ahora, si es que está en alguna parte. ¿Puede alguien estar en ninguna parte?» Caviló sobre el asunto una hora o más, pero no halló una respuesta definitiva a tal pregunta.

Por la tarde, Madouc descubrió con deleite que Shimrod había llegado a Haidion. Había estado con Aillas y Dhrun en Watershade, y traía noticias de que

Glyneth había dado a luz a una niña, la princesa Serle. Le informó que ambos regresarían en barco dentro de un par de días; Glyneth se quedaría un mes en Watershade.

-Me incordia cabalgar y navegar -dijo Shimrod-. Cuando supe que estabas en Haidion, decidí reunirme contigo al instante, y al instante estuve aquí.

-Me alegra que hayas venido -dijo Madouc-. Aunque a decir verdad, casi he disfrutado durante este período de soledad.

-¿En qué te has ocupado?

-Los días pasan deprisa. Visito la biblioteca, y allí converso con Kerce el bibliotecario y leo libros. Una vez fui a los claustros, atravesando la Puerta de Zoltra y el Urquial. Me acerqué al Peinhador, y pude imaginarme al rey Casmir sentado en la profunda oscuridad. Ese pensamiento me hizo sentir extraña. Regresé por el Urquial y abrí el viejo portón para contemplar el jardín de Suldrun, pero no bajé por el sendero; el jardín está demasiado silencioso. Hoy fui al establo y descubrí que mi pobre caballero Pom-Pom murió en Dahaut. No puedo creerlo, pues era muy joven. Su vida apenas había comenzado cuando terminó.

-Una vez le dije algo similar a Murgen -dijo Shimrod-. Su respuesta no venía exactamente al caso, y todavía hoy me intriga hasta cierto punto.

-¿Qué dijo?

-Se reclinó en la silla y miró el fuego. Luego dijo: «La vida es un bien peculiar, con sus propias dimensiones. Aun así, si vivieras un millón de años, consagrado a los continuos placeres de la mente, el espíritu y el cuerpo, de modo que cada día descubrieras un nuevo deleite, o resolvieras un antiguo enigma, o vencieras un desafío, aun una sola hora derrochada en el sopor, la somnolencia o la pasividad sería tan reprochable como si la falta fuera cometida por una persona común con escasos años de vida.» -Vaya -dijo Madouc-. No te dio información exacta, o eso creo yo.

-Ésa fue mi sensación. Sin embargo, no se lo dije a Murgen.

-Tal vez tu pregunta lo confundió y te dio la primera respuesta que se le ocurrió -dijo Madouc pensativamente.

-Es posible. ¡Eres una muchacha lista, Madouc! Ahora consideraré el asunto un misterio insoluble y no pensaré más en él.

Madouc suspiró.

-Ojalá yo pudiera hacer lo mismo.

-¿Qué misterios te perturban tanto?

-Primero, el misterio de dónde viviré. No me interesa quedarme en Haidion. Miraldra es demasiado fría y brumosa, y está demasiado lejos. Watershade es apacible y bello, pero nada ocurre allí, y pronto me sentiría sola.

-En Trilda me siento solo a menudo -dijo Shimrod-. Te invito, pues, a visitarme en Trilda, donde permanecerás todo el tiempo que gustes... hasta que Aillas construya su palacio Alción. Dhrun vendrá a menudo a reunirse con nosotros, y ciertamente no te sentirás sola.

Madouc no pudo contener un grito de entusiasmo.

-¿Me enseñarás magia?

-Tanta como desees aprender. No es fácil, y en realidad supera la aptitud de la mayoría de quienes lo intentan.

-¡Yo trabajaría con empeño! ¡Incluso podría serte útil!

-¿Por qué no? ¡Es posible!

Madouc abrazó a Shimrod.

-¡Al menos siento que tengo un hogar!

-Entonces está decidido.

Al día siguiente Aillas y Dhrun regresaron a Lyonesse y, de inmediato, todos se marcharon de Haidion. Shimrod y Madouc abandonarían la Calle Vieja en Tawn Twillett y cabalgarían al norte hasta Trilda; Aillas y Dhrun continuarían por la Calle Vieja hasta Tatwillow y el castillo de Ronart Cinquelon.

Durante la marcha el grupo pasó por Sarris, donde Aillas decidió detenerse para gozar de dos o tres días de banquetes, camaradería y ausencia de responsabilidades.

Dhrun y Madouc fueron a pasear por el parque que descendía hasta el río Glame. Se detuvieron a la sombra de un gran roble de extensas ramas.

-¿Recuerdas que una vez te ocultaste detrás de este mismo árbol para huir del príncipe Bittern?

-Lo recuerdo muy bien. Pensarías que era una criatura muy extraña.

Dhrun meneó la cabeza.

-Pensé que eras divertida y excepcional... y lo mismo pienso ahora.

-¿Más que entonces, o menos?

Dhrun le cogió las manos.

-Ahora estás buscando cumplidos.

Madouc lo miró.

-Pero aún no me lo has dicho... y aprecio tus cumplidos.

Dhrun rió.

-¡Más, desde luego! Cuando me miras con esos ojos azules, desfallezco.

Madouc alzó la cara.

-Siendo así, puedes besarme.

Dhrun la besó.

-Te agradezco la autorización, pero iba a besarte de todos modos.

-¡Dhrun! ¡Me intimidas con tu pasión desaforada!

-¿De veras? -Dhrun la besó una y otra vez. Madouc se puso tiesa, respirando con dificultad.

-Bien -dijo Dhrun-. ¿Qué te pareció eso?

-No entiendo por qué me siento tan rara.

-Creo que yo lo sé. Pero no hay tiempo para explicaciones, pues el lacayo viene a llamarnos. -Se dispuso a irse, pero se detuvo al ver que Madouc se arrodillaba al lado del roble. Preguntó-: ¿Qué haces?

-Falta alguien. Debería estar aquí.

-¿A quién te refieres?

-¡A mi madre Twisk! ¡Es mi deber como hija invitarla en una ocasión tan festiva!

-¿Crees que vendrá?

-La llamaré.

Madouc cogió una hoja de hierba y con ella preparó una flauta. Entonó una nota melodiosa y cantó:

¡Larí-larí-lará!
Madouc ha hecho una flauta de hierba.
Con soplos suaves y airosos,
llama a Twisk de Tripsey Shee.
¡Larí-larí-lará!
¡La hija llama a la madre!
Holla el viento, cruza el lago,
surca el cielo y ven aquí.
Así canto yo, Madouc.

Twisk apareció en un remolino de vapor: los delicados rasgos eran apacibles, el pelo azul estaba recogido en una cresta y envuelto en una redecilla de plata.

Madouc soltó un grito de deleite.

-¡Madre, estás más bella que nunca! ¡Me dejas maravillada!

Twisk sonrió con aire distante.

-Me agrada merecer tu aprobación. Dhrun, debo decir que tienes una apariencia muy agradable. Tu temprana educación te ha servido.

-Es posible -dijo Dhrun cortésmente-. Desde luego, yo nunca la olvidaré.

Twisk se volvió hacia Madouc.

-Ya hemos intercambiado palabras amables. Ahora bien, ¿para qué me llamaste?

-Querida madre, quería que compartieras nuestra alegría en un banquete que está a punto de comenzar. Es una ocasión modesta pero selecta, y nos agradará tu compañía.

Twisk se encogió de hombros.

-¿Por qué no? No tengo nada mejor que hacer.

-Hmm -refunfuñó Madouc-. ¡Bueno, con tu entusiasmo o sin él, estoy contenta! ¡Ven, ya nos han llamado a la mesa!

-Por cierto evitaré el impacto de vuestra tosca comida, que me taponaría el vientre; sin embargo, quizá pruebe una gota de vino y un ala de codorniz. ¿Quién es ese apuesto caballero?

-El rey Aillas. Ven, te presentaré.

Los tres caminaron hacia la mesa, con servilletas de lino y fuentes de plata. Aillas, que conversaba con uno de su escolta, se volvió al ver que los tres se acercaban.

-Majestad -dijo Madouc-, permíteme presentarte a mi madre Twisk, también conocida como «Twisk del Cabello Azul». La he invitado a compartir nuestro banquete.

Aillas hizo una reverencia.

-¡Twisk, eres más que bienvenida! -Miró a Twisk y Madouc-. ¡Creo ver una semejanza, aunque no por cierto en el color del cabello!

-El cabello de Madouc fue quizás el único legado que le dejó su padre, un tal Pellinore de frívolas inclinaciones.

Shimrod se acercó al grupo.

-Madre -dijo Madouc-, quiero presentarte a otro de mis queridos amigos.

Twisk se volvió enarcando las cejas azules.

-¡Vaya, caballero Pellinore! Al fin decides mostrarte. ¿No tienes vergüenza? -Twisk se volvió hacia Madouc-. ¡Te aconsejo mayor cautela en la elección de tus amigos! He aquí al elusivo Pellinore, tu padre.

-Madre -replicó Madouc-, yo puedo escoger a mis amigos, pero en cuanto a mi padre, la elección fue tuya.

-Es verdad -concedió Twisk-. En realidad, fue Pellinore quien me enseñó la cautela que ahora trato de inculcarte.

Madouc se volvió hacia Shimrod.

-¿De veras eres Pellinore?

Shimrod intentó un gesto displicente.

-Hace muchos años yo recorría la tierra como vagabundo. Es verdad que en ocasiones usaba el nombre de Pellinore. Y recuerdo un idilio en el bosque con una bella hada, cuando pensaba que el nombre Pellinore era más romántico que el simple Shimrod.

-¡Entonces es verdad! ¡Tú, Shimrod, eres mi padre!

-Si así lo asevera la dama Twisk, reconoceré esa relación con orgullo. Estoy tan sorprendido como tú, pero no disgustado.

-¡Ocupemos nuestro sitio en la mesa! -dijo Aillas-. ¡Nuestras copas están llenas de vino! Madouc ha hallado a su padre, Shimrod ha hallado una hija y la familia ahora está reunida.

-No por mucho tiempo -di) o Twisk-. No me agrada la vida doméstica.

-Aun así, debes disfrutar el momento. A la mesa pues, y celebraremos las sorprendentes revelaciones de la dama Twisk.

«Primero, brindemos por mi ausente reina Glyneth y la nueva princesa Serle.

«Segundo: por la dama Twisk, que nos deslumbra con su belleza.

«Tercero: por Madouc, ex princesa de Lyonesse, luego Madouc la Vagabunda, y ahora, por decisión real, de nuevo Madouc, princesa de Lyonesse.

FIN

Jack Holbrook Vance nació en San Francisco (1920) y después de estudiar ingeniería y física en la Universidad de California se orientó profesionalmente hacia el periodismo. Su primer relato de ciencia ficción se publicó en 1945 y desde entonces simultanea la ciencia ficción y la fantasía con la literatura policíaca, género al que ha contribuido con más de doce novelas, obteniendo el prestigioso premio Edgar por THE MAN IN THE CAGE (1960).

Vance es conocido en la ciencia ficción y la fantasía por sus novelas breves, que le han valido el premio Hugo para THE DRAGÓN MASTERS (1962) y THE LAST CASTLE (1966), que obtuvo también el Nébula. Dichas obras han dado origen a muchas antologías de relatos, como The Many Worlds of Magnus Ridolph (1966), Los Mundos de Jack Vance (1973) y The Best of Jack Vance (1976).

También son un elemento característico y fundamental de su producción las series como el ciclo de «El Planeta de la Aventura» (Los CHASCH, 1968; Los WANKH, 1969; Los DIRDIR, 1969; y LOS PNUME 1970), o la trilogía de «Durdane» (EL HOMBRE SIN ROSTRO, 1973; LOS VALEROSOS HOMBRES LIBRES, 1973; y LOS ASUTRA 1974). Otras series famosas son la de los «Príncipes y los Demonios» (EL REY ESTELAR, 1964; LA MÁQUINA DE MATAR; 1964 y EL PALACIO DEL AMOR, 1967; posteriormente ampliada con THE FACE, 1979 y THE BOOK OF DREAMS, 1981) y la del cúmulo estelar «Alastor» (TRULLION: ALASTOR 2262, MARUNE: ALASTOR 993 y WYST: ALASTOR 1716, publicadas entre 1973 y 1978). Una de sus últimas obras es ARAMINTA STATION (1978), que inicia una nueva serie de ciencia ficción con el título genérico de las «Crónicas de Cadwal».

Destaca entre sus últimas obras una ambiciosa trilogía de alta fantasía basada en cierta forma en las leyendas célticas del ciclo pre-arturiano y ambientada en las Islas Elder que lleva el nombre genérico de LYONESSE. Consta de tres volúmenes: EL JARDÍN DE SULDRUN (1983), LA PERLA VERDE (1985) y MADOUC (1989).

Los editores han convertido también en serie las recopilaciones de relatos fantásticos ambientados en «La Tierra Moribunda», a las que se ha unido la saga de Cugel. Todo ello a partir de su primer libro, LA TIERRA MORIBUNDA (1950), seguido de LOS OJOS DEL SOBREMUNDO (1966), y el fix-up (o montaje) de varios relatos cortos sobre Cugel, LA SAGA DE CUGEL (1983), y RHIALTO EL PRODIGIOSO (1985), que componen su más clara aportación a la fantasía heroica.

En cuanto a las novelas no reunidas en ciclos, destacan LOS LENGUAJES DE PAO (1958), en la que se aborda por primera vez un tema de sociolingüística en la ciencia ficción, THE BLUE WORLD (1966) y EMPHYRIO (1969).